3 1761 08158675 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 277.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 24
no. 277-79

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS MEMORIAS DEL DR. D. FEDERICO RUBIO

PRÓLOGO

Con profunda emoción y gratitud recibí el honroso y lisonjero encargo de revisar y poner en cuartillas para la imprenta el manuscrito autógrafo de las *Memorias de niñez y juventud* originales del inmortal Dr. D. Federico Rubio, con quien tan prietos vínculos de cariño perdurable me unen. En el campo de los sentimientos coincidíamos siempre, y con frecuencia grandísima en la esfera de las ideas.

La revisión del original la he hecho al ponerlo en limpio para imprimirse. Leve cuanto grata ha sido mi modestísima obra.

Como borrador escrito con la enorme facilidad que para ello tenía el insigne maestro, quien jamás volvía a leer sus propios trabajos, ni aun para corregirlos, mi tarea se ha reducido a quitar una palabra repetida, poner un vocablo que faltaba, colocar la debida puntuación, completar con algún verbo una oración demasiado elíptica, etc.; pequeñeces, en suma, que no tocan a la redacción, y respetan en absoluto la frase y el pensamiento propios del escritor.

Esta obra póstuma e inédita consta de dos partes: *Niñez* y *Juventud,* una y otra divididas en parágrafos numerados con cifras romanas, rotulados los últimos de la primera parte y casi

todos los de la segunda. He completado la rotulación poniendo los epígrafes que faltaban y tomándolos de frases textuales contenidas en el parágrafo correspondiente, o bien de su idea madre. Para que no se le atribuyan esas útiles y sencillas adiciones mías, he señalado con un asterisco los epígrafes puestos por el mismo Dr. Rubio.

Si a lo antedicho se añade la dirección editorial y la corrección de pruebas, queda expuesto así por completo cuanto constituye la humilde labor que he realizado para darse a la estampa la obra más primorosa de mi venerado maestro y entrañable amigo del alma.

Aquí debiera terminar esta nota, con el carácter de mera advertencia preliminar a los lectores.

Mas, una voluntad superior a la mía me obliga, con dulce forzamiento, a que la noticia se alargue hasta Prólogo. Esa voluntad es la de la muy ilustre dama D.ª Sol Rubio, viuda de García del Busto, hija única del glorioso cirujano, escritor y filántropo; la cual señora, en cumplimiento del mandato paterno, costea la presente edición, que delata por sí misma la carencia de todo móvil de lucro, aun siendo honrado y respetable, como la ganancia mercantil. Quiere la cultísima dama que yo diga al público lo que acerca de esta obra de su amado padre le he dicho en el seno de la bondadosa y fina amistad con que D.ª Sol (c. p. b.) me honra y favorece.

He aquí la expresiva carta en que tiene a bien encomendarme todo lo antedicho:

«Sr. D. Luis Marco.—Amigo mío: Deseo cumplir con un deber publicando unas Memorias inéditas de mi amado padre (q. e. p. d.). ¿Quién como usted puede prestarme ayuda en esta obra piadosa? Usted, con su talento de escritor insigne, con el amor que conserva a su memoria, nunca desmentido, es el indicado para prestarme su apoyo, como siempre, desinteresado y leal.

»Guardo en el fondo de mi alma, impresas siempre, las pa-

labras que, pocas horas después de morir su maestro, escribía usted y publicaba por la noche *La Época*. Decían así: *No tengo que enseñar a los míos a quererte; tú solo hiciste que te amasen los seres a quienes amo y que me aman.*

»No fueron palabras vanas; usted y los suyos son los míos también, son los que me prestan amor y compañía, son los que me muestran a todas horas lo mucho que amaron a mi padre, queriéndome a mí inmerecidamente.

»¿Quiere usted ordenar las cuartillas escritas, corregirlas y poner Prólogo a la obra y, por tanto, ayudarme a publicar las «Memorias de un niño contadas por un viejo»?

»No dudo que lo hará, y será una prueba más de su adhesión y cariño a la hija de Federico Rubio.

»De usted siempre agradecida y afectísima,—*Sol Rubio*, viuda de García del Busto.»

Así como en Inglaterra es muy copiosa la literatura biográfica y en Francia lo es la autobiográfica total o parcial, en España escasean esos dos géneros de monografías históricas, particularmente el último.

Refiriéndome no más que a las de autores modernos, de gran talla literaria y social, sólo recordaré aquí las *Memorias de un setentón* (Mesonero Romanos), las de Alcalá Galiano, las del segundo marqués de Mendigorría (General Córdoba), las del poeta Zorrilla (*Recuerdos del tiempo viejo*), la obra de Cánovas *El solitario y su tiempo* (referente a su tío D. Serafín Estébanez Calderón); sin contar algunos otros libros relacionados con hechos políticos de un período contemporáneo, referidos por actores más o menos secundarios en los sucesos que narran con mayor o menor fidelidad.

Es una verdadera lástima que nuestros grandes hombres, en toda especie de elevadas actividades humanas, no hayan publicado sus *Memorias*.

Las de D. Federico Rubio tienen dos limitaciones voluntarias: primera, no abarcan toda su vida, sino sólo las épocas de

la niñez y de la juventud escolar; segunda, tampoco abarcan todos los aspectos de estas dos edades, sino únicamente el aspecto pedagógico en sus dos ramas fundamentales, la instrucción académica, la educación familiar y social. Ambas limitaciones constituyen el plan y la finalidad de las presentes *Memorias,* por deliberado y manifiesto propósito del autor.

Hijo y nieto éste de abogados y médicos y catedráticos, en plena clase media ilustrada, y aun ilustre, en plena Andalucía pintoresca, y en pleno período trágico de transición del régimen absolutista al régimen liberal, estos tres elementos mezclados íntimamente retratan no ya la vida de un individuo, antes de adquirir personalidad y relieve como los que, andando el tiempo, adquirió Rubio, sino a la vez y hasta con toques más briosos, si cabe, la vida nacional española y la vida regional andaluza, en ese período de transformación social, de lucha a muerte entre lo pasado y lo entonces venidero, actual hoy en nuestra patria.

¡La clase media! Ella misma se pone en solfa por boca de escritores de su propias filas, como una mezcla informe y compleja de intereses mezquinos, de ambiciones chicas, de miserias y vanidades combinadas en *ló cursi,* de aspiraciones sin límites a la riqueza y al poder, sin pujos de heroísmo ni de santidad, sin grandes vicios ni grandes virtudes, todo a ras del suelo; reptando o gateando para avanzar y subir sin gloria, por no poder correr, saltar ni trepar en el asalto a las alturas sociales; sabedora de que es ella la Democracia que vence por obra de la Revolución; y, no obstante su plebeya burguesía, despreciando y explotando a quienes económicamente están por bajo, a la vez que admirando y copiando en caricatura a la nobleza por ella derribada (luego de destruído el feudalismo por los reyes absolutos), para venir a parar ridículamente en excelentísimos e ilustrísimos señores, en aristócratas haitianos de nuevo cuño borroso, zafio y de baja ley, cual moneda falsa.

Y esa misma clase media tan heterogénea es en la presente

organización económica el nervio de la sociedad actual (como la clase proletaria es carne y sangre), con los títulos de agricultores, industriales, comerciantes, hombres de carrera, funcionarios, intelectuales (?)... y *clases directoras* burguesas, filisteas, beocias. Todo ello representa, no la totalidad de las energías y del trabajo social, pero sí la riqueza y la cultura nacionales.

Pues bien: la clase media, tan pequeña al parecer, individuo por individuo, tan grande en realidad por su empuje vital, lleva en la evolución de su existencia un sello tragicómico, dramático y no épico, intensamente humano, y sin reflejos o cambiantes semidivinos como los de las altas clases directoras antiguas, a quienes destronó y sustituyó en la vida social y política.

Es una existencia entreverada de lances ridículos con energías colosales, primero para sostenerse, luego para ir subiendo, al fin para llegar a las cumbres los que llegan. Es una vida de combates continuos en la conquista del pan nuestro de cada día, de las indispensables levita y chistera, hasta del frac y el clac, de los perifollos aparatosos para la mujer y las hijas, de la carrera fructuosa para los hijos, de la fama o la riqueza, del poder o de la gloria.

D. Federico Rubio pinta al vivo y del natural la clase media española en sus *Memorias*. Y la pinta en Andalucía, y la pinta durante la guerra entre lo antiguo y lo moderno en la España del 23 al 48 del pasado siglo.

De igual modo que la clase media es un semillero de contrastes vigorosos dentro de su, al parecer, monótona y hasta ramplona mediocridad, Andalucía es una comarca en que terreno y población tienen individualidad propia y profundos contrastes dentro de su, a primera vista, ligereza alada.

Marismas, llanuras, vegas, costas, montañas y serranías con tajos hondísimos y picos que ascienden a la región de las nieves perpetuas en un clima meridional; viñedos, olivares y dehesas, puertos exteriores e interiores, ríos navegables: todo

eso y mucho más, bañado en luz espléndida, en cuanto al terreno.

En cuanto a la población, bella y graciosa en todas las clases sociales, no meramente con gracejo natural, sino con una gracia que no necesita ser ática, pues le basta y aun sobra con ser andaluza; población ligera y superficial, alegre y gozadora, llena de imaginación y júbilo infantil, tiene a la par los más viriles, enérgicos, infatigables, talentosos, profundos y serios *caracteres* que en España ilustran todas las ciencias y las artes todas. De ese pueblo, tan oriental o tan africano, salen hombres de hierro con incrustaciones de oro, fuertes y bellos cual joyas de Zuloaga o armaduras del Renacimiento. Que son una minoría, se dirá; pero ¿dónde no son la minoría los grandes hombres, que siempre son a la vez grandes caracteres? Claro que el elemento regional común, lo típico vulgar, es la Andalucía de pandereta y cromo de cajas de pasas: lo pintoresco y de exportación, lo más burdo y falso, la caricatura de un país.

D. Federico Rubio es inimitable costumbrista andaluz en sus *Memorias*. Pinta al pueblo gaditano (y me pienso que al sevillano igualmente) como un Goya al madrileño casi por la misma época; las modificaciones traídas por el escaso intervalo de tiempo entre ambos, casi no son más que de indumentaria.

Y esto me trae a hablar de la época. La retratada por el Dr. Rubio, empieza tras la sublevación de Riego por la Libertad en España, y termina tras la sublevación de varias naciones de Europa por la Democracia en 1848. Es el período culminante de la guerra entre liberales y absolutistas, exaltados y moderados, cristinos y carlistas, progresistas y reaccionarios: liberales, exaltados, cristinos y progresistas, el régimen nuevo que nace; absolutistas, moderados, carlistas y reaccionarios, el régimen viejo que muere matando.

Al presentarnos a los exaltados como unos locos de atar, a los progresistas como unos tontos de capirote, al Ejército como

bandas pretorianas en busca de botín con los *pronunciamientos,* si quienes así hablan son liberales, resultan ingratos, olvidadizos e inconscientes; si son reaccionarios, dan la coz del asno, no al león moribundo, sino al enemigo victorioso, y están en su derecho... del pataleo.

Aquellos locos y aquellos tontos y aquellos pretorianos sublevados, con su entusiasmo *loco,* con su honradez *tonta,* con su valor y su sangre, con la pérdida de la libertad, la patria, los bienes de fortuna, la vida, el sosiego de la familia, con las lágrimas de los seres queridos y el sudor de la pelea cruenta, trajeron a España lo que tenemos de remozamiento y barniz moderno. Todo eso, que representa vigor, abnegación, grandeza de alma, persecuciones, destierros, llanto y miseria, cárceles y presidios, horca, garrote vil, fusilamientos, batallas campales, motines urbanos, todo eso constituye las gestas liberales en la generación heroica de la primera mitad del siglo XIX.

¡Qué cómodo es hoy ser o llamarse liberal o demócrata, socialista o anarquista! ¡Cuán pacífica y honestamente burgués todo ello, cuán manso y acomodaticio, cuán *burocrático* y *financiero!* Sí; riámonos de aquellos locos y tontos y pretorianos, bien repantigados nosotros en blandos sillones de accionistas, mano a mano con los enemigos eternos de aquello por lo que nuestros abuelos y padres sacrificaron todo lo suyo en bien de los demás.

Hijo Rubio de un compañero de Riego, al describir los años negros de su vida y familia, del *ayacucho* que sucede al *negro*, como consecuencia de las persecuciones políticas contra los liberales, nos hace ver la época triste y gloriosa de sus días de niñez y juventud en aquella riente y jocunda Andalucía, donde vino al mundo para ser su gala.

Sabido es que D. Federico Rubio nació en el Puerto de Santa María, el 30 de Agosto de 1827, y murió en Madrid, el 31 del mismo mes del año 1902, o sea cuando acababa de cumplir tres cuartos de siglo justos. Sus *Memorias* abarcan el período de su vida corrido hasta los comienzos del año 1850,

en que terminó en Cádiz su carrera de médico; en realidad, no son veintidós años, sino veinte, los de vida consciente rememorada, pues la primera impresión de sus recuerdos, la más remota en su memoria senil, se refiere a cuando tenía cumplidos no más que los dos años iniciales de su existencia.

¿Cuándo escribió Rubio la presente obra? En ella dice él mismo haberla redactado a los sesenta muy cumplidos; lo cual, dada la precisión con que señala en el texto las edades de los personajes que menciona, indica haberse escrito por el año de 1888, probablemente poco antes de cumplir los sesenta y uno, al fin de la primavera y comienzos del verano.

Fuera de eso, no hay hechos contemporáneos de la fecha de la redacción más que la referencia a las hazañas de un perro (*el perro Paco),* y las hazañas de un bandido (*el Bizco del Borge),* mediante dos alusiones. He ahí cuanto puedo precisar: que las *Memorias* del Dr. Rubio fueron escritas pronto hará veinticuatro años cabales, en el momento de publicarse por el amor filial en el décimo año de la defunción del autor, cumpliéndose la voluntad manifestada por el escritor insigne de que no se diesen antes a la imprenta.

El fin de la obra es esencialmente pedagógico, narrando Rubio cómo y quiénes le instruyeron y educaron en su vida familiar, escolar, estudiantil y social, hasta la fecha en que iba a revalidarse para adquirir el título de Licenciado en Medicina. Analiza todos los momentos culminantes de su propia instrucción y educación, para sacar consecuencias trascendentales, útiles y prácticas en ese terreno de tamaña importancia para la patria. Tiene para ello que pintarse a sí mismo, que retratar a cuantos le rodearon en su país y en su época durante aquel período de rudo aprendizaje de la vida y estudio de una carrera universitaria.

De ahí resultan el color local gaditano y el sabor de época de transición política y social; color y sabor tan reales que constituyen el mayor encanto de este precioso libro, Biblia del buen decir.

Cosas y personas están enfocadas admirablemente, con vigor de pincelada franca y finura de toques a un tiempo, con justo y brillante colorido, firme dibujo, enérgico claroscuro, perspectiva lineal y aérea tan exactas como la realidad se representa estereoscópicamente en nuestras retinas. Las figuras (¡qué hermosa y varia galería de soberbios retratos!) son semblanzas vivientes; los fondos y accesorios son costumbristas, constituyendo en conjunto una serie pasmosa de cuadros de género, jugosos, plásticos, llenos de brío y delicadeza juntamente, como los de un maestro de los Países Bajos.

Cuando el Dr. Rubio teoriza y generaliza en sus reflexiones, el lector aprobará o desaprobará, según su particular criterio sobre todas o cada una de las ideas del pensador.

Mas, cuando Federico Rubio narra, describe, dialoga y pinta, aquí tienen que unirse todos los lectores para declarar que el artista, el escritor, el literato, son de primer orden en las letras españolas.

Léxico rico, sin rebuscamiento de vocablos; un decir fluido, sencillo, natural, claro, transparente, en el *registro medio* (el de los grandes cantores), que abrillanta las notas del registro alto y redondea las del registro bajo; donosura, gallardía, espontaneidad, agudeza, gracejo, suave ironía, benevolencia amable para las humanas flaquezas del prójimo, severa inflexibilidad consigo mismo, candor optimista sin enervamientos; fe en sí propio, fe en la tierra, fe en el cielo; robustez viril y delicadeza femenina en sentimientos y actos; juventud sana de cuerpo y alma; construcción sintáxica en estilo cortado y aun a veces elíptico; sobrio de adornos y afeites, enemigo de lo ampuloso, del estilo periódico, oratorio, florido, oriental, que tanto influye en la literatura española: todo esto veo y me asombra en las *Memorias* de D. Federico Rubio.

No hay ditirambo ninguno en este merecido y pálido elogio al escritor, ni me mueve la pluma el amor que tuve a su persona y guardo a su memoria querida. Honradamente he tratado en este Prólogo de huir del influjo avasallador del cariño, del

respeto, de la veneración, de la admiración al hombre y al sabio, para que en mis inspiraciones de lector no se reflejasen esos puros y nobles sentimientos y extraviasen la imparcialidad de mi modesto juicio literario personal, hasta por el motivo de que carezco de autoridad para hacer lo que se llama alta crítica a la moderna.

La obra del Dr. Rubio no es para los médicos, sino para el público general, desde quien sólo sepa leer hasta los que mejor saben escribir artísticamente. Para apreciarla no hace falta cultura general ni especial de ningún linaje. Y cuanto mayor en extensión e intensidad sea la cultura de quien leyere, más y mejores goces tendrá en la lectura de ella.

Si yo tuviese la autoridad literaria que necesitaría para emitir una opinión dogmática, diría que estas *Memorias* merecen ser clásicas porque lo son en sí mismas al aparecer. Pero esto incumbe decirlo, si así lo estiman justo, a nuestros grandes maestros en el pensar y en el decir. A ellos cedo respetuoso la palabra solemne y definitiva.

Yo abandono el proscenio saludando, me retiro por el foro y dejo que al fin se alce el telón; todo para regocijo del público amante de las grandes obras, escritas por los magnos ingenios en la rotunda y elegante habla española castiza.

Dr. Luis Marco

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

PRIMERA PARTE

LA EDUCACIÓN DE UN NIÑO, CONTADA POR UN VIEJO

INTROITO

Hace tiempo, me preocupa el problema de la Educación.

Acreció mi interés con la lectura del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* que, llevando en nuestro país la bandera de los últimos adelantos pedagógicos, al tratar los múltiples temas que la misma entraña, ha aguijoneado mi perezosa voluntad hasta hacerla saltar y, sin poder contenerme, tomar la pluma y dejarla correr.

¿Cómo se educa al hombre? O lo que es lo mismo: ¿cómo debe educarse a un niño para que sea buen hombre? Este es el problema del *Emilio,* el problema que procura resolver la gran ciencia de la Pedagogía. Para hacerlo con acierto y fruto, trabajan muchos pensadores de buena voluntad. Déjolos en su noble labor. Quiero reducirme a más humildes propósitos: a averiguar, por la observación y la experiencia propias, cómo se ha educado a los niños en el tiempo en que yo lo era; y, para errar menos en las apreciaciones, cómo me han educado a mí, con lo cual podré hacer un estudio de auto-observación y de endo-observación u observación interna, que no considero de todo punto inútil para servir de dato a la Pedagogía general.

I

Mi primer recuerdo: un alfiler.

¿Cuándo, en qué época o edad de la infancia tiene el niño idea o conciencia de sí propio? Creo que este problema no deja de ser interesante.

Por mi parte, lo que puedo decir es que uno la idea primera de mi existencia con la del primer recuerdo. Antes de este recuerdo, nada sé de mí. Después de él, puedo dar cuenta, más o menos particularizada, de los distintos hechos, emociones y pensamientos que constituyen los eslabones de la cadena de la vida. ¿Prueba esto, por ventura, que antes de ese recuerdo no tuviera yo alguna idea de mí mismo? Creo que debía tenerla; pero no involucremos cuestiones de suyo complicadas; dejemos esto para luego. A partir de la observación de mí mismo, tengo que asignar hoy a mi conciencia la fecha del primer recuerdo mío que yo alcanzo.

¿Qué recuerdo fué éste? Allá va su relato. ¡Con qué viveza se presenta a la mente! ¡Cuántos otros de ayer los veo más borrados y confusos!

En un colchoncito extendido en el suelo, la cabecera tocando a la pared, en el centro de una alcoba blanca, con una puerta abierta al comedor, donde había una luz que dejaba colar tenue claridad en la estancia, acababa de acostarme mi bendita y entonces hermosísima madre. Me había desnudado, colocando las ropas en una silla baja, de asiento de anea. Cogiéndome la mano, me persignó, diciéndome ella despacio las palabras para que yo procurara repetirlas; me dió un beso y me dejó acurrucado.

No debí, como otras veces, quedar dormido: una pequeña cosa dura molestaba mi sien derecha, que apoyaba sobre la almohada; llevé allí la manecita, y los dedos asieron una diminuta y dura redondez; tiré de ella y salió un alfiler grande, que en

Andalucía llaman zanca o alfiler de a ochavo. Lo llevé a la boca y, sin saber cómo, se fué adentro. El temor más profundo se apoderó de mí: no sentía dolor ni molestia, pero esto no me tranquilizaba; creí firmemente que un alfiler tan grande, tragado, tenía que ser, sin remedio, causa de inmediata muerte. Pensé si gritar para que acudiese mi madre; no lo hice, reprimí el lloro. Razones que me impulsaron a guardar silencio: la idea de haber hecho una diablura; la de que nadie podría ya sacarme el alfiler del cuerpo, y que la cosa no tenía remedio. Entonces me encogí como un feto; hecho un ovillo y temblando bajo la cubierta de la cama, esperé la muerte... y me quedé dormido.

Desperté por la mañana, y fue gran sorpresa ver que no había muerto, al convencerme de que estaba bien y de que nada me dolía. Hagamos punto en el relato. He reflexionado muchas veces, en distintas edades, sobre él, y siempre he sacado iguales consecuencias.

Por el enlace de recuerdos sobre sucesos posteriores, por preguntas hechas a mi madre acerca de la camita en el suelo, la habitación contigua al comedor, la silla baja al lado derecho de la cabecera, etc., resulta que el caso ocurrió en la ciudad de Medinasidonia, hacia el otoño del 29, contando yo, por tanto, de veinticuatro a veinticinco meses: Quiere decir, que un niño de dos años, aun antes de poseer amplio lenguaje, tiene ya ideas y sentimientos suficientemente desarrollados para darse cuenta de los mismos y dejarlos indelebles en la memoria, como punto de partida de su existencia consciente.

He preguntado a hermanos de menor edad, a nietos y a otras personas cuya vida íntima me es suficientemente conocida, y en todos he comprobado que ese primer recuerdo se establece en la primera infancia. En mi hermano coincide a la misma edad; en los demás se advierte algún retardo, dependiendo, entre otras causas, de la ocasión de un accidente capaz de producir gran atención y pensamiento reflexivo sobre él.

Analicemos ahora el contenido del primer recuerdo.

Desde luego, supone necesariamente, a modo de imperativo categórico, que al ocurrir el lance ya tenía yo idea y conocimiento perfecto de mi madre, de mi cama, de mi habitación, de sus relaciones con la pieza contigua, de mi relación con todos esos objetos, de la luz natural, de la claridad emanada de la artificial; tenía también intuición de lo bien y de lo mal hecho, de la vida, de la muerte; y un sentir muy vivo del peligro, de su causa y sus efectos; y un sentir más vivo aún del susto de morir. Pero no resultan del análisis estas ideas y estos sentimientos tan sólo; hay además otros actos intelectuales superiores: la reflexión que hace guardar silencio, por el motivo bien fundado de que nadie podría sacarme el alfiler.

Luego es evidente que si yo no tengo hoy de mi madre una idea anterior a la de la noche en que tragué el alfiler, no es porque careciese entonces de su conocimiento, sino porque se me han olvidado la hora y el punto anteriores en que la llegué a conocer; y así puede afirmarse de lo demás enumerado. La solución de este asunto, por otra parte, no entiendo que sea tan difícil como a primera vista parece. Es un problema que se plantea en el hombre diariamente, hasta en su edad más avanzada. No hay día en que no pueda adquirirse algún conocimiento que, apareciendo como nuevo a nuestro juicio, no tiene nada de nuevo en realidad; sino sólo que se nos presenta entonces y se nos aparece con una luz más clara, porque, por cualquiera otra causa, fijamos más y mejor la atención en él.

Esto quiere decir que de lo inconsciente a lo consciente no hay solución, sólo hay una seriada gradación; y hasta en las mismas ciencias constituídas, labor la más alta y profunda del género humano, hay cosas meramente sentidas, cosas confusas, cosas sueltas, mal relacionadas, y otras (las menos) bien articuladas y sistematizadas.

Deseo que discurramos ahora sobre si tienen o no tienen valor y trascendencia para la vida práctica posterior las primeras impresiones. Como las mías quedan enumeradas en el

cuadro que he hecho de mi primer recuerdo, no creo difícil el contestar a la pregunta.

Me consta de ciencia propia y por experiencia personal que la nota más aguda que vibra en mí es el temor al peligro. No creo equivocarme si aseguro que el alfiler tragado desarrolló esta idiosincrasia particular; al menos, fisiológicamente, se explica bien el hecho.

No estoy tan cierto acerca de si el silencio reflexivo y que denota cierto esbozo así como de embrionaria prudencia, fuera ya cosa innata y natural, revelada por la ocasión, y que después no ha hecho más que volver a manifestarse; o si, por el contrario, el acto de reserva fue pauta para que en tiempos posteriores haya seguido siendo de carácter reservado. Lo que veo más claro es que el temor y la reserva son un sentimiento y una condición que se asocian naturalmente.

Sobre lo que no me queda duda es respecto a la trascendencia de mis dos contrarias y últimas impresiones: cuando me replegué y encogí esperando la muerte, y cuando me vi sano y salvo por la mañana.

Este rudo contraste, mezclado más o menos con los sentimientos que antes dejo analizados, han constituído, y aun en la vejez siguen constituyendo, los dos polos en que ha girado y gira actualmente mi vida en todos los trances apurados. Polos que se revelan con dos frases, que en casos tales, casi inconscientemente, escapan de mi boca: «De morir no ha de pasar. *Post núbila Foebus*»; o, lo que es lo mismo, echarse el alma a la espalda y no perder la esperanza.

II

Un cartucho de dulces.

Segundo recuerdo.—Es más confuso: debe corresponder a fecha muy posterior; se liga a un sentimiento mixto, físico-moral. Retrospectivamente evocado ahora, aparece como uno

de esos cuadros antiguos, de fondo oscuro, cuyas figuras sobrecargadas de sombras sólo permiten ver una nariz, una mano u otra pequeña parte, sin embargo de lo cual dejan declarar el asunto. Este recuerdo, pues, lo conservo como en dos partes: una perfectamente gráfica, y que podría dibujar; otra de fondo, que no se presta al dibujo, pero de existencia positiva en mi mente, y que completa el cuadro.

Un señor, del que sólo veo ahora la cara y una espada ceñida, me hace caricias; tómame en brazos y me saca a la calle, conduciéndome a una confitería; me sienta en el mostrador y me da un cartucho de dulces.

La espada, la cara del señor, el cartucho de dulces, el mostrador y la confitería están en mi memoria representativa vivísimos, hasta en sus más pequeños detalles, hasta en el talco dorado y plateado de las vitrinas y la caoba del mostrador.

La cara de mi obsequiante era un poco oblonga, de color claro encendido, nariz pequeña; labio superior, cubierto de espeso bigote castaño algo canoso, corrido a ambos lados con las patillas, cortadas a medio carrillo, en forma de chuleta. La espada era ceñida, con empuñadura de oro y nácar. Claro es que dicho señor debía de estar vestido de uniforme, debía de llevar en la cabeza algo correspondiente al mismo; y, sin embargo, es seguro que no atendí a estas particularidades, y, por consiguiente, no se revelan a mi acuerdo. Nótese ahora el contraste que sigue: el nombre de ese señor, primero de quien recibí un obsequio, y hacia el que sentí el primer movimiento de gratitud, no se me ha olvidado nunca: D. Benito Chaín.

El nombre lo recibí entonces, pues por tal órgano entran las impresiones fonéticas, pero en mí no existe crónica para ellas; así, no por representación, como sucede con la memoria de lo visual o de lo sentido cual emoción, sino por cálculo, asigno la época en que adquirí el conocimiento de dicho nombre. El hecho es que no lo he olvidado, y que resulta el primero inscrito en la lista de los nombres propios.

De D. Benito Chaín no vuelvo a hacer memoria ocular, y,

sin embargo, continuamos relaciones algún tiempo; pero por relatos a él referentes, de mis padres y otras personas afines, recogidos no sé cómo ni cuándo, soy la única existente hoy sobre la tierra que pueda dar algunas noticias de la biografía de dicho señor. Aquella primera emoción de gratitud que despertó en mi sér, quiero pagarla ahora, siendo la última onda, tenue y apagada, de la memoria de quien la produjo.

D. Benito Chaín era un Español natural de Chile; su familia, de las más antiguas, distinguidas y opulentas del país. Dedicado desde su juventud a la milicia, le sorprendió la sublevación separatista mandando cuerpo; no sólo permaneció fiel a la bandera que había jurado, sino que resistió y combatió por ella heroicamente. Perdida la campaña, vino a España con restos de otras tropas. Así dejó el país donde naciera, familia, deudos, inmensas propiedades y riquezas, para presentarse en la madre patria (que no conocía), con sólo su fiel espada, gloriosa, aunque no vencedora, y su empleo de Brigadier, ganado en los campos de batalla.

Infestada de contrabandistas y malhechores mucha parte de España, en ninguna había tomado el mal tan graves proporciones como en Andalucía. No individuos, no familias, no pueblos: comarcas enteras se dedicaban a la vida del contrabando, haciendo de él su casi exclusivo modo de vivir. Conventos, con sus guardianes a la cabeza, en vez de al coro, marchaban a las veredas y encrucijadas, montados a caballo sobre sus tercios, convirtiendo los claustros en depósitos de telas y tabacos. Pueblos en totalidad, con su aristocracia de aldea, nobles de blasones y aun titulados, alcalde, cura, alguacil y fiel de fechos, salían a los caminos, tapadas las caras con pañuelos de seda, a emular las glorias de José María.

Por más que la seguridad individual no se considerase entonces función del Gobierno, el escándalo por una parte, y por otra (más principalmente) la anulación de la renta de Aduanas, obligaron a tomar alguna determinación. Fue ésta, organizar un cuerpo de ejército, dividido en tres columnas o briga-

das. La correspondiente a la provincia de Cádiz recibió el nombre de 3.ª Columna móvil de Andalucía, confiriéndose el encargo de organizarla y mandarla al brigadier D. Benito Chaín, por su fama de hombre incorruptible, activo y bizarro. Esto debió de suceder el año 1828.

Al organizar la brigada, en el Puerto de Santa María, se encontró el Jefe con la necesidad de un Asesor. Había de perseguir el contrabando, tenía que descubrir y castigar, no sólo a los fautores, sino a sus jefes y directores; tenía que incoar procedimientos contra bandidos de baja y alta estofa; y para todo esto necesitaba un Abogado.

Tomó varios informes, y un día se anunció y presentó en casa de mis padres.

—Soy el Brigadier Chaín, necesito un Asesor para mi columna, y vengo a suplicarle que admita el cargo.

Mi padre quedó sorprendido de tan inesperada proposición, y tuvo que contestarle:

—Señor, ¿no sabe usted que estoy impurificado y que no puedo ejercer?

—Sí que lo sé. Como sé que es usted un negro de los más peligrosos de la Provincia; que fue usted el segundo de la partida de D. Pedro Valdés, fusilado hace poco en Algeciras; y que después fue usted ayudante de Riego y prisionero en Jódar.

—Pues bien, si usted lo sabe, sabrá que no sólo estoy bajo la vigilancia de la Autoridad, sino que incurriría en las penas que se imponen a los impurificados cuando quebrantan la condena.

—Eso queda a mi cargo: el régimen absoluto tiene sus ventajas, y una de ellas es que cada Autoridad puede hacer lo que quiera, sin darle cuenta a nadie. Yo soy el Jefe de mi columna, y en en ella mando yo. Además, escribiré al Comandante general y al Ministro, que lo he nombrado a usted porque así conviene. Necesito un Abogado entendido, activo y que no se deje ganar por influencias ni dinero.

Se marchó, mandó un oficio a mi padre nombrándole Asesor, y así quedaron las cosas, a pesar de la impurificación.

Organizada la columna, se dividió en varias partidas, estableciéndose la plana mayor en la ciudad de Medina, adonde, por consiguiente, fué a vivir mi padre con la familia.

A fines de otoño del 29 se trasladó la plana mayor a Vejer, por conveniencia del servicio. Allí hubo de residir poco tiempo, no obstante lo cual corresponden á esa época mis 3.°, 4.°, 5.° y 6.° recuerdos.

III

Mujeres llorando.

Como al fin de una mañana y cercano el medio día, mi padre, tomándome de la mano, me condujo a una plaza cuadrada, terriza y muy bañada por el sol. En el frente principal, un edificio aislado, mayor y de mejor aspecto que los demás de la plaza. En la puerta, unos soldados. Mi padre dijo a uno:

—Tenga usted este niño, hasta que yo salga.

Y desapareció portal adentro.

El soldado, unas veces paseándome y otras cogiéndome en brazos, procuraba entretenerme.

Mi padre tardaba, y yo sentía, ora impaciencia, ora aburrimiento. Por la puerta aquella entraban y salían más gentes de lo que yo estaba acostumbrado a ver. Había transcurrido mucho tiempo. Mi impaciencia llegaba a punto de impulsarme a llorar, cuando un grupo más numeroso que los anteriores, del cual salían voces y gemidos, no sólo me distrajo, sino que absorbió del todo mi atención.

En el grupo venían unos presos, y tras ellos tres mujeres llorando a grandes gritos, haciendo exclamaciones y contorsiones suplicantes, de desesperación y de dolor.

No sé cómo me di cuenta, pero encontré cierta relación entre aquellas mujeres, aquellos presos, mi padre y D. Benito

Chaín. Sentí un movimiento de viva compasión hacia las que lloraban y se retorcían, otro de disgusto hacia mi padre y don Benito. Quedé triste largo rato, salió mi padre, me recogió y no recuerdo más.

Según se desprende del relato, fija este recuerdo, como los anteriores, una emoción profunda, una vibración de la sensibilidad interna, más viva que las ordinarias y de naturaleza distinta de las habituales.

La huella de compasión que tal escena produjo en mi espíritu quedó indeleble por todos los días de mi vida, dejándome desarmado para resistir la súplica llorosa de cualquiera mujer.

El trance más difícil en que puedo verme es que una mujer me pida así una cosa irregular. Me siento en casos tales sin fuerza para resistir; la lucha entre el deber y la conciencia de no poder sostenerme, me obliga a fingir enfado y falsa indignación, a levantar la voz para llamar con disimulo gente que corte la demanda y salir del apuro.

VI

Me confirman.

Hacia la misma época corresponde la primera imagen de un templo que conserva mi memoria: iglesia de una sola nave, el presbiterio dos o tres escalones elevado; una balaustrada lo separa de lo demás del templo. En su centro, a mi derecha, veo el cancel de madera que aisla la puerta principal; encima de ella, una gran ventana, lucerna circular cerrada por pequeños vidrios empañados.

No recuerdo quién me condujo, ni si había gente. En cambio, me parece de ha poco la siguiente escena: véome sentado, al lado del Evangelio, sobre el pasamano de la balaustrada; alguien me sostenía allí seguramente, quizá de mi propia familia, pero no guardo la representación. Sí veo salir por una pequeña puerta, del lado de la Epístola, un señor raro: ancho

por abajo, terminado en punta por arriba, que se viene a mí despacio, como de una sola pieza. Del señor sólo distinguía la cara, pequeña y arrugada. No sentí miedo porque relucía con sedas y dorados desde los pies á la cabeza. Lentamente llegó adonde yo estaba, y quedóse un rato delante de mí, como hablando para sí. Le miraba con extrañeza; me dió un golpecito en la mejilla, a modo de caricia, aunque con la cara seria, y en este punto se interrumpe el cuadro.

El lector habrá comprendido que se trataba del acto de mi confirmación. A él, seguramente, acudieron varias personas de mi familia, con los padrinos; debe notarse cómo, conservando la representación gráfica de tantas particularidades, queda el cuadro vacío de toda otra imagen de persona, fuera del señor Obispo; y es, sin duda, que la atención es la puerta de toda idea o todo conocimiento, así objetivo como subjetivo. Recuerdo, pues, lo que, por serme extraño y nuevo, movió mi atención; y quedaron borradas y vanas en absoluto todas las demás cosas que me eran ya conocidas y habituales.

La experiencia posterior de la vida me ha hecho advertir que a los niños nada les es tan fácil como *entender;* lo que les es difícil es *atender*. Por más que lo que acabo de decir me parece una verdad vulgar, tengo motivos para lamentarme de que, si no la ignoran, muchos parecen ignorarla.

He podido hacer, igualmente, otra observación baladí. Los niños no es por mala voluntad por lo que no atienden, sino por dos motivos distintos: por cansancio y agotamiento temporales, o por distracción; o, lo que es lo mismo, por hallarse solicitada su atención por muchos objetos a la vez. Son para ellos muchas cosas, y, por consiguiente, los niños efectúan un trabajo de atención tres o cuatro veces más grande que el de cualquier adulto.

V

Primer espectáculo.

Ignoro quién me ha conducido a un corral grande, limitado por viejos paredones. En su centro, con bastante número de bancos y de sillas, queda circunscrito un espacio circular, interrumpido a mi derecha.

Estoy sentado, así como otras gentes; por detrás del cerco hay también algunos espectadores de pie.

Un payaso toca una trompeta; sale una jaquilla enana, que cocea, persigue y muerde al trompetero; luego se amansa, entran en amigables coloquios y hace varias habilidades.

Después, una mona vestida de mujer, con papalina blanca y traje encarnado, absorbe mis potencias. Entiendo que es animal y que se parece á las personas. Salta por un aro, toca el violín y castañetea los dientes. Creció mi agrado cuando, saliendo al redondel un perro de lanas, la mona se montó en él, corrieron el circuito e hicieron otras gracias.

También salió de actor un oso, que se puso en dos pies, anduvo como un hombre y, con un palo al hombro, hizo el ejercicio.

No es fácil describir ciertas emociones; y, entre ellas, la más difícil de explicar puede que sea la emoción que produce lo grotesco. Sin embargo, opino que hay mucho campo que estudiar en estas particulares sensaciones endonérveas. De buena gana pensaría ahora sobre la materia, si no resultara extemporáneo y empalagoso.

Diré, sintetizando, que si me preguntaran en un examen: ¿Qué entiende usted por grotesco?, contestaría: Toda emoción semejante a la que se experimenta la primera vez que se ve una mona.

VI

Primera emoción estética.

La sirviente me saca de paseo: llévame a una casa de pobre aspecto; la recuerdo muy bien. Pequeño zaguán oscuro. Abierto el portón, negro, entramos en un patio empedrado: un arriate, con unos cuantos matojos, unido a la pared de la derecha; al ángulo izquierdo del frente, una escalerilla de ladrillos. Subimos a su primero y único descanso. En él una puerta baja, por la que entramos en la primera habitación. Ya dentro, otra, como cocinilla, en comunicación hacia la derecha; aquí, una mujer entrada en años. Ella y mi sirviente entablan amigable y larga conversación.

Me desasí de la mano de mi conductora; eché una mirada a la primera habitación; y como viera una ventana abierta frente a la puerta de entrada, me dirijo a ella. Aunque no muy alta, rebasa a mi estatura, y sólo alcanzo a ver el cielo. Con esto se aviva la curiosidad por asomarme. Hay una sillita próxima, arrimada a la pared. Empujo, la arrastro al sitio, súbome en su asiento, y recibo de pronto una grata impresión. La impresión del siguiente panorama: inmediatamente debajo de mi vista, un corral; otros mayores y menores, delante y a los lados; algún ruinoso cobertizo; caballetes de tejado, más altos y más bajos, corriendo a la derecha. Al frente, campo abierto, en diversos niveles; tangente a los corrales el descenso de una loma pedregosa, que aumenta la altura de mi punto de vista.

En el hondo algunos huertecillos, algo más grandes que los corrales, compartidos en cuadros y rayas de distintos verdes. Más allá un camino entre dos vallados, rotos por frecuentes portillos. En sus restos, chumberas lozanas de grandes palas verdes; en mayor número, otras secas y de las que apenas quedan más que los troncones. Luego campos amarillos, cam-

pos verdes y campos pardos, que se pierden y confunden poco a poco con el velo de neblina de un día cubierto y melancólico, de principios del tibio invierno de Andalucía.

Completa el cuadro una vieja, que, sentada en un burro y arrebujada la cabeza con su rojo zagalejo vuelto, transita por la hijuela, seguida de un muchacho a pie, y de un perrillo ruin con el rabo enroscado.

Muy grato debió serme aquel espectáculo imprevisto. Por vez primera, sin duda, había fijado la atención en cosas semejantes. Grata, melancólica y sencilla la impresión, todavía me agrada su recuerdo. Y ahora caigo en una particularidad que hasta aquí no había entendido: mi afición a descubrir el campo desde lugar cerrado; mi preferencia por los días de tibia luz amortiguada por las nubes.

Del relato resulta que a poco más de los dos años pude sentir una emoción estética. Si el hecho este no fuera de observación, y de mi propia observación, no lo creería. El sentido estético, es, quizá, el más superior de todos, el que tarda más en desarrollarse, y aun el que suele faltar en gran número de individuos. Por otra parte, es un sentido cuyas puertas son varias; y es común observar que unas están abiertas y otras cerradas en las distintas personas. Sin salir de mí, es singular el contraste. Quien sintió emoción estética movida por la visión de un paisaje natural, ha tenido cerrada la puerta musical hasta la edad de treinta años. Antes, la música me era indiferente, y hasta molesta, si proseguía mucho tiempo. Después de los treinta años comenzó a serme grata, aunque no han llegado a emocionarme más que ciertos cantos religiosos y la música guerrera.

Nada tan frecuente como encontrar individuos que tienen abierta la puerta musical hasta llevarlos de la emoción al éxtasis, y tienen cerrada la puerta de otras Bellas Artes, siéndoles indiferente que un cuadro, una escultura o un edificio sean mejores o peores, no alcanzando a diferenciarlos ni distinguirlos.

También es muy común que personas cultas y de alto sentido estético tengan cerrada la puerta de la contemplacion de la naturaleza, viéndose que, lejos de agradarles, les resultan enojosos el campo, los paisajes y todo otro gran espectáculo natural. Los habitantes de Madrid, por lo común, pecan de esto.

La aptitud desarrollada para sentir los placeres dulces y sencillos, es el mejor antídoto de las pasiones y de los vicios groseros. Poseedores de esta verdad, es reprensible que no se ponga más cuidado en desarrollar y cultivar el sentido estético en los niños.

Al presente, fuera de los profesores de la Institución Libre de Enseñanza, nadie piensa en esto. Antes al contrario, con la fatal y secular manía de enseñar la retórica y poética, la literatura, la música y el dibujo por preceptos, aburren a los niños; y en ellos agotarían todo sentimiento estético, si la sabia naturaleza no se opusiera a tan estúpida mutilación, iniciándolos en el arte por el intermedio de lo grotesco.

Efectivamente, obsérvese lo que pasa en los niños y en los pueblos nuevos, que vienen a ser pueblos niños. Pues los niños, como los pueblos incivilizados, sienten una atracción irresistible por lo grotesco. Los payasos, las pantomimas, las muecas, contorsiones y escenas ridículas, esas son las cosas que les agradan y que procuran con afán.

Nótese ahora que el arte, en sus comienzos, empieza también por lo grotesco. Díganlo si no las figuras que dibuja el niño con carbón en la pared. Díganlo el ídolo indio, el americano, las primeras deidades egipcias, la Proserpina española, los toros de Guisando, el tamboril y las danzas de negros, la huesera, el pito y el chinesco.

Es más: por todo el mundo está hecha y admitida la observación de que, cuando un pueblo civilizado retrograda, se marca, como el calor por un termómetro, por el retroceso de sus artes. Pues bien, el retroceso llega hasta a volver a lo grotesco. ¿Qué quiere esto decir? Pues declara que la emoción es-

tética empieza por la sensación más primitiva, más sencilla y natural: por el placer de la risa. De tal modo, el niño abre su sensibilidad subjetiva por el intermedio de la objetiva, creando así por el uso una función superior que lo perfecciona y dignifica.

Tengo por cierto que sin la conmoción que produjo en mi sensibilidad la mona habilidosa, sin la atención que desenvolvió en mí el espectáculo, sin aquellos vagos pensamientos sobre si era un bicho o una criatura racional, mi espíritu no hubiera quedado predispuesto y apto para impresionarse por el primer paisaje desplegado a mi vista al asomarme a una ventana.

VII

En la amiga.

In diebus illis... Bueno es que empiece pedantescamente este recuerdo, puesto que va a relatar el primer paso de lo que entonces (¡ah, y ahora!) se entendía por *educación*.

Por aquellos días me llevaron a una *amiga:* quiere decir, a una especie de rudimentaria, natural y espontánea escuela de párvulos, que entonces se usaba, y de las que, de seguro, aún habrá muchas en España. Allá va la estereotipia que de la mía conservo grabada en la calva mollera.

En la acera de una calle excusada, un portalón inmenso por donde podría entrar una galera cargada. En el portalón un postigo, único que se abría y se cerraba, por el cual pasé a un corral largo y estrecho, cerrado por altos paredones. A la derecha (entrando) el dintel, peldaño y marco de una puerta sin puerta, esto es, libre al aire y demás elementos. Da acceso a una sala baja desmantelada; digo mal, en ella había una «arcajada» de cañas y un pollero de mimbres, ambos desalquilados de gallinas y pollos, o sea, de sus propios habitantes.

En dicha sala, a sus testeros, en el de la izquierda una co-

cinilla y en el de la derecha una puerta comunicante con otra habitación, en la que entré, y que constituía el local propiamente dicho de la *amiga*. Era de figura cuadrada, ni grande ni pequeña, iluminada por una alta ventana abierta. Su mueblaje, el siguiente: fila de sillitas corrida a los lados de las paredes; una más robusta y de más ancho asiento, aunque baja también, en el centro del testero. De las sillitas, unas estaban vacías, otras ocupadas por niños de mi edad próximamente. El asiento, de anea, perforado por un vano circular; debajo, entre las patas de la silla, un orinal. De brazo a brazo de la misma, un palo al través, circunscribiendo con el respaldo un lugar cerrado en el que el niño quedaba sentado y prisionero. En la silla central, una anciana pobremente vestida, que se levantó y adelantóse para recibir a su nuevo alumno.

La criada que me conducía llevaba en la mano izquierda una sillita de palos blancos y asiento de anea, semejante a las descritas, pero sin el consabido agujero. La maestra me miró, y tomando la silla, hubo de hacer reparos sobre la falta; la sirviente contestó que su niño era limpio y que pedía la ca..., a cuya razón la maestra me volvió a mirar, bajando y subiendo la cabeza, con cierto aire de consideración y respeto.

Hiciéronme tomar plaza en mi asiento. Me puse a examinar lo que me rodeaba, y como a poco concluyese la tarea, comencé a aburrirme; sentí después cierto malestar e impulsos de levantarme; al fin, no pude resistirlos y me puse de pie. La maestra, desde su sitio, dijo: «Niño, sentadito.» Aunque el tono fue algo amable, yo entendí que expresaba mandato, y me senté. La situación no podía ser más monótona ni desagradable. El olor de la estancia, empalagoso; algún chicuelo que lloraba; la maestra que procuraba sosegarlo: esto era todo. Gracias a Dios, dió una hora, levantóse la maestra y rezó el Bendito; algunos chiquillos le hicieron coro, y otros continuaron mudos o llorando.

Terminado el Bendito, fué la maestra descorriendo el palo travesero de las sillas: los que sabían andar saltaron del asien-

to, yo eché a correr con más velocidad de la que correspondía a mis años. Salimos al corralón; unos a gatas y otros en pie, comenzamos a gritar, rodar y correr desatentadamente. En esto, se abría de vez en cuando el postigo; entraban una o unas mujeres, que, dirigiéndose al revuelto grupo, cogían una criatura y se la llevaban en brazos. Al fin llegó mi vez.

—Fulanito de Tal—gritó mi sirviente. Corrí a ella y me condujo a mi casa.

Pocos días (cuatro o cinco) duró mi educación en aquella pobre *amiga*, porque la Plana mayor, en su propio movimiento militar, dejó a Vejer y regresó a Medinasidonia.

No aprendí mucho que digamos, y, sin embargo, algo aprendí. Primero, la necesidad de estar sentado largas horas aguzó en mi sér la desagradable agitación de la impaciencia, y me hizo impaciente y defectuoso en tal respecto por todos los días de mi vida.

La impaciencia me hizo revoltoso, cuando antes lo era menos. Y un tantico ladino, pues al segundo día ya observé que la maestra solía dejarnos algunos ratos para entrar en la cocina, echar carbón o zangolotear la olla para que no se le pegasen los fréjoles; ello es que aproveché el primer momento para levantarme, correr por la academia y contagiar a otros párvulos de la aristocracia de los limpios, con lo que, percatándose la maestra, volvió enfadada y nos puso en orden, amenazándonos con una larga caña.

Aprovechando la lección, ya en otra ausencia me levanto quedo, con el dedo en la boca impongo igual conducta a mis cofrades, y salimos a la chita callando hacia el corral. Debióse de hacer la disimulada la maestra o transigió con aquella escapatoria, siquiera porque pecábamos con disimulo y sin escándalo. La cosa fué que ya al tercer día considerábamos las ausencias de la profesora como un derecho para irnos, sin empacho ni disimulo.

Aquella sociedad de pequeños libertinos la componíamos tres o cuatro de sexos diferentes, porque en las *amigas* se re-

cibían niños y niñas. Aunque la fisonomía de la infancia es común a los dos sexos, y en tal edad y por aquellos días vestíamos igual, de enagüillas unos y otras, yo (sin saber por qué) diferenciaba bien los niños de las niñas; no obstante, una observación, traída al azar, me preocupó curioso.

La arcajada y el pollero no estaban aquel día en la sala de entrada, sino en el corral, como su sitio propio. Ver la arcajada y ocurrírsenos meternos dentro, fue una misma cosa; y por asociación de ideas, vernos convertidos en gallinas y ocurrírsenos jugar a los pollitos, fue también cosa de un momento. No puedo recordar en qué consiste este juego infantil, pero sí recuerdo que nos sentamos apretados, tocando pie con pie unos con otros. Las cortas enagüillas y (aunque *limpios*) la maternal precaución de disponer abiertos los calzones para facilitar ciertos casos, púsome a la vista notables diferencias entre las Mariquitas y los Juanitos. No eché en saco roto la observación anatómica, y aun saqué consecuencias sobre su correlativa variante fisiológica en la emisión de la orina.

Resumen: en cuatro o cinco días aprendí en la *amiga* a ser impaciente, a ser travieso, a burlar la autoridad, a distinguir anatómicamente los sexos. Tales fueron los frutos del primer paso de mi *educación*.

VIII

El tío Mejía.

Otra vez en Medina, habitamos la misma casa: calle de la Loba. Apenas instalado, contraje el vínculo de mi primera amistad.

En la accesoria abierta a la calle, a la derecha de la acera de mi casa, hallábase establecido un puesto. Cualquier cosa pongo yo a que el lector que no sea andaluz ignora lo que sea un *puesto*, a secas, como no se trate de un puesto de periódicos.

Véase lo que en otra acepción significa en mi querida tierra. Un puesto es una pequeña tienda de materias varias, ya al aire libre sobre tablas o sobre el suelo, ya fijo en una humilde estancia de un inmueble.

La accesoria, en verdad, era corta y estrecha, sin ser más pródiga en altura; y ocasionaría chichones al inquilino, si no robara al suelo dos escalones bajo el nivel de la calle.

Como es consiguiente, la puerta de entrada era estrecha y baja, hallándose casi obstruída por vacías cajas de higos puestas boca abajo, a derecha e izquierda, dejando entre sí un ajustado paso.

Yacían sobre las cajas diversas mercancías, a saber: un lebrillejo con altramuces, un cajetín con piedras de encender, una esportilla con yesca de cardo, otra con torrados, un cajoncillo de pasas sequeronas. No era esto solo el surtido de la tienda; también había, colgados en la pared, alguno que otro soplador de esparto, cuatro o seis escobas de palma, un manojo de torcidas para candil y otro de amarillas pajuelas.

Como pasé por allí, se me antojaron los garbanzos, y me compraron un ochavo; el comerciante me lo dió colmado, y me fuí muy contento.

Naturalmente, quise repetir otros días el bateo; con lo cual llegué a entrañable conocimiento, y más que conocimiento, dulce e imperecedera amistad con el vendedor.

Me parece que le estoy mirando: apenas se destaca su figura, sentado en medio de la oscura tienda, sobre el mazo de un pitaco; pero, entrando, ya los ojos se acostumbran a la escasa luz, y puedo contemplar con deleite a mi viejo amigo. Alto, enjuto, encorvado por los años y el amor a la lumbre, inclínase sobre una cazolilla con picón encendido que le sirve de brasero. Parece el personaje que sirvió de original a los viejos de barro fabricados en Málaga para los Nacimientos de Navidad.

A las pocas visitas, no consintió en tomarme los ochavos. Rogaba a la criada que me dejase un rato; yo sentía bienestar

apoyándome en las rodillas de aquel viejo, y él debía experimentar cierta dulzura en verse acariciado por un niño. Nada más natural: anciano, solitario, sin familia, relegado en el comercio social al agujero obscuro de su tienda, seco de carnes, seco también de espíritu, debía sentirse, como una esponja seca, ávido del jugo de la juventud y hambriento de algún cariño.

Por mi parte, puedo decir que andaba a vueltas de mi madre para que me llevaran con el tío Mejía, cuyo era el nombre de mi pobre amigo. No sé su historia; moriría a poco que lo dejé de ver. Habría sido trabajador del campo, antes de que la edad lo inutilizara; quizá contrabandista. ¡Quién sabe! Aunque encorvado, su porte era noble; su rostro oval, a pesar de las arrugas, conservaba esa belleza viril propia de algunos tipos andaluces.

A veces interrumpía la paz de la entrevista algún muchacho mal criado o alguna traviesa criadilla, que, asomándose a la puerta gritaban:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

El viejo no hacía caso; pero, después de ocultarse un momento el interpelante tras el quicio de la puerta, volvía á aparecer y gritar:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encedía?

Y así, hurtándose y volviendo a aparecer con la pregunta, agotaban la paciencia de mi viejo y hubieran agotado la del santo Job. Hasta que saltaba, procurando correr para castigar al insolente, quien concluía la burla retirándose de espaldas, a modo de toreo, y repitiendo:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

A partir de esta fecha, que, según mis cálculos, debía de ser a primeros de Diciembre del 29, se multiplican mis recuerdos. Como materia de observación para inquirir el modo y manera en que va adquiriendo la criatura sus datos de conocimiento y empiezan a moverse los afectos, convendría seguir analizándolos; pero su misma abundancia haría pesado el asunto, y debe

la discreción poner sus límites. Saltaré por muchos, trayendo a cuento uno que sirva de jalón, marcando el fin del año.

IX

Temor e imprevisión.

Serían las primeras horas de la mañana, y a poco de levantado, oí unos berridos horrorosos que partían del patio de mi propia casa; habitaba el piso alto. Excepto en Cádiz, las casas de Andalucía constan, por lo común, de dos plantas: baja y alta.

Sentí miedo y también curiosidad. Vi cerrado el portón de la escalera, con lo que el susto disminuyó y acrecentóse la curiosidad. Los berridos iban apagándose; me atreví a asomarme a la cristalería del balconcillo que del corredor miraba al patio. Oía gente que hablaba en el corredor bajo de la derecha, a cubierto precisamente de mi visual. Pugnaba inútilmente por enterarme.

Pasó tiempo, y todo quedó en silencio. Por fin me decidí: arrastré una silla para aumentar sobre ella mi estatura, levanté el picaporte del portón de la escalera, retiré la silla, abrí la puerta una rajita, miré, escuché. ¡Nada!

Abro más, dudo, me atrevo y bajo el primer tramo, que formaba ángulo con el segundo. Apenas lo afronto, al llegar al descanso me sobrecoge un encuentro: dos hombres de mala traza están sentados en los primeros peldaños del segundo tramo. Quiero volverme y huir, pero no puedo; figúraseme cerrado el portón y que van a cogerme por la espalda. Pero me dan las suyas y no me han visto. Queda un espacio libre en el peldaño, por donde poder pasar. Pegado a la pared me deslizo callandito. Mas apenas rebaso la línea de los hombres, entiendo haber caído en el mismo peligro que temía: el dar la espalda a aquellos hombres. No encontré más remedio que seguir bajando, mirándolos disimulado con el rabillo del ojo.

¡Horror! El mismo horror me dió fuerzas. De aquellos hombres, feos, negros, patilludos y pringosos, estaba el uno escribiendo en un papel sobre la palma de la mano; el otro tenía en la derecha un tintero de cuerno y una romana entre las piernas. ¡En ambos se veía a la cintura un ancho y enorme cuchillo!

Los hombres, distraídos en sus cuentas, no me dijeron nada. Acabé de bajar, con la cabeza vuelta, sin perderlos de vista, esperando a cada momento que me echaran mano. Apenas estuve en el corredor, di á correr cuanto pude, viendo al pasar un cerdo abierto y colgado; tomé por un estrecho pasadizo que conducía al corral, para ganar la escalera excusada que desde él ascendía al comedor. Todo ello lo recorrí sin volver la cara; mas al llegar al descanso y encontrarme cerca de salvamento, di media vuelta para ver si me seguían; pero con tal desgracia y atolondro, que perdí pie y caí al suelo del corral. Carecía de balaustres la escalera, y quedaba más altura que mi cuerpo entre el piso y el pasamano.

A pesar de la elevación, no me hice daño: el suelo, terrizo, estaba removido por el cerdo y enfangado por la lluvia. Es más, no experimenté susto por aquello; sí lo sentí de verme menos lejos de los hombres, y emprendí de nuevo la subida con la mayor velocidad que pude.

El recuerdo transcrito manifiesta cuán desenvuelta y poderosa es la curiosidad en los niños: tan poderosa, que lucha con el miedo y hasta vence al terror. Si supiera aprovecharse la curiosidad de las criaturitas aplicándola a la educación, se obtendrían resultados sorprendentes.

Cosa extraña: cuando de otros sucesos anteriores, obtuve cierta enseñanza, ya intelectual, ya afectiva, del último no entendí la consecuencia. Alguien debiera haberme dicho:—«Niño, el temor imaginario trae peligros y daños efectivos.»

Advierte además la observación del caso, cómo la previsión es muy escasa o nula en la primera infancia. El niño siente lo presente, recuerda con conciencia o sin ella lo pasado y carece

aún del sentido de lo futuro. Sentí el peligro presente de volver la espalda, y no pude presentir que después de emparejar con los hombres aquellos, había de dársela necesariamente. En efecto; para adquirir la facultad y virtud de la previsión es necesario tener la facultad de ver en lo presente la imagen de lo futuro, y también de sentirla. Dicha propiedad sólo se adquiere por la experiencia. Un chiquitín se sube en una silla, se apoya contra el respaldo, pierde el centro de gravedad, cae y se asusta, ó se asusta y al mismo tiempo se hace daño. Como sólo se asuste, sin otras consecuencias, el suceso no le sirve de lección; antes bien, le estimula a repetir la diablura, por gozar de la atractiva emoción del susto desvanecido. Si se lastima, ya es otra cosa: le sirve de experiencia; y como la memoria del suceso no se borra, toma para otra vez sus precauciones; o lo que es lo mismo, pone su mente en relación con lo futuro.

Resulta poco eficaz el pretender que los niños sean precavidos por mera admonición: «¡Fulanito, estate quieto, que te vas á caer! ¡Fulanito, suelta esas tijeras, que te vas a pinchar!» Sobre que ellos se han movido otras veces y no han sufrido nada, y sobre que tienen en las manos las tijeras y no les pinchan, contradiciendo el presente que conocen al futuro que no sienten, desarrollan con esto un principio de incredulidad.

Por tanto, debe enseñárseles por experiencia, dejándoles subir a la silla, estar al aviso, recogerlos al caer y decirles: «Un niño se mató por subirse en una silla; si yo no estoy al cuidado, te haces daño.» Y respecto a la tijera, decirles: «Vamos a jugar con ella, tú me la das a mí y luego yo a ti.» Exclamando en el juego: «¡Ay! que me he pinchado. Mira, esto (poniendo la punta en su manita) pincha; juguemos con otra cosa.»

No entra en mi plan intentar nada que se refiera a la Pedagogía docente; pero han de perdonarme que en aquellos puntos donde advierta grandes vacíos, aunque sea enojoso, me

permita hacer ligeras indicaciones. La mayor parte de las desdichas de la vida proviene de tener atrofiado el sentido de lo inmediato futuro. El de lo mediato futuro o más remoto, es cosa de santidad, que también alcanzan por ciencia ciertos hombres en algunas esferas, verbigracia, la Astronomía, la Medicina y otras. Pero de lo futuro inmediato, todo sér racional, y aun muchos irracionales, tienen sentido; no hay más sino que en la inmensa mayoría de las criaturas es tardo en su aparición, y queda atrofiado por falta de educación y de ejercicio. Acerca de este particular de tanta monta, no conozco que se emplee más procedimiento que el de acostumbrar a los escolares a hacer imposiciones pecuniarias en las Cajas de Ahorros; y para eso, sólo se practica en las mejores escuelas de los países adelantados. Algo es, pero comparándolo con la magnitud e importancia del asunto, me parece muy poco.

Deben establecerse otros muchos ejercicios y prácticas para despertar el sentido antedicho, y en el mayor número de direcciones que sea posible: verbigracia, dándoles dinero para que compren el juguete o fruslería que apetezcan, con uno u otro motivo, se demorará que lo adquieran inmediatamente, facilitándoles así la ocasión de que pierdan la moneda o la gasten en otras fruslerías. Conseguido esto, se les hará pasar como al acaso por el punto donde se halle el juguete deseado, y a su petición para adquirirlo se les dirá: «Es muy bonito, haces bien en quererlo y en comprarlo; saca tu dinero.» El niño entonces echará de ver que lo ha perdido o gastado y que no puede adquirir lo que desea. Quizá llore y tome una perrera, pero es necesario hacerse firmes y decirles: «No llores, yo te daré un realito cada día; y cuando reúnas los ocho que piden por el muñequito, te traeré para que lo compres.»

En otra dirección: «¿Ves este vaso de agua verde? ¿Ves ésta blanca? ¿A que te las hago negras?» Se vierte el agua de agallas en la disolución de caparrosa, y el niño quedará admirado de la realidad de la previsión. Otro día se le induce a que haga el milagro, y se le muestra en qué consiste, evi-

tando explicaciones. El talento, en puridad, sólo consiste en ponerse sobre el tiempo: es una facultad de previsión desarrollada.

El asunto lo he indicado, no más. No puedo omitir una cosa: es preciso dar a conocer al niño que él mismo es el principal factor de su destino.

X

Cama que anda.

Al rayar el día, una sensación de menudos golpecitos fríos en la cara me sacó del sueño. Me llevé la mano a ella y advertí humedad. Como aquello caía, miré al techo; y en lugar de su vista encontré el cielo, oscuro, lloviznando sobre mí. La extrañeza que esto me produjo calcúlela el lector. Busqué con la vista las paredes de mi habitación, y no estaban; miré al suelo, y había desaparecido. La cama no era la mía: otras cubiertas, más corta, más angosta. Mi confusión, lejos de menguar, crecía por momentos: la cama andaba, y yo en ella. Sentí que estaba suspendido en el espacio, y eché a llorar desconsoladamente.

—«¡Hijo, no llores!», gritó una voz, que era la de mi padre. Siguió momentáneo ruido de trote, y apareció junto al extraño lecho mi padre, montado en un caballo. Con el corazón oprimido continué sollozando, hasta que, poco a poco, readquirí la calma.

Más tranquilo, quise darme cuenta de tan extraña situación. Procuré incorporarme cuanto pude: vi el pescuezo y la cabeza de un mulo; delante, un hombre a pie que lo llevaba del ronzal. En el mulo, dos capachos de mimbre de los que sirven para conducir sardinas, uno a la izquierda y otro a la derecha: el primero, convertido en cama provisional, y allí durmiendo mi hermana mayor, tapado el cuerpo con una manta; el segundo, dispuesto de igual suerte, era el que yo ocupaba

y me correspondía. Delante, algo más lejos, mi madre en un burro con jamugas y mi otra hermana al pecho.

Tranquilo ya de que no andaba perdido por los aires y que caminaba acompañado de mis padres, como siguiera lloviendo, metí la cabeza bajo la manta; y el cuneo del mulo en el capacho me produjo sueño.

Al parar la caravana desperté. No llovía entonces, el cielo continuaba ceniciento. Bajaron a mi hermana y a mí del alto mulo y nos sentamos en el banco de una venta. Sobre una mesilla desataron los picos de una servilleta: apareció liada en papeles una tortilla, frutas y pescado frito.

A pesar del camino y de la hora, no tenía hambre. La profunda emoción de la mañana, el cambiado aspecto de mi padre que parecía pensativo, el besar y estrechar mi madre a mi hermana mayor y a mí con inusitada frecuencia y con los ojos llorosos, todo esto producía cierto no sé qué, anulando la alegría infantil que tanto excitan las novedades. Poco después volvimos a la marcha, ocupando nuestras respectivas posiciones.

Vendría a ocurrir lo relatado hacia Enero del año 30. Después de comer, la tarde se hizo corta y oscureció en el camino. Aunque menudo, llovía a ratos y a ratos escampaba. Temía perderme en la oscuridad, y escuchaba atento el paso de las caballerías; no oyendo la de mi padre, daba voces llamándole y me contestaba cerca: «Aquí voy, aquí voy.»

Más entrada la noche, el pisar de las bestias se hizo ruidoso de cuando en cuando; saqué la cabeza, y vi que habíamos entrado en un pueblo. Me pareció mayor que Medina. Las puertas a la calle, abiertas; bastantes zaguanes, limpios y alumbrados. Sin embargo, en algunos sitios se metían en fango las caballerías, hasta el punto de atascarse el burro que conducía a mi madre. Al fin, llegamos a una calle aún más fangosa que las otras. Nos paramos ante la puerta de una casa. Salió una familia, y dieron muchos abrazos a la mía. Entráronme en brazos, y en los que me cogieron me cogió el sueño.

XI

«¡A casa, a casa!»

Recuerdo el despertar al otro día. Una sala grande, con bastantes cuadros; en el suelo una cama, ya deshecha y desierta; yo en otra, con mi hermana. Grité, y vino al punto mi madre. En tres o cuatro días no cambió la situación. ¡Estaba extraño aquello!

La casa era hermosa, mucho mayor y más noble que la de la calle de la Loba. Los muebles me llamaban la atención: mesas doradas, con tablero de piedra de bonitos colores; sillones grandes, de caoba; aparadores y vitrinas, de metal y cristales; cuadros grandes cubriendo las paredes. Todo eso era nuevo para mí, y me hacía andar curioso y embobado. El ajuar de mi casa era el de un impurificado convertido a la vida militar: alguna cama de bancos y tablas, unas mesas de pino mayores y menores, varias sillas del Norte y media docena de baúles forrados de pellejo.

El nuevo mobiliario me atraía, despertando cierto respeto de superioridad hacia sus dueños. Hasta aquí, todo iba bien.

Pero mi madre extremaba cada vez sus caricias y lloraba tomándome en su regazo, sin poder contenerse. Las señoras de la casa hablaban con mi madre, procurando consolarla. Me quitaban de su falda; hacían también por acariciarme y distraerme. Alguna vez me preguntaron: «¿Te quieres quedar con nosotras?» Respondí que no, llorando y alargando los brazos a mi madre, como si fuese a perderla para siempre.

Otra vez oí «cárcel», «Malvar», «desterrado», y todo esto me daba mala espina, haciéndome andar receloso. Cuando, a fuerza de obsequios y estampas y de llevarme a la cuadra para ver el caballo, o al corral para enseñarme los palomos y las gallinas, echaba de ver que me habían separado de mi madre, pugnaba por volver adonde la había dejado.

Así amaneció el quinto día. Una como doncella preferente, cuarterona y bien vestida, fué quien logró adquirir algún tanto mi confianza. Ella era la que me enseñaba el borriquito chico, animal de mi predilección entonces y que aún en la actualidad conserva mis mayores simpatías; ella la que me sacaba a la puerta de la calle, ponía el babero y daba de comer con su propia mano.

La tarde antes habló de un huertecito, con unos árboles preciosos que daban manzanas y otros peras; algunos, bolitas de oro; y unos cuantos, preciosísimos juguetes. Entré en deseos de ver el huerto, y convinimos en que me levantaría tempranito, me vestiría e iríamos a él.

En efecto, me despertó y levantó. Nada noté: mi hermana quedaba dormida; mi madre se había levantado antes, según costumbre. Cogióme en brazos y me sacó a la calle; en ella estaba un burro con jamugas, atado a la ventana; no necesité más.

—¡No voy, me engañas! ¡Mamá, mamá!

Retorciéndome hacia atrás y hacia adelante, forcejeaba y gritaba desaforadamente.

¡Qué no sufrirían mis padres, que no se habían atrevido a verme para evitar la violencia de la separación, al oir mis gritos desgarradores!

La doncella, en aquel difícil trance, fue valiente: no retrocedió, porque ya era imposible retroceder. Me alejó de tal manera, sin cesar de decirme que no me engañaba y que lo del huerto era verdad. Salió al campo; la lucha, al forcejear por escaparme, agotaba mis fuerzas. Los gritos eran ya roncos y ahogados; la impotencia rindió al cuerpo, sin rendir la voluntad, y me dejé conducir.

Llegamos al cabo a un bonito huerto, que efectivamente tenía naranjos, perales y granados. No es bueno mentir a las criaturas: con la verdad basta. No estaban los árboles de las bolitas de oro ni de los muñecos, con lo cual adquirí el conocimiento lógico que antes sentía instintivamente. En vano fue

que me dijera que árboles de tanto valor podían robarlos, que el hortelano los tenía guardados, y que no tardaría en llegar con la llave. Volví a protestar, de la única manera que puede hacerlo un niño: renegando, llorando y pataleando. La crisis fue más corta; estaba agotado y sucumbí al cansancio.

—«¡A casa, a casa!» exclamaba sin violencia y más bien suplicante: «¡a casa!»—«Allá vamos», contestaba la buena de Gertrudis, que debió de padecer mucho aquel día.—«¡A casa!» Y salió del huerto como entramos, llevándome en sus brazos. Anduvo el campo, entró en una calle, luego en otra larga, y así fuimos mucho rato. Conocí que alargaba el camino y que tardábamos más en el regreso que en la ida. Sólo podía reiterar mi súplica angustiosa: »¡A casa, a casa!» Gertrudis temería llegar antes de que mis padres hubieran tenido tiempo para irse.

Al fin, llegamos. Llamó a la campanilla del portón, y salió a recibirnos la familia de la casa.—«¡Mamá, mamá!» Soltáronme y salí corriendo por en medio de todos.—«Ha salido, pero vuelve pronto»—me contestaron.—«¡Papá, papá!», y corrí a la sala: las camas habían desaparecido.

No es posible pintar mi desconsuelo. Largo rato anduvo la familia rodeándome y detrás de mí, para amenguar o distraer mi desolada pena; mientras más hacían, más aumentaban mi dolor. Afligidos también, y viendo que todo era inútil, tomaron el buen acuerdo de dejarme solo.

XII

Trinidad Malvar.

Este verdadero drama infantil necesita ligeras explicaciones.

Por aquel tiempo se había recrudecido la persecución a los liberales. Fernando VII nombró un intendente de policía *ad hoc,* para que purgara de negros la provincia de Cádiz. Iba

revestido de toda clase de poderes, al igual de los ministros, y superior a toda otra autoridad civil, militar y judicial.

A poco de instalado, olfateó a mi padre, averiguó su paradero y dirigió a D. Benito Chaín la orden que sigue:

«*Inmediatamente que reciba V. S. el presente mandato, constituirá V. S. en prisión segura a Don J. R. y L., asesor de su columna, y sin pérdida de tiempo lo hará conducir, convenientemente custodiado y bajo la más estrecha responsabilidad de V. S. a la cárcel de Jerez de la Frontera, recogiendo el competente recibo del alcaide, con el visto bueno del comandante de armas.*—Trinidad Malvar.»

D. Benito Chaín se puso lívido y luego rojo, echó tacos y venablos, pensó escribir a Malvar y al ministro; pero después de pensado, escuchando los consejos de mi padre, vió que todo era inútil, contraproducente, y que sólo sería parte a aumentar los rigores de la pena. Pero no consintió prender al asesor ni mandarlo escoltado. Aceptó mi padre el beneficio, constituyéndose preso bajo palabra de honor. Así dejó de ser asesor, a pesar de D. Benito Chaín.

El mismo día mandó a Jerez, con el ordinario, unos baúles con la ropa de la familia, y a la madrugada del siguiente me despertaba la frialdad de la lluvia, viajando sobre un mulo en un capacho de sardinas. Por la noche de aquel día, después de saludar a la familia a cuya casa fuimos, se presentó en la cárcel: quedó preso, y mandó el recibo con un propio a D. Benito Chaín.

Ejercía el cargo de comandante de armas D. Tomás de Castro, comandante de realistas; hallábase emparentado con la familia de que éramos huéspedes.

Tan feliz casualidad, hizo que, a pesar de obrar en su poder una orden muy severa de Malvar para que al hacérsele entrega del preso lo mantuviese así, esperando sus órdenes y rigurosamente vigilado, a ruegos de la familia, y no obstante sus contrarias opiniones, casi fanáticas por cierto, pretextando para sí que mi padre era militar, lo hizo conducir al cuartel de

realistas; y ya en él, bajo palabra de honor, le permitió salir hasta que el intendente dispusiera.

Como había decretado la prisión tan sólo por sospechas, no viendo términos para poderle ahorcar, esperó a mejor ocasión, reduciéndose entretanto a mandarlo desterrado a Morón, bajo la vigilancia de las autoridades y los frailes, y así no perderlo de la mano. Recibida la orden, mis padres se vieron forzados a dividir la familia. A la hermana mayor le cupo en suerte ser recogida por la abuela materna; a mí, quedarme en Jerez en la casa donde me hallaba. Mis padres marcharon con la niña de pecho a cumplir el destierro.

XIII

Inducciones.

Si del recuerdo anterior al que se acaba de relatar sacamos por consecuencia que la previsión se desarrolla tardíamente, del contenido del último resulta, entre otras cosas, que el niño a las proximidades de los dos años y medio puede ya gozar de la facultad de la inducción, que en la jerarquía psicológica parece ser una de las más elevadas facultades.

En efecto, nada resulta tan difícil como hacer bien una inducción. Atender, *atender con atención*, que es un principio de observación, comparar, sentir la relación conforme o disconforme de dos o más objetos entre sí, enjuiciar, en una palabra, y hasta deducir o sacar de una cosa algunas de sus partes, todo esto es fácil relativamente, y nadie duda que puede hacerlo un niño tan pequeño. Pero ¿inducir? Preciso es un hecho de observación autógena e interna para dejarlo establecido. ¿Y qué clase de inducción? Porque debe advertirse, que hay muchas clases de inducciones. Las hay directas, indirectas, por lógica natural y por malicia.

En toda inducción entran dos elementos: uno ideal y otro sentimental o de sensibilidad interna. Así, pues, para inducir

no basta la razón, es preciso que se asocie a ella el *sentir*, esto es, cierto vibrar artístico. Concluir de la vista de un burro con jamugas que mis padres iban a abandonarme, examinado bajo el aspecto exclusivamente racional, no tiene congruencia; pero si se agrega el elemento de vibración sentida o de vibraciones seriadas y correlativas, como en el caso relatado, se verá lógicamente y se explicará fisiológicamente por cualquiera la exactitud de la inducción.

Observando en otros niños los primeros indicios de esta facultad, me ha parecido encontrarlos en la *malicia*. Esta condición del niño revela los primeros pasos como inciertos, y, por consiguiente, torpes, de la facultad de inducir.

Atribuyo la precocidad ofrecida en mi individuo al alfiler tragado, que, por el mero instinto de conservación, puso en commoción varias facultades y afectividades de mis centros psicofísicos; y a la circunstancia de ser ya poseedor de la sensibilidad estética, según he dado cuenta.

XIV

Una explicación.

Deseara pasar por alto ciertas relaciones que a nadie pueden interesar y que me son penosas. Pero exponer cómo me he educado y en qué consistía la educación de mi tiempo es imposible, si suprimimos el medio externo de la vida, las condiciones particulares y generales en que la educación se desarrolla.

XV

Dos cariátides.

A solas, sin mis padres y hermanas, una vez que cesaron las solicitudes de la familia de la casa, cambió mi género de pena: de exasperada y protestadora, vino a melancólica.

El «ya no tiene remedio», no me consoló, pero me hizo re-

signado. La duda de si volvería a ver a mis padres llevaba y traía mis esperanzas, conmoviendo el dolor con las olas del mar que se abisman y suben. Aunque más quedo, seguía llorando. Lloraba y pensaba, primero en mis padres, después en mis padres y en mi situación, más tarde en mi situación y en la familia de la casa. A medida que pensaba, se iba interrumpiendo el llanto por intervalos mayores. Al principio andaba vivo por las galerías del patio, como si fuese en busca de mis padres; después, de menos a más lento. Por fin, me detuve ante dos cariátides de piedra, que adornaban las claves de dos arcos de la galería, una de mujer y otra de hombre. La pareja trajo a mi pensamiento al señor y a la señora de la casa; y con ese pensar vino otro: el de que había hecho mal rechazando sus caricias. Entonces, cabizbajo, fuí aproximándome al dintel de la puerta de la sala donde se hallaban, pegándome al quicio sin atreverme a entrar. No tardaron en advertirlo, y llamáronme con dulzura. Entré despacio, con la cabeza baja, reprimiendo los últimos pucheros.

XVI

La familia Torres.

La gran influencia que la nueva familia ejerció en mi educación obliga a darla a conocer.

Allá, por el año 20, descollaban entre los estudiantes de Derecho de la Universidad de Sevilla, si no por más estudiosos, por más vivos, alegres y gallardos, D. Ramón de Torres y mi padre. De igual edad, el uno de Jerez, el otro del Puerto de Santa María, simpatizaron porque en muchas cosas se parecían y en muchas otras desemejaban. La amistad llegó a tan estrecha, que mi padre quería a Ramón sobre sus propios hermanos, y éste a aquél, cuanto un amigo puede querer a otro. Tan vecinos el Puerto y Jerez, concluída la carrera y licenciados ambos, continuaron sus estrechas relaciones, jamás luego interrumpidas hasta la muerte.

Torres, por liberal, pasó en la primera época sus apuros, aunque su temperamento y sus condiciones, pasada la edad estudiantil, llevároule al campo moderado, con lo que gozó de una paz octaviana. Mi padre comenzó con los exaltados y concluyó con los progresistas, con lo que pasó la aperreada vida que puede suponerse.

Las amistades de los condiscípulos trascendieron a las familias. A los padres de Ramón se les caía la baba con la gracia simpática de Pepe, y como cosa propia se dolían de que fuese de opiniones exaltadas.

La señora madre de D. Ramón era el miembro más importante de la casa. Matrona de tipo fino, tez blanca, ojos azules, carácter pronto y enérgico, corazón excelente, dominaba a todos.

Su marido, la bondad y afabilidad personificadas; estas mismas condiciones le hacían posponer su voluntad a la de su esposa. Demasiado obeso, tenía los hábitos reposados de su temperamento y posición de propietario. Carecía de opiniones políticas. Religiosísimo sin ser fanático, oía diariamente la primera misa, rezaba mucho, leía las horas y no se le caía el breviario de la mano.

Aparte de Ramón, tenía otro hijo y una hija: Joaquín, médico, pero que no ejercía; la hija, soltera, y por la época a que me refiero, de edad de veinte años.

XVII

Gama de afectos.

Un niño chiquitín, en una familia sin pequeños, pronto se abre paso. Agregábase el ser hijo de unos amigos muy queridos y en situación desgraciada. En la familia sentí la varia escala de la gama de los afectos. La señora me tomó un amor vehemente; el señor, un afecto dulce y de constante altura; Joaquín adquirió hacia el niño un cariño profundo, desigual y

a veces exaltado; el del compañero de mi padre era diverso: se mantenía a cierta distancia, no me festejaba tanto, aunque sentía y me mostraba agrado. Paréceme que su actitud quería reemplazar la ausencia de mi padre, tomando la seriedad que se necesita para que los niños conozcan la superioridad y no se suban a las barbas.

Quizá el mismo día, o al siguiente, ya los había calificado y puesto nombres: llamé a la señora *Mamá abuelita;* al señor, *Papá abuelito;* al condiscípulo de mi padre, *El caballero;* a los otros dos hijos (así, con *sans-façon*), Joaquín y Concha a secas.

Y estos nombres seguí usando, menos el del *Caballero*, que troqué cuando adulto por el suyo propio de Ramón; hasta que uno tras otro fueron desapareciendo por la muerte.

XVIII

La caverna del dragón.

Tomado el terreno, no por eso me consideré dueño de la casa. La idea de que no era la mía, llevábame a guardar ciertos miramientos, a no ser exigente, a no alborotar demasiado. Por otra parte, el alma continuaba templada por la pena. A veces la desechaba con la distracción y temporal olvido, a veces se despertaba espontáneamente o por cualquiera cosa.

La casa era grande. Andaba por aquí y por allí; aquella libertad me complacía, y así no experimentaba impaciencia ni inclinación a las travesuras. «Es un niño bueno», exclamaban con frecuencia, y muy particularmente la *Abuelita*. Llevábanme al corral, en el que estaban la cuadra y la puerta de la bodega. El corral y la cuadra eran mi dicha. Aquí el borriquito chico; aquí la jaca negra, reluciente y hermosa; aquí el borrico pío, grande como un mulo, blanco casi todo, salpicado de manchas negras. Allí las gallinas y los pollitos recién nacidos; allí también, huraña y con las alas cortadas, una cigüeña flaca y langaruta, de patas sobre un palo atravesado de pared

a pared en un rincón, y que nos miraba con desconfianza, moviendo el pico a modo de veleta, marcando siempre al paso nuestra dirección.

Y para que nada faltase, allí la puerta entornada de la bodega, por cuya rendija salía un olor extraño, fuerte y atractivo, y por la que se entreveían indecisas tinieblas; cuyos misterios aumentaron con la siguiente advertencia de Joaquín, que me llevaba de la mano:

—Niño, no entres ahí, que hay un dragón.

Nada faltaba al alimento de un espíritu infantil: seres vivos diversos, prontos a saciar curiosidades y a satisfacer el apetito que siente el niño por el comercio de la vida; tinieblas misteriosas, excitadoras de la curiosidad y pábulo a imaginaciones y conjeturas.

Después de mucho rato me sacó Joaquín del corral, trayéndome por el propio camino de un callejón, un pasillo y su ensanche final en cierta especie de estancia de comunicación con el resto de la casa. En dicha estancia existía un brocal enrejado, correspondiente a un estrecho pozo. Joaquín también me dijo:

—Niño, este agujero es la caverna donde habita el dragón de la bodega; no te acerques, no te coja.

Contraproducente advertencia para suplir la previsión, como se verá después.

XIX

El placer de la venganza.

Al otro día me quedé un momento solo. El borriquillo, la jaca, los pollitos, parecían llamarme a grandes voces del deseo: nada más natural. Tenía que pasar por la estancia del agujero del dragón, y me espeluznaba. Se repitió una escena semejante a la de la matanza del cerdo; y, como entonces, venció el deseo al temor.

Con la espalda pegada a la pared, doy vuelta al pozo, y una vez en el pasillo, echo a correr; atravieso corriendo el callejón, descerrojo la puerta del corral, entro rápido y echo la aldabilla en un momento; respiro; me vuelvo con alegría para ir hacia la cuadra, cuando en el mismo punto la flacucha cigüeña, que me ve solo, se precipita de una zancada sobre mí, hiriéndome con su pico en la flexura del párpado superior izquierdo. Doy un grito, llévome la mano al ojo, me vuelvo de espaldas, pego la cara a la puerta del corral, abro y salgo huyendo y llorando.

A mi grito acudió la familia. Grandes fueron el susto y la ansiedad al verme el ojo cubierto por la sangre. Lávalo Joaquín presuroso, reconoce que el pico ha penetrado por encima y no está herido el globo; me pregunta si veo con él, y le contesto afirmativamente. Me preguntan cómo ha sido aquéllo; digo que la cigüeña.

Joaquín toma un palo y se precipita hacia el corral.

A mí me dió alegría: sentí por vez primera el placer de la venganza.

XX

«Sana, sana, culito de rana.»

En unos días, no volví solo al corral. Cuando entré, aprovechando una ida del mozo de la cuadra, no estaba la cigüeña. Pregunté por ella al criado, quien me contestó:

—A esa bruja la han matado.

Lo sentí; tuve, pues, concepto de la injusticia, por la desproporción de la pena. Y, sin embargo, ¡cuánto tarda el hombre en corregirse! Por una coincidencia singular, puedo apreciarlo.

Ya en edad provecta, hallábame en el campo con mis nietos. Mi nieta, por entonces poco mayor de un año, salió a la puerta de la hacienda. De una tropa de gansas destacóse una,

que con cuello tieso y alas batientes se arrojó sobre la criatura, tirándola un picotazo. Mi nieta gritó, de ese modo con que piden auxilio las criaturas; al grito, salí corriendo y la encontré desemblantada.—¿Qué te ha sucedido?, pregunté. Apenas sabía hablar aún, y señalándome la boca del estómago, me contestó:—*Papá, pipí pupa*. Monté en cólera, y con el revólver solté un tiro al pájaro; no le di, le disparé el segundo. Iba a tirar el tercero, cuando, calmado el primer rapto, eché de ver que era yo tan ganso como la gansa y que obraba sin reflexión, por mero impulso.

La satisfacción producida por la venganza es un asunto que merece atención seria. Implica necesariamente que en la naturaleza humana existe innato un mal sentimiento. La observación demuestra que ya se patentiza en la primera edad. Debe de ser, pues, y lo es en efecto, un sentimiento atávico que viene heredándose de padres a hijos desde los tiempos salvajes. Entonces, si bien se mira, no existiendo más garantía de seguridad individual que la fuerza de cada uno, era consiguiente el estado de lucha; de ahí los temores y sufrimientos de la derrota, y, por tanto, el placer de la victoria, asegurado con la satisfacción de la venganza. Aún, al presente, no consiguen la ley ni la justicia defender de la lesión moral; y por eso subsiste imperante la costumbre del duelo.

De todas maneras, es de esperar que tan avieso sentimiento vaya menguando a medida que la acción de la justicia social se perfeccione. Para conseguirlo, conviene también que la Pedagogía fije más su atención sobre este punto, y no se contente con decir: «Los niños no deben ser vengativos.» Importa sobre todo desterrar ciertas costumbres que tienden a fomentar el espíritu de la venganza.

Frecuentemente, cuando un niño cae o tropieza con un mueble y se lastima, se echa mano, para acallarlo y consolarlo, de dos recursos singulares.

El primero consiste en encararse con el mueble en que el niño tropezó o con el piso donde cayó, y darles golpecitos con

la mano a manera de azotes, diciendo: «¡Toma, toma, pícaro, por haber lastimado al niño.» En efecto, suele verse que el niño atiende y suspende el llanto, consolado por el placer de la venganza. Nadie que posea sentido común dejará de conocer la brutalidad del procedimiento, y cuán eficaz resulta para alimentar y desenvolver ese mal instinto, que la educación debe proponerse atenuar; y, si le es posible, extinguirlo.

Por venir a pelo, quiero también indicar otro procedimiento más inocente, pero no menos curioso, que se emplea para tranquilizar a los niños cuando se lastiman. Frótanles con la mano la parte dolorida, leve y velozmente, al mismo tiempo que les dicen: «Sana, sana, culito de rana.»

Dicha práctica, que sin sentido y por mera tradición viene empleándose desde sabe Dios cuándo, ofrece más qué pensar de lo que su simplicidad aparente manifiesta. Constituye nada menos que uno de los pocos ensalmos que nos quedan de las primeras épocas humanas. Lo juzgo tan antiguo como el canto del sueño y el de la muerte. Es ensalmo perfecto, por constar de dos partes: una locutiva y otra de acción o ceremoniosa. La locutiva, el «sana, sana, culito de rana». La ceremoniosa, el friccionar la parte dolorida rápida y suavemente. Considero del mayor interés el asunto, porque, en cosa tan oscurecida por el tiempo, este ensalmo completo, milagrosamente salvado de la ruina de los siglos, viene a ser como un monumento desenterrado que nos revela con cierta claridad la naturaleza y virtud de ellos.

Efectivamente, éste, al menos, no resulta una nonada; tiene la virtud de acallar y consolar a los niños de su dolor, cuando se lastiman. ¿Cómo y por qué? He ahí el misterio, la virtud. El hecho es que los niños callan. Pero no quedemos atónitos y con la boca abierta. La virtud es indudable. Respecto al misterio, el cómo y por qué, oigamos a la esfinge: «Sana, sana, culito de rana.»

El niño necesita creer. Cree desde que nace: de ahí su credulidad; no hay niño escéptico. Al decirle «sana, sana», cree

que va a sanar y se pone en aptitud de sugestión. Prolóngase el tiempo de ésta por el agregado de la frase (1), que vibra en su oído con la cadencia rítmica, parando la vibración en otra semejante por la consonancia *culito de rana*. La idea de sanar, la fe que presta, la métrica y la consonancia, reúnen cuanto es posible reunir para efectuar un acto de sugestión. Añádase a esto que el niño separa la atención de su dolor para fijarlo en esas palabras extrañas y algo maravillosas por su misma incongruencia.

Pero, por si no bastara, todavía queda la parte de acción o ceremonia: la fricción ligera y suave sobre el punto dolorido; remedio fisiológica y terapéuticamente mucho más eficaz y científico que el árnica y otras insulseces que suelen recomendar algunos sabios. En efecto, la fricción sobre la parte dolorida es un remedio instintivo, cuya utilidad no se ha reconocido por la ciencia de un modo perfecto hasta hace poquísimos años, dando lugar a una rama de la terapéutica, bautizada hoy con el nombre de *amasamiento*.

XXI

Cuentos de abuela.

Pasé felizmente el año 1830. Con frecuencia me llevaban al campo; en él sentía un bienestar indefinible, ese placer que sienten los pájaros y los niños, el placer de la vida.

Conviene que la educación tienda a hacer buenos a los hombres, pero también a ser felices. Y para esto considero capital el desenvolver en ellos la afición y el placer de los goces campestres. Son infinitos: la siembra de árboles y flores, la cría de animales, la salida y puesta del sol, los paisajes, la caza y pes-

(1) Aún es más larga la frase en Madrid, pues yo la he oído así, de niño: «Sana, sana, culito de rana; si no sanas hoy, sanarás mañana.»—L. M.

ca, la merienda con hambre después del ejercicio, las carreras al aire libre, salvar un río a nado con las ropas en la cabeza, ascender una loma empinada, rodar por otra suave; todo esto y mil cosas más templan el espíritu infantil virilmente, desarrollan el amor a la libertad y a la vida, por el placer inefable que en vivir se experimenta. Ninguna mejor gimnasia física y moral.

Hoy que la edad y los trabajos han apagado todos mis deseos, conservo vivo el de la vida campestre; y a ella me entregaría, como un mozo al amor, si los deberes no me ataran al vivir urbano.

En mi tiempo, sólo se entendía por educación lo que resultará de mis apuntes. Gracias a que la naturaleza llenó los vacíos y corrigió tantas absurdidades. Digo que el campo me educó suficientemente para corregir muchos entuertos surgidos de la escuela. No adelantemos los juicios.

En este año, tercero de mi vida, se acumulan tantísimos recuerdos, que es imposible enumerarlos, ni menos relatarlos. En lo que tengan de más influencia educativa, unos corresponden a sucesos, emociones e impresiones que ya he indicado, venidos por la acción del campo y su propia libertad sobre mi espíritu; otros proceden de la influencia del amoroso trato familiar, y muy especialmente de los cuentos.

La *Abuelita* me acostaba todas las noches en una camita baja, al lado de su cama; me hacía persignar y rezar el Bendito, y allí permanecía queda hasta sentir la acompasada y suave respiración que declara que el niño se ha dormido. Tardé en hacerlo una vez, y la abuela se puso a contarme un cuento. ¡No le cayó mala lotería! Desde aquel punto hasta cumplidos cinco años no la dejé respirar, si no me contaba uno o más cuentos cada noche.

Agotó su repertorio, que por cierto no era pobre, y hasta se convirtió en autora fecunda de este género literario. La blanda arcilla no se presta y amolda a la mano del alfarero, como mi sér entero al influjo de aquellas relaciones.

Ya sea por ellas mismas, ya por las circunstancias en que se encuentra un niño, cuando entrando en reposo su inervación muscular, por el cercano sueño, parece reconcentrar toda la atención y toda la sensibilidad en los centros cerebrales, el hecho evidente es que a esas horas un cuento resulta en sus efectos lo que un drama representado por buenos actores, en un buen teatro y con magníficas decoraciones, respecto a otro ejecutado por una compañía de la legua en el mesón de un lugar. Bien dirigido, nadie sabe adónde podría alcanzar el cuento como instrumento de educación.

Deploro no acordarme de las particularidades y trama de los mismos. No es extraño, luego se verá por qué; mas importa poco el caso. Con relación a mis impresiones, puedo dividirlos en varias clases: *inocentes*, como el cuento de las hormiguitas; *cómicos*, cual el del pobre zapatero que se encuentra un tesoro; *dramáticos,* como el de las matitas de albahaca; *heroicos,* cual el del infante de la estrella de oro; *fantásticos,* como los de brujas, duendes y mágicos.

Realmente, todos me gustaban; pero cada clase producía efectos muy distintos. Prefería, con mucho, los *heroicos;* y esta preferencia deja fuera de duda que el gusto nace hecho en la criatura, cosa que contradice en redondo el apotegma admitido generalmente de que el «gusto se hace». El gusto se perfecciona; pero, como todo asunto de sensibilidad subjetiva, está inmanente en el individuo. Ahora bien, lo que no sé es el motivo de mi ánimo para esa preferencia. Pensando ahora sobre tan curioso tema, veo entre los cuentos *heroicos* que me referían y las novelas que criticó Cervantes, cierto parecido, digo mal, identidad. Los cuentos esos resultan verdaderos bocetos de historias de Caballería; a detenerme en la materia, quizá pudiera probar que fueron como el huevo de donde surgieron dichos libros.

Al influjo de aquellas relaciones, mi espíritu se ampliaba saliendo al exterior: quería volar por aquellos espacios imaginarios, penetrar en los castillos murados, con la paloma men-

sajera que afirmaba la fidelidad amorosa del valiente caballero y anunciaba la próxima libertad de la cautiva. Como el del héroe, se contraía mi brazo en la ocasión de dar cuchilladas y mandobles. Ya me sentía volar sobre el caballo, y hundir el acicate en sus ijares; siendo la particular que esa especial sensación todavía de viejo lo experimento muchas veces, en esos intervalos indecisos entre el sueño y la vigilia.

Así como esos cuentos me exteriorizaban, en cierta manera, poniendo en energía actual todas mis afectividades y potencias, cual una luz que, apagada, se enciende de pronto y llena un gran espacio, así, por contrario modo, los cuentos de brujas y de duendes me replegaban y encogían.

He extraviado algo la primera idea. Iba a decir que mi gusto decidido por los cuentos *heroicos* pudiera proceder de la particular tensión de mi sensibilidad debida al atavismo; sin duda, mis antecesores la templaron así, con la lectura de los libros de Caballería.

Andando el tiempo, no dudo que podrá sacarse gran partido de todo esto, no sólo para la educación y la instrucción, sino como medio terapéutico para corregir ciertas direcciones morbosas que en su afectividad suelen presentar los niños, y que más tarde los constituyen, ya en huraños, ya en egoístas, ya en irascibles, ya en indiscretos, ya en groseros, ya en hipocondríacos y neuropáticos para toda la vida.

XXII

Reconcomios.

Las simpatías del niño trascendieron a las personas anejas de la familia. La *Abuelita* tenía un hermano casado, que carecía de hijos. Experimentaba, tanto como su señora, esas ansias que producen los deseos insatisfechos.

—Déjame el niño, para que lo vea María—rogaba con frecuencia a su hermana, consiguiéndolo a veces.

—Déjamelo por un día;—y así llegó a suceder que, al enviar por mí, alargaran el plazo.

No hay que decir si el *tío Periquito* y la *tía Mariquita* me tratarían a cuerpo de rey.

La Nochebuena de aquel año la pasé en su casa. Me compraron, armaron y regalaron un lucido Nacimiento, una zambomba y una pandereta. Mi felicidad llegó a su colmo. Vino la Pascua con sus tortas, dulces y festejos.

Tío Periquito y *tía Mariquita* eran unos labradores de los más ricos de Jerez. Hermosa casa, extensos graneros, cuadras llenas de hermosísimos caballos, desahogados corrales bien empedrados y limpios, abundantes oficinas para las necesidades de la labor.

Vi un patio lleno con una manada de pavos. Allí observé la singularidad de cómo alargaban y encogían el rojizo moco, y cómo lo variaban de color, del encarnado al morado y del morado al blanquecino: unos, macilentos; otros, que de pronto hacían *tac* y me asustaban, ahuecando las alas y desplegando la cola en forma de abanico.

Luego, la *tía Mariquita* entró con una larga tira de papel y empezó á leer:

Cuatro a las Capuchinas.
Cuatro a Santo Domingo.
Cuatro a las Franciscas.
Dos a mi confesor.
Dos al médico.
Dos a D. Mateo, el escribano.
Dos a mi abogado D. Julián.
Dos a mi cuñado D. Ramón.
Dos a D. Fulano.—Y así sucesivamente.

A cada nombre, yo esperaba con inquietud oir pronunciar el de mi padre; pero pasaban y pasaban otros, y el de mi padre no venía.

Cuando terminó con el último pavo y el último nombre, volvió *tía Mariquita* las espaldas. Yo sentí una de las impre-

siones más singulares, de pena, enojo y disgusto; era la primera vez que la experimentaba de su especie: la impresión de preterición, de amor propio ofendido y de desaire.

No se había acordado de mi padre. Olvidé, sin duda, que mis padres estaban desterrados a muchas leguas. Pero el caso manifiesta que, transcurrido un año, los conservaba en los pliegues más reconditos del corazón. Salí del corral y entré mohino en las habitaciones.

Hubieron de notar mi aspecto, y me preguntó el tío Periquito:—«¿Qué tienes?» Y yo contesté:—«¡A casa de Abuelita!»

Y como continuara así, repitiendo lo mismo, me llevaron a la calle de Piernas.

La susceptibilidad, esa especie de pasión indefinida y tan compleja, se desenvuelve muy precozmente en las criaturas. Si en mí se manifestó a los tres tres años y cuatro meses, sería porque no ocurriera antes una ocasión que la provocara. La he observado en niños de menos edad, en mi nieto, siendo aún de pecho (podría tener diez u once meses), con el motivo siguiente: volvía yo de un viaje, y traía varias «maritatas», como recuerdo a la familia.

Trajéronme los nietos, y comencé a sacar de la maleta sus regalos. Dió la casualidad de que venían encima los de mi nieta. Extraje una muñeca, y se la di; su hermano, en brazos del ama, miró la muñeca con interés. Saqué un cochecito, y lo entregué a la nieta; extraje otro juguete, y resultó tambien de los dedicados para la niña. El niño sufrió conforme el segundo. Pero al tercero rompió a llorar, al punto mismo que el ama, no distraída como yo e intimada con los sentimientos de la criatura, exclamó sulfurada y encendida:—«¡Todo para la niña, y nada para mi niño!»

Pronto los tranquilicé, mostrando los juguetes que le correspondían.

Desde el punto que sentí la impresión aquella [illegible] a ser muy susceptible. Esta pasión es tan compleja, que la conside-

ro como la más varia, más diversa, más difícil de apreciar y analizar en los matices de sus numerosas modalidades. Baste recordar el sinnúmero de palabras, frases y figuras que emplean los idiomas para significar esa pasión.

Del que la sufre, se dice en castellano: susceptible, impresionable, sentido, sensible, puntilloso, delicado, picado, picajoso, quemado, requemado, volado, enojado, lastimado, resentido, etiquetero, desairado, menospreciado, preterido, ofendido, desatendido, olvidado, desconsiderado, postergado, etc. Y no bastando esas palabras, muchas de ellas impropias por tener diversas acepciones y ser todas metafóricas (lo cual prueba la falta de precisión con que se lucha para expresar netamente dicho sentimiento), todavía echamos mano de frases no menos equívocas, impropias y metafóricas, como: amor propio herido, punto de honra, sentimiento de dignidad, volver por sus fueros, humo por las narices, fino de epidermis, blando de sensibilidad, suprasensible, y otras. Todo esto demuestra que hay una deficiencia en el lenguaje.

Ciertos afectos y pasiones tienen un signo fonético propio y bien definido, sin otra más acepción, por ejemplo: amor, odio, ira, envidia, codicia, etc. Pero ese sentir que se experimenta, como yo cuando el regalo de los pavos y mi nieto cuando el reparto de los juguetes, ¿por qué no ha de tener un nombre propio, neto y exclusivo? «Sentimiento» se le dice; y «sentimiento» es una voz genérica que corresponde lo mismo al amor que a la amistad, al odio que a la impaciencia.

Bien es cierto que recibe una acepción particular cuando trata de ese particularísimo que nos ocupa. Pero, ¿sentimiento de qué? Para mi uso, lo distinguiría perfectamente llamándolo el sentimiento de pavo. Sin duda, sería muy conveniente darle otro nombre más propio y también más particularizado que el que, a falta de otro, resulta imperfecto en el lenguaje corriente.

Pocas cosas hay tan difíciles como inventar y hacer aceptar una palabra. Sin embargo, las ciencias, descubriendo ob-

jetos nuevos, se ven obligadas a inventarlas, y muchas luego las recibe el habla corriente.

Respecto a ese sentimiento especial de que tratamos, no hay duda que se necesita una palabra propia, y que ha de inventarse cuando por el estudio de los estados de ánimo sean éstos más conocidos.

Para mí, el de que hablo ahora es un estado pático interior, muy profundo: puede constituir una enfermedad del espíritu, y de aguda y transitoria hacerse crónica; no veo inconveniente en denominar a dicho afecto, hasta nueva orden y de un modo interino, *impatía*.

Abordo los inconvenientes del pedantismo, porque sin eso no podría expresar lo que se me ocurre acerca de tan importante materia.

Pero, siendo cosa larga, antes de entrar en ella no quiero diferir otra observación que surge del relato: esa impresión de resentimiento es tan fuerte, que borra los anteriores sentimientos de gratitud.

Cuando tantos agasajos y consideraciones personales acababa de recibir, una supuesta desconsideración meramente imaginativa, puesto que mis padres no podrían recibir pavos encontrándose ausentes; un mero olvido a lo sumo en caso posible, mueve en mí un fuerte, íntimo, doloroso, exasperado y despechado sentimiento de ofensa, que me hace no sólo olvidar la gratitud, sino trocarla en desafecto.

¿Qué misterios son éstos del corazón humano? ¿Es mala índole de mi particular naturaleza? ¿Es un resorte universal en todas las criaturas? ¡Cuánto hay que observar y estudiar en todo ello!

Y que ese sentir vicioso tiene una fuente pura, no hay que dudarlo. Ser sentido, ser delicado, ser pundonoroso, constituyen modos afectivos virtuosos. ¡Cuán grosera y bestial sería sin ellos la especie humana!

Pero, como todo afecto puro, ofrece gran aptitud a la desarmonía. Resulta en esto lo que en las obras de arte delica-

das, donde el más leve defecto las echa a perder. Así, el amor se convierte en pasión y se transforma en odio; el instinto de conservación, en cobardía; el sentido de previsión, en avaricia; la dignidad, en fatua vanidad.

Diría que mi nieto mostró su estado de ánimo como fisiológico, su sentimiento era sano; y que yo lo experimenté patológico, enfermo. ¿Por qué la variante en mi nieto y en mí? El temperamento en mi nieto es más dulce, no es sanguíneo; el mío es más arrebatado, como sanguíneo y nervioso.

Además, mi nieto no había estado en ninguna *amiga*. Yo en ella, atado a una silla y sin poder moverme, quedé impaciente, y por tanto, dispuesto a dispararme cual un arco de acero en forzada tensión.

Ahora bien; dejemos las palabras «sentido, resentido, delicado, pundonoroso, digno, etc.», para el sentimiento puro fisiológico, y adoptemos la palabra *impatía* para que sirva de signo matriz de sus diversos estados patológicos.

Curándome poco de rigorismos etimológicos, para adaptarme a la varia procedencia de nuestro idioma castellano, con lo cual será más fácil que se comprenda la significación de las nuevas palabras, de *impatía* pueden inducirse el verbo *impatir* y todos sus correlativos tiempos; quedando ese sentir indubitado y especialísimo en posibilidad de expresarse locutivamente de un modo preciso, neto y sin tener que apelar a dudosas anfibologías.

Será de igual manera posible significar esa multitud de grados diversos del movimiento pasional de que se trata, quedando lleno el vacío que advertimos.

Impato o *impatible* podrá decirse de aquel que sea susceptible, ocasionado o fácil para experimentar esa emoción.

Impato, el acto de rapto interior que se experimenta. Nótese la semejanza de esta palabra con la corriente y usual de «ímpetu». Adviértase que ímpetu es un movimiento anímico fuerte, pero que viene del interior al exterior y desarrolla una fuerza que se exterioriza; tanto, que en el ímpetu hay explo-

sión y a veces acometida externa a persona o cosa, o cuando menos dercarga por voces, interjecciones o esfuerzos musculares; mientras que el *ímpato* corresponde a un movimiento interno que no se exterioriza, sino que más bien se interioriza, determinando un fenómeno lógico que se expresa muy bien diciendo de él que es un ímpetu para adentro o un ímpetu al revés.

Impático expresará al tocado de ese vicio afectivo.

Impatonil podrá decirse del tan en extremo susceptible a la emoción, que se mueva por un nada o por mera sospecha de motivo infundado que su propia mente fragua. Vendrá a representar con signo propio lo que hoy queremos indicar con la palabra «quisquilloso».

Impatiforme significará el dado a impresionarse por motivos de forma exterior, cual el que hace cuestión grave de amor propio lo que se refiere a las cosas de etiqueta. Nótese que la palabra «etiquetero» la usamos en nuestro lenguaje corriente en dos sentidos: uno, que se aplica a los que son muy dados a las ceremonias de la etiqueta, y si, por observarlas, se hacen empalagosos, ceremoniosos o etiqueteros; el otro sentido es referente a los que en cualquiera omisión de forma, sea real o supuesta, que con ellos se tenga, sienten una exagerada emoción de amor propio ofendido. Convendría, pues, dejar la palabra «etiquetero» para la primera acepción, y la de «impatiforme» para la segunda.

Impatuoso es grado y afectibilidad algo parecidos a los anteriores, pero distante de ellos; se refiere al «*impático*» por exceso de inflación y vanidad.

Impatidor debe decirse de ciertos individuos que tienen la mala condición de provocar el *impatismo* en las personas a quienes tratan. Es un defecto grave, muy común, y que, a falta de palabra que lo signifique, ha procurado expresarlo la necesidad del común sentir, por medio de frases más o menos precisas, diciendo, por ejemplo: «¡Qué cargante es Fulano! Don Zutano no habla sino hiriendo. El señor de Tal me en-

cocora, sin saber por qué. Don Mengano tiene la virtud de ofender a todo el mundo.» Etcétera.

Cuánto importa al pedagogo, al padre, a la madre y al tutor del niño meditar sobre el punto que tratamos, para poder estudiar en la criatura la manera cómo siente esos efectos y los grados en que los siente, no cabe ponderarlo. Basta saber que, de un lado, podrá dar lugar a que salga un hombre delicado, sentido, pundonoroso, apto para toda honradez y empresa noble; mientras que, de la misma fuente, puede salir un hombre susceptible, puntilloso, cócora, antipático, insoportable, ofensor de la dignidad de los demás y (lo que es peor aún) rencoroso, y más tarde vengativo y criminal.

En efecto, la *impatia,* moviendo hacia adentro la sensibilidad, concentra el sentimiento, predispone a la tristeza crónica, a la envidia, a la malquerencia, al resentimiento torvo y mudo, que a ciertos organismos los lleva a fraguar proyectos de rencor y de venganza.

Sobre todo, no se reprima al niño: desenvolvamos en él la cualidad de la franqueza; que no guarde nada en su interior. Observadle; y si no declara lo que siente, investigadlo y declarádselo vosotros para que se acostumbre a sentir hacia afuera. No reprimáis sus ímpetus: el ímpetu es lo contrario al *ímpato* y su mejor medicina; el impetuoso podrá ser violento, pero siempre es noble. El *ímpato* viene siempre a rencoroso y vengativo. El impetuoso, luego del rapto, se calma, y con educación suave, él mismo se corrige. El *ímpato* va de más en más, hasta ser un desdichado.

Se ha dicho por alguien que cada escuela abierta cerraba un presidio. Es inexacto: en las escuelas no se educa. En la educación, lo de menos es enseñar; lo de más, lo esencial, es modelar los afectos y hacerlo prácticamente.

La mayoría de las criaturas nacen para el bien; pero de éstos, muchos aberran por circunstancias externas. Otros, ya por atavismo, ya por defecto orgánico, nacen para el mal. De los aberrados, no hay que decir si pudieron haberse librado de

su destino. Pero aun respecto a los atávicos y orgánicos, no debe perderse la esperanza. Yo la tengo de que, andando el tiempo, ha de surgir una rama de la frenopatía, que se ocupe, no ya en curar al loco de la inteligencia, sino al pático de los afectos en su infancia. El opio, las preparaciones de bromuros y otras drogas, los cuentos y espectáculos apropiados, la dietética, etc. (y aun las operaciones quirúrgicas), podrán lograr, una vez hecho el diagnóstico de una enfermedad afectiva, corregirla y curarla.

XXIII

Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Entrando en el año 31, en cuyo mes de Agosto hube de cumplir los cuatro de mi existencia, no encuentro en sus recuerdos sucesos culminantes que referir, de esos que son como llaves maestras del corazón y de la inteligencia del niño.

No obstante, es evidente que el tiempo no pasó en balde. La influencia del cariño de la familia adoptiva, el recuerdo de la propia, las frecuentes idas al campo, mi afición a los cuentos y demás medios externos, fueron ahondando las buenas y las malas disposiciones que ya conocen los lectores. Sobre dos pequeñeces quiero hacer punto y aparte.

Es la primera, que hacia esta época vine a ser un preguntón insoportable. No me acercaba a persona de mi confianza que no le preguntase alguna cosa, y que, obtenida la respuesta, no repitiese otra pregunta sobre ella, y así hasta el infinito, concluyendo el interrogatorio con la paciencia del interrogado, que al fin ponía término al asunto con esta frase, singular por el tono algo amostazado con que la pronunciaba:

—¡Caramba con el niño, que es más preguntón que un fraile!

Efectivamente, he observado en todo el curso de mi vida que los niños son muy curiosos y, por tanto, preguntones. No

era esa condición mía exclusiva, es propia de la edad. Todo es nuevo, se presentan muchas cosas ignoradas; de consiguiente, entra el deseo de saberlas y viene en pos la serie de preguntas.

Un niño de tres años me preguntó cierto día:

—¿Por qué las ratas tienen rabo?

Yo le contesté:

—Porque se les prolongan las vértebras del espinazo.

—¿Qué son vértebras?

—Son—le dije—unos huesos pequeños que se unen en fila y forman el rosario del caparazón. ¿No has visto tú el caparazón de un pollo o de un conejo guisado?

—No—contestó el niño.

—¿Y la espina grande de un pescado?

—Sí.

—Pues esas son las vértebras—le dije yo.

—¿Y para qué sirven las vértebras?

—Pues sirven para armar el esqueleto.

—¿Y qué es el esqueleto?

—El caparazón de los huesos; los huesos unidos, pelados de carne.

En este punto, el niño calló. Y cuando yo me creía *aprobado*, por haber respondido a las preguntas, después de un momento en que pareció reflexionar, me dijo:

—¿Y por qué se les alargan las vértebras?

A cuya última pregunta vinieron las *calabazas*, porque tenía que contestarle:

—Pues... hijo, no lo sé.

Mi nieta me dió aún calabazas más redondas, teniendo la misma edad. La paseaba de la mano por el campo.

—Papá Quico, ¡un bicho!

—Ese bicho es un escarabajo.

—¿Y por qué lleva esa pelota?

—No me lo ha dicho, ni he leído si para comérsela cuando tenga hambre; pero supongo que será para poner dentro los huevos.

Me miró sorprendida, y me dijo:

—¿Son gallinas?

—No, pero todos los animales ponen huevos; aunque a algunos no les salgan del cuerpo, sino que se les quedan dentro. Pero al escarabajo le salen fuera, y los ponen dentro de esa bolita de estiércol, para que, con el calor, se animen y salgan los escarabajitos chicos.

—¿Salen de huevos los bichos?

—Sí, todos, y aun los que no son bichos: hasta tú y papá Quico.

Y saltando por una serie de preguntas que ella se tuvo que hacer y contestar a sí misma, en silencio, sin continuar el proceso inmediato de su curiosidad, me preguntó de pronto:

—Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Aprovechemos esta preciosa cualidad de los niños, para instruirlos y educarlos. Ellos van rápidamente a lo último, al *por qué*. Y, sin apagar ese deseo de saber esencial, convendrá declararles que en el *por qué* de las cosas somos tan ignorantes como ellos, pero que en el *cómo* y relación de las cosas entre sí sabemos bastante más; y que eso se averigua y aprende, no sólo preguntando, sino observando, mirando las cosas con reflexión y cuidado. Sería un ejercicio utilísimo y capital, cuando un niño nos haga una pregunta fácil de contestar, que no lo hiciéramos inmediatamente, sino que pusiéramos al niño en el camino de hacer, con nuestra ayuda, por sí mismo, la averiguación. Por ejemplo, en el caso de la pregunta de la rata, haber contestado:

—Pues mira, no lo sé; pero mañana encargaremos que nos traigan un animal con rabo, un conejo que compren en la plaza, y así veremos por qué la rata y el conejo y otros animales tienen rabo.

Estoy seguro de que el niño ansiará la venida del nuevo día, y que asistirá gustoso y será un actor útil de una disección en que, insensiblemente, y sin trabajo, aprenderá lo que es piel,

músculo, hueso, tendón, vértebra y la constitución del rabo y de la columna vertebral.

Tampoco dudo de que, a pocas investigaciones en uno u otro sentido, adquirirá la pauta inicial para la investigación independiente, discurrirá por sí mismo, y no se verá reducido al papel de repetidor o de mona intelectual, que es adonde lleva y llega la malhadada educación que pretendieron darme.

La segunda pequeñez se refiere a la honda afición que sentí a ciertos animales, y que, por ser también condición general de todos los niños, es importante examinar.

Reflexionando sobre las gratas y atractivas impresiones que me producían los animales, columbro en ellas una raíz muy honda; y puesto que el fenómeno es común a todos los niños, conviene ver en qué puede consistir y si es susceptible de aplicación educativa.

Sin duda, lo veo bien, la atracción depende del apetito de superioridad y de dominio que toda criatura trae innato, al verse cerca de poder satisfacerlo.

Podrá el sér humano parecerse anatómica y fisiológicamente cuanto se quiera a los demás animales; pero, en cuanto a una determinada categoría de sus afectos, hay tanta o más distancia que entre las facultades intelectuales del llamado irracional y las del racional.

Sea como quiera, el hombre está sobre la tierra para llenar una misión que le es exclusiva, única en mi concepto que establece la divisoria irreductible entre él y el resto de la naturaleza, así animada como inanimada: esa misión es la de dominar el espacio y el tiempo; o, lo que es lo mismo, vencer en lucha a la fatalidad, ser libre.

Como este es el ideal innato que persigue, claro está que aun hoy día no ha llegado a alcanzarlo como colectividad; pero, si bien se examina, no queda duda de que empieza a lograrlo parcialmente, y casi del todo, por ciertos y determinados individuos, aunque escasos.

El más escéptico no podrá desconocer ni negar que el hom-

bre civilizado es menos esclavo de la naturaleza y está menos sujeto a la fatalidad del espacio y del tiempo que el habitante de las selvas.

Poco a poco hemos venido conquistando y dominando lo fatal, o sea la naturaleza bruta. El que camina en ferrocarril se coloca sobre el tiempo y el espacio lo que va de diferencia entre el año que se emplearía para ir a pie de Lisboa a Rusia y los pocos días en que ahora puede recorrerse igual distancia. Colón, descubriendo América, dominó la tierra; con el telégrafo eléctrico tenemos prisionero el espacio y el tiempo en una de sus formas de mayor interés para la vida libre.

Tales hechos prácticos y evidentes son nada, comparados con los triunfos sorprendentes que sobre la Naturaleza hemos de alcanzar, tan sorprendentes que pasarían por quiméricos si hoy se anunciaran.

Volviendo al punto de partida, digo que mi atracción o afición a los animales procedía de la ocasión que daban para satisfacer la propia inclinación de posesión y de dominio sobre aquellos seres.

El apetito éste se despierta en el niño y se acentúa por contraste. Siéntese débil, inferior y dependiente de los humanos que le rodean. Ve autoridad en el padre, en la madre, en los parientes, en los amigos de la casa; por todas partes se ve rodeado de personas de mayor fuerza y de mayor inteligencia. Sólo advierte cierta inferioridad en los sirvientes: por eso los niños prefieren hallarse en las cocinas a estar en las salas, y el trato de los criados al de los amigos de la casa; pero todavía no quedan satisfechos con los servidores, viendo en ellos algo menos, pero no materia de posesión y perfecto dominio. Este deseo lo sienten plenamente realizado en su comercio con los vivos irracionales, y el niño goza inconscientemente (sin explicarse el por qué, pero goza); él, subordinado e inferior a los demás humanos, se ve jefe, superior y dueño de otras criaturas.

Observemos cuidadosamente al niño en el ejercicio de su

imperio; nada podrá dar a conocer mejor su naturaleza. En él veréis al hombre del porvenir: en él se declarará bueno, humano, compasivo; en él también, duro, despótico, tirano. Ya veréis el niño que se priva de los postres, para regalar con ellos al animal amigo; ya le veréis, con maligna frialdad, punzarle los ojos con una aguja.

Gracias a Dios, yo no recuerdo haber caído en tales excesos; sin embargo, como se verá más adelante, cuando tenga que referirme a sucesos de alguna mayor edad, tendré que acusarme también de algún pecado de tiranía. Respecto a la a que ahora me refiero, bien puedo referir mis impresiones.

Las gallinas me gustaban, pero no las apetecía. Los pollitos eran mi deleite; mas al cogerlos y poseerlos me parecían poca cosa: así como si, siendo mujer, me deslumbrase una joya, que, examinada, resultase de piedras de Francia solamente. Los palomos, hermosísimos, ¡cuánto los apetecía para mí! Pero volaban y no se dejaban coger. Les echaba migas de pan y aun de bizcocho; bajaban a picarlas, y cuando, cerca ya de ellos, yo me inclinaba para pasarles la mano y hacerles una caricia, ¡ingratos! volaban, mirándome desde el tejado.

El caballo, ¡oh, el caballo!, hubiera constituído mi fortuna. Pero había en él mucho de brutal para mis tiernas fuerzas. La cigüeña me había hecho más cauto y receloso; así, me acercaba al caballo guardando respetuosa distancia. Procuraba seducirlo hablándole de lejos y enseñándole un pedazo de pan. Aquí las cosas no pasaban a mayores, excepción hecha de cuando llegaba el mozo de cuadra a echar el pienso; momento en que aprovechaba la coyuntura para acercarme más, y andando días, hasta para darle alguna palmadita en el arranque de los brazos.

En fin, ya que no con el caballo, me atreví con el borrico pío, manso y burro de bien como el mejor del mundo. Amaba más al borriquito chico; pero, inestable y travieso, se me huía y acercaba; y con sus morisquetas y respingos, conocía yo que, sin mala intención, podría lastimarme.

La dificultad misma del pleno dominio aumentaba mis empeños. De ello saco que debe ser malísimo para la educación satisfacer el deseo en los infantes inmediatamente, tanto porque pierden su resorte, cuanto porque predispone al hastío y más tarde a la infelicidad mayor que hay en el mundo: la infelicidad de los felices.

Con estos antecedentes se podrá calcular cuánto placer recibiría una tarde, al traerme un criado del campo una avefría que cogió viva, y a la que recortó las alas para que no se escapase. Más pequeña, parecíase a una paloma. Tenía plumas blancas, otras tornasoladas entre azules y negras, brillantes. La cogí entre las dos manos; la besaba y metía su pico entre mis labios. Quise darle de comer, no quiso; agua, tampoco. Estaba triste, tanto como yo alegre; me daba pena. Quise darle a entender que no temiese, que yo era su amigo, que la quería y la trataría muy bien, pero nada; sin duda, el animalito, separado de los suyos, sentía la pena que yo cuando las circunstancias me separaron de mis padres.

«Mañana estará alegre», pensé, y seguí con mi avefría, sin dejarla un momento.

Llegó la noche, y quisieron encerrarla dentro de un canasto. No lo consentí: era mía, y defendí mi derecho, de tal modo, que la familia transigió.

Desnudáronme, me acostaron, recé el Bendito y otra oración al Angel de la Guarda, que me habían enseñado. Aquella noche no pedí los cuentos. Me acosté con el pájaro, le di besos, lo acurruqué conmigo, teniendo la precaución de dejarle la cabecita fuera del embozo, y me dormí tan feliz como la madre que da el primer pecho a su reciénnacido.

Al despertar por la mañana, los ojos y el pensamiento se abrieron para mi ave; y ¡ah, horror! estaba muerta, debajo de mi propio cuerpo, con la cabeza aplastada; y una mancha de sangre seca en la sábana y en mi camisa, denunciándome como asesino.

XXIV

No quiero amigas.

—A este niño es necesario enseñarle ya la doctrina—dijo un día D. Ramón.

—Es muy chiquitín—contestó la *Abuelita;* además, sabe persignarse y el Bendito, y otras cosas que yo le enseño al acostarlo.

—No basta, mujer; no digo a nosotros, a los padrinos que no viven con los niños les ordena la Iglesia que, a falta de los padres, enseñen la doctrina a sus ahijados.

La razón no tenía vuelta de hoja, y dieron con mi cuerpo en otra *amiga.*

Era peor y era mejor: peor, porque no había corral ni aire libre; mejor, porque siquiera a los chiquitines se nos ocupaba en algo. Eso sí, sentaditos horas mortales.

En coro se nos hacía persignar: la maestra, atenta a la colocación de los dedos, corregía las imperfecciones. También a coro rezábamos el Bendito y la Salve y el Padrenuestro, llevando la voz la misma maestra.

En la pared pendían algunos cartones con dos o tres abecedarios, presididos por una cruz que daba comienzo a ellos. A la cruz se le llamaba *Jesús María.*

Con la caña, indispensable cetro de las maestras de su especie, señalaba a la cruz, y los niños en coro pronunciaban *Jesús María.* Acto seguido señalaba la *a,* y los chicuelos debíamos repetir *aaa,* y así sucesivamente. El *Jesús María* lo aprendí, pero no las letras; porque, no atendiendo a la caña, sólo cuidaba de repetir con los demás párvulos el sonido que pronunciaba la maestra.

Concluídos tan sanos ejercicios, se daba reposo a las labores; pero, eso sí, cuidando de que los niños no hiciesen ruido ni se

movieran. Luego, vuelta a empezar con el persignado y el Bendito, con la caña y el *Jesús María*.

Alguna que otra vez, consentía la disciplina alguna indulgencia mayor: como, por ejemplo, dejarnos echar la madejita; cosa que aprendí desde la «cunita» a «los cordeles», mientras que en el abecedario no pasé del signo de la cruz.

A pesar de mi humildad, tenía aversión a ir a la amiga; y, aunque no protestaba y me dejaba conducir, la *Abuelita* conoció el sacrificio y decidió suspender mi *educación*. Protestó el esposo; volvió a apelar a la autoridad de la Santa Iglesia; pero, como la *Abuelita* era de carácter más enérgico, dijo que no, y quedé libre y otra vez feliz.

XXV

La vendimia.

No sólo iba al campo cuando solía ir la familia, sino también todos los sábados en que el capataz pagaba los jornales, llevándome él montado en el borrico pío y delante yo, sujeto entre sus brazos. No hay que decir que Orihuela (tal era su nombre), antiguo y honrado sirviente, me cobró mucho cariño, y que yo le correspondía.

Por la vendimia, la temporada era más larga. Todos permanecíamos en el campo, excepto D. Ramón y *El Caballero:* el uno quedaba atendiendo a la casa y el otro a su bufete, si bien el último iba los sábados por la tarde para regresar el domingo por la noche.

La casa de la viña no podía ser más pequeña. En una sola estancia hallábanse el lagar y la bodega de los mostos, y las tinetas y los demás utensilios de labor; sin embargo, en los pequeños claros y en una pequeña cuadra, aseada y habilitada para el efecto, dormíamos perfectamente. ¡Qué feliz se puede ser con poco!

No sé, pero hay operaciones tristes y operaciones esencial-

mente alegres. Quizá ninguna tanto como la vendimia. Es bello el ver salir una cuadrilla de hombres, uno tras otro, por la estrecha vereda, con la tineta vacía en la cabeza; verlos llegar al tajo, repartiéndose e inclinándose cada uno hacia su cepa, separar las anchas hojas y descubrir los nutridos racimos que penden como tetas henchidas de dulce zumo; llenar las tinetillas hasta el colmo, volver con ellas otra vez en fila, guardando firme equilibrio en la cabeza del vendimiador, para vaciarlas sobre el redor de esparto, colocado en el almijar para el oreo. Luego, aboca la noche. Los redores se vierten en el lagar. Dos robustos trabajadores, casi desnudos, hacen muestra de sus varoniles y vellosos miembros; sus herrados zapatones chascan estrujando las uvas, y corre el sudor por sus nobles cuerpos en tanto corre por el caño el mosto bullidor. Retíranse fatigados, sustituyéndolos dos parejas que amontonan la estruja a la machina, sujetándola por larga cinta de estera, montan la ruda tuerca sobre el husillo, atraviesan las dos largas palancas y comienzan a tirar al compás de hondos jipidos. Fuerza, trabajo, fruto recogido, madre naturaleza, industria humana: ¡oh, cuadro encantador! ¿Cómo he de olvidarte?

Concluída la faena, los pisadores y estrujadores van a la gañanía, desarrollan su lecho de anea y se acuestan, roncando apenas echados; mientras que los restantes viñadores, sentados sobre un cantero tendido o sobre un taburete de pitaco, cuentan historias, o recitan o leen un romance, a la luz indecisa del humoso candil.

¿Qué aprendí en mi segunda amiga? ¿Qué en la vendimia?

En la amiga, a aburrirme y hacérseme odiosa la escuela, el *Jesús María* y echar la madejita.

En la vendimia, a placerme la dulce sobriedad, a despreciar el lujo impertinente, a amar el trabajo, a simpatizar con el trabajador, a conocer una industria agrícola de la que penden el presente y el porvenir de mi querida tierra. Y luego, cierta cosa misteriosa, un no sé qué literario: o los romances son España, o yo me sentía un pedazo de romance.

XXVI

«¡Vaya un niño delicado!»

Me daba muy bien cuenta de mi situación. Oía decir: «¡Pepe es muy loco!» Ese Pepe era mi padre. Por otra parte, eso era lo mejor y más cariñoso que se podía entonces decir de un exaltado; o, lo que es lo mismo, de uu liberal dispuesto siempre a sacrificar su reposo, su fortuna, su vida y su familia por el triunfo de la suspirada Libertad, y sin cuyos heroicos esfuerzos estaríamos todavía en aquella odiosa situación de los Felipes y Fernandos.

Que no debía abusar, que necesitaba hacerme grato, lo tenía muy sabido y procuraba atemperar a ello mi conducta.

Lo primero era la *Abuela*, ya porque sentía su amor como más vehemente, ya porque conocí que era el verdadero jefe de la casa. Mi afecto seguía después para Joaquín: era el menos en la familia, pero, después de su madre, es el que me demostraba más ternura. Venían luego *El Caballero*, el Sr. D. Ramón, y su hija, la última.

Al levantarme, recibir las caricias de la *Abuelita* y corresponderlas, iba de habitación en habitación de cada uno, dándoles los buenos días y haciéndoles una visita: primero a ver al *Caballero;* en seguida, a la hermana y a Joaquín; por último, a D. Ramón, cuando volvía de misa, por levantarse con el alba, oir las cinco o seis primeras diariamente en los frailes deSanto Doming o, y no volver a casa hasta las diez de la mañana.

Un día, al entrar en el cuarto de Joaquín, éste debió de estar de mal humor (aunque bueno y cariñosísimo conmigo, era desigual); el caso fue que, en vez de recibirme con agrado, me dijo: «¿A qué vienes aquí? ¡Vete!» Añadiendo a la palabra la acción de empujarme.

Lo de los pavos no fue nada, para el *ímpato* que aquello

me produjo. Salíme al corredor, y en el ángulo de sus paredes ceñí mi cuerpo como si quisiera que la tierra me tragase. No lloré; aunque dolor, arrebato, enojo, sentimiento, pena, y todo unido, parecía conjurarse y recorrer desde los dedos al corazón y desde la cabeza a las entrañas.

Pensé y decidí irme de allí, huir de la casa, marcharme en busca de mis padres. Pero, no sabía dónde estaba Morón, ni por dónde se iba; en la lucha, no pudiendo vencer, quedé abatido bajo el peso de mi dolor, no resignado como al tragar el alfiler; y es que hay penas que siente la criatura más vivas y profundas que el presentir la muerte.

Pasada una hora larga, salí de mi rincón; aunque procuraba reprimirme y recatarme, Concha salió al paso, y al verme así, me preguntó: «¿Qué tienes?» Sin poderme contener, salió un puchero, y dije: «¡Que Joaquín me ha echado!» A lo que contestó: «¡Vaya un niño delicado!» Con lo cual volví a caer en lo profundo.

No sé cuánto duraría el estado agudo, porque de estas cosas, como de otras muchas, se sabe dónde empiezan, pero no dónde acaban. Lo que puedo decir es que la *impatia* me quedó crónica hasta hace poco, en que ya a la vejez, convencido de que nada valgo y que es necio el amor propio, he logrado poner a raya el dolor de sus heridas; y aun a veces me complacen, porque la experiencia me ha enseñado que las alabanzas de la amistad, o sirven poco o perjudican, mientras que las ofensas, si son injustas, no deben mellar el ánimo de los fuertes, y si justas, han de aceptarse con resignación como suprema enseñanza para corregirnos.

No obstante la *impatibilidad* á que quedé sujeto, seguí amando á Joaquín, sin conservarle rencor, ni disminuir en nada mi afecto hacia él. Pero, eso sí, me quedó cierto rescoldo perseverante, que me llevó al propósito de ser algún día superior a él.

FEDERICO RUBIO

(*Continuará.*)

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

II

Acaso las reflexiones que vengo haciendo puedan parecer a alguien de un cierto carácter morboso. ¿Morboso? ¿Pero qué es eso de la enfermedad? ¿qué es la salud?

Y acaso la enfermedad misma sea la condición esencial de lo que llamamos progreso, y el progreso mismo una enfermedad.

¿Quién no conoce la mítica tragedia del Paraíso? Vivían en él nuestros primeros padres en estado de perfecta salud y de perfecta inocencia, y Jahwé les permitía comer del árbol de la vida, y había creado todo para ellos; pero les prohibió probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero ellos, tentados por la serpiente, modelo de prudencia para el Cristo, probaron de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y quedaron sujetos a las enfermedades todas y a la que es corona y acabamiento de ellas: la muerte, y al trabajo y al progreso. Porque el progreso arranca, según esta leyenda, del pecado original. Y así fué cómo la curiosidad de la mujer, de Eva, de la más presa a las necesidades orgánicas y de conservación, fué la que trajo la caída, y con la caída la

redención, la que nos puso en el camino de Dios, de llegar a Él, y ser en Él.

¿Queréis otra versión de nuestro origen? Sea. Según ella, no es en rigor el hombre sino una especie de gorila, orangután, chimpancé ó cosa así, hidrocéfalo o algo parecido. Un mono antropoide tuvo una vez un hijo enfermo, desde el punto de vista estrictamente animal o zoológico, enfermo, verdaderamente enfermo, y esa enfermedad resultó, además de una flaqueza, una ventaja para la lucha por la persistencia. Acabó por ponerse derecho el único mamífero vertical: el hombre. La posición erecta le libertó las manos de tener que apoyarse en ellas para andar, y pudo oponer el pulgar a los otros cuatro dedos, y coger objetos y fabricarse utensilios, y son las manos, como es sabido, grandes fraguadoras de inteligencia. Y esa misma posición le puso pulmones, tráquea, laringe y boca en aptitud de poder articular lenguaje, y la palabra es inteligencia. Y esa posición también, haciendo que la cabeza pese verticalmente sobre el tronco, permitió un mayor peso y desarrollo de aquélla, en que el pensamiento se asienta. Pero necesitando para esto unos huesos de la pelvis más resistentes y recios que en las especies cuyo tronco y cabeza descansan sobre las cuatro extremidades, la mujer, la autora de la caída, según el Génesis, tuvo que dar salida en el parto a una cría de mayor cabeza por entre unos huesos más duros. Y Jahwé la condenó, por haber pecado, á parir con dolor sus hijos.

El gorila, el chimpancé, el oranguntán y sus congéneres deben de considerar como un pobre animal enfermo al hombre, que hasta almacena sus muertos. ¿Para qué?

Y esa enfermedad primera y las enfermedades todas que se le siguen, ¿no son acaso el capital elemento del progreso? La artritis, pongamos por caso, inficiona la sangre, introduce en ella cenizas, escurrajas de una imperfecta combustión orgánica; pero esta impureza misma, ¿no hace por ventura más excitante a esa sangre? ¿No provocará acaso esa sangre impura, y precisamente por serlo, a una más aguda cerebración? El

agua químicamente pura es impotable. Y la sangre fisiológicamente pura, ¿no es acaso también inapta para el cerebro del mamífero vertical que tiene que vivir del pensamiento?

La historia de la Medicina, por otra parte, nos enseña que no consiste tanto el progreso en expulsar de nosotros los gérmenes de las enfermedades, o más bien las enfermedades mismas, cuanto en acomodarlas á nuestro organismo, enriqueciéndolo tal vez, en macerarlas en nuestra sangre. ¿Qué otra cosa significan la vacunación y los sueros todos, qué otra cosa la inmunización por el trascurso del tiempo?

Si eso de la salud no fuera una categoría abstracta, algo que en rigor no se da, podríamos decir que un hombre perfectamente sano no sería ya un hombre, sino un animal irracional. Irracional por falta de enfermedad alguna que encendiera su razón. Y es una verdadera enfermedad, y trágica, la que nos da el apetito de conocer por gusto del conocimiento mismo, por el deleite de probar de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Παντες ανθρωποι του ειδεναι ορεγονται φυσει, «todos los hombres se empeñan por naturaleza en conocer». Así empieza Aristóteles su Metafísica, y desde entonces se ha repetido miles de veces que la curiosidad o deseo de saber, lo que, según el Génesis, llevó á nuestra primera madre al pecado, es el origen de la ciencia.

Mas es menester distinguir aquí entre el deseo o apetito de conocer, aparentemente y a primera vista, por amor al conocimiento mismo, entre el ansia de probar del fruto del árbol de la ciencia, y la necesidad de conocer para vivir. Esto último, que nos da el conocimiento directo e inmediato, y que en cierto sentido, si no pareciese paradójico, podría llamarse conocimiento inconciente, es común al hombre con los animales, mientras lo que nos distingue de éstos es el conocimiento reflexivo, el conocer del conocer mismo.

Mucho han disputado y mucho seguirán todavía disputando los hombres, ya que a sus disputas fué entregado el mun-

do, sobre el origen del conocimiento; mas dejando ahora para más adelante lo que de ello sea en las hondas entrañas de la existencia, es lo averiguado y cierto que en el orden aparencial de las cosas, en la vida de los seres dotados de algún conocer o percibir, más o menos brumoso, o que por sus actos parecen estar dotados de él, el conocimiento se nos muestra ligado a la necesidad de vivir y de procurarse sustento para lograrlo. Es una secuela de que aquella esencia misma del sér, que, según Spinoza, consiste en el conato por perseverar indefinidamente en su sér mismo. Con términos en que la concreción raya acaso en grosería, cabe decir que el cerebro, en cuanto a su función, depende del estómago. En los seres que figuran en lo más bajo de la escala de los vivientes, los actos que presentan caracteres de voluntariedad, los que parecen ligados a una conciencia más o menos clara, son actos que se enderezan a procurarse subsistencia al sér que los ejecuta.

Tal es el origen que podemos llamar histórico del conocimiento, sea cual fuere su origen en otro respecto. Los seres que parecen dotados de percepción, perciben para poder vivir, y sólo en cuanto para vivir lo necesitan, perciben. Pero tal vez, atesorados estos conocimientos, que empezaron siendo útiles y dejaron de serlo, han llegado a constituir un caudal que sobrepuja con mucho al necesario para la vida.

Hay, pues, primero, la necesidad de conocer para vivir, y de ella se desarrolla ese otro que podríamos llamar conocimiento de lujo o de exceso, que puede a su vez llegar a constituir una nueva necesidad. La curiosidad, el llamado deseo innato de conocer, sólo se despierta, y obra luego que está satisfecha la necesidad de conocer para vivir; y aunque alguna vez no sucediese así en las condiciones actuales de nuestro linaje sino que la curiosidad se sobreponga a la necesidad y la ciencia al hambre, el hecho primordial es que la curiosidad brotó de la necesidad de conocer para vivir, y este es el peso muerto y la grosera materia que en su seno la ciencia lleva; y es que aspirando a ser un conocer por conocer, un conocer la verdad por

la verdad misma, las necesidades de la vida fuerzan y tuercen a la ciencia a que se ponga al servicio de ellas, y los hombres mientras creen que buscan la verdad por ella misma, buscan de hecho la vida en la verdad. Las variaciones de la ciencia dependen de las variaciones de las necesidades humanas, y los hombres de ciencia suelen trabajar, queriéndolo o sin quererlo, a sabiendas o no, al servicio de los poderosos o al del pueblo que les pide confirmación de sus anhelos.

¿Pero es esto realmente un peso muerto y una grosera materia de la ciencia, o no es más bien la íntima fuente de su redención? El hecho es que es ello así, y torpeza grande pretender rebelarse contra la condición misma de la vida.

El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir, y primariamente al servicio del instinto de conservación personal. Y esta necesidad y este instinto han creado en el hombre los organos del conocimiento, dándoles el alcance que tienen. El hombre ve, oye, toca, gusta y huele lo que necesita ver, oir, tocar, gustar y oler para conservar su vida; la merma o la pérdida de uno cualquiera de esos sentidos aumenta los riesgos de que su vida está rodeada, y si no los aumenta tanto en el estado de sociedad en que vivimos, es porque los unos ven, oyen, tocan, gustan o huelen por los otros. Un ciego solo, sin lazarillo, no podría vivir mucho tiempo. La sociedad es otro sentido, el verdadero sentido común.

El hombre, pues, en su estado de individuo aislado, no ve, ni oye, ni toca, ni gusta, ni huele más que lo que necesita para vivir y conservarse. Si no percibe colores ni por debajo del rojo ni por encima del violeta, es acaso porque le bastan los otros para poder conservarse. Y los sentidos mismos son aparatos de simplificación, que eliminan de la realidad objetiva todo aquello que nos es necesario conocer para poder usar de los objetos a fin de conservar la vida. En la completa oscuridad, el animal que no perece, acaba por volverse ciego. Los parásitos, que en las entrañas de otros animales viven de los jugos nutritivos por estos otros preparados ya, como no nece-

sitan ni ver ni oir, ni ven ni oyen, sino que, convertidos en una especie de saco, permanecen adheridos al sér de quien viven. Para estos parásitos no deben de existir ni el mundo visual ni el mundo sonoro. Basta que vean y oigan aquellos que en sus entrañas los mantienen.

Está, pues, el conocimiento primariamente al servicio del instinto de conservación, que es más bien, como con Spinoza dijimos, su esencia misma. Y así cabe decir que es el instinto de conservación el que nos hace la realidad y la verdad del mundo perceptible, pues del campo insondable e ilimitado de lo posible es ese instinto el que nos saca y separa lo para nosotros existente. Existe, en efecto, para nosotros todo lo que, de una o de otra manera, necesitamos conocer para existir nosotros; la existencia objetiva es, en nuestro conocer, una dependencia de nuestra propia existencia personal. Y nadie puede negar que no pueden existir y acaso existan aspectos de la realidad desconocidos, hoy al menos, de nosotros, y acaso inconocibles, porque en nada nos son necesarios para conservar nuestra propia existencia actual.

Pero el hombre, ni vive solo ni es individuo aislado, sino que es miembro de sociedad, encerrando no poca verdad aquel dicho de que el individuo, como el átomo, es una abstracción. Sí, el átomo fuera del universo es tan abstracción como el universo aparte de los átomos. Y si el individuo se mantiene por el instinto de conservación, la sociedad debe su sér y su mantenimiento al instinto de perpetuación de aquél. Y de este instinto, mejor dicho, de la sociedad, brota la razón.

La razón, lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social.

Debe su origen acaso al lenguaje. Pensamos articulada, o sea reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos. Pensar es hablar consigo mismo, y hablamos cada uno consigo mismo gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros; y en la vida ordinaria acontece con fre-

cuencia que llega uno a encontrar una idea que buscaba, llega a darla forma, es decir, a obtenerla, sacándola de la nebulosa de percepciones oscuras a que representa, gracias a los esfuerzos que hace para presentarla á los demás. El pensamiento es lenguaje interior, y el lenguaje interior brota del exterior. De donde resulta que la razón es social y común. Hecho preñado de consecuencias, como hemos de ver.

Y si hay una realidad que es en cuanto conocida obra del instinto de conservación personal y de los sentidos al servicio de éste, no habrá de haber otra realidad, no menos real que aquélla, obra, en cuanto conocida, del instinto de perpetuación, el de la especie, y al servicio de él? El instinto de conservación, el hambre, es el fundamento del individuo humano; el instinto de perpetuación, el amor, en su forma más rudimentaria y fisiológica, es el fundamento de la sociedad humana. Y así como el hombre conoce lo que necesita conocer para que se conserve, así la sociedad o el hombre, en cuanto sér social, conoce lo que necesita conocer para perpetuarse en sociedad.

Hay un mundo, el mundo sensible, que es hijo del hambre; y hay otro mundo, el ideal, que es hijo del amor. Y así como hay sentidos al servicio del conocimiento del mundo sensible, los hay también, hoy en su mayor parte dormidos, porque apenas si la conciencia social alborea al servicio del conocimiento del mundo ideal. Y ¿por qué hemos de negar realidad objetiva a las creaciones del amor, del instinto de perpetuación, ya que se lo concedemos a las del hambre o instinto de conservación? Porque si se dice que estas otras creaciones no lo son más que de nuestra fantasía, sin valor objetivo, ¿no puede decirse igualmente de aquellas que no son sino creaciones de nuestros sentidos? ¿Quién nos dice que no haya un mundo invisible e intangible, percibido por el sentido íntimo que vive al servicio del instinto de perpetuación?

La sociedad humana, como tal sociedad, tiene sentidos de que el individuo, a no ser por ella, carecería, lo mismo que este individuo, el hombre, que es a su vez una especie de sociedad,

tiene sentidos de que carecen las células que le componen. Las células ciegas del oído, en su oscura conciencia, deben de ignorar la existencia del mundo visible, y si de él les hablasen, lo estimarían acaso creación arbitraria de las células sordas de la vista, las cuales, a su vez, habrán de estimar ilusión el mundo sonoro que aquéllas crean.

Mentábamos antes a los parásitos que, viviendo en las entrañas de los animales superiores de los jugos nutritivos que éstos preparan, no necesitan ver ni oir, y no existe, por lo tanto, para ellos mundo visible ni sonoro. Y si tuviesen cierta conciencia, y se hicieran cargo de que aquel a cuyas expensas viven cree en otro mundo, juzgaríanlo acaso desvaríos de la imaginación. Y así hay parásitos sociales, como hace muy bien notar Mr. Balfour (1), que, recibiendo de la sociedad en que viven los móviles de su conducta moral, niegan que la creencia en Dios y en otra vida sean necesarias para fundamentar una buena conducta y una vida soportables, porque la sociedad les ha preparado ya los jugos espirituales de que viven. Un individuo suelto puede soportar la vida y vivirla buena, y hasta heroica, sin creer en manera alguna ni en la inmortalidad del alma ni en Dios, pero es que vive vida de parásito espiritual. Lo que llamamos sentimiento del honor es, aun en los no cristianos, un producto cristiano. Y aun digo más, y es: que si se da en un hombre la fe en Dios unida a una vida de pureza y elevación moral, no es tanto que el creer en Dios le haga bueno, cuanto que el ser bueno, gracias a Dios, le hace creer en Él. La bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual.

No se me oculta tampoco que podrá decírseme que todo esto de que el hombre crea el mundo sensible, y el amor el ideal, todo lo de las células ciegas del oído y las sordas de la vista, lo de los parásitos espirituales, etc., son metáforas. Así es, y no pretendo otra cosa sino discurrir por metáforas. Y es que ese

(1) The Foundations of Belief, being notes introductory to the study of theology by the Right Hon. Arthur James Balfour.

sentido social, hijo del amor, padre del lenguaje y de la razón y del mundo ideal que de él surge, no es, en el fondo, otra cosa que lo que llamamos fantasía o imaginación. De la fantasía brota la razón. Y si se toma a aquélla como a una facultad que fragua caprichosamente imágenes, preguntaré qué es el capricho, y en todo caso, también los sentidos y la razón yerran.

Y hemos de ver que es esa facultad íntima social, la imaginación que lo personaliza todo, la que, puesta al servicio del instinto de perpetuación, nos revela la inmortalidad del alma y a Dios, siendo así Dios un producto social.

Pero esto para más adelante.

Y ahora bien; ¿para qué se filosofa?, es decir, ¿para qué se investiga los primeros principios y los fines últimos de las cosas? ¿Para qué se busca la verdad desinteresada? Porque aquello de que todos los hombres tienden por naturaleza á conocer, está bien; pero, ¿para qué?

Buscan los filósofos un punto de partida teórico o ideal a su trabajo humano, el de filosofar; pero suelen descuidar buscarle el punto de partida práctico y real, el propósito. ¿Cuál es el propósito al hacer filosofía, al pensarla y exponerla luego a los semejantes? ¿Qué busca en ello y con ello el filósofo? ¿La verdad por la verdad misma? ¿La verdad para sujetar a ella nuestra conducta y determinar conforme a ella nuestra actitud espiritual para con la vida y el universo?

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre.

Y no quiero emplear aquí el yo, diciendo que al filosofar filosofo yo y no el hombre, para que no se confunda este yo concreto, circunscrito, de carne y hueso, que sufre de mal de muelas y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal, para que no se le confun-

da con ese otro yo de matute, el Yo con letra mayúscula, el Yo teórico que introdujo en la filosofía Fichte, ni aun con el Único, también teórico, de Max Stirner. Es mejor decir nosotros. Pero nosotros los circunscritos en espacios.

¡Saber por saber! ¡La verdad por la verdad! Eso es inhumano. Y si decimos que la filosofía teórica se endereza a la práctica, la verdad al bien, la ciencia a la moral, diré: y el bien ¿para qué? ¿Es acaso un fin en sí? Bueno no es sino lo que contribuye a la conservación, perpetuación y enriquecimiento de la conciencia. El bien se endereza al hombre, al mantenimiento y perfección de la sociedad humana, que se compone de hombres. Y esto, ¿para qué? «Obra de modo que tu acción pueda servir de norma a todos los hombres», nos dice Kant. Bien, ¿y para qué? Hay que buscar un para qué.

En el punto de partida, en el verdadero punto de partida, el práctico, no el teórico, de toda filosofía, hay un para qué. El filósofo filosofa para algo más que para filosofar. *Primum vivere, deinde philosophari,* dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo, antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego. Buen ejemplo de esto último, aquel terrible ironista ateniense que fué Sócrates, y de quien nos cuenta Jenofonte, en sus «Memorias», que de tal modo le expuso a Teodota la cortesana las artes de que debía valerse para atraer a su casa amantes, que le pidió ella al filósofo que fuese su compañero de caza, συνθηρατης, su alcahuete, en una palabra. Y es que, de hecho, en arte de alcahuetería, aunque sea espiritual, suele no pocas veces convertirse la filosofía. Y otras en opio para adormecer pesares.

Tomo al azar un libro de metafísica, el que encuentro más a mano, *Time and Espace, a metaphysical essay*, de Shadworth H. Hodgson; lo abro, y en el párrafo quinto del primer capítulo de su parte primera, leo: «La metafísica no es, propia-

mente hablando, una ciencia, sino una filosofía; esto es, es una ciencia cuyo fin está en sí misma, en la gratificación y educación de los espíritus que la cultivan, no en propósito alguno externo, tal como el de fundar un arte conducente al bienestar de la vida.» Examinemos esto. Y veremos primero que la metafísica no es, hablando con propiedad—*properly speaking*,—una ciencia, «esto es», *that is,* que es una ciencia cuyo fin, etcétera. Y esta ciencia, que no es propiamente una ciencia, tiene su fin en sí, en la gratificación y educación de los espíritus que la cultivan. ¿En qué, pues, quedamos? ¿Tiene su fin en sí, o es su fin gratificar y educar a los espíritus que la cultivan? ¡O lo uno o lo otro! Luego añade Hodgson que el fin de la metafísica no es propósito alguno externo, como el de fundar un arte conducente al bienestar de la vida. ¿Pero es que la gratificación del espíritu de aquel que cultiva la filosofía, no es parte del bienestar de su vida? Fíjese el lector en ese pasaje del metafísico inglés, y dígame si no es un tejido de contradicciones.

Lo cual es inevitable, cuando se trate de fijar *humanamente* eso de una ciencia, de un conocer, cuyo fin esté en sí mismo, eso de un conocer por el conocer mismo, de un alcanzar la verdad por la misma verdad. La ciencia no existe sino en la conciencia personal, y gracias a ella; la astronomía, las matemáticas, no tienen otra realidad que la que como conocimiento tienen en las mentes de los que las aprenden y cultivan. Y si un día ha de acabarse toda conciencia personal sobre la tierra; si un día ha de volver a la nada, es decir, a la absoluta inconciencia de que brotara el espíritu humano, y no ha de haber espíritu que se aproveche de toda nuestra ciencia acumulada, ¿para qué ésta? Porque no se debe perder de vista que el problema de la inmortalidad personal del alma implica el porvenir de la especie humana toda.

Esa serie de contradicciones en que el inglés cae, al querer explicarnos lo de una ciencia cuyo fin está en sí misma, es fácilmente comprensible tratándose de un inglés que ante todo es hombre. Tal vez un especialista alemán, un filósofo que

haya hecho de la filosofía su especialidad, y en ésta haya enterrado, matándola antes, su humanidad, explicara mejor eso de la ciencia, cuyo fin está en sí mismo, y lo del conocer por conocer.

Tomad al hombre Spinoza, a aquel judío portugués desterrado en Holanda; leed su *Ética*, como lo que es, como un desesperado poema elegíaco, y decidme si no se oye allí, por debajo de las escuetas, y al parecer serenas, proposiciones expuestas *more geométrico*, el eco lúgubre de los salmos proféticos. Aquella no es la filosofía de la resignación, sino la de la desesperación. Y cuando escribía lo de que el hombre libre en todo piensa menos en la muerte, y es su sabiduría meditación no de la muerte, sino de la vida misma—*homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat et eius sapientiam non mortis, sed vitae meditatio est. Ethices pars. IV, prop. LXVII*—cuando escribía, sentíase, como nos sentimos todos, esclavos, y pensaba en la muerte, y para libertarse, aunque en vano, de este pensamiento, lo escribía. Ni al escribir la proposición XLII de la parte V de que «la felicidad no es premio de la virtud, sino la virtud misma», sentía, de seguro, lo que escribía. Pues para eso suelen filosofar los hombres, para convencerse a sí mismos, sin lograrlo. Y este querer convencerse, es decir, este querer violentar la propia Naturaleza humana, suele ser el verdadero punto de partida íntimo de no pocas filosofías.

¿De dónde vengo yo y de dónde viene el mundo en que vivo y del cuál vivo? ¿Adónde voy y adónde va cuanto me rodea? ¿Qué significa esto? Tales son las preguntas del hombre, así que se liberta de la embrutecedora necesidad de tener que sustentarse materialmente. Y si miramos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto el deseo de conocer un porqué como el de conocer el para qué; no de la causa, sino de la finalidad. Conocida es la definición que de la filosofía daba Cicerón llamándola «ciencia de lo divino y de lo humano, y de las causas en que ellos se contienen», *rerum divinarum et humanarum, causarumque, quibus hae res continentur;* pero en realidad,

esas causas son, para nosotros, fines. Y la Causa Suprema, Dios, ¿qué es sino el Supremo Fin? Sólo nos interesa el porqué en vista del para qué; sólo queremos saber de dónde venimos, para mejor poder averiguar adónde vamos.

Esa definición ciceroniana, que es la estoica, se halla también en aquel formidable intelectualista que fué Clemente de Alejandría, por la Iglesia Católica canonizado; el cual la expone en el cap. V del primero de sus *Stromata*. Pero este mismo filósofo cristiano—¿cristiano?—en el cap. XXII de su cuarto *stroma*, nos dice que debe bastarle al gnóstico, es decir, al intelectual, el conocimiento, la gnosis, y añade: «y me atrevería a decir que no por querer salvarse escojerá el conocimiento el que lo siga por la divina ciencia misma; el conocer tiende, mediante el ejercicio, al siempre conocer; pero el conocer siempre, hecho esencia del conociente por continua mezcla y hecho contemplación eterna queda sustancia viva; y si alguien por su posición propusiese al intelectual qué prefería, o el conocimiento de Dios o la salvación eterna, y se pudieran dar estas cosas separadas, siendo, como son, más bien una sola, sin vacilar escogería el conocimiento de Dios». Que Él, que Dios mismo, a quien anhelamos gozar y poseer eternamente, nos libre de este gnosticismo o intelectualismo clementino!

¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: *a*) o sé que me muero del todo, y entonces la desesperación irremediable, o *b*) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o *c*) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha.

«Lo mejor es—dirá algún lector—dejarse de lo que no se puede conocer.» ¿Es ello posible? En su hermosísimo poema «El

sabio antiguo» (*The ancient sage*) decía Tennyson: «No puedes probar lo inefable *(The Nameless)*, oh hijo mío, ni puedes probar el mundo en que te mueves; no puedes probar que eres cuerpo sólo, ni puedes probar que eres sólo espíritu, ni que eres ambos en uno; no puedes probar que eres inmortal, ni tampoco que eres mortal; sí, hijo mío, no puedes probar que yo, que contigo hablo, no eres tú que hablas contigo mismo, porque nada digno de probarse puede ser probado ni des-probado, por lo cual sé prudente, agárrate siempre á la parte más soleada de la duda y trepa á la Fe allende las formas de la Fe!» Sí, acaso, como dice el sabio, nada digno de probarse puede ser probado ni des-probado

for nothing worthy proving can be proven,
nor yet disproven;

pero podemos contener a ese instinto que lleva al hombre a querer conocer y sobre todo a querer conocer aquello que a vivir, y a vivir siempre, conduzca? A vivir siempre, no a conocer siempre como el gnóstico alejandrino. Porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es anti-racional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti-vital. Y esta es la base del sentimiento trágico de la vida.

Lo malo del discurso del método de Descartes no es la duda previa metódica; no es que empezara queriendo dudar de todo, lo cual no es más que un mero artificio; es que quiso empezar prescindiendo de sí mismo, de Descartes, del hombre real, de carne y hueso, del que no quiere morirse, para ser un mero pensador, esto es, una abstracción. Pero el hombre real volvió y se le metió en la filosofía.

«*Le bon sens est la chose du monde la mieux partagée.*» Así comienza el «Discurso del Método», y ese buen sentido le salvó. Y sigue hablando de sí mismo, del hombre Descartes, diciéndonos, entre otras cosas, que estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía; que se complacía sobre

todo en las matemáticas, a causa de la certeza y evidencia de sus razones, y que veneraba nuestra teología, y pretendía, tanto como cualquier otro, ganar el cielo, *et prétendais autant qu'aucun autre à gagner le ciel.* Y esta pretensión, por lo demás creo que muy laudable, y sobre todo muy natural, fué la que le impidió sacar todas las consecuencias de la duda metódica. El hombre Descartes pretendía, tanto como otro cualquiera, ganar el cielo; «pero habiendo sabido, como cosa muy segura, que no está su camino menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que a él llevan están por encima de nuestra inteligencia, no me hubiera atrevido a someterlas a la flaqueza de mis razonamientos, y pensé que para emprender el examinarlos y lograrlo era menester tener alguna extraordinaria asistencia del cielo y ser más que hombre.» Y aquí está el hombre. Aquí está el hombre que no se sentía, á Dios gracias, en condición que le obligase á hacer de la ciencia un oficio—*métier*—para alivio de su fortuna, y que no se hacía una profesión de despreciar, en cínico, la gloria. Y luego nos cuenta cómo tuvo que detenerse en Alemania, y encerrado en una estufa, *poêle*, empezó á filosofar su método. En Alemania, ¡pero encerrado en una estufa! Y así es, un discurso de estufa, y de estufa alemana, aunque el filósofo en ella encerrado, un francés que se proponía ganar el cielo.

Y llega al *cogito ergo sum*, que ya San Agustín preludiara; pero el *ego* implícito en este entimema, *ego cogito, ergo ego sum,* es un *ego*, un yo irreal o sea ideal, y su *sum,* su existencia, algo irreal también. «Pienso, luego soy», no puede querer decir sino «pienso, luego soy pensante»; ese sér del soy, que se deriva de pienso no es más que un conocer; ese sér es conocimiento, mas no vida. Y lo primitivo no es que pienso, sino que vivo, porque también viven los que no piensan. Aunque ese vivir no sea un vivir verdadero. ¡Qué de contradicciones, Dios mío, cuando queremos casar la vida y la razón!

La verdad es *sum, ergo cogito,* soy, luego pienso, aunque

no todo lo que es, piense. La conciencia de pensar, ¿no será ante todo conciencia de ser? ¿Será posible acaso un pensamiento puro, sin conciencia de sí, sin personalidad? ¿Cabe acaso conocimiento puro, sin sentimiento, sin esta especie de materialidad que el sentimiento le presta? ¿No se siente acaso el pensamiento, y se siente uno á sí mismo á la vez que se conoce y se quiere? ¿No pudo decir el hombre de la estufa: «siento, luego soy»?; o «quiero, luego soy»? Y sentirse, ¿no es acaso sentirse imperecedero? Quererse, ¿no es quererse eterno, es decir, no querer morirse? Lo que el triste judío de Amsterdam llamaba la esencia de la cosa, el conato que pone en perseverar indefinidamente en su sér, el amor propio, el ansia de inmortalidad, ¿no será acaso la condición primera y fundamental de todo conocimiento reflexivo ó humano? Y no será por lo tanto la verdadera base, el verdadero punto de partida de toda filosofía, aunque los filósofos, pervertidos por el intelectualismo, no lo reconozcan?

Y fué además el *cogito* el que introdujo una distinción que, aunque fecunda en verdades, lo ha sido también en confusiones, y es la distinción entre objeto, *cogito,* y sugeto, *sum*. Apenas hay distinción que no sirva también para confundir. Pero a esto volveremos.

Quedémonos ahora en esta vehemente sospecha de que el ansia de no morir, el hambre de inmortalidad personal, el conato con que tendemos a persistir indefinidamente en nuestro sér propio y que es, según el trágico judío, nuestra misma esencia, eso es la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana, fraguada por un hombre y para hombres. Y veremos cómo la solución á ese íntimo problema afectivo, solución que puede ser la renuncia desesperada de solucionarlo, es la que tiñe todo el resto de la filosofía. Hasta debajo del llamado problema del conocimiento no hay sino el afecto ese humano, como debajo de la inquisición del porqué de la causa no hay sino la rebusca del para qué, de la finalidad. Todo lo demás es o engañarse o querer enga-

ñar a los demás. Y querer engañar a los demás para engañarse a sí mismo.

Y ese punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión es el sentimiento trágico de la vida. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

ALFONSO X EL EMPLAZADO

NOTICIAS ACERCA DE UN MILAGRO

Si muy diferentes y contradictorios son los juicios que sobre el Rey Sabio se han emitido al considerarle como político y guerrero, habiendo quien pone en la cuenta de la poca fortuna los males y desastres que Castilla sufriera en su reinado, y no en la de la ineptitud del soberano, por punto general es recibida sin discrepancias la opinión que hace devotísimo y fervoroso creyente al décimo Alfonso castellano. Y en verdad que, aparte otros actos suyos que pudieran alegarse, bastarían las *Cantigas* para justificar con sobra tal fama.

Mas no ha corrido ésta, desde los tiempos en que vivió y reinó el hijo de San Fernando hasta los presentes, tan unánimemente inmaculada, que no se haya lanzado sobre ella acusación que la empañe y disminuya. «*Si yo estuviera con Dios cuando formó el mundo y todas las cosas que en él son, muchas menguas que se hicieron no se hubieran hecho*», dicen que dijo Alfonso X, juzgando la obra del Hacedor Supremo.

¿Qué fundamento tiene esta acusación? ¿Pronunció realmente Alfonso X tal frase? ¿Es solamente una imputación calumniosa? Menéndez Pelayo, en su *Historia de los Heterodoxos españoles* (1), califica de «cuentecillo absurdo» todo esto, y

(1) T. I, cap. VII, nota de la pág. 589.

añade que «cuanto sabemos de Alfonso X, príncipe piadosísimo, pugna con semejante desahogo temerario». Y el Sr. Amador de los Ríos, en su *Historia crítica de la Literatura española* (1), dice que «si esta invención puede correr todavía entre los extraños, no es lícito tolerarla por más tiempo entre nosotros».

Rotundamente adverso es, pues, el parecer de tan insignes maestros. Y si no yerran, como en principio ha de suponerse, ¿cuál es el origen de esta fábula? ¿Cómo se formó? ¿De dónde partió la *invención,* al decir de Amador; el *cuentecillo*, según la irónica frase de Menéndez Pelayo? ¿De qué manera llegó a correr con visos de veracidad? ¿Qué textos o pruebas hay en favor y en contra del hecho? ¿Qué historiadores lo acogen? He aquí una serie de cuestiones, algunas de las cuales van a servirnos de materia para este trabajo.

Tanto el Sr. Amador de los Ríos, como D. Marcelino Menéndez Pelayo, refiriéndose al Marqués de Mondéjar, señalan a Pedro IV de Aragón como autor de la imputación, que, llevado de su carácter envidioso, lanzó contra Alfonso X, forjando, al propio tiempo, el hecho que la justificaba.

En efecto, D. Gaspar Ibáñez de Segovia, en sus *Memorias históricas del Rey D. Alfonso el Sabio* (2), inserta al final lo que titula *Apéndice en que se desvanece la falsa calumnia con que intentó ofender el Rei D. Pedro IV de Aragón la fama de nuestro Príncipe* (3). Pero Mondéjar, no sólo no presenta pruebas de que así sea, limitándose a consignar que Zurita es el que lo dijo, sino que añade que él «*no lo ha hallado en la Chrónica que escrivió en lemosin*» (4). Y Zurita por su parte escribe: «Por esta causa escriven algunos autores, y entre ellos el rey don Pedro el quarto de Aragon, que fué tan insolente y arrogante

(1) T. III, cap. IX, pág. 448, nota 2.
(2) *Memorias históricas del Rei D. Alonso el Sabio.*—Madrid, 1777.
(3) Págs. 637 á 648.
(4) Pag. 638.

por la grande noticia que tuvo de las ciencias humanas, y por los secretos que supo de naturaleza, que llegó a dezir en menosprecio de la providencia y suma sabiduría del universal Criador, que si él fuera de su consejo al tiempo de la general creacion del mundo, y de lo que en él se encierra, y se hallara con él, se uvieran produzido y formado algunas cosas mejor que fueron hechas, y otras ni se hicieran, o se emendaran y corrigieran» (1). Esto es lo que inserta Mondéjar; pero el documentadísimo historiador aragonés añadió algo más que interesa grandemente á nuestro fin, y que luego veremos.

Muy poco concreta nos parece la forma de aludir usada por Zurita; pero sea como quiera, lo indudable es que hasta la segunda mitad del siglo XIV (Pedro IV reinó de 1336 á 1387), y corrida, pues, una centuria de la muerte del Rey Sabio, el hecho no consiguió los honores de ser recibido en las páginas de una obra histórica, pues como observa ya Mondéjar y repite el insigne autor de los *Heterodoxos,* ni la Crónica de Alfonso X, ni ninguno de los escritores contemporáneos de éste, hablan de ello.

Discurriendo Mondéjar sobre cuál sea el punto de arranque de lo que también él apellida *cuento*, escribe que «no parece dudable que se fraguaría en tiempo del mismo Rei D. Alfonso por alguno de tantos beneficiados suyos, que no sólo faltando a la obligación de agradecidos, sino a la natural de vasallos, siguieron la rebeldía del Infante D. Sancho, o para pretextuar su tyránica inobediencia, o para defender la injusta solevación propria con intento de desautorizar á D. Alonso con tan sacrílega calumnia, i hacer assi menos reparable su delito», y que conservada por el vulgo, tan dado a recibir como buenos los hechos que van «en desdoro y deshonor ageno», llegó «a noti-

(1) *Anales de la Corona de Aragon,* compuestos por Gerónimo de Zurita, Cronista de dicho Reyno.—Zaragoza, 1610, folio 271 v.°, cap. XLVII, lib. III, t. I.

cia del Rei D. Pedro IV de Aragon; cuyo piadoso genio la autorizó con su testimonio» (1).

Forjado así el hecho, pues a nuestro entender no anda descaminado el autor de las *Memorias históricas,* al creer que en aquella lucha de padre e hijo encontró su semilla la falsedad, hipótesis que se robustece recordando que, en opinión de Menéndez Pelayo, la conveniencia de cubrir su causa con el pabellón de la legalidad llevó a los partidarios del rebelde Sancho hasta forjar un Código, el «Espéculo», elaborado así el hecho, decimos, un escritor del siglo xv, Rodrigo Sánchez Arévalo, Obispo de Palencia, lo acogió en su obra *Historia Hispánica* (2), pero añadiéndole pormenores y rodeándolo de circunstancias tales, que lo convierten en una verdedera leyenda de carácter sobrenatural o milagroso.

En efecto; después de dar noticia de la frase atribuída a Alfonso X, hace un relato por demás interesante. A un caballero, llamado Pedro Martínez de Pampliega, ayo del Infante Don Manuel, se le apareció en sueños un ángel para decirle que «en el consistorio divino» se había fulminado terrible sentencia contra el desventurado monarca castellano, condenándole á morir desheredado y de cruel muerte por haber juzgado de aquella manera las obras divinas, «que son perfectíssimas y criadas con suma sabiduría, peso, número y medida». Inútil fué que el dicho caballero se presentara en Burgos, donde se hallaba el Rey, al cual refirió la visión, exhortándole a que se retractase, pues el Soberano, «de quien estava muy apoderada la vanidad, haciendo burla del caballero, le echó de sí, y volvió a repetir aquellas palabras sacrílegas», conducta en que reincidió, pasados no muchos días; pero hallándose ya en Segovia, con un ermitaño «de muy santa vida», que, favorecido

(1) Ob. y lugar citados, párrafo XI, pág. 648.

(2) *Historia Hispánica.* Roma, 1469.—Cap. V de la parte 4.ª, folio 83 vuelto. Puede verse esta obra en la Bib. Nac., Sección de incunables, sign. $\frac{1}{2.081}$

por el cielo con análoga revelación, acudió también ante el contumaz blasfemo en demanda de que se arrepintiera. Menester fué que aquella noche se desencadenara furiosa tempestad, acompañada de «vientos y tantos truenos, rayos y relámpagos que parecia hundirse el cielo», y que en el cuarto del Rey cayera una centella que abrasó sus vestidos y los de la Reina, para que aquél, aterrorizado, enviase en busca del ermitaño, «a cuyos pies se postró el Rei luego que le vió, diciéndole: «*Yo soi el que pequé*», haciendo contrito humilde confesión. Y era de ver, al decir del Obispo, cómo «segun se dava grandes golpes de pecho con abundancia de lágrimas, se iva amansando la tempestad», «y assi no alzó los ojos del suelo hasta que cessó enteramente el furor de la tormenta; y mereció conseguir por la humildad, lo que por la vana presuncion de sí mismo havia desmerecido».

He ahí el sencillo hecho atribuído al décimo Alfonso de Castilla, elevado ya a la categoría de hecho político de gran trascendencia para la marcha toda de los destinos de Castilla, y del cual derivaron, además, tres señalados milagros de ejemplaridad enorme. La fábula, una vez comenzada a tejer su trama de caracteres sobrenaturales, no había de pararse.

Y así fué. No muchos años después (1), el eruditísimo Rodríguez de Almela, capellán de la Reina Católica, en su *Valerio de las Historias*, nos presenta de nuevo el suceso, relatándolo en forma que no se aparta substancialmente de la que acabamos de ver. Tan sólo difiere en afirmar que Pedro Martínez fué primeramente a dar cuenta de la revelación al Infante D. Manuel, por cuyo consejo fué luego á Burgos en busca del Rey; en convertir al ermitaño en «frayle menor», y en suponer que como consecuencia del espanto que puso la tempestad en el ánimo del Rey, al «otro dia en público confesó

(1) En 1471 fué compuesta, y publicada por primera vez en Murcia en 1487, según dice Amador en la nota de la pág. 310 del t. VII de su citada obra, rectificando al paso á la Real Academia, que atribuyó esta obra a Fernán Pérez de Guzmán.

aquél pecado de blasfemia y sobervia que dixo contra Dios. E tal miedo ovo... que por facer enmienda á Dios embio sus mensageros allende el mar con grande haver, por le traer el cuerpo de Santa Bárbara, y non pudieron auer» (1).

También es de notar que aparece más insistentemente la idea de la trascendencia de la falta del monarca, no en el orden puramente religioso, sino en el de la vida terrena de Alfonso X, y en el de su destino como supremo director de la vida del pueblo castellano. Y así vemos que Almela, después de hacer decir al ángel que «en el cielo era dada sentencia, que el Rey D. Alfonso muriese desheredado y oviese mal fin», y «que si se arrepintiese de lo que dixera y ficiesse penitencia, que luego la sentencia seria revocada y le faria Dios merced»; para más afirmar la conminación, pone en boca del fraile la siguiente seca amenaza: «Si no que no dubdasse que Dios no mostrasse sobre él su poder.»

Iba, pues, adquiriendo consistencia la fábula, que, al tener cabida en las páginas de historiador tan erudito y escrupuloso como Almela, parece recibir patente de limpieza.

Menos, mucha menos importancia tendría que Fr. Alonso de Espina, en su *Fortaleza de la fe*, diera franca entrada a la leyenda, pues no fué muy cuidadoso seleccionador de la materia histórica con que compuso su obra. Mas la forma completamente nueva que da a la narración del hecho, bastaría para que paráramos en ella un poco la atención, si no hubiera, además, una gran semejanza entre el relato de Espina y el que nosotros hemos hallado, y que luego hemos de reproducir. Esta es la razón que hace preciso que transcribamos íntegro el no muy extenso texto de la mencionada obra. Dice así: «También se lee en las Crónicas que este Rey D. Alfonso X dijo cierta blasfemia contra Dios; conviene a saber, que si

(1) *Valerio de la Historia de la Sagrada Escritura, y de los hechos de España*. Recopilado por el Arcipreste Diego Rodríguez de Almela, Capellán y Cronista de la Reyna Doña Isabel la Católica. Nueva edición, etc. Madrid, MDCCXCIII.—Lib. IX, tít. V, cap. V, pág. 359.

hubiera estado con Dios cuando crió el mundo, no hubieran pasado adelante muchos defectos que allí se cometieron. Por cuyas palabras, estando un día rezando en su oratorio delante de una imagen de Nuestra Señora, se le apareció un ángel, que de parte de Dios le reveló la sentencia de muerte que había de suceder dentro de treinta días inclusive, como le aconteció; porque dentro del término señalado por el ángel pasó de esta vida y fué sepultado junto a su padre el Rey San Fernando en la Iglesia Mayor de Sevilla» (1).

Muchas son, como se ve, las diferencias que separan este relato de los anteriores. Según él, para nada intervinieron terceras personas. Fué el propio monarca quien tuvo la revelación. Y la ira divina dióse á conocer terriblemente. La amenaza de muerte no se hizo depender del arrepentimiento del blasfemo. Sin abrir paso a la indulgencia, el ángel anunció el fin del desventurado Rey, «que había de suceder dentro de treinta días inclusive». Acaso porque el tremendo fallo en su laconismo encerraba la más evidente prueba del poder divino, ningún signo exterior de éste hubo de seguir á las palabras del mensajero. Y así aparece en el relato de Espina, desprovisto el hecho de aquellas tempestades y rayos que tanto carácter dan á los que antes hemos expuesto.

El diligentísimo Zurita, después de lo que ya conocemos, escribe: «... en que parece manifiestamente que por tan grande blasfemia como esta permitió Nuestro Señor que se conociese quan perverso juizio y entendimiento fué el suyo (de Alfonso X) y fué desheredado de sus reynos y desamparado de todos los Príncipes Christianos y que faltase en la quarta generacion la línea de sus sucesores: y assi cuenta un Autor antiguo de las cosas de Portogal, que fué revelado a la Reyna doña Beatriz su madre, por una griega gran hechicera y por

(1) *Fortalicium fidei contra indeos sarracenos*, etc. En la Sec. de incunables de la Bib. Nac. hay dos ejemplares, signs. $\frac{I}{292}$ y $\frac{R}{14.709}$.

diversas visiones que avia de morir desheredado» (1). El sesudo cronista aragonés, sobrio en la exposición del hecho y parco extremadamente en sus detalles, agrega, sin embargo, dos notas y hace una referencia que merecen señalarse. La trascendencia del acto pecaminoso realizado por Alfonso X, va extendiendo su rædio de alcance. Si antes dejó de ver un acto apuntado tan sólo en la partida de los débitos de la conciencia del monarca, para trocarse en delito cuya sanción llega hasta la esfera política, en las palabras de Zurita la responsabilidad aumenta, crece, se extiende a los descendientes de Alfonso X que faltarán «en la quarta generacion». Véase cómo la idea de la responsabilidad por un movimiento de repercusión se transmite nada menos que hasta la cuarta generación del responsable, viniendo así a dar amplia cabida a la herencia moral.

Es asimismo curioso en el texto de Zurita que éste diga que «fué revelado a la Reyna doña Beatriz su madre, por una griega, gran hechicera, y por diversas visiones», pues para nada aparece en los anteriores autores el nombre de la piadosa Princesa de Suabia, quien, y es extraño, recibió noticia de la condena de su hijo, no por un ángel, sino por una hechicera griega, lo cual da un marcadísimo sabor supersticioso a la leyenda. ¿Cómo aquella devotísima dama no fué avisada por mensajero divino? ¿Cómo, en cambio, prestó oídos a una embaucadora?

Y, por último, ¿qué historiador antiguo «de las cosas de Portugal» es ése á que alude Zurita?

Finalmente, un notable historiador, no tan conocido y estudiado como debiera serlo, Colmenares, en su *Historia de Segovia,* hace el relato siguiendo a Almela, y añade: «Muchas historias nuestras dexan de escrivir este caso como otros mu-

(1) *Anales de la Corona de Aragon,* compuestos por Gerónimo de Zurita, Chronista de dicho Reyno.—Zaragoza, 1610.—Folio 274 vuelto, cap. XLVII, lib. III, t. I.

chos. Pero escritores advertidos le escrivieron para confusion de sabios presumidos. Frai Alonso de Espina, en su *Fortalicio de la Fe,* aunque diferencia el modo: Vna Historia mui antigua, manuscrita en papel y letra de aquel tiempo, que tenemos en nuestra libreria, le refiere como dexamos escrito: Don Rodrigo Sanchez, Obispo de Palencia, en su *Historia Latina de España:* señalando que fué antes que partiesse a coronarse Emperador: El Autor del *Valerio de Historias Escolásticas,* Diego Rodriguez de Almela, Arcipreste de Val de Santivañez, que publicó Fernan Perez de Guzman: El Maestro Pedro Sanchez de Acre, en su *Historia Moral y Filosófica:* Gerónimo de Zurita, en sus *Anales de Aragon:* Juan de Mariana, en su *Historia de España*: y Pisa en la de *Toledo:* y Juan Cuspiniano, en sus *Césares.* Y sobre todo la tradicion constante de nuestra ciudad y señales del suceso: estas son las roturas que hizo el rayo y se ve hoi en la parte interior de la bobeda, que es de fortissima canteria, en la sala nombrada del Pabellon, por semejarle su fábrica, y se mostrava por la parte de fuera en la media naranja hasta que se empiçarro por los años de 1590. Y aunque no emos visto autor que señale el año del sucesso; le ponemos en este de 1262, porque todos escriven que desde este caso descaeció la grandeza del Rey, y su buen govierno, sucediéndole todo mal; y su Chronica refiere que estando en nuestra Ciudad en este mismo año le llegaron avisos de tropel» (1).

Aparte la fijación de la fecha del suceso, Colmenares ofrece la novedad de decir que el fraile francisco de que habla Almela, era «Fr. Antonio, nombrado de Segovia, por ser natural de nuestra ciudad, de cuya santidad escriven las historias franciscanas»; pero Mondéjar rechaza esto, probando que tal monje había muerto en 1248, bien en Aix (Provenza), ya en Acqs (Gascuña).

---

(1) *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia y Compendio de las Historias de Castilla:* Autor, Diego de Colmenares, etc.—Madrid, 1640.—Cap. XXII, párr. XII, pág. 222.

Por lo demás, Colmenares, que procuró documentarse escrupulosamente para su obra, trata de ampararse con la autoridad, no sólo de historiadores conocidos, sino hasta con testimonios contemporáneos. No sabemos cuál sea esa Historia «mui antigua manuscrita en papel y letra de aquel tiempo», pues ya hemos dicho, siguiendo a Menéndez Pelayo, que no sabemos de ningún escritor de la época de Alfonso X que mencione el suceso. La referencia de Colmenares está hecha del modo harto vago, entonces tan frecuente, que no permite hacer conjeturas, ni aun siquiera relacionarla con la que Zurita hemos visto que hace a un historiador de Portugal (1).

He ahí, pues, todo el proceso, la evolución toda del hecho en sus momentos de interés, en las fases que marcan su génesis completa. Desde la acusación lanzada por Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, hasta que Colmenares lo recoge y pretende cimentarlo en documentada base, hay una cristalización perfecta de lo que Mondéjar cree que naciera en tiempos del propio Rey Sabio con el carácter de calumnia engendrada por la ingratitud, «esparciéndola por el vulgo, cuya habituada credulidad de quanto resulta en desdoro i deshonor ageno, la fué conservando de unos en otros como tradicion assegurada y constante». Si tal fué el origen y tal el intento (y repetimos que no se nos antoja descaminada la hipótesis), preciso es reconocer que el éxito coronó la obra, pues acabamos de ver cómo no tuvieron reparo en admitirla y autorizarla, incluyéndola en sus libros, escritores como Rodríguez de Almela, Zurita y Colmenares, cuyo prestigio sólido de historiadores arranca precisamente de la tenaz escrupulosidad con que procuraron tamizar los hechos que habían de encontrar hueco y asilo en los folios de sus obras.

***

(1) Las demás autoridades que cita no añaden nada que interese, y por tal razón las omitimos.

Investigaciones encaminadas a otros fines nos han hecho tropezar con un curioso relato del supuesto milagro. Se trata de un códice del siglo XV (1), existente en la Biblioteca Nacional, donde, entre otros varios documentos, se halla el que refiere este suceso. Su no muy larga extensión nos mueve a transcribirlo íntegro. Dice así:

«Sabado dose dias de abril era de mil et trescientos i veynte dos annos este dia aora de tercia en la çiubdat de seuillia el Rey Don Alfonso auya (2) oydo mysa. Et entro asu camara afaser oraçion a vna ymagen de Sta. M.ª segunt que lo auya acostumbrado de luengo tiempo. Et estando en oraçion vino a desora un resplandor de claridat que paresçia seer resplandor como de fuego i en esta dicha claridat paresçio en ella vna cara dangel muy fermoso i luego que el Rey esto uyo (3), fue muy espantado et dixo: coniurote (4) de parte de myo sennor Jesu-Cristo que me digas que cosa eres. Spiritu bueno ó malo. Et el angel le dixo: non temas ca mensagero so cierto que vengo aty segun que agora veras. Tu sabes muy bien que en tal dia como oy en esta çiubdat estando atu tabla. Et començesti dixir blasfemando i dixisti que sy tu estudieras con Dios quando formo el mundo et todas las cosas que en el son que muchas menguas que y fisieron que se non ficieran. De la qual razon, pero mucho adios padre. Et ouo (5) de-

(1) Perteneció a la Real Biblioteca. Lleva hoy en la Nacional la signatura núm. 431, y es un precioso códice de hermosa letra de comienzos del siglo XV, con iniciales y epígrafes en colores, y que ostenta como título general: «Estos son los capítulos del libro del fuero que dió el Rey Don Fernando al Concejo de Burgos, etc.» El relato que nos ocupa se halla en los folios 172 vuelto a 174 vuelto. Copia de éste es el que se halla en el Ms. núm. 751.

(2) Había.

(3) Vió.

(4) Conjúrote.

(5) Ovo, tuvo.

llo muy grant sanna (1). Et por esta rason el alto Sennor dio luego sentençia contra aty que asy como desconocisti del que el te fiso et crio i te dio onrra que asy te fuesse desconoscido. Et que de ty salliesse i descendiesse i que fuesses baxado i tirado de la onrra y estado que tenyas. Et asi acabasses tus días. La qual sentençia fue luego reuelada por vn angel a vn frayre agustin que estaua en molina en su çella (2) estudiando en el sermon que auya de faser otro dia i este frayre dixolo en confession asu prior i el prior dixolo luego al Infante Don Manuel tu hermano i el Infante Don Manuel como aquel quete amaba como asy vino en siete dias de molina aqui (3), desta çiudat. Et requiriote sy dixieras tal rason i tu dixisti que la dixieras i aun la dixias donde resçibio Don Manuel grant pesar et afrontote quete quitasses dello i que demandasses perdon adios i tu no lo preciesty. Et por que conosçias que el poder de Dios padre es i no al (4) la su sentençia es cumplida y acabada contra ti. Et seran todas las que el diere por secula seculorum. Otrosi por cuanto tu dixisti i disti la tu maldiçion adon Sancho tu fijo por la desonrra i deseradimiento i desconoçimiento que te fiso sepas por çierto que el alto Sennor la ha otorgado, y atodos los que del descendieren ca seran tachados y abaxados de grado en grado todavia mas eso mismo el su sennorio de guisa que atiempo verna (5) que los que con el fueron querrian mucho que se abriesse la tierra et que los cogiesse ensy lo qual durara fasta la quarta gernación que descendera de tu fijo Don Sancho ca dende adelante no aura (6) el arbol derecho de la su lina quien aya benefiçio en este sennorio i sera la gente del en muy grant quexa i en muy grant

(1) Saña, pena, dolor.
(2) Celda.
(3) Ms. 751, dice «hasta aqui».
(4) Aunque no hay solución de continuidad en la escritura del manuscrito, la falta de sentido indica que no está cabal el texto.
(5) Vendrá.
(6) Habrá.

trauaio (1) en guisa que no se sabra aconseiar nin que carrera tomar lo qual resçibiran por los tus pecados. El otro si mas cumplidamente por el yerro y pecado que tu fijo i los del reguo fisieron contra ty i este peccado. El alto Sennor embiar le ha de parte de oriente salvaçión del noble Rey i sennor ydonyo i acabado i piadoso en iustiçia i en todas las bondades i noblesas que a rey pertenesçe i sera noble asy. Et al pueblo en tal manera que todos los biuos (2) que so el fueren i los huesos de los finados que iasen en los çimynterios laudaran adios por la su venida. Et por la su bondat. Et tranaiara mucho por lo menguado. Et para esto cumplir sera mucho acorrido del alto Sennor ca el lo merestra (3) mucho i en tal guisa sera que los sus pueblos oluidaran todos los trauaios pasados como quier que llegaran ante destos agrant mengua. Otrosí sepas por çierto por la oraçión que fisisti continuadamente á la gloriosa madre de Dios, desque ouysti (4) disesiete annos fasta oy rogo muy aficadamente al alto Sennor Jesu-Cristo su fijo que te tirase de la vida enverguennada (5), y trauaiosa que vives. Et el alto Sennor por ruego de la uirgen gloriosa Santa Maria su madre tiene por bien que de oy fasta trenta dias cumplidos partirá la tu alma de aquí. Et que se vaya para el parayso purgatorio que es buena esperança. Et despues quando el alto sennor touyere (6), por bien yra ala gloria perdurable, la qual nunca abra fin i estas palabras dichas el angel partiose dende i non dixo más. Et el rey finco por una grant piesça (7), espantado y llevantosse donde estaua apreces (8), i abrio la puerta del almuxauan. Et fallo fuera en la camara los sus quatro capellanes que nunca le desman-

(1) Trabajo.
(2) Vivos.
(3) Merecerá.
(4) Tuviste.
(5) Vergonzosa.
(6) Tuviere.
(7) Falta esta palabra en el Ms. 751.
(8) Donde estaba rezando.

pararon (1). Et auya gran conorte (2) con ellos en sus trauaios i en resar sus oras. Et fisolis tomar tinta i papel i fisolis luego escriuir todo lo sober dicho segund que el angel gelo anya dicho, et en todos los trenta dias cada semana confeso i comulgo de tercer en tercer dia. Et saluo los domingos nou comyo en todos los trenta dias cada dia mas de tres bocados de pan y nou veuya (3) mas de vna ves dagua cada dia i confirmo sus testamentos i fiso sus caueçaleros (4). Et al placo de los trenta dias cumplidos sallio deste mundo segund que el angel dixo et sopo por ruego de la gloriosa. (5)»

¿Qué caracteres de autenticidad nos ofrece este relato? Sin temor a equivocarnos, podemos decir que es muy sospechoso. No se trata de un original, pues ya hemos dicho que es un códice de la décimoquinta centuria. Y no siendo contemporáneo, claro es que tiene que ser, o una copia de algún documento de época anterior, que no conocemos, ó una reducción á la escritura de una tradición oral. Y, en cualquiera de los dos casos, ¿cómo comprobar la veracidad, la exactitud de la narración? ¿Qué fianza tenemos de la escrupulosidad del narrador?

Pero es que, además, podemos poner en duda la verdad de lo narrado por prueba indirecta. Hállase el relato, como ya hemos indicado, entre otros documentos de muy varia índole. Uno de ellos es una copia del llamado Fuero Viejo de Castilla, código tachado de apócrifo por distinguidos tratadistas, y a cuyo examen, que nos dió por resultado esa misma conclusión, hemos dedicado un trabajo en estas mismas páginas.

¿Es un breve resumen de este relato el de Fr. Alonso de Espina? Bien pudiera ser, pues ambos coinciden en un punto

---

(1) Desampararon.
(2) Consuelo.
(3) Bebía.
(4) Cabezaleros, esto es, albaceas testamentarios.
(5) Hemos transcrito lo más fielmente posible el manuscrito, a fin de no despojarle de su carácter.

esencial: el del emplazamiento de Alfonso X, que no aparece en los restantes autores.

El manuscrito de que tratamos nos ofrece otros datos de interés. Es el primero el de la fecha, el sábado 12 de Abril de 1284, con lo cual rectificado queda Colmenares. Pero es de notar que, si fuese exacta esa fecha, resultaría la muerte del monarca el 12 de Mayo, siendo así que ocurrió en Abril.

El lugar también aparece rectificado, pues el anónimo documento pone el suceso en Sevilla, y ya hemos visto que en los autores que lo mencionan señálase a Segovia.

Asimismo aparecen como conocedores del castigo que aguardaba á Don Alfonso un fraile agustino, de Molina, y el prior de un convento. Pero lo más interesante del relato es toda la parte que se refiere á las consecuencias políticas del acto de soberbia del monarca y de la rebelión de su hijo. Si como castigo de la blasfemia el Rey Sabio es condenado por Dios a morir destronado por su hijo Don Sancho, éste, por haber servido de instrumento á la Divina justicia, ha de sufrir, y al igual que él, los que a su lado estuvieron y los que de él descendieran, todo el peso de la cólera de Dios, de la que tampoco quedarán libres los pueblos castellanos, que llegarán *a grant mengua*. Véase, pues, cómo se ha ido dilatando la responsabilidad del hecho y la sanción correspondiente. Lo que no fué en sus comienzos más que una temeraria presunción, un soberbio alarde de saber y un irrespetuoso desconocimiento de la omnipotencia divina, convertido está ya en causa de graves quebrantos, de tremendos males para toda una dinastía y para los pueblos que ella gobernara.

¿Cómo explicar estas derivaciones? Aparte el estado de las creencias religiosas, de que luego haremos alguna indicación, hay algo que viene a darnos la clave, a nuestro entender. Si como hemos visto en la rebeldía de Don Sancho contra su padre, puede hallarse el comienzo de todo esto, en otra lucha civil halla su remate. Menester era buscar color de legitimidad a la actitud de Don Enrique contra su hermano Pedro I; y por

si las reales o supuestas crueldades de éste no eran suficientes, alguien, sin duda, quiso llevar más lejos la explicación. Y de la rebeldía de Don Sancho hubo de tomarla. Por eso, el ignorado autor del documento que comentamos, dice: «y atodos los que del descendieren ca seran tachados y abaxados de grado en grado todavia más.... de guisa que atiempo verna que los que con el fueron querrian mucho que se abriesse la tierra et que los cogiesse ensy, lo cual durara *fasta la quarta gernacion*».

Y para remachar bien la idea, a continuación se habla de un rey adornado de excelentes cualidades, «piadoso en justicia y en todas las bondades y noblezas que á rey pertenecen», en medida tal, que no tiene reparo el autor en asegurar que hasta «los huesos de los finados que yacen en los cementerios» alabaron á Dios por la llegada de tan idóneo y acabado» soberano. Y tal será su acierto en el gobierno, que «los sus pueblos olvidarán todos los trabajos pasados».

¿Se ve claramente cómo y por qué fué urdida toda esa falsa historia? A nuestro juicio, es punto menos que indudable.

Mas si no es cierto el hecho de las palabras atribuídas al malaventurado soberano de Castilla, y menos la serie de revelaciones y milagros que siguió a aquéllas, todo ello tiene, no obstante, un valor representativo, una significación sintomática que merecen la pena de dedicar unas líneas al comentario.

Opina el insigne maestro autor de los *Heterodoxos*, «*que es y ha sido España el pueblo menos supersticioso de Europa*, por lo mismo que ha sido el más católico y devoto de *lo maravilloso real*» (1). Sin pretender lanzar una censura contra quien tan legítimamente simboliza todo el prestigio de la intelectualidad y del saber español contemporáneo, se nos antoja que los entusiasmos del creyente pusieron todo su peso en la pluma del

(1) Ob. cit., tomo I, cap. VII. *Artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España desde el siglo VIII al XV*, pág. 570.

escritor al estampar tan rotunda afirmación. ¿Qué significa, si no, aquel medio centenar de nutridas páginas que el propio Menéndez Pelayo dedica al estudio de las supersticiones del pueblo español durante una parte de nuestra vida medioeval? ¿Qué otros muchos trozos que pudiera citarse de su repetida obra? ¿Qué, entre otros mil ejemplos, aquellos eruditísimos artículos en que el Sr. Amador de los Ríos pretendió historiar algunas de las derivaciones supersticiosas de las creencias españolas? (1).

Al repasar los folios de nuestra Historia, fácil y frecuente es tropezar con el elemento maravilloso que la fantasía popular ha puesto en numerosos sucesos, y que la tradición y la literatura han conservado, la una como modo de explicación de los hechos, la otra como material estético apropiado para sus producciones. Porque, como si no arranca de un sentimiento firme y depurado, la creencia religiosa se convierte fácilmente en superstición, en el espíritu español, que por muy varias razones no ha sido nunca serenamente reflexivo, ponderadamente razonador, sino inquieto y fácil á la exaltación imaginativa, con prontitud y con fuerza extraordinarias ha encontrado eco siempre cuanto rompe los límites, precisamente de lo *maravilloso real*, para entrar en los de lo maravilloso imaginativo.

Un erudito escritor dice: «Para los creyentes del siglo XIII, por poco que tuviese de inesperado y peregrino cualquier acontecimiento, se convertía en leyenda milagrosa; por donde se explica cómo el Rey Alfonso y otros hagiólogos levantaron a la tremenda categoría de milagros hechos comunes de la vida ó incidencias de la naturaleza cuyas leyes bastan para explicarlas» (2).

---

(1) *De las artes mágicas y de adivinación en el suelo ibérico.*—José Amador de los Ríos.—*Revista de España*, núms. 65, 67 y 71.

(2) *Cantigas de Santa María*, de Don Alfonso el Sabio. Las publica la Real Academia Española.—Madrid, 1889.—Vol I. Introducción por el Marqués de Valmar, pág. 69.

La intervención divina en los hechos humanos, y la sanción que de Dios reciben en la misma vida terrena, son dos ideas predominantes en esa creencia supersticiosa. Las apariciones y revelaciones en que, ya directamente, ya por medio de santos o ángeles, el Supremo Hacedor daba a conocer sus designios y sus decisiones, abundan copiosamente en nuestra Historia. Larga enumeración podríamos hacer. Ciñéndonos a la manera con que, según el texto de Espina y el documento transcritos, fué condenado el Rey Sabio, ¿quién no recuerda inmediatamente al monarca castellano que lleva el sobrenombre de «el Emplazado»? (1).

Y es que el vivir medioeval prestaba campo abonado a la semilla supersticiosa. Años de incultura, época de luchas y guerras encarnizadas, nacidas casi siempre de pasiones bajas, de malquerencias y odios mezquinos, la planta parásita de la superstición brotaba lozana en toda la variedad de sus más heterogéneas manifestaciones. Y así no es de extrañar ver en el siglo XIV, como caso quizá el más revelador de ese estado, á un prelado católico, D. Miguel de Urrea, Obispo de Tarragona, gozar fama de nigromante, y cuyo retrato, que figura en la galería del palacio arzobispal de Tarragona, ostenta una inscripción que dice: «*Michœl de Urrea, artis nigromanticæ peritissimus, Dœmonis arte ejus etiam artem delussit.*» Y en el siglo XV, otro obispo, D. Lope Barrientos, a más de quemar parte de la biblioteca del famoso D. Enrique de Villena, que tambien fué tachado de nigromante, escribe una obra, dividida en tres partes, dedicada a exponer y condenar toda clase de engaños, hechicerías, adivinaciones, etc., que ya habían

(1) Véase *Memorias de Fernando IV de Castilla*, por D. Antonio Benavides.—Madrid, 1860.—Tomo I.—Ilustración XXXIV, páginas 186 y siguientes.—Esta idea del castigo divino en tal forma de emplazamiento, aparece también en otras tradiciones referentes a hechos de resonancia, por ejemplo, respecto de Felipe IV el Hermoso, de Francia, y al Papa Clemente V, por la expulsión y supresión de los Templarios.

merecido agrias censuras de San Isidoro en sus *Etimologías*, y de San Raimundo Lulio en su *Arbol de la ciencia*.

Hojeando las actas de los Concilios de la Iglesia católica española, no es raro, sino frecuentísimo, hallar nuevas disposiciones en tal sentido. Los Concilios toledanos de 633 y 694, los de León (1012), Coyanza (1020), Santiago (1031 y 56), Oviedo (1050) y el de Alcalá, de 1335, nos ofrecen, con sus prohibiciones y condenas, clara y patente prueba de lo arraigadas que en todas las clases sociales, incluso el clero, se hallaban las prácticas supersticiosas.

Pero es más interesante aún el estudio de nuestro derecho positivo. Nosotros nos fijaremos tan sólo en el momento jurídico que nos interesa, y que tiene tanto más relieve, cuanto que se trata del propio autor de las *Partidas*. Y es notable ver cómo Alfonso X, que a su superioridad mental extraordinaria debió, en gran parte, su fracaso, cedió al espíritu de su época en este punto. Y si en una de sus leyes (I del tít. XXIII de la VII Partida) condena a los «agoreros, vesteros y fechiceros» a que «ninguno dellos non more en nuestro señoríe», porque «son omes dañosos e engañadores, e nacen de sus fechos muy grandes males a la tierra»; y en la III del mismo título y Partida dice que «si les fuere probado por testigos, o por conocencia de ellos mismos, que facen e obran contra nuestro defendimiento algunos de los yerros sobredichos, deven morir por ende»; en esta misma ley añade: «Pero los que ficieren encantamiento, o otras cosas con entención buena, assí como sacar demonios de los cuerpos de los omes, o para desligar a los que fuessen marido e mujer, que non pudiessen convenir, o para desatar nube que echasse granizo, o niebla, porque non corrompiessen los frutos, o para matar langosta, o pulgas, que daña el pan, o las viñas, o por alguna otra razón provechosa semejante destas, non deve aver pena, antes decimos que deve recebir galardón por ello.»

Curiosa e interesante, como se ve, es la disposición de esta ley, reveladora incontestable de cuán generalizada era la fe

en las prácticas superticiosas. No ya en la masa anónima del pueblo, en el conjunto amorfo del espíritu plebeyo, cuya ignorancia y cuya ignavia daban fácil paso a las más absurdas creencias, sino en la mentalidad elevada y en el sólido saber de un hombre como Alfonso el Sabio tenían cabida y aceptación tales supersticiones. Y no es esto solo, sino que no se reducía a la opinión teórica de un hombre de ciencia que en una obra especulativa diera su parecer; era un gobernante, un legislador, un soberano que en las normas jurídicas de un Código, en los preceptos taxativos de una ley sancionaba expresa y rotundamente el ejercicio de supercherías desatinadas.

¿Cómo extrañarnos, pues, de que en un medio social de esta naturaleza se forjaran, admitieran y prosperaran sucesos fantásticos, leyendas milagreras, fábulas maravillosas y estupendas? La imaginación colectiva, en aquellos siglos de inquietud y de casi general ignorancia más que nunca apta para recibir y conservar la huella de lo sobrenatural, pronta estaba a dejarse arrastrar y a prestar asentimiento a cuanto se le ofreciera con caracteres sorprendentes. Y sí los enconos de una lucha y los odios de una contienda y los rencores pasionales de una oposición de personas, más que de ideas, venían a turbar —y esto era el pan de cada día—el paso monótono de la vida ordinaria, no tardaban en surgir en torno de aquellas personas y de los sucesos en que ellas intervenían, leyendas como la que nos ha ocupado, cuyo valor sintomático no debe ser olvidado en la etiología histórica.

Juan Ruiz de Obregón y Retortillo

DESPUÉS DEL BAILE

—Dice usted (1) que un hombre no puede comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que todo depende del medio, que el medio moldea al hombre. Pues yo pienso que todo depende del azar... Verá, le contaré una cosa que me ocurrió...

Así hablaba el muy respetado Ivan Vassilievich, tras una conversación, cuyo asunto era que para el perfeccionamiento individual es necesario, ante todo, cambiar las condiciones en las que viven los hombres.

—Le hablaré por mi propia experiencia. Toda mi vida he estado influenciado, no por el medio, sino por cosa muy distinta.

—Cuente.

Ivan Vassilievich reflexionó, después se encogió de hombros.

—Sí—dijo,—toda mi vida tomó otra orientación, a consecuencia de una noche, o más bien de una madrugada.

—¿Qué le ocurrió a usted?—preguntó uno de nosotros.

—Me ocurrió que estuve muy enamorado... Ya había estado enamorado varias veces, pero aquel amor era mucho más fuerte... Es una antigua historia... Ella tiene ya hijas casadas. Era la señorita B... Sí, Varenka B... (Ivan Vassilievich pronunció el apellido). Aun a los cincuenta años es todavía hermosa. Pero cuando era joven, a los diez y ocho años, era exquisita, esbel-

(1) Publicamos este cuento, inédito en España, que ha visto la luz con motivo del aniversario de Tolstoy.

ta, graciosa, elegante y majestuosa, precisamente majestuosa. Manteníase siempre muy erguida, como si no pudiera estar de otra manera, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás... Y con su belleza y su elevada estatura, esa actitud la daba, a pesar de su delgadez, un aire regio que, sin su acariciadora sonrisa, hubiese mantenido a distancia a todo el mundo. Siempre alegre, con lo ojos brillantes, encantadores, todo su joven ser era delicioso.

—¡Oh, oh! ¡Qué bien describe Ivan Vassilievich!

—Por muy bien que se describiese, no se podría dar una idea de lo que ella era... Pero no se trata de esto... Lo que voy a contar se remonta a la década de los años 40. Mi mayor placer lo constituían los bailes. Yo bailaba bien; no era feo...

—No se haga el modesto—interrumpió una dama.—Conocemos su retrato al daguerreotipo. No hay que decir que no era usted feo, era usted muy guapo.

—Pues bien, sea; era guapo. Pero no se trata de eso. En el período en que mi amor llegaba al colmo, el último día de las fiestas de Carnaval, fuí a un baile a casa del mariscal de la nobleza, un anciano muy distinguido, rico, hospitalario y chambelán de la corte.

Aunque aficionado al champaña, no bebí, porque, sin beber, estaba embriagado... embriagado de amor. Pero en cambio, bailé, hasta no poder más, valses, polkas, y, por supuesto, lo más a menudo posible con ella; llevaba guantes de piel blancos que la llegaban hasta su codo, delgado, puntiagudo, y zapatitos de raso blanco.

Ese antipático Ansisimoff, el ingeniero, me birló la mazurca. Todavía no se lo he perdonado. Realmente, no bailé la mazurca; pero, con el corazón, casi todo el tiempo la bailé con ella. Sin recatarse, cruzando toda la sala, venía derecha a mí, y yo me lanzaba sin esperar la invitación, y ella me daba las gracias con una sonrisa de inteligencia. Cuando me presentaron y, por no adivinar mi posición, hubo de tender la mano a otro caballero, hizo un movimiento con sus delgados

hombros, y a modo de sentimiento y de consuelo me sonrió. Durante las figuras de vals de la mazurca, valsé mucho tiempo con ella, y con la respiración anhelosa, sonriente, me decía: «¡Más!» Y yo valsaba, valsaba sin sentir mi cuerpo. Bailando en su compañía no me daba cuenta de la marcha de las horas. Los músicos, con el encarnizamiento del cansancio, ya conocen ustedes esto, seguían tocando el mismo motivo de la mazurca. En los salones, los papás y las mamás habían dejado ya las mesas de juego, en espera de la cena. Los criados circulaban presurosos llevando cosas. Eran más de las dos; había que aprovechar los últimos instantes para invitarla una vez más, y, por centésima vez dimos juntos la vuelta al salón. «¿Cuento con que el rigodón, después de cenar, es mío?»—le dije al acompañarla a su sitio.—«Sin duda, si no me raptan»—me contestó sonriendo.—«No lo permitiré»—repliqué yo.—«Deme usted el abanico»—me dijo.—«Siento devolvérselo tan pronto»—contesté tendiéndole un abaniquito blanco, sin valor.—«Tome usted, para que no lo sienta»—y arrancó del abanico una plumita y me la dió. Tomé la pluma, y únicamente con la mirada pude expresarla toda mi felicidad y mi agradecimiento. No solamente estaba alegre, contento; me sentía feliz, bueno. Ya no era yo, sino un sér no terrestre, inmaterial, ignorante del mal y apto para el bien solo. Guardé la pluma en mi guante y permanecí en pie, sin fuerzas para alejarme de ella.—«Mire usted, piden que baile papá»—me dijo señalando la arrogante figura de su padre, coronel, con charreteras de plata, que estaba en el quicio de una puerta, rodeado de damas.

Nos acercamos, el coronel se negaba, diciendo que no sabía bailar; sin embargo, sonriendo, se quitaba con la mano izquierda el sable, que entregó a un joven servicial que estaba a nuestro lado, y después se puso el guante de la mano derecha: —«Preciso es que todo sea como ustedes quieran»—dijo sonriendo, y tomó la mano de su hija, se puso en facha y esperó la música. Al primer compás de la mazurca golpeó enérgica-

mente con un pie, lanzó el otro hacia adelante, y su arrogante persona, unas veces suavemente y a compás, otras ruidosamente, chocando los pies uno con otro, empezó a moverse enrededor de la sala. La graciosa Varenka volaba a su lado, ya alargando, ya acortando los pasos de sus piececitos calzados con los zapatos de raso blanco. Toda la sala seguía los movimientos de la pareja. Y yo, no solamente la admiraba, sino que la miraba con un enternecimiento entusiasta.

Veíase que había debido de bailar muy bien en su tiempo; pero ahora estaba un poco pesado, y sus piernas no eran ya lo suficientemente ágiles para los pasos graciosos y rápidos que se esforzaba en dar. Sin embargo, dió dos vueltas; y cuando, separando y juntando rápidamente las piernas, cayó de rodillas, aunque un poco pesadamente, y ella, sonriente, recogiéndose graciosamente la falda, giró en torno de él, todos aplaudieron estrepitosamente. Se levantó con cierto esfuerzo, cogió tiernamente, de una manera encantadora, a su hija por las orejas, le dió un beso en la frente, y me la trajo, creyendo que estaba bailando con ella. Le dije que no era su pareja.—«No importa; dé usted ahora una vuelta con ella»—me dijo sonriendo con ternura y volviendo a ponerse el sable. Así como en cuanto se sale una gota de la botella, vacíase a borbotones todo su contenido, así mi amor por Varenka vertía toda la capacidad de amar oculta en mi alma. En aquel momento mi amor abarcaba á todo el universo.

De vuelta a casa, me quité el capote; pensé poder dormir, pero pronto vi que era absolutamente imposible. No, me sentía demasiado feliz, no podía dormir. Además, tenía calor en aquella habitación demasiado caldeada, y sin quitarme el uniforme, pasé al vestíbulo, en donde me puse el capote, abrí la puerta de la calle, salí... Había salido del baile a las cuatro dadas; mientras que volví a casa y estuve un rato en ella, habían transcurrido dos horas, de suerte que cuando salí despuntaba el día. Era Carnaval; hacía niebla; la nieve húmeda se derretía en las calles y caía de todos los tejados. Los B... vivían al final

de la población, cerca de una explanada, en cuyo extremo estaba el paseo público, y del otro lado el Instituto de señoritas.

Al llegar a la explanada, cerca del lugar en donde se encontraba su casa, percibí en el otro extremo, en dirección del paseo público, algo compacto y confuso, y oí los sones de una flauta y unos tambores, que venían de allí. Todo cantaba en mi alma, y de tiempo en tiempo oía el tema de la mazurca. Pero lo que acababa de oir era otra cosa: una música cruel, maligna. «¿Qué es eso?», pensé, y tomando a campo traviesa el camino resbaladizo, me dirigí hacia donde se oían los sones. Después de haber andado un centenar de pasos a través de la niebla, empecé a distinguir varios individuos con trajes oscuros. Eran evidentemente soldados, probablemente en ejercicio, y, en compañía de un herrero con gabán de piel de cordero sucia y delantal, que llevaba algo y marchaba delante de mí, me acerqué más.

—¿Qué hacen?—pregunté al herrero que se había detenido a mi lado.

—Castigan a un tártaro por deserción—contestó con acritud el herrero, señalando a los soldados.

Miré en la misma dirección, y advertí entre las filas algo espantoso que avanzaba hacia nosotros. Ese algo que avanzaba era un hombre, desnudo hasta la cintura, atado a los fusiles de dos soldados que lo arrastraban. A su lado iba un militar de alta estatura, con capote y gorra, cuyo aspecto me recordó alguien conocido.

Estremeciéndose con todo el cuerpo, con los pies chapoteando en la nieve derretida, el hombre castigado avanzaba hacia mí, bajo los golpes que sobre él caían por derecha y por izquierda, echándose unas veces hacia atrás, y entonces los hombres que le llevaban con los fusiles le empujaban hacia adelante; otras cayendo hacia delante, y, entonces, los hombres, para impedirle caer, le tiraban hacia atrás. Y a su lado, con paso firme, marchaba el oficial alto. Era el padre de Va-

renka, con su cara roja, sus bigotes y sus patillas blancos. A cada golpe, el hombre castigado parecía asombrarse; volvía hacia el lado de donde partiera el golpe su rostro crispado por el dolor, y descubriendo sus dientes blancos, repetía algo. Cuando estuvo cerca de mí, pude distinguir sus palabras. No hablaba, sino que sollozaba. «¡Hermanos, tened compasión de mí, tened compasión!» Pero los hermanos no se compadecían, y cuando el cortejo pasó por mi lado, vi al soldado de enfrente avanzar con decisión, agitar el palo haciéndole silbar en el aire, y dejarlo caer con fuerza sobre la espalda del tártaro. Este hizo un movimiento brusco hacia adelante; pero su guardián le contuvo, y le asestaron un golpe análogo por el otro lado... Y de nuevo a un lado, y de nuevo al otro... El coronel seguía andando, mirando unas veces al suelo, otras a la víctima; aspirando el aire con fuerza, dejándole luego salir lentamente entre sus labios.

Cuando la comitiva pasó del lugar en que me encontraba, percibí entre las filas de los soldados la espalda del prisionero. Era algo pintarrajeado, húmedo, de un rojo no natural; no podía creer que fuese un cuerpo humano.—«¡Oh, Dios mío!» murmuraba a mi lado el herrero.

De repente el coronel se detuvo, y luego se acercó rápidamente a uno de los soldados:

—¡Yo te enseñaré!—le oí decir, con acento de enojo.—Tienes miedo de tocarle... Yo te enseñaré.

Y le vi golpear con su mano fuerte, enguantada, el rostro del soldado asustado, anémico, porque éste no había dejado caer el palo con bastante violencia sobre la espalda ensangrentada del tártaro.

—¡Pegad, duro!—gritó, y al volverse me vió.

Fingió no reconocerme, frunció el ceño y se apresuró a desviar su mirada. Yo estaba tan avergonzado que no sabía adónde mirar, como si me hubieran sorprendido en un acto reprensible. Bajé los ojos y me alejé de prisa.

Durante todo el camino resonaban en mis oídos, ya los

tambores, ya la flauta, ya las palabras: «¡Hermanos, tened compasión!», ya la voz enérgica del coronel, gritando: «¡Yo te enseñaré, yo te enseñaré!» Y mi corazón sentía una angustia, una angustia casi física con náuseas, una angustia tal, que hube de pararme varias veces, con ganas, así me parecía, de arrojar todo el horror que me había causado el espectáculo. No recuerdo cómo, volví a casa y me acosté; pero apenas me había dormido cuando de nuevo volví a oirlo y verlo todo, y salté de la cama.

Pues bien, ¿creen ustedes que mi conclusión fue que había visto una mala acción? No, señores. «Si se hace eso con tal seguridad, si todos lo juzgan necesario, es evidente que saben algo que yo ignoro», pensé. Y traté de saberlo. Pero por más que hice no pude lograrlo, y como no lo supe, no pude entrar en el servicio militar, como tenía proyectado. Y no solamente no serví en el ejército, sino que no serví en ninguna parte, y, como ven ustedes, no he servido de nada.

—¿Y el amor?—le preguntamos.

—¿El amor? Desde aquel día, el amor empezó a disminuir. Cuando ella se ponía pensativa, con la sonrisa en los labios, como le sucedía a menudo, me acordaba al punto del coronel en el lugar del apaleamiento, y me sentía disgustado. Entonces empecé a espaciar cada vez más nuestros encuentros, y el amor desapareció del todo. Así, ahí tienen ustedes lo que ocurre y cambia por completo la vida de un hombre, terminó diciendo.—Y ustedes dicen...

León Tolstoy

CURIOSIDADES TOLEDANAS

Tiene Toledo fisonomía tan marcada, tan propia y tan definida, relieve tan característico, tan especial y tan pronunciado entre todas las demás ciudades de nuestra vieja España, que atrae y fascina verdaderamente con sus memorias históricas de todas las edades, y sus despedazados monumentos.

Jirones gloriosos parecen éstos, del manto señoril y suntuoso con que la engalanaron aquéllas a porfía, y en que se envolvió un tiempo, como augusta soberana, con majestad incomparable. En sus calles, revueltas y pendientes, estrechas y fatigosas, que marchan sin concierto en todas direcciones; en sus encrucijadas y recodos, en sus plazoletas y angosturas, en su desigual y compacto caserío, en su aspecto particular, que con ninguno otro se confunde; en el ambiente que allí flota y se respira, hay tantos dejos del pasado esplendoroso, que el alma de quienes sueñan con él, se siente misteriosamente compenetrada de lo que hemos convenido en llamar *recuerdos*, recuerdos de cosas que en realidad conocemos aún muy imperfectamente, o que nunca conoceremos.

No hay *turista* extranjero que no traiga en su *carnet* de viaje apuntado el nombre de esta ciudad insigne, como uno de los lugares que debe visitar con preferencia en su rápida peregrinación por nuestra España; y todos, o la mayor parte de aquellos que

luego se han creído en el deber de publicar sus impresiones de viaje, tributo más o menos ampuloso le han rendido de su admiración y su entusiasmo.

Desde Alejando Dumas, que dijo, cual recuerda un escritor francés recientemente: «Il y a là des souvenirs à occuper un historien pendant dix ans et un chroniqueur toute sa vie», y «tout cela sans compter cette majesté des grandes villes mortes ou mourantes, dans laquelle Tolède s'enveloppe avec la dignité d'une reine»; desde Germond de Lavigne, que decía, con no menor entusiasmo, años después, que «c'est une merveille, c'est un trésor d'architecture, un bijou historique, un chaton enchâssé dans un bloc de granit et séparé du reste de l'Espagne par une profonde déchirure au fond de laquelle gronde et bondit le Tage»; que «il faudrait une année pour étudier son dédale inouï de ruelles escarpées, assez semblables à ces sillons que tracent les vers dans les vieux bois», que «il faudrait avoir le temps de pénétrer dans chacune des maisons, dont souvent, hélas! les propriétaires ne se doutent pas qu'ils ont, sous une quintuple couche de chaux, des arcs, des voûtes, des ogives, des colonnettes qui sont des trésors artistiques», y que «pour peu que l'on gratte, partout on découvre des sculptures, des arabesques, des méandres, des feuillages, des animaux fantastiques... à toutes les maisons, de vieilles portes massives bordées de bandes de métal, garnies de marteaux historiés à faire envie aux antiquaires, ferrées de clous rangés avec ordre, serrés et pressés, et dont les têtes, ciselées sont parfois grosses comme des oeufs»; desde estos y otros escritores, de todos los países, hasta el soñador Paul Pourot, que declara cómo «Tolède attire par le pittoresque de son site, la beauté de ses monuments, la richesse de ses souvenirs historiques et la charme de ses légendes»,—todos a compás y en diferentes idiomas han cantado, cantan y cantarán las alabanzas de Toledo, mientras subsista.

Las nuevas construcciones con las cuales la vieja ciudad procura remozarse de vez en cuando, perturban como notas dis-

cordantes la grandiosidad de la población, y como que la empequeñecen y la desfiguran, arrebatándole florones de la espléndida corona ceñida por los siglos á sus sienes venerables.

Hay quien pretende que no sólo no debe permitirse alteración alguna en el aspecto exterior del caserío, sino que además, el nuevo, huyendo las influencias modernistas, verdaderamente incalificables, debe inspirarse y aun atemperarse en todo y para todo al antiguo, con el propósito de que no pierda nunca la ciudad su típica fisonomía.

Mas éste y otros romanticismos tan exagerados y tan ciegamente apasionados de lo que fué, y no puede volver a ser, equivale a la condenación perpetua de la Toledo viviente; y sólo habría de ser realizable si se consiguiera que el tiempo retrocediese y se estacionara allí donde cada cual lo juzgase oportuno. Pero no se ha descubierto aún el medio de lograr que retroceda el tiempo, ni el de concertar todas las voluntades, ni hay razón para condenar las aspiraciones legítimas de la vida moderna; y poco a poco, sin que nadie las hurgue, el mismo tiempo hará que las reliquias deleznables del pasado, como el docto Rodrigo Caro decía de las torres de Itálica «a su gran pesadumbre» se rindan sin remedio.

Para el viajero, el arqueólogo y el artista, mina es Toledo inagotable de sorpresas y de encantos; y para el novelador y el poeta, fuente maravillosa, fecunda siempre, y también inagotable.

Sólo para los espíritus ligeros e ineducados, ante quienes permanece muda, Toledo es un poblachón solitario y triste, que vegeta mísero, envuelto en escombros y ruinas, entre el Alcázar de un lado, y la Catedral de otro; donde únicamente se escucha el eco asordante de las campanas de sus cien iglesias y de sus conventos innumerables, y el metálico són agudo del cornetín de órdenes de la Academia de Infantería; donde únicamente se ve también la negra sotana de los clérigos, la hopalanda y la beca de los seminaristas, y los colorines y dorados de los uniformes de los cadetes!

Hay que compadecer con toda sinceridad a quienes no aciertan a distinguir otras cosas en Toledo; a quien, doliéndose de la desaparición de muchas de las riquezas artísticas de aquella población, exclamaba, por ejemplo, no sin exactitud, dirigiéndose a ella:

Hicieron de tus joyas almoneda
Mercaderes sin fin de tierra extraña,
Y tus hijos también.

Pues este poeta, D. Antonio Ferrer del Río, demás de decir el despropósito de que

Sólo es su templo mísera cabaña,

termina la poesía, que es un soneto bastante mediano, lanzando como una maldición estas palabras:

¡Y estás en pie *para baldón de España!*

Hay, por último, que compadecer de igual manera al inmortal Zorrilla, por aquella famosa octava, que tanto se le reprochó, y de la cual se confesó públicamente arrepentido, en la cual expresaba con juvenil e inconsciente desenfado:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil, en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué!
Tiene un templo, sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones,
Un Alcázar, sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pie!

¡Qué de cosas dicen las callejas, los cobertizos, los recodos, las encrucijadas, las cuestas, las ruinas y los desmochados torreones de la sin par Toledo! ¡Qué de misterios guarda aún ocultos su viejo caserío, sus arruinados palacios, su tantas veces restaurado Alcázar, su Catedral incomparable, sus iglesias y sus conventos, donde tantas maravillas soñaron los autores! ¡Qué de fantasías despiertan las artísticas portadas y las salien-

tes laboreadas rejas de muchos de sus edificios particulares! ¡Qué de enseñanzas prodiga a quien acierta a ver en todo ello el proceso de las artes y de las industrias artísticas toledanas en la era medioeval y en la del Renacimiento! ¡Cómo se agiganta, cómo sacude entonces el letargo morboso en que se supone sumida a Toledo, para proclamar, ante sus desvanecidos detractores, cuán grande fué, y cuán merecidas tiene su reputación y su fama universales, preconizadas tantas veces por españoles por extranjeros!

Desde que se cruza el romano *Puente de Alcántara,* desde que se distingue encaramadas en abrupta peña, y por milagro en pie, las ruinas del *Castillo de San Servando,* da Toledo idea de su magnificencia primitiva, la cual es a larga distancia proclamada por la mole ingente del Alcázar famoso, levantado en lo más culminante y visible de las siete eminencias qne accidentan la ciudad, a semejanza de Roma.

No voy a descubrir Toledo, como aún lo pretenden muchos de aquende y allende los Pirineos: está tan a la mano, es tan fácil visitarla, recrearse con sus maravillas y prodigios, admirar sus monumentos más salientes, que sería ridículo intentar decir algo interesante y nuevo, después, sobre todo, de tanto y tan bueno como se ha escrito acerca de ella.

No voy á contar tampoco sus leyendas, que, con más o menos galanura, han referido ya muchos autores, y algunas de las cuales sublimó la musa del glorioso Zorrilla... Voy, modestamente, a hablar de algunas curiosidades dignas, a mi juicio, de memoria; a trasladar las impresiones personales y directas, por ellas recibidas en aquella gran ciudad que, de todas sus industrias pasadas, no conserva para muchos sino la del sabroso mazapán, y la de sus célebres espadas y damasquinados.

LAS MOMIAS DE SAN ROMÁN

Es la de *San Román,* una de las iglesias más interesantes que existen en Toledo, por su fábrica, por su historia, por los monumentos litológicos que conserva, y aun por las leyendas mismas, que a ella se refieren.

Antigua parroquia latina, cuya fundación llevan no sin fundamento los autores á los días del glorioso Alfonso VI, suprimida ha sido como tal, y se alza, hoy sin culto, en una de las mayores alturas de las varias en que la población se asienta.

Fué allí, en aquella elevación, donde vetusta leyenda, ya perdida, pero que recogió el Rey Sabio, supone levantó una torre en los remotos tiempos en que andaba Hércules por España, uno de los hijos del troglodita Rocas; es allí, donde gallardea hermosa, la cuadrada y famosa torre mudejar del olvidado templo, descollando con suprema elegancia sobre el caserío; donde construyeron los visigodos en el siglo VII interesante iglesia, que hubieron de convertir los musulmanes en mezquita (1), y que purificaron los conquistadores de 1085 como parroquia, pues hay noticias ciertas de ella en documentos fehacientes de 1116; que fué reconstruída seguramente en la XIII[a] centuria con los restos del templo visigodo, que aún subsisten, y en 1221 consagrada por el egregio Arzobispo don Rodrigo; que en mucha parte quedó absorbida por la Orden poderosa de Predicadores al edificar ésta a principios del siglo XV el *Convento de San Pedro Mártir*; que fué reparada en-

(1) Claro es, que para hacer esta afirmación, no tengo en cuenta, ni mucho menos, las lápidas arábigas que dicen «hubo en este templo hasta el año de 1572», cuyas estupendas versiones publican como artículo de fe los autores todos, y de las cuales, la una versión es una retahila ridícula, y la otra, conteniendo singularísimas tonterías, hace referencia a «un moro que se llamó ¡GOLONDRINO!». Es bien extraño que los escritores dieran fe a estas *traducciones*, que me parecen una burla hecha a los eclesiásticos por los moriscos en la XVI[a] centuria...

tonces para que no se derrumbase, y que, después de varias alternativas, ha venido á ser cerrada, como he dicho, para el culto.

En aquella torre, que es obra evidente de la construcción ejecutada en los días del citado Arzobispo, y que el vulgo sigue llamando erróneamente *árabe*,—arraigada tradición de que se han hecho eco todas las historias, supone pasó la noche del 25 al 26 de Agosto de 1166 Alfonso VIII, niño a la sazón de once años, llevado allí sigilosamente desde Maqueda por el muzárabe don Esteban Illán, y proclamado rey desde ella, con sorpresa y espanto comprensibles de Fernán Ruiz de Castro, y de los partidarios del monarca de León, don Fernando II (1).

Cuando, terminada la labor del día en el solitario templo, uno de los amigos que me acompañaban díjome en cierta ocasión, que en la iglesia se conservaba gran número de momias, despertóse en mí la curiosidad por verlas; y el acólito que me franqueaba la entrada en el cerrado santuario, condújome entonces, en la nave de ingreso, que es la del Evangelio, delante del único altar que, adosado a la misma, en ella existe.

(1) Ha sido, y aún seguirá siendo a pesar de todo, creencia general en cuantos, antiguos y modernos, hablan de Toledo, la de que siendo mezquita, convirtió en iglesia el templo musulmán a sus expensas el muzárabe don Esteban Illán, a quien llaman «ilustre tronco y progenitor de la gran casa de Toledo». El marqués de Mondéjar asienta que resuelto el don Esteban «a introducir escondidamente en aquella ciudad al rey»... «fortaleció la torre de *San Román*, que tenía a su devoción con sus parientes y amigos» (*Crón. del Rey Don Alonso Octavo*, pág. 45). Es muy curioso todo lo que Parro y Martín Gamero dicen en sus obras respectivas, acerca de este acontecimiento; pero tiene de malo que el testimonio monumental, esto es, la torre misma, lo contradice abiertamente. La intervención de don Esteban Illán y del clero muzarábigo en la proclamación de Alfonso VIII, me parece un medio de conseguir, como consiguieron los muzárabes toledanos, la protección del monarca, concediéndoles en 1174, la confirmación del *Fuero* general igualitario de 1118, a fin de neutralizar por lo menos la importancia de los pobladores castellanos y extranjeros. Por algo el clero colocó la efigie de don Esteban Illán en la Catedral, y luego la pintó en las bóvedas del transparente. Don Esteban Illán era guazir en 1170, y murió siendo Alcalde de Toledo el año 1208, según los *Annales I.os Toledanos.*

Pseudo-clásico, de líneas rígidas, y madera dorada a trechos, y pintada simulando jaspes de distintos matices, es verdaderamente insignificante su retablo en la relación artística; y en él, en capitales latinas embebidas, se declara sobre estrecho friso: HIZO Y DORÓ ESTE RETABLO DON JVAN SANCHEZ ROMERO PROPIETARYO DE LA VILLA DE TORRIJOS, AÑO DE 1776.

Alzó silencioso el acólito la sabanilla del altar; levantó luego el ara de mármol blanco, y señalándome libre el cuadrado y obscuro hueco así descubierto en la mesa del altar, indicóme era preciso introducirse por allí, para llegar a la cámara misteriosa en que las momias estaban, si persistía en verlas.

Vencida la extrañeza natural que aquel insólito camino en mí produjo, resolvíme sin vacilaciones; y como no era en realidad posible penetrar por hueco tan reducido con las ropas que vestía (estábamos en invierno), quedéme en mangas de camisa, y en tal forma, me dispuse a emprender el viaje.

Tras de repetidas probaturas y no pocos esfuerzos, logré, por último, introducirme en el interior de la mesa del altar, que es también de madera; y a gatas, ya en aquel sombrío y reducido espacio, donde apenas podía rebullirme, no tuve que hacer grandes exploraciones para buscar salida. Señalábanla, a ras del empolvado suelo, varios ladrillos caídos, la luz que llegaba, tenue y medrosa, y un boquete irregular y estrecho, practicado sin duda por la curiosidad de irrespetuosos monaguillos en el panderete que cerró el ingreso de la fúnebre estancia, en la que penetré al fin, y donde pude ponerme en pie dichosamente, y abrigarme con las prendas que me arrojaron desde el templo.

Pequeña, cuadrada, de cruzados hierros y abierta siempre, en lo alto, y a un extremo perforaba el muro que da en aquel recinto a la angosta y pendiente *calle de San Clemente* una ventana, por la cual penetran en el crudo invierno las heladas, las nieblas y los vientos fríos, y en el verano, aunque muy rara vez, algún hilo de sol, errabundo y mísero.

La estancia, de no grandes dimensiones, y no sospechada

desde el interior de la iglesia, se desarrolla en la dirección normal de las naves de la misma, es levantada de techo, de forma casualmente de ataúd, y parece como prolongación irregular del atrio, correspondiendo la parte más ancha a la entrada primitiva, cerrada y obstruída, y disimulada por el altar y el retablo referidos.

El espectáculo que contemplé, no es para dicho, pues no hay palabras que lo pinten.

Multitud incontable de humanos restos, hacinados y confundidos en horrible montón, informe hacia el extremo más estrecho, como arrojados allí a paletadas, sin respeto y sin caridad, mezclados los sexos, las edades, y seguramente las condiciones, como están mezclados y revueltos los terrosos miembros, ofrecen en su conjunto el aspecto de compacta masa gris y polvorienta, sobre la cual resbalaba indiferente la azulada luz del crepúsculo vespertino.

Entremedias de aquella masa, produciendo en ella relieves espantables, asoman cráneos, no descarnados aún enteramente muchos de ellos, brazos sueltos, manos abiertas y en esqueleto, piernas secas y rígidas, torsos huecos de costillares cenicientos, restos de telas sin color definible, todo con la misma tonalidad, tan triste como fatigosa. Conjunto conmovedor y horrible, del cual se desprende el olor especial, y que con ninguno otro se confunde, de materias orgánicas transformadas, mucho más penetrante y repulsivo que el olor condensado en las salas de los Museos Antropológicos y de Anatomía, y cuyas emanaciones hieren ásperas el sentido del olfato.

A mi derecha, en el suelo, apoyados en el muro de cerramiento de la iglesia, aparecen tendidos y de costado diversos cuerpos, bastante más enteros que los del montón; y a su lado, en pie, apoyados asimismo en el muro, como imágenes apolilladas, inservibles y de desecho de vetusto retablo, otros cuerpos de párvulos, de edades y sexos diferentes, con jirones todavía de sus ropas.

Los primeros, de adultos, horror ponen sin límite en el

ánimo más entero. Todos se hallan en actitudes violentas, como derribados en tierra por fuerza para ellos insuperable, o accidente inesperado, tremendo y sin defensa; con las facciones contraídas, y expresión bien clara en ellas de pánico invencible, de angustia incomparable, de estéril cólera impotente, de desesperación y de locura.

Uno hay, en particular, caído sobre el brazo izquierdo, con el cráneo pelado ya, pero conservando las facciones, con los dientes, blancos, iguales, completos, fuertes, enclavijados, totalmente al descubierto, pues no tiene aquella boca labios, y los ojos, los ojos sin párpados, redondos, saltones, horriblemente fijos, diciendo así tantas y tantas cosas, revelando tal y tan grande y tan sangrienta agonía, tal suma de sentimientos y de pasiones, desbordantes aún a pesar de los años por aquellas órbitas inmóviles, que el corazón mejor templado se estremece a pesar suyo.

No podía casi moverme, pues mis pies tropezaban con las piernas descarnadas y extendidas de otros cuerpos, cuyo torso desaparece bajo el montón de humanos restos; y girando en torno mío la mirada, atónita en presencia de aquel espectáculo de impiedad inconcebible y de horror sin términos, llamó poderosamente mi atención muy interesante y femenil figura, sentada, mejor dicho, colocada sobre tal hacinamiento de humanas reliquias imponentes, y recostada casi, a mi izquierda, en el lienzo de pared correspondiente a la nave septentrional de la suprimida Parroquia.

Tiene aquella mujer, que es joven, medio envuelto el torso en los restos de burda camisa de lienzo casero, fuerte, de grueso tejido, color grisáceo, y en algunos sitios ensangrentada, y casi desde los muslos ambas piernas con visible desorden al descubierto. La una de ellas, aparece montada y doblada sobre la otra, en la actitud de caída violenta, no en posición natural y acostumbrada. Conservan las líneas mórbidas que tuvieron en vida; y la piel, que parece de extraños jugos alimentada, es suave al tacto, fina, sedosa, sin contracciones, sin

asperezas, tersa, como el mármol pulimentado. Pequeños, de buena escultura, sin juanetes, sin desecación que los desfigure, son los pies, desnudos lo mismo que las piernas.

Gravita el busto sobre las caderas, con marcada inclinación á la derecha; tiene los brazos de buena forma y desnudos también; el de aquel lado, recogido, y el izquierdo, levantado todavía en actitud medrosa y defensiva, como para ampararse y guarecerse tras él, y resguardar así el rostro con la mano, la cual aparece abierta, pero con los dedos caídos en desfallecimiento natural, y algunos ya rotos por las falanges. Muestra la cabeza reclinada sobre el hombro derecho; las facciones son bellas, juveniles, e impregnadas de cierta dulzura que la muerte imprime en algunos semblantes, antes de descomponerlos; los párpados, caídos, a través de las pestañas, que son largas y parecen rubias, dejan ver parte del globo del ojo, y la expresión de aquel rostro es totalmente resignada.

Algo del cabello sobre el cráneo resta; pero envuelto en los tenues hilos de multiplicadas telarañas, no me atreví a comprobar, por cierto respeto aquel detalle. Ofrece por semejante circunstancia el aspecto de haber sido rubio, y en el temporal izquierdo se abre circular agujero, como de seis milímetros de diámetro, el cual, siendo nido de varias generaciones de arañas, perfora el hueso, y es seña indudable de que, producido a quemarropa por un arma de fuego, hubo de penetrar el proyectil en la masa encefálica, ocasionando la instantánea muerte de aquella pobre criatura.

En tal actitud, en tal disposición, y en aquel estado, parece la momia una obra de arte: una escultura, arrancada de la vertiente de alguno de los frontones de la era del Renacimiento. Y con verdad, que podría servir muy bien a un escultor para modelo.

Tan vivamente despertó mi simpatía, que su imagen, toda dulzura, joven, fresca, bella, resignada, no se me borra de la imaginación, desde que mis ojos la contemplaron.

¿Quién fué aquella mujer? ¿Qué ocasión, qué accidente, qué

catástrofe sangrienta le privó de la vida? ¿De quién y de qué fué víctima? ¿Qué horrores presenció y experimentó, llena de sobresaltos? Y ¿qué relación guardan entre sí, por último, todos estos restos humanos, en estado tan distinto los unos respecto de los otros?

Hacíame en vano estas preguntas, a tiempo que de aquel lúgubre recinto silencioso iba poco a poco huyendo la escasa luz crepuscular que por entre los hierros de la abierta ventana penetraba, y sin poder apartar los ojos de la simpática y atractiva figura femenil, que cautivaba mi atención sobre todo, y que se destacaba aún, en medio de las sombras que envolvían el resto de la estancia.

Nadie sabía nada. Allí no había ni un letrero, ni una nota escrita, ni una memoria, ni una fecha, ni la menor indicación siquiera. Nadie tiene ni conserva idea alguna de la procedencia de tantos humanos despojos, como hay en aquella cámara amontonados, Dios sabe desde qué accidente, ni de qué tiempo.

Extraídos de las bóvedas sepulcrales y de los enterramientos primitivos de la que fué Parroquia, los han supuesto algunos, no sin racional fundamento, a mi juicio. Si fuera posible averiguar por los libros de fábrica, si existen, desde cuándo se halla destinado aquel estrecho recinto a depósito de humanos restos, podría sospecharse los hay allí de generaciones que vivieron en el siglo XIII y los siguientes.

Recuerdo al propósito, cierto documento, no conocido ni utilizado hasta ahora por nadie, el cual se conserva en el *Archivo Histórico Nacional*, y lleva la fecha del martes 18 de Setiembre de 1408 (1).

Es una carta del Arzobispo de Toledo don Pedro de Luna, autorizando al Arcediano don Diego Ramírez de Guzmán para ciertas cosas a la iglesia de *San Román* relativas; y entre otros particulares, muy interesantes para la historia de

(1) Sala VI, caj. 224 y 225, 9-E.

aquel templo, da cuenta de cómo los Predicadores de *San Pedro Mártir* adquirieron para su convento «un lienzo de la claustra de la dicha iglesia», en precio de 5.000 maravedises, y que había en la claustra un altar de San Urbano, y el caruero y fuesas de finados, cuyos huesos fueron trasladados dentro de la memorada iglesia.

¿Serían trasladados aquí? Aunque verosímil, esta sospecha es referible solamente, con todo, al hacinado montón informe del fondo de la estancia.

Aquella, en general, fué gente que murió en su lecho, atendida, cuidada, y amortajada; conducida en féretros, según costumbre, á la Parroquia, y sepultada en ella, ya en carneros, ya en enterramiento más o menos suntuoso y propio, ya en fosa común y humilde; pero con todas las solemnidades, con todos los sacramentos quizás, y todas las ceremonias de la Iglesia. Sobre sus sepulcros, o su huesa, fueron colocadas por el amor, por la gratitud o por la vanidad, y según su categoría y el lugar del enterramiento, estatuas yacentes, que en 1408 desaparecieron; aquellas historiadas losas sepulcrales, de rica labor, y timbradas con nobiliario escudo, que forman en gran parte aún el pavimento de la Parroquia, y que ha hollado y desgastado el pie de muchas generaciones, borrando en casi todas el nombre de los difuntos y su alcurnia; aquellas otras lápidas, de curiosísimos epígrafes rimados en alambicado latín, que figuran empotradas en los muros, y que procura deletrear el visitante.

Allí estarán, de cierto, los mortales despojos, entre otros muchos desconocidos, de aquel caballero digno de alabanza, valiente y piadoso, nieto sin duda del famoso don Esteban Illán, que Miguel Illán se llamó en vida, y falleció a 13 de Marzo de 1268 (1); los de cierto joven mílite, Diego de nombre, muerto en Noviembre de 1220 (2); los del noble joven Ro-

(1) «Dignus eques lande, | strennus, pius, sine fraude», dice su lápida sepulcral.

(2) «Ingenuus miles, juvenum flos, vas probitatis.»

drigo, hijo de Oveco y de Leocadia, fallecido en Julio de 1262 (1); los del preclaro y generoso mílite Ferrán Gonzálvez, que resplandecía entre sus conciudadanos por su probidad, y murió en 24 de Agosto de 1270 (2); los de la virtuosa doña Loba, que falleció en Abril de 1273 (3); los del mílite famoso en armas, Alonso Pérez, que era muerto ya en la propia fecha (4), y los de cierto Ruy Díaz, como el Cid, hijo de Diego González, que pasó de esta vida en Agosto de 1281 (5)...

Pero aquella otra gente, cuyos cuerpos se hallan en la parte más ancha y más cercana al extraño ingreso; cuyo estado de conservación es distinto; que aún tienen jirones de ropas, y cuyas actitudes, en especial, por modo no dudoso delatan y patente hacen la violencia de que fueron víctima, aquella gente, repito, está proclamando diferente procedencia, y es incuestionable su intervención en acontecimientos que ha debido registrar la Historia.

Son, los más inmediatos y enteros, representantes de la masa anónima del pueblo. Gente, a quien la muerte ha sorprendido en la calle, defendiéndose y luchando acaso; en el interior, quizá, de su domicilio, a deshora invadido y perturbado por desenfrenados asaltantes, y en aquel lugar sagrado precipitadamente y como a escondidas llevada por manos piadosas, y por ser también el más próximo sin duda.

Por esta causa, sus cuerpos exangües están momificados terrorífica y simultáneamente por la acción del tiempo, y las condiciones particulares del local en que se hizo el depósito.

---

(1) «Sanguine non modicus..., vir bonus,... blandus, pius ets ivvenilis.»

(2) «Miles generosus,... praeclarus nobilitate | inter concives nimia fulgens probibate.»

(3) «Proba domna... sine culpa, mitis, morosa, | pia, pulcra, nimis generosa.»

(4) «Miles famosus | probus armis et generosus... Largè danda dabat | nullis donanda negabat.»

(5) La lápida de su padre, que era «clarus genere, moribus et opere», lleva la fecha de 17 de Marzo de la era 1314, año 1276 en que falleció: cinco años antes que el hijo.

Por eso, figuran en el borde de aquel revuelto mar de osamentas, y colocados sobre él y fuera de él, enteros, horribles, acusando a alguien de su destrucción terrena, como los niños, sacrificados impíamente por la bárbara y estéril crueldad de sus verdugos desconocidos...

¿Son víctimas, por aventura, de nuestras malhadadas y sempiternas discordias civiles?... ¿Lo son de la cólera salvaje de los invasores soldadós de Napoleón, que tantas fechorías del mismo estilo hicieron por cuantas poblaciones pasaron, y que tos daños causaron en Toledo?...

Así pensaba yo, cuando me determiné a examinar los jirones de las telas que cubrían algunos de aquellos cuerpos. Pedí por el boquete un cabo de vela, pues ya la luz había desaparecido; y el trémulo y rojizo resplandor de la parpadeante llama de la bujía, acrecentó el horror de la fúnebre estancia. Con toda circunspección, y con el mayor respeto, procedí a la indagación apetecida. Entre mis dedos, se deshacían como yesca las cotonías estampadas de las ropas de los párvulos, y las telas descoloridas de los hombres; pero por la factura, por los dibujos, por la clase, y por el corte de las prendas, hube de persuadirme en breve de que aquellos infelices asesinados, no eran víctimas de la soldadesca francesa, ni menos del furor ni de carlistas ni de liberales, en la primera de nuestras desdichadas guerras civiles.

A mi memoria acudió entonces el recuerdo de aquella otra guerra en que empeñó a los españoles la imbecilidad de Carlos II, dividiendo las opiniones, y haciendo que la sangre generosa de los hijos de esta pobre nación, una y otra vez se derramase en los campos de batalla y en las poblaciones de toda categoría, para perder Gibraltar ignominiosamente, y sentar en el trono de los Alfonsos y de los Jaimes al nieto del ambicioso Luis XIV.

Recordé que, al finar del año 1710, tan lleno de amarguras y tan aciago para los toledanos, desde Madrid marchó en retirada el general Staremberg, al frente de holandeses, de portu-

gueses y de austriacos, y que, con el pretexto de defender la línea del Tajo y de fortificarse en la antigua corte visigoda, penetraba en ella por el *Puente de Alcántara,* y señoreaba la ciudad sin resistencia de ninguna especie, y como en militar paseo.

En aquella retirada hacia las comarcas aragonesas, las tropas del Archiduque, ya desmoralizadas y sin freno, ocasión no perdonaron de vejar ni de escarnecer de mil maneras a los españoles, partidarios de Felipe de Anjou; y así, no hubo iglesia, ni convento, ni santuario, ni hogar, ni fábrica, ni edificio, que no fuesen profanados y saqueados, ni niño, ni anciano, ni mujer, ni sacerdote, ni persona de religión, que no fuera víctima de su salvajismo, y de sus brutales atropellos.

Vió Toledo entonces, en la retirada de aquellos que más que soldados eran feroces forajidos, arder el celebrado *Alcázar,* monumento insigne por Alfonso X reedificado, reformado en etapas sucesivas por nuestros monarcas, acondicionado por los Reyes Católicos, y con tanto afán como ilusiones transformado por Carlos I y Felipe II, y contempló lleno de espanto cómo perecían entre las llamas implacables los primores con que le habían acaudalado Covarrubias, Herrera, Vergara y otros afamados artistas.

Las estrechas calles tortuosas de la imperial ciudad, los apartados arrabales, los caseríos de la vega, testigos fueron de la lucha que al fin entabló desesperado el pueblo, en defensa de sus hogares, villanamente profanados...

Aquella, aquella fué indudablemente la ocasión sangrienta en que, satisfaciendo desenfrenados apetitos, gozando en la destrucción y en el crimen, cebando la cólera cobarde del vencido,—a los golpes de la soldadesca de Staremberg, caían sin amparo el padre, el hermano, el esposo, el hijo y el amante, y en que, atropelladamente, después, o durante el choque, huyendo de aquellas furias, por todas partes derramadas, con terror y pavura invencibles eran recogidos en las calles y en las casas los cadáveres y conducidos a los templos más cercanos, donde quedaban depositados a toda prisa, sin orden, sin

concierto, sin ceremonia, en medio del horror más espantable.

Y en alas de la imaginación así despierta, en presencia de aquellos cuerpos momificados, teniendo ante los ojos, iluminada por el resplandor rojizo de la vela, la figura interesante de aquella joven, que después de largos años de su muerte violenta conserva aun fuerza atractiva suficiente para preocupar el espíritu de quien la contempla, veía desarrollarse aterradora y repugnante escena, tantas veces, antes y después y siempre, en todas las guerras por igual reproducida.

Veía, no lejos de aquel sitio, el pobre hogar del menestral o del bracero, solitario, medroso y triste, como abandonado por los hombres, fuera de su recinto lanzados a la lucha. En él, la doncella atribulada y temerosa, toda angustias y sobresaltos, o la madre joven que, estrechando contra el seno entre amargas lágrimas el fruto de sus amores, temblaba al menor ruido... Veía entrar allí en tumulto soldados ebrios y brutales, excitados en medio de risas y chacota por bestiales deseos; sorprender a la indefensa virgen o a la esposa sin amparo; saciar en ellas cobardemente eróticos apetitos, y después de sangrientas burlas, después de consumado el nefando crimen, cuando la víctima, sin alientos, desfallecía desnuda sobre el suelo o demandaba piedad de sus verdugos, asesinarla villanos y sin compasión, disparando sobre ella á quemarropa.

¿Cuándo fué aquella estancia fúnebre tapiada?... Decíalo, a mi entender, bien claramente, el retablo de madera allí adosado, y costeado por la religiosa devoción del propietario de Torrijos, cuyo nombre se lee en la moldura del cuerpo bajo; y mientras pruebas en contrario no haya, ha de creerse, como yo creí y sigo creyendo, fué en tal sitio colocado, quizás, para ocultar en el último tercio del siglo XVIII las huellas de aquella entrada, que nadie sospecha, y borrar la memoria de aquella mortuoria estancia, a la que han dado no muy cómodo acceso con su curiosa travesura los acólitos del templo clausurado.

Por otra parte, la fecha de 1774 que lleva la inscripción de

dicho retablo, aleja todo otro supuesto referible a la procedencia de aquellas momias más enteras a que especialmente aludo, las cuales ha presentado alguno como víctimas de la guerra de la Independencia.

Pensando en tales y tan tristes escenas como las imaginadas, con el ánimo profundamente impresionado y conmovido, abandoné como pude, y ya entre sombras, aquel tétrico lugar, y salí de la iglesia preocupado y silencioso, con ansia de respirar sin opresión y libremente el aire de la calle, pero sin lograr que del angustiado espíritu se borrase aquel cuadro de horrores y tristezas, y sin comprender cómo en la piadosa Toledo, que tiene fama de ser población por extremo religiosa; donde se levanta el solio del Cardenal Primado de las Españas, y donde tan abundosa es la clerecía, nadie ha cuidado hasta ahora de que sean devueltos a la tierra aquellos humanos despojos, envoltura de seres cuyos nombres, en realidad, nadie sabrá nunca, y que no podrán ser identificados, pero que fueron, que pensaron, sintieron, creyeron, amaron y padecieron como nosotros!

Guerreros los unos en la edad medioeval, mártires obscuros los otros de nuestras guerras, dignos los conceptúo del respeto, y aun de la veneración acaso de los que hoy vivimos; gentes desconocidas, los más de tiempos diversos, no son menos acreedores al propio homenaje, que es, al fin, una de las obras de misericordia, por parte de la generación presente.

¡Pero allí siguen y allí seguirán hasta que Dios disponga, pues ni clérigos ni seglares se preocupan de tal cosa para nada!

Rodrigo Amador de los Ríos

LA AMÉRICA MODERNA

La doctrina y el ambiente social.—Límites de la acción de las ideas. La razón de ser del socialismo según los países. Europa y América. La vida del trabajador en los Estados Unidos y la debilidad del socialismo norteamericano. El socialismo en la Argentina. La distribución del sindicalismo europeo.—La emigración de capitales españoles. Los valores americanos en España. Los argentinos.—Las comunicaciones entre España y la Argentina. La colonización militar chilena. La provincia de Tacna.—Defensas militares del Perú. Las anexiones y el honor nacional.

La incorporación de ideas en la conciencia social no se realiza como los procesos naturales, que yuxtaponen, funden y trasplantan las materias en nuevos centros de vida. Las ideas políticas, por ejemplo, que se importan en un país, sin que éste tenga las condiciones objetivas suficientes para darles vida, se agostan, sin que su aparición revista otros caracteres que los de una simple imitación. Un hombre no se hará músico comprándose una pianola, ni las lecciones de moral harán florecer en el alma otra cosa que no sea una flor pintada en la imaginación. Sólo lo indiferente espiritual, la Ciencia, puede incorporarse a todas las sociedades, a todos los pueblos que no sean inferiores o degenerados; el Arte tiene ya que pasar a través de los temperamentos; las leyes, como normas de vida social, no son indiferentes ni a la historia ni a la raza de un pueblo... Cuando se plantea el problema de la reforma de ins-

tituciones nacionales o se predican doctrinas exóticas, se suele prescindir con harta frecuencia de todas estas exigencias. La vida política ofrece muchos casos de este género.

Cada vez que la sociedad sufre una perturbación con las agitaciones obreras, se paralizan las comunicaciones, se estanca el negocio bursátil, se enluta la Constitución, y de las doctrinas de reforma social parece elevarse una llama roja, se oyen las mismas invectivas contra la propaganda de las ideas, como si la simple predicación fuese la causa de los males que se deploran. Los llamados elementos de orden piden represiones, la clausura de círculos políticos y obreros, la suspensión de publicaciones, porque creen que la causa de todas las perturbaciones está en la propaganda de ideas disolventes para el régimen social en que vivimos.

Yo también creo que la dinámica originaria está en las ideas; la idea es una fuerza, sobre todo, cuando está hondamente sentida y el medio social favorece la expansión de la misma, convirtiéndola de simple representación ó imagen que flota como corpúsculo de luz en los senos espirituales del hombre, en fuerza y hecho. Pero las ideas, por revolucionarias que sean, no bajan siempre a la tierra firme de los hechos; muchas son las ideas que, aun habiendo sido propagadas ardientemente, han atravesado el régimen ideal de la conciencia humana, como esas nubes que cruzan el arco del cielo sin desprender una molécula de su agua sobre la tierra. La doctrina ha menester, para arraigar, de un cierto ambiente social que no le crea la propaganda de por sí. ¿Por qué, por ejemplo, los emigrados alemanes que salieron de su patria inflamados por la fe socialista, no han logrado prender su fuego en los Estados Unidos? ¿Por qué el eco retumbante de las predicaciones radicales en Europa no se repite en la Argentina? ¿Por qué, aun dentro de la misma Europa, unos países responden a la agitación sindicalista y otros no? Y, sin embargo, ya en forma de torrentes de literatura, ya en forma de predicaciones, en unos y otros países se derrama la propa-

ganda. Algo hay, sin duda, que opera en la sociedad como coeficiente poderoso a la simple enunciación de las doctrinas, para que éstas puedan ser efectivas.

Realizando yo una labor inductiva, me encuentro con que las condiciones de la vida social son suficientemente distintas para explicar la diferencia de la agitación social en los países aludidos.

¿Por qué hay socialismo en Alemania y no le hay en los Estados Unidos?... Pregúntese a seguida cómo vive el proletario en Alemania y cómo vive en los Estados Unidos. Un gran prestigio socialista, ortodoxo, el profesor Werner Sombart, nos contestaría diciéndonos que el trabajador norteamericano vive mucho mejor que el alemán, y entregaría a nuestra reflexión las siguientes estadísticas:

El salario medio anual, comparado entre ambos países y por grupos de industrias, en 1900, fué el siguiente, calculado en marcos (1 marco = 1,20 pesetas):

INDUSTRIAS	Alemania.	Estados Unidos.
	Marcos.	*Marcos.*
Confección	621,4	1.323,0—2.276,4
Vidriera	724,9	2.156,6
Alfarera	772,2	1 701,0
Ladrillera	556,2	1.482,6
Hierros y aceros	792,5-1.014,2	1.642,2—3.074,4
Química	929,4	2.060,6
Textil	506,0—776,5	1.129,8—2.192,4
Papelera	714,4—765,9	1.318,8—2.087,4
Curtidos	894,8	1.436,4—1.822,8
Maderera	698,0—821,0	1.417,0—1.801,8
Molinera	743,0	2.007,6
Azucarera	596,0	2.045,4—2.326,8
Tabaquera	541,0	1.024,8—1.663,2
Tipográfica	893,7	1.747,2—2.234,4

La diferencia a favor del salario norteamericano es bien clara.

Además, las subsistencias, vestidos y habitación no resultan más caras en los Estados Unidos, y en algunas de estas ca-

tegorías de gastos, como en la habitación, son enormemente más bajos, por lo que puede concluirse que el salario nomiual y real en los Estados Unidos es muy superior al de Alemania.

Sobre tal base de vida firme, con una clase patronal que asocia a su porvenir el porvenir del obrero, el alma del proletario norteamericano siente la alegría de vivir y no piensa en revoluciones. El aire de contento y entusiástica jovialidad de que habla el Profesor William G. Summer *(air of contentment and enthusiastical cheerfulness)*, orea la frente del trabajador; el pesimismo, dice Bryce, es la lujuria de la masa, el optimismo el deleite privado (*pessimism is the luxury of a handful, optimism is the private delight).*

La propaganda de la idea revolucionaria socialista rebotaba en los cerebros del trabajador americano. Era una marcha irregular la que han revelado las estadísticas electorales desde 1900 a 1905 en Alabama, Colorado, Massachussets, Pennsylvania, Texas, New-York, Chicago; tan pronto aparecía un puñado de votos socialistas, como no quedaba ni rastro de los mismos.

Ya estoy viendo venir a los que me objetarán que en los Estados Unidos hubo una explosión anarquista. Es verdad, pero no es menos cierto que fué consecuencia de una terrible crisis económica que, tanto allá como aquí, produce calamidades sociales de todo género. Podría un pueblo que sufre una crisis económica ser comparado en desesperación al coro griego que en la plaza de Tebas pide un remedio a Edipo rey.

Todavía más de los Estados Unidos. Allí, todo ciudadano mayor de veintiún años puede obtener en propiedad 80 acres de tierra cultivable. Por este procedimiento se ha puesto en cultivo en Norte América un territorio mayor que Alemania, en el transcurso de veinte años, desde 1870-1890.

¿Se comprende por qué el inflamado socialista alemán fracasa en los Estados Unidos? Aquí, la tierra libre brinda un hogar al hombre; en Alemania, y más aún en España, el que quiera correr campo atraviesa dos minutos, pronto tropieza

con la estaca del guarda o con el terrible interdicto del propietario.

Resumen de la psicología norteamericana es la arrogante palabra de Roosvel, que exalta la acción, ama la paz y se ríe del misticismo con ganas de burgués sano y tosco humorismo yanqui.

No, no hay que temer la idea ni la propaganda de la doctrina. Ellas se quiebran al contacto de la realidad, cuando ésta es refractaria a aquéllas, y la realidad... todos contribuímos a formarla.

La rabia sindicalista se propaga en Francia y en Italia, pero no en Alemania. ¿Por qué? Porque, digan lo que quieran los germanófobos, en Alemania no se han cometido las atrocidades de Chalón y la Martinica, ni han llegado al poder arlequines como Briand, que escupía desde la Presidencia del Gabinete francés la hostia socialista que tragara pomposamente la víspera. Ni el tipo de constitución económica es igual en Francia e Italia que en Alemania e Inglaterra. En las primeras predomina el artesanado, la sindicación, el movimiento antipolítico sindicalista, por consecuencia; en las últimas, la gran fábrica, la masa proletaria, el movimiento socialista.

La comparación entre Alemania y los Estados Unidos, la podríamos establecer, en cierto modo, entre España y la Argentina. Y es que, por regla general, los países coloniales ofrecen más posibilidades de desarrollo que los países viejos para la clase obrera. No hay que olvidar el caso de los penados ingleses que en la Austraslasia se reformaron más por el influjo del medio que les ofrecía mejor vida que por la acción penal. En los países de la vieja Europa hay, por regla general, más abundancia de fuerzas de trabajo que en los países coloniales; por esto los empresarios pueden ser más fuertes ante el obrero y dictarles la ley en cierto modo; en las tierras coloniales el capital está más necesitado de fuerzas de trabajo, y éstas son las que en muchos casos imponen la ley.

En la Argentina hay masa proletaria, pero su principal

preocupación no es mantener la lucha de clases sin cuartel, como en los países en donde se ve acorralada, y la posibilidad de formarse un patrimonio es más reducida. La exigencia ideal de reforma social no es bastante para producir en ella una corriente socialista faltando la exigencia real intensa que se siente en Europa. La ley de Defensa social argentina se ha promulgado contra los anarquistas, no contra los elementos obreros de la República.

La doctrina tiene una eficacia mínima en todas partes si no encuentra ambiente para su vida. Será tan inútil predicar ideas no existiendo ambiente, como perseguirlas habiendo creado antes una densa atmósfera que la haga vivir hasta en la oscuridad.

*
* *

A la emigración de población que caracteres tan agudos ha ofrecido estos últimos años en España sigue con visos muy alarmantes la emigración de capitales, de resultados tan funestos por lo menos como la emigración de población. Aun siendo un mal la emigración de brazos en España, teníamos la compensación de que se impedía así la aglomeración de brazos inactivos y una importación de los ahorros de los emigrantes. Pero con la emigración de capitales se completa el estancamiento de la economía nacional.

En quinientos millones calculaba el Sr. Sánchez de Toca la cantidad emigrada de España en 1910 («Reconstitución de España en vida de Economía política moderna»); en el presente año esta corriente emigratoria se acentuará merced á la atracción de los valores americanos sobre todo.

La Bolsa de Bilbao ya ha admitido a cotización, previo informe de la Junta sindical, valores argentinos, y ahora se trata de que se coticen en la Bolsa de Madrid los títulos de la misma procedencia.

La Cámara de Comercio de Madrid ha dicho lo siguiente, a propósito de este asunto:

«Acepta esta Cámara de Comercio que se coticen en España dichos valores, sometiéndolos desde luego a los tributos que sean de justicia, para que no resulten beneficiados por encima de los nacionales; pero no puede por menos de llamar la atención del Gobierno de S. M. sobre lo que dicha petición significa.

Si en nuestra nación no hubiera capitales disponibles para emplearlos en esos valores, no se nos harían peticiones como la que nos ocupa; demostrándose, por consecuencia, que esos capitales existen, y prueba de ello reciente la tenemos en el aumento del capital del Banco Español del Río de la Plata, evidenciando este fenómeno que hay plétora de dinero paralizado, y que se emplea en valores públicos, nacionales y extranjeros, huyendo del empleo en edificaciones y en negocios mercantiles, y más especialmente en las industrias.

El Gobierno, pues, debe tomar las medidas necesarias para que el capitalista español se decida a industrializar su dinero, único modo de coadyuvar a la prosperidad de la Patria.»

La corriente de emigración de capitales tiene una doble causa en España: la tendencia del capitalista español a invertir su dinero en valores públicos, huyendo de los cuidados y riesgos de la explotación industrial, lo que supone tanto cobardía como ignorancia o falta de formación técnico-industrial y el apartamiento de toda empresa que no dé por lo menos un 8 por 100.

La busca de valores públicos bien retribuídos le hace abandonar el menguado de 3 ½ por 100 de los valores españoles, que no tienen los beneficios de las explotaciones monopolistas, y busca el 5 por 100 pagado en oro, que encuentra en Francia y otros países. Nuestro dinero va así camino de los Bancos franceses, ingleses, suízos, americanos... Los Bancos americanos ofrecen no solamente buenas garantías, sino también buenos intereses en oro. Dividendos del 15 por 100 no son raros en el Banco de Chile, y del 12 por 100 en los Bancos Español de Chile y Río de la Plata. Este Banco, en

media docena de años, ha triplicado su capital hasta llegar a los 100 millones de pesos.

Es totalmente inadmisible la pretensión de algunos que quieren impedir la cotización de los valores americanos en las Bolsas españolas. No se puede hacer excepción en esta materia. ¿No se cotizan en Madrid las acciones del Banco Nacional de Méjico, del Oriental y del Central Mejicano? ¿No se hace lo mismo con el Río de la Plata? Las obligaciones del Banco Territorial y Agrícola de Puerto Rico, las de la Corunna Waterworks Company Ld., ¿son desconocidas para nuestra Bolsa?

Ciertamente que se podría pedir la igualdad de condiciones a aquellos países cuyos valores cotizamos aquí, por lo que a los nuestros se refiere; pero no podemos cerrar la puerta a los valores extranjeros, ni mucho menos establecer privilegios entre ellos.

Pero hay una razón de decisiva importancia, y es: que a pesar de todos los impedimentos, el capital español buscará la mayor ganancia, esté donde estuviere.

Por otra parte, no deben considerarse perdidos para la economía nacional española los capitales invertidos en valores extranjeros, si bien fuera de desear que hubiese una mayor preferencia por los investimentos nacionales, pues tales capitales han de ser finalmente repatriados, más los intereses de los mismos, que fluirán normalmente a España. Tal vez la acumulación de valores extranjeros en la Bolsa de Madrid imprimiría una actividad bursátil a la plaza española, que la haría más resistente a las influencias de la Bolsa de París.

Bueno es recordar a los que solicitan la prohibición para las cotizaciones de valores americanos, que no se puede pedir tal cosa, y hablar al mismo tiempo de fraternales uniones hispano-americanas.

Fuera del Sr. Sánchez de Toca, no sé de ningún político español que se haya preocupado de este magno problema de emigración de capitales, y dé los remedios al mal. En su obra anteriormente citada escribe:

«Para la dirección y garantía de las inversiones del ahorro de los españoles, que en tan copioso torrente empieza a derramarse en negocios particulares de alta finanza emprendidos fuera de nuestras fronteras, nada sería de tan positiva eficacia como el instituir el patronato de un gran *consortium* de nuestros principales elementos bancarios, teniendo a su frente, en la forma que resultara más adecuada, el inmenso prestigio del mismo Banco, que, por las investiduras de la confianza pública, manifestada con el sufragio universal de los actos sociales, tanto o más efectiva que la investidura electoral de cualquier otro procedimiento de sufragio, resulta ya instituído en incomparable depositario de nuestras supremas reservas bancarias.

»Un patronato financiero de esta condición sería insuperable para actuar como sindicato de aval de emisión y prestar la plenitud de seguridades a la confianza pública, tanto en punto a la calificación preliminar de un negocio, y a movilizar sobre él las clientelas nacionales, respecto a colocación de acciones y obligaciones de una empresa destinada a operar fuera del territorio nacional, cuanto a amparar luego a la masa de los accionistas durante el desarrollo de la gestión contra las maquinaciones de los balances amañados, y las falsedades de los reclamos prodigados mediante venalidad o confabulación de las agencias de la publicidad, y a todas las demás piraterías financieras, sobrado sutiles para no escaparse por entre las mallas más apretadas que puedan discurrir las reglamentaciones orgánicas.»

Desgraciadamente el Banco de España resulta impedido para cooperar a esto con la trascendental eficacia que corresponde a la preeminencia de su posición. Aparece entorpecido para las funciones más esenciales de su institución, tanto por los formalismos a que la inexperiencia o la imprevisión lo encerraron en sus propios estatutos, cuanto por las demás trabas legislativas que, por inconsciencia o deliberadamente, han venido a imponerle.

Entre estas trabas que entorpecen la normalidad de su funcionamiento, descuella el complejo artificio que le sujeta, en cuanto al modo de computar en los balances, la proporcionalidad de los valores. Por ello, cuando se trata de operaciones de importancia y que requieren mayor plazo que el de noventa días, nuestra principal institución bancaria figura actuando como valor muerto en la economía nacional.

Por error fundamental de los estados jurídicos que se le han impuesto, y deficiencias de su régimen estatuario, el Banco, que puede derramar discrecionalmente sus favores por las vías del crédito personal, está imposibilitado para prestar esos mismos beneficios a las grandes Compañías y Corporaciones por las vías del crédito público, bancariamente organizado para las más importantes operaciones. Así, la industria, el comercio, la agricultura, las obras públicas, el crédito colectivo de grandes empresas y Corporaciones resultan, para los negocios mejores, excluídos de las relaciones del patronato bancario con el principal depositario de los capitales y de la confianza nacional. El Banco no puede cooperar a la formación y organizacion de empresas, ni a suscribir emisiones o a tomarlas en garantía a plazo que exceda de noventa días. No puede desempeñar función de intermediario en los negocios y en primordial finalidad de prestar las iniciales facilidades en la organización del crédito. Ni siquiera puede entrar a estudiar el fondo de un negocio. Lo esencial para él es la *forma*, o sea que el documento que ha de llevar a cartera se ajuste a estrechos formalismos que lo hagan computable para la proporcionalidad.

Cierto es que la vida bancaria española es mezquina para propulsar el fomento nacional. El consorcio que preconiza el Sr. Toca, tiene el lado negativo de la acción que pudiese desenvolver en el crédito público.

*
* *

Las comunicaciones entre España y la Argentina no responden a las necesidades del intercambio entre ambos países. Tal abandono ocasiona la pérdida de buenos ingresos para la economía nacional española, ingresos que absorben otros países en forma de fletes para sus Compañías de navegación y tarifas de transporte para sus ferrocarriles.

Según proposiciones que se formulan en la Argentina, la organización de dos o tres salidas más de vapores españoles que salgan del Mediterráneo y del Cantábrico de manera que cada diez días o cada semana llegase a Buenos Aires un vapor español, sería muy productiva.

De las cuatro salidas mensuales, dos deberían ser de vapores de lujo, a fin de proporcionar pasaje a los viajeros de primera clase, que podrían dar un contingente de 500 a 600 pasajes; otros dos vapores más modestos completarían la organización, que acapararía el 90 por 100 del tráfico entre España y la Argentina. Con ello ganaría enormemente el tráfico de pasajeros y de mercancías, favoreciendo al mismo tiempo la exportación. Esta línea marítima debería ser completada a su vez con la organización de un servicio de trenes en la Península que pusiera en rápida comunicación a España con Centro Europa.

Un tren de lujo, que desde Cádiz a Hendaya no invirtiese mucho más de veinticuatro horas, a fin de que el trayecto de Cádiz a París se pudiese recorrer en dos días como plazo máximo, convertiría a España en país obligado de tránsito entre la Argentina y España. Así podría hacerse el viaje de Sud América a España en trece días y a París en quince. Con los 100.000 viajeros que van de España a la Argentina, y los 50 millones de pesetas de tráfico, se podría sostener con segura rentabilidad tal organización.

Cada mes llegan a Buenos Aires dos ó tres vapores españoles, lo que no llena las exigencias del movimiento emigratorio con la Península. Puede calcularse en ocho o diez el número de vapores españoles que se podrían utilizar para el intercam-

bio con España. Las Empresas españolas dejan perder una explotación magnífica; las extranjeras que explotan este negocio reparten a sus accionistas el 10 y el 12 por 100, y hacen su negocio con españoles. Se da el caso de que buques italianos que salen de Génova vacíos, van a Barcelona, y después de tocar en otro punto del Mediterráneo español, llegan a Buenos Aires con 1.200, 1.300 y hasta 1.500 pasajeros españoles, y regresan a Génova con lastre, y obtienen ganancia todavía, y no pequeña.

El capitalista español, por su tendencia a invertir el dinero en valores públicos, no llega a rebasar al interés del 4 por 100, mientras que, con algo más de valentía y de espíritu comercial, obtendría el 6, el 8 y el 10 por 100. Esto es algo más racional que esperar el interés del capital propio por obra y gracia del arancel proteccionista.

***

Chile no se aviene á devolver al Perú las dos provincias, Tacna y Arica, que le fueron entregadas en virtud del Tratado de Ancón; el Perú no renuncia a recobrar el pedazo de territorio que constituye para él lo que la Alsacia y la Lorena para Francia.

El Consejo de Estado de Chile ha enviado al Congreso un proyecto del Ejecutivo, encaminado a chilenizar esa parte de territorio peruano, por medio de la colonización, con elementos de población chilena. La empresa es ardua, porque la colonización de un país constantemente amagado por un enemigo, exige que la colonización sea militar. Así lo han comprendido los chilenos al organizar una colonización que brindan a los elementos militares. He aquí el texto del Mensaje enviado a las Cámaras en Noviembre último:

«Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados:

En uso de las facultades que otorgó a Chile el Tratado de Ancón en la provincia de Tacna, y para fomentar en ella la

agricultura y demás industrias, el Gobierno presentó al Congreso nacional, y éste aprobó, la llamada «Ley de colonización de Tacna», promulgada el 7 de Setiembre de 1909.

Aprovechando esas mismas facultades, considera el Gobierno que es de grande interés nacional constituir en dicha provincia la pequeña propiedad con propietarios chilenos.

Ahora se presenta una oportunidad para conseguir este objeto, con la permanencia de los conscriptos que cumplen su servicio militar de Tacna, y con la radicación de los empleados y pensionados fiscales que ahí residen.

Podría fácilmente llevarse a cabo el indicado propósito, y con verdadera eficacia y relativo poco costo, concediendo una gratificación local a los conscriptos y empleados, que se destinaría única y exclusivamente al uso de pequeños bienes inmuebles, adquiridos en dicha provincia por intermedio de la Caja Nacional de Ahorros.

La gratificación se daría por una sola vez a los conscriptos antes de su próximo licenciamiento. En cuanto a los empleados y pensionados, la gratificación consistiría en un tanto por ciento sobre sus sueldos y pensiones, que podría comenzar a descontarse desde luego. Esta obra sería completada con la construcción de habitaciones correspondientes, hechas por el Consejo de Habitaciones para Obreros.

En vista de las anteriores consideraciones, oído el Consejo de Estado para que pueda ser tratado en el actual período de sesiones extraordinarias, tengo a honra presentaros el siguiente proyecto de ley:

Artículo 1.° Los empleados y pensionados que se pagaren por las Tesorerías Fiscales de la provincia de Tacna, tendrán derecho hasta el fin del año 1925 a una gratificación equivalente a un 20 por 100 sobre sus sueldos, pensiones y demás gratificaciones, sujetas a las condiciones señaladas en la presente ley y en el Reglamento respectivo.

Art. 2.° Esta gratificación local no se podrá invertir sino en el pago de las cuotas de bienes inmuebles, adquiridos por

intermedio de la Caja Nacional de Ahorros, dentro de la provincia de Tacna.

Art. 3.° La Tesorería Fiscal entregará directamente a la Caja Nacional de Ahorros las cantidades correspondientes a esta gratificación local, para que sean abonados a una cuenta especial de cada empleado o pensionado, en la cual no se abonarán intereses.

Art. 4.° Comprada una propiedad por la Caja Nacional de Ahorros por cuenta de un empleado o pensionado, en conformidad a los Reglamentos de la Caja, las gratificaciones devengadas y las que se devengaren serán abonadas íntegramente al pago de dicha propiedad. Si terminada de pagar ésta quedare un saldo, no se podrá invertir éste sino en otra propiedad.

Art. 5.° Los empleados y pensionados que compraren estas propiedades pueden hacer voluntariamente mayores abonos.

Art. 6.° Las propiedades adquiridas, en todo o en parte con la gratificación local, quedan hipotecadas a la Caja Nacional de Ahorros, y mientras subsista esta hipoteca no podrán recibir otra nueva, ni ser embargadas ni enajenadas.

Art. 7.° Se concede una subvención de veinte mil pesos anuales a la Caja Nacional de Ahorros de Tacna por estos servicios, desde que se instalare en lugar de su propiedad en Tacna, en Arica y en Tarata hasta 1925.

Art. 8.° La gratificación local para los soldados y conscriptos será de dos mil pesos por una sola vez, y de tres mil pesos para los suboficiales, también por una sola vez.

El comando en jefe de la división determinará la época en que cada individuo del personal de su mando pueda adquirir propiedades con esta gratificación, siempre por intermedio de la Caja Nacional de Ahorros, y a la cual quedarán hipotecadas por el exceso de valor sobre la gratificación local: este exceso no podrá ser inferior a un 25 por 100.

No se les extenderá a los soldados y suboficiales título de-

finitivo de estas propiedades sino después de tres años de ocupación o trabajo personal de la casa o predio.

Art. 9.° Las mujeres casadas y los menores de edad que tengan más de catorce años, se considerarán libres administradores de sus bienes en lo referente a esta gratificación local y a la adquisición y goce de los terrenos y casas adquiridas con ella.—Barros Luco.—Alejandro Huneus G. H.»

Chile no ha buscado labradores para la colonización; en lo demás parece haber imitado a Prusia en su colonización del *hinterland* polaco. Más que las fortalezas, contribuyen a asimilarse un país los elementos nuevos de población; Chile combina ambos elementos.

Por su parte, el Perú contesta a estas medidas organizando la defensa nacional y apuntando a Chile. Los chilenos han buscado instructores alemanes; los peruanos, instructores franceses.

La Misión militar francesa ha hecho los siguientes trabajos:

Ha organizado la Escuela Militar en Chorrillos, para oficiales;

Escuela de suboficiales;

Escuela de Tiro y de Gimnasia para oficiales y suboficiales;

Escuela de Artillería e Ingenieros para jefes y oficiales;

Escuela de Caballería para oficiales y suboficiales;

Escuela Superior de Guerra, preparación para oficiales de Estado Mayor.

Todos sus esfuerzos se encaminan a preparar el ejército peruano de manera que el día fijado alcance los triunfos que el país con toda su alma espera anheloso, y trabajan con todo tesón y entusiasmo, impulsados por amor propio increíble, porque saben que en Chile existen instructores alemanes, los eternos enemigos de Francia.

Se les presenta la ocasión de medir sus propios conocimientos y doctrinas con el de sus adversarios en cabeza ajena; de allí el entusiasmo con que trabajan.

Por su parte, el Gobierno nada les escatima. Ellos proponen sus planes de compra de armamentos, construcción de ferrocarriles, fortificaciones, compra de buques, etc., e incontinente son cumplidos por el Gobierno con toda energía y aun a costa de los mayores sacrificios, como lo demuestran los diferentes impuestos que el pueblo mansamente recibe, porque se trata de la defensa nacional, que él considera santa.

En diez y seis años de labor en el ejército peruano, la Misión francesa ha obtenido, más o menos, los siguientes resultados:

Instrucción de 60.000 conscriptos con una sólida instrucción, desarrollada en dos años, que dura el tiempo de la conscripción.

Formación de un numeroso y seleccionado personal de oficiales y suboficiales.

Organización del ministerio de Guerra en departamentos y secciones, conforme á los principios que rigen al ejército francés.

Organización del Estado Mayor General, por idéntico sistema al del ministerio, repartida en secciones y departamentos.

Organización de cinco regiones militares con un Estado Mayor divisionario, servicio del Departamento Administrativo, del servicio sanitario, auditoría, depósito de armamentos, etc.

Construcción de fortificaciones en Lima y el Callao, dotadas con poderosos cañones de largo alcance y gran calibre, para protección de estas ciudades y de su escuadra.

Organización de trenes y columnas, bagajes, compañías sanitarias, con todos sus materiales y útiles para su inmediato empleo.

Construcción de ferrocarriles estratégicos a la Oroya, Primo, etc., que le permitan una rápida movilización de las tropas en todo su territorio de las regiones militares, y le aseguren una pronta reunión de ellos en los puntos que sea necesaria una concentración.

Organización de un criadero de caballos en Tumbes.

Compraron el año pasado 1.000 yeguas argentinas criollas cubiertas por potros, fina sangre de carreras, y son las que sirven de base al criadero.

Dotación de 160.000 fusiles, último sistema, con bala P.

Dotación de 10.000 carabinas Mauser, último sistema, con bala P.

Dotación de 200 cañones de tiro rápido de campaña y de montaña, sistema Schneider Danec, calibre 7,5 centímetros, modelo 1901 y 1904.

Dotación de 110 ametralladoras con todos sus accesorios.

Dotación de 10.000 sables.

Dotación de 1.000 tiros por cada fusil é igual cantidad para cada cañón.

Instalación de una fábrica de cartuchos que funciona desde el año 1909 en Lima, con capacidad suficiente para la producción de dos millones de cartuchos por mes.

Dotación de vestuario y equipo en almacenes para 60.000 hombres.

Han nombrado en cada departamento un comandante de reclutamiento, que se ocupa únicamente en los preparativos para la fácil movilización, o sea el paso de pie de paz al de guerra.

Cada licenciado tiene una libreta de identificación que le indica el lugar donde debe presentarse en caso de guerra, y asimismo la unidad en la cual debe servir.

Sería inoficioso entrar en mayores detalles; creemos que basta y sobra lo anunciado para formarse un concepto de su importancia.

La anexión de territorios ha sido siempre causa de eternas enemigas entre los pueblos; son menos dolorosas las indemnizaciones de guerra, por grandes que sean. La indemnización es un daño económico que el trabajo nacional repara con constancia; pero la anexión de territorios son heridas para el honor nacional que no se borran con dinero.

Por conservar Belfort, estaba dispuesto Thiers á todo: á la prolongación de la guerra hasta la completa pérdida de Francia. Sólo porque no quedase en poder de los alemanes aquella ciudad francesa, se avino el estadista francés a que los alemanes satisficiesen su orgullo entrando en París. Bismark cometió un error al pedir tierra francesa para Alemania, porque con ella se llevó hipotecado el odio francés para siempre. Pudo pedir más dinero, y el canciller prefirió herir en el corazón...

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Biografía: Recuerdos de Wagner.=Cuestiones sociales: El fabianismo y su labor.=Historia: El itinerario de los argonautas, según el poema de Apolonio de Rodas.—Las víctimas del libro.=Literatura: La estética naturalista y la realista.=Psiquiatría: Los vagabundos.=Impresiones y notas: Las sensaciones de un fumador de opio.—Doña María la Brava.—¡Oh primavera, juventud del año!—La certidumbre de la nada.

BIOGRAFÍA

Recuerdos de Wagner.—He aquí, extraídos de *Mi vida*, de Ricardo Wagner, algunos episodios poco conocidos, tomados de la traducción de Valentín y Schenk, inserta en *La Revue Hebdomadaire* de París.

Su padrastro, Luis Geyer, actor de carácter del teatro Real de Dresde, y pintor de afición de bastante mérito, quiso que Wagner se dedicara á la pintura. «Me acuerdo distintamente que hubiera deseado ver desarrollarse en mí el talento pictórico; su taller, con su caballete y los lienzos que le obstruían, no dejaban de hacerle impresión. Así, me acuerdo que me dediqué con ardor completamente infantil a copiar un retrato del rey de Sajonia, Federico Augusto; pero, en cuanto se trató de reemplazar esta pintorería sencilla por una enseñanza seria del dibujo, abandoné lápiz y pincel; quizá me hizo retroceder la manera pedante de mi profesor, un primo mío muy cargante.

»Desde mi más tierna infancia el teatro ejerció gran imperio en mi imaginación. No penetraba en él únicamente como

muchacho espectador que tiene su puesto en el palco misterioso que comunica con la escena, como abonado de bastidores que admira los trajes extraordinarios y los disfraces característicos que en ellos se encuentran; entraba allí también como actor. Había asistido a *La huérfana y el asesino,* y a otros dramas sombríos que me llenaban de miedo, y en los que mi padrastro tenía los papeles de traidor, cuando me fué necesario aparecer yo mismo en escena. En una pieza montada con motivo de la vuelta de cautividad del rey de Sajonia, *La Viña a orillas del Elba,* puesta en música por el maestro Weber, yo representaba un ángel en mallas, con alas en la espalda, y figuraba en el cuadro vivo, en una posición graciosa, muy difícil de tomar y de conservar. Me acuerdo también de haber recibido en aquellas circunstancias un gran alfeñique, que el rey, según me dijeron, me había enviado especialmente. Por último, me acuerdo todavía de haber representado un papel de algunas palabras en la pieza de Kotzebue, *Odio y arrepentimiento*, y de haberme valido en la escuela del pretexto de una larga escena que tenía que aprender para dispensarme de no haber hecho mis ejercicios.»

A los seis años, Wagner fué enviado a Possendorff, junto a Dresde, a casa de un pastor del campo, donde recibió una educación sana, sólida y sensata. Por las noches, el pastor les contaba la historia de Robinsón. La lectura de una biografía de Mozart interesó mucho a Wagner, y los artículos sobre la guerra de la independencia helénica le excitaron vivamente, provocando su entusiasmo por la Grecia, que se desarrolló más tarde con el estudio de la mitología y de la historia de los helenos. Apenas hacía un año que estaba en el campo, cuando tuvo que volver a su casa para asistir a los últimos momentos de la vida de su padrastro. Su madre, para distraer al enfermo, le invitó a tocar, en la habitación inmediata, lo que había aprendido al piano. «Toqué *Heb'immer Treu und Reidlichkeit*, y mi padre preguntó entonces a su mujer:—¿Tendría disposición para la música?»

Muerto al día siguiente, fué recogido por un hermano del difunto, platero, y llevado a Eisteben. «En sueños, he vuelto a ver frecuentemente la antigua pequeña ciudad con la casa de Lutero y todo lo relacionado con mi estancia dentro de sus muros. Siempre he deseado volver a ella alguna vez para comprobar la pureza de mis recuerdos, y es extraño que nunca haya conseguido realizar este deseo. Vivíamos en la plaza del Mercado. Esta plaza me ofrecía frecuentemente espectáculos singulares, como el de los titiriteros, que se paseaban sobre una cuerda tendida de una torre a otra. Mucho tiempo conservé de este espectáculo cierto interés apasionado por semejantes proezas; con ayuda de la balanza, conseguí andar con bastante destreza sobre una cuerda que había tendida en el patio, y desde entonces me ha quedado cierto gusto por los ejercicios de acrobatia, que siento todavía hoy.»

«La música era honrada en nuestra casa: mi hermana Rosalía tocaba el piano, y Clara empezaba a cantar. Antes, con motivo del cumpleaños de mis padres, se organizaban a escondidas, para sorprenderlos, representaciones teatrales que exigían grandes preparativos. Una de estas fiestas ha quedado grabada en mi memoria. Se había montado una parodia de *Safo,* de Grillparzer, en la que yo formaba parte del coro de muchachos que cantaban ante el carro triunfal de Faón. Traté de reavivar mis reminiscencias, valiéndome de un lindo teatrito de fantoches que encontré entre las cosas dejadas por mi padrastro, y cuyas espléndidas decoraciones había pintado él mismo. Queriendo dar a mi familia la sorpresa de una brillante representación en aquel escenario, esculpí con gran torpeza varias muñecas, que vestí con trapos quitados a mis hermanas. Luego me ocupé en elaborar un drama medioeval, cuyos papeles pensaba hacer aprender á mis fantoches; pero, apenas había acabado la primera escena, cuando mis hermanas descubrieron el manuscrito y se burlaron de mi drama con grandes carcajadas. Una de las frases de la heroína inquieta, «oigo ya caracolear a mi caballero», fué declamada frecuentemente con

énfasis, con viva irritación mía». Hay que advertir que entonces tenía Wagner ocho años.

»El miedo de los aparecidos fué factor importante en el desarrollo de mi vida afectiva. Desde mi más tierna infancia, ciertos hechos misteriosos e inexplicables ejercieron en mí exagerado imperio. Me acuerdo que cuando me quedaba yo solo en mi cuarto, me parecía que los objetos, los muebles se animaban, y era entonces presa de tal terror, que me ponía a lanzar gritos penetrantes. Hasta mi adolescencia, no pasaba noche que no me despertase gritando, y no me calmaba mientras una voz humana no me imponía silencio; una violenta reprensión, y hasta un castigo corporal, me hacían el efecto de una liberación.

»En el Liceo me interesaba también por las cosas de imaginación; no sé si tenía buena cabeza para los estudios; creo que comprendía y retenía fácilmente lo que me agradaba, mientras que apenas trataba de aplicarme á lo que estaba fuera de mi círculo de ideas. Esta disposición se manifestó sobre todo en el cálculo y más tarde en las matemáticas: en estas dos ramas no conseguía ni siquiera concentrarme un instante sobre los problemas que nos daban á resolver. Las lenguas antiguas tampoco excitaban mi curiosidad, y como la mitología griega fascinaba mi imaginación, me hubiera gustado poder oir á sus héroes en su propia lengua... Mi talento de declamador, sobre todo, me valió la estimación y la amistad del profesor Sillig, de la *Krezschule,* de Dresde; tenía de mí tan buena opinión que, ante todos los alumnos, hizo recitar al chiquillo de doce años que yo era, no sólo los adioses de Hector en la *Ilíada,* sino también el célebre monólogo de *Hamlet.* Sin embargo, mi espíritu permanecía rebelde a los estudios clásicos, propiamente dichos. Sólo me atraían la mitología la leyenda y la historia.»

A los trece años, su hermana Rosalía fué contratada para el teatro de Praga, y toda la familia marchó con ella, quedando Wagner solo en Dresde. Entonces perdió la costumbre del

trabajo tranquilo, y se hizo turbulento y camorrista, y el elemento femenino empezó a figurar en su existencia, enamorándose por primera vez de una muchacha muy guapa y muy bien educada, llamada Amelia Hoffmann, si su recuerdo no le engaña. De lo que sí se acuerda, es de haber, muchas veces, simulado un sueño irresistible, para obligar a las jóvenes que frecuentaban su casa a sostenerle hasta llevarle a su cuarto; pues en un caso análogo, fortuito, había observado con sorpresa y emoción la turbación deliciosa que sentía cuando así le llevaban. Poco después se verificó el cambio de sus ideas religiosas, y después de abandonar a Dresde por Leipzig, abandonó también sns estudios, todo a consecuencia de un castigo que había parecido injusto en Dresde, y de otro que sufrió en Leipzig. Este fué de tal importancia, que el rector mismo dirigió una queja a Adolfo Wagner, tío de Ricardo. Adolfo calmó a su sobrino, y a guisa de consuelo, le citó el proverbio español «Un rey no puede morir», que para él significaba que un potentado de escuela no confiesa nunca que se ha equivocado.

«El acorde de los instrumentos bastaba para ponerme en excitación mística, así como el roce de los arcos sobre las quintas del violín evocaba en mi espíritu los acentos de bienvenida de todo un mundo de fantasmas. «Añade, de paso, que hay que entender lo que acaba de decir, en su sentido absolutamente literal.» Desde muy niño, el sonido de esas quintas correspondía para mí exactamente al temor de los espectros que en todo tiempo me atormentó. Así es que no pasaba nunca sin inquietud ante el palacio del príncipe Antonio, al extremo de la avenida de Oster, porque allí fué donde, por primera vez en mi vida, oí tocar el violín. Me figuraba que aquel sonido procedía de las estatuas de piedra que decoran el palacio, y algnnas de las cuales llevan instrumentos de música. Muy joven todavía, he visto el cuadro, bien conocido, en que un esqueleto toca el violín a un viejo moribundo, y todo lo sobrenatural de aquellas resonancias de quintas se había grabado profundamente en mi alma de niño.»

«Cuando, soñador adolescente, iba casi todas las tardes al Gran Jardín a escuchar la orquesta Zillmann, puede uno figurarse con qué aguda voluptuosidad me impregnaba de todos los matices de armonía caótica producidos por los acordes de los instrumentos: el *la* prolongado de los oboes, que parece despertar los demás instrumentos como el llamamiento de un fantasma, no dejaba nunca de acalenturar mis nervios, que se tendían. Dado que el *do* en *crescendo,* de la obertura de *Freischütz,* bastaba para sumergirme en éxtasis, el que me hubiera observado entonces habría podido comprender lo que pasaba por mí en materia musical a pesar de mi abominable aporreo del piano. Otra obra ejerció pronto gran atractivo sobre mí: fué la obertura en *mi mayor* de Fidelio, cuya introducción, sobre todo, me agradaba. Tomé informes sobre Beethoven, de mis hermanas, y supe que había muerto hacía poco. La muerte de este compositor, que acababa de entrar en mi existencia de un modo tan vivo, se unió a la emoción extraordinariamente dolorosa en que me había hundido la muerte de Weber, y experimenté por ello un terror singular, que no dejaba de tener relación con el estremecimiento que provocaba en mí la resonancia de las quintas del violín. Desde entonces quise conocer también a Beethoven por sus obras. Llegado a Leipzig encontré la música de *Egmont* sobre el piano de mi hermana Luisa; intenté en seguida hacerme con sus sonatas. En fin, una sinfonía del maestro, la en *la mayor,* que oí en la sala de conciertos de Leipzig, me produjo un efecto indescriptible. El retrato de Beethoven, hecho popular por una litografía muy difundida, vino a reforzar esta impresión; supe su sordera, la vida retirada que había llevado, y me formé de él una imagen sobrehumana a la que nada podía ser comparado. Esta imagen y la de Shakespeare se confundieron en mi espíritu; los volví a encontrar a los dos en mis sueños estáticos; los veía, les hablaba, y al despertar estaba bañado en lágrimas.»

CUESTIONES SOCIALES

El fabianismo y su labor.—La sociedad Fabiana (*Fabian Society*), de Londres, es un modelo digno de ser imitado, y cuyos comienzos y desarrollo constituyen un ejemplo vivo de lo que puede una voluntad firme, secundada por una inteligencia culta. Eduardo R. Pease, secretario de la sociedad, hace su historia en el *T. P's Magazine,* y de allí entresacamos la materia de este artículo. La palabra *socialismo* no aparece ni siquiera mencionada en las revistas y periódicos ingleses de 1873 a 83. Roberto Owen, que la había inventado, había muerto, y las agrupaciones que había fundado se habían dispersado largo tiempo hacía; las cooperativas de los socialistas cristianos estaban olvidadas; la teoría del individualismo reinaba donde quiera, y toda la juventud inteligente devoraba la filosofía positiva de Augusto Comte. El profesor Tomás Davidson, un escocés que vivía en Nueva York, lleno de ideas altruístas y que soñaba con el ideal de una vida nueva en que los hombres viviesen en el seno de una comunidad de seres superiores, semejante a los conventos de los católicos y budistas, aunque sin celibato, puesto que la educación de los hijos era parte integrante del programa, fué quien más contribuyó al nacimiento de la sociedad, dando algunas conferencias en Londres sobre sus doctrinas.

Era aquélla una reunión singular; ninguno de los asistentes era rico, ni mundano, ni influyente; pero se tomaban en serio, cosa que ocurría entonces frecuentemente a los jóvenes, y que desgraciadamente es rara hoy, en los tiempos de escepticismo que atravesamos. Durante tres meses del Otoño de 1883, discutieron si acometerían la empresa de reformarse a sí mismo o de reformar la sociedad contemporánea, y los medios que habían de emplear para conseguirlo. Entonces se produjo una escisión amistosa: los discípulos puros del profesor David-

son decidieron vivir *vita nuova*, creando la asociación correspondiente.

La otra fracción estimó preferible reformar a sus semejantes, y de ella nació la *Fabian Society:* «Reconocimos, dice Pease, que si teníamos un fin, ignorábamos los medios de alcanzarlo. Ante todo, necesitábamos un nombre, y pensamos en Facius Cunctator, aquel general romano que con sus contemporizaciones salvó a Roma atacada por Aníbal; dimos a nuestra sociedad el nombre de *Fabian Society*, y resolvimos no hacer nada antes de saber lo que convenía hacer: esperar el momento propicio, a ejemplo de Fabio, y pegar, como Fabio, fuerte, cuando el momento llegara.» Tal era el programa de la sociedad, algo de lo que hoy se llama *pragmatismo.*

Ya habían publicado su primer folleto *¿Por qué hay tantos pobres?*, redactado por el único obrero de la sociedad, un pintor-decorador de mucho talento, pero muy dado al alcohol, cuando los fabianos hicieron la adquisición de Jorge Bernardo Shaw, que les redactó su folleto núm. 2, en el que afirmaba «que el resultado más evidente de nuestro sistema actual de explotación del suelo y del capital, ha sido la división de la sociedad en dos clases hostiles: una dotada de gran apetito, pero sin tener qué comer, y otra disponiendo de una comida copiosa, pero privada de apetito; que el Estado debería trabajar con los particulares, y especialmente con los padres, para asegurar a los hijos un hogar agradable, y velar por que todo niño pueda encontrar un refugio contra la tiranía o el descuido de sus guardianes naturales; que no es necesario para proteger a los hombres contra las mujeres, asegurarles privilegios políticos, y que los dos sexos deben gozar de los mismos derechos; y que toda persona nacida en el país debe tener asegurada una participación vitalicia en el suelo y en el capital de la nación». Abandonado a sí mismo, Shaw hubiera ciertamente hecho de la Fabian Society una cosa sumamente divertida, pero de ningún valor en el orden político.

En 1885 ingresó en la sociedad Sidney Webb, empleado

del *Colonial Ofice,* hombre de genio, enciclopedia viva y con todas las condiciones de jefe que pudieran apetecerse. El folleto núm. 5 es, quizá, la publicación más famosa de toda la literatura del socialismo inglés: *Hechos para uso de los socialistas sacados de las obras de los economistas y de los estadísticos.* Día llegará en que se reconozca lo que el movimiento socialista debe a Sidney Webb antes de su entrada en escena; el socialismo no era más que un plan teórico de organización social, considerado como igualmente apreciable a todos los países indistintamente, al día siguiente de una revolución que debía producirse hacia 1889, a consecuencia de una sublevación del proletariado, con barricadas, fusiles y bombas de dinamita. Sidney Webb desarrolló la idea de que el socialismo no es un sistema de una pieza, aplicable a una sociedad cualquiera, sino un conjunto de reformas políticas, cada una de las cuales, considerada aisladamente, es insignificante, pero que tienden todas al mismo fin. Mostró que la idea socialista había encontrado ya numerosas aplicaciones; señaló que en la mayor parte de las grandes ciudades hay distribuciones de gas y agua, y otros servicios públicos, cuyo capital es la propiedad de la comunidad, y que son explotados en provecho de todos; que donde quiera hay calles, parques, bibliotecas, museos y edificios públicos, y que el socialismo tendía simplemente a extender estas aplicaciones. Tal es el programa del socialismo inglés moderno, socialismo evolucionista, práctico y constitucional que los oradores fabianos popularizaron de 1885 a 1890.

La Fabian Society era entonces un modestísimo organismo que no contaba con más de doscientos socios, siendo los más notables, con los ya citados, el tesorero Huberto Bland, y sobre todo, la señora Annie Besant, la única reputación hecha, de carácter mundial, con que la sociedad contara, y que cinco años después dejó el socialismo para consagrarse a la teosofía. Lo que distinguía a los fabianos desde sus comienzos era el pensamiento en común. Lo que cada cual escribía, los

otros lo criticaban severamente, y lo que no podía resistir a la crítica, se dejaba a un lado. Como los problemas sociales son complejísimos, para que un hombre solo, por capacidad que tenga, pueda abarcarlos en todos sus aspectos, aquella comunicación de pensamientos daba al trabajo colectivo la mayor autoridad posible.

La primera gran empresa acometida por los fabianos fué la serie de conferencias dadas por siete oradores de la sociedad, en los Willis'Rooms, durante el invierno de 1888 á 89, publicadas después bajo la dirección de Bernardo Shaw, con el título de *Fabian Essays of Socialism*, cuya primera edición, de mil ejemplares, fué vendida a cuatro chelines y seis peniques, y la de 1908, de diez mil ejemplares, a seis peniques, se vendió en un año. El público pudo enterarse entonces de lo que era el socialismo, y con la publicación de los *Ensayos* se cerró la primera etapa recorrida por la sociedad. En la actualidad, la Fabian Society cuenta con mil trescientos miembros residentes en Londres, y otros tantos en el resto del país y en el extranjero, con cuarenta sociedades locales y varias asociaciones especiales en las uuiversidades de Oxford, Cambridge, Londres, etc. Nunca ha tratado de reclutar gran número de adhesiones, y hasta en el comienzo, sobre todo, ha dificultado bastante la adhesión de aspirantes. La regla es que que el padrino del pretendiente garantice que éste, en el momento de la elección, goce de todas sus facultades intelectuales. Una vez ocurrió que una señora, cuya candidatura había sido rechazada porque no satisfacía aquella condición, escribió al comité una carta indignada; reunida la asamblea, el padrino empezó por declarar que no era absolutamente exacto que su apadrinada hubiera roto un palo sobre las espaldas de su cochero. Ningún pretendiente puede ser admitido si no afirma su fe en el socialismo firmando la «declaración de principios». Después paga una cotización, en relación con sus medios (se aconseja fijarla en un medio por ciento de la renta personal), y recibe las *Fabian News*, publicación mensual con noticias que interesan a

los fabianos, y todos los folletos nuevos, de los que se han publecado ya 152. Webb ha calculado que entre el momento en que la sociedad preconiza en sus folletos una reforma, por ejemplo, la de las pensiones de vejez, y el en que la ley es definitivamente votada por la Cámara de los Lores, se pasan, por término medio, diez y nueve años. Hoy se han acortado estos términos.

El nuevo miembro puede también juntarse a un grupo. Si se trata de una mujer, puede afiliarse al grupo de las mujeres; si es joven, puede formar parte de la *Fabian Nursery*. Dos veces al mes, de Junio a Octubre, el fabiano puede asistir a las reuniones de conferencias, y durante las vacaciones puede formar parte de la escuela fabiana creada cerca de Arlech, en la costa de Gales. Allí encuentra de 80 a 100 fabianos que asisten a conferencias de política y de socialismo, gozando al mismo tiempo de las bellezas del mar y de las montañas.

HISTORIA

El itinerario de los argonautas, según el poema de Apolonio de Rodas.—Tres siglos antes de Jesucristo, bajo el reinado de Ptolomeo Evergetes, escribió Apolonio de Rodas su poema sobre el viaje de Jason al Jardín de las Hespérides, en busca del vellocino de oro. Francisco Nion, en la *Revue Hebdomadaire,* estudia este itinerario, que ha sido desde antiguo un problema de Geografía histórica de los que más han ocupado a los eruditos. La expedición, mandada por Jason, fué el primer viaje de descubrimiento conocido; la primera ofensiva de los griegos, representantes de Europa, contra sus vecinos de Asi, y puede considerarse como origen y causa primera de la guerra de Troya, pues el rapto de Elena, aunque llevado a cabo dos generaciones después, se estima como el desquite del rapto de Medea. En los albores de la Historia, se ve ya aparecer el esfuerzo instintivo que impulsa al Occidente con-

tra el Oriente, y que más tarde prudujo las expediciones de Alejandro y las Cruzadas, y más adelante producirá Dios sabe qué expediciones contra los chinos y los japoneses para librarnos del peligro amarillo, no inferior al peligro de los Jerjes, de los Mahomas, de los Atilas y de los Tamerlanes, que esta Europa dividida, llena de ambiciones rivales, no acierta a ver con claridad.

El pretexto de la expedición de los argonautas es bien conocido. Etetes, rey de Colquida, poseía un vellocino de oro, colgado de las ramas de un roble, y guardado por un dragón. Jason, joven tesalio a quien un tirano usurpador quería alejar de Yolcos, su patria, recibió la orden de arrebatar y traer a Grecia el magnífico despojo; Jason reunió a los más famosos y bravos guerreros helenos; construyó un navío, llamado *Argos*, que marchaba a la vela y al remo, y se lanzó en la aventura. El punto de partida era Pagases, junto a Yolcos, hoy Volo, en el golfo de Magnesia.

En realidad, se trataba de un viaje de exploración, y de una expedición comercial, vestida por la leyenda con ropaje poético. Los griegos de entonces no conocían más que las orillas del mar Egeo y sus islas; no se atrevían a separarse de las costas, ni menos a penetrar en el temible Ponto Euxino, que llevaba todavía el nombre de *Axino* o inhospitalario, cambiado después por el de *Euxino* u hospitalario, como se cambió el cabo de las Tormentas, en cabo de Buena Esperanza. La fábula del vellón de oro, tiene su explicación en el hecho de que una piel de carnero echada en el río Tasis o en cualquiera de los ríos auríferos de la Cólquida (la Mingrelia actual), arrastraba pajitas de oro, llevando así a quien lo encontrara, la noticia de la existencia de arenas auríferas. Aparte de estas riquezas, la Cólquida era una especie de depósito de las mercancías de la India, que del mar Caspio remontaban el río Cyrus, hoy Cur, desde donde, tras un recorrido de cinco días, eran reembarcadas en un afluente del Tasis, y llevadas por él al mar Negro. La expedición de Jason abrió la vía del Bósforo a

los marinos helenos, que fundaron colonias en sus costas, y que acapararon el comercio de aquellas regiones.

Construído y equipado *Argos*, los navegantes se lanzan a la expedición y siguen el litoral, descansando por la noche en tierra; pronto, sin embargo, se envalentonan y se lanzan a través del Archipiélago, abordando en el puerto de Lemnos. Allí hubieran podido quedarse perfectamente, pues las mujeres de la isla se habían quedado todas viudas por el sencillo procedimiento de haber degollado a sus maridos, y acogieron a los expedicionarios muy favorablemente; pero a Jason y a los suyos les debió hacer poca gracia aquel sistema de viudez, y siguieron su camino, tocando en Samotracia, cortando hacia el Quersoneso de Tracia, atravesando en una noche el Helesponto, y desembarcando en la Propóntida, hoy mar de Mármara. Allí habitaban los bebryces, cuyo rey Amycus provoca a los argonautas al combate del cesto. Polus acepta el desafío. Leyendo el relato de Apolonio, se creería leer una gacetilla de periódico, dando cuenta de un boxeo: los dos adversarios se golpean con furia mejillas y mandíbulas, y hacen rechinar los dientes con sus puñetazos; Amycus, irguiéndose sobre la punta de los pies, levanta enfurecido su temible brazo; Polus inclina la cabeza, evita diestramente el golpe, que no hace más que desflorar su hombro, y asesta a su enemigo una formidable puñada en las sienes; Amycus cae de rodillas, y expira.

Las aventuras fabulosas empiezan al pasar del mar de Mármara al mar Negro, en el sitio en que hoy se halla Constantinopla; a la entrada del Ponto Euxino estaban las rocas Cyaneas, dos escollos legendarios que se separaban al acercarse un barco, y dejándole pasar, se cerraban bruscamente sobre él, aplastándolo. Por consejo de un adivino, los navegantes, antes de intentar el paso, soltaron una paloma; el ave franqueó el obstáculo, dejando únicamente la extremidad de la cola entre las rocas; los griegos se lanzaron tras ella, haciendo fuerza de remos entre los escollos, que se separaron de nuevo, y que el *Argos* cruzó como una flecha, viéndose intacto al otro lado

del estrecho, sin que desde entonces volvieran a moverse las Cyaeas.

Llegados a las costas de Bitinia, descubren la desembocadura del Sanguino, hoy Sacaria, y doblan el cabo de Aquerusia, donde había una caverna que pasaba por ser una de las entradas del infierno. Bien recibidos por los mariandimios, rivales de los bebryces, siguen su ruta a lo largo de la ribera pantanosa, y bordean la tumba de Steneleo; tocan en Sinope, en el país de los kalybes, «siempre cubiertos de hollín y de humo», y saludan a los tibasenios, unos sibaritas originales que, después de dar a luz sus mujeres, lanzaban gritos agudos, se metían en la cama, se envolvían la cabeza y se hacían alimentar delicadamente y preparar baños por sus esposas; más allá ven alzarse en el horizonte la cima del Cáucaso, donde Prometeo expía su pecado bajo el pico ensangrentado del buitre, y llegan al final del Ponto Euxino, término de su viaje; remontan el Tasis, y en su desembocadura encuentran la ciudad de Ala, envuelta en un pantano de espesos juncos, donde se oculta el barco: allí vivía Etetes, y allí estaba el vellocino de oro.

Jason, dejando a sus compañeros acampados en el pantano, marcha a la ciudad con dos naturales del país, reclutados en el camino, llevando en alto un caduceo, para indicar que viene como comerciante y no como enemigo. Atraviesan una gran llanura, plantada de sauces y de tamarindos, de los que están colgados cadáveres encerrados en pieles de buey, costumbre que todavía subsiste hoy entre los indios de América. El atrevido aventurero penetra en el palacio del rey, y en seguida conquista a una de las hijas de Etetes, Medea, encantada con aquel griego de cabellos rubios y ensortijados, tan distinto de los hombres de piel atezada que está acostumbrada á ver. Para adquirir el vellocino, Jason se ofrece ante todo como soldado mercenario, pronto a combatir a los enemigos del príncipe, y a someterlos a su imperio. Este acepta, pero quiere que antes Jason le demuestre su fuerza; aquí entra la fábula de los toros de pies de bronce que hay que sujetar bajo el

yugo para hacerles labrar y sembrar los dientes del dragón, de los que nacen gigantes armados. El fondo de estas leyendas es que Jason fué sometido a rudas pruebas, de las que salió airoso, gracias al auxilio de Medea. La hija de Etetes, temiendo la justa cólera de su padre, y dominada por su pasión, se resuelve a huir, y gracias a ella, el vellocino queda en manos de los griegos. Etetes y su pueblo corren tras *Argos*, pero éste es un buen velero, y con viento favorable escapa de sus enemigos.

Toda esta acción está llena de apariciones e intervenciones divinas: Juno y Minerva suplican a Venus que por su hijo Cupido inspire a Medea amor a Jason; pero Venus se queja sencillamente de no tener autoridad sobre el amable niño. «Ayer mismo, les dice, no pudiendo soportar sus bribonadas, quise romper su arco y sus flechas; se puso furioso y hasta llegó á decirme que pronto me haría arrepentir de mi audacia.» Como éste se encuentran en el relato de Apolonio multitud de cuadros mitológicos y dramáticos.

El regreso de los argonautas no es la parte menos extraordinaria del viaje. Un oráculo ha mandado a los navegantes que vuelvan por camino distinto. El vellocino de oro es colocado en la popa, y sirve de cama a Medea. Sin nombrar siquiera la Táuride o Crimea, el poema de Apolonio nos lleva a la desembocadura del Danubio o Ister, que es un extraño río que de un lado desemboca en el mar Negro, y de otro en... ¡el Adriático!, en la Istria actual. La confusión aumenta cuando Apolonia transporta a sus héroes hasta las islas de Hieres, después de haberles hecho remontar el Ródano por el Po. Apolonio considera el Rhin, el Ródano y el Po como ramas de un solo y mismo río; vagan después por los lagos del país de los celtas, los lagos suízos, corriendo el riesgo de caer en el Océano, de donde no hubieran vuelto nunca, y saliendo al fin al Mediterráneo, donde, a través de mil aventuras, encuentran el camino de su patria.

*
* *

Las víctimas del libro.—Alberto Cim se ha entretenido en reunir los nombres más conocidos de los amantes del libro que han muerto por él o para él, consagrándoles un artículo en *La Revue*, de París. Bueno es notar, ante todo, que gran número de bibliófilos y eruditos han muerto de más de ochenta años, como si el culto de los libros fuese un elíxir de larga vida. Sólo entre los octogenarios del siglo pasado y del presente, pueden citarse a Palissot de Montenoy (1730-1814), que fué administrador de la biblioteca Mazarina; el príncipe de Ligne (1734-1814); el académico Suard (1732-1817); los libreros Guillermo de Bure (1734-1820) y Juan Francisco de Bure (1741-1825); Gœthe (1749-1840); el helenista Coray (1748 1833); Sièyès (1748-1836); el vizconde de Bonald (1754-1840); Gabriel Peignot, uno de los creadores de la ciencia bibliográfica (1767-1849); Walckenaer (1771-1852); el conde de Corbière (1767-1853); Tenant de Latour (1779-1862); Jacobo-Carlos Brunet (1780-1867); el académico Villemain (1790-1870); Guizot (1787-1874), y Thiers (1797-1877); el doctor L.-A. Fée (1789-1874); Federico Díez (1794-1876); el gramático B. Jullien (1798 1881); Littré (1801-1881); A. de Quatrefages (1810 1892); Pedro Gustavo Brunet (1805-1896); Luis Lalanne (1815-1898); Eugenio Noel, bibliotecario de la ciudad de Rouen (1816-1899); Carlos Lévêque (1818-1900); Ernesto Legouvé (1807-1903); Gaston Boissier (1823-1908); Leopoldo Delisle (1826-1910); Francisco Ferciaul, actual decano de la Sociedad de literatos de Francia, nacido el 25 de Junio de 1814, etc.

La más antigua víctima del libro, es el filósofo, geógrafo y matemático griego Eratóstenes (276-196 a. d. J. C.), llevado de Atenas a Alejandría por Tolomeo Evergetes, para dirigir la famosa biblioteca de la ciudad egipcia; ciego en su vejez, Eratóstenes prefirió la muerte a la ceguera que le privaba del placer de la lectura, y se dejó morir de hambre. Por motivos análogos, se han suicidado en nuestros días: Carlos Didier (1805-64), autor de *Roma subterránea*, *Un año en España*, *Quinientas leguas sobre el Nilo*, *Los amores de Italia*, *Las noches del*

Cairo, etc., fino y brillante decidor, que se pegó un tiro por no poder soportar la pérdida de su vista; el sabio orientalista Estanislao Guyard (1846-84), que, imposibilitado de trabajar en sus estudios por una enfermedad, prefirió la muerte al descanso forzoso; el célebre naturalista y explorador alemán Emilio Bessels (1847-87), que, habiendo perdido en un naufragio sus colecciones, y en un incendio su biblioteca y manuscritos, no pudo consolarse de tan terribles golpes, y se dió la muerte. El príncipe Napoleón Camerata, primo de Napoleón III, que se mató de un pistoletazo por haber tenido que vender sus libros, aunque, según las Memorias de la Sra. Judith, la causa del suicidio fué el haber sufrido grandes pérdidas en la Bolsa, y carecer de medios para sostener a una pequeña actriz del Gimnasio, llamada Marta, con quien se quería casar, y a cuyo matrimonio se oponía toda la familia, que para impedirlo había cortado los víveres al príncipe. El bibliófilo americano Bryan, que había regalado a la biblioteca del Arsenal una colección de 150 volúmenes magníficos, entre ellos el célebre *Pablo y Virginia,* de Curmer, y *Nuestra Señora de París*, que habían pertenecido a la biblioteca de Julio Janin, ricamente encuadernados; un día, un señor anciano, de aspecto pobre, se presenta en dicha biblioteca; era Bryan, que manifiesta al administrador humildemente su deseo de volver a ver sus libros; le ponen ante sus magníficos volúmenes, y hojeándolos los miraba de tal modo, que hizo temer si pensaría en recuperarlos; Bryan se alejó tranquilamente, y dos días más tarde se supo que se había matado.

Pasando ahora a las víctimas, propiamente dichas, del libro, y prescindiendo de las víctimas indirectas, como Juan Huss y Vanini, mártires de sus ideas; Regio montano, asesinado en Italia por los hijos del traductor Jorge de Trebisonda, por haber descubierto algunas faltas de traducción; el rey Carlos IX, a quien una leyenda hace morir envenenado por hojear un libro; Condorcet, descubierto por un tomito de Horacio, y guillotinado; el librero de Nuremberg, Juan Felipe

Palm, fusilado en 1806 por haber distribuído un folleto contra Napoleón, etc., etc., pueden contarse los siguientes:

El sabio abate Goujet (1697-767), que murió del disgusto que le produjo el ver en otras manos, por haberlos vendido, los 10.000 volúmenes de su biblioteca. «Quien quiera conocer de un golpe todas las miserias de aquí abajo, han dicho José Scalígero y Julio Janin, que venda sus libros.»

El filólogo y helenista Ricardo Brunck (1729-803), obligado por reveses de fortuna a deshacerse de su biblioteca, e inconsolable por la pérdida de sus adorados libros, que murió poco después de la última venta, llorando cada vez que en su presencia se citaba algún autor de los que había poseído.

Un antiguo cura de San Luis de la Isla, muerto de dolor por haber tenido que vender la magnífica colección de obras sobre la Historia de París, que tantos años le había costado reunir; la biblioteca del abate Bossuet (1806-88), que éste era su nombre, vendida en 80.000 francos, estaba estimada en mucho más.

El conde Enrique de la Bedoyère empleó los ocios de su retiro en recoger durante veinte años una colección de libros y estampas relativos a la Revolución francesa; al cabo de ese tiempo, se siente cansado, y pone en venta su colección; pero apenas vendida, siente remordimientos, y quiere a toda costa recuperarla, logrando reconstituirla a costa de tantos sacrificios y disgustos, que al fin le ocasionan la muerte.

El docto médico Santiago Goupil, profesor de Botánica de París, cuya biblioteca fué saqueada durante los trastornos de la Liga, haciéndole morir de desesperación en 1564.

Durante el saqueo del Arzobispado, en 1831, del que el mismo Luis Blanc ha dicho que «lo que se perdió para el arte y para la ciencia en aquel día de locura es incalculable», el publicista y librero Colnet du Ravel vió flotar en el Sena los libros que en otro tiempo había ordenado, y cuyo catálogo había redactado por encargo del cardenal Fesch. Tal fué su pena, que llorando, y herido en el corazón, volvió a su casa para no salir de ella sino en su féretro.

El sabio italiano Urceo (1446-1500), después de haber trabajado en su biblioteca una noche, salió sin apagar la lámpara; el fuego prendió sus papeles y consumió cuanto había en su cuarto; Urceo quiso precipitarse en las llamas para salvar sus libros; pero, espantado por el fuego, huyó y anduvo errante por un bosque durante veinticuatro horas; cuando el hambre le trajo a la ciudad, se refugió en casa de un ebanista, donde vivió medio loco durante seis meses, solo y sin libros.

El marqués de Chalavre se había encaprichado en adquirir un volumen, no sólo inhallable, sino que no existía, pues se trataba de una Biblia que en un momento de buen humor había inventado Carlos Nodier; el marqués murió de desesperación por no poder realizar su sueño. Este marqués legó su biblioteca a la señorita Mars, la actriz, que era poco aficionada a leer, y que encargó a su amigo Merlin que clasificara y vendiera los libros del difunto. Merlin cumplió el encargo tan a conciencia, revisando hoja por hoja cada volumen, que un día entró en la habitación de la señorita Mars, con treinta o cuarenta billetes de 1.000 francos.—«¿Qué es eso, Merlin?—preguntó la Mars.—No sé, señorita.—¿Cómo que no sabe usted, si son billetes de Banco?—Sin duda.—¿Dónde los ha encontrado usted?—Pues en una cartera hecha en el forro de una Biblia muy rara. Como la Biblia es de usted, los billetes de Banco también lo son.» La Mars tomó los billetes e hizo aceptar a Merlin la Biblia; pero los libros del marqués no se libraron de ser vendidos en pública subasta.

Otro grupo de víctimas del libro lo forman los bibliófilos o sabios muertos por accidentes causados por sus libros, como el astrónomo y matemático alemán Juan Stœffler (1472-531); convencido, por el estudio de su tema de nacimiento, que había de morir en determinada fecha, al choque de un cuerpo que le había de caer en la cabeza, invitó a varios amigos aquel día para que le acompañasen, y se encerró en su casa; se habla, se discute, y para cortar la discusión, Stœffler saca un libro de su biblioteca; pero el estante, mal sujeto, vacila y se le viene en-

cima del cráneo con todas sus filas de pesados libros, ocasionándole la muerte pocos días después.

El padre Carmelita Luis Jacobo de Saint-Charles (1608-70), bibliotecario del Cardenal de Retz, y luego del presidente de Harlay, al subir a lo alto de una escalera para alcanzar un libro, se cayó, muriendo de las consecuencias de la caída. La misma suerte sufrieron el célebre organista y compositor inglés Samuel Arnold (1740-1802); el sabio helenista Coray (1748-1833); el bibliógrafo sajón Federico Adolfo Ebert (1791-1834); el famoso bibliófilo español marqués de Morante; el erudito Rovert; el doctor Robinet (1825-99); el abate Pierrfitte, historiador del clero borgiano; el poeta dramático alemán Gutzkow (1811-78), muerto en un incendio que produjo estando leyendo en su biblioteca; y el famoso historiador Teodoro Mommsem (1817-1903), que prendió fuego con una bujía a sus largos cabellos blancos, al penetrar en su estudio, muriendo de las consecuencias de sus quemaduras.

Al mismo grupo pertenece también el famoso Antonio María Enrique Boulard (1754-825), el más maniático buscalibros que jamás se haya visto, que había llenado con ellos, desde la bodega hasta las buhardillas, ocho de sus casas de París, amontonando en ellas 600.000 volúmenes; la víspera del día en que iba á comprar la novena casa para sus tesoros, cargó de tal modo los enormes bolsillos de su monstruosa hopalanda, que ningún coche quiso admitirlo, y tuvo que volver a su casa jadeante y sudoroso después de una larguísima caminata. Quisieron impedirle que bajara él mismo a la bodega a colocar sus últimas adquisiciones; pero no quiso escuchar a nadie, y cogió una pleuresía de la que murió.

Otra especie de víctimas son los que han acortado su vida a fuerza de estudiar ó de sufrir privaciones, para conservar o enriquecer sus bibliotecas. Adriano Baillet (1649-706), concentró toda su existencia en sus libros e investigaciones; apenas dormía algunas horas, muchas veces vestido, no salía nunca, y para no perder tiempo, no hacía más que una comida; el exceso

de trabajo y la austeridad del régimen minaron su existencia.

El célebre orientalista Anquetil-Duperron (1731-805), traductor del *Zend-Avesta* y creador de los estudios asiáticos en Europa, había reducido sus necesidades a lo más estricto, viviendo de pan y de leche, privándose de fuego en el invierno, sin colchones y hasta sin sábanas; cuando salía, le tomaban por un mendigo y le ofrecían limosna; al reorganizarse el Instituto, Anquetil fué nombrado para el mismo; pero siempre rebelde al aparato y a los honores, no tardó en dimitir, muriendo poco después. «Voy a partir para un viaje, dijo, mucho más largo que todos los que he hecho; pero no sé dónde llegaré.»

El heroico Lauwers se sometía a las más duras privaciones por aumentar su rica biblioteca. La muerte le sorprendió con las miradas fijas en sus queridas colecciones, de las que no había querido quitar el menor volumen para cambiarlo por un pedazo de pan.

El bibliófilo belga Van Hultem (1764-1832) murió gloriosamente sobre un montón de libros, herido por un ataque de apoplejía.

El bibliófilo irlandés Walter Fourgon se había establecido en París, ocupando un cuarto bastante grande en la calle Bailleul, número 12; con él no vivía nadie; llevaba siempre el mismo traje, y todos los días volvía cargado de paquetes de libros; era, en efecto, un bibliómano rabioso, y por aumentar su colección se imponía las más duras privaciones. Un día sus discípulos se encontraron con la puerta cerrada, sin que nadie respondiera y sin que el portero hubiera visto salir al irlandés; avisada la policía, se abrió el cuarto y se encontró a Fourgon tendido sobre un montón de libros en medio de la habitación; hecha la autopsia, resultó que Fourgon había muerto de hambre, pues solo vivía de pan mojado en agua tibia; tenía más de 40.000 volúmenes, algunos de gran valor. Con ligeras variantes, esta es la historia del erudito filólogo Alejandro Timoni, del sabio húngaro Montelli, del bibliófilo Chenu, del profesor ginebrino Eusebio Gaullieur, etc.

El fin del filósofo cartesiano católico-liberal Bordas-Demoulin (1798-859), merece especial mención. Descuidado en cuanto a la vida material, Bordas hubiera muerto literalmente de hambre muchas veces a no ser por sus amigos. Días enteros se quedaba en la cama por no poderse tener de debilidad, y siempre se le veía mal vestido y calzado con zapatos viejos de desecho, siempre olvidado de su miseria. La víspera del día en que se metió en la cama para no levantarse ya, había bajado de su buhardilla para comprar con los últimos cuartos que le quedaban su frugal desayuno; pero pasa por una librería de viejo, y ve un folleto que le interesa. Si lo compra, se queda sin comer, sin nada... Bordas no vacila ni un instante: compra el folleto y vuelve tranquilamente a su buhardilla, de donde sale para el hospital y para el cementerio. Esta muerte inspiró á Proudhon una hermosa carta, en la que confiesa haber llorado y haberse reconocido en la vida de Bordas, aunque nunca hubiera llevado el martirio a grado tan sublime. Proudhon, en efecto, puede pasar también como víctima del trabajo intelectual.

También pueden agregarse a la lista de los apasionados del libro, Antonio Magliabecchi (1633-714), uno de los tipos más curiosos de bibliófilos y sabios, que vivía mezquinamente en medio de los tesoros de su biblioteca de Florencia; el prelado polaco José Andrés Zaluski (1701-74), que consagró toda su fortuna a reunir una biblioteca de 200.000 volúmenes, saqueada por los rusos en 1795; Kasciusko (1746-817), el gran patriota polaco, que desde estudiante demostraba su celo y su energía, metiendo los pies por la noche en agua fría para combatir el sueño, para prolongar sus horas de estudio; para levantarse luego a las tres de la mañana se ataba una cuerda al brazo, y el vigilante de noche tiraba de ella para despertarle.

También Napoleón I tiene derecho a figurar en esta lista. Con referencia a un libro de Carlota Desor *(Napoleón en Bélgica y Holanda, 1811)*, Federico Masson refiere este hecho, contado por Napoleón mismo: «¿Sabéis, dice, cómo me las arre-

glaba para pagar la pensión de mi hermano? No poniendo nunca los pies en el café ni en la sociedad, comiendo pan seco para mi desayuno y limpiando yo mismo mi ropa. Vivía como un oso, solo, en mi cuartito, con mis libros, mis únicos amigos entonces. Y para proporcionarme esos libros, ¡con qué duras economías sobre lo necesario compraba yo aquel poder! Cuando a fuerza de abstinencias había reunido dos o tres escudos de seis libras me encaminaba, con alegría de niño, hacia la tienda de un librero de viejo que vivía junto al Obispado. Frecuentemente iba a visitar sus estantes, cometiendo el pecado de envidia, pues pasaba mucho tiempo deseando antes de que mi bolsa me permitiese comprar.»

Otro ilustre patriota polaco, el historiador, bibliógrafo y numismático Joaquín Lelewel (1786-861), desterrado de su país y refugiado en Bruselas, en un pobre cuarto de la calle Eperonmiers, Lelewel, a pesar de su miseria, era tan digno y tan susceptible, que no hubiera consentido que nadie le socorriera. Durante un invierno excesivamente riguroso, la colonia polaca de Bruselas se conmovió ante la idea de que hombre de tanto valer se viese obligado a trabajar en una habitación no caldeada, pues Lelewel no tenía con qué comprar combustible; para socorrerlo sin ofenderlo, unos jóvenes polacos alquilaron el cuarto contiguo, y le rogaron que les permitiera pasar por su habitación el tubo, por ser necesario para el buen funcionamiento de la chimenea, que necesitaban colocar en su habitación, pidiéndole mil perdones por la molestia, y manifestándole que sólo se habían atrevido a pedirle este favor por tratarse de un compatriota. Lelewel accedió a la petición, y gracias a esta combinación pudo tener un cuarto abrigado.

Entre los muertos en medio de sus libros, de muerte natural, hay que citar en primer término al Petrarca (1304-74): sus criados se asombraban de no verle salir de su biblioteca; entraron y le hallaron sentado con un libro en la mano. Creyeron que dormía, pero no,

Con su *Virgilio* abierto murió el dulce Petrarca.

El filósofo siciliano del siglo XVI Antonio Flaminio, gustaba tanto de la soledad, que no hablaba con nadie, y vivía sin criado ni criada; compraba su alimento en una posada de la vecindad, y como se hubieran pasado tres días sin adquirirlo, el posadero, inquieto, entró por una ventana en el cuarto del sabio, y le halló muerto en medio de sus libros.

El coleccionista Motteley, enemigo de visitas, y que se negaba a hacer en su casa las reparaciones más urgentes, por temor de que el polvo estropeara sus libros, murió entre ellos en 1850, legando al Louvre sus valiosas colecciones, dejando apenas la suma suficiente para que le pudieran enterrar.

El periodista Armando Bertin (1801-54), director de los *Debates*, se extinguió también en su biblioteca, poco después de la muerte de su mujer. Moribundo ya, se hizo transportar a su biblioteca, cogió el libro favorito de su compañera difunta, y mientras lo contemplaba hojeándolo, llegó la muerte y le cerró los ojos.

Puede cerrarse esta lista, base para un trabajo más completo, con los nombres, famosos en el comercio de la librería, de los dos Brunet, Jacobo-Carlos (1780-876), el autor del *Manual del librero*, y Pedro Gustavo (1805-96), el bibliógrafo bordelés, muertos ambos en su propio reino, en medio de sus libros.

LITERATURA

La Estética naturalista y la Estética realista. — Zola estimaba que las facultades del crítico tienden a confundirse hoy con las del novelista. Cuando Taine estudia a Balzac, hace exactamente lo mismo que Balzac cuando estudia, por ejemplo, al P. Grandet; el crítico opera sobre un escritor para conocer sus obras, como el novelista opera sobre un personaje para conocer sus actos. Taine es un crítico naturalista, y Zola aprueba mucho su método; pero nunca ha llegado a comprender cómo Taine, por su parte, no aprobaba sus novelas; no se

explicaba que se pudiera ser a la vez naturalista en crítica e idealista en arte. De hecho, sin embargo, como dice Carlos Laló en la *Revue Bleue*, Taine no tenía ningún gusto en pintura por Manet o Cezanne, los grandes amigos de Zola, ni en literatura por Zola mismo, ni por ese realismo francés que Guyot ha propuesto llamar trivialismo. Todas sus preferencias, entre las literaturas contemporáneas, las tenía el realismo inglés, tan sospechoso de idealismo sentimental de Dickens, Thackeray y Jorge Elliot; y en las artes plásticas, a los flamencos soberbios de elocuente trivialidad, prefiere los venecianos, más nobles; a éstos, los florentinos, más puros, y a éstos últimos, en fin, los griegos, más idealistas todavía. ¿Cómo comprender esta asombrosa divergencia entre los gustos personales y los principios de la crítica en un pensador como Taine? Tal es el problema que Laló plantea.

Toda crítica de arte, o toda crítica positiva, se propone tres grandes groblemas: Primero. ¿Hay en el arte valores estéticos que estimar, o solamente hechos que consignar? Es el problema discutido entre el normativismo y el especulativismo. Segundo. Si hay tales valores, ¿son generales o individuales, objetivos o subjetivos? Es el problema del dogmatismo. Tercero. Estos valores ¿son propios del arte o tomados por él de otras formas más profundas de la actividad humana como la moralidad, la vida económica o la religiosa? Es el problema del arte por el arte y del arte moral, social, religioso o utilitario. De aquí, que las reconvenciones al método de Taine se reduzcan de ordinario a tres: Tiende a explicar sin juzgar; se aplica a las generalidades, no a las individualidades; procede por consideraciones anestéticas. Realmente, el método de Taine no es tan estrecho: impregnado del espíritu hegeliano, trata de dar a cada momento del pensamiento su puesto legítimo en el desarrollo íntimo y armonioso de la reflexión humana.

Por una reacción, quizá exagerada, contra los antiguos procedimientos de la retórica, Taine se ha esforzado, ante todo, en reducir la estética a un análisis puramente explicativo, es-

perando que se hiciera un análisis más científico. Desde este punto de vista, una obra es un producto natural, como otro cualquiera. Esta ausencia, provisional por lo menos, de toda escala de valores estéticos, se impone más todavía por paradoja, desde el punto de vista del ideal en el arte. «¿Se puede descubrir un principio de subordinación que asigne rangos a las diversas obras de arte?—pregunta Taine. — De primera intención, está uno tentado a decir que no, que todas las obras de arte están a nivel. Y en efecto, si el objeto se hace ideal sólo por ser conforme a la idea, poco importa la idea; es al arbitrio del artista.» Sin embargo, en cuanto Taine abandona la polémica y recobra la serenidad del verdadero sabio, *juzga*, como sus predecesores, después de haber *explicado*, y toda su reforma se reduce a sacar el juicio de su explicación. «En el mundo imaginario, como en el mundo real—dice—hay rangos diversos porque hay valores diversos. El público y los conocedores asignan los unos, estiman los otros; no otra cosa hemos hecho nosotros mismos, desde hace tres años, al recorrer los cinco siglos de la pintura italiana. Hemos emitido siempre juicios a cada paso. Sin saberlo, teníamos entre manos un instrumento de medida.» «Mi análisis previo, dice en una de sus cartas a Bourget, es siempre rigorosamente determinista, y mi conclusión final es rigorosamente judicial.» ¿Es contradicción del sistema? ¿Es una segunda manera del pensador, viejo y maduro por la experiencia? No; son dos fases necesarias del pensamiento, una jerarquía de momentos o de puntos de vista, cada cual con su valor propio, hasta cuando aparecen en contradicción, muy corriente en el método hegeliano.

En cuanto a la generalidad de los valores estéticos, el método de Taine, sin contradecirse, se desarrolla también en dos *momentos* sucesivos que se completan mutuamente: el de las generalidades y el de las individualidades. La crítica naturalista toma por primer objeto las condiciones generales de un arte, de una escuela, de un artista o de una obra. Esta parte del método ofrece el simple carácter de ser esencialmente in-

ductivo, luego mecánico, y por último, exterior al arte o anestético. Es exterior a las obras o artistas que quiere explicar o juzgar, porque está sacada de los tres célebres factores generales, «la raza, el medio y el momento». Esa acción exterior es completamente mecánica. Factores tan complejos no pueden obtenerse sino por una lenta observación de los hechos, que viene a dar a una ley inductiva. «Esta ley, según Taine, puede expresarse así: La obra de arte está determinada por un conjunto que es el estado general del espíritu y de las costumbres circundantes. Así, los caracteres generales de la raza romana, o anglosajona, explican las propiedades generales de la literatura latina o inglesa, y la corte de Luis XIV constituye toda la tragedia francesa.»

Pero si el método de Taine se atuviese a este primer momento, caería bajo la reconvención que de ordinario se le dirige. Daría cuenta de las generalidades vulgares y de las obras medianas; pero no de las individualidades geniales, creadoras y por definición excepcionales; pero esas, precisamente, son las que constituyen el único objeto interesante de la crítica o de la estética. Para llegar a ese nuevo fin, Taine cambia completamente de actitud; coge la fórmula esencial de la *facultad soberana,* el *carácter dominador* al que todos los demás se subordinan, y procede por deducción para sacar de la ley encontrada todas las consecuencias que contiene. La crítica de las condiciones generales se desarrolla por inducción, y de fuera a dentro; la crítica de las individualidades va de dentro a fuera y opera por deducción; ambas se completan sin contradecirse.

En cuanto al tercer problema del arte por el arte, la doctrina de Taine parte de un naturalismo estrecho; pero para ir más allá. Las tendencias naturalistas del sistema inclinan a subordinar el arte a la ciencia, y los hechos estéticos a los demás hechos naturales. El arte, en tal caso, no es ya un fin en sí, sino un medio para otros fines. Por de pronto, entre los tres grandes factores de toda producción artística, dos son co-

munes a toda actividad humana: la raza y el medio, no peculiares de la evolución estética, sino propios de toda evolución humana. Por otra parte, «la obra de arte—dice Taine,—tiene por objeto manifestar algún carácter esencial o saliente, que lleva alguna idea importante con más claridad y más completamente que los objetos reales». ¿Y qué otra misión tiene la ciencia sino manifestar lo esencial de cada cosa para distinguirla de las demás? Ahora bien; lo esencial para el botánico, no es lo esencial para el paisajista: para el primero, por ejemplo, el número de estambres de una flor es capital, y el color de los pétalos completamente secundario; para los pintores es al revés.

De aquí que de esta definición y de esos factores esenciales se saca una escala de valores naturales y científicos, y hasta morales y sociales si se quiere; pero no una escala de valores de arte propiamente dicha. Taine da tres criterios principales: «la importancia, la eficacia y la convergencia de los efectos». Pero esto se aplica lo mismo a las artes políticas o caritativas que a los cuadros o sinfonías; determinan lo que es grande, sano o normal en cada cosa; pero no lo que es bello. El mismo Taine lo reconoce al decir que «a esta escala de valores morales corresponde, escalón por escalón, la escala de los valores literarios». «La concordancia, añade, es, pues, completa, y los caracteres traen consigo en la obra de arte el valor que tiene ya en la naturaleza.» Pero ¿qué valor: económico, social, higiénico o estético? Taine los confunde, o más bien hace del valor estético una resultante de todos los demás. Y aquí estamos frente al criterio de belleza de todos los que podemos llamar *ascetas,* sabios, cristianos o socialistas—que han subordinado el ideal estético a fines que le son extraños.—Oid a Agusto Comte, a Tolstoi o a Prudhon: el retrato de un golfo o la representación de una pasión culpable, es una cosa fea, siendo el valor del modelo medida de sus obras.

Nada tan nefasto para el crítico o el artista como estas composiciones de todos los valores. «El vestido, dice Taine, es

un exterior y una decoración.» «—Bueno, contesta Laforgue; pero ese exterior me importa á mí, pintor, tanto como vuestro interior a vos, psicólogo.» Por eso Taine no podía quedarse en esto; a su crítica naturalista, superpone, sin confesarlo nunca claramente, una crítica técnica en la que triunfa el arte por el arte. Al lado de la raza y del medio, que son anestéticos, según Lalo (mejor sería decir que son humanos, por afectar a todas las manifestaciones de nuestra actividad), aparece el *momento,* como propiamente estético; pues, como dicen Brunetière y Lanson, sólo designa «la influencia de las obras en las obras»; no la evolución general de la sociedad, con sus cambios en costumbres políticas, familiares o religiosas. Así se explica Enrípides, por Esquilo; Claudiano, por Lucrecio; Voltaire trágico, por Corneille; el Guido, por Vinci. Del mismo modo, la *convergencia de los efectos* se refiere ante todo a los efectos técnicos, que sólo se encuentran en el arte. La intervención de estos dos datos internos y específicos, trastorna todas las demás fuerzas del método; los elementos técnicos no son secundarios, sino fundamentales: «Un cuadro, dice Taine, es una superficie coloreada, en la que los diversos tonos y grados de luz están repartidos con cierta elección: he ahí su *sér íntimo;* que esos tonos y esos grados de luz formen luego figuras, paños, arquitecturas, es para ellos una propiedad ulterior, que no impide a su propiedad primitiva tener toda su importancia y todos sus derechos.» Y entonces, ¿qué importan el medio, la raza, la eficacia y todo lo demás? Un pintor pinta mejor que otro, y he ahí todo el aparato científico de explicación y de juicio trastornado y anulado por ese nuevo factor, la técnica, elemento propio del arte, en virtud del cual se juzga el arte por sí mismo, y no por la moral, la ciencia o la sociedad. Es una crítica técnica y propiamente estética que completa la crítica científica y naturalista, y que explica perfectamente que Taine no sintiera gusto ninguno por Zola, ni por ninguno de los partidarios de la escuela mal llamada realista, que no sólo es *trivialista,* como la llama Guyot, sino *feísta.* El

espíritu aristocrático (en el sentido estrictamente etimológico de la palabra) de Taine, no podrá avenirse con los gustos que por la pintura de los tipos más soeces y de las pinturas más groseras sentía Zola.

PSIQUIATRÍA

Los VAGABUNDOS.—La vagabundería es común a todos los pueblos y a todas las edades; porque, como dice P. Consiglio en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología,* de Buenos Aires, los dos factores principales del fenómeno: las enfermedades nerviosas y mentales de cada período histórico, por una parte, y las condiciones políticas y sociales de cada país, por otra, son, con ligeras variantes, las mismas en todas las naciones. Los vagabundos pueden dividirse en dos grandes grupos: *psicópatas* y *anómalos.* Los primeros son interesantísimos, jurídicamente, por su responsabilidad moral: son los *degenerados migratorios* de Foville, impulsados a vagabundear por sus condiciones anormales permanentes, o subsiguientes a crisis *(viandantes locos* de Tissié). Estos tipos de vagabundos se hallan en todas partes sin carácter especial que los distinga, como no sea su neurosis fundamental; así tenemos los casos de *fugas* o *crisis ambulatorias,* precursivas de los histéricos y epilépticos; los *sonámbulos,* que a veces emigran y hasta desertan en estado de vigilambulismo automático, con apariencias de actividad psíquica o con aspectos mentales y acciones producidas por una nueva personalidad, desdoblada de la ordinaria o normal; los *migratorios perseguidos* en la fase delirante o alucinatoria de la paranoia, que cambian con frecuencia de domicilio y hasta de países, para sustraerse a la acción nociva de supuestos adversarios, llegando en ocasiones, en sus sueños morbosos de grandeza, a convertirse en apóstoles, profetas, reformadores religiosos, sociales y políticos, como ocurre con muchos anarquistas. También se encuentran accesos de automatismo emigratorio en los enfermos de *frenosis maniacodepresiva,* en

el estado de excitación, como desahogo de la expansión centrífuga de sus energías tumultuosas e incongruentes que a veces dan lugar a los tipos *coprolálicos* y *logorreicos*. Otra categoría está formada por muchos imbéciles que vagan por su inestabilidad psíquica y volitiva.

El segundo grupo de vagabundos, el de los *anómalos* o anormales, es el que nos suministra las verdaderas crisis vagabundas de los degenerados, de los psicasténicos, de los insuficientes. Estas crisis se desarrollan súbitamente, sin fin determinado, por la exigencia o el capricho de la variación, por una confusa aspiración de novedad, o como proyección centrífuga de su impotencia íntima. Entre ellos son interesantísimos los *obsesos*, entre los que Consiglio distingue dos clases: los *obsesos ideativos*, cuya mentalidad gira en torno de uno o varios conceptos hasta convertirlos en fanáticos, delincuentes sectarios y agitadores, llegando hasta el heroísmo y el martirio, y los *obsesos emotivos,* que en estado de completa sanidad, son presa de la necesidad irresistible de andar, experimentando ansiedad por la fuerza del impulso y el sentimiento desagradable de impotencia psíquica ante la coerción morbosa; son individuos, como dice Baschide, de visión mental hiperestésica, en los que frecuentemente la obsesión va seguida de crisis cefalálgica, cuya tensión interna rompe la descarga motriz en forma de crisis vagabunda. También entran en esta zona gris de la anormalidad humana, tipos que gozando originariamente de excelentes condiciones de vida, caen inconscientemente por involución precoz cerebral, sin acertar luego a levantarse; tales son los enfermos de *frenastenia hebefrénica o dementia precox* de Kraeplin, y especialmente los *eboides* de Kahlbaum.

La gran masa de los vagabundos, no está, sin embargo, constituída por individuos tan anormales como los descritos, sino por otros cuya anormalidad arranca del estado incompleto y de la escasez real de las energías nerviosas y de la potencialidad psíquica, individuos que, en términos generales, aunque no

exactos, pueden llamarse, con Benedick y Charcot, *neurasténicos,* o mejor, *psicasténicos,* para indicar precisamente esa falta de poder que les hace menos activos, menos completos, menos disciplinados en su conducta, menos aptos, en una palabra, para la vida del grupo colectivo a que pertenecen. Congénita o adquirida tal deficiencia, esos infelices quedan, ordinariamente, a los lados o en el fondo de las grandes corrientes humanas, vencidos en la lucha por la vida, por no tener su sistema nervioso tensión suficiente para reaccionar de modo normal en el disfrute de todos los bienes de la civilización. Son los vencidos de la selección social por la miseria, las necesidades, los placeres, los estímulos tóxicos a que se recurre para espolear el organismo, todo lo cual aumenta el número de los débiles y de los incapaces que se refugian en el suicidio, caen en la locura o se adaptan al parasitismo, la vagancia y la mendicidad.

La génesis social del fenómeno se halla en las condiciones mismas en que se ha desenvuelto la vida social. En los tiempos primitivos el hombre era fatalmente vagabundo; la caverna o la gruta le hospedaba, la caza y los frutos naturales le alimentaban, y él cambiaba de residencia por las exigencias del clima y de la alimentación. En la fase agrícola de la humanidad, que creó la vida sedentaria, la propiedad y el trabajo disciplinado, la vagabundería pasó a ser anormal; biológicamente representaba el atavismo, y tenía sus aspectos útiles como la conservación de algunos residuos ventajosos de la fase anterior (el pastoreo, la caza, etc.), y sobre todo, por ser causa de viajes y descubrimientos, estímulo para el desarrollo de las comunicaciones y del comercio, etc. Esa vagabundería produjo los grandes fenómenos medioevales da las irrupciones bárbaras, y las Cruzadas. En la civilización actual, los bohemios, los refractarios, los amorfos de la civilización moderna, reproducen las condiciones de la vida primitiva en una especie de atavismo psíquico. En la Edad Media, el principio social era inmovilizar al operario mediante la propiedad, la servidumbre de la gleba y los gremios; así tenía asegurada la satisfacción de

todas las necesidades de la vida, siendo muy raro el que hacía, y el que, por carácter independiente o revoltoso, prefería trabajar por sí, convirtiéndose en *outlaw* o *wargus*. Pero si el vagabundo del trabajo era poco frecuente y menos posible el esquirol, no faltaban caminos para que la anomalía del temperamento, y la incapacidad para el trabajo regular y continuo, hallase esa apariencia exterior de ocupación que caracteriza la vagabundería; tales eran las grandes oleadas de emigración, las correrías de las mesnadas aventureras, etc. «Todo suceso servía de pretexto para estas migraciones, como dice Ferrero: la carestía, el terremoto, la peste, los eclipses, las predicciones de los adivinos; pero la verdadera causa interior era el placer por la vida aventurera libre de todo pensamiento, sobre un futuro demasiado lejano; la voluntad de la despreocupación, que afloja el freno de las pasiones, especialmente de la más fuerte de todas, la ociosidad.»

El fenómeno continúa, a pesar de los esfuerzos que se hacen por mejorar las condiciones económicas de la vida, y hasta quizá se ha agravado, porque con la libertad han venido las crisis periódicas de falta de trabajo y de miseria, y la competencia obligada de los *outsiders*, *krumiros* o *esquirols*, que constituyen una verdadera forma de vagabundería funcional. Y de aquí otra distinción en la segunda categoría de vagabundos, que no deja de ser importante, tanto para la profilaxis como para el pronóstico de este caso de patología social: vagabundos *forzosos*, que carecen de trabajo (desocupados), y vagabundos *voluntarios*, que no quieren trabajar.

Como se ve, el vagabundo es producto de una doble serie de causas, que constituyen el factor biológico y el factor social del fenómeno. Sobre la base de una anomalía más o menos marcada de una imperfección del carácter, las causas sociales obran como motivos determinantes de formas y con eficacia distinta, según su complejidad é intensidad, estática o dinámicamente, en los cambios que algunos hechos históricos aportan a la orientación de la vida social; así vemos que en ciertos

períodos de la historia, y coincidiendo con fenómenos que se repiten, la vagabundería se intensifica y se extiende, como en las irrupciones bárbaras, en el proselitismo cristiano, en las Cruzadas, en las guerras de religión y en las expediciones de conquista del Nuevo Mundo. Fundamentalmente, sin embargo, los vagabundos son los débiles de la supervivencia humana, los *degenerados,* como Sergi los define, precipitados del agregado humano, escorias que se encuentran a los lados del camino de los pueblos, seres que sucumben, no por la muerte, sino por acciones torpes, indignas o humillantes, en el ocio, en el crimen, en la depravación.

El vagabundo, en general, como ha demostrado Sergi, sale total o parcialmente de las leyes de la conveniencia, y reproduce fatalmente en todo tiempo y en todo pueblo las dos características primitivas del hombre, conservadas todavía en muchas tribus salvajes: la inercia y la tendencia á la vagancia. Este fenómeno es completamente independiente de las formas de gobierno; pero sus modalidades dependen esencialmente del estado social del país, y en especial de las condiciones del trabajo, lo que demuestra, en resumen, la gran influencia del ambiente social en la producción y desarrollo de la vagabundería.

Si a los vagabundos por enfermedades psíquicas o neuróticas, por anomalías de organización o por desviaciones de la personalidad, añadimos los desocupados forzosos, los emigrantes periódicos, los criminaloides, los inválidos, los mendigos, los reprendidos y los vigilados judicialmente, los licenciados de presidio y los salidos de los hospitales, se verá cómo se forma la enorme corriente de la vagabundería y las relaciones obligadas entre ella y la criminalidad, pues ésta se nutre de la constitución anómala del vagabundo y de las precarias condiciones ecouómicas y políticas de la vida, que engendran la miseria física y moral. No todo vagabundo, sin embargo, es un criminal, sino más bien, como dice Rivier, un débil y un soñador, que aborrece la vida regular, que huye del fastidio de la

uniformidad de la tarea ordinaria, que quiere emociones, aventuras, cambios de vida y ambiente; puede estar inclinado al delito, y lo está seguramente a la criminalidad leve; pero se distingue del verdadero criminal en que carece de la disposición específica para la delincuencia, que, según Lombroso y Ferri, constituye la *neurosis criminal,* y es, por otra parte, una derivación de la criminalidad, como lo es la prostitución, y a veces el suicidio; la vagabundería es una válvula de seguridad para las tendencias antisociales del delincuente.

En Europa abundan los vagabundos, aunque no tanto en unas naciones como en otras, y más bien como mendigos, especialmente en las ciudades. En todos los países existen las tres clases de desarraigados sociales de Sergi: los *pordioseros,* entre los que hay enfermos e ineptos, sedentarios y nómadas; los *sin casa ni hogar, sin oficio ni beneficio*, que viven de mediadores, de encubridores, de hurtos leves, de *chantages* y de *souteneurs;* y los de oficios vagabundos, como los charlatanes, saltimbanquis, gitanos, vendedores ambulantes, a los que pueden agregarse casi todos los emigrantes.

Todos estos vagabundos pueden dividirse, con Riviére y Florián, en vagabundos de provincia y vagabundos de ciudad. Los primeros son los desertores de la industria y de los campos, que prefieren al trabajo la vida precaria, errante; esquirols de la siega y de la vendimia, sin sentimiento alguno de solidaridad; los segundos son los desperdicios sociales de todas clases, que viven en los bajos fondos sociales, y forman focos permanentes de infección criminal y de perversión de costumbres.

Aparte de todas estas influencias externas y sociales, el tipo puro y genuino del vagabundo es el del individuo que, por defecto espiritual o por anomalía de temperamento, tiene miedo y horror al trabajo, y es refractario a toda ocupación metódica; éste es el tipo que más especialmente interesa al psicólogo, como los otros importan al sociólogo. Charcot fué el primero que, en 1889, vislumbró el fondo anómalo del vagabundo, y lo

diagnosticó de *neurasténico,* por la inestabilidad mental y la abulia, que le hacen tornadizo y vago; pero se preguntó si el vagabundo lo es por ser neurasténico, o se hace neurasténico por su vida errante y precaria, su desnutrición y demás factores externos de agotamiento. La cuestión, aunque estudiada a fondo por Benedikt, no está resuelta de un modo definitivo, porque más bien que al vagabundo en general, hay que estudiarla individualmente, por la multitud de formas que hemos visto reviste la vagancia, y por los distintos factores que, según los casos, la producen y la desarrollan.

IMPRESIONES Y NOTAS

Las sensaciones de un fumador de opio.—Julio Boissière escribió en 1886 unas notas sobre sus impresiones personales como fumador de opio, que Juan Ajalbert ha publicado en la *Nouvelle Revue,* con el título de «Ocurrencias de un intoxicado». «El opio, dice, no me proporcionaba ningun placer, pero me daba el medio más seguro de ver de cerca a los chinos y a los annamitas, de estudiar costumbres nuevas, de habituar mi oído a las extrañas gamas que suben y bajan las palabras en las lenguas del extremo-oriente. Luego, cogida mi costumbre en el cebo de las tertulias llenas de conversaciones fecundas en nuevas enseñanzas, instalé, para multiplicar las ocasiones, un *fumadero* en el fondo de mi casa china, y todos los días, de ocho a doce de la noche, venían a conversar conmigo mandarines o letrados libres, iniciándome en sus libros, en sus literaturas, en sus creencias; quedé aliviado de un enorme aburrimiento, cuando hube encontrado este inteligente empleo de las veladas, un medio de evitar la sala de café, con el odioso suplicio del dominó y del señor que hace gala de ingenio al poner un doble. Con el olfato acariciado por las emanaciones fuertes y dulces del opio y el oído halagado por el glogloteo de la pipa de agua, vivía ligeras horas gozando con todos los sentidos de la claridad azul y amarilla, de preciosas chuche-

rías y originales aforismos; a veces nos callábamos, y un letrado salmodiaba monótonas melodías, que yo escuchaba quemando a trechos una toma de opio con una sola y larguísima aspiración, y lanzando con lentitud el humo espiraliforme. Más de una vez, después de haber fumado con exceso, huía de mí el sueño hasta el alba, hasta la diana clamada por los clarines en la ciudadela vecina. Yo permanecía acostado en agradable somnolencia, sin cambiar de postura hasta la mañana, sin *visiones,* esas visiones nacidas del *haschisch,* que los novelistas hacen hijo del opio, absolutamente feliz, y siguiendo la pista de vagas ideas agradables, ligadas por el hilo de ternísimas transiciones. Por la mañana, el estómago se rebelaba, y la jaqueca oprimía mi frente y punzaba mis sienes; por la noche, olvidado el odioso mal, volvía a empezar. Luego tomé la costumbre de leer fumando; el opio decuplicaba el interés de las cosas leídas como de las cosas oídas y vistas.

«¿Hace el opio necesariamente a sus fieles progresivamente anémicos de alma y cuerpo? El abuso es evidentemente peligroso, como en todas las cosas; pero los cuerdos saben preservarse del abuso. Algunos celestes piensan que el gusto del opio no es ruinoso: retiene al joven en la casa y le impide correr tras las mujeres, siendo de notar que al arrollar su pipa en su cama de campo, el chino piensa en sus negocios y busca nuevas combinaciones comerciales. De todos los pueblos, el chino es el que consume más opio; y, sin embargo, el espíritu chino, en su vigorosa originalidad, apenas parece oscurecido o debilitado por la negra droga; lejos de perderse en las extravagancias del bebedor de cerveza, el celeste ha dado al mundo libros desprovistos de todo fárrago trascendental, desenvolviendo los preceptos más claros de la moral práctica; lejos de fumar hasta atenuar su facultad generadora, inunda los tres continentes con su flujo; lejos de entregarse con los ojos abiertos a los éxtasis del sueño, es el comerciante sin rival, capaz de arruinar al judío y al armenio mismos, y de hacerlos arrodillar de admiración ante su genio.»

No está mal hecha la defensa del opio; pero Julio Boissière murió extenuado, a los treinta y dos años, no sin antes escribir esta interesante página: «Frecuentemente he intentado librarme del Amo, y siempre, el recuerdo de las horas inteligentes, dulcemente pasadas en compañía de letrados, me volvía a poner bajo su látigo; y más aún, la vista de las hermosas pipas pesadas, que ostentan su curiosa colección en la bandeja incrustada de nácar: pipas de marfil venidas de Hué, de corteza de limón, interiormente sostenida por una armadura de alambre, de bambú de China, de concha, de tortuga de mar, de madera de trac; por último, una pipa fabricada en Tuyen-kuan por un mandarín enamorado de novedades poco ordinarias, una pipa hecha de una madera perfumada, que deja gusto de sándalo en las papilas nerviosas de la lengua. Para el viaje, los fumadores poseen lamparas minúsculas de cobre y pipas desmontables; el aparato completo, con las agujas, los recipientes para el agua y cajas de cuerno de búfalo, cabe en una caja rectangular del tamaño de un libro.»

***

María la Brava.—En la acogida que París hace a las literaturas y a los espectáculos extranjeros, España ocupa su puesto, y hasta un puesto especial. Salvo algunos guitarristas y bailarines, indispensables para la reconstrucción exacta de ciertos espectáculos, no hay en París importación española, como dice J. E., en «Las Migajas de la vida», de la *Revue Hebdomadaire*: «Nuestras escenas no se ven invadidas por compañías venidas de Madrid y de Sevilla, con armas y bagajes, como vienen de Londres, San Petersburgo o Viena. Somos nosotros, escritores o artistas, los que franqueamos los Pirineos y nos esparcimos por la Península, para volver cargados con rico botín, que presentamos a nuestros compatriotas en su lengua. Así conocen un aspecto de ese tesoro latino que les es naturalmente familiar: en la Ópera, es el reestreno de *España,* de Cha-

vrier; en la Opera Cómica, *La Jota*, de Raul Laparra, sucediendo a *La Habanera*, del mismo autor; *La Hora*, española, de Mauricio Rabel, se da en el mismo teatro; *La mujer y el muñeco*, de Pedro Louys, tuvo numerosas representaciones en casa de Gemier; Carlos Cottet expone en la Galería Petit admirables vistas de España. En literatura, me limitaré a citar las páginas que Eugenio Monfort ha consagrado a España en su volumen *De Mesina a Cádiz*. ¡Cuán lejos estamos, en esas visiones claras, en esas observaciones justas, en esas anotaciones exactas, de las tonterías del romanticismo! Y lo más triste es que los horrores psicológicos de los románticos se agravaban con el cuidado ridículo de verismo en los detalles exteriores: costumbres, muebles, chucherías, cosas poco interesantes cuando hay almas que conocer. ¡Y si siquiera en eso hubieran acertado! Pero aquellos anticuarios conocían mal su oficio, y llenaban su tienda de oropeles. Así pasa con Víctor Hugo en aquel verso:

Salamanque s'endort au son des mandolines;

pues en España no se toca la mandolina, ni en Salamanca ni en ninguna parte.»

Cottet ha contemplado, con mirada aguda, ardiente y sincera, a todas las horas del día y de la noche, el recogimiento de Salamanca, *la ville rose*, la ciudad rosa, epíteto admirablemente escogido para caracterizar a la pequeña Roma española, por el tono delicadamente rosado de sus edificios monumentales. En torno de sus dos hermosas catedrales, que se hierguen como arrogantes guardianas de sus viejas tradiciones, descansa la ciudad como agobiada por la grandeza de su pasado. En otro tiempo tuvo plétora de vida, de acción y de belleza, al igual de las grandes ciudades del mundo medioeval, París, Oxford, Bolonia y Florencia. Como Florencia, fué tan batalladora como intelectual; como Florencia (aquí el cronista de la *Revue Hebdomadaire*, que con tanto acierto va hablando, incurre en el defecto de cambiar la máquina fotográfica por la imaginación), muchos de sus palacios señoriales llevan,

a guisa de principal ornamento de arquitectura, almenas desde donde se mataban entre sí las familias rivales (esto lo ha visto J. E. en las ilustraciones de los *Cuentos picarescos* de Balzac, de Gustavo Doré).

La historia de los Manzano y de los Enríquez, que por cierto está mejor recogida en la obra de Cottet que en el drama de Marquina, la he contado yo en mi *Reina del Tormes;* pero prefiero citar textualmente el párrafo en que la resume el escritor francés, que seguramente ha leído la mía: «En 1464, los dos jóvenes Manzano jugaban a la pelota con Pedro Enríquez; surge una riña, en la que muere Pedro. Quedaba su hermano Luis, un vengador. En la primera ocasión, los Manzano le atraen a una emboscada, se desembarazan de él y escapan a Portugal. Pero habían contado sin la madre, D.ª María de Monroy. Ésta arma a sus criados, y al frente de ellos se lanza en busca de los asesinos; los descubre y les corta las cabezas; vuelve entonces a Salamanca, va derecha a la iglesia en que yacían sus dos hijos, y arroja sobre su tumba las cabezas, por ella cortadas, de los dos cobardes Manzano. El pueblo la llamó *la Brava,* y canta todavía sobre ella esta arrogante copla:

No llora la gran matrona
Al ver sus pechos abiertos;
Que, en no llorar hijos muertos,
Quiere ser más que leona.

»Salamanca reposa al pie de su catedral; pero las madres españolas mecen a sus hijos cantándoles las hazañas de la *gran matrona,* y crían siempre leones (gracias, por mi parte de español y de salmantino). Leones, a veces camorristas como los Manzano, hasta con sus mejores amigos, es en ellos simple exceso de temperamento bravo, sin que pueda haber desconocimiento grave ni duradero de sus aliados naturales por la raza, por la historia, por intereses profundos. Que no haya por nuestra parte tampoco, añadámoslo, para ser justos, descuidos culpables en el sostenimiento de relaciones estrechas que todos

nuestros hombres políticos de todas opiniones han reconocido ser siempre necesarias para la vida de las dos naciones.» (¡Choque usted, amigo!)

***

¡Oh Primavera, juventud del año!—*L'Intermédiaire* dedica un artículo de H. Goudchaux, al origen de los dos famosos versos:

¡Oh primavera, juventud del año!
¡Oh juventud, primavera de la vida!

El primer verso no ofrece duda ninguna: los eruditos están de acuerdo, hasta el presente, por lo menos, en que su origen arranca de la escena primera del acto tercero de *Il Pastor Fido,* de Guarini (1537-1612), que comienza así:

O primavera, gioventù dell'anno,
Bella madre di fiori,
D'erbe novelle, e di novelli amori,
Tu torni ben, ma teco
Non tornaro i sereni
E fortunati di de le mie gioje.

En cuanto al dístico entero, no se ha encontrado hasta hora más que en un solo sitio: el epígrafe XIV de las *Hojas de Otoño,* de Víctor Hugo, fechado en Mayo de 1830. Entonces se ha supuesto que Víctor Hugo, conociendo el primer verso de Guarini, y dada su afición al contraste, lo había invertido. Hay quienes sostienen, sin embargo, que el dístico pertenece á Metastasio, a Goldini y hasta al Tasso; pero ¿dónde en Goldini, en Metastasio o en el Tasso? Eso es lo que nadie dice con exactitud, y mientras no se encuentren otras pruebas, fuerza es atribuir la paternidad del primer verso a Guarini y la del segundo a Víctor Hugo.

***

La certidumbre de la nada.—Entre las muchas informaciones abiertas por revistas y periódicos, es curiosa la formulada por Renato Alberto Fleury en *La Renaissance Contemporaine:*

«¿Es que la nada, si tuviérais certidumbre de ella, no estropearía, hasta quitarles todo gusto, los placeres terrestres? ¿No debe admitir la razón, que si la muerte es la nada, abolición de la conciencia y de la memoria, la vida terrestre pierde todo su valor?» Remigio de Gourmont se fija en las contestaciones de Rosny y Le Dantec, y dice en el *Mercure de France:*

«Todo el mundo sabe, por lo menos a cierta edad, que los amores más fervientes no son eternos, lo que no nos impide amar siempre con la misma confianza y la misma ceguedad. Hasta puede decirse que amamos las cosas porque son fugitivas. Amamos las flores que van a marchitarse, el sol que va a desaparecer, las luces que van a extinguirse. La eternidad de las cosas nos daría un extraño hastío o una extraña indiferencia. Lea Fleury, en los *Viajes de Gulliver*, la historia de los hombres inmortales, y verá qué horror se siente por la duración infinita de los hombres. La respuesta de Rosny no deja de turbarnos bastante: «Por mi cuenta—dice,—desde hace muchos años, la muerte pudre toda alegría, y cuanto más avanzo en edad, más inútil me parece haber nacido.» Pero Rosny es demasiado filósofo para erigir en regla universal una impresión personal, y añade: «Para todos aquellos, y son legión, que apenas entrevén la muerte y que no piensan en ella casi nunca, la vida puede ser deliciosa. El pesimismo y el optimismo no dependen de un argumento, dependen de la cantidad de ilusión y del poder de previsión de los individuos. Mientras los hombres estén construídos para el optimismo, ninguna razón, buena ni mala, los convertirá prácticamente al pesimismo.» No por eso se retendrá menos la sincera confesión con que comienza la carta. Hay espíritus que no piensan más que en vivir; preciso es reconocer que hay otros a quienes apenas deja la preocu-

pación de la muerte, y que sienten, minada por ella, toda su vida.

Muy de otro modo piensa Le Dantec. La idea de la muerte le regocija, aunque le gustan bastante los placeres de la vida. «¡Carpe diem! es una antigua fórmula siempre buena. Ayer asistí a un concierto delicioso, durante el cual gocé mucho; hoy no me acuerdo ya ni de uno solo de los motivos melódicos que me mecieron; y, sin embargo, volveré a empezar el sábado próximo si nada me lo impide. Por mi parte, no siento pensar que moriré un día completamente; no me gustaría un concierto que no tuviera fin. Mi vida tiene valor para mí mientras vivo. El resto os lo abandono.»

Hay que atenerse además, para resolver el problema, dice Gourmont, a los datos inmediatos de la observación. Todo lo que vive, muere, y muere enteramente. No se ve por qué el hombre había de librarse de esta condición misma del sér. No se distingue de los demás mamíferos por ningún órgano especial. Sin duda que su cerebro está un poco más desarrollado, y el pensamiento, que es su secreción, como decía Taine, es un poco más activo y más complejo; pero un cerebro de hombre y un cerebro de carnero están hechos exactamente de la misma materia, que la muerte del individuo disuelve y deja, por consiguiente, impropia para la función que desempeñaba. El pensamiento no es algo que se pase por el aire, es producto de un órgano. Sin cerebro no hay pensamiento; el pensamiento está ligado al buen funcionamiento del cerebro, hasta el punto de que una simple picadura en la materia cerebral o su más benigna inflamación, abole o restringe considerablemente el movimiento psíquico.

Esta intervención de Gourmont en la polémica, ha provocado una hermosa réplica de Fleury, que insertamos íntegra: «Persisto en pensar que la vida, limitada por la muerte, carece de importancia y de precio.» Vos decís: «El señor Fleury parece darnos la elección entre la nada y la vida eterna, como si nuestra opinión pudiera pesar algo en nuestro destino.» No

es eso precisamente: os hablo, y sobre todo pienso, no en lo objetivo, sino en lo subjetivo. Mi idea es, exactamente, la siguiente: Si no creéis en un más allá consciente, no podéis dar ningún valor a la vida presente, y debéis estimar equivalentes todos los contrarios.» Y mi idea es tal, porque precisamente ignoro yo si hay o no una sobrevida. Yo deseo que la haya, pero no sé nada de ella. Hay gentes que saben que no la hay, y a esos pido que sean lógicos, y que retiren todo sentido y todo alcance «al relámpago que brilla fugitivo entre dos noches eternas».

«Decís: «¿En qué se hace indiferente el sér feliz o desgraciado, durante esta vida, si la muerte, como es muy probable, es su fin seguro? Los hombres no piensan así»... Ciertamente; pero los hombres no reflexionan: la mayor parte no piensan nunca en la muerte. La muerte los sorprende siempre; sólo el instinto los guía, y es innegable que el instinto saca de la vida un placer soberano. En algunos, hasta la visión intermitente de la tumba exaspera esa voluptuosidad. Pero el encanto de la vida no es el valor de la vida. Personalmente, vivir me apasiona; soy polífilo en grado extremado; pero cuando la nada me ocupa y me persuade, mi polifilia me parece una vanidad absoluta, aunque conserve para mi sensibilidad un sabor delicioso. El problema que yo he planteado no interesa a nuestra afectividad; es puramente lógico, intelectual, abstracto, matemático. Para resolverlo no hay que decir: «La vida me embriaga, luego vale»; hay que tratar de saber si lo que se aniquila, vale; si lo que se aniquila, *es* verdaderamente; puesto que el *valor* implica el *sér*. El consentimiento universal de nuestros instintos debe, pues, aquí dejarse á un lado.

»Decís: «La eternidad de las cosas, nos daría hastío é indiferencia». Sí, si fuese monótona y si fuésemos débiles; no, si tuviese variedad y nosotros la energía necesaria para vivirla. Baudelaire, en alguna parte de sus obras póstumas, llama a los materialistas miedosos o perezosos, y yo creo que es muy justo. Reclamar la vida eterna (activa y no beata), exigir de

la Naturaleza más, quizá, de lo que nos concede, es cosa de espíritus y de corazones que no están cansados y que sienten sus fuerzas en aumento. Ciertos viejos se van saturados y fatigados de ella, pero de la vida terrestre, no de otras formas de existencia. Convertirse en Faustos interplanetarios, no les será probablemente desagradable.

»Decís: «La vida presente, no tenemos más que eso.» ¿No sería más justo decir: «La vida presente, no somos más que eso»? Nosotros no poseemos nuestra vida ni ella nos posee; no hay distinción posible entre ella y nosotros; ella no está a la derecha y nosotros a la izquierda; ella y nosotros somos uno. Ahora bien; este *uno* es poco, y, á decir verdad, no es nada. Luego la vida y nosotros no somos nada, aunque nos engrandezcamos por la acción (acción de una hora), y por el sueño, que en seguida se extingue. Nuestra vida y nosotros no somos nada, porque todo lo que nace está ya como muerto, si la muerte es la muerte.

»Decís: «Lo que vive, muere enteramente», y despacháis así todo espiritualismo. Si discutiera vuestro método de despachaderas, saldría de mi cuestión, que no es la realidad de la sobrevida, sino el valor de la vida en la hipótesis de la no sobrevida. Y como os he importunado ya suficientemente, quiero detenerme aquí.»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La diagnostica anatomo-patologica.—Guida alla tecnica delle autopsie e alle ricerche di istologia patologica, pel Dott. Giovanni Orth, professore di anatomia patologica e di patologia generale e direttore dell' Istituto patologico di Berlino.

Es la traducción italiana de la sétima edición alemana de la gran obra del profesor Orth; traducción publicada por la casa editorial «Unione tipografico-editrice torinese», y hecha por el profesor de Medicina legal de Turín, Mario Carrara, ayudante antiguo de César Lombroso, y su sucesor hoy en la cátedra que tuvo a su cargo el maestro.

Es obra de gran interés y utilidad para cuantos estudien las cuestiones de Medicina legal, y singularmente para los médicos, a los cuales enseña la técnica de las autopsias, en toda la amplitud de las mismas, en todas las aplicaciones que pueden tener y con respecto a todas las partes del cuerpo. El traductor ha completado el texto alemán con adiciones originales.

El libro habrá de tener unas 740 páginas de volumen, en 4.°, ilustradas con 450 grabados. Al presente se han publicado la primera y la segunda entregas de 160 páginas cada una, cuyo precio es cuatro liras por entrega. Comprenden toda la *parte general* de la obra (35 páginas), consagrada al examen de cuestiones generales de técnica de las autopsias y de diagnóstica, tanto macroscópica como microscópica, y buena porción de la *Parte especial*, o sea todo lo relativo a la inspección externa del cadáver y de sus distintas regiones y órganos; se-

ñales y cronología de la muerte; inspección del cadáver de los recién nacidos; manchas de sangre; examen interno del canal vertebral; examen de la cavidad craneana en sus diferentes elementos; examen de la cara y de sus órganos (nariz, ojos y oído), y examen de las cavidades torácica y abdominal, con sus múltiples órganos, el cuello, etc.

Storia dell'Inquisizione.—Fondazione e procesura, per Eurico Carlo Lea L. D. Traduzione italiana della signorina Pía Cremonini, preceduta da una istoriografía dell'Inquisizione della traduttrice.—Turín, Fratelli Bocca, editores.—Un volumen de XXIV-687 págs., perteneciente a la «Biblioteca di scienze moderne», 18 liras.

Dice el autor de este libro en el prólogo del mismo:

«En mi narración, no me he detenido a hacer consideraciones morales; pero si los acontecimientos que refiero no han sido presentados en manera tal que de ellos brote una lección, reconozco haber fracasado en mi intento.»

Efectivamente, la obra, aun cuando de índole histórica, resulta a la vez, como parece deben serlo todas las análogas (recuérdese lo de la *historia magistra vitae*), un tratado de implícita enseñanza moral. Y la lección que el Sr. Lea se ha propuesto que los lectores saquen por sí mismos de ella, puede, creo yo, ser condensada en la forma siguiente (a lo menos así la he interpretado yo): «Toda persona, individual o social, procura sobreponerse a las demás que con ella conviven, y hacerlas aceptar su propio criterio y sus propias determinaciones como regla de conducta, empleando al efecto los medios que mejor cuadran o que tiene más a mano para el logro de su fin, aun cuando esos medios sean no sólo espirituales y suaves, sino incluso duros y violentos. Toda persona es, por lo tanto, mientras puede, antiliberal e inquisitorial, y persigue a cuantos no se le someten de su grado, constituyéndose en rebeldes, heterodoxos, herejes, contumaces, etc. La Iglesia católica no se ha sustraído a esta ley; antes bien, su poder ha sido de los más intolerantes y tiranos a este respecto. Valién-

dose de su posición predominante, como depositaria en la tierra de Jesucristo y su doctrina, ha colocado bajo su férula a todo el mundo cristiano, empezando por los reyes y emperadores y concluyendo por el último súbdito. Tan luego como pudo, dejó de ser perseguida y mártir para convertirse en tirana y martirizadora. La Inquisición religiosa, con el auxilio del propio «brazo secular», esclavo suyo, ha sido un arma más terrible para esta persecución, especialmente en algunos siglos.»

La lectura atenta del interesantísimo libro a que la presente nota se refiere, enseña todo esto con gran claridad y con un aparato completo de erudición y abundantes referencias documentales; como enseña asimismo, por manera innegable, la superioridad moral de los herejes sobre la Iglesia oficial, dura, despiadada, rencorosa, rapaz, corrompida... lo mismo que lo es siempre, a la corta o a la larga, todo poderoso. Enseña también que la Inquisición fué un producto natural, y podríamos decir necesario, de los tiempos, que se fué incubando, desarrollando y creciendo lentamente por sus pasos contados, sin que pueda decirse fundada e implantada de golpe y porrazo (falta de precedentes preparatorios) por obra de una sola persona individual, aun llamándose ésta papa ó soberano de soberano.

No comprende el libro la historia completa de la Inquisición, sino la de la mitad de ella, diríamos. He aquí lo que el mismo Lea dice: «La historia de la Inquisición se divide, de modo naturalísimo, en dos grandes partes, cada una de las cuales puede ser considerada como un todo independiente. El límite que separa la una de la otra es la Reforma. Debe, sin embargo, hacerse una excepción por lo que toca a España, donde la Inquisición Nueva fué fundada por Fernando e Isabel. En esta obra me he esforzado por ofrecer un cuadro imparcial de dicha institución en el primer período de su existencia. Respecto de la segunda parte, tengo ya recogido abundante material, del cual espero poder servirme algún día a fin de llevar a cabo también la historia del segundo período.»

De desear hubiera sido el total cumplimiento de esta promesa, que la muerte ha impedido llevar a efecto completamente. Con ello tendríamos una historia seria de la institución tan discutida, por lo regular con sobra de parcialidad y falta de cultura, lo mismo por la parte de los adversarios que por la de los defensores. Si la obra de Lea no es absolutamente definitiva, porque de esta clase no las hay en realidad, sí es, sin la menor duda, notabilísima y altamente recomendable, por el dominio de la materia, estudiada siempre en fuentes directas y de primera mano, y por la mesura, discreción y templanza con que está escrita, bien lejos del tono declamatorio y huero, muy frecuente en casos como el de ahora.

En el libro hay también varios apéndices con documentos originales sobre la Inquisición.

La vita sessuale e le malattie nervose, pel Dott L. Lowenfeld. Traducción italiana de la cuarta edición alemana. Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1911. Volumen de 382 páginas, con XVI más de prólogos, 6 liras.

No hay quizá ninguna otra parte del organismo humano cuyo funcionamiento se proyecte en el del sistema nervioso con tanta intensidad y acción tan eficiente, y en su caso tan trastornadora, como la concerniente a la vida sexual. Ciertos neurólogos y psiquiatras contemporáneos encuentran la raíz de todas las perturbaciones psíquicas en las funciones de reproducción, y la mayoría de ellos atribuye a estas funciones, de todos modos, una participación etiológica preponderante.

Al estudio de tal problema está consagrado el presente libro del Dr. Lowenfeld, especialista en enfermedades nerviosas, en Munich, y autor de diferentes obras y otros escritos referentes a la dicha especialidad. En él se halla reunida toda la materia tocante a las perturbaciones nerviosas de origen sexual; y como ha ido pasando por diferentes ediciones, merced a la buena acogida que desde un principio tuviera, el autor ha sabido aprovechar esa circunstancia para irlo mejorando y com-

pletando, de manera que en esta última edición, sobre la cual está hecha la traducción italiana del Dr. Panichi, revisada y prologada por el profesor Juan Mingazzini, Director de la Clínica de enfermedades nerviosas en la Universidad de Roma, está tratado el asunto por múltiples aspectos, con la indicación de cuanto acerca del mismo puede saberse en el día de hoy: desde la fisiología del instinto sexual y las relaciones del mismo con la pubertad, hasta las anomalías (lo mismo cuantitativas que cualitativas) de este instinto (es decir, la llamada, desde Krafft-Ebing, Psicopatía sexual), pasando por las perturbaciones nerviosas en la época de la pubertad, en la de la menstruación, el embarazo, en el climaterio o menopausia, tanto natural como artificial; por las debidas a la abstinencia sexual en los hombres y en las mujeres, al onanismo, el contacto sexual preventivo, etc. Por último, en esta cuarta edición se ha añadido un capítulo relativo a la profilaxia y la terapéutica de la neurastenia sexual. Además, contiene el libro un nutrido apéndice bibliográfico sobre las cuestiones en él tratadas.

Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá, por el Dr. F. Carrera Justiz. Habana, 1911. Un volumen de XIX-435 páginas, sin indicación de precio.

La próxima apertura del canal de Panamá tiene que producir notables transformaciones de muchas clases, económicas, mercantiles, industriales, políticas, militares, etc., en la vida del mundo. Va a ser un acontecimiento de gran trascendencia. Lo colosal de la empresa misma es un poderoso indicio de ello, pues no hubiera sido acometida como no se hubiera previsto que los resultados de ella habrían de corresponder a la magnitud del esfuerzo.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
Las Memorias del Dr. D. Federico Rubio por el Dr. Luis Marco..	5
Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud, por el Dr. D. Federico Rubio.....	15
Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, por Miguel de Unamuno.....	78
Alfonso X el Emplazado: Noticias acerca de un milagro, por Juan Ruiz de Obregón y Retortillo.....	95
Después del baile, por León Tolstoy.....	115
Curiosidades toledanas, por Rodrigo Amador de los Ríos.....	122
La América Moderna, por Vicente Gay.....	140
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	158
Notas bibliográficas, por P. Dorado.....	203

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 278.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

XXVII

La dueña de mis delicias.

Tampoco guardé ningún resentimiento con la *tía Mariquita;* antes por el contrario, volvió a aparecer mi atracción hacia su casa, donde tanto me divertían y obsequiaban. Así, pues, no puse inconveniente, pasado algún tiempo, en dejarme llevar por *tío Periquito.*

Acababa de cumplir los cuatro años, criábame robusto; por una parte, el campo y las cabalgatas en el pío; por otra, mi propia naturaleza, fuerte desde su origen, y la influencia de las circunstancias, todo contribuía a determinar alguna precocidad física, afectiva e intelectual; así es que cualquiera me hubiera tomado como un niño de cinco años, o quizá más.

Hallándome ya en casa del *tío Periquito,* llegaron a mis oídos por primera vez las marciales vibraciones de una banda militar. Oirla y pedir que me sacaran a la calle fue lo mismo, y acceder la familia cosa inmediata. Me tomó de la mano el criado; y, calle adelante, desembocamos en la calle Larga, por donde pasaba el regimiento, que sin duda venía de fuera, a juzgar por lo sucio y empolvado de los uniformes.

En Medina, a poco de llegar, había visto soldados sueltos y alguna guardia; pero no un regimiento con su música y su

coronel a la cabeza, los batallones compartidos por sus clases, las compañías de a cuatro en fondo, lós oficiales a un lado; detrás los carros llenos de cosas varias, revueltas con algunos soldados y chiquillos que asomaban la cara entre sacos y cajones. Después infinidad de borricos, unos con oficiales viejos y comodones, otros con señoras raramente vestidas: grandes ahuecadores en los hombros y el arranque de los brazos y más grandes sombreros, entre cuyas alas, a modo de guardapolvo de calesa, quedaban ocultas e invisibles cabeza y cara; otros burros también, más traseros, cargados de excusabarajas y baúles; fijando mi atención principalmente uno de ellos, en que, encima de un gran baúl, y atada a una de sus asas por una cadena, venía sentada y caminando militarmente una señora mona.

¡Una mona! ¡La dueña de mis delicias, y a quien volvían a ver mis ojos otra vez, desde los títeres!

Pasó el regimiento entero, pasó la impedimenta larga, y todo fue perdiéndose sucesivamente en el lejano polvo de la ancha vía denominada la Polvera, y que entonces, no empedrada, éralo en realidad.

Volví a casa satisfecho del marcial espectáculo; aunque, a decir verdad, por aquel tiempo no era muy bella la marcialidad de nuestras tropas. Deformes los uniformes, con unos cuellos que disputaban el sitio a los cogotes; unos faldones que chapaleteaban las pantorrillas; vivos amarillos que, sobre un verde indistinto y oscurecido por la suciedad, daban al ropaje cierto viso a los dependientes de nuestras actuales funerarias; y unos morriones, que ni negros bacines puestos al revés.

Pasado largo rato pensaba todavía en el regimiento, en las señoras de los ahuecadores y sombreros; pero, sobre todo y muy principalmente, en la mona del baúl.

A este punto, sonaron fuertes aldabonazos en el portal: cosa extraña y desusada, porque tenía campanilla y todo el mundo llamaba con ella.

—¿Quién es?—preguntó ásperamente el criado.

Con voz más áspera, más alta y con tono imperante, contestó otra voz:

—Alojados.

El criado abrió humilde; y, boleta en mano, cruzó el dintel un asistente.

Pasó a los señores la boleta, de la cual resultaba que habían de dar alojamiento por tres días al capitán don Fulano, con su familia y asistentes.

Acatada la orden, salió el asistente y comenzaron a rebullir en la calle las pisadas de una recua de burros, que daban la vuelta como para penetrar por la puerta de labor, paso de las caballerías.

Naturalmente, mi curiosidad de niño me llevó hacia el corral, donde dicha puerta abría. Y, en efecto, a poco entró el capitán caballero en un jumento, detrás la capitana en jamugas sobre otro, detrás una criada gorda y mujer del sargento de la compañía; a pie el sargento con dos chiquillos de la mano, luego un asistente con un niño de teta en brazos, y, por último, el otro asistente de la boleta tirando de dos burros a la vez. Pero, ¡oh sorpresa!, uno de ellos con la propia mona, señora de mis deseos.

¿Quién me despedazaba a mí de tan agradable compañía? Bajó el capitán, que para capitán era harto viejo, y comenzó a andar patizambo por las agujetas. Bajaron a la señora, que se mostró más diligente, y luego a la criada. Los vi penetrar en la casa, impaciente primero, después con impaciencia y júbilo.

Los asistentes desmontaron los baúles, soltaron los burros; y al que le tocó la mona, miró alrededor como para buscar dónde atarla. Después de esta inspección, dirigióse con ella a la escalera que del corral ascendía a un corredor descubierto y cercado por un barandal de hierro, a uno de cuyos barrotes ató la cadena de la mona. Concluída la faena, bajó al corral y siguió con el compañero transportando baúles al interior de la casa.

Apenas me veo solo, subo por la escalera con los pies y las manos para llegar más pronto, me paro a cierta distancia y contemplo embebecido al animal. No me hace caso, ni siquiera me mira. Está sujeto por un cinturón de cuero que le ciñe por bajo de la barriga. Se mira hacia el ombligo y se rasca allí, cuchareteándose con la mano para arriba. Doy un paso; levanta los blancos párpados, me mira indiferente, los vuelve a bajar y se rasca en un cuadril. Doy medio; me vuelve a mirar y castañetea los dientes. Ya estoy casi en los límites de la jurisdicción de la cadena, no me atrevo a avanzar, pero inclino el cuerpo, alargo la mano, y le digo: *Mona*, *monina;* se endereza sobre las posaderas, hace visajes con la cara y vuelve a castañetear los dientes con más fuerza. Nada, no me atrevo a llegarme, paréceme que va a morder.

Así suspenso, entre idas y venidas del miedo y del deseo, se me ocurrió un expediente ecléctico: no tocar a la mona, pero sí desatar del barrote la cadena y tenerla en mi mano; con lo cual tomaría posesión del animal, de cierto modo indirecto. Pensado y hecho. Pero no tan pronto como el animal, dando un tirón, me hizo resbalar en el verdín del descubierto corredor, caer y arrastrarme a la escalera (porque yo no soltaba la cadena, ni por los catalanes). Mas, ¿qué le importaba al avieso animalito? Mi arrastrado cuerpo se hizo más ligero en el plano inclinado de la escalera; sufrí la rápida serie de golpes correspondientes a cada escalón, a modo de teclado, en la cabeza, la cadera y las costillas. Así, la ingrata corriendo a cuatro pies y yo rodando, en un abrir y cerrar de ojos llegamos al corral. Aunque maltrecho y atolondrado por los golpes, yo no cedía; y, más firme en el suelo empedrado, pugnaba por sujetarla y levantarme. Entonces, enfurecida, se abalanza a mí, ya medio incorporado; me agarra de los rizos y me tira un bocado, al que hurté la cara, descargando en la cabeza. Conocí mi inferioridad: yo no tenía dientes que poder oponer a los de la mona. Cedí entonces, y solté la cadena; gateó la mona no sé por dónde y perdióse por los tejados.

El mordisco no hizo más que arrancarme uno o dos bucles de los rubios y rizados que a la sazón tenía; gracias a ellos no pudo herirme el cráneo. Pero todo eso no era nada; mi grande apuro consistía en que se llegara a saber el autor de la fuga de la mona.

Entré en la casa: conocía bien sus rincones. Era grande, mucha de ella deshabitada; en una sala baja, llena de trastos de labor, allí me oculté mientras me limpiaba como pude el verdín de las ropas, me arreglaba la cabellera con los dedos y sosegaba el semblante alterado por el susto y la lucha.

No tardó mucho tiempo en volver al corral el asistente, quien comenzó a echar tacos y venablos por la desaparición de la mona. A las voces acudieron el sargento y el otro asistente: a coro empezaron a lanzar exclamaciones, cundió la alarma, salieron el capitán y la capitana, que, hechos dos furias, a cuál más increpaban y amenazaban al asistente. Sin fruto, antes bien los excitaba más, juraba y perjuraba que la había dejado bien atada. Por último, en medio de la tempestad, se le ocurrió al sargento si se habría ido por las azoteas; subieron y, en efecto, vieron a la mona saltando por los tejados, haciendo monerías. Echáronse todos a correr por los caballetes, y a la postre lograron hacerla prisionera.

En cuanto a mí, llegó la hora de comer; y aquí era ella. No podían menos de notar lo sucio de mis vestidos, como también algún cardenal en la cara y en la frente. Aunque entré recatándome, tuvieron que advertirlo, y me dijeron:

—¿Qué es eso, niño; te has caído?

Vi el cielo abierto.

—Sí, he resbalado, he caído, pero no me he hecho nada.

Alegre por haber salido del paso con una medio mentira, y tranquilo porque la mona se hallaba a buen recaudo, mi alegría y el buen apetito desenvuelto por los esfuerzos de la lucha, dejaron oculta la segunda lección que recibí de parte de una mona.

No fue, por cierto, tan sabia como la primera. Aquélla des-

pertó, por lo grotesco, mi sentido estético. Pero ésta no fue menos eficaz para la vida: desarrolló en mí el sentido de la previsión; facultad, por cierto, poco frecuente en quienes nacemos en Andalucía.

Punto es éste de interés para los efectos de la educación, y conviene examinarlo.

XXVIII

El sol y la imprevisión.

Ya en otra parte dejamos iniciadas algunas ideas sobre la materia. Entonces observamos que ese sentido o facultad interna y superior constaba de dos elementos esenciales asociados, uno de sensibilidad y otro de razón. Por esta causa, la imprevisión puede ser de dos maneras: una, por no sentir lo futuro; otra, por carecer de la facultad de inducir. Hay quien induce bien y con claridad, sabiendo, por consiguiente, lo que debe ocurrir después de un acto; pero, como carezca de aptitud para que sea movida la sensibilidad por cosas que no actúan de presente, obra el sujeto como si tal consecuencia no hubiera de efectuarse. Está de más afirmar que quien no induce, ya por falta de esta propiedad de la inteligencia, ya por defecto educativo, aunque tenga sensibilidad, no podrá prever nada como no se le muestre por otra persona lo que debe acontecer; en cuyo caso se despierta su aptitud para sentir lo futuro y prevé, o ve con anticipación.

Ciertos estados de ánimo vivísimos y profundos despiertan la previsión en individuos que en circunstancias normales y ordinarias carecen de ella. Aparece entonces a modo de relámpago que por un momento ilumina a distancia, y al punto vuelve todo a las tinieblas. Este modo de ver antes, antever o prever, se presenta en las mujeres y es muy raro en el sexo masculino, fuera de ciertos casos de excitabilidad, como los producidos por el misticismo.

Despertóse mi previsión con motivo del movimiento de la sensibilidad por un viaje extraño, una casa extraña y las lágrimas mal reprimidas de mi madre. Con esto pude inducir de la vista de un burro con jamugas que iba a quedar huérfano de mi familia.

Con el picotazo de la cigüeña se agregó otro factor, que, en mi apetecida sociedad zoológica, me hizo andar con tiento para acercarme al caballo. Sin embargo, la facultad permanecía en mantillas hasta que la ingrata mona, cuando menos lo esperaba, con el arrastre, golpes y bocado, desenvolvió en mi inteligencia su más útil facultad.

En qué consista el poder o no poder sentir el tiempo futuro, lo conceptúo uno de esos misterios a primera vista oscurísimos y que realmente son claros como la misma luz.

He aquí la clave del enigma: la causa de no prever está en el sol.

La mucha luz deslumbra los ojos; la mucha luz, de igual manera, deslumbra la inteligencia. Después de todo, si bien se examina, por vibración obra la luz, por vibración la vista, por vibración la inteligencia.

La luz fuerte, con su fuerte vibrar, dificulta e impide percibir las vibraciones más tenues y sutiles que en dirección centrípeta vienen al punto de presente desde el pasado y el porvenir. Sucede exactamente lo mismo que cuando entramos de la calle en nuestras casas de Andalucía, donde a pesar de sus abiertos corredores y sus patios, apenas vemos y andamos a tientas en las habitaciones, que en realidad tienen luz suficiente.

Así he podido observar muy despacio multitud de individuos de mi tierra, que resultan deliciosos tipos. La generalidad, por no decir la universalidad, se refieren a este que apunto.

El C. de C., persona inteligente, culta y simpática al extremo, lo era intelectualmente de un modo prodigioso. ¿Se hablaba de amor? Pues había que oirle con la boca abierta ha-

blar del amor casto a la esposa; y los apuros, miserias, disgustos, deshonras, delitos y larga cadena de desgracias que vienen en pos del amor impuro.

¿Hablaba del juego? Pues no podría encontrarse moralista que mejor escribiera contra esa pasión. Y así de todo, en todos los terrenos. Más que un sabio intuitivo, parecía un profeta. Todo el mundo declaraba que, hablando, era el prototipo del hombre previsor y racional.

Pues bien, persona más imprevisora y calavera no la ha habido en Sevilla, desde el tiempo del Don Juan que dió origen a leyendas y dramas.

Como lo tratara íntimamente, estudié al sujeto y puedo decir que no era hipócrita ni falto de sinceridad; hablaba seriamente, con el corazón en la mano.

—Pero ¿cómo demonios, pensando usted así, hace todo lo contrario y resulta tan perdido?

—Pues no lo sé—me contestaba.—¡La desgracia, hombre, la desgracia!

—¿Qué desgracia ni qué cuatro cuartos?—Ústed, de las primeras familias; usted, que ha pulverizado tres caudales; usted, que, aun en su estado de ruina, tiene hoy diez veces más que yo, aunque mañana no tendrá qué comer, ¿cómo se llama desgraciado?

Él no sabía por qué; tampoco yo, hasta más tarde, que, estudiando el asunto por mí y sobre los mismos ejemplares, presumo haberlo averiguado. Induceu, prevén a mil leguas todo cuanto se quiera; pero vibra en ellos una emoción, un sentimiento, un apetito de presente, y con tal fuerza, que no dejan sentir entonces absolutamente nada el porvenir, como si fuese un mito que el sol hubiera de salir al otro día. Al que gasta en una fruslería la única moneda que posee, suele ocurrírsele que podrán quedarse sin comer al día siguiente él y su familia; pero acto continuo se contesta a sí mismo: «¡Bah, Dios dará!»

¡Es el sol, y solamente el sol! Que así como hace pintores coloristas, hace también almaceneros de imprevisión.

Mírese por otro lado. Los pueblos calientes son todos imprevisores, así cultos como incultos, así sabios como salvajes. El sol aviva la producción. Cuando el indio se contenta con plátanos y aguardiente, con tenderse a la sombra en una hamaca, ¿qué previsión ha de sentir, si para el plátano no tiene otra cosa que hacer sino alargar la mano, para el aguardiente un agujero en el cogollo de una pita, y para la hamaca tomar las hojas de palma desfilachadas por la vejez y echar unos nudos? ¿Qué previsión ha de nacer en Andalucía, donde se mantiene mucha gente comiendo higos chumbos al pasar por los vallados, donde el campo da mejor cama que la casa la mitad del año y donde el sol suple a la leña como el oro al cobre, si hace frío? ¿Qué sevillano guarda nada para el invierno? Pero llevadlo a la montaña, donde la nieve cubre los campos y tapia las puertas de las moradas: y o morirá de hambre y frío, concluyendo con él y su raza imprevisora, o tendrá que adaptarse al medio y hacerse previsor, pues allí no ha de venir el padre Febo, caliente y luminoso, a suplir al haragán.

Pereza, laxitud, alegría, vivir vivo, no pensar, y si se piensa, curarse poco o nada del día de mañana, sentirlo todo pronto y verlo con animadísimos colores, son términos correlativos y dependientes de una misma causa: ¡el exceso de sol!

Ahora, pedagogos, si en la criatura cuya educación os estuviese confiada advirtiérais que carecía de la facultad de prever o sentir el porvenir, resultaría acertado mandarla a educar a los climas del Norte.

XXIX

Pindo el Bravo.

Como todo no puede decirse al mismo tiempo, tengo necesidad de volver algo atrás para dar a conocer a otro personaje de la mayor influencia en mi extraña educación.

La moda, esa manifestación de las determinaciones del ca-

pricho, ponía punto a la afición por los perrillos dogos, que ya quedaban relegados a las faldas de alguna vieja ama de cura. A rey muerto, rey puesto; a moda imperante, otra que la derogue. Tocó entonces a los dogos el ser derrotados por los *terriers,* perros también pequeños, negros como la mora, de patitas canela y una manchita sobre cada ojo.

El conde de Villacreces introdujo en Jerez esta raza inteligentísima, haciendo gala de sus numerosos ejemplares, enseñándoles a entender diversas órdenes en francés, en inglés, en español y otros idiomas, no sólo pronunciadas con imperio, sino en distintos tonos y hasta en secreto, al oído de los animales. Solía vender los perros conforme a su menor magnitud, juntamente con su mayor inteligencia y belleza; pero, como extraordinaria prueba de amistad, regaló uno destetado al *Caballero.*

Yo, que no había podido satisfacer en la sociedad zoológica mis instintos de posesión y de dominio, desvanecidos dramáticamente en el avefría; yo, que no era dueño del caballo, y sólo encontraba sumisión en el borrico pío, vi de repente llenos mis deseos cuando me trajeron el perrillo. Jugábamos ambos como dos criaturas, de la mañana a la noche, en el zaguán de la casa, al sol, mientras lo tomaba D. Ramón, sentado en su sillón leyendo la *Gaceta;* y ni él ni yo nos cansábamos jamás. Me obedecía a la mirada. Fue rápidamente creciendo, y resultó más fuerte y de más talla que sus hermanos. Pero, en cambio, ¡qué amor a todos los de la casa y a mí en particular! ¡Qué modo de leerme el pensamiento y qué valor! Cumplidos ocho meses, no había perro chico ni grande en la vecindad que le bajara la cabeza; y de los gatos no hay qué decir: gato visto, gato muerto. Pero se tomaba a un gato en brazos, y enseñándoselo, se le decía: «Mira, *Pindo* (que ese era el nombre de mi personaje), a este gato no se le toca;» y ya se le podía soltar en los hocicos, seguro que no había de osar hacerle daño.

Fuera muy largo el relatar todas las muestras de fidelidad

y de talento que dió *Pindo* durante los largos años de su vida. Baste decir que el perro *Paco* y otros canes célebres no se desdeñarían de la historia de éste, si a hacer su historia fuese.

Mucho le quería, pero más él a mí. Mi voluntad, la suya. «No hagas tal cosa»; y así royera un hueso, lo dejaba. Cierto día, no sé por qué, me refunfuñó. Estábamos en el corral, y al verlo insubordinado (¡yo el señor, yo el amo; él mi esclavo!), monté en ira, tomé de la cuadra una vara y di al animal una paliza con toda la cólera de un déspota infantil. Y *Pindo el Bravo*, el valiente sobre todos los valientes, el que hubiera despedazado a la mona que me arrastró como un andrajo, si se hallara presente, tumbóse de barriga... y procuraba lamer la mano que con tanta sevicia le tratara. Al ver esto suspendí la furia, y me dieron ganas de llorar y volver la vara contra mí mismo. No troqué en caricias el injusto castigo, porque la autoridad no puede equivocarse y no es cosa de que pierda su prestigio; pero quedé pensativo, se hizo más profundo mi cariño a *Pindo*, y lo consideré desde entonces, no como un esclavo, sino como mi mejor amigo.

¡Cuántas vulgares reflexiones se agolpan ahora a mi mente, evocadas por este suceso! No quiero darlas a la pluma; pero debo consignar dos de ellas, por ser ambas trascendentales e influyentes en mi educación.

La primera: que desde el punto y hora en que el hombre llega a estimarse como superior a cualquiera cosa, sea animada o inerte, se constituye en tirano. Así, la doctrina que daba por dogma la superioridad Real o la del Feudo, como la del Señorío laico o eclesiástico, tenía que producir como fruto ineludible la tiranía. La simple Autoridad de nuestros tiempos, lo mismo la civil que la judicial, y más la militar y la religiosa, ya que no puede ser tiránica, muestra una decidida inclinación hacia el abuso. ¿Qué es esto? Un fenómeno semejante al que ocurre con la *delicadeza* y con el «impatismo».

La segunda no es reflexiva, en puridad, sino la resonancia más trascendental del suceso referido. Después del castigo in-

justo, por excesivo y sañudo, de mi humilde amigo, quedé muy disgustado de mí. Permanecí pensativo, y mis pensamientos eran otras tantas voces que en forma de ideas me decían:

—Has sido injusto, has sido cruel; *Pindo* es mejor que tú: Dios debía haberte hecho *Pindo,* y a *Pindo* tú.

Ya a estas fechas, entre mi madre y la *Abuelita,* y ver tanto rezar al *Abuelito,* me había hecho rezador. Sabía de memoria, además de persignarme, el Bendito, la oración al Angel de la Guarda, el Padrenuestro y la Salve. Habíanme dicho muchas veces: «Los niños no hacen eso, que les castiga Dios.» Este temor al castigo y esas oraciones, inentendidas, dichas por hábito y de carretilla, constituían la estrecha esfera de mi Religión.

Al castigar a mi perro y conocer mi sevicia, se me vino a las mientes el recuerdo de Dios que castiga; y comparándome yo castigador con Dios castigador, resulté para mí mismo monstruosamente inhumano y digno del mayor castigo.

Lo cual quiere decir que si a los dos años o poco más tuve conciencia personal de mí, el hecho de plena conciencia moral que he referido, ligado a la primera idea práctica religiosa, ocurrió en mí con ocasión de la tunda de mi buen *Pindo,* a los cuatro años y pocos meses de edad.

XXX

Juanito Juan.

Dice la gente, por intuición: «Los animales nos enseñan.»

Yo también lo decía, de rutina y sin saber su alcance; hasta que, recordando mi vida y las etapas de mi desarrollo afectivo, intelectual y moral, he venido a caer en que mis mejores maestros han salido de la Fauna.

Ahora vamos con el último. A muy poco, tomó posesión de la bodega de la casa un nuevo huésped: llamábase *Juanito Juan.* Carecía de fe de bautismo; pero respecto al nombre, no había duda: cuando se le preguntaba por su nombre, decía constan-

temente él mismo *Juanito Juan;* y muchas veces, aunque no se lo preguntaran. Además, casi todo Jerez, o cuando menos todo el barrio, desde tiempo inmemorial, por *Juanito Juan* le conocía.

Tratábase de un grande, viejo y malignísimo cuervo, dentro de cuyo cuerpo debía de habitar algún espíritu burlón y condenado. El caso es que se contaban de él, por los antiguos, cosas estupendas y maravillosas.

Formalmente se decía que las personas de mayor de edad en Jerez le conocieron ya como un cuervo hecho y derecho. Que en los principios, había vivido en una vieja tahona. Que se descuidaron una vez en cortarle a tiempo las alas, y tomó el pendingue, corriendo por el mundo, sin volver a dejarse ver durante muchos años. Que, desde que había memoria, contesba, al preguntarle su nombre: *Juanito Juan;* únicas palabras que sabía o quería pronunciar. Que, muerto ya el tahonero, y venido a edad madura un su hijo y sucesor, se presentó un día el fugitivo diciendo *Juanito Juan,* restableciéndose sin vergüenza como huésped. Que, dando en la diablura de matar moscas en los mulos del trabajo, pasó a mayores tomando la mala maña de subírseles encima y darles picotazos en las mataduras, con lo cual se armaba la sarracina de coces y boleos que se puede imaginar. Y que, con este motivo, el tahonero pensó matarlo; pero el maestro herrador de la calle de Sevilla, a quien hacía mucha gracia el pajarraco, se lo pidió al tahonero y éste se lo dió sahumado.

En efecto, en casa del herrador estuvo muchos años, y esa era ya historia positiva y contemporánea; allí lo conoció desde muchos años D. Ramón de Torres (padre) andar y revolar por delante de la tienda, y picotear los recortes de los cascos de las caballerías. Mas, al fin, cambió de dueño el establecimiento; y el nuevo herrador no llevaba con paciencia que le revolviera la espuerta de los clavos, le perdiera y escondiera muchos, así como las otras molestias de sus malignidades y diabluras.

El Caballero tuvo conocimiento de esos ánimos, ya por ser vecinas las calles de Piernas y de Sevilla, ya por ser el herrador el mismo de la casa; con lo que, pidiendo el cuervo, obtuvo también su cesión graciosa.

Trajéronlo y fue confinado a la bodega. La bodega había dejado de ser tan medrosa como antes para mí. El temor al dragón no había desaparecido por completo, pero dudaba ya de su existencia: nunca lo había podido columbrar, y veía entrar y salir las gentes sin reparo y sin ninguna lesión; yo mismo había entrado muchas veces cuando había arrumbadores o criados, y hasta solo, aunque con ciertos miramientos.

La estancia del pajarraco cambió las situaciones; le veía desde el enrejado de una ventana, y por la rendija de la puerta, cuando no estaba muy lejano.

Primero con el sirviente, luego sin él, pero con las necesarias precauciones y un palo en la mano, entré a ponerme al habla con *Juanito Juan,* desconfiado yo y todavía más él. Era el caso que la cigüeña y la mona me traían ciertas vacas contra aquel otro maligno animalucho, como si quisiera que me las pagase todas juntas. Él, por otra parte, o mucho me equivoco o conocía mi intención, y aún tenía más ganas de jugarme una mala pasada que yo de jugársela. Después de varios días de tanteos y estrategias para acercarme con disimulo y largarle un soberano palo, el pajarraco se hizo el tonto, dando cortos saltitos de medio lado, y diciendo *Juanito Juan*, hasta a poco más de una vara. Entonces me inclino más y ¡zas!, le largo el estacazo. ¡Que si quieres! Fue al aire, porque el cuervo, dando otro salto con la mayor agilidad, sin inmutarse, como haciéndome burla y sin ponerse espeluznado, dijo *Juanito Juan.*

Al verle puramente a la defensiva, decidí emprender con más resolución el ataque. Pero, no bien lo había pensado, advertí que, con la tranquilidad y calma de un maestro, era *Juanito Juan* quien se disponía a acometerme; di entonces un paso atrás, y, con el palo recogido para desplegarlo y rechazar el

ataque, me fuí declarando en retirada y gané la puerta del corral.

A la verdad, quedé mohino. ¡Burlarse así de mí un cuervo con las alas cortadas! Y, lo que era aún peor, ¡sentirme y conocer de un modo claro que, a emprender la lucha, había de ser derrotado por el avechucho! Hurtaba los trancazos con la mayor facilidad, y con la misma podía impunemente desbaratarme las narices de un picotazo. Con esto aguzaba la inteligencia, fraguando nuevos planes de combate, cuando se me ocurrió una idea peregrina:

—*¡Pindo!*

Pindo acude saltando; con mi perro y mi palo, entro en la bodega a combatir con las armas de la caballería y la infantería. No bien entramos, cuando *Pindo* y *Juanito Juan* estaban ya al cabo de la calle: el perro empezó a mirar belicoso, amenazador y alegre al pajarraco, mientras yo me adelantaba decidido; y *Juanito Juan* tan quieto. Ya a distancia proporcionada *Pindo* y yo, acometemos, él furioso y yo seguro del triunfo. A punto de caer el cuervo entre los dientes de mi perro y bajo la descarga de mi palo, de un revuelo se pone sobre una bota de la segunda hilada, y con sorna irritante grita:

—*Juanito Juan.*

Esta vez, siquiera, aunque burlado, quedo dueño del campo: no fui yo, auxiliado de mi *Pindo el Bravo*, quien tuvo que declararse en retirada.

XXXI

Para maestros, los benditos frailes.

—El niño no sabe nada; ya es tiempo de que siquiera aprenda la doctrina y a conocer las letras. ¿Qué dirá su padre, si se lo mandáramos hecho un borriquito?

Esto decía D. Ramón a su señora, hallándonos todos a la mesa.

—Tiene razón papá—añadió *El Caballero*.

—A la *amiga* no va—replicó la señora;—allí no aprende nada y el niño se entristece.

—No—agregó *El Caballero;*—pero ya debe ir á la escuela.

—¿Y a qué escuela?—preguntó Joaquín.

—Pues, a la de Santo Domingo, que es la más cercana—contestó D. Ramón.

Al siguiente lunes, el criado me llevó a la escuela.

Todavía permanece enhiesto el convento de Santo Domingo en Jerez. La iglesia y el porche del convento, como estaban entonces están hoy. La iglesia nada tiene que ver con el relato.

El porche sí; dará idea de una escuela de entonces.

De las escuelas que pasaban por mejores: las de los benditos frailes.

El porche es un patio descubierto, empedrado, ancho, corto. Da hoy al paseo llamado de Isabel II; entonces, a una plazoleta que unos llamaban de San Juan de Letrán y otros de Santo Domingo, sin duda porque ambas iglesias, frente a frente, se disputaban el nombre de la vía pública. Desde ella, por un portalón muy grande entrábase en el porche; una vez dentro, a los pocos pasos, por una escalera de ladrillos estrecha se podía subir a un extenso granero, bajo de techo, casi oscuro, dividido en dos andenes por pilares gruesos y arcos de mampostería.

El granero, ahogado e imponente, oscuro y triste, era *la Escuela*.

He aquí el mobiliario: hileras de bancas y bancos negros, como las filas de una compañía. Las bancas, con barrotes de madera en su borde posterior, del que pendían marcos con muestras de escritura; en la tabla inclinada superior, tantos agujeros como muestras, ocupados por un sombrerete de plomo que sirve de tintero. En los bancos correspondientes a las bancas, muchachos de todas cataduras, sentados allí pegando codo con codo.

Dando frente a la masa escolar, una mesa vieja, de herraje, con un tintero grande de piedra en forma de cubo, del que sobresalían grandes plumas de ave. Detrás de la mesa, un sillón grande, cuadrado, con asiento de vaqueta y anchos brazos de tabla.

El maestro dejó el sillón (ya estaría hablado por D. Ramón), y adelantóse a recibirme. No me dijo una palabra: me señaló un banco sin banca, aislado, que estaba a la derecha de su mesa.

El aspecto de aquel señor no podía ser más singular. Si entonces, con mis escasas facultades, me hubieran pedido que diese idea de él, habría puesto un queso de bola sobre un barril encima de un banquillo de tijera: o tomando una bellota, haciendo en ella un surco con los dientes por bajo de su cabeza y mordiéndole la punta, la enseñaría en pie sobre la palma de la mano. Hoy, que puedo hacer el dibujo menos rudamente, digo que era un hombre capaz de poner espanto en cualquiera criatura.

Mediano de cuerpo, parecía bajo por su desmesurada anchura. No era gordo, sino anchísimo de membrudo y robusto; cabeza y cara esférica, en un todo contraria al óvalo simpático andaluz. Era de color blanco, limpio y sonrosado, lo cual contrastaba más con lo negro de sus ojos y cejas y lo recio de sus barbas, que, por muy afeitadas, daban un tinte plomizo a todo el territorio correspondiente. Pero lo que hacía más extraño era el afeitado de la cabeza y del cogote, juntamente con el cerco de pelo negro que la separaba de la cara.

No vestía en la escuela el hábito de la orden, que pudiera hacerle más simpático, sino unos calzones negros, cortados a la rodilla, zapatos y medias de color negro, chaleco cerrado hasta el corto pescuezo y un a modo de chaquetón con aldetas, también negros.

Aquel hombre imponente, en su lugar podría estar muy bien. Había nacido para mayoral de una diligencia propia: ninguna cuadrilla de ladrones se hubiera atrevido a darle el

alto. Sin disfraz su cabeza y con sus patillas al natural, quizá resultaría un hombre hermoso por su estructura viril y poderosa.

Yo no me lo explicaba, pero me senté en el banco temblando. Más me eché a temblar cuando advertí sobre la mesa una vara terciada, como las de la cuadra de mi casa.

De allí a un rato se levantó, dirigiéndose a la primera fila de bancas; fue inclinándose por detrás sobre cada chiquillo, uno tras otro, como examinando la labor que hacían. Pasaba tras de algunos, y no les decía nada. Pero, a otro le cogía la mano con mal modo, para que enderezara la pluma; a otro le reñía y a otro le soltaba un cogotazo que, a flojo que fuese, con aquella mano poderosa, le hacía dar con las narices en la banca. Así recorrió todas las filas, y volvióse a su asiento.

—¡Los de la primera decuria!—dijo con voz alta e imperiosa.

A la voz, ocho o diez muchachos de los más espigados se levantaron como por resorte, viniendo a formar un semicírculo delante de la mesa. El primero de la derecha sacó un libro de la cartera que llevaba colgada, y se puso a leer.

A los cinco minutos dijo el maestro: «A otro.» Y el lector pasó el libro al muchacho de su izquierda. Leyó también un rato, repitiéndose el «A otro.» Y así sucesivamente; pero no tan en paz continuó la tanda. Con frecuencia, decía el maestro a los lectores: «¿Qué, qué? ¡Lée eso otra vez!» El chico volvía atrás, leyendo de nuevo. «¿Qué, qué? ¡Vuelve a leerlo con cuidado!» gritaba el fraile, con tono y ceño amenazadores. El discípulo, turbado, leía ya mascullando. Al llegar a la palabra mal leída, echando el preceptor mano al bolsillo, sacaba un manojo de cordeles, o sean disciplinas, con que (a descansar arriero) cruzaba dos o tres veces al alumno.

Mi temor estaba ya explicado: ¡me lo decía el corazón!

No era esto lo peor del caso para mí, sino que al pegar gritaba: «¡Bruto, animal; ahí no dice eso, sino esto!» Y como yo veía que, desde la primera vuelta a leer, el chico ponía sus

cinco sentidos, y que si se equivocaba no era por mala voluntad, sacaba la consecuencia de que, sentado en mi banco, estaba como el tocino para echarlo en sal.

En situación tan grata pasé hasta que dieron las doce, a cuya primera campanada todos los chicos se pusieron de pie, y con voz alta y tono desagradable se pusieron a gritar:

—«*¡Benditooo... y alabadooo... seaaa... el Santísimooo...!*»

Volví a casa, y me preguntaron:

—¿Qué tal, te gusta ir a la escuela?

No me atreví a contestar.

—Los primeros días—dijo D. Ramón—todos los niños sienten ir a la escuela, pero luego se acostumbran.

Afortunadamente, la familia comía a las dos, hora en que volvía a abrirse la escuela.

Como concluímos de comer a las tres, se puso a discusión si me llevarían a aquella hora. Pero la *abuelita* cortó por medio, diciendo con su natural energía:

—De ningún modo; para primer día, basta.

Al otro, recibí la agradabilísima sorpresa de que era día de no sé qué santo, y por consiguiente no había escuela. ¡Santo bendito, que Dios te lo pague! Desde entonces adquirí furor por los días de los Santos, y, aunque no había pocos en el Almanaque, a dejarme a mí los hubiera centuplicado.

Pero llegó el miércoles, y ¡al granero!; o, lo que es igual, ¡a la escuela!

En la cárcel he estado yo cuando grandecito, y digo la verdad formalmente: es muy preferible estar en ella que ir a una escuela de esa especie.

Aquel día encontré igual el aspecto de las cosas. Pero ocurrieron algunas variantes: al corregir las planas menudearon más los pescozones, y aun salieron a zumbar las disciplinas sobre varias espaldas, con acompañamiento de palabras dulces, como animal, torpe, bruto y otras semejantes.

Luego de concluir la faena, y sentado en su sillón, dió la voz de «¡Segunda decuria!», apareciendo al punto una tanda

de muchachos menores que los del día anterior; y, descomponiendo la línea, uno de entre ellos, de bastante más edad y estatura, casi un zangón.

—Diga usted la lección—mandó al primero de la derecha.

Y éste, con una canturía especial y empalagosa, de que aún se recogen ecos en las malas escuelas, que por desgracia todavía abundan, comenzó de corrido a contestar: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos...» «Basta, al otro»—dijo el preceptor.—El segundo de la decuria prosiguió: «Son sustantivos... (y comenzó á vacilar), son sustantivos...» El maestro se puso en pie, echando mano a las disciplinas, en cuyo momento el alumno tomó la cosa desde el principio, diciendo con gran precipitación: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos los de personas o cosas, verbigracia, Juan, mesa...» El maestro volvió a sentarse, y dijo: «¡Otro!» El otro era precisamente el zangón de quien dejo hecha referencia. Salió turbado, repitiendo: «Verbigracia, Juan, mesa, mesas...» El maestro se puso en pie. «Mesa, ¿qué sigue? ¡Borrico!—exclamó muy destemplado.—Y el zangón: «Verbigracia, Juan, mesa...», sin acertar a seguir la taravilla.

Entonces el fraile empuñó la vara, y desde el mismo sitio donde se hallaba se la asestó silbando. El muchacho, más por instinto que por falta de sumisión al castigo, hurtó el cuerpo, con lo que el golpe falló el blanco. ¡Nunca hubiera sucedido! ¡Ni que al fraile le hubieran puesto fuego con una mecha! Salta echando chispas por los ojos; vara en mano, se abalanza sobre la víctima; del primer crujido la derriba en tierra; y allí, entre los denuestos y espumarajos del uno, los gritos del otro a cada varazo y sus contorsiones de dolor, en el silencio de la clase, más silencioso que el de los cementerios, resaltaba el escándalo cual mancha de roja sangre en lienzo blanco.

Yo, sentadito en mi banquillo, no temblaba ya: el pavor me tenía inerte, como al pájaro ante la boca de la culebra; y cuando de puro sofocado, no rendido, el fraile se volvió a su

asiento y pude reponerme, eché a rezar y encomendarme a la Virgen.

Continuó el número siguiente balbuceando de carretilla, con tropiezos frecuentes y otros tantos apóstrofes del maestro; hasta que quiso Dios que concluyera el último de la decuria. Volvieron a sus bancos respectivos, y sonó la voz de mando:

—¡A corregir!

Acto continuo se situó un pequeño delante de la mesa, alargando la plana al profesor; miróla y no dijo nada. Otro chico reemplazó al primero, y así sucesivamente.

A unos les reñía, a otros los dejaba pasar después de ver la plana. Al uno le echaba un tachón sobre lo escrito y le mandaba hincarse de rodillas; al otro le echaba dos, y «De rodillas con los brazos en cruz.» A éste le echaba tres, y le decía: «Hínquese en cruz, y usted se queda encerrado en la clase para tener escrita otra plana cuando yo vuelva por la tarde.» A aquél le echaba cuatro, y decía: «¡Al calabozo!» El zangón del vapuleo aparecía con un manojo de llaves, y se llevaba al niño castigado por la puerta de la escalera.

Dieron las doce, se rezó el *Bendito*, y los alumnos salimos, unos solos, otros en busca de sus criados o parientes que esperaban al pie de la escalera. En mitad de la misma pregunté a un niño mayorcito:

—Ese niño a quien pegó el padre con una vara, ¿no tiene papá?

Y el interpelado me contestó con la mayor inocencia:

—¡Si el padre es su tío!

Después, siempre he observado que los parientes cercanos son poco a propósito para enseñar a las criaturas; o pecan por debilidad y parcialidad con ellos, o se excitan y se impacientan con sus torpezas hasta el furor y la sevicia.

Aquel día me dieron de comer solo. No pasé más bocado que el indispensable para no disgustar a la *abuelita*, y a las dos me volvieron a la escuela.

Temblando más que nunca me senté en el banquito, espe-

rando a que llegase mi vez para sufrir alguno de los numerosos castigos que había visto repartir. El maestro no reparó en mi persona ni me dijo nada.

—¡La tabla de sumar!

A esta voz se volvieron de espaldas a las bancas y de cara al maestro, de pie todos los niños, y comenzaron esta canturía: «Uno y uno, dos; uno y dos, tres», y así sucesivamente. Terminado el rezo de sumar, gritó el maestro:

—¡La tabla de restar!

Y, con el mismo sonsonete, rompió el coro: «Uno menos uno, cero; dos menos uno, uno; tres menos uno, dos», etc.

—¡La tabla de multiplicar!

Con el sonsonete me quedé dormido, despertando luego con el otro sonsonete de tono distinto, aunque no menos desapacible y empalagoso, del:

—*¡Benditooo... y alabadooo... seaaa...!*

El día siguiente era jueves; no hubo escuela, sin embargo de lo cual estuve profundamente disgustado y triste, pensando en el inmediato día.

En efecto, el viernes me llevaron, y el maestro, encarándose conmigo, me dirigió por primera vez la palabra:

—¿Traes la cartilla?

Muy asombrado, me toqué los bolsillos de los calzones, como si debiera estar en ellos y hubiese cometido la primera falta.

—¡Responde! ¿No has traído la cartilla?

—No, señor—le contesté, temblando.

—¡No se dice «no, señor»; se contesta «no, Padre»!—me dijo con tono de reprensión.—¡Dile a tu gente que no te mande sin cartilla!

Como siguiese en pie, cual una estatua, «¡Siéntate!», me dijo; y volví a respirar.

La mañana y la tarde de aquel viernes compartiéronse entre planas, cogotazos y corregir; dar la cartilla a los más chiquitines, que tampoco escaparon sin algún coscorrón (término

común de los frecuentes ataques de impaciencia que sufría el Padre); dar la doctrina en coro y alta voz, con su correspondiente canturía.

Dije a la *Abuelita* que el Padre me había pedido la cartilla; y aquella misma tarde, cuando volví de la escuela, salió conmigo y me la compró; además, una cartera de badana, larga y angosta, con una correa para colgarla de los hombros al costado.

La cartilla y la cartera las sentía como el reo que ve la hopa con que le van a ajusticiar; aquella noche la pasé en capilla. Sin embargo, me dormí (porque, ¿qué pena es capaz de vencer al sueño de una criatura?); pero me dormí rezando cuantas oraciones sabía, para que me librara la Virgen de las iras del Padre.

Por la mañana, al despertar, sentí gran pena de ver el nuevo día. Solíame ya vestir y desnudar solo o con muy poca ayuda. Pero no me levanté: me hice el remolón, por si así pasaba la hora y dejaba de ir a la temible escuela.

En esto, siento rumor de caballerías en la calle; a poco, el tilín de la campanilla. Abren, y suena una voz:

—¡Mi hijo!

Era la voz de mi bendita madre.

XXXII

Reaparecen mis padres.

Apenas calmada la algazara de besos, abrazos y voces de todos los miembros de ambas familias, exclamó *El Caballero*:

—¡Pero, Pepe! ¿Cómo has venido tan de sorpresa, sin escribirnos ni avisarnos?

—Pues, muy sencillo. Ayer, a las dos de la tarde, se recibió en Morón la noticia del cese de Malvar, y me dije: «¿Cesa Malvar?, pues cesa mi destierro.» Encargué a ésta (indicando a mi madre): «Haz los baúles, que esta tarde salimos para Je-

rez; hace luna, y en este tiempo se viaja mejor de noche.» Salí en busca de arrieros... y aquí me tienes.

—¡Hombre, que siempre has de ser así! ¿No consideras que si cesa el Intendente, otro le sustituye y no quedan destruídas ni la Autoridad ni la sentencia?

—¡Pues, ya veremos!—contestó mi padre, y prosiguió diciendo:

—El alma de allí es el viejo abogado Sancho, más absolutista que el mismo Calomarde. Como compañero, me ha guardado algunas consideraciones. Pero, sobre que el Guardián de San Francisco que me vigilaba no hubiera consentido que yo ejerciese, al primer pedimento ¡adiós las consideraciones de Sancho! Y yo no puedo seguir sin ganar un cuarto.

—Es verdad—observó D. Ramón (padre)—Pero de todos modos, si nos hubieras escrito antes, habríamos dado algunos pasos, tanteado el terreno, y visto si podías venir sin peligro. Cuando ahora, lo probable es que tu presencia provoque un escándalo, te metan en la cárcel y te sienten la mano.

—¿Dar pasos previos? ¡Nada peor!—repuso mi padre, con viveza.—Es evidente que las autoridades hubieran dicho que *no,* en redondo; mientras que, ya en el Puerto, harán la vista gorda. Allí tengo parientes y amigos, de todos colores; y los absolutistas, si me tienen ojeriza por las ideas, no pueden prescindir de sus relaciones de toda la vida.

—En eso tienes razón—afirmó doña Ana.—Pero, el niño me lo dejan aquí hasta que os establezcáis y veamos lo que pasa.

—¡Hasta ahí no, mi señora doña Ana!—exclamó mi madre, saltándosele las lágrimas al ver que mi padre hacía un gesto de conformidad.—Yo les estoy a ustedes agradecida con el alma por lo que han hecho y por lo que quieren a mi hijo; pero, ¡he sufrido tanto, separada de él! Comprendan ustedes mi pena, por el disgusto que tienen en dejarlo.

Como la verdad y el sentimiento íntimo se imponen, no insistieron. Sólo añadió la *Abuelita,* con vehemencia:

—Pero le dejarán venir conmigo algunas temporadas.

—Sí, sí—dijo mi padre;—cuantas ustedes quieran.

Conformes todos con el trato, se pasó a otro asunto.

—¿Y qué te vas a hacer en el Puerto? ¿Tienes casa?—interrogó *El Caballero*.

—Allá veremos; por el pronto, iremos con mi suegra.

Mi padre, como se habrá advertido, era un andaluz por todos lados; pero más por dentro que por fuera, a causa de su exterior distinguido y su pronunciación fina y sin ceceo.

Dicho y hecho. Pagó a los arrieros, salió a la calle, buscó a otros para que transportaran los baúles, maletas y colchones al Puerto, y se dirigió a la posada de San Dionisio, donde sabía haber un coche para alquilar por asientos.

Llegado, topó en el patio con el posadero. Entonces cada oficio daba al hombre su tipo particular. No sucedía lo que ahora, que apenas se diferencian por el exterior más que los militares y los curas. Un posadero era un posadero; un sastre, no un hombre como otro cualquiera, sino un sastre; y lo mismo un peluquero, un labrador, etc. Sería necesario ser muy torpe, para confundir a un posadero de entonces con un mayoral o con un mozo de la posada.

—¿Tiene usted tres asientos en un coche para el Puerto?

—Precisamente, caballero, hace quince días que tengo pedido un asiento por un padre Capuchino, que necesita ir al convento del Puerto y no ha podido hacer el viaje por no haberse presentado nadie a pedir los tres asientos que faltaban.

—Pues, entonces, avísele; y, si está conforme, yo desearía salir mañana mismo. A oraciones, volveré por la razón.

—Pues, conforme. ¿Sabe usted el precio?

—¿Cuánto?

—Un duro por asiento.

—Vayan los tres duros.

Volvió mi padre gozoso, y refirió todas las diligencias que había practicado, la fortuna de encontrar un coche por asientos, lo módico del ajuste y la desconfianza del posadero.

A la sazón, ni se soñaban los ferrocarriles; quizá no estuviese hecho aún el de Liverpool a Manchester, el primero de que tuve conocimiento.

Viajar en coche era cosa exclusiva y hacedera para los potentados que lo poseían propio. En alguna capital de primer orden o ciudad como Jerez era raro encontrarlo de alquiler; y si no podía alquilarse por completo, era preciso esperar una o más semanas, como el padre Capuchino.

Por aquel rincón de España, lo corriente las calesas; pero dicho vehículo, ya fósil, era propio para las grímpolas y demasiado peligroso para viajar con criaturas.

A las diez del día siguiente, a la puerta de la posada de San Dionisio, entrábamos en la gran caja de un antiguo coche de sopandas: mi madre con la niña en brazos; el Capuchino, que, por su venerable aspecto, sus maneras distinguidas y hermosa barba negra, debía de ser un personaje de la orden; y mi padre, conmigo. Colocaron a mi madre en el testero a la derecha, el Capuchino a la izquierda, mi padre en frente, con el niño y la niña pequeñita.

El mayoral tendió el látigo, y tomó la dirección del Puerto por el camino del Portal.

XXXIII

La escuela de los frailes.

Mientras se prosigue el viaje, volvamos con el pensamiento a Jerez, que se alejaba lentamente a causa del mal estado del camino, carretero por entonces.

No he de llevarlo hacia el lado de mis sentidas emociones: pasen en silencio, por cuanto que no importan al lector ni a mi propósito.

La Escuela de los Frailes: esto, ya perdido en el tiempo pasado, es lo que conviene revelar; y no por estímulo de vengan-

za, sino para que sirva de ejemplo (y no vago) en el presente y de enseñanza en el porvenir.

La escuela puede dividirse en tres partes: el edificio, el maestro y los discípulos.

De la escuela edificio queda relatado lo de más: ¡un granero! No resulta muy apropiado que digamos. Bóveda baja, que achanta el espíritu; arcos y pilares anchos, que pesan y comprimen; luz escasa y baja, que alumbra las piernas y deja a oscuras las cabezas... no me parece que resulta la construcción más adecuada al caso. Aquellos frailes de Santo Domingo eran ricos, bastante para haber dispuesto un local menos impropio; pero, sobre que tales cosas, aunque ya escritas por ilustres pedagogos de fuera y dentro de España, lo eran en libros que olían a chamusquina y que no debían tenerse en cuenta en los conventos, para ser escuela de éstos no resultaba mala. No seamos egoístas. El convento tenía su escuela para hacer frailecitos, que es lo justo. Si admitía niños indistintamente, era porque no salían tonsurados del vientre de sus madres; pero si los escolares no iban para frailes, para frailes debían ir, y cometían una especie de burla al justo propósito de la institución. Mirado así el asunto, bajo su verdadero aspecto, el granero resultaba que ni de molde.

El maestro... Mucho tiempo le guardé enemiga; y, a poder, hubiéralo metido con el cuervo en un saco atado por el cuello, y lo hubiera echado al río. Después, poco a poco ha venido a ser una de las personas que me han inspirado mayor lástima.

Tenía cerca de cuarenta años. Aquella amplitud hercúlea de cavidades, aquellos brazos y piernas cortos y musculosos, aquel pelo recio y negro como el azabache, contrastando con el color blanco rosado de su rostro, estaban declarando un Aquiles de los campos andaluces, metido y oprimido contra naturaleza en la cogulla y por los claustros del convento. Y a ese sér, como una caldera de vapor de mil caballos con las válvulas cerradas, ¡se le pone a doctrinar chiquillos!

Yo, por fortuna, me libré de él. Pero ¿cómo el infeliz habrá

podido librarse de sí mismo? El caso es que no puede echársele la culpa al Prior. ¿Qué podía saber el buen Padre de estas cosas, si hoy, que se saben, tampoco se tienen en cuenta para nada? Me atrevería a apostar que al ver a aquel fraile tan rijoso, no le pareció apto para el púlpito, ni menos para el confesonario; y que, con santo acuerdo, lo mandó a que hiciese ejercicios de paciencia bregando con chiquillos.

No quisiera maliciar; pero, de todos modos, esa malicia es la que casi me hace hoy simpático el recuerdo del Padre. Aquella contestación inocente del chicuelo, inocentemente entendida por mí entonces—«¡Si el padre es su tío!»—punto de maliciosa interpretación después, es exacta. Digo que aquel hombre era un hombre bueno y excelente en su medula, convertido en fiero y brutal por el absurdo medio en que vivía.

Mi sospecha se ha fundado en un hecho de observación: en el modo más sañudo y feroz de pegar a su sobrino. Si, en efecto, era sobrino, el fraile sería un malvado; pero si era hijo, el fraile sería un corazón hermoso que brotaba sangre y dolor por invisibles heridas.

Los caracteres fuertes son más dados a los raptos con las personas muy queridas que con las indiferentes o extrañas. Obsérvese a la mujer celosa que araña a su amado, la madre que se enfurece con su hijo más querido. Poned este rapto en un padre exaltado por la imposibilidad de serlo socialmente, en un organismo tan brioso y en un maestro como los de su tiempo (llevaban por lema pedagógico *La letra con sangre entra),* y quedará todo explicado.

Muchas veces me he detenido a pensar en el forzoso celibato del sacerdocio. A primera vista me pareció siempre absurdo y ocasionado a la inmoralidad. Cien sacerdotes castos no dan ejemplo de nada; uno que deje de serlo escandaliza y desmoraliza más que cincuenta laicos libertinos.

Mirando más a fondo, se echa de ver que el sacerdocio tiene que ejercer ciertas funciones incompatibles con la vida de familia: las misiones y otras. También hacen gran fuerza va-

rias razones históricas: la evitación de la casta sacerdotal, peligro el más grave para las sociedades y para el progreso; la necesidad imperiosa que, en la Edad Media, tuvo la Iglesia de reforzar su elemento militante.

Variados los tiempos, sin que pretenda enmendar la plana a quien sabe más, columbro que podrá llegar el día en que esto del celibato eclesiástico sea capaz de sufrir alguna modificación. El párroco, el sacerdote sedentario, casado podría estar mejor que con el ama, con hijos mejor que con ahijados y sobrinos. El que tuviese perfecto dominio sobre la carne podría permanecer soltero, así como aquel a quien su espíritu le llevase a las misiones o a la vida de penitencia, de sacrificio y de pobreza.

También me parece vislumbrar que han de sufrir cambio otras cosas: la pobreza, por ejemplo. Eso de ser pobre, viviendo de limosna, me parece duro; porque es cargar con la necesidad de su sostenimiento a otros pobres que trabajan. En vez de esto, sería muy loable llevar al espíritu de comunidad religiosa (como ya se inició) a sanear comarcas insalubres, con menosprecio de la vida; repoblar yermos; restaurar campos estériles por el abono, el riego, las labores, el avenamiento, etcétera; y hecho esto, repartirlo entre los trabajadores de buena conducta que les hubiesen ayudado, para seguir la comunidad en la pobreza y proseguir su santa obra en otra parte.

Tengo fe en que, modificada la condición del celibato y con pocas variantes en la dirección de las sociedades religiosas, se llegaría muy pronto a la Iglesia universal. Las diferentes sectas protestantes han de sentir, cada día con mayor fuerza, el vacío de autoridad, que más que en ninguna esfera se siente en los últimos límites del espíritu. El Pontificado no se funda ya en el Poder temporal y exiguo de un reinecillo, y contrasta, en unos tiempos como los presentes, verlo acatado por reyes y emperadores, árbitro de sus litigios. ¿Cuál otro ha de ser el centro religioso y moral del porvenir?

Pero volvamos al fraile.

Digo que este y otros, no frailes, me han demostrado que los célibes no pueden ni deben dedicarse a la enseñanza de la niñez y de la juventud. Creo firmemente que la Ley debe prohibirlo.

El célibe, sacerdote o seglar, es continente o incontinente. Si lo segundo, mal dechado. Cese el error de que sólo se enseña por el oído: se enseña por todos los sentidos y potencias, desde la punta de los dedos hasta la punta de los cabellos, y desde el sentimiento del amor hasta el sentimiento de matar y destruir. Pero nada se enseña que resulte útil si no se le pone el sello del ejemplo.

Y si es continente, no resulta menor su ineptitud. El continente vive en lucha interior hasta entrada la vejez; para serlo, tiene que convertirse en rígido y severo consigo mismo. Esto, juntamente con cierto desabrimiento y como tristeza interior que se experimenta, aboca a la irascibilidad y quita al sujeto toda aptitud para sufrir a las criaturas, haciendo su trato para con ellas antipático y seco.

También enseña el fraile que, si para ser soldado se exige talla, anchura y otros requisitos, no se comprende que, para ser maestro, sólo se exija haber cursado ciertos estudios. Para maestros se deben desechar todos los contrahechos y ridículos, los excesivamente duros de fisonomía y forma, los neurópatas, impresionables e impacientes. Si ellos equivocaron su vocación, el Estado debe decirles que no va por ahí su camino.

Y vamos a los muchachos de la escuela. En ellos hay muy poco que observar, o, por mejor decir, observé muy poco entonces. Más chicos o más grandes, mejor o peor vestidos, unos rubios y otros pelinegros. Pero, a la verdad, resalta que éramos todos así como una masa de punición.

¡Cuánto castigo en tan breves días! ¡Denuestos, riñas, voces amenazadoras, pescozones, penitencias (hincados de rodillas y en cruz), disciplinazos, sobas con vara arrieril, pérdida de comidas, calabozo oscuro! ¿Qué más puede inventarse para hacer de la escuela un purgatorio?

Resumen: ¿qué aprendí allí? Aprendí a odiar la escuela con horror, con terror; a tener miedo de los frailes.

¿Y nada más?

¡Ah, sí! De rezar por mera rutina, a rezar con el corazón para pedir misericordia; a tomar a la Virgen como abogada; a ver un milagro suyo en la inesperada venida de mi madre.

XXXIV

Cádiz en 1832.

Lo corrido del siglo: eso llevaba, por lo menos, de adelantada la cultura de Cádiz sobre el resto de la Península el año treinta y dos.

Y se comprende bien. Acababa de ser el puerto comercial más importante de España. Ni Barcelona ni Bilbao podían comparársele. Frecuentada por las marinas de guerra y mercantes de todas las naciones, visitada diariamente por extranjeros, habitada por muchos comerciantes genoveses, austriacos, ingleses y franceses, la ciudad gaditana ofrecía un carácter de cultura y buenas formas que contrastaba con la rudeza del resto del país. Agréguese a causas tan poderosas la circunstancia de haberse reunido en ella, con motivo de sus Cortes del 12 y del 23, lo más granado, sabio y culto de la nación.

Pero su zona de cultura era muy limitada. Fuera de Cádiz y la Isla, ya en el Puerto de Santa María, en Puerto Real y en en Sanlúcar se debilitaba, y más allá se extinguía por completo. La divisoria era tan marcada, que a los jerezanos y vecinos de los restantes pueblos se les conocía con el nombre de *gansos:* gansos de Jerez, de Rota, de Medina, etc.

Aun siendo el Puerto de los más privilegiados bajo el aspecto de la cultura, bueno será que demos una idea del verdadero estado de ella; y no por relato más o menos amañado, sino por lo que resulta de la vida íntima de las personas que se movían a mi alrededor.

XXXV

En el Puerto de Santa María.

Llegados al Puerto, el padre capuchino se bajó en La Victoria, próximo al convento de su nombre. Nosotros continuamos hasta la calle de la Nevería, apeándonos ante un portal oscuro de una casa de la acera de la derecha.

Esa casa era la de mi abuela materna, o por mejor decir, de su tía doña Francisca Gil. Véase la casa y entablaremos después relaciones con la familia.

Abierto el portón, tirando de un cordelillo que por el zaguán levantaba el picaporte, entramos en un patio enchinado y limpio, si no lo afeara un caño descubierto que, siguiendo el zaguán, corria a morir en otro caño mayor que iba por la calle.

El patio, cerrado por sus cuatro frentes, en cada uno ofrecía una puerta: la de entrada, que pasamos; la frontera, al lado opuesto, y en los muros de izquierda y derecha otra puerta, respectivamente, y una ventana de reja a uno y otro lado de ellas. El patio carecía de corredores y arriates: la planta baja sólo.

Doña Francisca se redujo a vivir en el lado o pabellón de la izquierda, y nos dió posesión del de la derecha.

Para vivienda interina y gratuita, no resultaba mal: una sala grande, con la puerta de entrada y una ventana; una alcoba cuadrada, espaciosa, alta de techo y su ventana de reja con la correspondiente celosía, dando vista a la calle; otra alcoba espaciosa, con la segunda ventana del patio; y cocina, despensa y fregadero en una pieza, en el centro o fondo del pabellón.

Mobiliario: sillas del Norte, bordeando la sala, pegadas a la pared; en su lienzo mayor, una cómoda barrigona, de caoba con incrustaciones de madera amarilla, bocallaves y tira-

dores de metal; sobre la cómoda, un tintero triangular, de barro vidriado, y dos candelabros de lo mismo con un a modo de león por pie. Las alcobas, una cama de caoba en cada una, también con incrustaciones amarillas; cúbrenlas viejas colchas de damasco; agréguense cuatro sillas bajas del Norte, y queda hecho el inventario.

El departamento de doña Francisca era igual, con leves variantes de amueblado. La sala, con una cómoda gemela de la descrita; encima, un conejito de yeso, que a cualquier movimiento subía y bajaba la cabeza; a los lados, dos vasos grandes, de vidrio antiguo con flores pintadas en el mismo, y flores naturales metidas por los cabos en su capacidad; las serias filas de sillas del Norte; en el esterado suelo, al centro, un brasero de cobre (sin fuego) y su badila, embutido en un gran ruedo de caoba negra claveteado de metal. Las alcobas, con dos y tres camas; en la cabecera de una, un crucifijo de metal; al lado, una pililla de vidrio antiguo, para el agua bendita, y un rosario de cuentas gordas.

La modesta morada, sin embargo, tenía un no sé qué de tranquilo y digno que me fue simpático.

Quizá por eso mi curiosidad se dirigió hacia la persona que vi más en consonancia con aquélla.

Conocí por primera vez a mi abuela, colorada, fresca y algo gorda; a mi tía Dolores, preciosísima niña de doce años, hermana de mi madre. Vi a Santiago, mozalbete de quince a diez y seis años, que estuvo con nosotros una temporada en Medina; y volví a ver a mi hermana mayor.

La que me impresionó más, como he dicho, fue la tía doña Francisca. Y lo extraño del caso consiste en que su persona no presentaba nada de particular. Eso sí, era muy vieja: había cumplido ochenta años; no estaba encorvada y caduca; pero tampoco tiesa, ni aun menos espetada. Mediana de cuerpo, fisonomía tranquila, regular, ni agradable ni desagradable. Enjuta sin ser flaca, entre blanca y morena, pelo negro, escaso, con pocas canas. Ni hizo extremos al vernos, ni nos reci-

bió groseramente, sino con sencillez natural. Vestía saya negra, corpiño de igual tela y color, y un pañuelo negro con franja blanca al cuello, muy ceñido a éste con un alfiler.

Mi abuela materna era viuda de un maestro de música, procedente de la antiquísima escuela de canto, la primera quizá del mundo: el Monasterio de Monserrat. Muy estimado en el Puerto, paró en la cárcel cuando cayó el *Sistema* el 23: así llamaban por aquel entonces al período constitucional. Si liberal y patriota, no era el músico hombre de armas tomar, antes dulce y morigerado; lo cual no bastó para que del primer empuje dieran con él en prisiones, enfermando del susto y muriendo a consecuencia.

La viuda, con dos hijas y un hijo, fue amparada por su tía Francisca (o doña Francisca, como ella se hacía llamar por todos los extraños, sin consentir el apeo más que a la familia). Vivía con su hermano Sebastián, soltero como ésta y aún más viejo, pues había cumplido *cuatro duros y una peseta*.

Sebastián conservaba también todos sus sentidos y potencias, sin doblegarse a la edad; era alto y proporcionalmente grueso; vestía chaqueta y sombrero redondo; sólo el día del Corpus variaba de uniforme, sacando un levitón y un descomunal sombrero de copa, que su hermana guardaba cuidadosamente.

Vivían en paz y muy tranquilos con doce reales diarios, producto de tres casas heredadas de sus padres, y las cuales, a los cuarenta años habían dado en vitalicio para quitarse de cuidado; fué cláusula, además, que habían de vivir en una de ellas hasta la muerte de ambos hermanos (la de la calle de San Bartolomé).

Sólo podía advertirse entre ellos alguna contrariedad, pero mansa, apenas perceptible: cierta cosa en la hermana, porque Sebastián no quería salir del chaquetón. Los domingos, principalmente, al ir a misa,

—Pareces un *tío*—le decía.

Fuera de esto, siempre se la veía tranquila como un vaso

de agua. Sin embargo, recuerdo otra excepción. Tenía una sobrina, prima de mi abuela, y a quien dábamos el nombre de *Antonia la larga:* en efecto, era alta, delgada y desmañada. Con gran frecuencia solía ir a casa de la tía.

—¿A qué vienes aquí?—le preguntaba.

—Pues, ya lo sabrá usted, a ver si me da alguna cosita.

—Siempre lo mismo, siempre pedigüeñeando; si tu abuelo resucitara y te viera tan zarrapastrosa, se volvía a morir de vergüenza.

—¡Como *semos* tan *probes!*

—«*¡Semos, probes!*» Has perdido hasta el modo de hablar; se puede ser pobre y vivir con decencia; pero te casaste (a pesar de todos) con el primer tío del campo que se te puso en el moño, y te has vuelto tan tía como él. ¡Toma y vete!

Le alargaba una peseta, tercera parte de su renta, y terminaba con eso el coloquio.

Doña Francisca iba a misa primera todas las mañanas. No tenía visitas ni relaciones: por no recibir visitas, ni aun de frailes; bien es verdad que para éstos las hacía excusadas la circunstancia del vitalicio.

Con sus tres pesetas (eso sí, limpias de polvo y paja) y con su casita para morar mientras viviese, no sólo era feliz, sino que cubría multitud de atenciones benéficas. Tenía recogida a su sobrina Dolores y a sus dos hijos; todos los sábados repartía diez ochavos entre otros tantos mendigos que acudían al portal de la casa, y diariamente tres, lo menos, al salir de la iglesia. Mandaba decir su misita de a dos reales una vez al mes, por el alma de sus padres, y hacía otras limosnas a las ánimas benditas.

Cierto que la vida era entonces más barata, y que el dinero valía más; pero el milagro resultaba del orden.

A las doce, la sopa humeante de pan o de fideos amarillos; después, en un gran plato sevillano a modo de lebrillete se volcaba el puchero, compuesto de fríjoles, garbanzos y verduras del tiempo, ya coles, ya acelgas, tagarninas o calabaza

y judías verdes. En medio, por lo regular, formaban una pirámide la carne de vaca o de carnero, el tocino y los pedacitos de chorizo y de morcilla. Con esto se llenaba el estómago satisfactoriamente, ayudando la digestión un vaso de agua pura, unas aceitunas aliñadas, alguno que otro higo y hasta un trocito de queso.

Por la tarde, a los niños nos regalaban con merienda, consistente en frutas y un cantero de pan.

A las ocho en invierno y a las nueve en verano, la cena: un guiso de patatas, con algunos fragmentos de carne, y ensalada; a veces, ensalada y pescado frito.

Pues bien, tal alimentación, vestidos y calzados, y socorros a vivos y muertos, todo salía sin dificultad ninguna del vitalicio, administrado por las manos de doña Francisca.

No sabía leer, ni tampoco escribir; sus hermanos, mucho menos; mi abuela, ídem per ídem. Mi madre sí, por milagro del amor, y véase cómo.

Ni su madre ni su abuela quisieron que aprendiese. Decían que esto era muy bonito, pero que había de tener el peligro de los novios cuando anduviera el tiempo; y, para evitar cartitas, las mujeres no debían saber leer ni escribir.

Pero, cátate que huyendo del perejil les dió en la frente. Mi padre, de estudiante, vió a mi madre y quedó perdido de enamorado. Enamorado debía quedar, cuando mis abuelos paternos se alarmaron; y, para apagar el fuego, pusieron tierra por medio trasladándose a Jerez.

Aun así, nada consiguieron. Cursando en Sevilla, a la menor ocasión, diez días de rabona, un caballo alquilado o prestado por cualquier amigo, y ¡zas! al Puerto, callandito. ¿Vacaciones en Jerez? Pues, ya todos recogidos y dormidos, del balcón a los hierros de la ventana, de la ventana a la calle y trota que trota al Puerto, para regresar a Jerez; y vuelta, de la reja al balcón, del balcón al dormitorio, para que lo encontraran en la cama.

No andaban menos avizores doña Francisca y la abuela: al

portón, llave y cerrojo; nada de cordelillo al picaporte; persianas clavadas; hojas de ventana, cerradas con candado.

Véase un procedimiento original de pedagogía, y que no se le pudiera ocurrir al más pintado. Y, sin embargo, es lo cierto que por él y sin otro maestro aprendió a leer regularmente en un mes o poco más mi madre; y aprendió a escribir, del modo que luego se verá.

Para leer, tomó un catecismo de doctrina y preguntó dónde estaban la Salve y el Padrenuestro, a la primera criatura que sabiendo leer le deparó el acaso. Acto seguido, se puso a mirar la primera letra de la primera palabra, luego la segunda y todas las sucesivas; y ella, haciendo su composición de lugar, decía: «*Pa-dre,* la primera sílaba es *Pa*, la segunda es *dre;* con la punta de la tijera rayaba en el revés de una puerta, y como podía, una *P* y una *d* como las de imprenta. Luego venía «*nues-tro*» y decía para sí: la primera es la *nues,* la segunda *tro,* y rayaba en la puerta *n, t*. De este modo, cavila que cavila y dale que le das, con un lápiz escondido en el seno y una hoja de papel cualquiera, comparando palabras escritas en cartitas de mi padre con las del Padrenuestro y de la Salve, que sabía de memoria, pudo leerlas y llegar a contestarlas.

El tío Sebastián no sabía leer, por otra causa: no tuvo vocación de cura ni de militar, y fuera de ambos casos, para nada hacía falta. Antes por el contrario, si se pertenecía a la clase de heredados propietarios, era un título honroso el no saber escribir: muestra de no pender del trabajo personal, de ser independiente, de vivir de lo suyo y ser un caballero. He aquí, también, la explicación de que a doña Francisca no le gustara ver de chaquetón a su hermano.

Del sobrino Sebastián miraban como una desgracia que supiera leer y escribir; pero se resignaban al verle de aprendiz de procurador, ya que no teniendo qué heredar no le quedaba otro remedio.

Curioseando los cajones de la panzuda cómoda, descubrí

unas telas llamativas. Como estaba cerca mi abuelita, le pregunté qué significaban aquellas casullas.

—No son casullas, son trajes del papá y de la mamá de tía Francisca—dijo.

Y para saciar mi curiosidad, sacó a luz: unas enaguas, rameadas de oro y seda, que se tenían de pie; unos corpiños, tan ricos o más; una casaca grana, bordada en colores, y bastantes encajes.

—¿Eran obispos?—pregunté.

—No, niño, eran un caballero y su mujer: D. Sebastián Gil de Gragea, última familia conocida de los que quitaron el Puerto a los moros (1).

Entonces no comprendí aún qué es lo que tenía para mí la tía Francisca, quien, sin poseer nada ni hacerme extremos, me inspiraba un respeto simpático y agradable. Pasado mucho tiempo, he venido a caer en que sentía en ella el tipo (ya perdido) de la antigua mujer española, sencilla, ignorante, ordenada, limosnera, modesta y de un vivo sentir la propia dignidad como legado de familia. Cosa ya rarísima la última; pues, por lo común, en las demás gentes de aquel tiempo y del actual, no la he vuelto a ver sino bajo el aspecto de su caricatura, por el lado de la vanidad o de la soberbia.

XXXVI

«¡Yo no quiero ir a la escuela!»

Había entrado en los cinco años. No cabía apelación: el purgatorio abría sus puertas para darme entrada.

Antes de encontrar mi padre casa ni trabajo, fué a hacer-

(1) De aquel tiempo de la reconquista por Don Alonso el Sabio, sólo he podido encontrar leves vestigios: la imagen de la Virgen de los Milagros, que se conserva en la Iglesia Mayor; pequeños trozos de lienzos en los muros del Castillo; un chapitel, dos arcos y el balaustre principal (de madera) de la escalera de la casa arruinada de la calle de la Misericordia, donde estuvo el teatro.

nos una visita mi padrino. Era un comandante, retirado joven por casarse en el Puerto con una señora acaudalada. Amigos y casados unos y otros, mis padres fueron padrinos del primer hijo, y ellos lo fueron míos.

Apenas me había sentado sobre sus piernas y dádome unos cachetitos, cuando exclamó:

—¡Cáscaras, y qué crecido está mi ahijado! Ya debe de andar en los cinco años. Es preciso que lo lleven a la escuela: yo me encargo de su educación; quiero tener ese gusto. El compadre no piensa en nada; cuando venga, dígaule que me vea.

En efecto, mi padre había salido.

Escuché la sentencia como puede suponerse; y, apenas se retiró el padrino, me eché en brazos de mi madre rogándola que no me mandase a la escuela. Como no la viese conforme con mis deseos, lloré. Mi madre, sin decir sí ni no, procuraba tranquilizarme.

—No temas, allí van muchos niños como tú y juegan. El maestro les regala muchos dulces y estampitas; tú verás cuántas cosas te enseña y lo bien que lo pasas.

Cálculese el efecto que me harían sus palabras, a mí que escapé milagrosamente del granero de Santo Domingo. Claro está: el llanto pasó a rabieta.

Con mis padres, no me creía en el deber de reprimirme. La escuela era horrorosa; como tal la sentía, declarando mi aversión.

A los dos o tres días, cuando yo esperaba que se hubiese olvidado el asunto, mi padre me tomó de la mano.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A la escuela.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—dije, demudado.

—Es preciso, hijo mío, ya tienes edad.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—repetí llorando y tirando para desprenderme de su mano.

—No hay más remedio, hijo—replicó sujetándome.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—y me tiré al suelo.

Mi padre me tomó en brazos, sin hacer caso; o por mejor decir, violentándose poco menos que yo. A pesar de mis gritos y protestas, dió conmigo en una accesoria de la misma calle de la Nevería, esquina a la de Palacios; donde, con puerta de calle a la vía pública, se hallaba establecida la escuela de don Diego Choquet.

Saliónos éste al paso, haciendo genuflexiones y afectando finura. Yo no cesaba de llorar y patear, mientras mi padre y el maestro se entendían: la cosa era clara, que llevaban un torito al matadero.

Hecha la entrega en forma, procuró mi padre desasirse y retirarse. Pero, ¡aquí fué ella! Me agarro a sus piernas, y por poco no le tumbo. Mi padre queriéndose despegar, el maestro tirando de mí con buenos modos, yo chillando y forcejeando, no sé si formábamos un cuadro patético o ridículo. Venció, como siempre, la fuerza cuando no la autoridad, y quedé prisionero.

Retirado mi padre de la escuela, cogiéndome de un bracito el maestro, con más energía y menos amabilidad, me llevó al puesto vacío de una banca; y en el banco correspondiente me sentó, haciéndome dar una culada. Advertí con esto que alboreaban los procedimientos del Fraile; y tuve que reprimirme lloriqueando bajo, haciendo pucheros y limpiándome las lágrimas con los puños.

No hice más, ni recuerdo más de las tres horas que debió durar la clase.

A las doce, el ayo de la escuela puso en fila de a dos a todos los chiquillos, y se disponía a partir con nosotros; pero el maestro, reparando en mí, vió que tenía la cara horriblemente tiznada y llena de churretes. En efecto, sentado delante de una banca de escritura, manchada de tinta luengos años, mis puños, chorreando lágrimas y refrescando la tinta, se habían convertido en dos brochas con las cuales me puse como nuevo. Entonces el maestro, sacando su pañuelo moquero, comenzó a

restregarme; y, no siendo suficiente, le echó varias salivitas, consiguiendo algo más con tan singular jabonadura.

Una vez *limpio* así, la escuela en pleno, con el ayo detrás, se puso en marcha. Como mi casa era la más próxima, me dejaron en el zaguán, y la escuela siguió su procesión.

Mi pobre madre, al verme tan churretoso y sofocado, dolióse de mí. Por la tarde, al oir la voz de un chico que gritó en el portón, *Fulanito de Tal,* contestó mi madre:

—Está malito.

Pero, al día siguiente no hubo tu tía: a la voz del chicuelo, mal de mi grado, tuve que incorporarme a la escuela, tomar puesto en la fila y, llegando a la clase, ocupar mi sitio.

XXXVII

Una escuela particular.

La escuela, instalada en una accesoria, esquina a las calles de Palacios y la Nevería, según dejamos relatado, guardaba en su interior la misma forma angular de las fachadas, esto es: una crujía en paralelógramo a una calle; otra crujía igual a la seguñda calle, y ambas continuas por el vértice de su intersección. Al muro de la Nevería, dos ventanas con reja; al de Palacios, la puerta acristalada de ingreso y otra ventana enrejada; todas, con sus respectivas vidrieras. Al testero de la crujía de la Nevería, una puertecilla cerrando un cuarto oscuro: en él un mal excusado, consistente en una tabla horizontal perforada por un gran agujero, a la altura proporcionada para adultos; el resto de dicho cuarto quedaba libre, para una tinaja de agua con tapadera de pino, sobre la que descansaba un jarro de lata abollado y mohoso.

Esto y no más constituía la escuela. Respecto a iluminación, mejor que el granero del convento, en virtud de las tres ventanas y la puerta de calle; en cuanto al aire, peor que

aquél, ya por estar en planta baja, ya por tener cerradas las vidrieras, ya por la fétida boca del retrete, que, sin válvulas ni otro aparato aislador, unificaba el ambiente de la escuela con el de la letrina.

Muebles, los ya consabidos: bancas corridas y sus bancos correspondientes; pero no en hileras, sino bordeando las paredes. La mesa del Profesor hallábase en el testero de Palacios, puesta sobre una tarima y cercada por una baranda de madera. El sillón, tosco: espaldar de costillas, brazos de palo y asiento de anea. En el testero de San Bartolomé, entre la puerta del cuarto oscuro y el rincón, la mesa del ayo, vieja, con una pata rota atada con bramante; detrás una silla, más vieja aún y desfondada, supliendo esta falta las tapas de un diccionario desencuadernado. En las paredes, cartones con silabarios, máximas de urbanidad y cortesía, un cuadrito con la estampa de San Casiano (puesto encima de la silla del ayo), y otro cuadro de mejor ver, con un cristal que protegía a un escudo heráldico con múltiples cuarteles, pintado en una hoja de papel marquilla.

La población escolar, varía en edades y cataduras, desde el zangón de diez y seis años hasta el párvulo de cuatro; niños regularmente vestidos, unos; sucios y mal calzados, otros. Era *Escuela* particular, quiere decir, no de patronato ni convento; por aquel entonces, en Andalucía, era excepcional que las hubiese a cargo de los Municipios.

Pasado bastante rato de estar quietecito en mi asiento, extendió el ayo su larga mano flaca hacia mi dirección, y recogiéndola hacia sí, entendí que me llamaba.

—Caballerito—me dijo,—¿sabe usted las letras?

Le contesté que no, quitándome bastante miedo el oirme llamar caballerito y darme tratamiento de usted; cosa a que no estaba acostumbrado, y menos por el Fraile, cuyas palabras aún me hacían retintín en los oídos.

—¿Trae la cartilla?

—No, señor.

—No se dice «no, señor»; se dice «no, Padre». Diga a su gente que se la compre.

Cuando le hube contestado, tomó una cartilla refregándose un ojo; y haciéndome acercarme mucho entre sus piernas, para lo cual hizo girar la silla, me señaló la primera letra con la púa rota de una peineta de cuerno, que le servía de puntero. Al señalar así, yo dije:

—Jesús María.

Corrigióme él, diciendo *A;* dió un saltito chico con la púa, y recordé que debía decir *E;* otro saltito, y dije *I;* al otro, *O*, y luego *U.*

—Pues, caballerito, conoce usted las vocales.

Nada de eso: yo hube de recordar la taravilla de la amiga *Jesús María*, *A, E, I, O, U,* pero nada más, y ni por pienso el relacionar estos sonidos con sus signos.

—Bien, bien; ahora al revés. ¿Cómo se llama ésta?

—Jesús María.

El ayo, fijando bien el puntero sobre la letra donde lo tenía puesto, bajó la cabeza y volvió a refregar el ojo por la cartilla, diciendo:

—No, caballerito, ésta es la *U.* ¿Y ésta?

Yo no supe qué decirle.

—Pues esta redondita es la *O.* Vamos a ver, vamos a ver: ¿qué letra es ésta?—señalando la primera.

—*A.*

—Muy bien. ¿Y ésta?

—*E.*

—No, no; mírela bien.

—*U.*

—No; esta letra en forma de palito es la *I.* ¿Y esta redondita?

—La *O.*

—Muy bien, muy bien, caballerito. A ver si me las trae usted aprendidas para mañana.

Decididamente, el pobre ayo aquél se captó mis simpatías;

no me había llamado «*¡bruto!*» ni dado un simple coscorrón. Y eso que su proximidad era bien ingrata, por el empalagoso olor que despedía a carne vieja y ropa sucia.

Así, cuando, dadas las doce y rezado el *Bendito*, se formó la escuela para repartir los niños, tuve un malísimo rato al salir a la calle, a causa de que un par de rapazuelos, desde la opuesta esquina, comenzaron a abuchear al ayo con las siguientes voces:

—*¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco! ¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco.*

Lo mismo, sobre poco más o menos, que a mi inolvidable amigo el *tío Mejía*.

Desgraciadamente, era verdad: el ayo así se llamaba, don José Vivanco; y no era menos verdad que le faltaba un ojo, y que por efecto de un ataque cerebral antiguo, arrastraba la pierna izquierda, y tenía zopos el brazo y la mano del mismo lado.

Con esto y su vestimenta, resultaba una desdicha andando, muy a propósito para que los chiquillos de mala educación se metiesen con él.

Alto, lo hacía más su delgadez famélica. En la cabeza, un abollado sombrero de copa alta. En la cara, una cuenca vacía; el otro ojo, saltón; cuenca y ojo cubiertos por gafas de ancha armadura de hierro y dos cristales como culos de vaso; nariz larga, y más delgada que larga; boca algo torcida, por la parálisis.

Cuello: representado por alto corbatín, que fue de terciopelo en sus principios; y que, perdiendo el pelo, quedó terso de mugre.

Levita no mejor parada, abrochada hasta el corbatín para ocultar ausencias de chaleco y defectos de camisas. Pantalón lustrina, salpicado de manchas y lamparones: perniles cicateros y deshilachados por abajo. Botas viejas, remendadas y rotas, completaban el hato del infeliz.

Su biografía, aunque contaría más de cincuenta años, no

resultaba larga. Nació de un comerciante de los más acaudalados, cuando Cádiz era emporio del comercio. Los Ingleses le apresaron un barco de su propiedad, cargado por su cuenta, y le hicieron quebrar. El hijo, educado para caballero, muerto el padre, no encontró dónde meter la cabeza; y así, dando tumbos y luchando con el hambre, se fué al Puerto para ampararse de una sobrina casi tan pobre como él, casada con un empleado del Ayuntamiento, que gozaba de un sueldo de ocho duros mensuales. Con la sobrina encontró habitación en un zaquizamí; y hasta cama, de dos banquillos y tres tablas, donde ponerse horizontal; pero comida, vestido, calzado y ropa limpia, Dios lo dé.

Al fin se condolió la Providencia, deparándole el cargo de ayo de niños en la escuela de D. Diego, por el estipendio de treinta reales que mensualmente debía abonarle; pero que, en efecto, *debía,* porque a duras penas si le pagaba un mes y seguía debiéndole los restantes.

No eran solamente las miserias físicas las que los rapazuelos le echaban en cara, sino que también, con motivo del alto corbatín, ajustado con una hebilla hacia el cogote, le gritaban los muy malignos:

—*Don Pepito, ¿y la pringada?*

Contestando ellos mismos, con voz diferente:

—*En el corbatín la llevo guardada.*

XXXVIII

Silabeo y palotes, insultos y pescozones.

Al mes, conocía los abecedarios, minúsculo y mayúsculo. Empleé dos meses en aprender a deletrear, porque no podía entrarme en la cabeza que *f* y *a* sonaran *fa,* sino *efea;* pero, al fin, con paciencia, D. José Vivanco me enseñó a pronunciar las letras asociadas contra las leyes intuitivas de la lógica infantil.

No ocurrieron tan rápidos progresos sin despertar en mi

sér alguna inclinación torcida, algo de burla y superchería, mezclada de malicia, y su dosis de mentiroso. Por ejemplo:

Poníame a deletrear en un cartón que decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta*», etc. Como el ayo era casi ciego, y como yo, de oir esa retahila en alta voz a otros chicuelos, había aprendido de memoria tan extraña jerigonza, sin pararme a mirar puntero ni cartel, apenas comenzaba el silabeo, sin prestar atención ni mirar a lo apuntado, decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta sa-ya ra-ga-za.*» Y el ayo exclamaba: «Muy bien, muy bien, caballerito.»

A tal altura ya de progreso, dió principio otra enseñanza más dura, penosa y peligrosa para mí (entré en ella bajo la férula, más temible, del maestro D. Diego Choquet): hacer *palotes*.

¡Ahí es nada, hacer palotes! No recuerdo ninguna cosa que me haya costado más trabajos y disgustos.

En un papel pautado horizontal y diagonalmente, el maestro rayó cuatro ó seis palotes con una pluma de ganso, que, con cierto desgaire y muchas circunstancias, cortó *ad hoc* en mi presencia. Hecha la muestra en el primer renglón, me colocó la pluma entre los dedos, recitándome un discurso muy prolijo, del cual no entendí maldita la palabra. Mas, como me lo dirigía a quemarropa, todo lo que pude hacer fue mirar a la cara del maestro, sin pestañear y con tanta boca abierta. Recuerdo algo de falange y de índice y pulgar y dedo corazón; esto lo recuerdo, más que por el discurso, porque, tiempo andando, aquella misma perorata sobre el modo de tomar la pluma nos la hizo aprender de memoria en un librejo impreso, que contenía otras cosas parecidas y no menos útiles por cierto.

Cogióme la mano derecha, metiéndome la pluma entre los dedos, y a seguida me enderezó otra oración amena sobre el modo de colocar el papel (sujeto con la mano izquierda), la colocación de cara, cuello, hombros y no sé cuántas cosas más. Y como nada de esto fuera observado por mí, comenzó a darme estirones, ya del pescuezo, ya del brazo, ya del tronco, primero con suaves y después con bruscas maneras, hasta de-

jarme convertido en un garrote, de puro rígido (pues bien se dejará ver que mi deseo de conservar las posiciones en que me colocaba poníame tieso y envarado); con lo cual el maestro se desesperó, y gracias que por esa vez limitó su desahogo llamándome «¡torpe, bruto y animal!»

Ya solo, y algo repuesto del susto, mojé la pluma y pugné por hacer algún palote; pero, en vez de raya, salió de la pluma un goterón y solté un chapón mayúsculo. Al notar mi congoja el párvulo de al lado, cogió mi plana y pegó un lametón sobre la mancha, con lo cual desapareció lo negro, aunque creció lo húmedo y tiznado.

Con esto, proseguí mi labor, cuidando mucho de sacudir la pluma; pero, al ponerla en el papel, como húmedo que estaba, se corrió la tinta y mucho de lo lamido volvió a ponerse negro. Así, entre mortales angustias y conatos frustrados, llegó la hora terrible de enseñar las planas. Tocóme el turno y fuí temblando con la mía, cual reo que llevara el proceso de su condenación. El maestro se redujo a mirarme con enojo, hacer una piña de la plana y tirarla al suelo. Viendo que no decía nada y que otro chicuelo me seguía a la espalda, me retiré mohino y me senté en mi banco.

Sobre poco más o menos, así pasaron varios días, en lo que respecta a la escritura. Cada vez que venía D. Diego para enseñarme a coger la pluma, poner el papel y colocar el cuerpo, me quedaba más agarrotado, rígido y entorpecido de movimiento; la impaciencia del preceptor se acentuaba, y sobre sus frases halagüeñas intercalaba algún tirón de orejas y alguno que otro pescozón.

Con esto, mi susceptibilidad *impática* trocó en altiva mi naturaleza; muy altiva de por sí para tan corta edad, comenzó a sufrir una metamorfosis horrible. De nada servían mis protestas contra la escuela, ni mis lágrimas en el seno de la familia. De nada servía mi voluntad; tuve que reducirme a devorar en silencio aquella tiranía, sin sentir otro consuelo que reconcentrar mi odio al maestro y a la escuela, alimentando

en mi interior el deseo de venganza, aplazada para cuando fuese mayor y contara con las fuerzas suficientes.

¡Oh, qué educación tan apropiada para hacer de un buen niño un hombre criminal! Si al fin no lo he sido, atribúyase a la divina misericordia.

Y pues ya hemos entrado en relación con el maestro, será oportuno darlo a conocer.

Otro desgraciado, como el fraile, como D. José Vivanco; no menos digno de lástima, y cuya memoria más me mueve a compasión que a respeto, pero de ninguna suerte a odio ni malquerencia.

D. Diego Choquet era por entonces un hombre de cuarenta años de edad, bajo de estatura y fino de complexión; rubio color de lino, blanco y con chapetas rojas en las mejillas, escaso de barba y bien afeitado; limpio y raído en el vestir, a puro cuidar la ropa y el sombrero. En la escuela quitábase la levita para no deteriorarla, vistiendo un casaquín de lienzo crudo con mangas sobrepuestas de percal negro, para no rozar los codos ni mancharse.

Su fuerte era el pendolismo: hacía una redondilla que aventajaba a la impresa en las muestras; una gallarda, que ni con un compás; una inglesa, que parecía litografiada; y unos rasgos, lazos y garambainas que le enamoraban de sí mismo como Narciso en la imagen de la fuente.

Su otro fuerte era la urbanidad y cortesía; entendiendo por tales el hacer muchas genuflexiones y cumplimientos a los padres y tratar con gran crudeza, severidad e injusticia a los chicuelos, haciéndoles en cambio aprender de memoria un librejo empalagoso y necio que se titulaba *Libro de urbanidad y cortesía.*

Era casado, malavenido con su familia y con su suerte. Tenía un hijo en la escuela, ya zangón, al que trató con gran severidad hasta los diez y seis años, y con punible indulgencia desde dicha edad en adelante.

Detestaba su oficio de maestro de instrucción primaria,

para el cual, lejos de vocación, sentía antivocación y tedio. A grandes voces y casi diariamente maldecía de su estado.

El escudo de colorines que tenía a la cabecera era su único consuelo. Nos lo enseñaba con soberbia, y desde que los chicos escribían planas de pauta séptima (o sea, de dos rayas estrechas paralelas) les hacía suscribirlas de este modo:

Hecha por Fulanito de Tal, discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.

XXXIX

Una víctima de Trafalgar.

En efecto, D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, era hijo de un Alférez de Navío que murió en el combate de Trafalgar, y está de más la prueba si sería linajudo.

Creo difícil dar idea, ni aun remota, de la vanidad nobiliaria de aquellos tiempos. Quizá porque la aristocracia de sangre veía su ruina con el nacimiento de la clase media, forzaba hasta la caricatura su presuntuosidad *impatuosa*. Pero ni los que ostentaban títulos de Castilla, ni sus segundones (más vanidosos aún) podían compararse en este punto a la oficialidad de la Marina de guerra.

Desde Trafalgar, quedó arruinado el Cuerpo naval. El Gobierno, en sus apuros, escatimó los gastos, lo mismo para el material que para el personal. Pasáronse años sin dar una paga, y la miseria de los oficiales llegó al colmo. Brigadieres de Marina, con sus entorchados en la bocamanga, alargaban la mano, a las puertas de las iglesias, para mendigar una limosna. Los más honrados se deslizaban si podían por los almacenes del Arsenal, para hurtar con disimulo un pedazo de cobre o una herramienta o cualquiera cosa que poder vender para aplacar el hambre. Los propietarios de las palaciegas ca-

sas de la Isla de San Fernando, no pudiendo cobrar la renta, las dejaban arruinarse; luego arrancaban y vendían como hierro viejo los herrajes de puertas y ventanas.

Tanto abatimiento, tanta miseria y desolación, venían a recaer en una clase para cuyo ingreso era necesario hacer rigurosas pruebas de nobleza. Tales circunstancias, irritadas con el desdoro de la pobreza, exageraban hasta el delirio todas las formas de la vanidad.

Don Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, quedó huérfano muy niño. Viuda su madre, no volvió a ver una moneda del Estado; y en la estrechez no hizo poco con mandar al hijo a la escuela para que aprendiese a leer, escribir y las cuatro reglas de aritmética. Con tan escasa instrucción, logró distinguirse como pendolista.

Criado en la sociedad de gente famélica, pero bien educada y de alta jerarquía, ostentaba buenos modales, algo exagerados y afectados, por lo mismo también que con ellos pretendía dar a entender *quién es Calleja*.

Pero, al cabo, así como a D. José Vivanco lo arrojó la miseria a ser ayo, igualmente el hambre arrojó a D. Diego Choquet a ser maestro de escuela. Desdichas vivientes ambos, víctimas el uno de la presa de los Ingleses, el otro de la rota de Trafalgar.

XL

Nelson me da palmetazos.

No recuerdo el sinnúmero de meses que me chupé haciendo palotes, mas no he olvidado los castigos que por ellos sufrí. Sin tomar en cuenta las frases duras, los empellones y tirones de orejas, pasarían de cincuenta los *plantones*, otra suma igual de *estar de rodillas* y sus quince a veinte docenas de *palmetas*.

A decir verdad, comparativamente, no tenía derecho a

quejarme, pues no era de los peor, sino de los mejor librados.

Bajo tal aspecto, no dejaba de atemperarse el Sr. D. Diego a cierta justicia distributiva, fundada en una particular clasificación, a saber: niños que no pagaban, niños que pagaban mal y niños que pagaban corriente. Los honorarios variaban, de 20 a 40 reales mensuales.

Los de 20 debían llevar las plumas y el papel para las planas; además, todos los sábados un cuarto por el consumo de agua. Los que por pobreza o informalidad de los padres no pagaban, eran cuerpo enojoso; y el mal humor del maestro, no teniendo contrapeso, descargaba en toda su amplitud. Un tanto se retenía con los que al fin algo aliviaban las necesidades del maestro, y bastante más con los de paga saneada.

¡Qué pocos debían de ser, a juzgar por las estrecheces de D. Diego!

La escuela bien le saldría por tres duros mensuales de arrendamiento; cuatro o cinco, a lo más, la casa reservada de él y su familia; treinta reales el ayo y quince una criadilla. El presupuesto de tinta, plumas y papel no lo calculo; pero el de vestidos y alimentos no debía de ser muy largo, al menos por lo que desde la escuela se podía observar.

Comer nunca le vi, pero sí almorzar. A las diez en punto de la mañana traía diariamente el almuerzo a la escuela una criadilla mal hateada y poco limpia. Venía la refacción en una servilleta atada por los cuatro picos. Puesta sobre la mesa del maestro, éste desataba los nudos, la extendía cuidadosamente a modo de abreviado mantel y ordenaba el contenido, consistente en una cafetera de hojalata, una taza y un plato vidriado de Valencia, una cucharilla de peltre, un papelillo de estraza envolviendo una onza de azúcar moreno; y en rebanadas fritas, medio cuarterón de pan, o sea la octava parte de una hogaza.

D. Diego, con gran calma y con cierta fruición, vertía de la cafetera el chorro, no de café, sino de un té *nominal,* en la cuenca de la taza; le agregaba su cucharadita de azúcar, y

comenzaba a mojar allí y a roer de seguida, uno en pos de otro, sus picatostes. Concluídos, acababa por sorberse el infuso restante; y, por último, sonaba la cafetera, por si en su interior hubiese quedado algún remanente no desaprovecharlo. Una vez todo consumido, se limpiaba prolijo los labios con una punta de la servilleta, colocaba en el seno de ésta los trebejos y... a la criada, que salía con ellos tan campante.

¡Y que para esto muriese un Alférez de Navío en Trafalgar!

Por mi parte, le perdono las gruesas de palmetazos que me endilgó a cuenta de los palotes. Al recibirlos, ¡quién me había de decir que, no D. Diego, sino Nelson me los daba! A lo menos, éste tenía la mayor parte de la culpa.

A juzgar por la analogía, la comida debía de correr parejas; y ahora, con estos precedentes, cualquier lector podrá colegir el buen humor y temple de ánimo del maestro para llevar con paciencia la enojosa ocupación de educar niños.

Mas es el caso, que yo entonces no podía penetrar esas profundidades; que sólo experimentaba los efectos del mal trato y de la injusticia, a cuyo influjo, no solamente se fue depravando mi condición moral, sino que también sufrió retraso y hasta retroceso la parte intelectual.

Inducido a la idea de que el deber estribaba en copiar *palotes, puntillos* e *itulfis*, y en repetir como una cotorra la doctrina y las máximas de urbanidad y cortesía, al sentirme inhábil para ello y muy inferior a la generalidad de los otros niños, me convencí de mi torpeza, perdí gran parte de mis condiciones reflexivas y cesé en el hábito de preguntar. ¿Cómo preguntar, si diariamente me llamaban torpe y bruto? Era preciso, cuando menos, disimular brutalidad e ignorancia, no declararlas preguntando lo que no sabía; antes bien, convenía disimular y buscar trazas para dar a entender que estaba muy al cabo de todas las cosas.

XLI

Un encarguito a Puerto Real.

Habían corrido algunos meses. Mi padre pudo ya buscar casa y establecer su bufete de abogado.

La casa, de buen aspecto, estaba arrendada por partidos o pisos. En el bajo no recuerdo quién vivía. Nosotros, en el primero; y otra familia, con varios chiquitines, en el segundo. De éstos, uno era algo mayor que yo, otro de mi edad y otro más pequeño.

Como mi madre se encontraba en meses mayores y próxima a nacer mi hermana Adela, púsose en mi conocimiento que se había encargado a Puerto Real un niño chiquitito y muy bonito, que pronto traerían en un canastillo.

Con tal novedad sentí contento; y como llegaran los niños del vecino, les anuncié a mi vez la buena nueva. Pero, lejos de recibirla con sorpresa, el mayor, haciendo un gesto desdeñoso y algo autoritario, miró alrededor, volvió la espalda y con la mano vuelta comenzó a hacernos señas para que le siguiésemos. Así lo hicimos, dejándonos conducir hasta que, llegando al dormitorio más apartado, con el dedo en la boca indicó el mayor silencio; y levantando la colcha pendiente del costado de la cama y que caía hasta el suelo, allí, en aquella especie de escondite se entró a gatas, imitándole los demás.

Una vez debajo de la cama, con voz muy callandito, nos dirigió la siguiente perorata:

—No lo creáis. El niño no viene de Puerto Real. Sale de la barriga de las mamás. Y lo hacen los papás cuando se acuestan.

Aún entró en otras explicaciones más particulares y menos inocentes, por las que entendí que entre la florescencia y la fructificación no había intermedio: error feliz y de gran influencia posterior en el resto de mi vida.

¡La primera lección de anatomía, debajo de un pollero!

¡La primera lección de fisiología, debajo de una cama!

En tan delicada materia, la educación actual es insensata. Nos enseña en la Doctrina un mandamiento escrito con la palabra más cruda que consiente el pudor, y acto seguido pretende que la palabra se ignore y quede cerrada la inteligencia. Después de cometer tan ineficaz contrasentido, ¿qué se hace? Se abandona el asunto a la malicia, a que más tarde o más temprano un chicuelo más o menos inocente, más o menos honesto, éntre en explicaciones fisiológicas bajo su sucio aspecto pornográfico.

No me complace tocar ciertos asuntos; pero puesto que de educación se trata, no es posible dejar de ser ingenuo. Así, diré que nuestra educación, en muchas de sus faltas, acusa responsabilidades contra el clero. Su mal tino educativo ha contribuído a convertir en algunas criaturas el natural pudor en hipocresía.

Si el pudor es un sentimiento natural, creamos en él y no lo torzamos con la malicia.

Antes de enseñar a un niño un mandamiento que no está en aptitud de quebrantar, enseñadle una flor del campo; decidle lo que son estambre y pistilo, mostrándoselos; lo que es polen, y cómo fecunda al ovario convirtiéndolo en fruto con semillas. Después, al enseñarle los mandamientos, y si no se quiere corregir la palabra que el uso ha hecho grosera, decid a la criatura:

—Vosotros no sois flores, ni sois asnos, sino que sois mucho más. La flor del naranjo deja abandonado su fruto para que se pudra en la tierra. Vosotros, seres humanos, necesitáis consagrar vuestra unión sexual por un Sacramento que la dignifique y que asegure la educación y el porvenir de vuestra descendencia.

O Dios me ha quitado la facultad de discurrir, o me parece que eso es más sano y más honesto que dar lugar a que se reciba la lección debajo de una cama.

XLII

De tanto pulir, me despulen.

Considéreme el lector haciendo, no ya palotes, sino medios puntillos y puntillos por espacio de muchos meses, rezando la doctrina, dando la cartilla y cantando la tabla de sumar, amarrado al banco de la escuela como el galeote al banco de su remo, sin más diferencia que la de que en vez del rebenque cruzaran las espaldas frecuentes correazos. Entretanto, digamos algo de la parte de afuera del aula; sin perjuicio de volver a ella después, ya que desgraciadamente hay materia para rato.

Mi buena madre era una madre singular: de puro buena, llegó a convertir mi infancia, ya penosa por la escuela, en más penosa todavía. Los jueves y los domingos, que, como de asueto, debían pertenecer a mi libertad y a mi alegría, se trocaban en días de otra clase de martirio.

Por desgracia, decía todo el mundo que yo era un niño bonito. A mi madre parecíale un querubín, y con esto me cayó la lotería.

Los jueves y los domingos, antes de la madrugada, a las tres de la noche, hallándome sumido en lo más profundo del sueño, cogíame por bajo de los brazos y en volandas me llevaba al cuarto de los trastos, donde tenía prevenida una tina de madera, llena de agua, en la que me zambullía de repentón. Acto seguido, con un trozo de jabón y un estropajo me arañaba de los pies a la cabeza, sin curarse de protestas ni de gritos. Terminada la faena a satisfacción, me secaba con una sabanilla y me cubría con camisa limpia, sentándome en una silla baja, y comenzando otra operación no menos dulce.

En una hornilla preparada al efecto, tenía dispuestos dos pares de tenazas; después de peinarme y abrirme veinte rayas en el pelo, comenzaba a rizar los tirabuzones, que me caían

hasta los hombros y la espalda. Hecho esto, que duraba un valiente rato, cogía unas duras torcidas de papel, liando en cada una su respectivo rizo. En esta disposición, candentes mis orejas, encendido el rostro con el aperreo y el calor de las tenazas, dolorida la piel por el áspero fregar del estropajo, y mi cabeza convertida en caballo de frisa a fuerza de *papillotes*, volvía a cogerme por debajo de los brazos y a depositarme en la cama... para que no durmiera: las duras torcidas se me clavaban ya en la sien, ya en el cogote, según me echase en la almohada, impidiéndome coger otra vez el interrumpido sueño.

Pero esto sólo era el prólogo de mis delicias en los días de asueto.

A las siete de la mañana se enredaba de nuevo en la faena de ponerme hecho un querubín. Destorcía los *papillotes,* y distribuía los tirabuzones de la manera más bella. Poníame un corsé, que me dejaba sin respirar; unas botitas nuevas, bien ajustadas, para que resultaran los pies muy pequeñitos; unos cuellos rizados y almidonados que inmovilizaban la cabeza, y después, los calzones y el casaquín o lo que fuese más de moda y llamativo. Quedábame convertido en una pieza. Y ya por el ajuste o ya porque no me manchase, a mano me daba de almorzar mi bonísima madre; esperando al ayo, si jueves, para que con otros chicos me sacaran de paseo; si domingo, para llevarme a misa y después a pasear.

Ni qué decir tiene cómo iría: a cada paso un dolor, a cada movimiento un ahogo; prefería estarme quieto, y los minutos parecíanme siglos.

Tantos trabajos no tenían más que una compensación, agradabilísima sin duda para mi madre, impertinente y en sumo grado enojosa para mí. No acertaba a pasar moza ni vieja por mi lado, que no parase la escuela y exclamara:

—¡Qué niño tan bonito! ¿De quién es?

Lo peor era que se bajasen a darme un beso, ya tuvieran la cara limpia o sucia, les oliera la boca o llevaran las narices atacadas de tabaco.

¡Martirio los días de trabajo, martirio los de asueto! Otros podrán decir que es feliz la edad de la infancia. Hoy que soy viejo, puede creérseme, no querría volver a la mía por nada de este mundo.

¿Qué influencia pudo tener lo relatado en mi educación y en mis costumbres? Mucha y grande: odio a toda opresión física o moral; rotura de respetos hasta pasada la edad viril; reacción en el sentido de cierta especie de licencia; inclinación al abandono de la forma y de la compostura en el vestir; convertirme, en la segunda infancia y juventud, en un destrozador de ropas; y perpetuamente, en descuidado y desmañado. Aun hoy día, me exalta y sobrexcita que cepillen la ropa cuando la tengo puesta, o que me arreglen la corbata: ésta cae como caiga; y, para no verme irritado, es necesario que el vestido lo arreglen y lo limpien antes de ponérmelo. En vano he procurado corregir tales defectos: los conozco, y trato de contenerme; pero, aun haciendo el propósito, me resulta muy difícil dominar la impaciencia si me pegan un botón.

XLIII

Un Serafín azota a angelitos.

Puesto que ya conocemos al ayo y al maestro, conveniente será entrar en relación con algunos condiscípulos.

Sea el primero Serafín: tal es el nombre del hijo del barbero de la esquina a la plaza del Ayuntamiento, mozallón macizo, con cara, cuerpo y facha de animal; su edad, catorce o quince años bien aprovechados. Llevaba el papel y las plumas y el cuarto para el agua; era contribuyente nominal, por lo que y por no desperdiciar sus aptitudes físicas, sin nombramiento expreso, pero con aquiescencia tácita, ejercía los honrosos cargos de esbirro y de acémila escolar.

A su celo estaba encomendada la denuncia de los delitos y

faltas. Si un chico se distraía, sonaba la voz de Serafín diciendo:

—Sr. D. Diego, Fulanito no escribe; Sr. D. Diego, Menganito está sacando la lengua a Zutanito.

Entre los castigos, algunos de los cuales enumerados quedan y otros los iremos relatando para edificación del curioso lector, existían los azotes; en cuyo acto desempeñaba Serafín el principal papel. Los azotes se dividían en dos clases: honestos y deshonestos; o sea, a calzón puesto y a calzón quitado.

Lo mismo era oir al Sr. D. Diego pronunciar la sentencia, ya estaba en funciones el Serafín con ánimo resuelto, y cara gozosa, que aumentaba su expresión de estupidez. Abalanzábase a la víctima, y cogiéndola de los brazos por detrás, de un voleo le hacía dar una vuelta de campana y caer sobre la espalda, o si más certero, perniabierto sobre el mismísimo pescuezo del funcionario.

Si los azotes eran de la segunda categoría, también sujetaba al reo por detrás, agarrotándole entre las piernas mientras le desceñía los botones; y hecho esto, a los brazos y la vuelta de campana. Convertido de este modo en cabalgadura de la víctima, se apropincuaba el Sr. D. Diego con su correa, larga de una vara, flexible y crujiente,... y ¡zás, zás! la docena de azotes cuando menos.

Para decir verdad, los castigos de la víctima del combate de Trafalgar no eran tan terroríficos como los del fraile de Santo Domingo: éste pegaba encendido de furor, de tal manera, que si no resultaba un estropicio debíase a pura misericordia del Altísimo; mientras que el Sr. D. Diego pegaba sin encenderse, tranquilo, con la serenidad y el desapasionamiento que en las leyes se recomienda a los justos jueces que castiguen.

Eso no obstante, alguna que otra vez solían ocurrir sus excepciones, como se verá por lo que sigue.

XLIV

El pobre Carlitos.

Más tarde, mudó la escuela de local. El Rey había muerto, con gran contentamiento de los chiquillos; porque, debido a sus fúnebres exequias, nos dieron vacaciones.

Por mi parte, no había dejado de adelantar. Ya podía poner en la plana: «Discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.» Ya leía el Catecismo, a tropezones, y hasta sacaba cuentas de restar.

La escuela se había instalado en el piso bajo de una casa en la calle de Santo Domingo, esquina a la de San Bartolomé; mejor local, más espacioso y más separado de la letrina.

El Sr. D. Diego debía de haber prosperado, aunque su almuerzo continuaba siendo de té con picatostes. Calle por medio estaba el convento de Santo Domingo, convertido ya en cuartel de Cristinos.

Entre mis buenos condiscípulos contábase el pobre de Carlitos, a quien yo amaba por lo mismo que era objeto de burla para la mayoría de los muchachos de la escuela. Y eso que a su padre le tenía aversión y hasta ojeriza.

Le conocía de haberle visto desde tiempo atrás, cuando íbamos con el ayo a recoger y distribuir los niños. Vivía en el Verjel, en una casucha oscura, de escalerilla y pobre, de los primeros soportales, que ya han desaparecido. Bajo aquellos portales, negros como la noche y aplastados, que parecían caerse encima, solíase ver frecuentemente paseando, solo, taciturno y con la cabeza baja, al padre de Carlitos.

Erase un señor tétrico, alto y flaco, envuelto en un levitón militar, verde oscuro, que le llegaba a los tobillos; cubierta la cabeza por una gorra de hule, vieja, con gran visera negra por arriba y verde por abajo. Su aspecto, entre de militar y dependiente de las actuales funerarias.

La cara tampoco resultaba simpática: sumido de carrillos, muy poblado de cejas; patillas negras, cortas y estrechas; afeitado de bigote. Sin más insignias que unas tiras de cinta, a la izquierda del pecho, sabía yo que era capitán, y capitán retirado.

Algo grave meditaba aquel señor. Un día corrió la voz de que se había ido con los facciosos, y a poco vino otra noticia: que en la primera acción le habían cogido y fusilado los cristinos.

Quedó Carlitos huérfano. Para colmo de desdichas, Carlitos era jorobado: un caparazoncito informe, sobre dos piernitas flacas, y por brazos dos canillas forradas de pellejo.

Con trabajo llevaba el cuarto de agua los sábados, cuando el padre vivía. Huérfano, no hay qué decir: era más gratuito que Serafín, y su contraste vivo (si de un sér tan raquítico puede propiamente decirse que vive).

El caso es que los chiquillos de la escuela le decían: «Carlino, jorobado», y él lo llevaba con paciencia. Pero, amigo, lo que le inmutaba y le hacía palidecer era oir decir:

—¡Ahí vienen los cristinos!

A esta frase, Carlitos se llenaba de pavura y no sabía dónde meterse: se escondía detrás del que estuviera más cercano, o se acurrucaba hecho un ovillo debajo de los bancos. Yo no podía hacer más que tranquilizarle y aconsejarle que no hiciera caso, que no era verdad, y que aquello se lo decían por molerle y asustarle. ¡Todo en balde! Su terror, fácil de explicar y que constituía en él hasta un sentimiento sagrado, por arrancar nada menos que del fusilamiento de su padre, era un terror de los que no se pueden dominar.

Conocíamos esto lo mismo los niños que el ayo y el maestro, y sin embargo... ¡Pobre Carlitos, sólo feliz porque a muy poco terminó su mísera existencia!

Con eso de hallarse próxima la escuela al cuartel de los Cristinos, pasaba Carlitos los sustos que son de suponer, dando pábulo mayor a sus terrores.

Cierto día (¡no puedo recordarlo aún sin sentir indignación!) estaba de guardia un miliciano amigo de D. Diego; y, como próximo a la escuela, se le ocurrió entrar a hacerle una visita.

Lo mismo fue entrar que ponerse en pie Carlitos, en actitud del conejo sorprendido por el cazador. En cuyo instante el zangón de Miguel (que así se llamaba el propio hijo de don Diego), dijo a Carlitos para asustarle más:

—¡Un cristino!

A esta voz, como flecha despedida, sacando fuerzas no sé de dónde, el jorobadillo saltó la banca y echó a correr, levantó el picaporte del zaguán y tomó por la calle arriba con una rapidez inverosímil. En el mismo punto se dió la voz de alarma:

—¡El jorobado se ha escapado de la escuela!

El miliciano, alto, gordo, con su uniforme flamante y el morrión en la mano, se quedó de pie, hecho un pasmarote, en medio de la escuela. Irritado y sulfurado D. Diego, al ver un acto de deserción en su clase y presenciado por un extraño, gritó a Serafín:

—¡Corre y tráelo!

Serafín, tal como estaba, sin tomar gorra ni sombrero, salió cual un sabueso tras la pieza. Ya bajo los mismos portalillos del Verjel, y cerca de su casa, echó el guante por el pescuezo a Carlitos, entrando en la escuela triunfante y con él en volandas, cual mosca en la trompa de un arácnido.

Lo mismo fue soltarlo, que D. Diego le disparó un correazo con cuantas fuerzas pudo, derribándolo al suelo; allí fué a secundarle en su furia insensata, y gracias al cristino, que se metió por medio, con lo cual, lejos de apagarse, se encendió más la ira del preceptor.

Carlitos arañaba el suelo, pugnando por incorporarse; Serafín le miraba de pie, seguro de sujetarle en caso necesario; el cristino abollaba el morrión en su lucha por aplacar y contener a D. Diego. Al fin, éste alcanzó con un puntapié al todavía postrado jorobadito; con esa descarga, al cabo quedó más tranquilo el maestro y escuchó las palabras del pacífico

cristino, el cual pedía no ser causa del castigo de aquella criatura.

Lo que por mí pasó no puedo referirlo. Se me arrasaban de lágrimas los ojos y hervía en santa indignación todo mi sér.

XLV

Un párvulo de diez y ocho años.

La justicia, hollada muchas veces en otros y en mí mismo; la justicia, hollada con la mayor saña y fiereza en el inocente y desgraciadísimo Carlitos, no encontraba en mi interior otro consuelo que saborear ideas de venganza.

«Cuando salga de la escuela, cuando tenga quince años, juro que a Serafín y a D. Diego les he de pegar una paliza, sin dejarles hueso sano.»

Esto decía para mí con la mayor frecuencia.

Poco tiempo después gocé en la escuela quizá la única, indudablemente la mayor satisfacción que tuve.

Entró de alumno uno particular. Se le dispusieron mesa y banquillo aparte; bien merecía tales consideraciones. Su nombre, Pepe Otero; su edad, diez y ocho años; su porte, franco y de buen ver. No venía a la escuela para aprender las letras: se trataba de otra cosa.

Sobrino de D. Jacinto Ibáñez, montañés ricachón, estaba deparado para jefe de escritorio; y como llevar los libros es cosa que pide buena letra, de ahí que, tan crecido y mozo, fuese a la escuela de D. Diego tras sus primores pendolísticos.

A más de la referida, gozaba Otero otras preeminencias: entraba a la hora que quería y se marchaba cuando le parecía. Yo envidiaba su posición e independencia: venía a ser el gran aristócrata de la clase.

Debía de pagar bien. Su tío D. Jacinto Ibáñez, aunque comenzó su carrera despechugado, despachando cañas de vino

como mozo de una tienda de montañés, había llegado a dueño de varias, propietario, personaje de campanario y hasta firme columna de la sociedad como jefe del partido moderado. En una palabra, era uno de esos aristócratas del dinero que habían venido a sustituir a los aristócratas de pergaminos y a los del papel marquilla, como D. Diego.

Por tan valiosos títulos, el maestro desplegaba con el discípulo todas las prescripciones del libro de urbanidad y cortesía; pero no sé cómo, cierta vez hubo de corregirle el trazo o rasgo de alguna letra capital. Otero no lo llevó a bien, y entraron en disputa. D. Diego tomó sus temples de maestro, Otero los de ciudadano libre. El uno increpó de torpe y bruto, el otro se puso de pie en actitud amenazante. Entonces el primero quiso restablecer la disciplina, amenazando al joven; éste, contestando al reto, de una montañesa bofetada derribó al fino de D. Diego, haciéndole dar media vuelta de tornillo, y furioso todavía, le agregó otra montañesa pateadura.

Ni Miguel ni Serafín acudieron al socorro. Pepe Otero cogió su sombrero, se lo encasquetó en la cabeza y salió despacio de la escuela para no volver jamás. Los muchachos, y yo entre ellos, contemplamos la escena con alegrísima emoción.

¡El pobre Carlitos estaba vengado!

XLVI

«¡Por burro!»

Abreviemos, porque o mucho me engaño, o ya debe estar el lector hasta los pelos de D. Diego Choquet. Pero es preciso concluir el relato, siquiera sea de lo más esencial.

Miguel llegó a ser ayudante de su padre; con él alternaba en tomar las lecciones de memoria y presidir las decurias de lectura.

Lección de memoria jamás llevé una, ni de gramática, ni

de nada. Con esto, menudeaban los castigos, y llegué a ser considerado como el más burro de la escuela. Por ende y como tal, mudada el aula a la calle de la Palma, frente a la embocadura de la calle Larga, hubieron de colocarme en el balcón, con una coroza de papel exornada de dos grandes orejas; al pecho, un cartelón que en letras gordas decía: *Por burro,* y en la mano una vieja escoba de caña como cetro.

¿Qué procedimiento podía inventarse más eficaz para hacer perder la vergüenza a una criatura?

Todo comentario sería ocioso. Conste la barbaridad, para que no se pierda en el olvido tal procedimiento pedagógico.

Como, por más que hacía, me era imposible aprender ni dos líneas de memoria, recurrí a determinados artificios; y ya se verá que no dejaban de tener su mérito. Espontáneamente, no por imitación, inventé... el soborno. Guardé cuantos cuartos y ochavos recogía. Al dar la lección, con disimulo alargaba a Miguel, ora seis maravedises, ora una mota, ora un cuarto; y cuando no tenía otra cosa, mis postres de la comida: un puñado de higos secos, una naranja o cuatro nueces.

Ello no sería moral, pero fue eficacísimo. Me evitó muchas docenas de palmetazos; y no volví á ser condecorado de coroza, cartelón y el escobón consabidos.

Finalmente, para estimular la aplicación y el mayor celo de los niños, se empleaba un recurso sapientísimo y muy particular. Consistía en «echar planas, echar puntos en lectura y echar puntos en lecciones».

Tales *echaduras* no dejaban de repetirse con frecuencia: unas veces, por orden del maestro; otras, por espontánea voluntad de los discípulos.

—Zutanito—solía decir D. Diego,—hoy *echa* usted plana con Menganito.

—Fulanito—hoy *echa* usted puntos de lectura (o lección de gramática) con Perenganito.

Uno y otro chicuelo hacían sus planas respectivas con el mayor cuidado; y, terminadas, iban juntos a la mesa del maes-

tro para presentárselas. Examinábalas D. Diego y echaba una rúbrica de *vale* sobre la mejor, entregando a su autor la palmeta para que con ella y por su propia mano pegara una docena de palmetazos al condiscípulo.

Si la *echadura* era a leer o a lección de memoria, leían uno en pos del otro las lecciones o las recitaban como papagayos: aquel que se equivocaba menos o las decía de corrido, convertíase en verdugo de su compañero. Con tan poderoso y *noble* estímulo, los niños procuraban vengarse con nuevas *echaduras;* y así se estimulaban *sanamente* la aplicación y el aprovechamiento de los tiernos párvulos.

XLVII

Cuatro mortales años: 1832-36.

Del año 32 al 36 duró mi brega en la escuela del señor don Diego. ¡Cuatro años! Decir que no aprendí absolutamente nada en ese tiempo, sería falso. Terminado dicho plazo, leía, aunque no de corrido. Añádase una circunstancia, de la que, por más que medito, esta es la hora que no he podido encontrar explicación: que leyendo, bien o mal, pero al cabo leyendo, no me enteraba ni poco ni mucho de lo leído. Tal absurdo, tal contrasentido sería inconcebible, si no fuera porque se repite tanto en la enseñanza, que constituye la regla general: aprender latín, y no saberlo; aprender física, examinarse de ella, decir desde la primera a la última lección, y no saber ni pizca de física; y así de todo lo demás.

Mucho pudo deberse al retroceso mental y a la perversión afectiva que la escuela me produjo. Pero, siendo ley casi general el que se concluya la enseñanza con ignorar aquello mismo que se aprueba después de severo examen, sospecho que el fenómeno no era debido exclusivamente a mi incapacidad, sino al modo cómo procuraron enseñarme.

Efectivamente. Mi madre aprendió a leer y escribir sola, por el deseo del fin, por el empeño de poder entender lo que se le decía por escrito, y por escrito también dar a entender lo que le convenía comunicar. En mi enseñanza de lectura y escritura desaparece el fin, de un modo absoluto. Todo se reduce a unos signos relacionados con unos sonidos: conocer los signos, los sonidos y sus combinaciones; reducir los términos gráficos a fonéticos, los fonéticos a gráficos. Después, conocer las pausas entre palabras, cuidar de no separar las unidas ni unir las separadas. Y atento a tamaños cuidados, bajo el temor del castigo, poner cuantas potencias podían ponerse en todo aquello; y desatender en absoluto al sentido, al contenido, a las ideas, a la esencia de lo que se va leyendo.

Llega la monstruosidad del absurdo hasta tal punto, que escribiendo diariamente en mis planas una u otra sentencia moral, leyendo uno u otro párrafo del librejo de urbanidad y cortesía, uno u otro párrafo de Historia en escabeche, jamás, ni entonces ni ahora, lo que se llama nunca, he podido saber, ni decir, ni recordar ninguna de dichas sentencias, ni consejos políticos, ni noticias históricas.

Quiere decir, que no es broma o exageración o cuento lo que se refiere de aquel pendolista que manuscribió una magna obra y concluyó sin enterarse de lo que trataba. Pues así me quisieron enseñar a leer y escribir, y así pretendieron enseñarme otras muchas cosas.

Sobre leer y escribir letras gordas, aprendí a mal sumar, peor restar, y comenzaba a recibir coscorrones en multiplicar; catecismo coreado, la doctrina desde la primera a la última página, claro es que prendida con alfileres.

En este punto, quiso Dios que saliese de la férula de don Diego Choquet, y entrase bajo la más dulce y racional de don Domingo Fartos.

Pero, antes de entrar en esta tercera escuela de primera enseñanza, conveniente será pasar revista a cosas y sucesos ocurridos fuera de la segunda escuela, en el transcurso de sus

cuatro mortales años, y que tuvieron mayor influencia en el fondo de mi educación.

Las vacaciones entonces, casi como ahora, correspondían a dos meses caniculares, Julio y Agosto; un mes de Nochebuena y Pascuas, del 10 de Diciembre al 10 de Enero, y medio de Semana Santa. Sobre estas grandes, había otras más pequeñas: una semana por Carnaval, media por el Corpus; luego, los domingos y días festivos, que eran numerosos; el del Santo y cumpleaños del Rey, los del maestro de la escuela, los del papá y la mamá; y medias fiestas, los jueves y los días de misa.

Los días festivos y vacaciones cortas los pasaba en el purgatorio, con las composturas de mi madre; pero, las grandes vacaciones, ya eran otra cosa. En la canícula, antes de Nochebuena y por Semana Santa, a Jeréz con D. Ramón de Torres y la *abuelita*. Ya no tenían que cuidar de mi educación, y no me amenazaba ningún fraile. Todo era alegría y gozo y fiestas de mi *Pindo* y carreras por el campo sobre el *Pío*. Volvían los cuentos al acostarme. Nadie se ocupaba en dar fuego a mis rizos, ni en oprimirme las entrañas con el condenado corsé. Antes, por el contrario, la *abuelita* solía observar y decirme:

—Andas cojo. ¡Qué zapatos tan estrechos! Avisad al zapatero, para que venga en seguida.

En efecto, venía y me tomaba medidas anchas de unos zapatos apropiados para correr por el campo.

¡Qué feliz era! Pero las vacaciones volaban, y el ordinario venía por mí, poniendo término a mi dicha.

Al llegar a casa, apenas me besaba mi madre, exclamaba:

—¡Jesús, qué peste a cuadra!

Y acto continuo, ya se sabía, a la tina, al jabón y al estropajo; la faena, con rizadura del pelo y *papillotes*, repetíase por tres días o cuatro, para desquitarse de los perdidos y desvanecer el último tufillo de mi sociedad solípeda.

Notábame yo en las vaciones con mayor despejo, como si una losa se apartase de mi pecho y de mi inteligencia. Pero volvía a caer desde que divisaba el puerto y la bahía de Cádiz,

desde lo alto del cerro de Buenavista. ¡Qué triste me parecía el Puerto, y qué alegre Jerez! Y lo particular es que aún hoy me impresionan lo mismo.

Fuera de la escuela no dejaron de ocurrir algunos sucesos que movieron, ya la afectividad, ya la atención, ya alguna otra facultad de mi naturaleza, y que, por tanto, debieron producir algunos efectos educativos.

Son demasiado numerosos para que su narración resulte soportable. Tímidamente, y con la posible brevedad, daré cuenta de algunos.

FEDERICO RUBIO

(*Continuará.*)

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LÁ VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

El hambre de inmortalidad.

Parémonos en esto del inmortal anhelo de inmortalidad, aunque los gnósticos o intelectuales puedan decir que es retórica lo que sigue y no filosofía. También el divino Platón, al disertar en su *Fedón* sobre la inmortalidad del alma, dijo que conviene hacer sobre ella leyendas, μυθολογεῖν.

Recordemos ante todo una vez más, y no será la última, aquello de Spinoza de que cada sér se esfuerza por perseverar en él, y que este esfuerzo es su esencia misma actual, e implica tiempo indefinido, y que el ánimo, en fin, ya en sus ideas distintas y claras, ya en las confusas, tiende a perseverar en su sér con duración indefinida y es sabedor de este su empeño. (*Ethice*, par. III, propositiones VI-IX.)

Imposible nos es, en efecto, concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se dé cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anonadamiento. Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo.

El universo visible, el que es hijo del instinto do conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más y cada vez más; quiero ser yo, y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera, y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser todo yo, es ser todos los demás. O todo o nada!

¡O todo o nada! Y qué otro sentido puede tener el «ser o no ser!» *To be or no to be* shakespeariano, el de aquel mismo poeta que hizo decir de Marcio en su *Coroliano* (V, 4) que sólo necesitaba la eternidad para ser dios: *he wants nothing of a god but eternity?* ¡Eternidad! ¡eternidad! Este es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres, y quien a otro ama, es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real.

Gritos de las entrañas del alma ha arrancado a los poetas de los tiempos todos esta tremenda visión del fluír de las olas de la vida, desde el «sueño de una sombra» σκιᾶς ὄναρ, de Píndaro, hasta el «La vida es sueño», de Calderón, y el «estamos hechos de la madera de los sueños», de Shakespeare, sentencia esta última aún más trágica que la del castellano, pues mientras en aquella sólo se declara sueño a nuestra vida, mas no a nosotros los soñadores de ella, el inglés nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña.

La vanidad del mundo y el cómo pasa, y el amor, son las dos notas radicales y entrañádas de la verdadera poesía. Y son dos notas que no puede sonar la una sin que la otra a la vez resuene. El sentimiento de la vanidad del mundo pasajero nos mete al amor, único en que se vence lo vano y transitorio, único que rellena y eterniza la vida. Al parecer al menos, que en realidad...! Y el amor, sobre todo cuando lucha contra el destino, súmenos en el sentimiento de la vanidad de este

mundo de apariencias, y nos abre el vislumbre de otro en que vencido el destino sea ley la libertad.

¡Todo pasa! Tal es el estribillo de los que han bebido de la fuente de la vida, boca al chorro, de los que han gustado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

¡Ser, ser siempre, ser sin término! sed de ser, sed de ser más! hambre de Dios! sed de amor eternizante y eterno! ser siempre! ser Dios!

«Seréis como dioses!» cuenta el Génesis (III, 5) que dijo la serpiente a la primera pareja de enamorados. «Si en esta vida tan sólo hemos de esperar en Cristo, somos los más lastimosos de los hombres», escribía el Apostol (I Cor. XV, 19), y toda religión arranca históricamente del culto a los muertos, es decir, a la inmortalidad.

Escribía el trágico judío portugués de Amsterdam que el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte; pero ese hombre libre es un hombre muerto, libre del resorte de la vida, falto de amor, esclavo de su libertad. Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia. Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en vida ambiente, y creo en mi porvenir; pero al punto la voz del misterio me susurra ¡dejarás de ser!, me roza con el ala el Angel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad.

Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa «en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me enternece, me asombra y me espanta», y el que así siente «es para mí», como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, «un monstruo».

Mil veces y en mil tonos se ha dicho cómo es el culto a los muertos antepasados lo que encela, por lo común, las religio-

nes primitivas, y cabe en rigor decir que lo que más al hombre destaca de los demás animales es lo de que guarde, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora; es un animal guardamuertos. ¿Y de qué los guarda así? ¿De qué los ampara el pobre? La pobre conciencia huye de su propia aniquilación, y así que un espíritu animal desplacentándose del mundo, se ve frente a éste, y como distinto de él se conoce, ha de querer tener otra vida que no la del mundo mismo. Y así la tierra correría riesgo de convertirse en un vasto cementerio, antes de que los muertos mismos se remueran.

Cuando no se hacía para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruído, elevábanse túmulos para los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no las de los vivos; no las moradas de paso, sino las de queda.

Este culto, no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones. En el delirio de la destrucción, Robespierre hace declarar a la Convención la existencia del Sér Supremo y «el principio consolador de la inmortalidad del alma», y es que el Incorruptible se aterraba ante la idea de tener que corromperse un día.

¿Enfermedad? Tal vez, pero quien no se cuida de la enferdad, descuida la salud, y el hombre es un animal esencial y sustancialmente enfermo. ¿Enfermedad? Tal vez lo sea como la vida misma a que va presa, y la única salud posible la muerte; pero esa enfermedad es el manantial de toda salud poderosa. De lo hondo de esa congoja, del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad, se sale a la luz de otro cielo como de lo hondo del infierno salió el Dante a volver a ver las estrellas

e quindi uscimmo a riveder le stelle.

Aunque al pronto nos sea congojosa esta meditación de nues-

tra mortalidad, nos es al cabo corroboradora. Recógete, lector, en ti mismo, y figúrate un lento deshacerte de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio, se te derritan de entre las manos los objetos asideros, se te escurra de bajo los pies el piso, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra.

He oído contar de un pobre segador muerto en cama de hospital, que al ir el cura a ungirle en extrema unción las manos se resistían a abrir la diestra con que apuñaba unas sucias monedas, sin percatarse de que muy pronto no sería ya suya su mano ni él de sí mismo. Y así cerramos y apuñamos, no ya la mano, sino el corazón, queriendo apuñar en él al mundo.

Confesábame un amigo que, previendo en pleno vigor de salud física la cercanía de una muerte violenta, pensaba en concentrar la vida, viviéndola en los pocos días que de ella calculaba le quedarían para escribir un libro. ¡Vanidad de vanidades!

Si al morírseme el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirle de mí mismo, que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconciencia de que brotara, y como a la mía les acaece á las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajado linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que se conoce.

Y el remedio no es el de la copla que dice:

> Cada vez que considero
> que me tengo de morir,
> tiendo la capa en el suelo
> y no harto de dormir.

¡No! El remedio es considerarlo cara a cara, fija la mirada en la mirada de la Esfinge, que es así como se deshace el maleficio de su acojámiento.

Si del todo morimos todos, ¿para qué todo? ¿Para qué? Es el ¿para qué? de la Esfinge, es el ¿para qué? que nos corroe el meollo del alma, es el padre de la congoja la que nos da el amor de esperanza.

Hay, entre los poéticos quejidos del pobre Cowper, unas líneas escritas bajo el peso del delirio, y en las cuales, creyéndose blanco de la divina venganza, exclama que el infierno podrá procurar un abrigo a sus miserias.

Hell might afford my miseries a shelter.

Este es el sentimiento puritano, la preocupación del pecado y de la predestinación; pero, leed estas otras mucho más terribles palabras de Sénancour, expresivas de la desesperación católica, no ya de la protestante, cuando hace decir a su *Obermann* (carta XC): «L'homme est périssable. Il se peut; mais périssons en résistant, et, si le neant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice.» Y he de confesar, en efecto, por dolorosa que la confesión sea, que nunca, en los días de la fe ingenua de mi mocedad, me hicieron temblar las descripciones, por truculentas que fuesen, de las torturas del infierno, y sentí siempre ser la nada mucho más aterradora que él. El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión le pongan el «¡Dejad toda esperanza!», y es mejor vivir en dolor que no ser en paz. En el fondo era que no podía creer en esa atrocidad de un infierno, de una eternidad de pena, ni veía más verdadero infierno que la nada y su perspectiva. Y sigo creyendo que si creyésemos todos en nuestra salvación de la nada seríamos todos mejores.

¿Qué es ese arregosto de vivir, *la joie de vivre,* de que ahora nos hablan? El hambre de Dios, la sed de eternidad, de sobrevivir, nos ahogará siempre ese pobre goce de la vida que pasa y no queda. Es el desenfrenado amor a la vida, el amor que la quiere inacabable, lo que más suele empujar al ansia de la muerte. «Anonadado yo, si es que del todo me muero—nos decimos,—se me acabó el mundo, acabóse; ¿y por qué no ha de

acabarse cuanto antes para que no vengan nuevas conciencias a padecer el pesadumbroso engaño de una existencia pasajera y aparencial? Si deshecha la ilusión del vivir, el vivir por el vivir mismo o para otros que han de morirse también no nos llena el alma, ¿para qué vivir? La muerte es nuestro remedio.» Y así es como se endecha al reposo inacabable por miedo a él, y se le llama liberadora a la muerte.

Ya el poeta del dolor, del aniquilamiento, aquel Leopardi que, perdido el último engaño, el de creerse eterno,

Perí l'inganno estremo
ch'eterno io mi credei,

le hablaba a su corazón de *l'infinita vanitá del tutto,* vió la estrecha hermandad que hay entre el amor y la muerte y cómo cuando «nace en el corazón profundo un amoroso afecto, lánguido y cansado juntamente con él en el pecho, un deseo de morir se siente». A la mayor parte de los que se dan a sí mismos la muerte, es el amor el que les mueve el brazo, es el ansia suprema de vida, de más vida, de prolongar y perpetuar la vida lo que a la muerte les lleva, una vez persuadidos de la vanidad de su ansia.

Trágico es el problema y de siempre, y cuanto más queramos de él huir, más vamos a dar en él. Fue el sereno—sereno?—Platón, hace ya veinticuatro siglos, el que en su diálogo sobre la inmortalidad del alma dejó escapar de la suya, hablando de lo dudoso de nuestro ensueño de ser inmortales, y del *riesgo* de que no sea vano aquel profundo dicho: ¡hermoso es el riesgo!, καλὸς γὰρ ὁ κίνδυνος, hermosa es la suerte que podemos correr de que no se nos muera el alma nunca, germen esta sentencia del argumento famoso de la apuesta de Pascal.

Frente a este riesgo, y para suprimirlo, me dan raciocinios en prueba de lo absurda que es la creencia en la inmortalidad del alma; pero esos raciocinios no me hacen mella, pues son razones y nada más que razones, y no es de ellas de lo que se

apacienta el corazón. No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.

Yo soy el centro de mi universo, el centro del universo, y en mis angustias supremas grito con Michelet: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!» ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo todo si pierde su alma? (Mat. XVI, 26.) ¿Egoísmo decís? Nada hay más universal que lo individual, pues lo que es de cada uno lo es de todos. Cada hombre vale más que la humanidad entera, ni sirve sacrificar cada uno a todos, sino en cuanto todos se sacrifiquen a cada uno. Eso que llamáis egoísmo, es el principio de la gravedad psíquica, el postulado necesario. «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!», se nos dijo presuponiendo que cada cual se ame a sí mismo; y no se nos dijo: ¡ámate! Y, sin embargo, no sabemos amarnos.

Quitad la propia persistencia, y meditad lo que os dicen. ¡Sacrifícate por tus hijos! Y te sacrificas por ellos, porque son tuyos, parte y prolongación de ti, y ellos a su vez se sacrificarán por los suyos, y éstos por los de ellos, y así irá, sin término, un sacrificio estéril del que nadie se aprovecha. Vine al mundo a hacer mi yo, y ¿qué será de nuestros yos todos? ¡Vive para la Verdad, el Bien, la Belleza! Ya veremos la suprema vanidad y la suprema insinceridad de esta posición hipócrita.

«¡Eso eres tú!»—me dicen con los Upanischadas.—Y yo les digo: sí, yo soy eso, cuando eso es yo y todo es mío y mía la totalidad de las cosas. Y como mía la quiero y amo al prójimo porque vive en mí y como parte de mi conciencia porque es como yo, es mío.

¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse! ¡Ahora y aquí, a esta luz discreta y difusa, en este remanso de quietud, cuando está aplacada la tormenta del corazón y no me llegan los ecos del mundo! ¡Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el

santo hábito reina en mi eternidad; han muerto con los recuerdos los desengaños, y con las esperanzas, los temores!

Y vienen queriendo engañarnos con un engaño de engaños, y nos hablan de que nada se pierde, de que todo se trasforma, muda, y cambia, que ni se aniquila el menor cachito de materia, ni se desvanece del todo el menor golpecito de fuerza, y hay quien pretende darnos consuelo en esto! ¡Pobre consuelo! Ni de mi materia ni de mi fuerza me inquieto, pues no son mías mientras no sea yo mismo mío, esto es, eterno. No, no es anegarme en el gran Todo, en la Materia o en la Fuerza infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no es ser poseído por Dios, sino poseerle, hacerme yo Dios sin dejar de ser el yo que ahora os digo esto. No nos sirven engañifas de monismo; queremos bulto y no sombra de inmortalidad!

¿Materialismo? ¿Materialismo decís? Sin duda; pero es que nuestro espíritu es también alguna especie de materia o no es nada. Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia. Si, acaso esto merece el nombre de materialismo y si a Dios me agarro con mis potencias y mis sentidos todos, es para que El me lleve en sus brazos allende la muerte, mirándome con su cielo a los ojos cuando se me vayan éstos a apagar para siempre. ¿Que me engaño? ¡No me habléis de engaño y dejadme vivir!

Llaman también a esto orgullo; «hediondo orgullo» le llamó Leopardi, y nos preguntan que quiénes somos, viles gusanos de la tierra, para pretender inmortalidad; ¿en gracia a qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? ¿En gracia a qué?—preguntáis—y en gracia a qué vivimos? ¿Para qué? y para qué somos? ¿Con qué derecho? ¿y con qué derecho somos? Tan gratuito es existir, como seguir existiendo siempre. No hablemos de gracia, ni de derecho, ni de para qué de nuestro anhelo que es un fin en sí, porque perderemos la razón en un remolino de absurdos. No reclamo derecho ni merecimiento alguno; es sólo una necesidad; lo necesito para vivir.

Y ¿quién eres tú?, me preguntas, y con Obermann te contesto: ¡para el universo nada, para mí todo! ¿Orgullo? ¿Orgullo querer ser inmortal? ¡Pobres hombres! Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo, que no sea conseguidero. ¿Que sueño...? Dejadme soñar, si ese sueño es mi vida, no me despertéis de él. Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi alma. ¿Pero de veras creo en ello...? ¿Y para qué quieres ser inmortal?, me preguntas, ¿para qué? No entiendo la pregunta francamente, porque es preguntar la razón de la razón, el fin del fin, el principio del principio.

Pero de estas cosas no se puede hablar.

Cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles que adondequiera que fuese Pablo se concitaban contra él los celosos judíos para perseguirle. Apedreáronle en Iconio y en Listra, ciudades de Licaonia, a pesar de las maravillas que en la última obró; le azotaron en Filipos de Macedonia y le persiguieron sus hermanos de raza en Tesalónica y en Berea. Pero llegó a Atenas, a la noble ciudad de los intelectuales, sobre la que velaba el alma excelsa de Platón, el de la hermosura del riesgo de ser inmortal, y allí disputó Pablo con epicúreos y estoicos, que decían de él, o bien: ¿qué quiere decir este charlatán (σπερμολόγος)? o bien: ¡parece que es predicador de nuevos dioses! (Hechos, XVII, 18), y «tomándole le llevaron al Areópago, diciendo: podremos saber qué sea esta nueva doctrina que dices?, porque traes a nuestros oídos cosas peregrinas, y queremos saber qué quiere ser eso» (vers. 19-20), añadiendo el libro esta maravillosa caracterización de aquellos atenienses de la decadencia, de aquellos lamineros y golosos de curiosidades, pues «entonces los atenienses todos y sus huéspedes extranjeros no se ocupaban en otra cosa sino en decir o en oir algo de más nuevo» (v. 21). ¡Rasgo maravilloso, que nos pinta a qué habían venido a parar los que aprendieron en la Odisea que los dioses

traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los venideros tengan algo que contar!

Ya está, pues, Pablo ante los refinados atenienses, ante los *graeculos*, los hombres cultos y tolerantes que admiten toda doctrina, toda la estudian y a nadie apedrean ni azotan ni encarcelan por profesar estas o las otras, ya está donde se respeta la libertad de conciencia y se oye y se escucha todo parecer. Y alza la voz allí, en medio del Areópago, y les habla como cumplía a los cultos ciudadanos de Atenas, y todos, ansiosos de la última novedad, le oyen; mas cuando llega a hablarles de la resurrección de los muertos, se les acaba la paciencia y la tolerancia, y unos se burlan de él y otros le dicen: «ya oiremos otra vez de esto!» con propósito de no oirle. Y una cosa parecida le ocurrió en Cesarea con el pretor romano Félix, hombre también tolerante y culto, que le alivió de la pesadumbre de su prisión, y quiso oirle y le oyó disertar de la justicia y de la continencia; mas al llegar al juicio venidero, le dijo espantado (εμφοβος γενομενος): Ahora vete, que te volveré a llamar cuando cuadre! (Hechos, XXIV, 22-25.) Y cuando hablaba ante el rey Agripa, al oirle Festo, el gobernador, decir de resurrección de muertos, exclamó: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te han vuelto loco.» (Hechos XXVI, 24.)

Sea lo que fuere de la verdad del discurso de Pablo en el Areópago y aun cuando no lo hubiere habido, es lo cierto que en ese relato admirable se ve hasta dónde llega la tolerancia ática y dónde acaba la paciencia de los intelectuales. Os oyen todo en calma, y sonrientes, y a las veces os animan diciéndoos: ¡es curioso! o bien: ¡tiene ingenio! o: ¡es sugestivo! o: ¡qué hermosura! o: ¡lástima que no sea verdad tanta belleza! o: ¡eso hace pensar!; pero así que les habláis de resurrección y de vida allende la muerte, se les acaba la paciencia, y os atajan la palabra diciéndoos: ¡déjalo! ¡otro día hablarás de esto!; y es de esto, mis pobres atenienses, mis intolerantes intelectuales, es de esto de lo que voy a hablaros aquí.

Y aun si esa creencia fuese absurda, ¿por qué se tolera

menos el que se les exponga que otras muchas más absurdas aún? ¿Por qué esa evidente hostilidad a tal creencia? ¿Es miedo? ¿Es acaso pesar de no poder compartirla?

Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engañar, y nos machacan los oídos con el sonsonete de que no sirve entregarse a la locura y dar coces contra el aguijón, pues lo que no puede ser es imposible. Lo viril—dicen—es resignarse a la suerte, y pues, no somos inmortales, no queramos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebreciendo y entristeciendo la vida. Esa obsesión—añaden—es una enfermedad. Enfermedad, locura, razón... ¡el estribillo de siempre! Pues bien, ¡no!, no me someto a la razón y me rebelo contra ella, y tiro a crear en fuerza de fé a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los astros, porque si tuviéremos fé como un grano de mostaza, diríamos a ese monte: pásate de ahí, y se pasaría, y nada nos sería imposible. (Mat. XVII, 20.)

Ahí tenéis a ese ladrón de energías, como él llamaba torpemente al Cristo, que quiso casar el nihilismo con la lucha por la existencia, y os habla de valor. Su corazón le pedía el todo eterno, mientras su cabeza le enseñaba la nada, y desesperado y loco para defenderse de sí mismo, maldijo de lo que más amaba. Al no poder ser Cristo, blasfemó del Cristo. Henchido de sí mismo, se quiso inacabable y soñó la vuelta eterna, mezquino remedo de inmortalidad, y lleno de lástima hacia sí, abominó de toda lástima. ¡Y hay quien dice que es la suya filosofía de hombres fuertes! No; no lo es. Mi salud y mi fortaleza me empujan a perpetuarme. ¡Esa es doctrina de endebles que aspiran a ser fuertes, pero no de fuertes que lo son! Sólo los débiles se resignan a la muerte final y sustituyen con otro el anhelo de inmortalidad personal. En los fuertes, el ansia de perpetuidad sobrepuja a la duda de lograrla, y su rebose de vida se vierte al más allá de la muerte.

Ante este terrible misterio de la mortalidad, cara a cara de la esfinge, el hombre adopta distintas actitudes y busca por

varios modos consolarse de haber nacido. Y ya se le ocurre tomarlo a juego, y se dice con Renán, que este universo es un espectáculo que Dios se da a sí mismo, y que debemos servir las intenciones del gran Corega, contribuyendo a hacer el espectáculo lo más brillante y lo más variado posible. Y han hecho del arte una religión y un remedio para el mal metafísico, y han inventado la monserga del arte por el arte.

Y no les basta. El que os diga que escribe, pinta, esculpe o canta para propio recreo, si da al público lo que hace, miente; miente si firma su escrito, pintura, estatua o canto. Quiere cuando menos dejar una sombra de su espíritu, algo que le sobreviva. Si la *Imitación de Cristo* es anónima, es porque su autor, buscando la eternidad del alma, no se inquietaba de la del nombre. Literato que os diga que desprecia la gloria, miente como un bellaco. De Dante, el que escribió aquellos treinta y tres vigorosísimos versos (Purg. XI. 85-117), sobre la vanidad de la gloria mundana, dice Boccaccio que gustó de los honores y las pompas más acaso de lo que correspondía a su ínclita virtud. El deseo más ardiente de sus condenados es el de que se les recuerde aquí, en la tierra, y se hable de ellos, y es esto lo que más ilumina las tinieblas de su infierno. Y él mismo expuso el concepto de la Monarquía, no sólo para utilidad de los demás, sino para lograr palma de gloria (lib. I, cap. I). ¿Qué más? Hasta de aquel santo varón, el más desprendido, al parecer, de vanidad terrena, del Pobrecito de Asís cuentan los Tres Socios que dijo: *adhuc adorabor per totum mundum!* ¡Veréis como soy aún adorado por todo el mundo! (II Celano, 1, 1.) Y hasta de Dios mismo dicen los teólogos que creó el mundo para manifestación de su gloria.

Cuando las dudas nos invaden y nublan la fé en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la

lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fé medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse, siquiera en apariencia.

Una vez satisfecha el hambre, y ésta se satisface pronto, surge la vanidad, la necesidad--que lo es—de imponerse y sobrevivir en otros. El hombre suele entregar la vida por la bolsa, pero entrega la bolsa por la vanidad. Engríese, a falta de algo mejor hasta de sus flaquezas y miseria, y es como el niño, que con tal de hacerse notar se pavonea con el dedo vendado. ¿Y la vanidad qué es sino ansia de sobrevivirse?

Acontécele al vanidoso lo que al avaro, que toma los medios por los fines, y olvidadizo de éstos, se apega a aquellos en los que se queda. El parecer algo, conducente a serlo, acaba por formar nuestro objetivo. Necesitamos que los demás nos crean superiores a ellos para creernos nosotros tales, y basar en ello nuestra fé en la propia persistencia, por lo menos en la de la fama. Agradecemos más el que se nos encomie el talento con que defendemos una causa, que no el que se reconozca la verdad o bondad de ella. Una furiosa manía de originalidad sopla por el muudo moderno de los espíritus, y cada cual la pone en una cosa. Preferimos desbarrar con ingenio a acertar con ramplonería. Ya dijo Rousseau en su *Emilio:* «Aunque estuvieran los filósofos en disposición de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos se interesaría en ella? Sabe cada uno que su sistema no está mejor fundado que los otros, pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno solo que en llegando a conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la mentira que ha hallado a la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que no engañase de buen grado, por su gloria, al género humano? ¿Dónde el que en el secreto de su corazón se proponga otro objeto que distinguirse? Con tal de elevarse por encima del vulgo, con tal de borrar el brillo de sus concurrentes, ¿qué más pide? Lo esencial es pensar de otro modo que los demás. Entre los creyentes es ateo; entre los ateos sería creyente.» ¡Cuánta verdad hay en el fondo de es-

tas tristes confesiones de aquel hombre de sinceridad dolorosa!

Nuestra lucha a brazo partido por la sobrevivencia del nombre se retrae al pasado, así como aspira a conquistar el porvenir; peleamos con los muertos, que son los que nos hacen sombra a los vivos.Sentimos celos de los genios que fueron, y cuyos nombres, como hitos de la historia, salvan las edades. El cielo de la fama no es muy grande, y cuantos más en él entren, a menos toca cada uno de ellos. Los grandes nombres del pasado nos roban lugar en él; lo que ellos ocupan en la memoria de las gentes nos lo quitarán a los que aspiramos a ocuparla. Y así nos revolvemos contra ellos, y de aquí la agrura con que cuantos buscan en las letras nombradía juzgan a los que ya la alcanzaron y de ella gozan. Si la literatura se enriquece mucho, llegará el día del cernimiento y cada cual teme quedarse entre las mallas del cedazo. El joven irreverente para con los maestros, al atacarlos, es que se defiende; el iconoclasta o rompeimagenes es un estilita que se erige a sí mismo en imagen, en *icono*. «Toda comparación es odiosa», dice un dicho decidero, y es que, en efecto, queremos ser únicos. No le digáis a Fernández que es uno de los jóvenes españoles de más talento, pues mientras finge agradecéroslo, moléstale el elogio; si le decís que es el español de más talento... ¡vaya!... pero aún no le basta; una de las eminencias mundiales es ya más de agradecer, pero sólo le satisface que le crean el primero de todas partes y de los siglos todos. Cuanto más solo, más cerca de la inmortalidad aparencial, la del nombre, pues los nombres se menguan los unos a los otros.

¿Qué significa esa irritación cuando creemos que nos roban una frase, o un pensamiento, o una imagen que creíamos nuestra; cuando nos plagian? ¿Robar? ¿Es que es acaso nuestra, una vez que al público se la dimos? Sólo por nuestra la queremos y más encariñados vivimos de la moneda falsa que conserva nuestro cuño, que no de la pieza de oro puro de donde se ha borrado nuestra efigie y nuestra leyenda. Sucede muy comúnmente que cuando no se pronuncia ya el nombre

de un escritor es cuando más influye en su pueblo desparramado y enfusado su espíritu en los espíritus de los que le leyeron, mientras que se le citaba cuando sus dichos y pensamientos, por chocar con los corrientes, necesitaban garantía de nombre. Lo suyo es ya de todos y él en todos vive. Pero en sí mismo vive triste y lacio y se cree en derrota. No oye ya los aplausos ni tampoco el latir silencioso de los corazones de los que le siguen leyendo. Preguntad a cualquier artista sincero qué prefiere, que se hunda su obra y sobreviva su memoria, o que hundida ésta persista aquélla, y veréis, si es de veras sincero, lo que os dice. Cuando el hombre no trabaja para vivir e irlo pasando, trabaja para sobrevivir. Obrar por la obra misma, es juego y no trabajo. ¿Y el juego? Ya hablaremos de él.

Tremenda pasión esa de que nuestra memoria sobreviva por encima del olvido de los demás si es posible. De ella arranca la envidia a la que se debe, según el relato bíblico, el crimen que abrió la historia humana: el asesinato de Abel por su hermano Caín. No fué lucha por pan, fué lucha por sobrevivir en Dios, en la memoria divina. La envidia es mil veces más terrible que el hambre, porque es hambre espiritual. Resuelto el que llamamos problema de la vida, el del pan, convertiríase la Tierra en un infierno, por surgir con más fuerza la lucha por la sobrevivencia.

Al nombre se sacrifica no ya la vida, la dicha. La vida desde luego. «¡Muera yo; viva mi fama!» exclama en *Las mocedades del Cid* Rodrigo Arias, al caer herido de muerte por don Diego Ordóñez de Lara. Débese uno a su nombre. «Animo, Jerónimo, que se te recordará largo tiempo; la muerte es amarga, pero la fama eterna!» exclamó Jerónimo Olgiati, discípulo de Cola Montano y matador, conchabado con Lampugnani y Visconti, de Galeazzo Sforza, tirano de Milán. Hay quien anhela hasta el patíbulo para cobrar fama, aunque sea infame; *avidus malae famae,* que dijo Tácito.

Y este erostratismo, ¿qué es, en el fondo, sino ansia de in-

mortalidad, ya que no de sustancia y bulto, al menos de nombre y sombra?

Y hay en ello sus grados. El que desprecia el aplauso de la muchedumbre de hoy, es que busca sobrevivir en renovadas minorías durante generaciones. «La posteridad es una superposición de minorías», decía Gounod. Quiere prolongarse en tiempo más que en espacio. Los ídolos de las muchedumbres son pronto derribados por ellas mismas, y su estatua se deshace al pie del pedestal sin que la mire nadie, mientras que quienes ganan el corazón de los escogidos, recibirán más largo tiempo fervoroso culto en una capilla siquiera, recogida y pequeña, pero que salvará las avenidas del olvido. Sacrifica el artista, la extensión de su fama a su duración; ansía más durar por siempre en un rinconcito, a no brillar un segundo en el universo todo; quiere más ser átomo eterno y conciente de sí mismo, que momentánea conciencia del universo todo; sacrifica la infinitud a la eternidad.

Y vuelven a molernos los oídos con el estribillo aquel de ¡orgullo! ¡hediondo orgullo! ¿Orgullo querer dejar nombre imborrable? ¿Orgullo? Es como cuando se habla de sed de placeres; interpretando así la sed de riquezas. No, no es tanto ansia de procurarse placeres cuanto el terror a la pobreza lo que nos arrastra a los pobres hombres a buscar el dinero como no era el deseo de gloria, sino el terror al infierno lo que arrastraba a los hombres en la Edad Media al claustro con su acedía. Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendemos a serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a nada. Queremos salvar nuestra memoria, siquiera nuestra memoria. ¿Cuánto durará? A lo sumo lo que durare el linaje humano. ¿Y si salváramos nuestro memoria en Dios?

Todo esto que confieso son, bien lo sé, miserias; pero del fondo de estas miserias surge vida nueva, y sólo apurando las heces del dolor espiritual puede llegarse a gustar la miel del poso de la copa de la vida. La congoja nos lleva al consuelo.

Esa sed de vida eterna apáganla muchos, los sencillos sobre

todo, en la fuente de la fé religiosa; pero no a todos es dado beber de ella. La institución cuyo fin primordial es proteger esa fe en la inmortalidad personal del alma es el catolicismo; pero el catolicismo ha querido racionalizar esa fé haciendo de la religión teología, queriendo dar por base a la creencia vital una filosofía y una filosofía de siglo XIII. Vamos a verlo y ver sus consecuencias.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, XI, 11.

SOBRE ALGUNOS FENÓMENOS DEL SUEÑO

Muchos observadores saben que fuera del alcance de nuestras percepciones existe un mundo desconocido y una infinidad de leyes naturales rigurosas, pero ignoradas por el hombre. Importa, pues, penetrar el secreto de esas leyes y aquel sutil mundo, porque de su conocimiento ha de resultar la posesión de una infinidad de fuerzas y un conjunto de medios, cuyo aprovechamiento puede transformar la faz de la tierra y el orden de las sociedades. Este es el dominio de la *Psicología experimental*, que para ciertos investigadores modernos no es otro que el de las *ciencias* llamadas en todo tiempo *ocultas*. Estas ciencias son tan viejas como el mundo. Los prodigios que se realizaban en los sagrados lugares de la India antigua, de la Caldea, del Egipto y de la Grecia, se están analizando actualmente por una serie de investigadores ilustres.

El *sueño natural* y el *provocado* nos dan a conocer una porción de hechos portentosos. Fenómenos mal estudiados todavía, pero que se irán analizando gradualmente. El *Hipnotismo,* como decía el gran Charcot, «es un mundo nuevo, en el cual se encuentran, al lado de ciertos hechos palpables, materiales y groseros, que no se apartan de la Fisiología, otros fenómenos absolutamente extraños, sosprendentes e inexplicables hasta aquí, pero que algún día se explicarán por la ciencia». De los estudios experimentales de tales fenómenos, se

sabe que algunos sujetos, durante el *período sómnico* de la vida, al permanecer su cuerpo inmóvil y aniquilarse sus sentidos, centuplica su *sér psíquico*, sus medios íntimos de percepción, y más desligado por tanto de la materia, entra en un ambiente hoy velado para el hombre. Y ese *sér psíquico* que piensa, que siente y vive durante el sueño, que afirma su independencia personal por una manera de ser exclusiva y por superiores conocimientos a los que posee en el *estado de vigilia,* ¿qué es sino el alma misma, el espíritu, que no es ya una resultante de las fuerzas vitales y del juego de los organos, sino una causa libre, un ente especial, una voluntad activa, gozando de la integridad de sus propias facultades en ese *singular aspecto de la vida* en que los sentidos se adormecen o aniquilan?

Muchos fenómenos del *sueño* nos hacen sospechar aquellas referidas fuerzas del *cosmos* y aquellas mencionadas leyes. Utilizar y dirigir las unas y observar las otras, es lo que nos conviene. Los resultados producidos alderredor nuestro, mediante las potentes aptitudes del espíritu, hoy latentes en la mayoría de los individuos, trastornan la imaginación de las gentes de mundo y provocan la admiración de los sabios.

***

Decía el profesor Bergson, en su cuarta conferencia sobre el *sueño,* dada en el *Hotel des Societés Savantes*, bajo la tutela del Instituto Psicológico de París: «Nada sabemos acerca de los *sueños profundos,* y esos *estados especiales de la vida* que los reemplazan, son, por regla general, *sueños* que comúnmente olvidamos. Parece remontarnos muy lejos en el espacio y en el tiempo durante *tal período,* en el cual las representaciones mentales suelen referirse a nuestra infancia, haciéndolas revivir la memoria con los detalles más nimios, y apareciendo con la matiz afectiva que los colora.»

Sabemos experimentalmente que profundizando en el *sueño hipnótico* se ha llevado la memoria de un sujeto a los más

remotos recuerdos de su floreciente juventud, completamente olvidados en el *estado de vigilia,* pudiendo referirlos al despertar, si hacemos a aquél la *sugestión* de acordarse de los mismos.

La *sensación de vuelo,* que tantas personas experimentan en el *estado sómnico,* tratan de explicarla una porción de *psicólogos* y *ocultistas* por la *hipótesis del desprendimiento del cuerpo astral,* así como varios *Santos Padres de la Iglesia.* La explicación oficial, que simplemente la atribuye a la posición de *estar acostado,* va desacreditándose poco a poco, en atención a que la actitud del *durmiente,* obligándole a no percibir la presión del suelo bajo sus pies, y a creer que vuela, debiera ser en el *sueño* su situación normal y *casi siempre permanente,* y no es así.

El *desprendimiento del cuerpo astral* en ciertos *sueños,* tendría como pruebas de su realidad—al decir de un considerable número de experimentadores—ciertos hechos observados, tales como los reseñados en las famosas actas de la *Sociedad Dialéctica de Londres,* en el fascículo II, capítulo 3.°, de 1889, firmadas por el esclarecido físico M. Varley, miembro de la *Royal Society,* y hoy director de la Compañía telegráfica submarina.

«Yo debía embarcarme—dice el profesor Varley—en un vapor preparado, y temía no despertarme a tiempo; pero tuve la *voluntad firme de hacerlo* al acostarme la víspera, idea que me había dado otras veces muy buenos resultados. La misma mañana de mi llegada *vi yo, estando durmiendo* en mi propio lecho con un *sueño profundo,* un considerable monton de maderos de construcción en un extenso patio, y dos hombres que se aproximaban a él. Subieron éstos al montón y levantaron en el aire una gruesa viga. Concebí entonces la idea de que *soñaba,* y me apercibí de que un *obús* venía hacia mí silbando, y un fragmento de éste destrozaba mi rostro. Esto me despertó, pero conservaba todavía el recuerdo de mi *ensueño.* Salté al instante de la cama, y asomado a la ventana, vi en-

tonces el patio, el monton de maderos y los dos hombres en que *había soñado,* es decir, exactamente como acababa de *percibir mi espíritu.* Nada en absoluto conocía de mi nuevo domicilio; era todavía de noche cuando me desperté, pues no habían dado las cuatro, no obstante haber llegado la víspera, e ignoraba que existiera un patio en la casa y todo cuanto yo había visto durante el *sueño.* Es evidente que me apercibí de todas estas cosas mientras mi cuerpo dormía, porque cuando me levanté—agrega el citado profesor—sobresaltado, no pude ver el montón de maderos, hasta que saqué bien el cuerpo por la ventana que abrí al momento de levantarme...»

Este ejemplo nos demuestra la inexactitud de la siguiente afirmación de Bergson:

En el *sueño* propiamente dicho, en ese *singular estado* que realmente nos interesa, *son los recuerdos los que componen la trama de los ensueños.* En el caso anterior, la conmemoración que se hace de los objetos, de las cosas, de los hechos, durante el *sueño*, no ha podido tener lugar, por cuanto el recuerdo se refiere siempre a un suceso presenciado por una persona despierta, y *ésta dormía* cuando se verificaba el acontecimiento referido.

He aquí un caso extractado de la *Psicología experimental* del catedrático de la Universidad de Munich, M. Karl du Prel.

«Rogué a M. Notzig—dice éste—célebre médico hipnotista, encargado por la *Escuela psicológica* de las sorprendentes experiencias con la tan renombrada sonámbula madame Line (1), intentar el siguiente ensayo: Dar a la sujeto durante el *sueño provocado* la *orden posthipnótica* de *soñar* la próxima noche en una determinada persona, ponerse en relación con ella y no olvidarse del *sueño* que ha tenido, recitándolo al siguiente día con todos los detalles. Implicaba esta *orden posthipnótica*

(1) La citada sujeto era una joven de veinticinco años, muy perspicaz, y presentaba asombrosas aptitudes para recibir sugestiones orales, musicales y mentales.

un funcionamiento trascendente del dominio de su imaginación, cuyo cumplimiento tenía que realizarse en el *período normal del sueño*. Creía en el éxito de la experiencia, porque se pueden producir en Line alucinaciones para el *estado vigil*, por *órdenes posthipnóticas*. Los *estados superficiales de la hipnosis* no son otra cosa, en su inmensa mayoría, que una serie de alucinaciones, y es obvio pensar que una *alucinación posthipnótica* en estos *singulares estados*, pueda llevarse al tiempo del *sueño normal* y producirse con facilidad mayor. Pero como la confianza personal no debe desempeñar ningún papel en las experiencias científicas, en que el exclusivo desenvolvimiento de la experiencia debe imponer la convicción, dejaba libre la elección de la persona a los experimentadores, porque los malévolos escépticos pudieran haber supuesto que había yo concertado o convenido la experiencia previamente con la *sonámbula*. Los mismos, pues, que hicieron tal ensayo, dieron a Line la orden de *soñar* la noche siguiente con el señor F. L. (1). Line jamás había visto, mejor dicho, nada sabía, ni conocía el lugar donde vivía este señor; la *orden posthipnótica* envolvía una *alucinación verídica*, y se requería para llevarla a efecto una asombrosa facultad: la *clarividencia*.»

«Dicha experiencia tuvo un éxito completo. Line estaba invitada por la tarde siguiente a casa de uno de los experimentadores, donde ella vino y contó el fenómeno sorprendente e inexplicable de que: *había soñado* toda la noche con el señor F. L.; describió exactamente su persona, dió los más diversos detalles sobre su vestido, su manera de hablar, su porte, su modo de andar, etc., etc. Ella lo había visto sentado en un sillón, leyendo ante la puerta de un magnífico chalet; habló de las hermosas vistas de esta finca de recreo, de la terraza, desde donde se divisa un lago cercano, en el que se mantenían dos hermosas canoas, y al Poniente, un extenso bosque de corpulentos pinos. Refirió además que había distinguido en la

(1) La discreción veda al autor publicar los nombres.

quinta un perro de San Bernardo, de color negro, y tres perros más, muy pequeños.»

«Todo ello es cierto que podía haber existido en la mente de alguno de los investigadores, y si cualquiera de ellos tenía la imagen en su mente del chalet con todos sus accesorios, la *proyección del pensamiento* era posible. Pero la *sonámbula,* al contar que en la quinta citada había tres cachorros, manifestó lo que ninguno de los asistentes a la experiencia sabía; no hubo, pues, el menor indicio de *transmisión mental.* En efecto, la perra de la quinta aún no hacía un mes que había parido los tres cachorros, circunstancia que ignoraban los demás. Refirió, por último, la sujeto, que vió al señor F. L. castigar a una jovencita que importunaba a una señora, descripción que no se relacionaba con la esposa de F. L., sino con una amiga de la familia, que fue reconocida por el retrato exacto que hizo de ella Line, al describirla con todos los detalles.»

«El *ensueño* de Line—agrega du Prel—no correspondía más que a la situación del momento de la visión de F. L., porque en tal momento, que era de noche, los habitantes de aquella casa de campo dormían; ha sido necesario, pues, para la producción del *ensueño,* que una *vista a distancia* o *telestesia* haya tenido lugar en el tiempo pasado, o bien fuera una visión del porvenir, como la *historia de las ciencias* nos ofrece numerosos casos. Esta *vista a distancia* de la *sonámbula* ha sido muchas veces comprobada, y existen en anteriores capítulos en mi obra varias notas recogidas, resumen de las actas redactadas al final de las experiencias llevadas a cabo, que están en mi poder, y firmadas *ante eventum.*»

«Me limitaré a mencionar—agrega el profesor alemán—lo que se ha dado en llamar *sueños retrospectivos o atávicos,* los que, no correspondiendo en nada absolutamente a las acciones e instintos del *soñador,* lo sumen, no obstante, en aquellos remotos períodos de desenvolvimiento de la conciencia general de la especie» (1).

(1) Marie de Manaceine: *Le someil tiers et notre vie,* pág. 319.

«Estas *vueltas* o *rodeos* de conciencia—como algunos autores designan—que madame de Manaceine explica por lo que Walter Scott entendía con el nombre de *sentimiento de la preexistencia* (y que consiste en que un medio insólito o inusitado para nosotros, del que nos apercibimos por vez primera, nos parezca completamente conocido o habitual), son evidenciados por una porción de escritores.»

En efecto, Balzac nos ha dado de esta índole de *sueños* un interesante ejemplo, sobre todo desde el punto de vista que él trata de explicar (1).

Estaba Balzac en el colegio de Vendôme con su fiel amigo Luis Lambert, del cual escribió la biografía. Un día de fiesta llevaban los Padres a sus alumnos al castillo de Rochambeau, situado en las cercanías.

«Ni yo ni Lambert—refiere Balzac—conocíamos el magnífico valle del Loir, donde esta antigua fortaleza fue construída hace muchos años. Su imaginación y la mía estaban muy preocupadas la víspera de este paseo, que por cierto causaba entre los colegiales una tradicional alegría. Nosotros hablábamos de él casi todas las noches. Cuando llegamos a la colina, desde donde se vislumbra el celebrado castillo, Luis se sentó a mi lado, y contemplando ambos el espléndido valle en que brilla el río serpenteando graciosamente por una larga pradera, éste me dijo:—Pero si yo he visto este paisaje la noche pasada en *sueños*. El reconoció el bosquecillo bajo el cual estábamos conversando, la disposición singular del follaje, el color de las aguas, las torrecillas del castillo, los accidentes del terreno y la parte más lejana de la perspectiva, todos los detalles, en fin, que yo percibía por primera vez. Eramos entonces muy niños, yo sólo tenía trece años, y Luis contaba quince. Éste presentaba la profundidad de pensamiento de los hombres geniales, y en esta época, los dos, como buenos amigos, no nos engañábamos, ni aun en broma. Lambert, dada la omnipotencia de

(1) Louis Lambert.

su talento, concedía una suma importancia a estos hechos, y comenzó a asombrarse de sí mismo. Le pregunté si había venido alguna vez a este sitio, durante su infancia, y sorprendiéndole mi pregunta, contestó negativamente. Este hecho—añadió Luis—del que deben encontrarse muchos análogos entre los *sorprendentes fenómenos del sueño* de ciertas personas, me dejó parado. Cuanto hemos dicho pone en claro la ínclita inteligencia de Lambert...»

«Luis me dijo: Si este encantador paisaje—leemos en Balzac—no ha venido a mí, lo que es un absurdo pensar, he ido yo, pues, a él. Si estaba aquí yo, y he visto el paisaje mientras *dormía* en mi alcoba, ¿no constituye este hecho una completa separación entre mi cuerpo material y un sér interior? ¿No demuestra tan peregrino fenómeno, ignoro por qué facultad locomotriz de mi espíritu ha sido motivado, aptitud especial equivalente a la locomoción del cuerpo? Ahora bien; si mi espíritu y mi cuerpo han podido abandonarse durante el *sueño*, ¿por qué no habían igualmente de divorciarse en la *vigilia*? Yo no encuentro un término medio entre estas dos proposiciones. Pero vayamos más lejos y penetremos minuciosamente en el asunto. O estos extraordinarios hechos de la naturaleza se cumplen de un modo riguroso por el poder de una facultad que hace actuar a un segundo sér, a quien mi cuerpo sirve de envoltura—puesto que me hallaba yo en mi alcoba y veía el castillo de Rochambeau,—y esto invierte los conceptos, o han pasado estos fenómenos en algún centro nervioso, cuyo nombre está todavía por saber, centro donde se desenvuelven los sentimientos, o han ocurrido en el centro cerebral donde surgen las ideas. Esta última hipótesis promueve trascendentes cuestiones: Yo, realmente, he marchado, he andado, he visto y he oído. El movimiento no se concibe sin el espacio, el sonido no tiene lugar más que en los ángulos o en las superficies, y la coloración no se cumple sino merced a la luz. Si durante la noche, con los ojos cerrados, he visto en mí mismo objetos coloreados, he oído ruidos en el más absoluto silencio y sin las

condiciones exigidas para que el sonido se realice; si en la más profunda inmovilidad he franqueado los espacios, es que debemos poseer *ciertas aptitudes anímicas*, determinadas facultades internas, independientes de las leyes físicas externas; la naturaleza material sería entonces penetrable por el espíritu. ¿Cómo los hombres han reflexionado tan poco ante estos singulares *accidentes del sueño* que acusan en ellos una *doble vida*? ¿No habrá una nueva ciencia en este conjunto de admirables fenómenos?—agregó, golpeándose la frente;—si no existe en tales hechos el principio de una ciencia, deben residir en el hombre colosales poderes; esos hechos, al menos, revelan la frecuente desunión de nuestras dos naturalezas, problema arduo, en el que he pensado mucho tiempo. He aquí, pues, un valioso testimonio de esa superioridad que distingue nuestros sentidos latentes de nuestros manifiestos sentidos. *¡Homo duplex!*»

***

Explica madame de Manaceine los *sueños proféticos*, bien por la suposición de tener todos los datos necesarios para esperar tal o cual acto, de tal o cual persona, pero sin poseer la menor conciencia de ello, bien por coincidencia o por casualidad. Sustento, en vista de la precisión de ciertos detalles —dice aquélla,—que hay a la fuerza que admitir una *previsión del porvenir* tan cierta, tan exacta, que seguramente ha de desconcertar el pensamiento de los más caracterizados materialistas.

Frecuentemente se comprueban en los *sueños* los fenómenos dichos de *premonición*, singular disposición que presentan algunos individuos para percibir en *tales estados* los acontecimientos futuros.

Cuenta Plutarco—*Vida de J. César*—el *sueño premonitorio* de Calpurnia, mujer de César. Esta vió en *sueños* la conjuración de Bruto y Casio y el asesinato de su esposo. A los pocos días se confirmó el *sueño* de Calpurnia.

Montluc, en sus *Comentarios*, refiere que un *sueño* le advirtió, la víspera del acontecimiento, la muerte de Enrique II, en un torneo, atravesado de un bote de lanza por Montgommery.

Leemos en Cicerón—*De Divinatione,* I, 27—el *sueño profético* de Simónides; en Valerio Máximo—VII, I, 8—el *sueño premonitorio* de Alesio Rufo y el del rey de Creso—VII, II, 4—anunciándole el triste desenlace de su hijo Athys.

Sully afirma en sus *Memorias*—VII, 383—que Enrique IV tenía el *presentimiento* de que sería asesinado en su carroza desde un *ensueño*, y sucedió así.

Hechos más recientes, comprobados en gran número, se citan en una porción de autores.

Soñó Abraham Lincoln (1) hallarse sumido en *reposo mortal*, en un catafalco, envuelto en negro ropaje y rodeado de una multitud que le lloraba. Poco tiempo después fue asesinado.

M. Goron, en su última obra—*Memoires*, tomo II, página 338,—refiere este suceso: Obligado M. Berard, por la fatiga, en el curso de una expedición, a pasar la noche en un miserable albergue, en medio de unas montañas cubiertas de árboles, vió, en *sueños*, todos los detalles de un asesinato que había de ser cometido tres años después en la misma habitación que él ocupaba, y del cual fue víctima Mr. Víctor Arnaud, ilustre abogado. Gracias al recuerdo de este sueño, hizo Mr. Berard descubrir a los asesinos.

Otro caso: La mujer de un minero vió cortar—*estando dormida*, como ella refiere—la cuerda de la jaula que sirve para bajar a los obreros a los pozos de extracción, hecho que se verificó el día siguiente, y varios mineros debieron la vida a este *sueño* (2).

Otro más: Una señorita de Nievre, vió, en *sueños*, al joven

---

(1) *The two Wored.*

(2) *La Psychologie Inconnue*, pág. 213.

que había de ser su esposo. Merced a aquel *sueño*, llegó a ser la referida dama, madame Emile Bedollière (1).

El *sueño premonitorio* que vamos a referir le sucedió a mi esposa: J. G., en 1888, vió una noche, en *sueños*, salir tres ataúdes de casa. A los siete meses siguientes perecieron tres hijos nuestros, víctimas del *crup*, habiendo sido enterrados juntos. La autenticidad del *suceso* y del *ensueño* pueden testimoniarlos toda nuestra familia, que es muy numerosa, e infinidad de personas que nos conocen.

En la *Revue de París*, de 1906, vienen reseñados 76 *sueños* de esta índole.

Existen otros *sueños*, en que el sujeto experimenta una intuición vaga y confusa de lo que debe suceder; éste es el *presentimiento*.

Podemos presentar una serie de casos de esa *sensación interior*, en virtud de la cual se teme algún suceso que el alma prevé de un modo confuso; pero por no fatigar ya más la atención del lector, citemos uno: el coronel Collet (2) refiere que su padre político, M. Vignerou, gran aficionado a la caza y a la pesca, salía todos los días a su excursión favorita, sin que su esposa sintiera ninguna inquietud. Sin embargo, un día quiso impedir que fuese a pescar, *teniendo el presentimiento* de que se ahogaría. Pero él no quiso hacer caso, y por la noche, al volver, le hizo burla por la puerilidad de sus temores. Al día siguiente, confesaba a su hijo político que había zozobrado la barca y no había podido salir del agua y del cieno en que se hundía sino gracias a una rama de sauce que pudo asir a tiempo. Su ropa la puso a secar, y la limpió antes de regresar a su domicilio.

Otro caso más: una averiguación jurídica demostró que, una hermana de San Vicente de Paul, tres días antes del incen-

(1) *Revue Scientifique*, pág. 533, t. I. 1897.

(2) *Bulletin de la Société d'Études Psychiques de Nancy*. Feb. 1902. Pág. 6.

dio del Bazar de la Caridad, de París, *soñó* que moría abrasada, y el *sueño* resultó verídico.

Sentir una cosa antes de que suceda o preverla por indicios que la preceden, no es un problema imposible a veces. J. de Maistre y otros investigadores serios, han hecho observar que «el hombre está informado de un modo natural, de todas las verdades útiles». Sin embargo, los *presentimientos* son difíciles de explicar desde el punto de vista científico. Cuando el acontecimiento presentido tiene precedentes subjetivos u objetivos, los hechos pueden ser explicados, pero en la inmensa mayoría de casos anunciados, nada se presta a la idea de sucesión o de encadenamiento.

Sabido es que en el estado de *sueño profundo*, el círculo de nuestras percepciones puede ensancharse en incalculables proporciones, a la par que escapa en cierto modo el alma de la vida física; así es como ésta trae impresiones que raras veces afectan al cerebro por impedirlo su impotencia vibratoria, y quedan ciertas huellas en nosotros más o menos vagas, en forma de intuiciones, y de cierta capacidad previsora, influyendo, más de lo que cree, en nuestra vida, e inspirándonos nuestras resoluciones, nuestros actos.

Cuando el cerebro vibra débilmente para poder registrar los efectos potentes o sutiles producidos en los sentidos y percibidos por el alma, deseando ésta vivamente conservar para el *estado de vigilia* el recuerdo de lecciones aprendidas o de experiencias realizadas crea mediante la voluntad, cuadros, imágenes figurativas, u otras representaciones adaptadas a la aptitud vibrátil cerebral, e intensivamente las proyecta por una *acción sugestiva* sobre tan noble órgano. Si es inhábil, el *sueño* revestirá la forma alegórica. Entre los *sueños* de este género, los hay famosos, como el de Faraón interpretado por José (1).

***

(1) Génesis, X, I, 38, y X, V.

Fuera de los instrumentos que sirven para medir la continuidad o intermitencia de las cosas, y están basados en la duración de la rotación de la tierra alrededor del sol, el *tiempo,* es un enigma para el hombre; ¿cómo los *durmientes* pueden contarlo al despertarse a una determinada hora? Se ha dicho muchas veces, que el organismo humano estaba sometido a movimientos periódicos, tales como la respiración, los latidos cardíacos, y que, el cálculo inconsciente del número y de la duración de estos movimientos constituía el fenómeno estudiado por el profesor Karl du Prel, con el nombre de *La Montre dans la Tete* (1). A esto podíamos agregar, que todavía posee el hombre la medida del tiempo en las funciones periódicas del hambre y de la sed, del *estado vigil* y del *sueño*, de las fiebres intermitentes, de ciertas crisis convulsivas, etc.; pero todo esto no da exacta cuenta de los excepcionales fenómenos observados en tal orden de ideas, que conviene siempre estudiar, al menos cuando pretendemos apreciar el valor de una teoría. Mientras se obtenía la rotación de las mesas al contacto de los dedos, la hipótesis de los movimientos inconscientes era aceptable; esta opinión ha caído desde que llegó a producirse el movimiento a distancia, o *telekinesia* (2).

Todos los profesores que han sabido experimentar sobre la *sugestión hipnótica,* han demostrado en sujetos predispuestos que las *sugestiones* se ejecutaban matemáticamente a *plazo fijo* o a *término dado,* y que este *exacto vencimiento* de la orden sugerida podía referirse lo mismo a algunos minutos, como a varios meses de distancia. Y así como es factible hacer pasar varias corrientes a la vez, tanto en sentido contrario como en un mismo sentido por un hilo telegráfico, de idéntica manera se pueden dar a un *sujeto dormido*, por diferentes personas y a muy diversas fechas, muchas sugestiones, sin que éstas recíprocamente se destruyan (3). Si el *sujeto dormido* cuenta de un modo

(1) Le dedoublement du moi dans La Reve.

(2) La España Moderna. Pág. 56. Febrero 1910.—A. G.

(3) *Ateneo*. Pág. 257. Mayo 1910.—A. G.

inconsciente por los movimientos rítmicos de su organismo, ¿qué cálculos tan complicados debe hacer para la sugestión de un año, por ejemplo? Si son los días los que le guían en el cumplimiento acertado de la orden dada, ¿cómo puede apreciar la duración de minutos?

Esta conciencia de las horas, ¿es permanente en lo que se designa hoy con el nombre de *actividad subconsciente del alma*—Marie, Gyel, Lodge, Janet, Poodmore, Encanse y Ribot—y si en estado velado o latente de ordinario, ésta por las distracciones del mundo exterior se revela en ciertas condiciones fisiológicas tan sólo favorecidas por el *sueño?*

Si la hipótesis es cierta, un individuo *dormido* a quien se despierta en un determinado momento, debe indicar la hora exactamente. La experiencia es difícil de realizar, porque en cuanto se despierta al *dormido*, se le transporta a las circunstancias en que el *subconsciente*, actividad automática del espíritu, cesa de manifestarse. No obstante, existen ejemplos que nos obligan a admitir esta teoría.

Según el barón du Potet, un tal Deschamps poseía la facultad de poder indicar la hora precisa, cualquiera que fuera su *situación* o *estado*. Una vez fue *despertado* súbitamente de noche y se le preguntó la hora que era, él respondió con cierta pausa: Son las dos en punto. En seguida añadió: Tened en cuenta que voy con el reloj de las Tullerías. Y era aquella hora precisa que sonó al instante en el reloj susodicho.

El profesor Karl du Prel refiere que un sujeto que conocía M. Wilhelm Fräsdorf le escribió hablándole de su mujer. Es realmente maravilloso—le decía—cómo posee la noción del tiempo. Cuando a cualquiera hora de la noche miro mi reloj sin que ella se aperciba y le pregunto por la hora, al momento me dice exactamente la que indica el horario. Muchas veces le he hecho esta pregunta: ¿en qué día de la semana cae el primero de tal o cual mes? Y me respondía casi al momento conforme a la indicación del almanaque de pared, cuyas hojas iba yo después levantando. En estas experiencias—dicho pro-

fesor afirma—llegué a estropear una porción de calendarios.

Este caso no es muy decisivo, porque puede ser atribuído a la *transmisión mental* (1). He aquí otros más complicados:

El distinguido catedrático de Berlín, Dr. Kerner, sumía en el *sueño provocado* a una sonámbula que seguía estrictamente sus órdenes. A las once de la mañana—decía ella—me despertará usted. Kerner avanzó en secreto la saeta nueve minutos, de manera que la hora marcada en el reloj cuando le preguntase, sería en este nueve minutos antes. La *sonámbula* no se movió más que cuando los nueve minutos habían transcurrido, y entonces dijo a su doctor: Despiérteme usted, que son ya las once (2).

Ella regía siempre—sostenía Kerner—su *sueño* y sus órdenes con el reloj de la catedral. Si durante el *estado sómnico* avanzaba o retrasaba yo mi reloj—agregaba el catedrático—no tenía esto la menor influencia sobre el tiempo transcurrido, que era idéntico a la hora que marcaba aquél. Pero si cambiaba la hora hallándose la sujeto despierta, su *sueño* y sus disposiciones se regían con arreglo al mío (3).

Otra *sonámbula* estudiada por Echenmayer acertaba la hora precisa del lugar donde se encontraba, sin haber recurrido jamás a ningún reloj, y avisaba cuando los relojes de la villa se adelantaban, se retrasaban o paraban (4).

Una tercera se valía del reloj de la iglesia principal de Hamburgo, a pesar de habitar a una legua de la ciudad (5).

Estudiemos ahora otros fenómenos no tan extraños y sorprendentes como los acabados de reseñar, pero más útiles; nos referimos a las aplicaciones terapéuticas del *sueño*.

***

(1) *Menancine*, pág. 36.
(2) *Histoire de deux sonambules*, pág. 72.
(3) *Essais sur la Magie apparente*, pág. 71.
(4) *Les Phenomenes psychiques*, pág. 43.
(5) *Siemers. Berliner Tageblat*, 2.721, 1906.

Se sabe que la *sugestión* no surte efecto más que en las personas que la aceptan; de aquí, un especial arte para ejecutarla bien, en virtud de la autoridad del profesor, merced a la persuasión. Tal *operación mental* debe intentarse en las más favorables circunstancias, para que el paciente resista al influjo del hipnotizador, o se mantenga firme respecto de las ideas que este último trata de imponerle. El *sueño* es el medio más propicio para que una noción cualquiera pueda ser fácilmente sugerida.

Todos los hipnólogos han tenido que corregir a sujetos, haciéndoles ver durante el *sueño* las condiciones referidas para que la sugestión fuera un hecho.

La *Revue d'Hypnotisme de París* cita todos los años una porción de curaciones de enfermedades, principalmente nerviosas, mediante ese *reciente método terapéutico*.

El caso siguiente, que data del año 1889, es uno de los primeros observados entre los numerosos de hoy, y está reseñado en *La Psychologie experimentale* del susodicho catedrático de Munich:

«Asociándome a algunos amigos—dice el autor,—miembros de la *Société de Pychologie Scientiphique de Munich,* comencé la experiencia en 26 de Mayo de 1889. Una buena persona, B. P., tuvo la complacencia de ofrecerse como sujeto de experiencias, y el Dr. G. se brindó como hipnotista. El primero, herido en Sedán por arma de fuego, en un hombro, quedó privado del libre juego de su brazo derecho, continuamente atormentado por acerbos dolores. Se le sumió en pocos minutos en el *sueño hipnótico,* estado que se manifestó por un singular automatismo del brazo cataléptico. Interrogado el paciente por su herida en el *estado sómnico,* y sobre el alivio que podía obtener, habló en términos breves de morfina y de duchas frías aplicadas a la región enferma, las que le proporcionaron muy poco alivio.»

«El doctor du Prel—agrega—le dió esta orden hipnótica: Tendréis esta noche el siguiente sueño: recitaréis, contaréis

con todos los detalles los grandes y múltiples sufrimientos que os haya causado vuestra antigua herida, y diréis esto con tal vigor, con tal intensidad, que únicamente consagraréis vuestro pensamiento a encontrar un eficaz remedio a vuestro mal. Y yo os digo que encontraréis uno. Este remedio o método curativo, se imprimirá de tal modo en vuestra mente, que os sobrevendrá a maravilla a la memoria, mañana por la mañana, cuando os despertéis. Este recuerdo guardaréis en vuestra memoria, hasta que os vea el profesor du Prel, al cual contaréis minuciosamente todo vuestro *sueño*. Lo que yo os digo, *llegará, sí, sucederá, debe suceder.*»

«Se ordenó después que al despertar no experimentara la menor molestia.»

«Le dejó descansar en seguida, y luego le despertó apaciblemente. Él olvidó por completo todo cuanto había pasado, y se evitó toda alusión relativa al caso.» «Cuando fuí a verle al siguiente día—añade el doctor du Prel,—creyó B. P. de buena fe que iba yo por otro asunto que no es necesario indicar. Le hablé más tarde de la sesión hipnótica de la víspera, y se lamentó de que resultara ésta tan funesta para él. No obstante, confiesa que no había tenido dolores en el brazo posteriormente a la sesión; cosa tanto más sorprendente para él, cuanto que el tiempo estaba muy húmedo. La noche pasada me contó B. P. que la había pasado muy mal; una vez acostado, sus dolores fueron tan vivos que no le dejaron dormir durante la noche más que tres horas, de cuatro a siete de la mañana. Después tuvo un *sueño extraordinario. Soñó* que ya no tenía dolores en el brazo, lo que indicó al profesor G. Explicó éste entonces al enfermo y a su mujer que aquel *ensueño* no era otra cosa que el *cumplimiento posthipnótico* de la orden que le había dado la víspera, y todo sucedió como su hipnotizador le decía. B. P. ya no experimentó más dolores. Quedó completamente curado.»

«Dos meses más tarde recibí una carta de B. P.—añade el doctor du Prel,—el 24 de Julio; en ella me expresaba su agradecimiento por la completa curación de su miembro.»

Vino este curioso caso reseñado en la obra del ilustre profesor Bozzano, intitulada *Paramnesie et Les Reves premonitoires.*

*
* *

Por las pesquisas científicas de una porción de observadores eximios, se sabe que obrando nuestro espíritu durante el *sueño natural o provocado,* llega a veces a exteriorizar sus facultades perceptivas, entrando en relación con los elementos del *cosmos,* y percatándose de muchos fenómenos para él ignorados en *estado de vigilia.*

Merced a las experiencias de *hipnotismo transcendente* llevadas a cabo por los profesores distinguidos Llody-Tuckey, Verall, Manfroni, Solowovo, Somh, Hean, Fox-Jeuchen y Boirac, se ha llegado a restablecer por *sugestión* en determinados sujetos las secreciones suspendidas en el organismo; a actuar sobre sus nervios vasomotores, determinando en el cuerpo *equimosis* y otros *trastornos circulatorios;* a provocar la *estigmatización* por una especie de *dirección selectiva* de ciertas células; a conducir las secreciones mórbidas a lo que fueron durante el estado normal; a curar radicalmente varios procesos patológicos con la sola intensión volitiva, disponiendo de la *vix medicatrix,* y en cuya especial condición de la persona fundan los modernos neuro-clínicos la *Psicoterapia;* a la *sugestión prenatal* atribuída por algunos sabios a nuestras ocultas potencialidades psíquicas, influenciando al feto su propia madre, ora por accidente—*nœvi materni,* o manchas de nacimiento,—ora de un modo espontáneo; y hasta operar ciertos cambios químicos en lo íntimo de nuestros tejidos, por un especial *metabolismo protoplasmático.*

¿No observamos los médicos con relativa frecuencia la supresión de la secreción láctea en muchas mujeres criando a sus hijos, consecutivamente a la autosugestión determinada en ellas por un anómalo *estado sómnico?*

*
* *

Durante el *sueño normal o provocado*, muchas de esas facultades latentes a que aludimos comienzan a esbozarse en determinados sujetos—sensitivos—dotados de una extraordinaria sensibilidad.

Existen individuos que, *dormidos hipnóticamente*, saben distinguir el contacto de una placa de plata, de una deplomo, de acero, de oro, de cinc o de platino, y vendados sus ojos; facultad que se ha designado con el nombre de *metalestesia*. A ciertas personas, se les ha trasladado de noche en vehículo cerrado de un lugar a otro, guardando con ellas las precauciones debidas para no percatarse de cuanto pasaba a su alrededor, y han vuelto solas de noche al primer lugar, lo que han logrado mediante su nueva aptitud, llamada *sentido de orientación*. Hay sujetos que poseen una *conciencia plena del Yo físico*—Grasset,—lo que se designa estos últimos años con el nombre de *cenestesia, o sentido de la propia existencia* (1); este *fundamental sentimiento de la existencia sensitiva*, según Maine de Birau, es muy neto en la *hipnosis* o en el *sonambulismo*, así como en el *sueño natural*, y se revela cuando está muy desenvuelto por los *fenómenos autoscópicos*. Determinados individuos sienten y se representan algunos de sus órganos—*autoscopia interna;* otros describen la constitución histológica de sus vísceras; y el sujeto del profesor Comar siguió con toda exactitud la marcha de un cuerpo extraño por el interior de su organismo. La *telestesia*, o *percepción a distancia*, ha sido comprobada experimentalmente por una porción de observadores en el *sueño sonambúlico*. El profesor M. Albert de Rochas, del Colegio Politécnico de París, demostró en 1906, en una joven, durante el *estado profundo de la hipnosis, la sensibilización de la materia* por intermediación, y a corta distancia de ésta. Varios investigadores han conseguido transportar *neuralgias* y otros *trastornos nerviosos* de una enferma a una

(1) La actividad inconsciente. *Ateneo*. Núm. 5. Pág. 257.—1910.—Madrid.—A. G.

sensitiva dormida, mediante una *corona de acero imantada.* En ciertas histéricas ha podido demostrarse un *considerable desarrollo del sentido muscular.* La *proyección del pensamiento, o telergía psíquica de algunos sonámbulos*, se está evidenciando todos los días en los gabinetes de investigadores ilustres.

Y no solamente en el *sueño,* sino en el estado vigil de la persona, pueden desenvolverse nuevas aptitudes, pero las manifestadas durante el *sueño* son las únicas que han sido objeto de este trabajo.

El día que desarrolle el hombre dichas facultades, hoy apenas esbozadas, será testigo de grandes mudanzas. Ellas operarán seguramente en el hombre futuro una porción de maravillas, de las que nuestros conocimientos actuales son insuficientes para formarnos una idea aproximada (1).

Algunos de los fenómenos que acabamos de reseñar, hacen renacer en nuestro tiempo las teorías de los antiguos filósofos, y una porción de científicos tratan de perfeccionar dichas teorías, y hacerlas por la experimentación demostrables. Se comienza a estudiar seriamente los tratados de los sabios olvidados de la *Edad Media,* la *antigua Magia* de los países orientales y las *ciencias ocultas* de los caldeos, de los indios, de los chinos y de los egipcios. La vieja *Teosofía* de los Faraones, el *sybilismo* de los griegos y romanos y las *pitonisas* del templo de Salomón, de Delfos y de Endor, encierran un considerable número de materias, que han entrado ya en una fase científica. El *ocultismo* estudia todos los fenómenos del *sueño* acabados de reseñar, y toca a casi todas las ramas del saber humano. No es aquél una *ciencia,* sino un medio de comprender las *ciencias,* y de hacerlas progresar.

ANTONIO GOTA,
Médico.

---

(1) LA ESP. MODER. Loc. cit.

LAS HACIENDAS MUNICIPALES

Dificultades que presenta el problema de la constitución de un buen sistema tributario municipal.—Clasificación de las rentas municipales.—Los impuestos directos reales como orientación general en las Haciendas de estas entidades.—Los monopolios municipales.—La plus-valia.—Evolución de la Hacienda de los Municipios españoles.—Sistema tributario actual.—Sistema establecido en la ley sobre supresión del impuesto de Consumos.

Pocas cuestiones han preocupado tanto la atención de hombres públicos, de economistas de todos los matices y de financieros, como la constitución de un buen régimen de impuestos locales. Viene siendo éste un problema muy parecido al de la cuadratura del círculo; pues no obstante los numerosos estudios que de él se han hecho, lo mucho que se ha debatido y lo mucho que sobre él se ha legislado, todavía no ha logrado resolverlo ningún país satisfactoriamente. En la misma Inglaterra, cuya organización parece representar el ideal en esta materia, sucumbe la propiedad bajo el peso de los impuestos locales, y su reforma es una de las cuestiones que más preocupan en la actualidad a aquellos espíritus.

Lo mismo en el terreno de la ciencia que en el de la legislación positiva, el problema de las Haciendas locales, y especialmente de su órgano de expresión principal, el Municipio, ofrece dos distintos términos que corresponden a las dos opuestas tendencias que en su organización se observan. Una es aquella

que considera al Municipio como un organismo autónomo, independiente y libre, por tanto, de establecer sus impuestos sin relación alguna con los del Estado. Y otra, por el contrario, que considera al Municipio como un organismo subalterno, con un poder fiscal delegado y limitado en su ejercicio a guardar una cierta relación y armonía con el Poder fiscal nacional.

En general, las rentas en las entidades municipales pueden clasificarse en dos distintos grupos: rentas *originarias* y rentas *derivadas*. Las primeras proceden de los bienes propios de los Municipios (tierras, minas, montes, etc.) y de las explotaciones industriales, que hoy adquieren tan gran desenvolvimiento, especialmente en los grandes centros de población, bajo la forma de municipalización de servicios públicos (agua, gas, electricidad, *tramways*, etc.).

No hay Municipio cuya Hacienda patrimonial le baste para satisfacer el cúmulo de atenciones que hoy pesan sobre ellos. A la vez que esta renta *originaria*, necesitan de otra *derivada*, y cada día en una proporción mayor, porque los gastos se desarrollan con una rapidez mayor que los ingresos. Y aquí es donde surge la verdadera dificultad del problema.

Las Haciendas municipales, como decimos antes, pueden organizarse, o sobre un criterio de autonomía: impuestos separados de los del Estado, o sobre un criterio de unión o superposición a ellos: impuestos adicionales, recargos. La mayor parte de los países tienen adoptado este último sistema, que sobre muchos inconvenientes tiene como principal el de confundir los intereses de la Hacienda municipal con la Hacienda del Estado, embarazando los movimientos de ésta a tal extremo, que la transformación de los sistemas tributarios nacionales, que hoy en todas partes se intenta, se hace de todo punto imposible como consecuencia de este sistema.

La organización de los impuestos locales en Inglaterra representa el tipo del sistema de los impuestos autónomos; el contribuyente, dicen los tratadistas ingleses, debe tener un exacto conocimiento de la carga que le impone el Estado y de

la que le imponen las localidades. La organización española, la francesa y la italiana, representan el sistema de los recargos. Alemania, en su reciente reforma, en parte ya implantada, ofrece la última palabra sobre este asunto.

Veamos, pues, empezando por Inglaterra, la nación donde la vida local es más intensa, los rasgos generales de las Haciendas municipales en los diversos países, hasta llegar al nuestro, que merece consideración especial, y a él dedicaremos principalmente nuestra atención en este trabajo.

La base de los impuestos locales en Inglaterra es el *poor rate* (impuesto de pobres), establecido en 1601 por la Reina Elizabeth, como tributo parroquial, después sucesivamente modificado, y la última reforma se intenta en estos momentos. Están sujetos al impuesto de pobres todos los propietarios de minas, de bosques, derechos reales, de bienes inmuebles en general. A éste siguen una serie de impuestos de carácter especial. Al contribuyente inglés no se le puede pedir tanto, por ejemplo, para las atenciones del Condado, del Burgo o del Municipio, sino que es necesario especificar el destino que se va a dar a la contribución que se le exige. De aquí el carácter especial de esta serie numerosísima de impuestos que la forman; cada «gasto» tiene afecto su correspondiente «impuesto», y así hay impuestos sanitarios, de policía, escolares, de alumbrado, agua, etc. Todos estos impuestos, aunque autónomos, no son realmente otra cosa que tantos por cientos sobre el de pobre. Las rentas patrimoniales son bastante elevadas en los Municipios ingleses: cada día adquieren un mayor desarrollo las procedentes de los monopolios industriales (agua, gas, *tramways*, etcétera); las subvenciones del Estado a los Municipios son igualmente muy importantes. La Hacienda municipal inglesa descansa, pues, en un gran número de impuestos especiales, principalmente directos y reales, y destinados a servicios especiales, en algunos indirectos, en sus rentas patrimoniales y de monopolios y en una larga medida en las subvenciones del Estado. A la vez éste tiende a descargar de algunos servicios a

los presupuestos municipales, como el de «Prisiones», del que se ha hecho cargo el Estado recientemente (1).

La Hacienda municipal francesa aparece organizada con un criterio diferente. Las rentas de los Municipios de la vecina República están constituídas: *a)* Por unos céntimos adicionales sobre los impuestos directos del Estado. Estos recargos se dividen en *ordinarios,* o para atenciones generales del Municipio, y *extraordinarios* o *especiales,* que están afectos a servicios determinados, como, por ejemplo, a caminos vecinales, instrucción pública, etc.; de aquí que la especialidad del empleo de ciertos recursos locales no sea desconocida en Francia. *b*) Por algunos impuestos genuinamente municipales de escasa importancia; y c) por el impuesto de Consumos, que representa un poco menos de la mitad del total de las rentas municipales. La Hacienda municipal francesa está, como se ve, estrechamente ligada a la del Estado, y así dijo con tanta razón Mr. Caillaux, que el problema de la autonomía de la Hacienda municipal era un problema de independencia y libertad de las dos Haciendas, y en este sentido se orientan todas las iniciativas de reforma. La misma organización ofrece la Hacienda municipal italiana, salvo la diferencia de haber conseguido crear ésta un sistema de impuestos indirectos muy variados, de naturaleza muy diferente, autónomos en su mayor parte y de rendimientos muy apreciables (2).

Las Haciendas municipales de Alemania, reorganizadas

(1) En el año 1900-901, los Municipios de Inglaterra propiamente dicha, y de Escocia, obtuvieron un rendimiento de los monopolios de agua, luz y tramway de 409 millones de pesetas oro (16.353.997 libras esterlinas), repartidos en esta forma: 4.641.558 libras esterlinas (116 millones de pesetas oro) de la municipalización del agua; 8.679.687 libras esterlinas (217 millones de ídem), de la de gas; 1.489.609 libras esterlinas (37 ídem íd.), de la de electricidad, y 2.543.143 (63 ídem íd.), de la de tramways.

(2) Sobre la Hacienda municipal francesa pueden consultarse: L. Thorlet, *Regime financier et comptabilité del Comunes;* París, 1887; y sobre la italiana, entre otras, nos parece la más recomendable *La Finaroza locale in Italia,* por Lacava; Turín, 1895.

por las leyes de 14 de Julio de 1893 y de 24 del mismo mes de 1906, ofrecen las nuevas tendencias que se manifiestan sobre este asunto. Ambas leyes parten del principio de que los impuestos directos reales son los más apropiados a los Municipios, y los indirectos y personales al Estado. Los Municipios deben, ante todo, recurrir a los recursos de su propio patrimonio; después, a los impuestos sobre las grandes empresas, cualquiera que sea el negocio a que se dediquen, y últimamente a los impuestos reales directos. Éstos son en número de tres: 1.°, sobre la propiedad inmueble (rústica y urbana); 2.°, de patentes industriales, y 3.°, sobre los grandes depósitos comerciales creados por la ley de 18 de Julio de 1900. Dichos impuestos tienen el carácter de impuestos municipales. Los exige el Municipio por sí y no en forma de reçargos, que sólo en casos muy excepcionales autoriza la ley.

Cuando todos estos recursos sean insuficientes, están autorizados los Municipios para establecer impuestos indirectos, siempre que éstos no graven las carnes, cereales, patatas, etc.; los artículos que la ley enumera y señala como de primera necesidad.

Dada por la ley de 1893 la orientación del nuevo sistema tributario municipal, quedaba por hacer la segunda parte de la obra, o sea la de proporcionar bases sobre las que los impuestos directos reales habían de descansar. Estas nuevas bases son las que ha venido a ofrecer la ley de de 1906, autorizando a las Municipalidades para establecer un impuesto que grave a la plus-valia (1) de la propiedad inmueble, y otro a la inmovilización de esa misma propiedad.

Hay dos clases de plus-valia. La primera es aquella que tiene por causa las mejoras llevadas a las tierras o a las construcciones por el mismo propietario: esta plus-valia queda libre del nuevo impuesto. La segunda es la que proviene de las cir-

(1) La expresión inglesa *nucarned increment,* valor no ganado, responde más exactamente al sentido que, en el orden tributario, tiene la palabra *plus-valia.*

cunstancias, como el aumento de población, aperturas de calles, obras de saneamiento, carreteras, vías férreas, etc.; todos estos movimientos de la colectividad repercuten en la propiedad, dándole un aumento de valor sin esfuerzo ni intervención alguna por parte del propietario; sobre esta plus-valia recae el nuevo impuesto.

El impuesto sobre la plus-valia de inmueble ha sido establecido en provecho del Estado en la posesión Alemana de Kías-Teheon, y como impuesto municipal en varias poblaciones importantes, tales como Francfort, Colonia, Gelzen-Kirchen, etc.; y está en estudio en las de Berlín, Bantsen, Brême y Hanan.

La municipalidad de Francfort ha sido la primera que en Alemania ha establecido ese nuevo impuesto; se satisface cuando la propiedad se transmite por actos intervivos o mortis-causa, y es plus-valia según la ley: «la diferencia entre el precio de adquisición y el de venta», descontando el importe de las mejoras llevadas a cabo por el propietario, que tiene que justificar ante el Municipio. El impuesto es progresivo: del 5 por 100, cuando la plus-valia es inferior al 35 por 100 del valor del inmueble; del 6 por 100, cuando es del 35 hasta el 40 por 100; del 7 por 100, hasta el 45 por 100, y así sucesivamente, hasta un máximum del 25 por 100 de gravamen, cuando la plus-valia representa el 100 por 100.

El otro impuesto atiende principalmente a combatir la especulación con los terrenos sin edificar (solares), promoviendo por este medio las edificaciones, y con ellas las fuentes del trabajo. Consiste en un impuesto, también progresivo, sobre el valor de los solares en relación con el tiempo que permanezcan sin edificar. La escala de este impuesto, empieza con un 2 por 100, aumentado de 2 en 2 por 100 cada período de diez años; cada vecino se hace nueva valoración de los terrenos, y la escala termina en un 20 por 100 (1).

(1) El *Bulletin de Statistique et de Legislation comparée,* primer se-

Nuestros Municipios, que antes contaban con recursos propios, y vivían, por regla general, vida prospera e independiente, son en la actualidad de corte francés, pues de Francia fueron importados, como la mayor parte de nuestra legislación administrativa, civil, procesal, etc. Esta fué la verdadera invasión que después del año ocho hicieron nuestros políticos, invasión que penetró en la familia, en el Municipio y en el Estado, infiltrando en todos estos organismos un espíritu que rechaza nuestra tradición, nuestra historia y nuestra raza. Hemos de hacer patria, no con el tópico de la «europeización», sino «españolizándonos»; al nivel de Europa nos pondremos el día que traigamos reconstruídos nuestros seculares organismos municipales.

Tienden las legislaciones más modernas a dar a la Hacienda de los Municipios una base patrimonial, predominando en Inglaterra los bienes de carácter industrial y en Alemanía los territoriales. Como rentas *derivadas*, se les ofrece una serie de impuestos que pueden utilizar por este orden: 1.°, los directos reales; 2.°, Los indirectos sobre las manifestaciones del lujo; 3.° los indirectos sobre el consumo que no recaigan sobre artículos de primera necesidad, autónomos e independientes todos ellos. Pero como, lo mismo en Francia, que en Inglaterra, que en Alemania, como entre nosotros, existen Municipios rurales, en que esos recursos no son utilizables, o aun siéndolo ofrecen escasos rendimientos para éstos y aun para que las grandes poblaciones puedan extender sus funciones, se ha adoptado el sistema de las «subvenciones», como preferibles al sistema de los recargos y al gravamen de los artículos de primera necesidad.

Toda nuestra tradición municipal descansa precisamente en esa tendencia que hoy se nos ofrece como la última palabra

---

mestre de 1906, ágr. 764 y siguientes, transcribe el texto de los artículos más interesantes de las Ordenanzas municipales. Las leyes están traducidas en dicho *Bulletin* de Julio 1906.

del progreso. La Hacienda de nuestros Municipios era, no predominante, sino casi exclusivamente patrimonial; poseían dehesas, prados, campos, huertas, viñas, montes, sotos y otras clases de fincas rústicas, sin contar censos y otros derechos reales sobre heredades particulares; eran dueños también de casas, molinos, batanes, mesones, hornos, mataderos, almudíes, lonjas, puentes, aguas, baños, pesquerías, etc.; a este patrimonio, perteneciente a nuestras Corporaciones municipales, lo denominaba nuestra antigua legislación «Propios de los pueblos». Sus productos se aplicaban a las atenciones municipales, y cuando eran insuficientes, acudían las Municipalidades a la imposición de «Arbitrios» sobre tiendas, posadas, molinos, etc., como recursos supletorios. A fines del siglo XVIII y principios del anterior, las rentas de «Propios» y «Arbitrios», después de cubrir los gastos de los pueblos, ofrecían un remanente que, según cálculos de Canga-Argüelles, ascendía a 16 millones de reales (1).

En la segunda mitad del siglo XVIII se reorganiza la Administración de «Propios», acentuando la tendencia centralizadora iniciada en el siglo XV, y por decreto de 30 de Julio de 1760 se puso bajo la dirección del Consejo de Castilla. En la instrucción ó reglamento anejo al decreto se consigna esta prevención, que hoy pomposamente llamaríamos *política de desgravación*. Regle y vote cada Consejo, tanto los gastos de la Administración de justicia, como los de las fiestas votativas, salarios de Médico, Cirujano, Maestro de primeras letras y demás obligaciones que sobre sí tenga, con relación al producto de sus «Propios», procurando que siempre quede de ellos algún sobrante que sirva á redimir sus censos, si los tuviere, y si no a *descargar de Arbitrios*» (cap. 3.°); y más adelante se dice que cuando un Municipio tenga sobrante de sus productos de «Propios y Arbitrios» y no tenga cargas que re-

(1) *Diccionario de Hacienda pública:* D. José Canga-Argüelles, t. I, pág. 449.

dimir, emplee dicho sobrante en adquirir «Propios» hasta constituir la renta que le ofrezcan los «Arbitrios», de *modo que no se vea precisado a valerse de otros medios que perjudiquen la libertad y disfrute de los comunes a los vasallos* (capítulo 18) (1).

La desamortización y el sistema tributario de D. Alejandro Mon transformaron el régimen económico de nuestros Municipios. Actualmente cuentan con dos categorías de ingresos: una, denominada de «Recursos ordinarios», que comprende los ingresos genuinamente municipales (bienes de Propios, productos de montes, impuestos municipales, beneficencia, instrucción pública, extraordinarios y reintegros), y la otra de «Recursos legales» (recargos sobre territorial, industrial, carruajes de lujo, cédulas, consumos y peaje). Según la estadística formada por la Comisión extraparlamentaria de Consumos, el importe total de los ingresos realizados en el ejercicio de 1905 por los Municipios de España asciende a 213.295.349 pesetas. De esta suma corresponde a «Recursos ordinarios» 84.139.824 pesetas, un poco más del 38 por 100 del total ingreso, y á «Recursos legales» 129.155.225 pesetas, o sea el 62 por 100 (estado núm. 16).

En estas condiciones ocurre preguntar: ¿Quién es aquí el prisionero? ¿Es la Hacienda del Estado de la municipal, o ésta de aquélla? Las dos, puede contestarse; pero con una diferencia: que la Hacienda del Estado, como más fuerte, llega el caso, y se sacude del Municipio y reorganiza o aligera sus impuestos, sin tener en cuenta los quebrantos de la Hacienda municipal. Esta es la política financiera que se inició en 1900, y en ella se persiste. Se creó en esa fecha el impuesto de utilidades, el cual se formó, en su mayor parte, segregando conceptos de la contribución industrial, y cada presupuesto puede decirse se sustraen de ésta nuevos conceptos, que pasan a aqué-

(1) Real decreto de 30 Julio 1760, apéndice «Novísima Recopilación», lib. 7.°, tít. 16, leyes 12 y 13.

lla, con lo cual, la base sobre que pueden establecer recargos los Municipios, si no se reduce, al menos permanece estacionada; algunos amos, sin embargo, han experimentado sensible baja. Los ingresos presupuestos por «industrial» fueron superiores a 50 millones de pesetas en los años de 1894-95 a 1898-99; en 1900, de 48,4 millones; 48,7 en 1901; de 49,0 en 1902, de 49,2 en 1903; de 50 en 1904 y 1905; de 49,5 en 1906 y de 51,7 en 1907 (Estadística de Presupuesto; estado núm. 93), mientras que lo de utilidades empezó en 1900 con 107,2 millones, y llega en 1907 a 131,0 millones de pesetas (ídem íd. núm. 94). La mayor parte de este último ingreso, si hubieran seguido las cosas como antes de 1900, debía ser base de recargos municipales, pues el progreso industrial y comercial del país ha sido grande, por ser la «Sociedad y la Compañía» donde se concentran las grandes masas de capitales, la forma corriente de explotación de esos negocios, y ésta es precisamente la causa de que tributen por utilidades. Hay que separar la política de la Administración, y sobre todo de los Municipios, se dice a cada paso, y sobre éstos recaen al fin todos los efectos perniciosos de la política; bandera política es la desgravación, y en nombre de ella y sólo por ella se desgrava un día el pan, otro los vinos, con lo cual esa política social se hace a costa de los Municipios.

La ley sobre supresión del impuesto de Consumos, del mes de Junio último, transforma por completo la organización de nuestras Haciendas municipales. El principio en que se funda de ceder a éstas los impuestos directos, y especialmente los de carácter real, es el mismo que hemos expuesto como dominante en Europa; pero, desgraciadamente, la realidad de nuestro país es cosa distinta a la de Inglaterra y Alemania, y por eso en la práctica no podrá menos de encontrar serias dificultades.

A los Municipios que en virtud de dicha ley hayan suprimido o supriman el impuesto de Consumos se los autoriza para establecer como recursos sustitutivos, aparte los establecidos en la ley Municipal, los siguientes:

1.° Arbitrio sobre el aumento determinable del valor de ciertas fincas por efecto de obras o servicios costeados con fondos municipales, o sobre el beneficio especialmente obtenido por algunas personas o clases de las mismas obras o servicios, aun cuando no exista aumento determinable de valor.

2.° Otro sobre los aumentos de valor que obtengan, en determinado período de tiempo, los terrenos del término municipal, independientemente de la acción del propietario.

3.° Impuesto sobre el inquilinato.

4.° Impuestos que podrían consistir en los recargos sobre las contribuciones directas del Estado; arbitrios sobre carruajes de lujo y pompas fúnebres; imposición municipal sobre los billetes de espectáculos públicos, juegos permitidos, casinos, círculos y otras sociedades de recreo; imposición sobre el consumo de gas y electricidad; arbitrios de Consumos sobre los artículos de lujo, que no pasará del 20 por 100 de su valor; sobre los de lujo de mesa, que no podrán exceder del 10 por 100, y sobre los de primera necesidad, cuyo máximum será del 5 por 100; repartimiento general y prestación personal.

Estos recursos, aparte de que sólo podrían ser utilizables por media docena de Ayuntamientos de los nueve mil y pico que tiene la nación, aun en esos ofrecería escasos rendimientos, desde luego insuficientes para sustituir sus cupos actuales de Consumos, como se pretende.

Los aumentos determinables de valor de ciertas fincas por efecto de obras o servicios costeados con fondos municipales, no es, no puede considerarse en modo alguno como base permanente y segura de renta, a lo sumo como un nuevo recurso de carácter transitorio, o mejor dicho, una especie de reintegro que harían a los Ayuntamientos los beneficiados por dichas obras y servicios.

Pero la ilusión es todavía mayor con el arbitrio sobre el aumento de valor de los solares.

Un Municipio que invirtiera gran parte de sus fondos en obras de policía urbana, como son apertura de nuevas calles,

saneamiento, higiene, etc., etc., crearía con ellas ese aumento de valor, no ganado por el propietario, que se pretende encontrar como base del arbitrio que se propone. ¿Pero acaso nuestros Municipios, exceptuando en parte al de Barcelona, hacen lo que los alemanes e ingleses, donde ese arbitrio existe y de donde lo hemos tomado? Entre nosotros, el aumento de valor que sin intervención alguna del propietario experimentan los valores, es por obra y gracia del tiempo que están sin edificar, y sobre base tan reducida y pobre como ésta, no es posible asentar la Hacienda municipal.

Respecto al impuesto sobre el inquilinato, baste decir que la propiedad urbana está gravada con un tipo medio del 20 por 100 de su renta en toda España, aparte los recargos municipales, que son del 16 por 100 sobre la cuota del Estado. Ese gravamen es en Madrid del 21 y 23 por 100, sin recargos y otra porción de arbitrios. El precio de las viviendas resulta, por consiguiente, elevadísimo, y por débil que sea el arbitrio que se establezca, de seguro que no podrán soportarlo la mayor parte de los inquilinos. Pero como compensación a estos nuevos gravámenes, se dice se suprimirá el impuesto de Consumos, con lo cual las subsistencias se pondrán más baratas, como si no tuviéramos bien cerca la experiencia de la desgravación de los trigos, de sus harinas y del vino, de las que sólo se han aprovechado especuladores y monopolizadores.

Esta es la razón por la que decíamos antes que aun siendo buenas la orientación y tendencia de la ley de supresión del impuesto de Consumos y la transformación de las Haciendas municipales, no creemos pueda dar resultados prácticos en nuestro país, ni desde el punto de vista financiero local, porque los nuevos recursos son en su mayor parte ilusorios, ni desde el económico-social, pues la experiencia de supresión de los Consumos hecha en Madrid basta para demostrar que nada ó muy escasamente influye ese impuesto en el precio de las subsistencias.

Francisco Espinosa y G. Pérez,
Del Ministerio de Hacienda.

LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Un viaje a Francia en 1792.

Las páginas que siguen están destinadas a formar parte de un libro en el cual se estudian y exponen las relaciones de nuestro país con el acontecimiento extraordinario que, en las postrimerías del siglo XVIII, vino a cambiar la faz de la tierra. No existe pueblo alguno en Europa que no haya contribuído largamente a la literatura alimentada por la Revolución; que no haya registrado las proezas y andanzas de sus hijos cuando, por azar o por entusiasmo irresistible, intervinieron en aquellos episodios; que no haya agotado sus archivos particulares y públicos; que no haya exhumado cartas, notas y recuerdos de testigos presenciales; que, en el sentido de la historia pragmática o de la historia íntima, en el aspecto de los hechos, de las costumbres o del espíritu social, no haya investigado y desenvuelto, en suma, los mil y mil dramas particulares en que se descompone aquella gran tragedia y que subyugarán eternamente, con invencible poder de fascinación, la curiosidad apasionada de los hombres.

Tan sólo España parece haberse sustraído a esa curiosidad universal, mirando con desvío un tema apurado en casi todas las naciones y poco menos que intacto en la nuestra, no obstante los adeptos militantes que proporcionó en el mismo Pa-

rís a la Gironda y a la Montaña; no obstante haber sido nuestra tierra refugio principal de aristócratas emigrados y sacerdotes expulsos, que la convirtieron en foco de perennes conspiraciones realistas; no obstante haber trocado en una hora, después de la guerra del Rosellón, nuestro papel de paladines de la vieja Francia por el papel opuesto de únicos aliados de la República y de instrumentos sumisos del Directorio. Así, pues, Burke y los demás flageladores de la Revolución en Inglaterra pudieron hartarse de llamarnos *el feudo del Regicidio*, como nos habían infamado la víspera, a título de *la Coblenza del Sur*, los libelistas y voceros de la demagogia francesa. Ni este cúmulo de relaciones privadas y públicas, ni la continua y larga repercusión de aquel movimiento en los destinos de nuestro país, ni el supremo interés de la catástrofe en sí misma, han conseguido avivar el celo de los investigadores nacionales para que contribuyeran a la producción histórica que tantas obras maestras ofrece más allá de los Pirineos, en las cuales la belleza artística, la erudición escrupulosa y el incentivo dramático se confunden en idénticas proporciones y en forma no superada actualmente por ningún género de literatura.

Tal vez, en el cuadro que presento ahora al lector sea posible entrever y fijar la extraña posición de espíritu largo tiempo guardada por los españoles en cuanto a los *sucesos* de la Revolución francesa, con todo y tratarse a menudo de liberales, de volterianos y de afrancesados. En la reconstitución del viaje que es objeto del presente estudio, y que he debido intentar sobre rastros muy débiles y efímeros, observaremos a un ilustre literato español, encarnación de toda su época, puesto frente a frente del volcán revolucionario, bordeando entre curioso y arrepentido sus laderas, asomándose un momento a su cráter y volviendo para siempre los ojos y la espalda, y aun la memoria, al espectáculo grandioso y horrible, como si quisiera relegarlo a perpetuo olvido; ni más ni menos que su nación debía sofocar y esconder después casi todos

los testimonios directos y vívidos que pudiesen evocarlo algún día.

*
* *

El domingo, 6 de Mayo de 1792, poco antes de media noche, el parador de la diligencia de Bayona en Madrid presentaba la peculiar animación de los días de salida. El enorme vehículo obstruía la calle. Mundos, fardos y maletines iban encastillándose sobre el imperial; y el pintoresco farolón del testero proyectaba su cono de luz sobre los mozos soñolientos que sacaban los tiros de la cuadra, enganchaban el ganado y repasaban los atalajes y colleras, de vez en cuando sacudidas, con estruendo musical, en la quietud de la noche.

Poco a poco, los pasajeros pusieron pie en el estribo, hundiéndose en la oscuridad de la gran balumba. Otros ocuparon sus asientos de berlina. El postillón había montado ya; el mayoral daba el último vistazo a los preparativos, recibía los últimos pliegos, contestaba maquinalmente a las últimas recomendaciones, y todavía un grupo bastante compacto se aglomeraba junto á la portezuela, despidiendo con las más expresivas demostraciones de deferencia y cariño a un personaje de toda distinción, que distribuía apretones de mano y revelaba las agridulces y contradictorias emociones de quien deja patria, familia y amigos para correr mundo, en una anhelada y larguísima excursión de estudio o de deleite. Pudo hurtarse, por último, a los brazos que lo retenían; ajustó a su cuello el tapabocas de abrigo que llevaba a prevención, y afirmó su gorra o cachucha de viaje, ocupando en la diligencia el puesto reservado anticipadamente. Al mismo tiempo, resonó la voz imperiosa del mayoral; restalló el látigo, trazando una rúbrica en las tinieblas; arrancaron los tiros, con empuje violento; la balumba rodó, vibrando, con ruido de caja armónica, por el centro del arroyo, y el grupo quedó junto al parador, gritando: «¡Adiós, buen viaje!», hasta que se dispersaron, como un cuadro fundente, perdiéndose en las extraviadas callejas, los

cuatro o cinco eclesiásticos y abates, con algún covachuelista y guardia de corps, que acababan de despedir al pasajero.

Media hora después, atravesado el puente, abandonados a su quietud los barrios extremos de la villa, en plena oscuridad del campo y de la noche, nuestro viajero arregló en las perchas o debajo del asiento sus paquetitos y bártulos de mano, tomando las precauciones y postura definitivas del hombre que se decide a invertir el resto de la noche durmiendo, o con la menor incomodidad posible, ante la perspectiva de seis días a pasar en ajetreo continuado. Sin duda, cerraría los ojos para atraer un sueño rehacio a presentarse, pidiendo a la inmovilidad material la engañosa apariencia del descanso, y procuraría apartar de su imaginación el enjambre de visiones que por ella revoloteaban como en torbellino. Pero cuando se deja la corte de las Españas en el momento más brillante de una victoriosa juventud; cuando se acaba de gozar un triunfo de aquellos que forman época en los anales de su patria, y, más allá de los Pirineos, sonríe la esperanza de cuatro o cinco años de embeleso ante todas las maravillas de la civilización; cuando el pasajero taciturno, incrustado en un ángulo del carricoche, se llama Moratín, entonces no es difícil adivinar que esperaría en vano las caricias insulsas de la ninfa del sueño.

D. Leandro Fernández de Moratín tenía entonces treinta y dos años, como habiendo venido al mundo en 1760. Reunía todas las gracias del espíritu: ingenio, donaire, picante ironía, vasta lectura, gusto limitado por la estrechez de horizonte propia de su época, pero solidísimo y seguro dentro de esta restricción. Era el ejemplo cabal de lo que se llama un temperamento literario; cierta musa, inseparable de él, comunicábale sin tregua el hechizo indefinible y misterioso de la amenidad. Y hubiera añadido a tales dones los de una figura atractiva y un rostro agraciado, si las viruelas que padeció en la niñez no hubiesen venido a desfigurarlo en gran parte con aquella terrible marca de su siglo que no perdonaba a pastoras ni a duquesas.

En la fecha de que hablo, y después de la modesta y temprana distinción obtenida en un certamen de la Academia Española (1779), por su canto épico *Las naves de Cortés destruidas,* Moratín había escrito no pocos de sus mejores versos; había vuelto a merecer galardón (1782) por la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que tituló *Lección poética;* había estrenado, después de inauditos apuros y contratiempos, *El viejo y la niña* (1790), poniéndose a la cabeza del bando reformador del teatro castellano, en que tanto figuró su padre antes que él; había publicado *La derrota de los pedantes,* metiéndose con ardor en la polémica literaria, que venía llenando el siglo XVIII, como suele llenar todas las decadencias y períodos de corrupción, y acababa de estrenar, cosa de tres meses antes de su viaje, o sea por Febrero de 1792, la más deliciosa, si no la más perfecta, de sus obras teatrales, *La comedia nueva o el café,* cuya primera representación le deparó un triunfo insólito y desbordante, por lo mismo que venía después de una tremenda conjura y de una gran batalla.

¿Cuál era el motivo de la peregrinación que emprendía en aquel instante? La vida de Moratín el hijo ha sido contada tantas veces, que había de resultar imperdonable redundancia ofrecer de ella una enecsima refundición en este relato, no obstante lo cual, será preciso acudir a las más indispensables referencias. Si hemos de dar fe a sus biógrafos más señalados, y en especial a su amigo y confidente D. Manuel Silvela, afrancesado como él, y en cuyos brazos había de morir cosa de treinta y seis años más tarde, compartiendo la misma expatriación; si hemos de creer a estos testimonios, Moratín se alejaba de la corte por miedo a la Fortuna. Temía ser capturado, como un pobre satélite, por los beneficios de Godoy, cuyo gran valimiento con la reina María Luisa empezaba a escandalizar a Europa. En menos de tres años, de simple guardia de corps había ascendido a coronel, a brigadier de ejército, a teniente general, a grande de España. Aun antes de intervenir directa y oficialmente en la gobernación del país, su bue-

na estrella había deslumbrado ya a los ambiciosos, a los necesitados y a los pedigüeños. Tenía su corte; veía llenas de postulantes y palaciegos sus antecámaras; distribuía mercedes, gracias y sinecuras.

El impecable estilista madrileño había participado de las primeras distribuciones de esa privanza. Un compañero de armas del valido, el guardia de corps D. Francisco Bernabeu, hombre de ilustración, honrado, modesto y gran amigo de los literatos, se prendó de las cualidades de Moratín y del polígrafo D. Juan Pablo Forner, y quiso presentarlos a D. Luis Godoy, hermano del omnipotente favorito. Conciólos éste, y les halagó y protegió desde el primer día como deseoso de formarse un partido, rodearse de personas inteligentes, en previsión de los graves empeños a que parecía llamarle el destino, y hacerse perdonar, con el acierto de sus preferencias y liberalidades, lo impuro y odioso de su origen. Forner fué nombrado fiscal de la Audiencia de Sevilla y a Moratín se le confirió un beneficio en la iglesia parroquial de Montoro, unido a una pensión de 500 ducados sobre la mitra de Oviedo. Sí; Moratín fué *abate,* aunque sus biógrafos y panegiristas hayan escamoteado cuidadosamente esta palabra depresiva! Fué abate como su amigo Melón, como Viera y Clavijo, como el botánico Cavanilles, como Marchena, como Muriel, como el mismo Cladera, por él inmortalizado bajo la figura de *D. Hermógenes.* Aceptó, ya en tiempo del ministerio Florida Blanca, una prestamera de 300 ducados en la archidiócesis de Burgos, pretexto para no morirse de hambre. Con este motivo, ordenóse de prima tonsura (Octubre de 1789) para ser algo en la tierra, *si el ser abate es ser algo,* como él mismo hubo de decir en el romance postulatorio que dirigió al insigne y astuto golilla murciano (1). Y para mayor incongruencia, siguió simultaneando con este carácter religioso el ejercicio de una profesión

(1) *Obras de D. Nicolás y de D. Leandro Fernández de Moratín,* tomo segundo de la Biblioteca Rivadeneyra, pág. 600.

manual, semihereditaria en la familia, desde su abuelo, el guardajoyas de Isabel Farnesio, hasta su tío D. Miguel, junto con el cual trabajaba en la platería de la calle de las Veneras el futuro autor de *El sí de las niñas*. De la misma suerte, Lope de Rueda había sido batihoja, y el relojero Carón acababa de convertirse en Beaumarchais.

Pues bien; el dulce *Inarco* se sustraía a la fortuna, poniendo por obra el viejo aforismo, según el cual el valor está en la huída. Huía a la peligrosa amistad de un omnipotente, que no tardaría en aprovecharse de sus luces, prevalerse de su renombre y encadenarlo a sus destinos, para arrastrarle después en una caída más o menos remota, pero fatal e inevitable. A sí propio parecen aplicables estas palabras, que escribió en la vida de su progenitor: «Incapaz de malograr el tiempo en las ante»salas, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar a »los falderitos de la señora; poco a propósito para trinchar en »sus mesas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres, de»masiado austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, »inútil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el mane»jo de los naipes, mal podía hallar con facilidad los caminos »que conducen a la fortuna.» Sensible, por otra parte, a los beneficios recibidos; débil de condición, incapaz de caer en las vilezas de la ingratitud, reconocíase sin fuerzas para asistir al cerco que el flamante duque de Alcudia ponía a su flaca voluntad. Una cosa era dedicarle versos galantes y finezas poéticas nada comprometedoras, con las cuales pagaba inocentemente los favores obtenidos, y otra muy distinta desviar su vocación y sacrificar su persona a la temeridad de una empresa política, cuyo desastroso término adivinaba con segura intuición. Moratín, como tantos otros de sus contemporáneos, entonó alabanzas al futuro príncipe de la Paz, que descollaba entonces como el primero entre los Mecenas, en una época en que el arte todo vivía de este arrimo y no había conquistado ni una sombra de independencia material. Aun así, sus composiciones de este género son, sin duda, las más discretas en su línea,

limitándose a lisonjear la florida juventud y los anhelos de ilustración y cultura de que hacía gala el afortunado extremeño, según es de ver en la IV, V y VI de las epístolas, esta última en *fabla* antigua:

A vos el apuesto complido garzón,
asmándovos grato la péñola mía
vos faz omildosa la su cortesía
con metros polidos vulgares en són...

Buscó, pues, un pretexto decoroso, invocó su necesidad de instruirse y viajar en preparación de sus proyectos literarios, y obtenida la venia de Godoy, que la concedió, acompañada de una ayuda de costas de 30.000 reales, dedicóse Moratín, gratamente ilusionado, a los sabrosos preparativos de la partida. Consignó las pensiones de sus beneficios eclesiásticos en casa de los banqueros Joyes, para atender al reembolso de las letras y cartas de crédito que tomó; dejó en poder de un tal don Bernardino títulos y acciones para suplir los descubiertos en caso de necesidad; completó su ajuar, hizo sus visitas de despedida a Godoy, al conde de Aranda, entonces primer ministro, a Llaguno, a todos sus protectores y a los antiguos compañeros de obrador; comprometió el pasaje con impaciente anticipación, y amaneció, por último el día de la marcha, hallándole excitado e insomne, como cumplía a tan memorable fecha.

*
* *

Moratín había resuelto empezar su viaje por Francia, y, como primera etapa del mismo, se dirigía a Bayona. Mientras el pesado armatoste atravesaba la solemne desnudez de los campos manchegos animados por la luna inmortal del Toboso, por la sombra fantástica de los molinos y el ilusorio rumor de los batanes, la imaginación del viajero había de sentirse oscilar entre dos opuestos incentivos, entre dos mundos de ideas, entre dos polos de la emoción. Detrás de sí, a la espalda, iba

dejando la corte de las Españas con todos sus recuerdos de una tranquila niñez, con todos sus afectos familiares, con todas sus esperanzas literarias y los halagos de una reputación creciente y sólida. Allá quedaban los gustosos paseos por el Prado, la celda del P. Estala y el grato platicar sobre toda suerte de humanidades. Allá, las frecuentes lecturas, las chanzas y los donaires a costa del tropel de grafomanos y versistas que fueron el regocijo de su tiempo: Comella, Cernadas, «el pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zabala y demás garulla de insensatos», y toda «la turbamulta de los chorizos, de los pedantes, de los críticos de esquina y los autorcillos famélicos y sus partidarios» (1). Allá también las deliciosas disertaciones de Pedancios y Ermeguncios, en el *Correo* o en cualquier otra gaceta, a propósito de *El viejo y la niña*, reprendiendo a Moratín haber dado en la *prótasis* una idea demasiado clara, que atropella y resta interés a la *epítasis*, o haber escogido la fábula *simple* de Aristóteles en vez de la *implexa*, sin disputa más rica por el aliciente que dan a su desarrollo la *agnición*, la *peripecia* y otros mil variados y peregrinos recursos (2). Allá quedaba, en fin, aquella placidez de una vida casi provincial, que tan intensamente evocan las rápidas, pero sugestivas, anotaciones de su *Diario:* día tantos, «a casa de mi tío Victorio»; «al anochecer, a la Fontana; refresco, seis cuartos». Día cuantos: al sermón de los Basilios, a la bóveda de San Ginés, a comer buñuelos con los del obrador, a casa de la tía Anita, a ver a los ahorcados, al claustro de la Soledad. Y, más lejos: a correr las estaciones, a la fonda de los Milaneses, a una comedia casera (3).

(1) Carta de Moratín a Forner, *Epistolario Español*, t. II (vol. 62 de la Bibl. Rivadeneyra), pág. 216.

(2) *Correo* del 30 de Junio y 7 de Julio de 1790, citados por Cotarelo en *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, págs. 392 y 393. El parlamento de don Hermógenes, en la escena IV del acto primero de *El café*, parece, en efecto, calcado sobre esas extravagancias.

(3) *Obras póstumas de Don Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, 1867-1868, t. III, págs. 229 y siguientes.

¡Qué contraste el de esa quietud doméstica, semiconventual y levítica, de nuestra Corte en las postrimerías del siglo XVIII, con el mar fragoroso de la Revolución que se había desencadenado en Francia, y en el cual, por ventura sin noción exacta de su violencia y furor, corría a engolfarse nuestro ilusionado viajero! He aquí lo que pensaba y escribía, el 25 de Abril de 1792, en carta a Forner, como dos semanas antes de su marcha: «Carísimo: Tengo ya pasaporte y recomenda»ciones del Rey para afufarlas a Francia a principios de Mayo, »esto es, el 7 u 8. Regularmente no te escribiré hasta *que me* »*fije en París*: si quieres algo para allá, no dudes mandarme, y »también si quieres que dé alguna carta tuya a Florián, pue»des enviármela, pero debe ser a vuelta de correo. Mi viaje »será largo, si alguna circunstancia inopinada no me hace »volver fuera de tiempo. Creo que podré adelantar *allí* mucho, »y, si no me equivoco, ganará mi salud otro tanto *en aquella* »*tierra fría y húmeda;* tus nervios y los míos no son para re»sistir esta Numidia... Siento no ver a Bernabeu antes de irme, »y siento mucho más no poder llevar un par de amigos hacia »allá, siquiera hasta que pudiera remudarlos con otro par de »franceses. Pero lo que importa es marchar, y pronto, por»que el calor aprieta. Manda cuanto gustes. Vive alegre, y »adiós» (1).

***

Como se ve por el contexto, y especialmente por las expresiones que he subrayado adrede, el ánimo de Moratín era quedarse en París, cuando menos durante una larga temporada. Contaba adelantar en su ilustración, y parecían sus designios los de dedicarse intensamente al estudio, sin desdeñar los demás atractivos de la capital famosa. El prurito de *correr cortes,* la vanidad de *haber escupido en Francia*, son proverbiales durante aquella centuria; apenas existe una biografía

(1) *Epistolario español*, t. II, pág. 217.

de prócer o de hombre de letras que no registre entonces ese viaje obligado, y no era la primera vez que Moratín había puesto el pie en la suspirada e insigne Lutecia. Cosa de cinco años antes, en 1787, había visitado ya la vecina nación, si bien en condiciones menos favorables al poeta y al erudito. Por mediación de Jovellanos había pasado temporalmente al servicio de Cabarrús. Natural de Bayona este personaje, fué enviado por su padre a ejercer el comercio en Zaragoza, junto a su corresponsal Gelabert. Se nacionalizó español, como es sabido; contrajo matrimonio con la hija de dicho comerciante o banquero, Teresa Gelabert, de la cual se había enamorado, y establecido después en Madrid, dióse a conocer por su talento rentístico, siendo el fundador del Banco de San Carlos y el creador de los *vales reales,* que abrieron tal vez el camino a los *asignados* de la Revolución francesa. Sus parciales y admiradores, con un poco de énfasis sin duda, le llamaron el Law español.

Así, pues, acompañando al ensalzado arbitrista, que era entonces uno de los hombres más importantes del reino, y sirviéndole como secretario, había ido Moratín a Francia en los comienzos de 1787 o a últimos de 1786, puesto que su itinerario, en este punto, permanece sin precisar. Los biógrafos de Cabarrús, los de Moratín y algunos historiadores, insinúan que el primero, además de los objetivos bancarios o económicos del viaje, tenía encomendada una misión secreta del Gobierno de Madrid cerca de Luis XVI y el Gabinete de Versalles, concerniente a los signos precursores de la tormenta revolucionaria y a no sé qué planes o consejos para desvanecerla.

Por ventura, y en la misma proporción que los negocios de Estado, influyeron los asuntos personales y de familia en el viaje de Cabarrús. Su hija Teresa Cabarrús y Galabert o Gelabert, joven de precocísima hermosura y despejo, que había nacido en la quinta o palacio de San Pedro, en Carabanchel de Arriba, el día 31 de Julio de 1763, y que contaba entonces catorce años no bien cumplidos, se hallaba en la ciudad

del Sena desde 1785, en compañía de sus dos hermanos varones, con objeto de completar su educación. Albergada en el hotel de M. de Boisgeloup, señor de la Mancelière, consejero del rey en el Parlamento de París y amigo íntimo del hacendista español, traía al retortero, con los hechizos de su desenvuelta y picante juventud, a una porción de moscones de toda edad, desde su propio tío materno, Gelabert, hasta Méréville de Laborde, hijo del marqués de Laborde, el príncipe de Listenay y el joven consejero de la sala tercera de dicho Parlamento, Juan Jacobo Devin de Fontenay, marqués de Fontenay (1), quien acabó por pedirla en matrimonio y por casarse con ella en Febrero de 1788, meses después de la excursión de Cabarrús y Moratín. Es lícito pensar, por lo tanto, que los preparativos de la boda y el ajuste de las capitulaciones correspondientes entrarían por mucho en el viaje, y que el poeta español asistiría a los preludios de una novela tan extraordinaria e increíble como fué la vida de nuestra bella compatriota: aquella *Dona Thérézia* de los escritores franceses (desorientados, entonces como ahora, en cuanto a transcripción correcta de nombres y apellidos) que debía señalar la declinación del Terror, adormecer en Burdeos los furores sanguinarios de Tallien y provocar desde un calabozo de la Petite Force la audacia de los thermidorianos; que debía cerrar personalmente, después de cinco años de horrores y de crímenes, el club de los Jacobinos, recogiendo sus llaves como un trofeo de victoria (2); que debía convertirse más tarde en princesa de Caraman-

(1) Luis Sonolet: *Madame Tallien*, París, 1909, pág. 15 y siguientes. Véase también el completo libro de Turquan: *La citoyenne Tallien*, París, 1898, y como curiosidad literaria, más que rigurosamente histórica, el de Arsenio Houssaye, *Notre-Dame de Thermidor*.

(2) Carta de la princesa de Caraman-Chimay al caballero de Pougens, fechada en Bruselas el 16 de Noviembre de 1824, y publicada por Houssaye: «*Ce fut aussi moi qui fis dans la rue Saint-Honoré, accompagnée de Freron et de Merlin de Thionville, enléver les clefs de la porte du club des Jacobins...*»

Chimay, y, rodeada de larga sucesión, morir cristianamente en 1835, acogida al puerto seguro de la paz doméstica, después de haber presidido a las orgías del Directório y haber escapado a unas borrascas tan espantosas que, según su dicho, no daban tiempo a reparar en medios «ni a escoger la tabla de salvación» (1).

Sea de ello lo que quiera, resulta comprobado por diversas cartas de Moratín, que en Enero de 1787, él y su protector atravesaron, con un tiempo malísimo, la tierra aragonesa, y llegaron hasta Barcelona; por el Rosellón entraron en Francia, hallándose en Montpeller el 20 de Marzo. De Montpeller pasaron a Marsella, de aquí a Aviñón y de Aviñón a París, donde fecha ya su correspondencia el 29 de Abril, entregado a la embriaguez de la mil veces soñada capital. Hallóla en aquel momento bochornoso de calma aparente, de inconsciencia y de sopor que suele preceder a los grandes cataclismos; aquel momento de la inmensa metrópoli en que pareció reconcentrarse un instante y hacer ostentación de todos sus atractivos, galas, miserias y frivolidades, para que la pluma del futuro convencional Mercier, predecesor de los modernos «costumbristas», pudiese trazar en el inagotable y enciclopédico *Tableau de Paris* (1781-1789), la última imagen de una sociedad y de un régimen tal como se acostaron en la víspera de su espantoso derrumbamiento. Desde el primer día, Moratín se lanza con avidez a la calle y se deja arrastrar por el torbellino de la vida parisiense. Sobre las cartas suyas que se han conservado, es posible rastrear no poco de sus correrías, de sus asombros, de sus *cicerones* y amistades, supliendo la sequedad con que los biógrafos de la antigua escuela pasan sobre este género de pormenores. Como ya mencionan, Silvela en la biografía antes citada y Aribau en la que escribió para el tomo de la colección Rivadeneyra, el autor de los *Orígenes del Teatro castellano* se instaló para su estancia en París, en el *Hôtel de la Cour*

(1) De otra carta fechada en Bruselas el 25 de Octubre, sin año.

de France, después *Hôtel des Etrangers,* situado en la calle de las calles de entonces, en el centro matemático del mundo, en la *rue Vivienne*, por decirlo todo; que, con el Palais-Royal, constituía el cogollo y la flor de cuanto puede existir de más exquisito en la existencia humana, bastando a todas sus necesidades. Uno de tantos españoles del tiempo, aristócratas y galomanos que consumían su vida en París, el vascongado Eguía y Corral, durante treinta años consecutivos salió apenas una sola vez de las galerías de dicho Palais, en el cual hallaba todas las cosas indispensables al espíritu y a la materia; mas no las que para nada hacen falta, o sean, al decir del terco volteriano, *iglesia y botica* (1).

Alojado de esta suerte, atendiendo a los trabajos de la secretaría de Cabarrús que habían motivado este su primer viaje, Moratín se entregó, durante los días y horas libres, a la deliciosa fiebre de la exploración en bibliotecas, museos, archivos, teatros y academias, y se puso en contacto con la numerosa colonia española, así fija como flotante, que bullía en torno de nuestra embajada (2). Era entonces embajador, aunque ya dimisionario y por pocos meses, el viejo Conde de Aranda, tan grato un día a los volterianos, y a quien se le había dado por sucesor el Conde de Fernán-Núñez. Desempeñaba la secretaría principal D. Domingo de Iriarte, hermano del fabulista don Tomás y futuro negociador de la paz de Basilea. Embajador y secretario atendieron con el mayor cariño a Moratín. En casa de Aranda encontró también a Iberti, conocimiento antiguo y, sin duda, uno de tantos italianos españolizados o hispanófilos bajo la influencia de los Borbones de España en

(1) Anécdota recogida por el Duque de Mandas en su obra *La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea.* Madrid, 1895.—Menéndez y Pelayo la menciona también en su admirable trabajo sobre el abate Marchena, *Estudios de crítica literaria,* tercera serie. Madrid, 1900, pág. 207, nota.

(2) Morel-Fatio: *Études sur l'Espagne,* segunda serie. París, 1890, páginas 150 á 162.

Parma y Nápoles, de la misma suerte que Benascone, Signorelli, Conti y otros fieles amigos del comediógrafo español. Iberti pudo proporcionarle una de las sorpresas más gratas de su vida: le presentó al anciano Goldoni, desterrado de Venecia, su patria, y viviendo en París, como es sabido, de la pensión que, a título de lector suyo, le concedió María Antonieta. Largamente departieron nuestro compatriota y el autor venerable de *La locandiera* e *Il ventaglio;* y con lágrimas en los ojos describe aquél, en carta a D. Eugenio Llaguno, la emocionante entrevista, a pesar de su frialdad acostumbrada y de su resistencia a los transportes del entusiasmo, que le comunican cierto carácter muy parecido al de un moderno *snob*.

Para abreviar: Moratín aprovechó el tiempo cuanto pudo. Recorrió los sitios famosos, se extasió ante los monumentos insignes, admiró la perspectiva del Puente Nuevo, con la estatua de Enrique IV, y fué a engrosar el número de paletos, provincianos y vagamundos que diariamente acudían a contemplar la famosa columnata del Louvre, entre los tenderetes y carretillas de los prenderos, que lo infestaban, á manera de Rastro madrileño, tendiendo de columna a columna su exposición de viejos calzones y harapos. «*Il y en a de toutes formes, de toutes couleurs et de toute vetusté exposées aux chastes regards du soleil et des jolies femmes, soit anglaises, soit italiennes, soit* ESPAGNOLES, *qui ne peuvent admirer le péristyle du Louvre, sans voir en meme temps ces échoppes si ridiculement ornées*» (1). Claro es que el teatro había de atraerle en primer término, y a él dedicó casi todas sus veladas. Vió, entre las principales actrices, a la Contat y a la Raucourt, y saboreó el arte consumado de Molé, Fleury y Desessarts, de La Rive, Saint-Fal, Naudet y Vanhove. La escuela de los cómicos franceses le satisfizo por completo, sobre todo en la Comedia, que le pareció de una perfección absoluta. En cambio, la Grande Opera hubo de dejarle una impresión muy distinta: «las de-

(1) Mercier: *Tableau de Paris*, artículo «Plaza del Louvre».

»coraciones y las máquinas son admirables, el aparato magní-»fico, la orquesta de lo más exquisito en la ejecución instru-»mental, las voces excelentes, y el canto insufrible para todo »el que no haya nacido francés». (1) Exceptuó, sin embargo, a la inimitable Dugazon, la *Nina* ideal, que había de inmortalizarse, no menos que por sus méritos artísticos, por un rasgo de noble fidelidad a la pobre reina de Francia, en un momento en que toda muestra de simpatía o gratitud hacia ella implicaba ya un título a la proscripción y al cadalso (2).

De este modo, alternando el hallazgo de códices y manuscritos castellanos con su correspondencia literaria a Signorelli, a Forner, a Ceán Bermúdez, visitando desde la Biblioteca Real hasta el último puesto de libros viejos, podía escribir a Llaguno: «Yo me divierto en esta inmensa ciudad, y me apre-»suro a ver todo cuanto puedo, porque lo habré de dejar mu-»cho antes de lo que quisiera. De lo que he visto hasta ahora »he llegado a inferir que, en aquel libro intitulado *Sólo Ma-»drid es corte,* debe de haber mucho de hiperbólico» (3). Institutos, hombres célebres, hispanófilos entusiastas del tipo de Florián, compartieron la atención de Moratín con la que le imponía su cargo o le robaban las diversiones propiamente dichas. El grupo de españoles distinguidos en que se mueve, y

(1) Carta á Forner, de 18 de Junio de 1787: *Obras póstumas*, t. II, páginas 102 y siguientes.

(2) Fué esto a últimos de Setiembre de 1791, después de haber admitido Luis XVI la Constitución, en las fiestas engañosas que siguieron á la jura. Cantábase en los Italianos, con asistencia de la familia real, una ópera de Grétry, *Les évenements imprévus*. Bullían los jacobinos en las alturas del coliseo, y procuraba contrarrestarlos en la platea un público de realistas y constitucionales. La Dugazon, al llegar á cierto pasaje en que figuran estas palabras: *¡Ah, comme j'aime ma maîtresse!*, se volvió de cara al palco de S. M., cantándolas con gran vehemencia, y vinieron á desatar una lucha tempestuosa entre los espectadores de los dos bandos. Fué la última vez que María Antonieta estuvo en un teatro.—V. Mme. Campan: *Mémoires*, colección de Barrière. París, 1886, págs. 307 y 308.

(3) *Obras póstumas*, t. II, págs. 97 y siguientes.

que le lleva en palmas, le allana todas las dificultades y le abre todas las puertas. «Esta ciudad, con todos los medios de co»rrupción de que dispone—puede escribir a su cariñosa tía Anita, sin duda, para tranquilizarla,—no me parece que alte»re en nada la austeridad de mis principios; porque le hago »saber a usted que no vivo ocioso y que, aun cuando me di»vierto, me instruyo. Todos mis amigos son gente de mucha »estimación, de mucho talento, que no pierden el tiempo en »distracciones perjudiciales, ni hallo otra cosa en su compañía »que la instrucción y el placer unidos en mi utilidad. El trato »con Betancourt, Veri, Cabarrús, Iberti, Heredia y otros de »esta clase, lejos de poderme ser dañoso, me honra» (1).

De Cabarrús nada hay que añadir; a Iberti le hemos visto ya proporcionando a Moratín una entrevista con Goldoni, el príncipe de la comedia en el siglo XVIII. De Betancourt sabemos que era el mismo D. Agustín de Betancourt, hijo de una ilustre familia de Canarias, dedicado en París al estudio de la física y de la mecánica, y distinguido y alentado por aquella Academia de Ciencias, la cual mandó imprimir en 1790, entre las Memorias de los sabios extranjeros, una de nuestro compatriota sobre las máquinas de vapor. Había pasado también a Londres, con objeto de aprender la aplicación de dicho invento a la moltura de trigo, rigurosamente ocultada por Watt y Bolton, y que reconstituyó de vuelta a París, gracias a un prodigio de intuición y memoria, sonando mucho su nombre con este motivo, por ser la molienda de granos, en tiempo de la Revolución francesa, uno de los factores de la escasez de pan y de todos los conflictos consiguientes (2). Betancourt

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 107 y 108.

(2) Muriel, *Historia de Carlos IV*, publicada por la Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*, t. I (XXIX de dicho *Memorial*), pág. 238.

En el viejo *Moniteur* de la Revolución francesa, número del 6 de Marzo de 1791, he encontrado un artículo bibliográfico respecto a otro opúsculo de Betancourt: *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de*

formaba parte, en suma, de la falange lucida y animosa que sostuvo por unos años la internacionalidad científica de España, y que hubiera podido levantarnos definitivamente si la regeneración por el trabajo y la cultura no se hubiese desviado después en mera regeneración por la política, abstracta, sangrienta y sin contenido. Con él figuraron: Mendoza, asociado a los trabajos del sistema universal de pesas y medidas, ilustre como geógrafo y por sus delicadas observaciones sobre el péndulo, y uno de cuyos trabajos aplaudió con entusiasmo la misma Academia de París, en la apertura de curso celebrada el 13 de Noviembre de 1790 (1); los astrónomos y geodestas Clavijo y Peñalver, que compartieron los trabajos de Méchain y Delambre en la medición del arco de meridiano; Arézula, adepto muy estimado de Lavoisier, que aparece haberle conferido la representación de su escuela científica en España (2), y otros muchos que deben omitirse ahora.

Menos que el de Betancourt habían trascendido al público

---

l'eau (París, Laurent, librero, calle de la Harpe, núm. 18), que acababa de salir a luz. En este artículo consígnase que «el Sr. Betancourt se ha propuesto en su trabajo investigar la relación existente entre los grados de calor que el agua puede adquirir dentro de una vasija cerrada y la fuerza expansiva adquirida por el vapor que de aquélla se desprende». Hace constar que lo ha conseguido con sus experiencias y el aparato que describe, llegando a determinar esa ley, desconocida antes.

(1) Reseña publicada en el *Moniteur*.

(2) *Moniteur* del 10 de Febrero de 1790. En un artículo dedicado al quinto curso de Química que se da en el famoso *Lycée* (origen de nuestros Ateneos), a cargo de Fourcroy, y en el que explicaba aquel año todo lo concerniente á «los líquidos animales», se reseña la revolución de la química, según la escuela francesa capitaneada por el insigne Lavoisier, destinado muy pronto a dejar su cabeza en el cesto de la *Louison*. Hablando de los progresos de dicha escuela y de los sabios que la representan en aquel país y en el extranjero, dice que es enseñada y propagada con brillantez «en Dijon por Morveau, en Montpeller por Chaptal, en Tolosa por Reboul, en Holanda por Van-Marum y Van-Troostwyk y *en España por Arézula*».

los nombres de los demás amigos y acompañantes que menciona Moratín en el párrafo transcrito, o sean, Veri y Heredia. ¿No podía ser este *Veri*—escrito con acentuación defectuosa—el joven aristócrata mallorquín D. Tomás de Verí, de quien es fama que estuvo en París en los tiempos pre-revolucionarios, como tantos otros de sus paisanos de la misma alcurnia? Me parece indudable. Había descollado desde 1779, como primer discípulo, en las cátedras establecidas por la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, fundada poco antes; acudió a la capital de las capitales para recibir el baño supremo y, veinte años más tarde, en 1808, por sus luces, su representación y su tacto exquisito, fué uno de los dos representantes de Mallorca en la Suprema Junta Central (1). En cuanto a Heredia, que pertenecía a la familia de los marqueses del Real Transporte, que servía en el cuerpo diplomático, y era o había sido uno de los secretarios de la embajada española, estaba muy próximo a señalarse, pero en sentido harto diferente. Cuando estalló la Revolución y vino la guerra del 93, desertó de su puesto y de la causa de su patria, con los más violentos alardes de furor demagógico, y formó en el grupo de españoles que asediaban el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia o bullían en los comités insurreccionales de Bayona y Perpiñán, fraguando planes, escribiendo «reflexiones» y proclamas, glosando en intolerable estilo y lenguaje el famoso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet, «descendiendo a innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa, y, lo que es peor, contra lo desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba a rodar pocos meses después en el patíbulo» (2).

Tales fueron las andanzas y la compañía habitual de Mo-

(1) Véase mi libro: *Mallorca durante la primera revolución 1808 a 1814*. Palma, 1901, páginas 47, 162, 235, etc.

(2) Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria*, tercera serie, páginas 239 y siguientes.—Archivo de Neg. Extr. de Francia, *Espagne*, volumen 634, pieza 165.

ratín en este primer viaje de 1787, que transcurrió como un sueño, y cuyas emociones y alegrías compartió, en gran parte, con el más antiguo y señalado de sus amigos, D. Juan Antonio Melón, el cual, de paso para Londres, fué a encontrarle en París y se hospedó en el mismo *Hôtel de la Cour de France*, en la calle de Vivienne (1). No permitió aquella escapatoria más que un rápido mariposeo en torno de las flores excelsas de la civilización. Fué como una correría atropellada a través de unos jardines maravillosos, que no hizo sino dejarle el deseo de más larga contemplación, los ojos fatigados, el cuerpo rendido, la mente abrumada de imágenes tentadoras. El espectáculo de la gran capital y de sus esplendores urbanos, artísticos e intelectuales, absorbióle por completo, dejando apenas lugar a la observación política, no obstante tocarla tan de cerca por su cargo y hallarse en uno de los momentos más decisivos que jamás haya señalado la Historia. El espíritu de Voltaire había corroído los soportes del régimen antiguo; la Enciclopedia había saturado por completo a la nación, subvirtiendo las almas; las visiones de Rousseau brindaban en las lejanías de lo futuro la luminosa aparición de un mundo nuevo, de una sociedad virginal, reconciliada y justa. En otra esfera más relativa o contingente, la corte de Versalles se debatía en su propia indecisión, navegaba sin brújula, expulsaba con estrépito a sus ministros, sin contar que en las monarquías absolutas la ignominia de sus servidores acaba por recaer sobre el trono. Dudando de los hombres lo mismo que de los sistemas; vacilando entre Choiseul y Vergennes, entre Vergennes y Calonne, en-

(1) «Noche hubo — dice Melón en sus *Apuntaciones*, — que me tuvo hasta las tres de la mañana sentado sobre su cama y sin dejar de reir con los graciosos despropósitos que se le ocurrían...» Moratín remedaba con prodigiosa fidelidad todos los caracteres, sobresaliendo en este género de parodias. El abate Guevara y Vasconcelos, secretario de la Academia de la Historia, era uno de sus tipos preferidos. «También imitaba a veces el carácter afectado de Jovellanos, el del poeta Huerta, el del buen Carlos III en sus diálogos con el conde de Losada, con gracia insuperable.»

tre Calonne y Monseñor de Sens, entre Monseñor de Sens y Necker, la antigua adoración por la reina se había ido trocando en odio y aversión a *la Austriaca*. El malhadado asunto del collar, toda una vasta conspiración de equívocos, fatalidades y calumnias colectivas contra la mujer y la soberana, parecían empujarla ya, desde lejos, hacia su trágico destino.

Déficit, hambre, sequías, espectro constante de la bancarrota, resistencias de los Parlamentos, fracaso de la Asamblea de Notables, clamores de las provincias, fermentación de París, grito universal pidiendo la convocación de Estados generales: este era el momento en que Moratín pasó por Francia la primera vez, absorbido en sus preocupaciones literarias y sin que le arrancase otro comentario que el que he podido encontrar en una carta escrita a Jovellanos, desde Narbona, y ya de regreso, el 28 de Agosto de 1787: «Su amigo de usted (Cabarrús) está bueno y alegre y, como siempre, amabilísimo; »creo que le escribe por este correo, y le hablará de noticias »políticas. Yo nada entiendo de esto; pero le aseguro a usted, »que cuando salimos de París me parece que *estaba aquello a »punto de dar un estallido*» (1). El estallido ocurrió, efectivamente, según su profecía; y, al lanzarla, debió estar muy lejos de pensar que cinco años después, en el viaje que le hemos visto emprender ahora, y en el cual vamos a seguirle mentalmente sin otra digresión, haríale testigo la casualidad del aspecto culminante de aquella sacudida y de unas escenas que no podrán borrarse jamás de la memoria de los hombres.

*
* *

Los biógrafos de Moratín hablan de este su segundo viaje todavía más superficialmente que del primero. Refieren, de una manera vaga y en cortas líneas, el invencible horror y repugnancia que le causaron los excesos revolucionarios. Ade-

(1) *Obras póstumas*, t. II, págs. 111 y 112.

más, el único hecho concreto que citan, tomándolo de Silvela, es erróneo en absoluto. «Acababa de llegar a París—escribe Aribau en su biografía para el tomo del Rivadeneyra,—cuando, el día 3 de Setiembre de 1792, oye por la calle un grande alboroto; se asoma a la ventana, y ve la cabeza de la princesa de Lamballe, que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consagró aquel día terrible a toda clase de crueldades y abominaciones» (1). Ahora bien: ni Moratín presenció las satánicas abominaciones cometidas en los restos de la pobre Lamballe ni se hallaba ya en París cuando ellas ocurrieron. Extrañará, por ventura, semejante inexactitud, si se tiene en cuenta el carácter semiautográfico de la vida escrita por Silvela, de donde arranca esta versión, que acaso se deba a los relatos confidenciales del viajero, a sus propios recuerdos e impresiones, evocados todos los días durante largos años de intimidad y convivencia bajo la misma techumbre. Nada, sin embargo, menos dudoso ni más verosímil y frecuente que esas tergiversaciones de la memoria, contraída a períodos lejanos y de gran confusión, en que se barajan y alteran los sucesos, acabando por imponer después, a la vuelta de siete ú ocho lustros, la creencia de haber visto cosas en realidad no presenciadas. Para demostrarlo acompañaremos a Moratín, sirviéndonos de las oscuras y enrevesadas anotaciones que nos dejó, e iluminando sus huecos y aparentes incoherencias con un poco de luz histórica.

Lo que vió en Francia, y especialmente en París, desde mediados de Mayo a últimos de Agosto de 1792, hubiera dado materia a un cuadro de valor inapreciable, si se hubiera decidido a desarrollarlo y extenderlo, como extendió, casi en seguida, las *Apuntaciones sueltas* sobre Inglaterra, o el *Viaje de Italia*, que llenan el tomo primero y parte del segundo de sus *Obras póstumas*. Entonces España hubiera tenido lo que casi todas las naciones poseen: algún relato directo y nacional

(1) *Obras* de Moratín, padre e hijo, en la Bibl. Rivadeneyra, pág. 29.

de los tiempos de la Revolución francesa, debido a la pluma de uno de sus grandes escritores contemporáneos. Porque asombra la sequedad de nuestras fuentes históricas en este punto, cuando son en el extranjero tan abundantes y nutren todavía una copiosa producción literaria y editorial, que vomita libros a montones cada mes y aun cada semana. Contra lo que en general se dice y se cree del énfasis de los españoles, resulta que son muy modestos y no suelen ofrecerse en espectáculo a las gentes de su época, ni creerse observados por la inmortalidad. De aquí esta escasez y como carencia absoluta de epistolarios y memorias íntimas, que privan á la investigación moderna de uno de sus más ricos manantiales. De aquí también el descuido de nuestro *Inarco,* respecto de sus impresiones personales en aquellos dos meses y ante unos sucesos culminantísimos en la historia humana, de los cuales un caprichoso azar debía hacerle testigo, y cuya narración hubiera dado perenne interés a su viaje, como lo dió al del agricultor inglés Arturo Young la de los preludios revolucionarios que alcanzó a presenciar, como lo obtuvo el relato de Gouverneur-Morris. Pero Moratín, que inmediatamente después de salir de Francia se entretiene vertiendo en largas notas su extrañeza y hasta su credulidad de extranjero acerca de las costumbres londinenses; que nos puntualiza las borracheras del Príncipe de Gales, las audacias de la caricatura, el tumulto de los clubs y los interminables brindis de un banquete demagógico organizado por los partidarios de Tomás Payne; que diserta, en suma, con española ponderación sobre la longitud del pie de las inglesas y sobre los veintitantos adminículos que una dama de la Citty necesita para servir el té a sus invitados, no halla ocasión, ni entonces ni en el resto de su larga vida, para referir un solo episodio entre cuantos le horrorizaron en París, como si temiera volver la vista atrás y quedar herido por la contemplación de una ciudad maldita.

Es de observar también la interrupción que sufre su correspondencia, conocida durante este paso por las Galias, lo mis-

mo que la displicente sequedad de las alusiones a aquellos sucesos en las cartas que escribió desde Inglaterra. Cierto que desde los comienzos de la Revolución, el Gobierno de España había tomado las más rigurosas precauciones contra toda suerte de escritos y noticias, tratando de aislar herméticamente a las dos naciones por medio de un cordón de tropas en los Pirineos. Impresos, manuscritos, dibujos, abanicos, figurines y juguetes de circunstancias, no menos que la correspondencia particular, todo fué objeto de inspección y vigilancia en la frontera, en las aduanas, en las casas de postas, en las comisarías del Santo Oficio. Una serie interminable de edictos, órdenes, circulares, decretos y reales cédulas se sucede desde mediados de 1789, encaminada a evitar el contagio francés (1). Pero si no pudo cohibirse en absoluto la circulación clandestina de papeles revolucionarios, los periódicos que salían en España por privilegio oficial no dan noticia alguna de las novedades ocurridas en el vecino reino, sino mucho tiempo después, al declararse la guerra del Rosellón. Cabe afirmar que el silencio de la literatura española respecto a los episodios de la Revolución francesa, no tiene un simple origen gubernamental o coactivo, sino que nació en gran parte de la repulsión que sintieron instintivamente por aquel tema los españoles capaces de tratarlo, aunque fueran, como Moratín, liberales, volterianos y novadores. Esto explica la carencia de documentos no oficiales sobre aquella época y la misma falta de estudios retrospectivos que se ha observado después, como si una secreta interdicción espiritual pesara sobre dicho asunto. Los propios revolucionarios españoles, los propios afrancesados y reformistas, se esforzaron siempre en desviar la atención pública y apartarla del recuerdo nefando de 1793. Basta ver

(1) Órdenes de 18 de Setiembre y 1.° de Octubre de 1789 y 5 de Enero de 1790; Reales cédulas de 10 de Setiembre y 9 de Diciembre de 1791 y de 22 de Agosto de 1792; edictos de la Inquisición de Diciembre 1789, prohibiendo 39 obras introducidas en España, de Setiembre de 1792, sobre comisarías en las Aduanas, etc., etc.

cómo escribieron más tarde y aun en la misma emigración, sus rápidas alusiones (cuando les fué imposible el evadirlas) Silvela, Muriel, Miñano, Somoza y tantos otros, sin contar a Moratín. Basta recordar que Marchena no se atrevió a dejarnos un bosquejo de sus aventuras girondinas, y que fué necesario acudir a las *Memorias* de Riouffe cuando se trató de conocerlas; que para seguir el rastro de Guzmán es preciso explorar muchos «cartones» de los Archivos Nacionales de Francia, seguir pacientemente los debates de la Convención, de lá Municipalidad, de las Secciones de París, de los Jacobinos y de los Franciscanos o *Cordeliers;* registrar las colecciones del *Moniteur*, de *L'Ami du Peuple* y de *Le Père Duchesne*, a falta de toda referencia española, y que lo mismo ocurre con respecto a Heredia, al general Miranda, a Rubín de Celis, a Santibáñez, a Santa Cruz, a los Gimbernat y a cuantos, en suma, intervinieron más o menos ostensiblemente en el estupendo drama revolucionario. El *espíritu* de la Revolución sedujo a muchos españoles; pero su *historia* fué mirada casi siempre de través y aun con todo estudio preterida y expulsada de sus propios trabajos, bien por ingénita aversión, bien por entender que los hechos habían de perjudicar grandemente a los principios de que parecieron ser consecuencia.

En el tomo III de las *Obras póstumas* (1) figura el extracto de un *Diario* de D. Leandro Fernández de Moratín, que, por su forma incoherente, brusca y esquemática, ha pasado hasta ahora casi inadvertido a la generalidad de los lectores y no ha sido puesto a tributo por la misma erudición. «El manuscrito original, cuyo extracto se imprime aquí—dice una advertencia de dichas *Obras,*—forma un tomo en 4.° que fué »encuadernado en la Biblioteca Nacional según hoy se halla, »y consta de 114 hojas útiles, con dos en blanco al principio, »cuatro después de la décimaquinta y diez al fin. En la pri»mera llana de la primera hoja se ve un núm. 2 en la parte

(1) Páginas 229 a 300.

»superior, a la mano izquierda; y a la derecha, a la misma »altura, estas palabras de letra de D. Leandro, divididas en »dos renglones: *2. Apnts. of mi Father and mines;* palabras »que indudablemente quieren decir *Apuntes de mi padre y »mios.* Queda en blanco lo demás de la hoja. En la siguiente »principia, de mano de D. Nicolás Fernández de Moratín, un »Diario, escrito en dos columnas, desde 1.° de Enero de 1778 »hasta 4 de Mayo de 1780, día de la *Ascensión,* última pala»bra que estampó D. Nicolás allí. Ocupa su Diario siete hojas »y casi media, y probablemente aquel 2 de la primera hoja »indicará que le precedía un cuaderno señalado con el núm. 1. »Está el Diario escrito con abreviaturas de voces y cláusulas »castellanas y latinas; el que ha cuidado de esta edición no ha »conseguido entender de aquella cifra sino frases incoheren»tes, relativas a negocios domésticos, o de poco interés para »el público: no se extracta por eso el Diario de D. Nicolás...» Algo más comprensible es el de su hijo, que principia en el propio mes, y en la misma hoja y columna en que dejó de escribir el autor de *La fiesta de toros,* siguiendo hasta últimos de 1782. Aquí se interrumpen, cosa de nueve años, las anotaciones, reanudándose en 1792. La forma empleada por Moratín, el hijo, viene a ser la misma que adoptó su padre, salvo el añadir abreviaturas de locuciones francesas e inglesas a las italianas, latinas y castellanas de este último. El efecto no puede ser más enrevesado, ni más singular el capricho, necesitando una verdadera traducción aquel continuo acertijo o como fuga de vocales en cinco idiomas diferentes; traducción que hubo de poner a pie de página el colector, en cuanto a los fragmentos reproducidos o extractados.

Verificada una compulsa con el manuscrito de dicho diario existente en la Nacional (1), resulta que lo que se publicó en las *Obras póstumas* es deficientísimo, por lo que respecta al viaje a Francia. Del mes de Mayo de 1792 fueron suprimidas las

(1) Es el señalado con el núm. 5.617.

apuntaciones correspondientes a diez y ocho días, del mes de Junio veintinueve días, veintidós del de Julio y diez y nueve del de Agosto. Además, la parte publicada es, generalmente, incompleta o errónea en algún punto por alteración de fechas. Se trata, pues, de un documento inédito, cuya copia me he procurado en cuanto a los meses referidos y que aquí se aprovecha por primera vez en toda su extensión. El ilustre don Juan Eugenio Hartzenbusch, que cuidó de compilar estas obras, no estaba exento de los melindres y escrúpulos propios de la erudición de su época, y suprimió como atrevidas o insulsas muchas notas de interés. Acaso por la misma razón habrán sido mutiladas algunas cartas y suprimidas otras, todo lo cual hace pensar en la conveniencia de una revisión completa de dichos originales. He aquí, traducidas las notas correspondientes a los primeros días de Mayo de 1792, comprendiendo también las referentes al viaje hasta la llegada a Bayona:

Día 1.° A casa de D. P. Barcia y de la tía Teresita. A casa de *Chb.t* (Chabot); con ellos al retiro. A correr calles. A casa de Chabot; comer en casa de la Mahonesa.

2. A casa de Chabot y Crucero. Por la tarde, paseo por las calles.

3. A casa de D. Santos. Por la tarde, a casa de Chabot y de Lunas. Al vestuario del Príncipe. Otra vez a casa de Chabot.

4. Tarde: a casa de Chabot y de la Mahonesa. Paseo. Otra vez a casa de Chabot.

5. A casa de D. P. Barcia y de Chabot. A casa de la tía Anita, para comer. Por la tarde, a casa de Chabot; con ellos a la Comedia y otra vez a la misma casa.

6. (Domingo.) Dejé a D. Bernardino nueve acciones, esto es, los números 91.090-91-92-93-94-95-96, 99.773 y 39.308. A casa de Chabot; a la Mahonesa y otra vez a dicha casa. Por la tarde, de nuevo a la Mahonesa, a casa de Chabot; con ellos a Atocha y a la casa otra vez, para salir a las doce de la noche en la diligencia.

7. A las once, comer en la fonda nueva. Por la tarde, a las seis, en Sanchidrián.

8. A las cuatro de la madrugada, salir; comer en Olmedo. A las ocho de la noche, en Valladolid.

9. A las tres de la madrugada, salir; comida en Torquemada; cena en Burgos.

10. A las tres de la madrugada, salir; comer en Ameyugo; cenar en Vitoria.

11. A las cinco, salir. A las diez en Mondragón; comer en Tolosa, a las diez de la noche.

12. A las cinco de la madrugada, salir. A las dos de la tarde, en San Juan de Luz; comer. A las seis de la tarde, en Bayona. Al café.

Por la muestra anterior puede formarse idea de la sequedad y monotonía del documento. Vemos aquí, recorrido á la inversa, el clásico trayecto de los viajes por España en el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, desde el *Tableau* de Bourgoing o el *Itinéraire descriptif*, del Conde de Laborde, hasta los relatos diversamente románticos de Gautier, Quinet y Ozanam, o las páginas folletinescas de Alejandro Dumas. Son las mismas etapas, los mismos paradores, las mismas ventas cervantinas: Segovia, Sanchidrián, Olmedo, Valladolid, Torquemada, Burgos, Vitoria, Mondragón; la nueva Castilla del héroe manchego y de la epopeya irónica; la vieja Castilla de la epopeya sagrada y nacional, de los infantes de Lara, de Mío Cid y de Roncesvalles. Una duda se presenta ante todo, difícil de desvanecer. Moratín salió de Madrid en compañía de un amigo, con el cual le veremos hacer casi todo su viaje por Francia y compartir una larga detención en Burdeos. Este amigo viene designado en sus apuntes por la abreviatura de *Chb.*[t], que no puede interpretarse más que como *Chabot*, dada su manera constante de anotar los apellidos: Gdy., por Godoy; Arnd., por Aranda; Llgn., por Llaguno. Ahora bien; ¿a qué persona efectiva corresponde esta abreviatura o esta interpretación, caso de ser exacta? Es lo que no he podido poner en claro con los medios de comprobación de que dispuse hasta ahora. ¿Se trata de un verdadero apellido, de un mote cariñoso, de un diminutivo familiar? Desde luego parece referirse a un extranjero, pero establecido en Madrid o habiendo pasado en la corte una larga temporada. Hay que creer que el Sr. Hartzenbusch

tropezó con la misma dificultad, pues suprimió completamente todas las referencias a esta persona enigmática en la parte del diario que dió a conocer, no obstante ser continuas en los meses de Abril, Mayo y Junio, y de reproducirse en París durante los de Julio y Agosto, como veremos, extendidas entonces a un hermano del desconocido. Ninguna mención de este nombre encontramos en las cartas anteriores o posteriores de Moratín, ni en sus biógrafos y corresponsales, ni en *Iriarte y su época,* de Cotarelo; ni el libro sobre *L'ambassade française en Espagne pendant la Revolution*, de Geoffroy de Grandmaison. El mismo silencio en cuantos trabajos de historia literaria y social me ha parecido que podían ofrecer un hilo de luz. El mismo silencio en la segunda serie de los *Études sur l'Espagne,* de Morel-Fatio, elaborados principalmente sobre los papeles de la familia Fernan-Núñez, y tan pródigos, por lo tanto, en alusiones á sus parientes, los Rohan-Chabot, de Francia, en el último tercio de aquel siglo.

Dejamos a la casualidad o a la diligencia de otros más afortunados rebuscadores, el señalar a punto fijo la personalidad de ese Chabot, residente en Madrid en los comienzos de 1792, con el cual mantenía Moratín tan asiduas relaciones, hasta el punto de parecer inseparables en aquellas fechas, y que fué su compañero de expedición, y aun de orgías y devaneos poco edificantes durante su permanencia en la ciudad de Montaigne. ¿Se trataba de un individuo obscuro y de los que no dejan rastro en la historia escrita, ó puede ser identificada su persona con alguna de las que puntualizan los repertorios biográficos? Desde luego hay que desechar la hipótesis que pudiera confundirlo con el demagogo y ex-capuchino Chabot, miembro entonces de la Asamblea legislativa, y a cuyas sesiones consta que asistió mientras su homónimo se hallaba en Madrid o de viaje. ¿Designará, por ventura, al futuro general Chabot, nacido en Niort en 1757, que en 1808 debía mandar en Cataluña la 3.ª división del ejército invasor, y en los días a que me refiero figuraba como capitán en los escalafones? ¿Se-

ría alguno de los hijos del conde Luis Antonio Augusto de Chabot, duque de Rohan desde 1791, por haber sucedido a su primo hermano Luis María de Rohan-Chabot, tío carnal del conde de Fernan Núñez? (1). Sea de ello lo que fuere, una conjetura parece muy probable, y es que ese Chabot pertenecía al círculo de extranjeros españolizados que, en Francia y en España, andaban en torno de Cabarrús, de su familia o de sus sucursales, bien que entonces el jefe se hallara procesado y detenido en el castillo de Batres, por efecto de la persecución que inició el ministro Llerena.

Y aquí viene la ocasión de atenuar y casi desvanecer del todo un cargo contra Moratín, hecho en forma harto absoluta por D. Luis Villanueva en las notas con que pretendió ilustrar las cartas de *Inarco*, incluídas en el tomo II del *Epistolario español*. «Muy mal—dice—obró Moratín en esta época, abando»nando a su protector el conde de Cabarrús así que lo vió en »desgracia y que había perdido su influencia en la corte. Pero, »¿quién no ha cometido yerros y desaciertos? El mismo Mora»tín tuvo bien presto que volverse a Madrid y arrepentirse de »su mala conducta con Cabarrús. Esta fué la causa principal »de sus desgracias posteriormente y del estado miserable en »que vivió después, habiendo perdido su influencia con Ca»barrús y el Príncipe de la Paz» (2). Ni Moratín regresó presto a España, sino que recorrió espléndidamente media Enropa durante cuatro años y pico, hasta fines de 1796; ni el estado miserable en que se vió después pudo dimanar de ahí, pues en cuanto llegó á Madrid fué nombrado secretario de la Interpretación de Lenguas; ni fueron debidas a otra cosa aquellas penalidades que a su condición de afrancesado y a la vuelta del rey legítimo, es decir, cuando Godoy y Cabarrús no podían influir en sus destinos, el primero por su formidable caída

(1) Véanse los artículos correspondientes en la *Nouvelle Biographie Géneral*, del Dr. Hoefer.

(2) Página 217.

de 1808, el segundo por la proscripción que hubiera acompañado a un ex-ministro del rey intruso si no hubiese fallecido (1810) antes de la restauración borbónica. Vamos á ver a nuestro comediógrafo en Bayona, en Burdeos, en París; y, por dondequiera que pase, hallarémosle rodeado de los hijos, de los entenados, de los clientes de Cabarrús, atendido por ellos, moviéndose de continuo entre ellos. Y mal podría compaginarse esta obsequiosa solicitud con las ingratitudes supuestas en la nota de Villanueva, habida razón de que aún continuaba la desgracia del hacendista, el cual no recobró su libertad sino a fines del mismo año.

Miguel S. Oliver

(*Continuará.*)

LA AMÉRICA MODERNA

Fe de erratas histórico-estadísticas argentinas.—Causas de los errores.—Direcciones de la penetración española en la Argentina.—Escritores y comentaristas.—Ponderación del influjo del elemento español.—La colonización española y su revisión histórica.—Crítica rehabilitadora del Dr. Estanislao S. Zeballos.—El caso del Virreinato del Río de la Plata.—Cabezas americanas: el Dr. José Ingegnieros; sus estudios de Criminología.—La orientación científico penalista argentina y el estado actual de las direcciones científicas en el Derecho penal.

La Argentina es un excelente campo de experiencias sociológicas. Como todo país que se encuentra en el período de crecimiento y formación, ofrece en sus fases un material de observación que la Historia ya recibida no puede proporcionar. En la Historia asistimos a la contemplación de proyecciones de una vida pasada, sin otra vida que la apariencia de vida que tienen las imágenes cinematográficas; pero en la contemplación del discurrir de la vida, la sensación es tan intensa, que hasta la palpación, a falta de visualidad, puede darnos un conocimiento de la vida misma, con gran intensidad. En la gran República sudamericana se ofrece, como hecho de gran significación, la concurrencia de razas, su selección natural, sus estados psicológicos, el origen de la fuerza que opera como aglutinante en los grupos... Y es de ver la forma que revisten las luchas, estridentes o silenciosas, de los grupos procedentes de

distintos troncos, las invocaciones de linajes, las críticas históricas y la pasión que se refleja en la literatura.

Cuando yo he comentado el material estadístico de la Argentina, de allá han venido algunas atentas informaciones que me han advertido respecto de la prevención que hay que tener con algunos autores que no estiman todo lo debido la influencia de los elementos españoles. Yo, que siempre he creído que eran algún tanto exageradas las estimaciones y cálculos de algunos autores respecto de la magnitud de los contingentes españoles inmigrados en la Argentina—como se lee en Navarrete, por ejemplo,—no tengo, sin embargo, inconveniente alguno en dar a conocer algunos datos y opiniones que rectifican un tanto mi anterior parecer.

El estadístico Alberto B. Martínez afirma en un libro suyo (*Boedequer de la Argentina*) lo siguiente: «Pocos hombres vinieron al Río de la Plata en los primeros tiempos de la conquista... En 1744 había 355 europeos; en 1770, 456 extranjeros y 1.398 españoles, pero en 1810 principió la gran inmigración. En 1822 ya había 3.749 extranjeros. Rosas les alejó; pero, después de su caída, en 1852, el movimiento inmigratorio principió con fuerza; en 1854, en el segundo semestre, entraron 2.524 personas; en 1855, 5.912; en 1856, 4.672; en 1857, 4.951; en 1858, 4.658; en 1859, 4.735, o sea: en seis años, 27.452 inmigrantes, o sean muchísimos más de los que vinieron en dos siglos de vida colonial.»

Estos datos son discutidos y estimados de distinta manera. El Dr. J. Dalmau, español, que vive en Bahía Blanca, comenta con atinadas observaciones estos datos, aportando otros nuevos e interpretando la penetración inmigratoria española en la Argentina con consideraciones de importancia. Según el Dr. Dalmau, los españoles que iban a la Argentina, lo hacían en su mayoría por el Norte y por el Oeste; entraban por Jujuy, Salta, y bajaban a Tucumán, Córdoba, Catmarca, La Rioja y Santiago del Estero; los que venían del Oeste, entraban por Mendoza y se desparramaban por San Juan y demás provin-

cias citadas; otros venían por el río Paraná del Paraguay actual, y se quedaban en Santa Fe y Paraná y llegaban hasta Buenos Aires. Otros inmigrantes llegaban por mar; los menos, quizá, no fueron más que los que dice Martínez. Resulta, pues, que sólo se contaban los que llegaban por la vía menos utilizada, dejando así fuera de consideración la inmigración tal vez más numerosa e importante.

El contingente que llegó a la Argentina por las vías antes descritas es difícil estimarle. Sería una labor digna de estudio el revolver los archivos españoles en los cuales se pueden encontrar datos sobre estos extremos. Hay que tener presente que España dominó tres siglos en la Argentina, y durante este tiempo hubo expediciones importantes. De tres expediciones que llegaron por mar o río, se sabe que llevaron más de 20.000 españoles, dato enteramente cierto. El mismo Martínez dice, en el libro antes citado, que en 1766 llegó una expedición de 116 buques, conduciendo 9.000 españoles, que en realidad eran 10.000; esta expedición fué la de Zeballos. Por esto se deduce que el número de españoles que fueron a la Argentina ascendía a unos 100.000.

Mitre decía que los 1.210.000 habitantes de la Argentina en 1860 eran «el resultado del cruzamiento del indígena con el español—el europeo o caucásico, decía él,—como parte activa, el indígena como auxiliar, y el etíope como complemento». En 1797 se dice que el territorio argentino tenía 310.428 habitantes; si en dos o tres siglos sólo hubieran llegado la pequeña cantidad de españoles que se pretende, ¿cómo se habría podido decir esto? ¿Cómo habría sido posible que 30 o 40.000 personas impusieran el idioma en un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados, subyugaran a los indios y pudieran fundar diez o quince ciudades de importancia, a distancia de 400, 500 y 600 kilómetros una de otra, y que se fundara en Córdoba una Universidad?

El Dr. Dalmau afirma que el 80 por 100, por lo menos, de los habitantes de 1860 eran la mezcla de que hablaba Mitre, y

que llevaban nombres españoles; luego eran descendientes de españoles. De 1860-70 recibió el país unos 160.000 inmigrantes, de los cuales sólo quedaron en el país unos 100.000, de los cuales eran ¼ españoles, ⅓ italianos; el resto, de otras nacionalidades; en 1869 llegaron más de 93.000 italianos, 20.000 españoles, 6.360 franceses, 3.063 ingleses, etc.; pero la emigración y mortalidad en los años sucesivos fué mucha; en 1870 decayó la inmigración total a menos de 15.000 y la emigración pasó de 10.000; del 70 al 80 llegaron al país más de 260.000 inmigrantes, de los cuales regresaron a Europa en igual tiempo más de 140.000; quedaron, pues, unos 30.000 españoles, 50.000 italianos, 25.000 franceses, 8.000 ingleses, etc.; del 81 al 90 hubo una enorme inmigración, más de 846.000 personas, de las que quedaron más de 600.000, y eran españoles más de 140.000, 65.000 franceses, 10.000 ingleses, 12.000 austriacos, 25.000 de diversas nacionalidades y el resto italianos. En este decenio adquirieron su predominio los italianos; fué cuando más vinieron y más se quedaron. El censo de 1895 dió una población así constituída: Argentinos 2.950.384; extranjeros, 1.004.527. Los extranjeros eran: 493 636 italianos, 198.685 españoles, 94.098 franceses, 48.650 uruguayos, 20.000 chilenos, 24.725 brasileños, 21.788 ingleses, 17.143 alemanes, 15.047 rusos, 14.562 paraguayos, etc. En el decenio de 1891 a 1900 recibió la Argentina 638.000 personas; pero de ellas salieron, en igual tiempo, 560.000 de manera que poco aumentó el país en extranjeros, unos 80.000, que no alcanzaron a llenar los huecos hechos por la muerte entre los ya residentes, de tal manera, que en 1901 había menos extranjeros que en 1895. En el decenio de 1901 a 1910 han venido al país más de 1.750.000 personas, pero han quedado en él sólo unas 700.000, y de estas personas, cerca de 500.000 eran españoles; es decir, que hoy la Argentina es más española que jamás haya sido. Aparentemente, la inmigración italiana ha sido superior en número a la española en el último decenio; pero realmente, no, pues aunque entraron más, salieron muchísimos más, y el to-

tal de españoles que se han quedado en el país ha sido muy superior. En este último decenio han adquirido importancia las inmigraciones turca y rusa (se quedan casi el 80 por 100 de los que vienen), y en 1911, mirando bien las cosas, es decir, teniendo en cuenta, no los que llegan solamente, sino los que salen también, o sea los que quedan en el país, la inmigración menos valiosa habrá sido la italiana, que habrá dejado un saldo al país nulo, pues son más los salidos que los llegados. Hace diez años que España es la nación que más contribuye al aumento de población de la Argentina; ella sola ha contribuído más que todas las demás reunidas. Ya se ve cuán diferente es la realidad de lo que dice A. Latino, y de lo que cree el público y muchos intelectuales que no saben interpretar debidamente las estadísticas. Sería muy útil, y la única manera de saber el verdadero valor de las inmigraciones que el país recibe, que al publicar la cifra de ingresados pusieran a su lado la de salidos y la de fallecidos en el año; así, en cualquier momento nos daríamos cuenta exacta del asunto; del modo como hoy se hace, sólo se consigue desorientar al público y dar una falsa idea del movimiento inmigratorio. No sólo el saldo total de españoles ha sido el mejor, sino que hasta la entrada bruta ha superado a cualquier otra inmigración en estos últimos cinco años, 1907 a 1912.

El Dr. Dalmau discute todas estas cuestiones enlazadas con la concurrencia de razas en la Argentina, su respectiva ponderación y luchas, con una serenidad y acopio de datos que revelan un hondo españolismo y una seriedad científica más que recomendable a algunos de los que se han ocupado tendenciosamente de estas cuestiones.

***

A propósito del libro publicado por Enrique Peña sobre la acción del virrey D. Jacinto de Láriz en el Río de La Plata, el ilustre Dr. Zeballos ha escrito una crítica, en su *Revista de*

Derecho, Historia y Letras, de gran importancia histórica e interés indudable para los españoles.

Como se sabe, el virrey Láriz fué acusado de ciertos delitos que el Gobierno central tuvo muy en cuenta, castigando al autoritario representante que en tal forma se había extralimitado. Esos abusos de Láriz y esa justicia de nuestra patria es lo que el Dr. Zeballos pone en claro, dando prueba, una vez más, de su espíritu ecuánime y de la nobleza de su criterio, juzgando siempre con arreglo a justicia, nunca dejándose llevar por el apriorismo, tan corriente entre algunos intelectuales, cuando se trata de estudiar la acción de España en sus antiguos dominios de las Indias occidentales.

«He aquí—dice el Dr. Zeballos—algo más que una monografía, o que el simple esbozo de un episodio de nuestra vida colonial.

»El libro de Peña, que expone en estilo sobrio y claro, con documentación concienzuda, las genialidades del Dr. Láriz y sus conflictos con el obispo de Buenos Aires, con los oficiales reales y con los vecinos de la ciudad y de la campaña, resulta así un cuadro de vida pública y de costumbres de la época, cuya lectura seduce el espíritu. Pero no solamente la narración de Peña—tan bien hecha,—sino los numerosísimos documentos y piezas de proceso que la acompañan como «Apéndices», formando la mayor parte del libro, comunican a esta obra un carácter excepcional y de la mayor importancia para el estudio filosófico de los orígenes argentinos. El autor no lo ha dicho, limitándose a trazar el cuadro histórico. El lector que busca las causas encuentra en este libro algo más que lo expresado. Es una vindicación parcial del sistema colonial de España, atacado e injuriado por escritores superficiales, que juzgan las cosas de antaño con el criterio actual. Dando a cada época lo que es suyo, este libro nos deja una impresión gratísima respecto del decoro de la colonización española.

»Si bien es cierto que los oficiales reales y los colonizadores abusaron cruelmente a menudo de los colonos y vecinos, cier-

to que «existía una organización administrativa, política y jurídica preventiva y represiva, suficientemente administrativa y eficaz para garantizar los derechos respectivos de las autoridades y de los pobladores.» Aunque las distancias y los medios de transporte hicieran lenta esta justicia, no era por ello menos severa y oportuna.

»El gobernador de Buenos Aires, Láriz, había cometido una serie de abusos parecidos a los que cometen, en pleno siglo xx, ciertos gobernadores de territorios federales y de provincias argentinas. Mientras éstos gozan de la más absoluta impunidad, Láriz fué acusado, enjuiciado, condenado y castigado personal y pecuniariamente. Aun los indios y vecinos más humildes—no sólo el obispo y los oficiales reales—que iniciaron acciones criminales o de daños y perjuicios por abuso de autoridad, fueron oídos y su justicia honrada. Láriz tuvo que pagar de su propio peculio a indios y vecinos las exacciones de que los había hecho víctimas a pretexto del servicio público. Entonces, como ahora mismo, el gobernador usaba de los caballos y de los elementos reales para su servicio particular, y abusaba también del recurso de las expropiaciones en servicio del Rey. Todo esto fué perfectamente denunciado y discutido... y el gobernador castigado.

»La página de las reparaciones decretadas por la Audiencia de Charcas, en el ejercicio de los organismos de administración y de justicia existentes en estas colonias, «supera de una manera indiscutible a todo lo que en la actualidad contemplamos cuando los gobernadores de los territorios o de las provincias abusan y delinquen». La impunidad, la complicidad y la tolerancia son la regla general en la actualidad. El castigo severo, inflexible, es la experiencia que resulta del libro de Láriz. Los habitantes de nuestros territorios federales y algunas provincias argentinas se considerarían felices de tener entre los gobernadores algunos de las acciones sentenciadas por la Audiencia de Charcas, cuyos fallos están incluídos íntegramente en los Apéndices del libro de Peña.

»Conviene, en fin, recordar que los gobernadores estaban obligados a dar fianzas considerables, y que la de Láriz fué también ejecutada. ¡Había justicia plena y fuerte, pues, para estos humildes colonos, tan alejados tesoros!»

La simple nota bibliográfica del Dr. Zeballos se transforma así en una vibrante defensa del sistema colonial español, no tan bárbaro como se ha dicho. Por el contrario, prueban los hechos—y Láriz es un buen ejemplo—que si alguien se excedía, si alguien faltaba a sus deberes, había siempre a quien reclamar, con la seguridad absoluta de la más recta justicia.

La rectificación que hace el Dr. Zeballos es terminante; limpio de los prejuicios que suelen ser la guía de muchos escritores en la materia que nos ocupa, sabe sacar el oro de la tradición de las páginas históricas, en las cuales otros no ven más que las escorias.

No hace mucho, en una conferencia realizada en la Facultad de Derecho, el Dr. Zeballos hacia la defensa del régimen colonial español, comparándolo con el tan decantado de los sajones, y decía:

«Los Reyes Católicos habían sido creadores de un sistema de colonización que no ha sido superado. Tal fué el régimen político, jurídico y económico de las capitulaciones que ajustó D. Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires, con el emperador Carlos V. Aquel sistema combinaba el capital y el heroísmo de un individuo y de los aventureros que él podía atraer a sus empresas audaces, con la autoridad real. Esta aportaba por delegación los poderes políticos militares, eclesiásticos y administrativos, necesarios para el gobierno de las tierras a descubrir, con conquistar y colonizar. Los aventureros tenían, además de su heroísmo y su dinero, sus virtudes y sus vicios, sus personas y sus familias, sus instrumentos y sus ganados. Los pueblos así descubiertos, debían ser explotados como un establecimiento comercial, para pagar los gastos de la combinada empresa. Es claro que, entregada la conquista y la colonización del mundo a estas empresas comercia-

les, la suerte de los asientos hechos en todos los continentes dependería del carácter moral y administrativo de las compañías de aventureros. («Merchant adventures»), como dice la ley inglesa, y de la nación, asociada a ellos. Así asistimos a la lucha de la superioridad política y administrativa de los Estados. Mientras en Hispano-América y demás colonias oceánicas y continentales fracasa el sistema admirable de las capitulaciones reales, y los conquistadores no respetan sus cláusulas porque no son hombres de derecho, de administración y de gobierno, sino viejos soldados, que llevan a las colonias la tradición de más de veinte siglos de combate y de campamentos, sin otra educación, por consiguiente, que la del sable, de la lanza y el arcabuz; los ingleses, «con las mismas capitulaciones copiadas de los anales españoles», fundan grandes civilizaciones, cuyos retoños robustos son las cien Repúblicas libres de los Estados Unidos, del Canadá, de Australia, de Sud Africa, y todas sus colonias.»

No se canse el ilustre doctor argentino; todos sabemos a qué obedecen las monstruosas interpretaciones históricas que sobre hechos de España se han escrito. Sería cosa de reir, si ello nos nos hubiera hecho llorar bastante, el comentario de las páginas que sobre la colonización española en América se han escrito. No intento hacer un comentario en regla; sólo deseo recordar que los elementos con los cuales se podía colonizar en el siglo XVI no podían proceder de una inteligente administración metropolítica porque... no existía. Es tal época, de formación de la burocracia europea, de formación de grandes Estados nacionales y la fuerza centrífuga de alguno de ellos, era más bien social libre que oficial. Lo censurable e inadmisible es que en el siglo XX haya Estados ricos, como Alemania, que empleen con harta frecuencia el látigo y el rifle como instrumentos de colonización.

Cuando en 1907 la cuestión colonial alemana estaba en su apogeo, y el célebre ministro de Colonias, Derburg, hacía sus propagandas, hubo quien protestó del trato que daban los em-

pleados coloniales a los indígenas de las colonias alemanas de Africa. ¿Cree el lector que se intentó negar el dicho? Nada de eso. Muy seriamente contestó un colonista, que la dureza del régimen colonial alemán se justificaba en una razón psicológica (¡nada menos!). El indígena necesita ser maltratado, se decía. «Si yo le doy una vaca a un indígena—decía el colonista en cuestión,—al día siguiente se creerá con derecho a pedirme otra; si, por el contrario, yo le tomo una vaca al indígena, al día siguiente se creerá obligado a darme otra...» Aunque esto fuese verdad, no se me alcanza que pueda elevarse a la categoría de procedimiento la barbarie. Lo cierto es que tales finezas psicológicas no acaban de ser comprendidas por inteligencias españolas como la mía, que ya va flaqueando en este comentario, y no sabe quién es la vaca ni quién el colonista del caso.

***

La dirección positivista tiene en la Argentina un laborioso representante en el Dr. José Ingegnieros. Aunque el distinguido Profesor de la Universidad de Buenos Aires ha escrito sobre la interpretación del desenvolvimiento y formación de la sociedad argentina, su fuerte está en los estudios de Criminología. Su trabajo inductivo en el Instituto de Criminología le acredita como penalista e investigador de altura. Ha publicado mucho; su labor puede apreciarse como una de las contribuciones más interesantes para la Criminología moderna, y es sin duda la primera figura entre los criminalistas americanos.

Lo que más intensamente da a conocer la significación de Ingegnieros son las síntesis que ha publicado sobre el concepto de la defensa social, punto cardinal de la ciencia penal.

Así explana el concepto:

«El conflicto fundamental entre el espíritu metafísico y el espíritu científico, que durante larga serie de siglos ha apasionado a los filósofos con inagotables pro y contra el espiritua

lismo, tuvo en el siglo XIX una solución definitiva. El determinismo evolucionista, que invadió toda la órbita de los conocimientos científicos, ha gravitado también, con su peso formidable, sobre la interpretación de la actividad funcional del espíritu humano. Los modernos conocimientos de psicología científica han reducido a una simple ilusión del espíritu el concepto clásico del «libre albedrío»; su consecuencia lógica fue poner en tela de juicio los fundamentos mismos del derecho de castigar, asentados sobre él.

»Poco puede agregarse a lo escrito en el último cuarto de siglo sobre esta cuestión; ella fué ampliamente analizada y dilucidada, en sus aplicaciones a la criminología, por Ferri, Garofalo, Hamón, Maudsley, Binet, Franchi, Colajani, Pelmann, Penta, Antonini, De Fleury, Bombarda, Zuccarelli, Angiolella y otros. Ante el criterio del determinismo psicológico, que es el único científico, nadie es libre ni responsable de sus actos; no lo es el hombre cuerdo ni el demente, no lo es el criminal ni el idiota. Es tan poco libre el hombre de genio cuando inventa o descubre, como el criminal cuando mata o estupra; el primero no puede evitar el invento, como el segundo no puede prescindir de cometer su delito; un complicado determinismo—combinación de causas biológicas y mesológicas—impone el acto, que es su resultante, no pudiendo ser diverso de como es, dada la identidad de sus componentes. En verdad, esta concepción determinista es poco halagadora para la vanidad de los espíritus inferiores, que creen es mengua para sus fueros humanos el estar sometidos a las mismas leyes naturales que presiden toda la compleja actividad universal, desde sus manifestaciones infinitamente grandes, admirables a través del telescopio, hasta las infinitamente pequeñas que palpitan bajo el microscopio.

»No incurriremos, pues, en una nueva refutación del libre albedrío; junto con él caen los fundamentos de la responsabilidad, que es su corolario; con la responsabilidad cae, á su vez, el sistema penal sobre ella asentado.

»La escuela positiva ha podido demostrar que la pena, como venganza colectiva contra el responsable de un daño causado, es una manifestación de moralidad social, inferior, a la vez que injusta, por admitir falsamente en quien delinque la conciencia y libre voluntad de delinquir. *Por otra parte, como intimidación preventiva del delito suele ser ineficaz;* y como medio de corrección del criminal es contraproducente. Baste recorrer los interesantes capítulos que Ferri dedica a la crítica de los presentes sistemas correccionales, en su obra sobre la sociología criminal.

»Espíritus estrechos o misoneístas han podido creer que las nuevas teorías científicas tendrían como resultado beneficiar a los criminales, con perjuicio para la sociedad; tan infantil error es patrimonio de una parte del vulgo—especialmente del vulgo semiculto, el peor de todos,—que induce, como consecuencia de la negación de la responsabilidad, la absolución o liberación de todos los criminales pasados y presentes, así como la impunidad legal de los venideros. Otras son las conclusiones de las nuevas doctrinas.

»Negar la responsabilidad del hombre delincuente y la ineficacia de la legislación penal vigente, no significa desconocer al agregado social el derecho de reaccionar a la actividad antisocial de los delincuentes, que pone en peligro la existencia de los miembros del agregado. Lo que se afirma es la necesidad de reemplazar las bases anticientíficas del actual sistema punitivo por otras científicas y que llenen satisfactoriamente la función definitiva de la sociedad contra los actos delictuosos. La pena, deprimida por la idea de venganza o de castigo que se le asocia, debe ceder su puesto a un criterio amplio y seguro de defensa social, que será la manifestación en el mundo superorgánico del instinto de conservación, propio de todos los seres orgánicos. Este instinto es la fuerza poderosa que impulsa los seres vivos a la segregación o eliminación de cuanto puede dificultar o poner en peligro la existencia o la integridad de la individualidad orgánica; la conservación de la propia vida es

tendencia fundamental de todo sér vivo. La amiba elimina la partícula inorgánica que ha absorbido por error, creyéndola alimentínica; la conservación de la propia vida es tratar de eliminar todos aquellos elementos que considera perjudiciales a su vitalidad y evolución.

»La escuela positiva—con cuyas ideas estamos plenamente conformes sobre este punto,—reconociendo que el delito es un fenómeno patológico, estrictamente relacionado con la organización del individuo, abandona el terreno de la responsabilidad y del castigo, que aún conserva el sello de la antigua venganza, cruel e ineficaz; en cambio, intenta la enmienda del individuo, si aún fuere posible; se propone la reparación de los perjuicios por él causados, o bien se limita a defender a la sociedad de esos elementos perturbadores. La *defensa social* es, pues, la base racional de un sistema punitivo científico, exclusivamente proporcionado a la temibilidad del delincuente.

»Al proceder de esa manera, la nueva escuela está lejos de guiarse por un estéril prurito de innovación, como observa De Mattos; tiende, más bien, a hacer efectiva la defensa contra el delito, puramente nominal hasta ahora. Ferri ha podido demostrar que esa idea fundamental de una defensa colectiva, como justificativo de la represión penal, aunque enmascarada durante largo tiempo por las especulaciones de los filósofos y juristas, ha persistido siempre, de manera bien clara, en la conciencia popular; la frase «combatir contra el delito», usada por los mismos correccionalistas ocupados en la tarea sentimental de acortar las penas, confirma el concepto según el cual la sociedad, lesionada en sus intereses, reacciona contra la agresión, venga de donde viniere y bajo cualquier forma.

»La reacción está representada por los medios complejos de que disponen los agregados sociales para la defensa colectiva, pudiendo pertenecer al orden profiláctico o al orden represivo. Los maestros de la escuela positiva los agrupan y clasifican en cuatro categorías:

»1.ª Los medios preventivos: destinados a evitar todas las

causas que pueden determinar la exteriorización de las tendencias mórbidas en un sentido delictuoso; son los que Ferri llamó «substitutivos penales», con frase más afortunada que exacta.

»2.ª Los medios reparadores: destinados a indemnizar a las víctimas y a disminuir las fuertes cargas que implica para el Estado la lucha contra el delito.

»3.ª Los medios represivos: penas variables en cada caso, según las condiciones del delincuente, edad, sexo, profesión, sistema de vida, etc.

»4.ª Los medios eliminadores: destinados a impedir la recidiva, pena de muerte, deportación, reclusión perpetua apropiada a las condiciones especiales del criminal, y otras secundarias.

»Este programa de defensa social, complejo y científico, ha sido formulado hace ya más de veinte años (1).»

La Ciencia penal moderna reconoce que el fundamento de castigar no es la venganza social, ni la expiación ni el concepto ético de justicia retributiva. Ni la Pasión, ni la Teología, ni la Moral, ni el Derecho, en el sentido de una Metafísica jurídica, pueden resolver un problema de índole exclusivamente sociológica y antropológica, como es el delito. Ante la realidad de un hecho de convivencia social, condicionado por la garantía jurídica de la protección de los intereses (*Rechtsgüterschutz,* de Ihering), se presenta, con idéntico sentido y valor diferencial, la amenaza de un peligro de incendio, de inundación, de ruina, de contagio, de robo, de homicidio, etc. El fundamento de la acción civil o penal—dualismo actual que tiende a resolverse—para reclamar indemnización de daños morales o materiales, se funda en la existencia, dentro del agregado social, de un «estado peligroso» (*etat dangereux*, de Prins, y la Unión Internacional de Derecho penal), de una «temibilidad» (*temibilitá,* de Garofalo), de un «peligro general» (la *Gemeingefähr-*

(1) «La defensa social.» Buenos Aires, 1911.

lichkeit de los alemanes), que determina la *necesidad de la defensa social.*

He aquí el fundamento del derecho de castigar para todos los penalistas modernos, menos para Birkmeier y su escuela. Este sentido utilitario y positivista había sido dado en unión de la fórmula *defensa social*; pero sin documentación sociológica en la frontera de los siglos XVIII y XIX, a la vez, por tres autores: Bentham en Inglaterra, Romagnosi en Italia, Anselmo Feuerbach en Alemania.

Sabido es que la nueva corriente ha influído considerablemente en todos los mejores cultivadores de la Ciencia penal. Su repercusión en América la muestra bien claramente los trabajos del Dr. Ingegnieros. Entre nosotros puede decirse que los penalistas clásicos van ya desapareciendo como los pieles rojas en América.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: La Harpe y su gorro frigio.=Filosofía: Nietzsche y el pragmatismo.=Etnografía: El alma española vista por un francés.=Anecdótica: La Emperatriz Eugenia en Zululandia.=Impresiones y notas: Ningún Galiano se rinde.—El baile.—Las comidas de antaño.—La prolongación de la vida.—«Deber de ser.»

HISTORIA

La Harpe y su gorro frigio.—El Liceo republicano era una especie de Universidad libre que funcionaba en el período revolucionario, siendo el académico La Harpe uno de sus profesores. Un día, al explicar su lección de literatura, La Harpe se plantó un gorro frigio sobre la peluca Luis XV, que era entonces de rigor, y dijo luego quitándoselo: «Este gorro, que se dice hecho para cabezas republicanas, haría hervir la mía.» «¡Frase admirable!—dice en la *Revue Hebdomadaire* Luis de Preandeau—en la que sólo falta lo esencial: ¿de qué haría hervir el gorro la cabeza del poeta? ¿De entusiasmo o de indignación?» La anécdota es auténtica, y el pedantesco retórico revela en ella sus procedimientos para salir con bien del hervidero revolucionario, a pesar de ser para muchos, por no haberle visto figurar ni en la toma de la Bastilla, ni en el asalto de las Tullerías, ni en las discusiones de ningún club *sospechoso de ser sospechoso,* que era la fórmula terrible de los terroristas para suprimir cabezas de enemigos posibles. La Harpe se limitaba a dar sus lecciones en el Liceo, a sufrir con paciencia la lectura de odas como la del patriota Prelong a Marat, con

el título de *Los santos en requisa o se alquila el Paraíso,* sin tirar a la cabeza del autor el *Arte poético* de Boileau, y a figurar en las sesiones de aparato con su gorro frigio sobre la gran peluca del uniforme académico, paseando sus míradas sobre las paredes del local que les habían preparado en Palais-Royal, decoradas con inscripciones tan pedagógicas y sugestivas como éstas: «¡Lejos de aquí, si no eres republicano!» «El *tú* es la palabra de la naturaleza, el *tú* conviene a los republicanos.» «Las artes son hermanas libres, iguales y republicanas.»

Codirector del *Mercure* con Chamfort y Marmoutel, se hace el indispensable y se apodera de la sección literaria, arreglándoselas con alusiones y digresiones para mostrar sus sentimientos cívicos y sus opiniones políticas. Desde el 12 de Diciembre de 1789, su primer artículo—sobre las palabras *delación, denuncia, acusación*—contiene ya las reservas que su buen sentido dicta a su servilismo; pero en seguida, para hacer olvidar estas reservas, ataca al Parlamento, al clero y a los ministros de antaño, mereciendo que *El año literario* y el abate Royou le larguen una filípica por haberse pasado, él, un académico del antiguo régimen, al enemigo, aunque procurando poner una vela al diablo y otra a San Miguel.

La Harpe conserva su respeto a la Academia moribunda con la veneración natural de todo pedante elevado al rango de académico, y dándose importancia con su cargo; y quiere la Academia con sus tradiciones y sus pompas, sus recepciones y sus premios y hasta con las misas solemnes y el elogio de San Luis; es un legado de Voltaire, prueba concluyente de la vanidad del protector y del protegido. Hay, sin embargo, que alabar en La Harpe una buena cualidad: la gratitud. Su culto a Voltaire no flaqueó nunca, no perdiendo ocasión de ensalzar su memoria como «liberador del pensamiento». Claro es que el discípulo no tiene la finura de ironía del maestro; pero ha recogido sus lecciones, y sabe afirmar que «hay que excluir en absoluto a los curas de todo proyecto de educación pública, y

aplaudir todas las medidas no sangrientas dirigidas contra los charlatanes de estolas y mitras, sostenes naturales de los charlatanes de cetros y coronas».

Tras este volteriano acérrimo se esconde, sin embargo, un parisién de raza, que sufre con el trastorno de sus costumbres, y tratando de conservar su sonrisa por la superstición, siente la poesía de las procesiones de antaño, desplegando su pompa por calles y plazas, en medio de las filas del alegre pueblo. «¡Ah, las procesiones!—dice.—Siempre me ha gustado (y no soy yo solo) la procesión de San Sulpicio; su pompa me ha parecido siempre imponente y digna de hablar a la imaginación: la riqueza de los ornamentos sacerdotales, esos jóvenes con largas túnicas blancas, con sus cinturones azul celeste o de color rosa y con cestas de flores en las manos; el juego regular de los incensarios alzándose todos a un tiempo en el aire a una señal; los perfumes esparcidos por las calles, la armonía de los actos religiosos y ese palio magnífico bajo el cual lleva verticalmente el celebrante ese círculo con rayos de oro...»

A Juan Jacobo Rousseau, en cambio, le tiene verdadera ojeriza, y no omite ocasión de zaherirle. Pero cuando se toca a cuestiones candentes de alto idealismo, el Sancho que hay en La Harpe se despierta, y su tono se dulcifica y se atenúa; porque en el corazón de todo egoísta algo lógico dormita siempre un buen burgués. ¿Cómo había La Harpe de ser igualitario al modo feroz de Chamfort, ni adorador del progreso como Condorcet, o de la humanidad como Anacarsis Clootz? Fuera de su personilla, ninguna idea le inflama, ninguna pasión le conmueve. Conservador de pura sangre, aunque algo avergonzado de serlo en aquellos tiempos, se asusta de la audacia de los reformistas, y se agarra a la propiedad y a la patria como a las dos boyas que han de salvar del naufragio a la sociedad.

Sólo la guerra con el extranjero sacudió un poco los nervios del insignificante retórico. Pero sólo después de Valmy y

de Jemmapes comenzó su carrera de Tirteo, transformación audaz, que tuvo por teatro el Liceo, el 3 de Diciembre de 1792. Allí leyó una oda con el título de *Himno a la libertad,* que es un llamamiento a las armas contra la coalición de los déspotas.

«¡Ejemplo que harto tiempo ha ignorado la tierra!
Seremos los primeros que hagan santa la guerra.
Se hizo antes por los reyes y su rivalidad,
Por el mando o el oro... ¡Hoy, por la humanidad!»

Unas semanas después viene la vista del proceso de Luis XVI. El *Mercure,* hecho diario, declama contra el neologismo; toda su literatura se deshace en frases grises y articulitos opacos, y sólo alguna vez se tropieza con un arranque atrevido, en el acto corregido, como éste: «Los privilegiados son tan desgraciados que no hay fuerza para aborrecerlos, y tan ridículos, tan insolentes y tan atroces que no hay medio de compadecerlos.» En ocasiones, el erudito refunfuña y se atreve a decir que «todos los días, en la Convención y en las Asambleas, se cita la historia antigua y la moderna casi como Sganarelo cita Aristóteles.» Como nadie lee a Molière, supone que nadie le ha de comprender. En 1794 canta el sitio de Tolón y luego vuelve a la filosofía, y el 27 pluvioso propone que se borren las armas reales de los libros de la Biblioteca, y poco después refuerza todavía este arranque de civismo adulando a Dorat, secretario de la Commune, rebajando la majestad de la literatura para saludar como una *gran verdad* esta frase, recogida en la obra del adulado: «*Todas nuestras desgracias han nacido de la misa:* la San Bartolomé, las dragonadas, todas las persecuciones. Todos nuestros placeres nacen de la comedia: sería, pues, preciso no tener nunca misa y tener siempre comedia.»

La justicia del destino dió a este artículo doble conclusión: quince días después estaba en un calabozo del Luxemburgo meditando sobre los placeres de la comedia; en cuanto a la

misa, aunque después de vendimiario iba a ella diariamente, la frase de Dorat, que se le atribuía a él mismo, le era echada en cara pérfidamente en todas las polémicas, amargando sus más piadosas exhortaciones. En su proceso tuvo suerte. El informe de su sección decía: «Muy instruído, pero brusco, orgulloso, egoísta. Nuestras pesquisas sobre su civismo están en su favor, pues hemos sabido con placer que, en unión de otros cuatro académicos, había luchado largo tiempo contra la aristocracia de sus colegas; que había hecho antes de la Revolución una pieza, en que la igualdad está pintada de un modo capaz de hacer estremecer a los tiranos *(Virginia);* hemos visto a los déspotas tratados como se merecen en un discurso que pronunció en el Teatro de la República, un día de función gratuita; hemos sabido, por último, que había cantado a la Libertad de un modo capaz de electrizar y de aumentar el número de los amigos de nuestra Revolución. Hay, sin embargo, que hacerle un cargo: el de no haber venido a las asambleas de su sección a secundar en ellas a los descamisados y a desarrollar con su talento los grandes principios de la Naturaleza para aplastar a la aristocracia, que era entonces una fuerza.»

En su prisión, La Harpe, un tanto trastornado por el contacto material y positivo de las miserias y de los infortunios humanos, de la grandeza de alma, de la fe en los principios y en los ideales, del sacrificio y de la abnegación, cosas todas para él puramente retóricas, como temas de disertación, hizo amistad con una dama del antiguo régimen y con un obispo injuramentado. La dama era Delfina de Rosières Sorrans, viuda del conde de Clermont-Tonnerre, y una de las mejores lenguas de la corte de María Antonieta, ya desengañada de las vanidades humanas y entregada a la meditación de los libros religiosos. El obispo era también un resto del antiguo régimen, titular de Saint-Brieuc; pero, prelado de corte de los que Boileau decía que era inútil predicarles la residencia. Olvidado en la prisión, se había transformado también al contacto con el dolor mientras aguardaba su suplicio, y leía el

Kempis. En aquel ambiente La Harpe sufrió la metamorfosis de sus ideas y de su carácter.

He aquí cómo se operó el cambio: «Tenía sobre una mesa la *Imitación de Cristo*, y me habían dicho que en aquel excelente libro encontraría frecuentemente respuesta a mis pensamientos. Lo abrí al azar, y caigo al abrirlo sobre estas palabras (habla Jesucristo): «Heme aquí, hijo mío, vengo a ti porque me has invocado.» No leí más; la impresión súbita que experimenté está por encima de toda expresión, y tan imposible me es decirla como olvidarla. Caí con el rostro contra tierra, bañado en lágrimas, ahogado por sollozos, lanzando gritos y palabras entrecortadas; sentía mi corazón aliviado y dilatado, pero al mismo tiempo como pronto a rasgarse. Asaltado por un tropel de ideas y de sentimientos, lloré bastante tiempo, sin que me queden otros recuerdos de esta situación sino el de que, sin comparación ninguna, es lo que jamás ha sentido mi corazón más violento y más delicioso.»

La página es hermosa, y merece conservarse. El tono es sincero y los detalles precisos. Pero fuera de este toque de luz, como dice Préaudeau, todo lo demás sigue siendo oscuro. ¿Duró mucho la conversión? ¿Hubiera seguido si Robespierre hubiera continuado mandando? Por encima de todo flota siempre aquel rojo gorro frigio, símbolo de embusteras complacencias, de adhesiones serviles, de lisonjas falaces. Bajo los pliegues de su irrisoria púrpura se abrigan muchas cabezas de terroristas a pesar suyo, de energúmenos sin quererlo, de exaltados que piden se les modere, de gentes que aullaron con los lobos para que no se les exigiera que mordiesen, como suele haberlos en todos los movimientos revolucionarios.

FILOSOFIA

Nietzsche y el pragmatismo.—A propósito de un libro que, con el título de *El Romanticismo utilitario*, ha dedicado Renato Berthelot a Nietzsche y a Poincaré (E.), publica Emilio Fa-

guet, en *La Revue*, un artículo tan sustancioso como suelen serlo todos los suyos, criticando, por una parte, el título del libro en cuestión, y negando, por otra, el pragmatismo de Nietzsche. El título del libro no significa, en efecto, que haya un romanticismo utilitario; significa únicamente que en Nietzsche han influído por igual el romanticismo alemán y el utilitarismo inglés; pero el título poco importa. Lo interesante aquí es el cómo Berthelot llega a establecer esas influencias, y el cómo Faguet rechaza las conclusiones que Berthelot saca y las premisas en que las funda. Y es interesante, no sólo por el asunto mismo, sino principalmente por las muchas aplicaciones a que se presta esa manera de buscar influencias y derivaciones, hoy tan en boga, que permiten lucir al crítico su saber a expensas del autor estudiado. Es precisamente el motivo que yo he tenido siempre para no pedir a nadie que me haga prólogos para ninguna de mis obras, pues ya se sabe que el prólogo se ha de reducir, según las categorías del prologuista y del prologado, o al elogio más o menos ampuloso de la obra, o a la exhibición, con un pretexto u otro, de la erudición del prologante, casi nunca a la leal presentación del autor de la obra, que debe ser el objeto de todo prólogo de ajena pluma.

En su estudio crítico positivo, Berthelot relaciona a Nietzsche con la concepción heroica de la vida que se supone fué general entre los antiguos helenos; con Hegel y con su idea de la identidad, o por lo menos de la no contrariedad de los contradictorios; con el romanticismo alemán, sobre todo con el de los Schlegel y los Tieck; con el vitalismo de la escuela de Montpellier; con la filosofía, también muy vitalista, de Schelling; con Spencer y todo el utilitarismo inglés; con el transformismo de Lamark y de Darwin, remontando por una parte a David Hume y por otra a Helvecio, de un lado a Protágoras y de otro a Catoblepas, etc., para abreviar.

Esto recuerda a Faguet una maliciosa frase de Sainte-Beuve: «Ahora el estudio de un hombre es la ocasión de dar su vueltecita al mundo literario», o más bien su repaso de bi-

blioteca y su viaje alrededor de su gabinete de estudio. Todo eso está muy bien, pues se entera uno agradablemente de Catoblepas y de otros autores no menos interesantes; pero, en ese caso, para proceder con más precisión y seguridad, lo mejor hubiera sido darnos a conocer la biblioteca de Nietzsche; Berthelot define el *substratum* de Nietzsche, «lo que Nietzsche ha podido leer.» «Eso es demasiado vago y arbitrario; a cada nueva indicación dice uno: «¡Muy bien! Pero ¿y la filosofía china? No es del todo imposible que Nietzsche haya leído filósofos chinos.» Y sobre esto un capitulito de sinología. Con este método, el estudio sobre un autor se extiende hasta los límites de la información del crítico, y es por consiguiente muy interesante sobre la personalidad del crítico, pero nos deja casi a oscuras sobre la del autor; este método, sin quererlo, produce libros de literatura personal, egoísta, stendhaliana, pero no libros de crítica seria.

Nietzsche ha leído poco: los grandes griegos, Goethe, Schopenhauer, y los clásicos franceses: ese es su equipaje. Puede considerársele como romántico, pero no hay que olvidar que siente por los románticos el mayor desdén; que sus ídolos son Corneille, La Rochefoucauld, Fontenelle y Chamfort, y que execra a Rousseau; es romántico *per se*, simplemente por ser poeta, pero no por haber sufrido influencias románticas. Nietzsche ha leído poco y ha reflexionado mucho, y después de una buena educación de profesor de filología, tiene la gloria de haber sido *él mismo*, más quizá que lo haya sido nadie. Es mucho más interesante como fuente que como derivado.

Ahora bien; como fuente, ¿no es un precursor del pragmatismo, y no ha venido a dar en el pragmatismo? Faguet no lo cree. El pragmatismo reviste muchas formas; pero el fondo de todas ellas consiste en medir la verdad de una idea por el bien que puede producir. Para el pragmatista, una verdad que no contiene un bien moral o no conduce a él, no tiene derecho a ser verdadera; no lo es, porque no es la verdad el criterio del bien, sino el bien el criterio de la ver-

dad. En el fondo, el pragmatista es un hombre que, escéptico en todos los medios de conocimiento, se hace una fe de «lo que estima que es útil creer». ¿Es eso Nietzsche? Es escéptico, pero no se apoya en el escepticismo para concluir en la paz moral. Ni hay nada tampoco que le sea mas antipático que la fe moral; es inmoralista con deleite, desprecia la moral con todo su corazón, y es el antikantista por excelencia. No hay un libro de Nietzsche que contenga un gramo de pragmatismo.

—¡Bueno, bueno!—responderá Berthelot, que es muy buen dialéctico.—Pero bien sabe usted que Nietzsche, a pesar de todo eso, tiene su moral: es la moral de la vida intensa, de la vida peligrosa, la moral heroica... y no hay que insistir. Ahora bien; rechazar todo medio racional e intelectual de conocimiento, y venir a parar a una moral diciendo: «Ahí está la verdad», es proceder absolutamente lo mismo que los pragmatistas.—Sí, es proceder como ellos, y en eso es en lo que no es despreciable vuestro análisis,—replica Faguet;—pero no es hacer lo que ellos: los pragmatistas rechazan todos lós medios de conocimiento, reemplazándolos por el criterio de lo útil, y Nietzsche los rechaza también, pero los reemplaza por el criterio de lo bello; lo que no es lo mismo.

Nietzsche viene a dar a una moral por procedimiento análogo al del pragmatista; sólo que esa moral no es pragmática ni mucho menos. Es hasta lo contrario. Los pragmatistas dicen: «¿Se debe creer en la vida eterna y en las penas y recompensas de ultratumba? Sí, puesto que es útil, pues así seréis mejores y más felices.» Y Nietzsche responde: «No, puesto que creer por tales motivos es obrar como un modrego; podrá ser útil, pero no es bello; lo bello es vivir peligrosamente y superarse únicamente por ser bello.» La moral de Nietzsche es el *chicquismo*. Sólo es digno del hombre lo que es *chic*. La moral fundada en lo útil es perfectamente despreciable. La moral pragmática sería para él la *moral del rebaño*. No es esto decir que tenga razón; es afirmar que no tiene nada de pragmatista.

ETNOGRAFIA

El alma española vista por un francés.—Con el título de *Alma española* ha publicado Alberto Dauzat, en *La Revue* de París, un estudio bastante apreciable en sus líneas generales, al que queremos unir lo que por incidencia dice en la misma revista Luciano-Alfonso Daudet, del carácter español, a propósito de la Emperatriz Eugenia.

«En la leyenda de la Emperatriz—dice Alfonso Daudet—hay una palabra que suena sin cesar como una disculpa o como una reconvención. Esa palabra es la designación de su raza: ¡Española! Cierto que lo es, y Francia no tiene que echárselo en cara. La mujer a quien un populacho delirante, en la mañana del 4 de Septiembre, creía insultar tratándola de *española*—eco de otro clamor que aullaba a la *austriaca,*—era digna, en efecto, de ser llamada así. Si no lo hubiera sido, española, es decir, más valiente que un hombre valiente, y poniendo su orgullo aun por encima de su desprecio, apuesto a que nuestras plazas públicas estarían privadas de más de una estatua, y los hombres, bastante ligeros para echar sobre ella responsabilidades que quizá no incumbían a nadie (pues la fatalidad representa frecuentemente su papel en el destino de los pueblos), han tenido más de una vez la prueba de que el alma española es generosa también.»

«La Emperatriz—dice en otra parte—es española: ha visto la luz en un país cuya formación fué lenta, dolorosa; que conoció, en época relativamente reciente, la invasión bárbara—maravillosa y provechosa invasión; pero invasión al fin—y que, más que ningún otro país de Europa, tuvo que fijar su raza, defender su sangre y su lenguaje contra el invasor. De ahí, corazones obstinados, apasionados y enclaustrados, almas glacialesy ardientes, difíciles de leer para nosotros los franceses, cuya patria se ha formado normalmente por fiestas y

matrimonios, por contratos más que por tratados, y guerras semejantes a disensiones de familia.»

«El gusto de las clasificaciones fáciles—añade en otro lugar—hace creer a los que no la conocen que la Emperatriz, siendo española, debe ser *fanática*. ¡Imaginaciones populares, amigas de simplificar! El inglés despreocupado y viajero, el alemán grosero, el suizo pesadote pero honrado, el italiano camorrista y zumbón, toda una etnografía para el uso de Bouvard y Pecuchet... La mayoría de los franceses gustan juzgar de lo que no es de su patria *grosso modo*, echándole encima un difraz fácil de reconocer; nuestros compatriotas prefieren esta esquematización de la humanidad a la comprensión real de los seres.»

Agradeciendo estos arranques de sinceridad, hoy más apreciables que nunca, escapados de la noble y delicada pluma de Luciano-Alfonso Daudet, veamos ahora cómo habla del alma española otro observador francés sincero, Alberto Dauzat, atinado en general en sus observaciones, pero al que importa rectificar, como lo haremos en algún pormenor.

«España, dice, nos pareció en otro tiempo el país romántico por excelencia, lo que era pueril; la verdad es que, aun hoy, ofrece a los amigos de lo pintoresco en todas sus formas la más rica paleta de colores locales que pueda desearse, a veces hasta demasiado rica en colores, al gusto del extranjero. Por eso la buscan los pintores y agrada a los que tienen horror a lo vulgar. Lo más curioso que hay en España, lo mismo para el simple turista que para el observador, no es el paisaje, en general borroso, desnudo, agrio; no son siquiera las admirables obras de arte, monumentos o museos de los que en otras partes pueden encontrarse en definitiva equivalentes, sino el alma española en sus complejas manifestaciones.»

Todo extranjero que recorre España, no para aislarse en hoteles cosmopolitas, sino para vivir la vida de los indígenas hablando su lengua, se da cuenta desde el primer día de lo aislada que se halla esta nación, moralmente, del resto de Eu-

ropa. Aun entrando por el país vasco, parece que al pasar la frontera se os cierra una puerta. En cuanto se pasa, ya no se oye hablar el francés, cosa que sólo se observa en España (1). Por esa razón, el español, que viaja mucho por su país, no sale casi nunca de España; la mayor parte de los viajeros de lengua española que se encuentran en el extranjero son americanos (2). Y no es solamente la ignorancia de las lenguas extranjeras (3) la que retiene al español en su casa, y también

---

(1) Esto es inexacto. Lo que hay es que del lado de Suiza, el francés pasa a un cantón de lengua francesa; del de Bélgica a una nación que tiene el francés como lengua oficial, y del de Alemania a unas provincias en que subsiste vivo el amor a Francia. En la frontera alemana, sin embargo, no podrá decir Dauzat que no se tiene una sensación de cierre de puerta tan viva como la que pueda sentirse en España; son dos mundos bien diferentes. Por lo demás, ya Thiers lo ha dicho: «En ninguna parte se encuentra más patriotismo que en las fronteras», y nada más natural que al pasarse del Bidasoa para acá, se sienta el español más español que nunca, como al pasar del Bidasoa para allá, el francés se sienta orgulloso de ser francés. ¿O es que habíamos de hablar nosotros francés cuando pasamos a Francia (como lo hablamos), y aguantarnos con que el francés al pasar a España, siguiera hablando francés? Eso es lo que se hace, y por eso se sorprende; pero cada cual tiene su alma en su armario. El turista español habla francés, y esa es su ventaja, mientras que el turista francés no suele hablar español, y ese es su pecado.

(2) Hay que contar con que el español está a un extremo de Europa, y que para viajar necesita gastar, en tiempo, en dinero y en molestias, mucho más que los habitantes de las regiones centrales. Aun así y todo, el país con el que tiene más contacto, que es Francia, es tan visitado por los españoles como pueda serlo por cualquiera otra nación, y mucho más desde luego que lo es España por los franceses. La colonia veraniega de los Pirineos es numerosísima, sobre todo a orillas del golfo de Gascuña, y la colonia española de París es de las más importantes. Pero hasta fuera de Francia, no deja España de dar un contingente proporcionado a su población: así en Zürich, por ejemplo, siguen estudios en la actualidad 18 españoles, y Alemania se ve frecuentada todos los años por multitud de profesores y de alumnos, especialmente médicos e ingenieros. La observación de Dauzat era buena hace veinte años; pero hoy las cosas han cambiado mucho.

(3) No podemos pasar sin correctivo esta afirmación: hoy no existe apenas una señorita regularmente educada que no hable francés, y hace ya bastantes años que tenemos en *La Charra* de Ceferino Palencia, el tipo

un amor propio nacional, reconozcámoslo, un poco estrecho: este pueblo se encierra voluntariamente tras un muro chino para no sufrir la influencia del extranjero, del que desconfía y al que desdeña; entiende ser como es sin ponerse a la escuela de nadie (1). Con tales ideales es natural que los españoles, aislados de sus vecinos, hayan permanecido atrasados (2), conservando una originalidad de mentalidad y de costumbres características.

En ninguna parte se perciben las diferencias regionales tan marcadas como en España, donde cada comarca defiende celosamente sus tradiciones y sus costumbres; así se explica la diversidad de juicios que se han emitido sobre España según la provincia en que se haya vivido; la Historia explica esta diversidad, por los muchos pueblos y razas que en la Península se han fijado, dejando cada cual sus aluviones. Cuatro tipos son los dominantes: al Norte los vascos, muy parecidos a los astures; en el Centro los castellanos y aragoneses; al Este los catalanes, y al Sur los andaluces (3). La raza crece a medida que se desciende hacia el Sur. El vasco es fornido y robusto;

---

de la educación de las españolas de posición acomodada, no sólo de las grandes poblaciones, sino hasta de caseríos aislados, como las alquerías, dehesas, cortijos, torres y josas.

(1) ¡Ojalá fuera así! Pero ese precisamente es nuestro gran pecado. Nuestro teatro es francés, nuestra novela y nuestra literatura toda, poesía y didáctica, son francesas; nuestra ciencia es alemana; nuestros trajes ingleses, nuestras modas de París, de Londres o de Viena; todo aquí es extranjero o se pregona por lo menos como tal para encontrar salida. Gracias a que todo eso cae por fuera, y nos queda siempre el alma intacta.

(2) ¡Vaya por lo de atrasados! Lo reconocemos gustosos; pero es porque aspiramos a lo mejor, y no logramos alcanzarlo por nuestros malos gobiernos y por nuestra pobreza de recursos. ¿Cómo hemos de tener, por ejemplo, una red ferroviaria tan completa como Francia, si aquí no damos cuatro pasos sin tropezar con un túnel, y en Francia se corren cientos de leguas tan llanas como la palma de la mano?

(3) Los gallegos constituyen otro tipo, no menos interesante ni característico, por todos conceptos, que los otros cuatro. Se conoce que Dauzat *n'a pas poussé une pointe* por Galicia. Vale la pena de que la recorra para completar su estudio.

los castellanos del Norte son todavía generalmente pequeños; pero el tipo de Don Quijote, mocetones secos y huesudos zanquilargos, se hace más frecuente en Aragón y en Castilla la Nueva; a los andaluces se los representa uno pequeños y esbeltos, ¡qué error! Los mejores mozos de España se encuentran en Andalucía, sobre todo en la ribera del Guadalquivir, donde predominan los individuos altos y fuertes, de torso robusto, con tendencia al derrengamiento: caras pelonas, máscaras de Napoleones empastados o de Césares gordos, como el Vitelio del Museo del Prado, y a su lado hocicos extrañamente bestiales—labios enormes y de hiscentes, nariz roma, cejas espesas, bajas, convergentes—que recuerdan la vigorosa bestia humana de la prehistoria. En Sierra Nevada el tipo es más flaco, con perfiles árabes muy claros, a veces.

No hay que exagerar la alegría andaluza, que es sólo relativa, por contraste con la severidad castellana; los andaluces no tienen la exuberancia ni la vivacidad de los provenzales o los napolitanos. El andaluz, que se imagina uno siempre de fiesta y en movimiento, es en realidad más bien grave; en Andalucía, aunque sea echar abajo una leyenda, se baila poco; las andaluzas tienen menos gusto por esta diversión que las francesas o las inglesas, y el verdadero baile andaluz es muy lento. No hay que confundir al andaluz con el gitano. Lo que más choca en Andalucía es la extremada libertad de costumbres (1): hasta en las familias de artesanos se ven muchachas con hijos naturales criados por sus abuelos a la luz del día, sin que nadie se escandalice por ello; no es allí donde se estimará que la hipocresía es un homenaje que el vicio tiende a la virtud.

Más reservado, más frío, menos abordable, el castellano

(1) ¿A un francés? Tiene gracia; en ninguna calle andaluza se ven espectáculos como los que se ven en París en cualquier acera de café, ni en ningún jardín o paseo público de Andalucía se tropieza con escenas como las de cualquiera *allée* del *Bosque de Boulogne* y aun del Parque *Monceaux;* y no hablemos de Montmartre ni del *Bul Mich.*

tiene más seriedad que el andaluz. Ni en Madrid, ni en Toledo, ni en Burgos se desarrollan en las calles las escenas que tanto deshonran a las ciudades meridionales. En cambio, el castellano es desconfiado, como el vasco, y no se entrega al primero que llega, cosa por la que no hay que censurarle. Es entretenido el ver con qué cuidado observan los comerciantes al cliente que entra en su tienda, sin perderlo de vista. A más de desconfiado, el castellano es muy susceptible, y a veces irritable. «Un día—dice Dauzat—me estaba fijando en Madrid en el uniforme, nuevo para mí, de un soldado; éste, al verme mirar, se me acerca y me dice bruscamente:—¿Me conoce usted?—A mi respuesta negativa, en la que había algo de aturdimiento, su mirada acabó su pensamiento: «Si no me conoce usted, ¿por qué me mira así? ¡Déjeme usted en paz! (1).»

Los mendigos son casi tan numerosos en Castilla como en Andalucía; pero, menos tenaces, se ponen rabiosos. En Toledo, una mujer a quien Dauzat no dió limosna, le amenazó con la mala hora y con una enfermedad para el día siguiente por la mañana (2); en Burgos, grandes diablos envueltos en mantas, con la arrogancia de príncipes de la sangre, advierten a los turistas que la caridad les manda dar limosna, si no quieren morir. Y, sin embargo—suprema paradoja,—no hay pueblo mas dócil. Tratándose de la autoridad, todo el mundo baja la cabeza. Hay en ello algo de fatalismo. ¿Reclamar, protestar contra las medidas del Gobierno, contra los abusos de las Compañías ó de la Administración? ¿Para qué? Y el cliente hace cola ante las taquillas, fuma su cigarro, paga los suplementos, paga los impuestos y lo acepta todo sin murmurar. Sólo en Cataluña las gastan de otra clase: el catalán es turbulento, aun-

(1) No; lo que le querría decir, y le diría problablemente, sería esto: «¿Tengo monos en la cara?»

(2) Jamás hemos oído nada semejante. «¡Mal rayo te parta!», «¡Así revientes!», etc., son frases usuales, unidas a algún insulto.

que tiene la disculpa de los deplorables métodos de gobierno y de administración acreditados en España (1).

¿Cuáles son, en medio de estas diferencias regionales—se pregunta Dauzat—los caracteres dominantes del alma española? Ante todo, el orgullo (*fierté*) nacional, sentimiento muy general, aunque más sensible en Castilla que en ninguna otra comarca, sostenido por el aislamiento en que vive la nación; para el español sigue siendo la primera del mundo la Infantería española, como en tiempo de Carlos V; para un andaluz no hay más que una *Caleta* en el mundo (2), y para una chica de Elche no hay palmeras más que en Elche, puesto que allí van a verlas los extranjeros.

Este orgullo está tan difundido en el pueblo como en las clases elevadas, y se enlaza con el más vivo sentimiento de igualdad, mucho más vivo, por paradójico que parezca, en la monárquica España que en la republicana Francia. Los medios sociales no están separados por barrera alguna, y se mezclan constantemente; en los cafés más elegantes se ven obreros al lado de aristócratas; el hombre del pueblo se estima «un caballero» y se cree igual a los más altos personajes. Este sentimiento sorprende y desagrada muy especialmente a los alemanes, que tan arraigado tienen el concepto de la jerarquía. En el Mediodía sobre todo, artesanos y obreros viajan corrientemente en segunda y hasta en primera clase por ostentación (3), si tienen recursos para ello. Los criados se permiten libertades que en ninguna otra parte se tolerarían; pocos dueños de fonda

(1) Es verdad; pero hay que añadir que esos métodos están en Cataluña empeorados por los métodos, todavía peores, de la Administración local y de las costumbres locales, pues allí todo se juzga materia de explotación, desde las Aduanas hasta los destinos públicos. La buena administración está en las provincias vascas; pero en Cataluña son mucho peores las tradiciones administrativas que en Castilla.

(2) ¿Y para los marselleses? ¿Hay acaso más que una Cannebière? ¿Y el gran Tartarín de Tarascón? En todas partes cuecen habas.

(3) Es lo que ellos llaman *el postín*. Hay, en efecto, familias que son capaces de quedarse sin comer a trueque de ir en coche a los toros.

consiguen que sus criados ó camareras, si son españoles, limpien las botas de la clientela; esa es tarea denigrante, buena para los desdichados limpiabotas, y ellos mismos, los criados, se hacen charolar su calzado en la calle o en el café. En Granada ha visto Dauzat dejar plantado el servicio, apenas puestos los postres, para irse el camarero al teatro, y al día siguiente se negó a levantarse a las siete para servir a los clientes que se iban, y fué la patrona misma la que tuvo que suplirle (1); en los cafés los clientes ofrecen con frecuencia un consumo al mozo, que se sienta a su lado y fuma con ellos un cigarrillo. La gente del pueblo y hasta los chicos se tratan corrientemente entre sí, de *señor* o de *caballero,* por cortesía o por despecho, en cuanto se suscita entre ellos la menor disputa (2).

Lo que no se explica es cómo puede conciliarse el orgullo con la mendicidad; ese es un problema insoluble para el extranjero. Hay que notar que la mendicidad no parece envilecedora para el español. «El mendigo no pide limosna en España con esa humildad dolorosa que se observa entre nosotros —dice Dauzat;—la reclama cortésmente, en general, pero atrevidamente, a veces con descaro, siempre con tenacidad; es un diezmo que impone al extranjero y que éste *debe* concederle para obedecer a los preceptos de la Iglesia. ¡Hay tanto dinero —dicen—en el extranjero, y sobre todo en Francia!» (3).

---

(1) Eso pudo ser casual, aunque no nos extraña; pero a mí mismo me ha sucedido lo propio en Amberes y en Spa. En Spa eran las ocho de la mañana, y tuvimos que echar mano de un carretón de barrendero para que nos llevara el equipaje a la estación.

(2) Es verdad. Pero es que entre nosotros la palabra *señor* ha perdido su valor propio, como ha sucedido en Francia con su equivalente *monsieur*. Más nos choca a nosotros oir tratar a las chicuelas del pueblo, en Francia, de *mademoiselle*, aunque también en España va perdiendo su valor aristocrático el dictado de *señorita*. El fondo de la observación de Dauzat sobre nuestro ingénito democratismo altanero, es exactísimo.

(3) Claro es que cada cual habla de la feria según le va en ella, y aquí Dauzat parece que juzga de las cosas por lo que le ha sucedido, y se imagina que nuestros mendigos ponen especial contribución al extranjero. Esa impresión es errónea. Cuando en Madrid me vienen a pedir, yo acos-

El sentimiento democrático favorece a los partidos avanzados. En España hay muchos republicanos, o, por lo menos, se dicen tales, pues aquí es un snobismo llamarse republicano, especialmente entre los empleados de administración y hasta entre los pequeños funcionarios del Estado (1); de ello no resulta ningún inconveniente, pues el Gobierno, que tiene otros defectos, no es quisquilloso, y deja expresar libremente todas las opiniones.

Más difícil de apreciar todavía es el sentimiento religioso de los españoles. Los periódicos católicos se quejan de que la fe disminuye, pero el extranjero no saca esa impresión; el español sigue siendo extremadamente practicante, aunque haya mucho de formalismo en sus devociones (2). Lo cierto es que

---

tumbro a fingirme extranjero y a contestar con un seco *Habe Nichts!*, o con un *Dieu vous secoure!*, que deja al mendigo desorientado, sin que insista en su petición. Es mi manera corriente de desembarazarme de los mendigos, y siempre me da buen resultado. Lo que prueba que ante el extranjero el mendigo siente herida su dignidad y abandona el campo; y esto se aviene bien con la observación de Dauzat, explicando lo que, con razón, le ha chocado. Hay que notar que esto no se aplica a los mendigos profesionales que explotan a los visitantes de museos y monumentos.

(1) Está bien la observación, y yo podría añadir que hasta los empleados del Real Patrimonio, cosa mucho más extraña, que prueba el enormísimo descuido con que nuestros gobernantes, altos y bajos, juegan a la política, y la gran sinvergüencería con que los favorecidos con actas, empleos u honores, aceptan favores del poder real, sin pensar en su inconsecuencia. Otra observación que brindamos a Dauzat es la de que note el aire autoritario y despótico, verdaderamente propio de tiranuelos, con que los que se llaman demócratas tratan a sus inferiores, contrastando con la consideración que suelen emplear en igualdad de caso los verdaderos aristócratas y los monárquicos sinceros. Vea, por ejemplo, cómo tratan unos y otros a los mozos de café; cuando vea a un parroquiano que llama al mozo de *tú*, tratándolo con imperlo, allí tiene un demócrata o radical; cuando vea a otro que le llama de *usted* y le trata con respeto, allí tiene un conservador, un carlista, un integrista, un monárquico. Es observación que he comprobado mil veces.

(2) Si quiere Dauzat saber a qué atenerse en esa materia, oiga al famoso radical de no recuerdo qué obrilla de teatro, que dice con aire convencido: «Yo, gracias a Dios, soy ateo»; así son nuestros ateos, por fortuna. Si luego quiere saber cómo son nuestros fanáticos, oiga a los nazare-

el orgullo español no admitirá jamás, ni aun entre los conservadores, la menor ingerencia del Papa en los asuntos interiores del país (1).

Lo que reconocen los mismos españoles, dando así la explicación de algunos de sus defectos, es el atraso de su educación. El español, que de ordinario es cortés y servicial, escupe a diestro y siniestro y hace gala de una despreocupación que deja muy atrás la clásica de los ingleses. Quiere ser amable, y os ofrece un cigarrillo sin conoceros, y os lo enciende antes que el suyo, pero no se fija en que hay señoras a su lado; es un detalle de que no le han hablado. El temperamento cruel es el que se deleita con el sufrimiento ajeno; no es eso lo que siente el español ante la carnicería de una corrida de toros; no se fija en el destripamiento del caballo ni en el martirio del toro; está absorto en los pases del torero; no siente, y esto es todo; cuestión de refinamiento en la educación. Doña Emilia Pardo Bazán se ha dolido de que en España, con toda su caballeresca reputación, no es respetada la mujer. Y es verdad: una mujer sola, y más si es extranjera, está expuesta a las mayores groserías; falta también de educación.

Coged al español por el amor propio, y haréis de él lo que queráis; pero evitad chocar con él, molestarle, ni aun con vuestro silencio, con ese menos que con nada, porque lo tomará a desdén. Ese orgullo, que se despierta hasta entre los pordioseros y los perdidos, es todavía la más bella cualidad del alma española, a la que da cierto penacho arcaico de romanticismo.

---

nos que, con los pies desnudos, van cargados con algún paso de procesión, echando tacos y blasfemias horrorosas; así son nuestros creyentes, por desgracia.

(1) Ahí está nuestro Romancero del Cid («Absolvedme—dijo,—Papa, si no seráos mal contado») y la toma de Roma por Carlos V, para demostrar lo antiguo de ese sentimiento entre nosotros. Si el rito mozárabe se cambió por el romano, no fué sin la protesta del pueblo. «Allá van leyes do quieren reyes.»

ANECDÓTICA

La Emperatriz Eugenia en Zululandia. — En el estudio dedicado a la Emperatriz Eugenia por Luciano Alfonso-Daudet, del que hemos hecho referencia en *Alma española,* encontramos un episodio curioso y extraño, que brindamos a los ocultistas, y que tiene cierto relieve por las circunstancias que en él concurrieron, y positiva autenticidad por la autoridad y veracidad de la protagonista y del narrador.

Sabido es que la Emperatriz Eugenia, viuda y destronada, tenía concentrada su vida en el príncipe heredero, en su hijo Luis Napoleón, esperanza del partido imperialista francés, segada en flor en la guerra con los zulús. En 1880, poco después de esta última catástrofe que desgarró el corazón de la pobre madre, la emperatriz resolvió marchar a Zululandia, para emprender su nueva vida, breve o larga, desde el mismo sitio en que su valiente hijo había sucumbido. Aquel calvario fué para la emperatriz la primera etapa de esta nueva fase de judío errante de su existencia, que parece una perpetua evasión de sí misma, a manera de fuga desesperada o de exploración sin objeto ni fin.

Escoltada por numeroso séquito, seguida de una caravana que la acompañaba desde el Cabo, después de un viaje molesto y dificultoso, la Emperatriz llegó por último una tarde no lejos de Ityotizy. Era ya la última jornada, y se encontraba sin fuerzas para llegar al sitio fatal; quería prepararse para aquella última estación, y había pedido a Sir Evely Wood y al marqués de Bassano, que se acampara por aquella noche a unas millas del sitio en que cayó el príncipe; al día siguiente, reparadas las fuerzas, tendría más valor para llegar; aquella misma tarde había tenido que recibir a los terribles zulús que se habían presentado para rendirle homenaje en su traje de guerra, espantosos, diabólicos, ejecutando sus fantasías guerreras con todo el ardor de sus almas salvajes; eran los mismos que el

año anterior, en la mañana del 1.° de Junio, habían matado al príncipe, y la pobre madre había tenido que ocultarse el rostro para encubrir su llanto.

Retirada pronto á su tienda, la Emperatriz no podía dormir. Hacía calor, un calor pesado y húmedo. ¿Cómo había de dormir la ilustre viajera, si hacía meses y meses que no podía conciliar el sueño sino acudiendo al cloral, que entorpecía sus sentidos y su memoria? No dormía. El pensar que *su* recuerdo, el de *él*, estaba allí, cerquita; que aquel mismo cielo en que brillaban aquellas mismas estrellas, *él* lo había mirado sin duda como ella lo miraba en aquel momento; que aquellas mismas bocanadas sofocantes que rondaban las tiendas eran las que *él* había aspirado en su último aliento... todos aquellos recuerdos la trastornaban. Se levantó, y salió de la tienda, suavemente, para no despertar a nadie.

La Emperatriz, en aquel campo lleno de maleza, desconocido para ella en absoluto, sin orientación, en plena noche, sin otra luz que la de las estrellas, se arriesga a la ventura. De pronto, choca contra una piedra, luego con otra, después con un barranco, luego con un talud, con todos los accidentes de un lugar salvaje, erizado de matorrales. Cuando ya se iba a volver, percibe bruscamente un olor que la rodea, la invade, la impregna, un olor que teme y ama: era el perfume de verbena que su adorado hijo prefería y que siempre llevaba consigo. Parecía como si campos enteros lo exhalasen, disolviendo su bálsamo en la noche y perfumando el ambiente hasta el horizonte.

Con la cabeza levantada y la mirada fija, la Emperatriz no se cuida de vigilar su marcha, ni piensa en nada; se entrega por completo a aquel aroma, se deja conducir por él, corre en su busca. Ligera, exteriorizada, somnambúlica, como si no tuviera cuerpo y viviera sólo en ella el instinto de madre, el perfume la arrastra, más aprisa, cada vez más aprisa, la ayuda y la sostiene. En fin, sin saber cómo, llega a una especie de teso de piedras llanas, donde se detiene para respirar mejor

la presencia de lo invisible. Pero de pronto, como luz que se sopla, el olor cesa, y su desaparición es súbita como la caída de una estrella en el cielo. La Emperatriz está ahora sola, más sola que nunca, desesperadamente sola, porque acaba de comprender que desde hacía media hora ¡no estaba sola!

A la vuelta, imposible avanzar por aquel camino peligroso que acababa de recorrer como volando; nadie estaba allí para sostenerla. Más tarde, unos hombres que recorrían el campo en su busca, con antorchas, enviados por el séquito inquieto, dieron con ella y la guiaron al campamento. Al día siguiente, el general inglés acompañó a la Emperatriz. Tras una larga caminata, ella se detuvo de pronto (había pedido que no la indicaran el sitio exacto y terrible en que el príncipe había muerto), y sólo entonces reconoció el teso de las piedras llanas, y los demás se arrodillaron... Allí era... Pero allí, ni en todos los alrededores, florecía la verbena.

IMPRESIONES Y NOTAS

«Ningún Galiano se rinde.»—Juan Ortiz del Barco, pseudónimo que ha hecho ilustre un escritor que ha honrado a Motril aceptando el merecidísimo título de cronista con que su patria ha premiado su eruditísima labor, ha publicado en el *Diario de Cádiz* un curioso artículo dando cuenta de la famosa frase pronunciada en la batalla de Trafalgar por D. Dionisio Alcalá Galiano, y de los fundamentos históricos de la misma, piadosamente recogidos por su nieto el general D. Pelayo Alcalá Galiano en reciente opúsculo.

El brigadier D. Dionisio era comandante del *Bahama*, barco español que ocupaba en el combate el centro de la retaguardia. Viendo que se le venían encima dos buques enemigos, dijo a la tripulación del *Bahama*, señalando la bandera: «Señores, estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» (Muñoz—*Cartas a Alfonso XIII.*—To-

mo 2.°, pág. 497.) El intrépido comandante, no sólo había mandado clavar la bandera, seguro tal vez de sucumbir en la lucha, previniendo al guardia marina encargado de custodiarla que por ningún motivo la arriara, sino que le dijo con arrogancia heroica: «Cuida de defenderla; ningún Galiano se rinde y tampoco un Butrón debe hacerlo.» El guardia marina era en efecto D. Alonso Butrón, cercano pariente del comandante. (Ferrer de Couto.—*Historia del combate naval de Trafalgar*, páginas 154-155.)

Este relato, según Ortiz del Barco, lo copió Ferrer de Couto de la biografía de D. Dionisio Alcalá Galiano, publicada en el tomo I de *La España Marítima*, en 1835, o quizá de la reproducción que hizo de la misma Marilani en su *Vindicación de la Armada española,* pues hasta 1883 no se imprimió la «Carta familiar—de D. José Butrón y Cortés—dirigida a su hijo el guardia marina—D. Rafael Butrón y Pareja». En la segunda tirada de esta carta, hecha en Barcelona en 1897, se lee lo siguiente en la página 31: «... pues tu hermano Alonso María ha sido tres veces gravemente herido en acciones de guerra, siendo una de ellas en el famoso combate de Trafalgar en el navío *Bahama,* que mandaba nuestro pariente el sabio D. Dionisio Alcalá Galiano. Tu hermano Alonso María, que mandaba la escolta de bandera, oyó de los labios de D. Dionisio aquellas palabras que algún día serán históricas: «Ningún Galiano se rinde: tampoco un Butrón debe hacerlo.» Una bala de cañón le llevó la cabeza a D. Dionisio, y un balazo de fusil partió el sable de Alonso María, y fué a alojarse en su pecho; lo bajaron a la enfermería, y así no fué él quien arrió la bandera, quedando luego prisionero de los ingleses.»

¿Por qué aquel orgulloso arranque del comandante del *Bahama*? ¿Era simplemente una bravata o tenía algún fundamento histórico digno de inspirar semejante alarde de heroísmo? He ahí precisamente lo que el general Alcalá Galiano pone en claro en sus estudios. Un hermano del D. Dionisio, D. José Alcalá Galiano, coronel del regimiento provincial de Ecija, encar-

gado de defender un puesto en la guerra del Rosellón, se mantuvo firme en él sin querer rendirse hasta encontrar gloriosa muerte, a pesar de haberse retirado de sus posiciones todo el ejército, batido por el enemigo. Aquel ejemplo de heroísmo de su hermano, se comprende que inflamara el ardor patriótico de D. Dionisio, arrancándole la arrogante frase: «Ningún Galiano se rinde.» ¡Lástima que todo el que sienta hervir en sus venas sangre española, cuando llegue el caso, no diga y haga otro tanto con los numantinos, con los saguntinos, con los zaragozanos: «¡Ningún español se rinde!» ¡Buena falta hacen a esta generación de amadamados luises, de republicanos embolados y de estúpidos traidores internacionalistas, ejemplos y lecciones como las de los Alcalá Galianos!

***

El baile.—El presidente de la Academia de los maestros de baile de París, Sr. Lefort, se duele de la decadencia del arte de Terpsícore, y la atribuye a la falta de instrucción de los profesores, que necesitan conocer a fondo el dibujo, la música y la anatomía, según él, para el efecto artístico, para el compás y para el perfeccionamiento de las actitudes. Sea esa u otra la cáusa, es innegable que, a pesar del número creciente de reuniones públicas y privadas, el baile es menos cultivado que antes; se corre, se brinca o se escucha flirteando; eso no es bailar.

Antes, el arte de bailar formaba parte integrante de toda buena educación; y en cuanto al pueblo, no había fiesta ni regocijo público sin bailes, lo que valía más que envenenarse el espíritu oyendo discursos revolucionarios o emponzoñarse el cuerpo en tabernas y cafés. La fastuosa corte de los Médicis es la que más contribuyó a lanzar la moda de los bailes finos; pero hasta el siglo XVIII no aparecieron los bailarines profesionales. Las bailarinas de entonces llevaban faldas largas que sólo dejaban ver el pie, y no hay que decir que con aquellos

trajes ampulosos a la Pompadour, con calzado de altos tacones, los movimientos tenían que ser difíciles y sin gracia. La Camargo en 1749 fué la primera que se atrevió a salir con traje corto y zapato liso, y más tarde la Sallé llegó a bailar revestida con túnicas a la antigua; pero esto pareció tan escandaloso, que tuvo que salir de París y refugiarse en Londres.

En los tiempos modernos, el rey de los bailes es el vals, que hizo su aparición en París, importado de Alemania en 1795, y que desde entonces, variando según los tiempos, pero conservando siempre su aire fundamental, reina en todos los salones del mundo. En el teatro es donde parece que el baile ha recobrado cierto favor, y Víctor Marguerite lo celebra con fruición en el *Figaro*. «El baile—dice,—creado al mismo tiempo que la música, es como ella uno de los más completos medios de expresión de los sentimientos humanos; el baile, que desde el alba del mundo saca del vértigo del ritmo la ronda de nuestros deseos y de nuestras alegrías; el baile, bordado flexible que brota de la blanda trama instrumental en flores vivas, en flores de carne que renacen de sí mismas, siempre nuevas y siempre variadas; el baile, diversión incomparable, parece que, tras largo eclipse, brilla de nuevo con esplendor a que nunca había llegado.»

«El placer—añade—que sacamos del movimiento del baile, de esos cuerpos desnudos, o más desnudos todavía por estarlo sólo a medias, girando vertiginosamente entre el humo y la luz, es el mismo trepidante olvido de la vida, de sus exigencias y de sus leyes, esa sed de sensaciones acres y breves, esa necesidad de aturdirse, de embriagarse de ruido, de agitación; es ese mismo delirio, en fin, que sacude de arriba abajo a nuestra sociedad... El baile ofrece afortunadamente, a algunos, otros motivos de emoción. Una de las razones profundas, y por otra parte irrazonadas—que son siempre las más fuertes,—que hacen que la mayor parte de los hombres gusten del maravilloso espectáculo del baile, ¿no es el sér símbolo de la alegría? El alma se aligera y se libra; el cuerpo se despoja de su grave-

dad. Nada de cuidados, físicos ni morales; nada de edad; juventud inmortal agita los flexibles miembros exaltando con las alas del canto al sér inmaterial; no hay más que alegría, armonía, belleza... Vengan a juntarse a este entusiasmo del instinto la magia evocadora, todo el secular prestigio de la leyenda y de la historia, y se comprenderá la fiebre que se apodera de la más seca sensibilidad cuando al sonido del primer instrumento que llegue, bruscas castañuelas, flautas o el murmullo pronto desencadenado de una orquesta, se pone en movimiento la bailarina inmóvil. El rito misterioso empieza... ¡Honremos la danza! ¿Por qué, en lugar de corromper y rebajar no había de ser un poderoso medio de educación de lo bello? ¡El baile! ¡Si es la belleza en acción!

***

Las comidas de antaño.—A pesar de todos los esfuerzos de los jefes de cocina modernos más exigentes, nuestros banquetes y aun nuestras comidas ordinarias distan mucho de ser lo que antes fueron, y en los festines de aparato sobre todo, no se tiene hoy idea de la magnificencia y del derroche que en los siglos anteriores se usaban.

Aun puesto coto por las leyes suntuarias de Carlos IX al lujo desplegado en las comidas de bodas y fiestas, todavía puede verse lo que era uno de estos festines leyendo el celebrado con motivo del casamiento de Enrique IV con María de Médicis. En la inmensa sala todo era un deslumbramiento fantástico de plata y oro, cristalerías, flores, torrentes de luz y oleadas de perfumes. A cada servicio cambiaba la sala de decoración, todas a cual más suntuosas. Atascada de los manjares más delicados y suculentos, la mesa regia aparecía de pronto como si surgiera por obra mágica del suelo, donde volvía a hundirse para surgir de nuevo en maravillosa metamorfosis. Del mismo modo, por escotillón, entraban y salían los criados, siempre

vestidos con trajes distintos, acomodados a las cambiantes decoraciones de la mesa real.

Cada servicio constituye por sí solo un verdadero festín, saludado por alegres músicas, a las que suceden, mientras dura, y según la clase del servicio, ya los sonidos melancólicos de los cuernos de caza, ya ligeras flautas, ya alegres mandolinas. Los pescados más raros, la caza más delicada, las carnes más finas, las más exquisitas golosinas son regadas por los vinos más famosos de Francia y de Italia, figurando a la cabeza el célebre *jurançon* que tanto le gustaba al Bearnés. Con los opulentos y fastuosos postres había para atracar a una tribu entera. Al anunciarlo las músicas y las danzas, la inmensa mesa se cambia de pronto en magnífico *parterre*, gigantesco ramo formado por millares de admirables flores. Silfos y ninfas, apariciones aéreas y encantadoras, de tentadora sonrisa y divina belleza, ofrecen bailando vinos y licores mágicos, frutas en azúcar y mil otras golosinas que parecen ser los productos naturales de las fuentes, árboles y plantas de aquel bosque encantado, poblado de pajarillos cuyos picos y patas se han dorado y que, asustados por el bullicio, revolotean por el techo azulado, tan bien pintado, que realmente parece un trozo de cielo. Parece un cuento de *Las mil y una noches*.

Los extranjeros de paso por París en el siglo XVI estaban asustados del apetito de los franceses: una comida modesta se componía de cinco ó seis platos de viandas. En las comidas de aparato desfilaban cisnes, grullas, tórtolas, pavos reales, faisanes, liebres, codornices, corzos, salmones, etc., y todo se engullía. El pueblo se atracaba de carne, y el plato predilecto era el *hoschepot*, en el que entraba toda clase de carnes y de condimentos.

Todavía en tiempos de Luis XIV se seguía comiendo bien, y la presencia de los cortesanos no privaba al rey de engullir gallardamente. La princesa Palatina dice en sus cartas que le vió engullir, un día ordinario, y como cosa corriente, cuatro platos de sopa, un faisán entero, una perdiz, un plato de ensala-

da, dos lonjas de jamón, carnero en salsa y con ajo, un plato de pastelería, otro de frutas y... unos huevos duros; con esto, comido a la una, tenía resistencia hasta las diez, hora en que cenaba. ¡Pobres estómagos neurasténicos modernos, que apenas admiten más que leche y huevos pasados por agua!

***

La prolongación de la vida.—Para que nos sirva de consuelo y nos quite la dentera que pueda habernos producido la lectura de la nota anterior, bueno es saber que, según dice el Dr. Neuville, en *La Revue*, la vida moderna es más larga que la de nuestros pantagruélicos antecesores, y tiende a prolongarse cada vez más.

Según los trabajos hechos por el profesor Fisher de la Universidad de Yale (en los Estados Unidos), la prolongación de la vida llega, conforme a los datos oficiales estadísticos últimamente publicados, a las proporciones siguientes:

En Inglaterra, en el período de 1881 a 1900, la vida ha aumentado, en promedio, catorce años en el hombre y diez y seis en la mujer. En Francia, de 1881 a 1903, diez años en los hombres y once en las mujeres. En Prusia, de 1877 a 1900, el aumento ha sido de veinticinco años en un sexo y veintinueve en otro. En Dinamarca, en los cincuenta y siete años a que los datos se refieren, de trece y quince respectivamente. En Suecia, en sesenta y siete años, los hombres han ganado, por término medio, diez y siete años y las mujeres quince. Hay que advertir que el promedio de la vida humana en el siglo XVI era de 21,2 años; en el XVII, de 26,1; en el XVIII, de 33,6; en el XIX, de 39,7; y en el XX, a juzgar por lo que va transcurrido, será todavía mucho mayor, a pesar de la mayor intensidad de la vida actual en todos los órdenes.

La mejora la atribuye, en primer término, Neuville a los progresos de la ciencia, pues el mayor contingente de fallecimientos lo daban antiguamente las enfermedades infantiles;

hoy, con los métodos de seroterapia, asepsia y anestesia, se ha puesto coto a los progresos de la mortalidad en multitud de enfermedades, lo mismo de niños que de adultos, y las medidas de higiene y saneamiento adoptadas en todos los países cultos han cortado también el desarrollo de las epidemias, aminorando el número de víctimas de no pocas enfermedades de las más mortíferas. Una de las que más han disminuído el coeficiente de la mortalidad es la viruela, gracias a la vacuna. Antes de Jenner, en el siglo XVIII, la viruela produjo en números redondos cincuenta millones de víctimas; hoy todavía da cierto contingente a la mortalidad, pero pequeño, y se espera que llegue a desaparecer del todo en cuanto la vacuna se practique con rigor en todos los países. La tuberculosis, que da por sí sola un contingente mayor que el de la viruela, el tifus, la difteria, el cáncer, la apendicitis y la meningitis juntas, no es todavía curable cuando está declarada; pero se puede evitar con medidas preventivas, y se espera reducirla en un 75 por 100 el día en que puedan mejorarse las condiciones de habitación y alimentación de las clases menesterosas o descuidadas. La fiebre tifoidea, que es también de las que hacen mayores estragos y a la que se viene haciendo cruda guerra por lo mismo, quedará reducida al mínimum de virulencia cuando la gente acabe de convencerse de la necesidad de beber aguas puras y cuando se encuentre el remedio radical para acabar con las moscas, que son las portadoras del bacilo. El camino es largo, pero poco a poco se va recorriendo, y las estadísticas demuestran los resultados verdaderamente satisfactorios que se van obteniendo.

⁂

«Deber de ser.»—Entre el vulgo, y para determinarlo más (pues del vulgo forma parte el mayor número de las personas que han recibido cierta educación), entre la gente zafia, es corriente emplear el verbo *deber* seguido de la preposición *de* cuando rige otro verbo: «Tú lo hubieras debido de hacer», «é

debió de verlo», «nosotros no debemos de mirarlo», etc. De la gente zafia, para la que el uso del *de* es obligatorio, o poco menos, el *de* pasa al vulgo semiculto, y una vez en esta superior esfera, invade a veces el lenguaje de las personas posivamente ilustradas, y aparece en escritos refrendados por firmas respetables.

Ultimamente he recogido, entre otros de menos importancia, tres casos de la aparición de esa arrastrada locución «deber de», que son los que me obligan a tomar la pluma para llamar la atención de sus autores—que me consta me hacen el honor de leer mis artículos,—a fin de que en lo sucesivo procuren evitar tan feo vicio de dicción, propio de fregonas y patanes. Uno de ellos es periodista de los más leídos y de más campanillas en el mundo de los rotativos madrileños; el segundo es todo un señor académico; el otro ha sido diputado, es actualmente senador, y sin ser periodista precisamente, maneja la pluma con frecuencia, y su firma es bien cotizada en nuestras revistas serias; no digo sus nombres porque no quiero avergonzarles; no se trata de la critica de una obra, en cuyo caso no hay más remedio que puntualizar, sino de la censura de una locución, y no es el pecado tan grande que merezca la pena de poner las orejas coloradas á los que lo han cometido; si reincidieran, ya sería otra cosa, pues entonces, a título de castigo, sería preciso ponerlos en la picota.

En el periodista el caso es explicable, aunque nunca justificable ni lícito; el apresuramiento con que se redacta y se corrige, y la intervención posible de un cajista torpe—aunque esta disculpa es poco admisible,—pueden explicar el hecho; en el académico no me extraña del todo el desliz, por tratarse de una persona que, aun teniendo extraordinaria cultura, escribe desmañadamente y no sabe dar a su frase, no ya galanura, pero ni siquiera corrección; es incorrecto y descuidado, y no es extraño que se le escape una incorrección más; pero en el senador el caso es más grave, pues se trata de un hombre culísimo, que escribe sólo artículos meditados y estudiados sobre

asuntos serios y muy bien digeridos generalmente, no pudiéndose atribuir tamaño descuido a premuras de redacción ni de corrección de pruebas, y siendo forzoso acudir, pues no es caso aislado, sino repetido, a vicio natural de dicción, nacido sin duda de defectos de educación infantil, resabios de mal hablar de amas secas ó de criados, en los que más tarde se ha persistido por falta de atención inconscientemente.

«Lo debió de ser», «debía de ser casi un muchacho», dice el escritor senador (y claro es que lo que de él digamos en este punto, a los demás se aplica), sin caer en la cuenta de que ese *de* es completamente inútil, y hace la expresión baja y arrastrada, pues lo mismo puede decirse con «lo debió ser» «debía ser casi un muchacho», siendo esta manera de decir más pulcra, por estar limpia del *de* superfluo, como se ve en el mismo escritor en otros muchos casos semejantes en que la suprime, sin darse cuenta siquiera de su diverso modo de decir. Y es que la confusión de forma material y de significación que tienen las locuciones «haber de» y «deber» hacen aplicar a *deber* la preposición *de*, que da al verbo *haber* el sentido de verbo de obligación, que sin ella no tiene: de «lo he de hacer» a «lo debo de hacer», la transición es fácil y se pasa con la mayor sencillez del mundo de una forma a otra, como muchos pasan también del «lo he de hacer» a «lo tengo de hacer», no menos incorrecto.

Hay que estar en guardia contra esas atracciones, sin dejarse influir por analogías que sólo se fundan en parecidos materiales. Se debe decir: «lo he de hacer», «lo debo hacer», «lo tengo que hacer», y nunca «lo debo de hacer» ni «lo tengo de hacer», aunque, rebuscando bien, no sea difícil encontrar ejemplos de estas dicciones viciosas en escritores castizos de la mejor nota: *quandoque bonus dormitat Homerus.*

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Compendio di Medicinâ legale, del Dr. Al. Lacassagne. Traducción italiana del Dr. Mario Carrara. Un volumen en 4.°, de XVIII-618 págs., con 124 grabados y dos tablas. Turín, Unione tipográfico-editrice torinese, 1909.—Precio, 18 liras.

Ahora sí que se puede decir que la firma es por sí sola la mejor garantía de la bondad de la obra. El nombre de Lacassagne, profesor de Medicina legal en la Universidad de Lyón, es hoy uno de los más autorizados en el cultivo de la disciplina que se acaba de mencionar. Sus trabajos originales y los que por su iniciativa y bajo su dirección se han dado a luz, ya en sus *Archives d'Antropologie criminelle,* bien en el laboratorio de Medicina legal de la Universidad lionesa, abundan demasiado y ofrecen bastante importancia para que todo lector un poco culto ignore de quien se trata. Y algo análogo puede también decirse del traductor, el cual, discípulo primero de Lombroso, fué luego, durante muchos años, ayudante y colaborador del mismo, y ahora, desde la muerte del maestro, le ha sucedido en su cátedra de Medicina legal, de Turín, y en la dirección del *Archivio di psichiatria ed antropologia criminale*, por aquél fundado.

La portada de la obra predispone, por lo tanto, favorablemente. Y el cuerpo de ella confirma esta buena impresión. Aun tratándose de un compendio, en él se recoge, con extensión suficiente y con las necesarias referencias históricas, legislativas y bibliográficas, toda la doctrina relativa a las distintas cuestiones en que la medicina, la cirugía y la química

se hallan relacionadas con la administración de justicia, así civil como criminal, pero sobre todo de esta última clase. Como el traductor, por su parte, ha tenido la buena idea de añadir las noticias correspondientes de legislación y de literatura médico-legal italiana, adjuntando, además, un largo capítulo donde se resumen las doctrinas de la antropología criminal—materia que no estaba comprendida en la edición original,—resulta la obra, en conjunto, muy completa y de positiva utilidad para juristas, abogados y médicos.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud, por el Dr. D. Federico Rubio 5

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, por Miguel de Unamuno 73

Sobre algunos fenómenos del sueño, por Antonio Gota 91

Las Haciendas municipales, por Francisco Espinosa y G. Pérez... 111

Los españoles en la Revolución francesa, por Miguel S. Oliver.... 123

La América Moderna, por Vicente Gay 154

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 169

Notas bibliográficas, por P. Dorado 200

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 279.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

BUENOS AIRES

La impresión de la noche, a la llegada, por la magnífica Avenida de Mayo—estrecha ya para las necesidades actuales de la gran urbe,—se confirmó de día, cuando nos asomábamos por primera vez al balcón del Hotel Castilla: impresión de gran ciudad animada, ruidosa, de movimiento intenso, febril. Y esa impresión persiste, cada vez más afirmada, cuando paseamos por las calles, avenidas, plazas y parques, y nos acercamos a las estaciones de los ferrocarriles. El cruzar de coches y de autos es incesante, incesante el paso por las numerosas líneas de tranvías, con las columnas nutridas de gentes que, sobre todo, a ciertas horas, caminan por las aceras o veredas—como allá dicen—de las calles. Es la visión de París, de Londres, de Barcelona, de Madrid, pero con su carácter propio, local.

Los visitantes extranjeros de Buenos Aires suelen preguntarse por la sensación que suscita la capital del Plata. Trátase, en rigor, de un fenómeno psicológico que ocurre siempre que se visita por primera vez una población. La representación imaginativa de otras surge espontánea, para definir la sensación del momento, por las analogías y las diferencias con las que uno ha visto y vivido hasta entonces. Pero la pregunta se formula con reflexión particular al visitar Buenos Aires, por diversos motivos. De una parte, por la curiosidad natural que

en un europeo despierta la contemplación de estas ciudades, más nuevas, como centros de vida intensa, sin la larga tradición de las grandes formaciones urbanas de los pueblos viejos. ¿Surge en ellas el ambiente de las ciudades de mucha historia? ¿Tienen el refinado elegante, de señorío, que se advierte en los focos de luz y de vida que han elaborado, y mantienen e impulsan la civilización moderna en Europa? Porque la ciudad ha sido el conductor de la cultura humana que ha llegado a dominar el mundo. Y aunque en la época contemporánea el crecimiento de la ciudad—el surgir de la gran ciudad—es un fenómeno característico del movimiento social y económico, capitalístico y mecánico, moderno, sin embargo, el proceso de iniciación y de formación ha tenido que ser en Francia, Inglaterra, Italia... pueblos de vieja historia, y de larga tradición cívica y municipal, distinto de como ha debido ser en la Argentina, país nuevo, que se alza trabajosamente en el misterio de una llanura inmensa, y que recientísimamente llega a una vida de economía social y de cultura progresiva, merced principalmente a empujes de factores cosmopolitas que acuden al Plata, con la emigración de gentes formadas en el ambiente europeo.

Por otra parte, el argentino, y más insistentemente, el de Buenos Aires, os brinda afanoso el tema de las comparaciones: hay en él un ingenuo anhelo por saber, de labios europeos, si Buenos Aires os da la impresión de la gran ciudad moderna, viva, fuerte, cómoda, agradable, atractiva. ¿Recuerda por algún lado Londres, París, Madrid, Barcelona? ¿Y el puerto? ¿Y el movimiento de las calles? ¿Y la animación de la calle Florida? ¿Y el paseo en el hermoso parque Palermo?... Irremediablemente—es ello hasta un goce estético,—hay que comparar y afinar. La cortesía, la correspondencia al modo abierto, franco, con que se os recibe, imponen el análisis de vuestra sensación, que, por lo demás, entrañará para un español cierto especial placer naturalísimo. Porque ningún extranjero me parece que puede *sentir* a la manera que siente un español. Bue-

nos Aires: acaso el español es quien en mejor situación está para penetrar en el fondo del sér colectivo de la extraordinaria ciudad cosmopolita. Entre otras cosas, porque no podrá menos de ver allí algo muy *suyo*, muy de su alma, de su representación en el mundo: la labor de expansión cultural que tiene en la raíz primaria la sabia de su raza, la quinta esencia de un espíritu que se genera primero en Andalucía, en Castilla, en las tierras bascas, en Valencia, Cataluña, Asturias... en España en suma: espíritu que tiene y tendrá su gran función en el mundo, pese a nuestro descenso actual: ¿Demostración?... ¡Buenos Aires!

Sí, señores argentinos; nosotros sentimos como nuestro vuestro orgullo cívico; y lo sentimos con la intimidad con que nadie quizá más que nosotros es capaz de sentirlo, porque tiene por asiento la sensación una base psíquica común con la vuestra—el alma histórica,—y un medio de expresión común también, el habla de Castilla.

Pero ¿a qué gran ciudad se asemeja Buenos Aires?

Un viajero ilustre que visitaba de conferencista el Plata cuando por allá andábamos—M. Clemenceau,—afirma que la Avenida de Mayo recuerda *Oxford Street,* de Londres (1): la semejanza me parece bien determinada. Hay, sin duda, en Buenos Aires, algo de Londres, por el tono de sus edificios en esa parte renovada, y por la aglomeración de gentes de negocios en los centros de la vida bancaria. Otro visitante francés (2), escritor ameno, advierte que Buenos Aires no evoca ninguna ciudad, hablando propiamente; tiene bastante de muchas: de Londres, de Viena, de Nueva York... de París «por su hermosa Avenida de Mayo, sus aceras espaciosas y sus cafés con terrazas... de España entera, por sus casas de lisas fachadas, de ventanas enrejadas y por lo que queda de suciedad en ciertas ca-

(1) G. Clemenceau: *Notes de Voyage dans l'Amerique du Sud,* página 27.

(2) Huret: *De Buenos Aires al Gran Choco,* pág. 44.

lles apartadas». No puede uno menos de admirar cómo afina el escritor su puntería, sobre todo en lo de la «suciedad» de ciertas calles apartadas, no demasiado limpias por lo demás en muchas ciudades, París inclusive, que no es, á mi juicio, más limpio en general que Buenos Aires.

Sin duda, la capital argentina, tiene parecido exterior con muchas ciudades europeas; es una ciudad europea desde el punto de vista del movimiento y del aspecto... municipal. En el primer instante me recordó París, por la Avenida de Mayo y aun por la hermosa calle de Callao; a la mañana, en las horas de trabajo, de vida mercantil, de fiebre de negocios, por las calles de Reconquista, 25 de Mayo, Bartolomé Mitré—al principio—y cerca de la Plaza de Mayo, donde se alza el palazote de Casa Rosada—casa de Gobierno,—con los Bancos, las Agencias de vapores, de venta o especulación de tierras, escritorios de abogados, etc., etc., en la «City» estricta, Buenos Aires recuerda perfectamente Londres, el Londres de la *City,* bien entendido. A la caída de la tarde, por la calle Florida y las que la cruzan, Buenos Aires es puro y neto Madrid; el Madrid de la Carrera de San Jerónimo... Y ahondando en el análisis, a medida que se vive y se penetra, el cimiento de la ciudad es genuinamente español; sobre todo *español.* ¡Y tanto!

Si los extranjeros no españoles no pueden tener la sensación verdad de Buenos Aires, es porque no son españoles; es Buenos Aires español, por la estética, no precisamente de «las fachadas lisas y la suciedad de ciertas calles apartadas», sino del carácter, de la animación, del ruido, del ambiente, de los gritos que se escuchan, en el vocear de los periódicos, en el modo de anunciarlos, en lo mismo que se vende por los golfillos.

—¡El retrato de Canalejas! ¡Veinte centavos!—¡La revolución de Barcelona con la expulsión de los frailes!—se oía en los meses de mi estancia en la capital argentina.

Yo me imagino que un francés, un italiano, un alemán ó un inglés, tienen que vacilár para recibir y definir su sensación. ¿Qué es este pueblo, se dirá? El cosmopolitismo de su compo-

sición, más es para despistarle que para sosegarle. Un español no tiene que hacer esfuerzo alguno de adaptación; está en Buenos Aires—y en toda la Argentina—como en su casa. Si acaso, la perturbación le vendrá de la dificultad, acaso insuperable, de *regionalizar;* Buenos Aires, ¿es andaluz, madrileño, ó qué? Las casas bajas, de un piso, los patios; todo el tono general de la edificación es del Sur de España. Visto Buenos Aires desde la torre del Hotel Majestic—una llanura inmensa, cuyos límites no se delínean, cubierta de azoteas blancas, recortadas, interrumpidas por torres y algunas cúpulas,—Buenos Aires, digo desde allí, recuerda Cádiz—enorme... Las proporciones gigantes de la ciudad argentina sólo se calculan desde una altura... Y desde ella, hablando con el argentino que, en vuestra lengua os llama la atención sobre el esfuerzo que supone aquel océano de edificios, con la marea humana rugiendo abajo, un español—y sólo un español—tiene que sentir cierto orgullo animador, a la vez que su alma se tiñe de renovador optimismo.

Tiene razón el argentino. La obra de europeización del Plata es evidente. Su ciudad es más europea que Río Janeiro; no es tan pintoresca, pero da más intensa la impresión del avance de América hacia la cultura que domina en el mundo contemporáneo. Y el español de acá no puede menos de ver con regocijo, que su raza, en Europa debilitada, resurge allá, potente, con fuerza bastante para fundir en una nueva formación étnica—como los anglosajones del Norte de América,—las heterogéneas corrientes que lanza a la Pampa la miseria, el descontento y la expansión cultural, económica, industrial de tantas regiones europeas.

Al pronto extraña, cómo algunos visitantes y cronistas de la Argentina—no españoles—pasan por Buenos Aires sin fijarse demasiado en la fuerza económica y social que nuestros compatriotas representan en la gran República. Bien mirado, ello se explica, en buena parte quizá, por cierto prejuicio desfavorable con que los cronistas y visitantes no españoles suelen

considerarnos; es una moda ahora, de cuya existencia y predominio somos nosotros harto culpables. Pero fuera prejuicios, deben tropezar con la dificultad que para ellos seguramente entraña el distinguir lo español y al español en la masa argentina. El español se *hace* argentino a poco de llegar, el francés no se puede argentinizar sino en sus descendientes; el italiano quisiera más bien italianizar lo argentino. ¿No? Ya un distinguido escritor argentino, el Sr. Rojas, ha sabido parar la atención en tan singular síntoma, recordando en su interesante *Restauración Nacionalista* algunas típicas indicaciones. Véase la muestra: «El profesor Nitti, economista napolitano, dice: «Si sabemos osar, la lengua y el nombre de Italia, dentro de algunos años, se difundirán en un continente inmenso donde el porvenir nos pertenece.» «En tanto que Colonia sin bandera—copia el doctor Rojas de M. René Gonnard (1),—la Argentina es, pues, para Italia una de las mejores colonias posible... Los italianos de la Argentina pueden aspirar a ser el elemento preponderante en la Argentina, al menos en ciertas provincias, y a obtener para la lengua de Dante, en la América del Sur, un puesto oficial al lado de la lengua de Cervantes» (2).

Y esto los latinos; porque la *argentinación* del elemento alemán ó inglés tiene que presentar y presenta, de hecho, más fuertes dificultades.

* * *

Pero la analogía con lo español, o mejor, el ambiente español que uno respira en la capital del Plata, no borra su marcada originalidad: una originalidad extraordinaria, que se manifiesta con empuje de gigante. Tiene, sí, Buenos Aires, mucho nuestro, sintetiza lo español más quizá—fuera de Madrid, que ninguna otra población de España, tocadas siem-

(1) *L'Emigration Européenne au XIX siècle.*

(2) V. Rojas: *La Restauración Nacionalista*, pág. 342, nota 2.

pre del carácter regional respectivo; pero tiene muchísimo más *suyo;* de su propia formación cerca de un gran río, dominando la Pampa, llave de las más admirables partes de un gran continente, con una historia propia de luchas y de condensaciones económicas. Recuérdese que no hay en España una ciudad de aquella posición, ni de aquella fuerza juvenil, ni de tan enorme acción expansiva. Sólo París, entre las ciudades latinas, supera a Buenos Aires en población; en lengua castellana no hay ninguna que la iguale. Tiene el doble que Madrid, y crece con una rapidez que asombra, como veremos. Y por eso, para nosotros, los del solar europeo, que conservamos su pasado y podríamos —¡qué admirable programa!—ser los guardadores de su espíritu, como depositarios del alma de la raza, Buenos Aires ofrece el excepcional y curiosísimo fenómeno de una ciudad enorme, inmensa, que camina sin cesar, conquistando la llanura, un tiempo inaccesible, formando, sobre la base de cuanto hemos sido, uno de los centros propulsores más poderosos con que hoy la humanidad se honra, generador de una civilización nueva, y la cual ciudad, llena de vida, loca de optimismo, canta su epopeya de grandezas, de expansión económica, de utilización de toda la técnica del progreso material universal, en el idioma que se habla en la austera y despoblada, y a veces desolada llanura castellana.

Los grandes negociantes ingleses, los comisionistas y viajantes de Alemania, los importadores franceses, tienen que aprenderse la lengua del buen hidalgo manchego, para enriquecerse en la orilla del Plata.

El momento actual de Buenos Aires tiene mucho de simbólico, de un simbolismo subjetivo en grado extremo. Es el símbolo de un imperio posible que se dibuja aún como un ideal, pero de realidad segura. Falta todavía el imperio de que debe ser cabeza la gran capital; pero se ve en la perspectiva de un porvenir dado ahora ya como un dinamismo que, fatal y dichosamente, empuja al presente. Se forja el imperio hoy en la atracción de la Pampa; de los bosques del Chaco, más

tarde; de los misterios del Sur hacia la Patagonia, por las vertientes de los Andes... hasta donde el cálculo de las previsiones puede llegar, Buenos Aires tiene garantida la función de impulsor de un mundo lleno de savia y de riquezas. Y luego, analizando la composición actual de la capital Argentina, adviértense todas las indicaciones del centro propulsor en nuestros tiempos. Símbolo, entraña como tal, una rica síntesis de símbolos especiales. Y ello no obstante cierta impresión de nomadismo, de campamento en marcha que, más aún que la estructura material de la ciudad, produce su psicología; todo es allí o parece ser un vivir tan inquieto, con un hacer y rehacer de calles, plazas y fortunas, que se imagina uno hallarse en el centro de una de esas grandes masas que en la Historia han invadido la costa mediterránea y las tierras del Sur de Europa. Todo se mueve y todo parece movedizo, en un movimiento de avance con la maravillosa disposición de espíritu de quien a todo se atreve para lograrlo todo. Si hiciera falta, Buenos Aires no dejaría en sus calles y avenidas piedra sobre piedra; reedificaría cuanto fuere preciso para convertir la ciudad en la mejor del mundo; no tiene otra ambición colectiva más impulsora y determinante. Ya veremos cómo este sueño no es precisamente un sueño, sino, hasta cierto punto... un proyecto.

Pero en medio de esa naturaleza movediza, ofrécense formas definidas, actuantes, que dibujan una como línea ideal de condensación del proceso urbano, y que son las manifestaciones indicadoras de la gran ciudad que pretende ejercer y ejerce una hegemonía en la creación nacional de la Argentina.

He aquí esas manifestaciones verdaderamente simbólicas: El *Puerto,* los *Bancos,* las *Escuelas,* la *Prensa.* Esto aparte de aquellas otras indicaciones que se concentran en Buenos Aires, como asiento de la capitalidad federal, y en las cuales se concretan las funciones generales del Gobierno nacional, el Congreso, la Casa de gobierno, los Tribunales, el Consejo nacional de Educación, la Facultad de Medicina, la Penitenciaría...

El Puerto.

Es, naturalmente, lo más característico y saliente de Buenos Aires. Derivado de la situación sobre el inmenso río, cerca del Atlántico, recibiendo las vías pluviales naturales, en que se vierten las aguas de tan rica extensión de un continente, el puerto es la explicación geográfica de la formación de aquella gigantesca aglomeración de gentes. En cierto modo, la historia del puerto es la historia del proceso económico y sociológico de Buenos Aires: en rigor esta ciudad es el primer puerto de salidas y entradas, implicado en la conquista de la Pampa por el hombre y para el hombre, problema fundamental y acicate de la Argentina, y la explicación suficiente—de infraestructura—de su existencia nacional en el mundo.

La ciudad, por otra parte, se apoya en el puerto como en su asiento propio y natural, inmenso hoy desde el Riachuelo hacia adentro, río arriba, sin límites, puede decirse, y luego río abajo—el espacio sobra para todo desarrollo.

Allá, en el Riachuelo, comenzó la vida.

En cierta ocasión, visitando la ciudad con el distinguido caballero D. Manuel Güiraldes, Intendente municipal, al recorrer el Parque Lezama, cercano al puerto, y en un alto que permite una larga vista de la población que sigue al río, nos indicaba nuestro amabilísimo guía:

—Cuando los españoles desembarcaron por primera vez en esta tierra con Mendoza, se establecieron allá abajo, en esa hondonada, donde está la boca del Riachuelo, terreno pantanoso y sin defensas.

Fué en 1536 cuando Pedro de Mendoza eligió para abrigo de sus naves el pequeño puerto de *Riachuelo de los Navíos*. Dícese que cuando en 1538 llegó a aquellas regiones el genovés Pancaldo, el Puerto de Santa María de Buenos Aires, situado media legua arriba de la entrada del Riachuelo, se reducía a

un miserable conjunto de ranchos cubiertos de paja, pasto a menudo del incendio o juguete de las aguas, con una iglesia de madera y una fortaleza que se formara con la nave *Trinidad,* varada en tierra (1). Despoblado Buenos Aires por disposición de Irala, y porque entonces la atracción sugestiva de la conquista se ejercía río arriba, hacia el Paraguay, en busca del Perú y de *El Dorado,* al volverse a fundar por Juan de Garay, en 1580, se reconstruyó el puerto cerca de una fortaleza con baluartes de tierra, que en 1688 se rehizo con piedra y ladrillo. En 1663 el Adelantado Saavedra levantó la primera Aduana. Hacia 1770 proponíase la construcción a lo largo del Plata, a fin de no tener que entrar en el Riachuelo, de uno de los muelles y malecones. En 1771 proyectóse un dique en el bajo de la calle de Corrientes; en 1796 se hizo el dique, de 35 metros, hacia Barracas; en 1802 se empezó el muelle de piedra, de 720 metros, destruído por un temporal en 1805. En los tiempos difíciles que acompañan y siguen a la guerra de la Independencia, poco puede hacerse en el puerto.

Realmente, según afirman los Sres. Urien y Colombo, antes de 1876 Buenos Aires no tenía verdadero puerto. «Las operaciones de carga y descarga de los buques cuyo calado no permitía la entrada al Riachuelo, se hacían en la rada o en la playa, por medio de lanchas o de carros, que se internaban en el río» (2). A muchos españoles de los residentes en la gran ciudad, que pone su mayor orgullo en el puerto actual, les oímos referir cómo se dejaba el barco por la lancha, y cómo se tomaba en medio del río, a bastante distancia de tierra, un carro, que poco a poco se acercaba a la ciudad por medio de las turbias aguas del Plata, allí por donde ahora llegan los trasatlánticos de diez o doce mil toneladas.

En 1874 se abordó resuelta y científicamente el problema

(1) V. Pelliza: *Historia Argentina.* 1, cap. I.—Urien y Colombo: *La Argentina en 1910,* II, pág. 42.

(2) Obra citada, II, pág. 53.

de un puerto para Buenos Aires, que respondiera a las necesidades del comercio universal. El nombre del ingeniero Huergo va unido a los estudios y a la construcción del puerto del Riachuelo. Empezaron las obras en 1876, y en Julio de 1877 las lanchas podían entrar y salir por el canal en cualquier estado de las mareas. En 1878 se declaró abierto, y entraron en Riachuelo buques de Ultramar. Hasta 1886 se gastaron 3.316.400 pesos oro. Pero este era sólo un primer paso: faltaba continuar por el Plata; en 1888, inicióse la construcción del que hoy llaman Puerto Madero, que es, con el del Riachuelo, el gran puerto, que pone en comunicación a Buenos Aires con el mundo. Puerto Madero costó unos 37.000.000 de pesos oro: se emplean en el dragado alrededor de 1.200.000 al año, subiendo los gastos de administración a 1.500.000, y representando los intereses y amortización del capital invertido unos 2.142.000 anuales.

Contemplando el puerto hoy, es de una extensión enorme: de un lado está el de Riachuelo, con calado de diez y ocho pies, y que corre con el río la parte Sur de la ciudad, con 4.500 metros de muelle de madera en la ribera Norte: es aquello como un gran complemento y auxiliar del puerto de la capital propiamente dicho; el movimiento es incesante, y por aquella parte Buenos Aires ofrece el aspecto de las cercanías del puerto de Londres: sucio, polvoriento todo, con constante ir y venir de carros, y con almacenes enormes y buques numerosísimos. Basta ver el plano de Buenos Aires para comprender la importancia de esta parte; las calles afluyen, pobladísimas, a las márgenes del Riachuelo. Y la población sigue por el partido de Barracas al Sur o Nicolás Avellaneda—un arrabal de Buenos Aires con cerca de 90.000 almas (censo de 1909, 87.031).—El puerto de la capital se extiende á lo largo del Plata, desde el Riachuelo hacia arriba, en el saliente que forma la entrada del citado río por el lado Este de la ciudad, en dirección hacia el Norte y entre dos grandes dársenas, Sur y Norte, comprendiendo estas dos dársenas cuatro

diques intermedios, y estando defendido todo el puerto por un malecón de 4.740 metros. La extensión y proporciones del puerto de la capital las indican estas cifras:

Dársena Sur:	largo,	930	metros;	ancho,	120;	superficie;	111.600
Dique núm. 1:	»	570	»	»	160;	»	91.200
Dique núm. 2:	»	570	»	»	160;	»	91.200
Dique núm. 3:	»	690	»	»	160;	»	110.400
Dique núm. 4:	»	630	»	»	160;	»	100.800

Dársena Norte: forma un gran polígono irregular, con acceso al Canal del Norte, por una abertura de 100 metros; su superficie en agua es de 154.000 metros cuadrados.

Las condiciones generales y de explotación del puerto se señalan con estas indicaciones. Tiene una superficie total en agua de 660.000 metros cuadrados; un calado medio de 7 metros a cero de la escala; posee muelles útiles para el comercio o movimiento en línea de 9.790 metros; las vías férreas y de tracción al servicio del puerto llegan a 93 kilometros; el acceso al mismo se efectúa por dos grandes canales: el del Sur, que parte del Riachuelo y tiene 10.700 metros de largo y 18 de profundidad, y el del Norte, que parte de la dársena Norte y tiene una extensión de 9.800 metros y 21 de profundidad; ambos están valizados; además, el puerto tiene dos diques de carena: uno de 150 metros y otro de 180, y dispone de depósito de vagones de unos 12 kilómetros de extensión. El movimiento de grúas, puentes, esclusas y demás se efectúa por la fuerza hidráulica que suministran dos grandes fábricas.

La marcha del puerto puede imaginarse comparando estos datos: hacia 1880, los vapores de Europa llegaban a Buenos Aires cuatro veces al mes; el comercio general se hacía en buques de vela; en 1902, el número de buques de vapor y de vela que entraron y salieron de Buenos Aires fue de 26.668 con 8.910.766 toneladas de registro total; en 1908, los buques llegan á Buenos Aires de todas las partes del mundo:

Entraron ese año.	12.444	con 7.555.574 toneladas de registro.
Salieron.....	12.671	con 7.562.055 »

En 1887, Buenos Aires ocupaba el duodécimo lugar en importancia entre los puertos del mundo, con un tonelaje anual de 5 millones; ahora pasa de los 15 millones.

En mercancías representa el tráfico de Buenos Aires, según las cifras del año 1909, lo siguiente:

Entradas.....	241.007.773	pesos oro.
Salidas.....	173.076.319	»

Los cuatro diques, las dos dársenas y los dos diques de carena que forman hoy el puerto de la capital, constituyen un puerto capaz para 20.000.000 de toneladas de tráfico, al que habría que añadir 1.200.000, en que se calcula el movimiento anual del Riachuelo (1).

La silueta del puerto ofrece, a través del bosque de mástiles y de cuerdas, las construcciones características de los *Elevadores de granos* y del *Mercado Central de Frutos;* aquéllos en línea, como enormes torreones oscuros, que se levantan a lo largo de los muelles; éste una mole inmensa de ladrillo que cierra largo trecho el paso, y limita el espacio; construcción pesada, sin gracia, pero con expresión de vida, de la vida más concentrada del comercio argentino. Los elevadores son los que permiten que el comercio de exportación de granos—tan importante en la Argentina—pueda hacerse con la rapidez necesaria. Sin ella, la aglomeración de los vagones en la época de las cosechas haría imposible el movimiento. Más de 400 se descargan entonces por día; el Elevador—que tiene capacidad para 30.000 toneladas de cereales a granel, y sus graneros que recogen 55.000 en bolsas, despeja rápidamente las vías y consiente la renovación rápida del material rodante. Para formar idea de la totalidad de este gran auxiliar, bastará saber que las elevadoras costaron 5.000.000 de pesos oro; que su capacidad de depósito alcanza á 200.000 toneladas. La Sociedad de Molineros y Elevadores de granos tiene un gran moli-

(1) Urien y Colombo. Ob. cit. II, pág. 56-57.

no en condiciones para convertir diariamente en harina 500 toneladas de trigo, o sea 8.000 bolsas.

Si el Puerto es lo más simbólico de Buenos Aires, el *Mercado Central de Frutos* es lo más simbólico del Puerto, y a través de él, de la Argentina entera.

Lo gigantesco de la República—que se vislumbra en las dársenas y diques, y se revela en los elevadores, quedando sus líneas siempre en el misterio de las llanuras pampeanas, que desde Buenos Aires mismo empiezan y se pierden luego, sin que uno pueda darse cuenta de su oleaje de vida, en su soledad imponente,—lo gigantesco, digo, proyéctase con fuerte relieve en aquel monstruo que traga constantemente cuanto allí, en el misterio de la tierra, se produce: un edificio de cuatro pisos, construído de ladrillo y hierro: es su inmenso dock, uno de los más grandes del mundo; está situado en términos de Barraca, al Sur—hoy Avellanada;—ocupa una extensión de 152.000 metros cuadrados; posee 72 grúas y ascensores que comunican los diversos pisos; lo cruzan tres líneas férreas, por las que se mueven numerosos vagones; sus depósitos alcanzan una capacidad de 26 millones de kilogramos: ocasión hubo en que se encontraron en sus almacenes unos 18 millones de kilogramos de lana, con más 700 vagones de lana, también para descargar —unos 2.200.000 kilos más,—recibiendo en el año unos 150 millones. Es el Mercado —que costó a la Sociedad constructora más de 4 millones de pesos oro— un centro intensificado de vida mercantil: gran depósito, Bolsa de Comercio, allí se efectúan las compras y ventas de los frutos del país; en unos almacenes se apilan en ringlas interminables, a todo lo alto posible, fardos de lana, de pieles de carnero, cueros de vacas y caballos, paquetes de plumas de avestruz; en otros se levantan enormes pilas de sacos y toneles de grasa: todo llega del interior de la tierra argentina, y todo espera el momento en que la máquina lo lance a la bodega del buque que ha de trasladarlo a los mercados principales europeos. Recorriendo las naves de estos Mercados de frutos — otro magnífico hemos visto detenida-

mente en Bahía Blanca, — se tiene la visión exacta de la economía nacional argentina, y a través de ella, la de su geografía y la de su psicología; geografía de país granero y ganadero— con toda la estética de los inmensos campos de trigo, los prados interminables, los alfalferos inmensos, las Estancias, las cabañas, los rebaños en el medio monótono de la Pampa,—y la psicología que se sintetiza en lo que puede ser un pueblo de traficantes, de especuladores, que giran sobre el trabajo duro de una masa que labra una nación futura, en atmósfera de delirio de grandezas... La expresión que entrañan los Elevadores y el Mercado necesita, para ser completa, el rasgo fisonómico que ofrecen los grandes *Frigoríficos:* están cerca; hacia el Riachuelo: en uno de ellos, la *Negrita*, trabajan unos 700 obreros, y mata y prepara por día 2.500 corderos y 250 toros. Año ha habido en que se exportaron congelados a Europa 100.000 toros y 600.000 corderos; en otro, que ocupa 125.000 metros cuadrados, la producción es enorme: en las cámaras frigoríficas pueden congelarse 7.000 novillos y 70.000 capones; el caño que en forma de serpentina sirve el amoníaco necesario á los cuatro pisos de que consta el edificio, hace un recorrido que representa unos 96 kilómetros.

¡Todo es enorme! La proporción de enormidad, que parecía reservada al esfuerzo anglosajón en Inglaterra, y, sobre todo, en los Estados Unidos, tiene en tierra de latinos, de españoles, su expresión gigante en Buenos Aires. Corona allí la raza, que realizó la epopeya de la conquista su obra, en una labor digna de los movimientos intensos y concentrados de la vida contemporánea... ¡Todo es enorme! La impresión del Puerto continúa en los *Bancos.*

Los Bancos.

No podían menos de existir numerosos. Toda la complicada y fuerte maquinaria económica y social que se concentra en Buenos Aires y se desparrama por 3.000.000 de kiló-

metros cuadrados, con fuertes núcleos en el Río, sobre el Océano, en el Norte, hacia el Chaco, por las vertientes andinas, hacia el Sur, avanzando a la conquista de la Patagonia, necesitaba grandes impulsores bancarios, grandes facilitadores de capital, esto es, saltos de agua con turbinas de *n* caballos de fuerza, para mover la maquinaria agrícola y poner en actividad fecundadora tierras, animales, barcos, fábricas, ferrocarriles y... hombres.

Es lo que más pronto se ve y se comprende al recorrer Buenos Aires: la vida febril, intensa, de los Bancos: son muchos; se concentran en la *City,* desde la plaza de Mayo, por las calles de Veinticinco de Mayo, Reconquista, etc. Hay, según parece, 22 Bancos, y con ellos facilitan la vida comercial una *Bolsa de Comercio,* la *Clearing House* y la *Bolsa de Cereales* (1).

Naturalmente, no he visitado todos los Bancos de Buenos Aires; pero la impresión estética, la sensación de lo que representan y son, en la vida argentina, la he recogido recorriendo las dependencias de los dos principales: el de la *Nación* y el *Español del Río de la Plata*, y luego las de un Banco más reciente, que revela una nueva intensificación de fuertes impulsos: el de *Galicia y Buenos Aires.* El *Banco de la Nación Argentina* cítase como el primero: su instalación es soberbia, lo mismo en sus salones de juntas y Secretaría, que en los locales destinados á las relaciones con el público; la Caja, que tenía en depósito más de 300 millones de pesos argentinos, es amplia y desahogada; tiene el Banco su Restaurant, donde, por 2 pesos, si no recuerdo mal, se sirve á sus empleados excelente almuerzo. El Archivo, curiosísimo, limpio, admirablemente ordenado por el sistema de papeletas, que permite conocer al minuto el movimiento del Banco en cualquier día de los diez y ocho años que lleva de existencia.

(1) De la potencia financiera que los Bancos de Buenos Aires representan puede dar idea este cuadro estadístico, que tomo del *Anuario de la Ciudad de Buenos Aires* (1909).—Véase el cuadro inserto en la pág. 21

Situación de los Bancos de Buenos Aires en 31 de Diciembre de 1908.

BANCOS	DEPÓSITOS		DESCUENTOS		CAJAS	
	Pesos oro.	Pesos papel.	Pesos oro.	Pesos papel.	Pesos oro.	Pesos papel.
Español del Río de la Plata	2.266.853	132.704.965	1.918.126	125.532.336	1.982.202	41.914.203
Francés	5.977.356	45.609.749	5.176.711	55.903.074	3.454.804	10.034.313
Alemán de la América del Sur	860.378	5.027.268	1.431.142	8.657.384	378.056	1.618.110
De Londres y del Río de la Plata	6.119.626	123.599.072	4.941.642	80.933.921	9.550.842	41.727.210
Nuevo Italiano	457.332	23.873.045	790.408	21.344.196	56.481	4.775.675
Popular Argentino	87.113	9.263.560	1.762	16.499.047	109.317	3.116.963
Alemán Trasatlántico	1.188.206	34.737.588	4.392.954	32.342.503	1.786.075	10.295.002
De Italia y del Río de la Plata	1.799.135	75.038.085	4.087.982	55.946.415	2.976.863	14.883.774
De Londres y del Brasil	691.035	8.194.682	2.230.375	8.076.179	785.267	2.937.389
De la Nación Argentina	(1) 5.290.593	234.176.860	(1) 2.042.738	244.752.938	22.696.191	67.853.421
Británico de la América del Sur	780.477	36.590.801	2.372.326	30.373.280	2.601.730	8.410.589
Anglo-Sud-Americano	724.955	6.917.219	813.681	16.682.053	444.888	2.944.299
De Crédito Argentino	4.192	968.106	127	1.285.859	1.265	188.504
De Galicia y Buenos Aires	20.499	5.330.544	3.701	7.121.236	30.775	1.395.401
«Banco Habilitador»	»	56.466	»	221.101	»	41.811
Popular Italiano	21.401	1.993.942	10.090	1.728.522	10.751	873.127
De la Provincia de Buenos Aires	(2) 2.648.453	64.959.562	(2) 591.613	59.800.743	696.596	15.717.638
Compañía Nacional de Ahorro	»	1.506.434	»	2.270.624	»	322.329
Industrial Argentino	611	262.567	»	676.443	8.034	105.799
Latino de la Plata	»	676.306	»	1.130.202	»	333.900
Popular Español	»	1.539.709	»	246.025	»	671.943
Totales	28.538.215	811.026.530	30.805.378	771.524.081	47.570.137	230.161.400

(1) Incluso los depósitos judiciales, que se elevan á 468.750 pesos oro y 27.930.122 pesos papel.
(2) Incluso los depósitos judiciales, que se elevan á 87 pesos oro y 12.186.880 pesos papel.

El Banco creóse por una ley de 15 de Octubre de 1891, siendo Presidente Pellegrini y fijándose su capital en 50 millones de pesos papel, «en un ambiente de hostilidad, en medio de una crisis que había conmovido hondamente nuestro organismo económico, huérfano de la confianza pública, sin más elementos que los oficiales, pero con un Directorio compuesto por hombres de primera fila en el orden social y comercial, abrió sus puertas el Banco de la Nación Argentina, el día 1.° de Diciembre de 1891» (1).

«Este Banco—decía Pellegrini al inaugurarlo—no se funda para atender necesidades del Erario; vais a ser la Tesorería de la Nación, y podréis juzgar por vosotros si el Erario necesita los caudales de este Banco. Este Banco no se funda en interés alguno político, y la misma composición del Directorio lo demuestra, pues el criterio que ha precedido a la elección de cada uno de vosotros no es de vinculaciones políticas que no tenéis, sino de hombres que conocen la plaza en que van a actuar y los intereses que están llamados a servir.

»Este Banco se funda únicamente en servicio de la Industria y del Comercio, y vosotros conocéis bien sus necesidades y estáis en aptitud de atenderlas. Si alguna recomendación pudiera haceros, sería en favor de un gremio que no ha merecido hasta hoy gran favor en los establecimientos de crédito, y que es, sin embargo, digno del mayor interés. Hablo de los pequeños industriales. La verdadera industria en un país nuevo es la que nace en su seno, crece y se desarrolla por el esfuerzo inteligente y perseverante, amoldándose al medio en que va a vivir y adquiriendo cada día nueva experiencia que la vigoriza. Tiene ella más porvenir que esas grandes industrias que se improvisan por el esfuerzo del capital, que muchas veces carecen del obrero y del industrial inteligente y activo, que es el alma que las anima. La ley que organiza este

(1) *Banco de la Nación Argentina; Origen y desarrollo.*—1891-1910.—Página 11.

Banco os da una autonomía completa, y por mi parte os diré que tendré especial empeño en alejar de vuestro seno toda acción oficial.»

Fué el Banco discutido, tuvo sus primeros años difíciles, fueron precisas leyes que desataran no poco su primitiva reglamentación férrea, y aumentaran su capital hasta fijarlo en 100 millones de pesos; capital hoy mayor, porque, como según el art. 20 de la ley 4.507, las utilidades del Banco deben destinarse: un 50 por 100 a aumento del capital, y el resto, convertido en oro, a fondo de reserva; el capital actual del Banco está representado por 113.422.656 pesos m/n., y el fondo de reserva por 8.151.376 pesos oro sellado. El Banco de la Nación Argentina tiene hoy establecidas 129 Sucursales, diseminadas en la amplia extensión del territorio de la República, desde las soledades de la Patagonia hasta los verjeles de Jujuy y Misiones, y desde los contrafuertes de la cordillera de los Andes hasta el Plata, facilitando por su intermedio el intercambio de efectos y dineros con la celeridad y seguridad que el movimiento de los negocios exige y la importancia de nuestro país lo requiere. Once Sucursales y Agencias corresponden al radio de la capital federal. Las provincias cuentan con 96 Sucursales.»

Según el art. 10 de su Ley orgánica, «la Nación responde directamente de los depósitos y operaciones que realice»: su función económica es la de regulador supremo de la vida comercial, auxiliar poderoso de las empresas y obstáculo insuperable a la especulación abusiva del crédito. El último Balance publicado cuando yo visité el Banco ofrecía estas cifras de movimiento total: oro, 49.340.917,65 pesos; moneda legal, 474.394.973,78 pesos (1).

El Banco Español del Río de la Plata estímase como la segunda institución bancaria de la República; tiene una mag-

(1) Del desenvolvimiento de las operaciones del Banco de la Nación desde su fundación da idea exacta este cuadro.—Véase en la pág. 24.

nífica instalación, que se reputa ya insuficientemente; es verdaderamente curiosa la vista del gran Hall, donde se efectúan las operaciones diarias; un verdadero maremágnum de aparente confusión de gentes que entran y salen, cruzan, van y vienen voceando, produciendo un fuerte rumor de marea humana. Ni un momento se ve una ventanilla sin gente que ingresa dinero, que saca plata, que presenta documentos. La fiebre del vivir comercial, industrial, de la especulación que hincha la existencia convulsiva de la ciudad del Plata, y, desde ella, la de la Pampa entera, naturalmente sola, reposada, tranquila, tiene allí, en aquella inmensa sala y en aquel río de billetes, uno de sus más calientes y agitados hervideros. Más de seiscientos empleados trabajan para despachar aquella numerosa clientela.

Fundóse el *Banco Español* en 1887, por un grupo de acaudalados comerciantes españoles y argentinos, por iniciativa de un oriental de empuje, uno de los *héroes* de la *finanza,* el señor

Casa Central.		Saldos al 31 de Diciembre en pesos moneda legal.	
Años.	Cartera.	Adelantos en cuenta corriente.	Depósitos.
1892	12.349.956	20.397	41.276.614
1896	27.927.569	19.717	52.535.807
1900	38.576.277	1.774.654	58.396.368
1904	38.350.510	122.154	84.489.560
1908	89.239.856	24.123.740	130.362.626
Marzo 31 1910	97.214.710	33.895.823	191.410.670

Sucursales.		Saldos al 31 de Diciembre en pesos moneda legal.	
1892	20.098.578		7.777.134
1896	38.433.527		23.708.367
1900	44.383.025		37.204.075
1904	58.085.015	42.553	58.966.093
1908	127.235.118	8.796.809	115.838.309
Marzo 31 1910	163.284.660	13.277.419	169.037.665

Coelho, con un capital de 3.000.000 de pesos; su capital en 1.° de Enero de 1910 elevábase a 50 millones, más de 110 millones de pesos, con un fondo de reserva y previsión de unos 25 millones de pesetas más; posteriormente, en 1910, aumentóse el capital hasta 100.000.000 de pesos argentinos, elevándose el fondo de reserva a 32.896.674.

La historia de este *Banco* es uno de los ejemplos más típicos de las empresas argentinas, y de lo que puede el esfuerzo y el arranque genial de un hombre, de uno de esos grandes capitanes de las *finanzas*, dotado a la vez de gran perspicacia y de caliente imaginación. Inicióse con modestia, en ambiente de reparos, con capital recogido entre gente del comercio, sin el apoyo de los grandes. Los españoles fueron sus principales apoyos, y aunque hoy sea una entidad cuyos elementos económicos están dispersos y diseminados por toda la República y por Europa, este Banco simboliza allí de alguna manera cierta representación del valor y de la fuerza hispana. El presidente del Banco había de ser español; ocupaba este puesto, cuando ya estaba en Buenos Aires el Sr. Polledo, un asturiano de esos que saben elevarse a los primeros puestos en el ejército del trabajo a fuerza de cálculo, de ahorro, de paciencia y de persistente labor. Y este asturiano fué el que, en ocasión solemne, en el banquete con que el comercio argentino obsequiaba el año 1910 al Presidente de la República, llevaba la voz de aquella milmillonada de pesos oro y papel, movilizados en campaña de expansión defusiva. Por otra parte, a este Banco afluyen incesantemente los ahorros que poco a poco consiguen nuestros compatriotas inmigrantes; criados, lecheros, mozos de labor, cocheros... El hombre que creó el Banco y ha sabido llevarle a su fuerza actual, es para la Argentina, uno de los *héroes* más dignos de este nombre; no hay, quizá, quien suscite por allá una alta y sincera admiración. Y no es este mal dato para interpretar el fondo psicológico, y señalar la escala de valores de aquel pueblo en formación, y dominado por la visión de las especulaciones.

El *Banco Español* tiene en Buenos Aires, con la casa central, catorce agencias, si no estoy equivocado; veintiocho sucursales en la República, y otras importantísimas en las principales capitales de la América del Sur y de Europa. Un estudio serio de la relación de España con la Argentina, mucho tendría que ver en la acción económica de este Banco.

En el ejercicio de 1909 hizo el Banco operaciones por valor de 374 millones de pesos, 822 millones de pesetas, con utilidad líquida de unos 13 millones, y reparto de un dividendo de 12 por 100.

El *Banco de Galicia y Buenos Aires* es, como he indicado, de creación más reciente, otra iniciativa privada de empuje, de españoles que han querido ofrecer un núcleo más de condensación al dinero de nuestros compatriotas, especialmente a la colonia gallega, tan numerosa, trabajadora y fuerte en la República. Esta empresa, comenzó a operar el 6 de Noviembre de 1905, y tiene hoy una excelente instalación en la capital, en la calle de Cangallo, al principio, en el centro de la vida bancaria de Buenos Aires, y seis sucursales, además de otras en la República y en el exterior. La breve historia de este Banco, contada por su iniciador, es un curioso «exponente», según allí dicen, de cómo se genera, y forma y se intensifica y extiende, una empresa en el Plata: factores, el esfuerzo genial de quien la inventa y el ambiente de negocio que da para todo, más la fuerza estimulante de la confianza que se inspira; con todo esto, el crecimiento es cosa descontada, sobre todo, actuando con medida, en combinación sensata con el lanzamiento arriesgado. El *medio* ofrece campo que espigar en abundancia. Tengo a la vista varios informes del Directorio de este Banco, y la comparación de las cifras totales de algunos dará idea de su marcha: el 31 de Diciembre de 1909, el movimiento de operaciones representaba 230.607,66 oro sellado, 25.032.351,17 m. legal; en 31 de Diciembre de 1910 llega el movimiento a 643.832,69 oro y 37.138.860,28 m. legal. El capital suscrito y autorizado se eleva a 30 millones de pesos m. n., siendo el realiza-

do de 13 millones y el fondo de reserva de más de 3 millones.

Si quisiéramos recoger ahora en una indicación sintética este aspecto simbólico de la vida que agita a Buenos Aires, nos bastarían estos datos respecto del funcionamiento de dos instituciones actuantes en el corazón mismo del movimiento económico y financiero. La *Bolsa de Comercio* hizo en un año (1909) operaciones por valor de 328.354.425 pesos, y el saldo de cuentas entre los Bancos, en el mismo período, se elevó a 4.527.996.191,36 pesos (1).

Las Escuelas.

En la corriente interna de la agitada vida de la gran ciudad se produce el movimiento espiritual por la cultura; el alma de Sarmiento, el más alto genio argentino, el hombre más representativo de la nacionalidad presente y futura, muéstrase en los oasis de espléndido exterior que en la llanura chata de la capital se señalan, dibujando, con rasgos no de-

(1) Movimiento de la *Clearing House* en pesos papel desde 1893 a 1908.

AÑOS	Total en el año.	Promedio mensual.
1893 (Junio á Diciembre)	1.956.213.487,30	308.875.813,78
1894	4.456.900.324,51	371.408.360,38
1895	3.592.583.473,10	299.381.956,09
1896	3.526.891.505,36	293.907.625,70
1897	3.353.600.447,49	279.466.703,95
1898	3.751.406.535,21	312.617.211,26
1899	4.276.692.826,01	356.391.067,60
1900	3.402.660.743,12	283.555.061,76
1901	3.666.683.763,14	305.556.980,26
1902	3.678.749.209,74	306.562.434,15
1903	2.875.294.788,35	239.660.399,03
1904	2.959.108.283,15	246.592.356,93
1905	3.772.087.703,59	314.340.641,96
1906	4.308.708.352,74	359.059.029,39
1907	4.145.929.362,33	345.494.113,53
1908	4.038.145.070,53	336.512.089,21

Anuario de la ciudad de Buenos Aires (1909).

masiado fuertes aún, el mapa moral de la sociedad argentina. La marea de la especulación, la preocupación febril de la lucha por el peso, la visión imperialista de grandezas materiales, apaga y disuelve, en un ambiente demasiado cargado, los impulsos del espíritu; pero la voz profética del gran educador y político y evocador del Plata, del autor de *Facundo*, se ha escuchado, encontrando en la capital sus repercusiones, sus ecos, que habrán de prolongarse indefinidamente en la Historia. «Los Estados Unidos—escribía Sarmiento (1),—con sus escuelas al principio como base, han hecho, sin embargo, en un siglo, lo que la humanidad entera ha venido haciendo y deshaciendo en seis mil años de historia: ¡¡La República!! Me despido de usted tristísimo. Escriba, combata, resista. Agite las olas de ese *mar muerto*, cuya superficie tiende a endurecerse con la costra de impurezas que se escapan de su fondo. La colonia española, la tradición de Rosas, vacas, vacas, vacas. Hombres, pueblo, nación, porvenir. Todo está en los bancos humildes de la escuela. Trabaje, y el pueblo le ayudará.»

La voz profética de Sarmiento ha tenido en Buenos Aires, como indico, sus ecos, que, por de pronto, se han condensado en obras monumentales de espléndido lujo, de excesivo lujo, de escandaloso lujo; diríamos que explica, si no disculpa, el derroche, la abundancia arrolladora de medios de que la Argentina dispone y la aspiración a poner la escuela a tono con avenidas, plazas, clubs, palacios... La escuela—unas cuantas al menos—son imponentes construcciones, algunas con pórticos de enormes columnas, patios, salones inmensos; todo piedra, todo enorme, quizá pesado para un espíritu austero; todo excesivo, todo impropio. Las Escuelas Roca, las Escuelas Sarmiento, las Escuelas Quintana... Grupos escolares amplios, llenos de luz, son indicaciones magníficas del aprecio que Buenos Aires tiene por la enseñanza; no ha querido la ciudad ni la Repúbli-

(1) Carta a los *Anales de la Educación común*. V. *Historia de la Instrucción primaria en la República Argentina* (*1310-1910*), t. I, pág. 104.

ca que las Escuelas Roca—situadas cerca del Teatro Colón, en amplia plaza—desmereciesen en lujo de fachada y en proporciones monumentales del gran coliseo, el mejor de América del Sur, donde acude la sociedad más rica y brillante de Buenos Aires. Y lo han conseguido. Las Escuelas Roca forman dignamente, como edificio, cerca del teatro. Declaro que me costaba cierto esfuerzo definir o imaginar la labor educativa primaria, de maestro de escuela, detrás de aquel pórtico imponente.

Pero no es este el sitio de mis impresiones argentinas donde me propongo hacer un juicio de la labor educacional de la República. Pide esto estudio aparte. Trátase de la indicación de un rasgo exterior de la capital platense; él ayuda a perfilar su fisonomía. Al analizar la impresión, sería preciso utilizar, no sólo la indicación monumental de la escuela, sino otros centros más modestos, vistos por dentro, funcionando, y sumar a las construcciones el espíritu recogido en visitas y en conversaciones numerosas, mantenidas con no pocos de los hombres que en Buenos Aires laboran por formar el alma colectiva. Y habría que completar el cuadro con las Instituciones normales, con la escuela de lenguas vivas, con el Consejo Nacional de Educación, para luego matizar y afinar el juicio, poniendo las claridades y las sombras en su punto; que de todo hay en el maguífico cuadro, que todavía tiene otras vistas si se añaden las manifestaciones de la acción educativa y docente en otros grados de la enseñanza y de la cultura.

La Prensa.

No quedaría completa la fisonomía de Buenos Aires sin aludir a sus periódicos. Cuando a la noche llegábamos por el río famoso, uno de los resplandores que denunciaban la ciudad en las tinieblas, era el faro del diario *La Prensa*. Publícanse en Buenos Aires los periódicos quizá más grandes del mundo: *La Prensa* (ya citado), *La Nación*, *La Argentina*... los dos primeros son los más característicos y de más tradición;

llegan a veces a dar cuarenta páginas de texto y anuncios. *La Argentina* es más moderno, pero representa un paso de avance en la competencia periodística. *La Prensa* tiene una instalación magnífica, un soberbio palacio en la Avenida de Mayo; fundóse en 1869, por el Dr. José L. Paz; tiene casa en París; tira 125 á 140.000 ejemplares, con un millón de francos mensual de ingresos; es popularísimo este diario. *La Nación*, fundado en 1870, une su nombre y su historia a la del general Mitre; tiene honrosa tradición y gran autoridad, y tono cultísimo y literario. *La Argentina*, fundado por el Sr. Mulhall, hijo del fundador de *The Standar*, de la colonia inglesa, representa uno de los éxitos periodísticos más rápidos y extraordinarios. En mis viajes por la Pampa, *La Argentina*, el más barato de los grandes diarios, se veía en todas las manos, como los antiguos y acreditados después de luchas de años. La máquina de *La Argentina* puede tirar 48.000 ejemplares de a 24 páginas en una hora.

A estos periódicos argentinos de la mañana habría que añadir *El Diario,* que se publica mañana y tarde, con tirada de unos 60.000 ejemplares y gran fuerza política, gracias al hombre que lo hace, al gran escritor periodista, polemista hábil, el senador Láinez; allí escribía, en los días de mi estancia, otro de los grandes literatos argentinos: Leopoldo Lugones. Hay además, *La Razón*, el diario más popular y leído de la tarde, y *El País,* y *Última Hora,* y *El Nacional* y *Sarmiento.*

Y luego los periódicos de las colectividades extranjeras, como *The Standar* (ya citado), el *Buenos Aires Herald*, *La Patria degli Italiani, L'Italia...* y el *Diario Español,* órgano de las colectividades españolas, muy leído, con gran información, dirigido por el cultísimo López de Gomara, y del cual no puedo yo decir cosa alguna, ya que hace seis u ocho años que emborrono desde aquí cuartillas con destino a sus columnas. Soy de la casa...

La nota distintiva de los diarios de Buenos Aires es la información y el anuncio: lo que exige y da con más fuerza y

abundancia el país. Es maravilloso: muy de mañana, cuando pedís el desayuno, llegan los diarios, y el europeo se entera, con detalle, en largas columnas de cablegramas, de todo lo más importante que puede interesarle en su país. Mi experiencia de meses me permite afirmar cómo seguí, a través de *La Prensa*, de *La Nación*, de *La Argentina* y del *Diario Español*, la marcha política de España, al día, sin que al llegar aquí tuviera que rectificar ni rellenar apenas nada.

La prensa de Buenos Aires cuenta además con magníficos semanarios ilustrados, bien conocidos, de tiradas verdaderamente extraordinarias, y que representan colosales esfuerzos de ingenio: *Caras y Caretas,* uno, y *P B T,* otro. El primero es el más antiguo: fué fundado por un hijo de Mitre—Bartolomé—con un escritor criollo, José Alvans («Fray Mocho»), y los españoles Pellicer y Mayol. Fué una aventura arriesgada, que alcanzó un éxito estupendo: de 5.000 ejemplares con que se lanzó el primer número a 130.000 que ahora logra, el recorrido es de verdadera importancia. En la dirección de *Caras y Caretas,* sucedió á «Fray Mocho» el Sr. Correa Luna, siendo jefe de redacción el Sr. Pardo, y estando a cargo de la parte artística D. José María Cao. *Caras y Caretas* se publica en cuadernos de 120 a 200 páginas, cuajadas de grabados. *P B T* se fundó, en 1904, por el Sr. Pellicer, que fundara antes a *Caras y Caretas*; es por el estilo de éste, y alcanza tiradas enormes, publicando en sus cuadernos, de cerca de 200 páginas, a veces unos 400 grabados.

Naturalmente, una definición completa de Buenos Aires exigiría la indicación de otras notas que ya no son tan luminosas como las recogidas: el Hotel de Inmigrantes, otro gran símbolo de la significación de la capital y de la República; los barrios cercanos al puerto, los Conventillos, la vida pobre de lucha; todo en proporciones enormes. Pero todo ello exige consideración especial.

Adolfo Posada

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA
EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

La esencia del catolicismo.

Vengamos ahora a la solución cristiana católica, pauliniana o atanasiana, de nuestro íntimo problema vital, el hambre de inmortalidad.

Brotó el cristianismo de la confluencia de dos grandes corrientes espirituales, la una judaica y la otra helénica, ya de antes influídas mutuamente, y Roma acabó de darle sello práctico y permanencia social.

Hase afirmado del cristianismo primitivo, acaso con precipitación, que fué anescatológico, que en él no aparece claramente la fe en otra vida después de la muerte, sino en un próximo fin del mundo y establecimiento del reino de Dios, en el llamado *quiliasmo*. ¿Y es que no eran en el fondo una misma cosa? La fe en la inmortalidad del alma, cuya condición tal vez no se precisaba mucho, cabe decir que es una especie de *subentendido,* de supuesto tácito, en el Evangelio todo, y es la situación del espíritu de muchos de los que hoy le leen, situación opuesta a la de los cristianos de entre quienes brotó el Evangelio, lo que les impide verlo. Sin duda, que todo aquello de la segunda venida del Cristo, con gran poder, rodeado de majestad y entre nubes para juzgar a muertos y a vivos,

abrir a los unos el reino de los cielos y echar a los otros a la geena, donde será el lloro y el crugir de dientes, cabe entenderlo quiliásticamente, y aun se hace decir al Cristo en el Evangelio (Marcos IX, 1), que había con él algunos que no gustarían de la muerte sin haber visto el reino de Dios; esto es, que vendría durante su generación; y en el mismo capítulo, versículo 10, se hace decir a Jacobo, a Pedro y a Juan, que con Jesús subieron al monte de la Trasfiguración y le oyeron hablar de que resucitaría de entre los muertos aquello de: «y guardaron el dicho consigo, razonando unos con otros sobre qué sería eso de resucitar de entre los muertos». Y en todo caso, el Evangelio se compuso cuando esa creencia, base y razón de ser del cristianismo, se estaba formando. Véase en Mateo XXII, 29-32; en Marcos XII, 24-27; en Lucas XVI, 22-31; XX, 34-37; en Juan V. 24-29; VI, 40, 54, 58; VIII, 51; XI, 25, 56; XIV, 2, 19. Y sobre todo, aquello de Mateo XXVII, 52, de que al resucitar el Cristo «muchos cuerpos santos que dormían resucitaron».

Y no era esta una resurrección natural, no. La fe cristiana nació de la fe de que Jesús no permaneció muerto, sino que Dios le resucitó y que esta resurrección era un hecho; pero eso no suponía una mera inmortalidad del alma, al modo filosófico. (V. Harnack, Dogmengeschichte, Prolegomena, 5, 4,). Para los primeros Padres de la Iglesia mismos, la inmortalidad del alma no era algo natural; bastaba para su demostración, como dice Nemesio, la enseñanza de las Divinas Escrituras, y era, según Lactancio un dón—y como tal gratuito—de Dios. Pero sobre esto más adelante.

Brotó, decíamos, el cristianismo de una confluencia de los dos grandes procesos espirituales, judaico y helénico, cada uno de los cuales había llegado por su parte, si no a la definición precisa, al preciso anhelo de otra vida. No fué entre los judíos ni general ni clara la fe en otra vida; pero a ella les llevó la fe en un Dios personal y vivo, cuya formación es toda su historia espiritual.

Jahvé, el Dios judaico, empezó siendo un dios entre otros muchos, el dios del pueblo de Israel, revelado entre el fragor de la tormenta en el monte Sinaí. Pero era tan celoso, que exigía se le rindiese culto a él solo, y fué por el monocultismo como los judíos llegaron al monoteísmo. Era adorado como fuerza viva, no como entidad metafísica, y era el dios de las batallas. Pero este Dios, de origen social y guerrero, sobre cuya génesis hemos de volver, se hizo más íntimo y personal en los profetas, y al hacerse más íntimo y personal, más individual, y más universal, por lo tanto. Es Jahvé, que no ama a Israel por ser hijo suyo, sino que le toma por hijo, porque le ama. (Oseas XI, 1.) Y la fe en el Dios personal, en el Padre de los hombres, lleva consigo la fe en la eternización del hombre individual, que ya en el fariseísmo alborea, aun antes de Cristo.

La cultura helénica, por su parte, acabó descubriendo la muerte, y descubrir la muerte es descubrir el hambre de inmortalidad. No aparece este anhelo en los poemas homéricos que no son algo inicial, sino final; no el arranque, sino el término de una civilización. Ellos marcan el paso de la vieja religión de la Naturaleza, la de Zens, a la religión más espiritual de Apolo, la de la redención. Mas en el fondo persistía siempre la religión popular e íntima de los misterios eleusinos, el culto de las almas y de los antepasados. «En cuanto cabe hablar de una teología délfica, hay que tomar en cuenta entre los más importantes elementos de ella, la fe en la continuación de la vida de las almas después de la muerte en sus formas populares y en el culto a las almas de los difuntos», escribe Rohde (1). Había lo titánico y lo dionisiaco, y el hombre debía, según la doctrina órfica, libertarse de los lazos del cuerpo

(1) Erwin Rohde. Psyche. «Seelencult und Unsterblichkeitsglanbe der Griechen.» Tübingen, 1907. Es la obra hasta hoy capital en lo que se refiere a la fe de los griegos en la inmortalidad del alma.

en que estaba el alma como prisionera en una cárcel. (Véase Rohde, Psyche, Die Orphiker, 4.) La noción nietzscheniana de la vuelta eterna es una idea órfica. Pero la idea de la inmortalidad del alma no fué un principio filosófico. El intento de Empédocles de hermanar un sistema hilozoístico con el espiritualismo, probó que una ciencia natural filosófica no puede llevar por sí a corroborar el axioma de la perpetuidad del alma individual; sólo podía servir de apoyo una especulación teológica. Los primeros filósofos griegos afirmaron la inmortalidad por contradicción, saliéndose de la filosofía natural y entrando en la teología, asentando un dogma dionisiaco y órfico, no apolíneo. Pero «una inmortalidad del alma humana como tal, en virtud de su propia naturaleza y condición como imperecedera fuerza divina en el cuerpo mortal, no ha sido jamás objeto de la fe popular helénica». (Rohde, obra citada.)

Recordad el *Fedón* platónico y las elucubraciones neo-platónicas. Allí se ve ya el ansia de inmortalidad personal, ansia que, no satisfecha del todo por la razón, produjo el pesimismo helénico. Porque como hace muy bien notar Pfleiderer *(Religionsphilosophie auf geschichtliche Grundlage*, 3 Berlín 1896), «ningún pueblo vino a la tierra tan sereno y soleado como el griego en los días juveniles de su existencia histórica... pero ningún pueblo cambió tan por completo su noción del valor de la vida. La grecidad que acaba en las especulaciones religiosas del neo-pitagorismo y el neo-platonismo, consideraba a este mundo, que tan alegre y luminoso se le apareció en un tiempo, cual morada de tinieblas y de errores, y la existencia terrena como un período de prueba que nunca se pasaba demasiado de prisa». El nirvana es una noción helénica.

Así, cada uno por su lado, judíos y griegos, llegaron al verdadero descubrimiento de la muerte, que es el que hace entrar a los pueblos, como a los hombres, en la pubertad espiritual, la del sentimiento trágico de la vida, que es cuando engendra la humanidad al Dios vivo. El descubrimiento de la muerte es el que nos revela a Dios, y la muerte del hombre

perfecto, del Cristo, fué la suprema revelación de la muerte, la del hombre que no debía morir y murió.

Tal descubrimiento, el de la inmortalidad, preparado por los procesos religiosos judaico y helénico, fué lo específicamente cristiano. Y lo llevó a cabo sobre todo Pablo de Tarso, aquel judío fariseo helenizado. Pablo no había conocido personalmente a Jesús, y por eso le descubrió como Cristo. «Se puede decir que es en general la teología del Apóstol la primera teología cristiana. Era para él una necesidad; sustituíale, en cierto modo, la falta de conocimiento personal de Jesús», dice Weizsäcker *(Das apostolische Zeitalter der christlichen Kirche,* Freiburg i. B. 1892). No conoció a Jesús, pero le sintió renacer en sí, y pudo decir aquello de «no vivo en mí, sino en Cristo». Y predicó la cruz, que era escándalo para los judíos y necedad para los griegos (I. Cor. I. 23), y el dogma central para el Apostol convertido, fué el de la resurrección del Cristo; lo importante para él era que el Cristo se hubiese hecho hombre y hubiese muerto y resucitado, y no lo que hizo en vida; no su obra moral y pedagógica, sino su obra religiosa y eternizadora. Y fué quien escribió aquellas inmortales palabras: «Si se predica que Cristo resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros qué no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestra fe es vana... Entonces los que durmieron en Cristo se pierden. Si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres». (I. Cor. XV, 12-19.)

Y puede a partir de esto afirmarse que quien no crea en esa resurrección carnal de Cristo, podrá ser filócristo, pero no específicamente cristiano. Cierto que un Justino mártir pudo decir que «son cristianos cuantos viven conforme a la razón, aunque sean tenidos por ateos, como entre los griegos Sócrates y Heráclito y otros tales»; pero este mártir ¿es mártir, es decir, testigo de cristianismo? No.

Y en torno al dogma, de experiencia íntima pauliniana,

de la resurreción e inmortalidad del Cristo, garantía de la resurreción e inmortalidad de cada creyente, se formó la cristología toda. El Dios hombre, el Verbo encarnado, fué para que el hombre, a su modo, se hiciese Dios, esto es, inmortal. Y el Dios cristiano, el Padre del Cristo, un Dios necesariamente antropomórfico, es el que, como dice el Catecismo de la doctriua cristiana que en la escuela nos hicieron aprender de memoria, ha creado el mundo para el hombre, para cada hombre. Y el fin de la redención fue, a pesar de las apariencias por desviación ética del dogma propiamente religioso, salvarnos de la muerte más bien que del pecado, o de éste en cuanto implica muerte. Y Cristo murió, o más bien resucitó, por *mí*, por cada uno de nosotros. Y estableciόse una cierta solidaridad entre Dios y su criatura. Decía Mallebranche que el primer hombre cayó *para* que Cristo nos redimiera, más bien que nos redimió *porque* aquél había caído.

Después de Pablo rodaron los años y las generaciones cristianas, trabajando en torno de aquel dogma central, y sus consecuencias para asegurar la fe en la inmortalidad del alma individual, y vino el Niceno, y en él aquel formidable Atanasio, cuyo nombre es ya un emblema, encarnación de la fe popular. Era Atanasio un hombre de pocas letras, pero de mucha fe, y sobre todo, de la fe popular, henchido de hambre de inmortalidad. Y opúsose al arrianismo, que, como el protestantismo unitariano y soziniano amenazaba, aun sin saberlo ni quererlo, la base de esa fe. Para los arrianos, Cristo era ante todo un maestro, un maestro de moral, el hombre perfectísimo, y garantía por lo tanto de que podemos los demás llegar a la suma perfección; pero Atanasio sentía que no puede el Cristo hacernos dioses si él antes no se ha hecho Dios; si su divinidad hubiera sido por participación, no podría haberla participado. «No, pues—decía,—siendo hombre se hizo después Dios, sino que siendo Dios se hizo después hombre para que mejor nos deificara (θεοποιησῃ)» (Orat. I. 30). No era el Logos de los filósofos, el Logos cosmológico el que Atanasio cono-

cía y adoraba (1). Y así hizo se separasen naturaleza y revelación. El Cristo atanasiano o niceno, que es el Cristo católico, no es el cosmológico ni siquiera en rigor el ético, es el eternizador, el deificador, el religioso. Dice Harnack de este Cristo, del Cristo de la cristología nicena o católica, que es en el fondo docético, esto es, aparencial, porque el proceso de la divinización del hombre en Cristo se hizo en interés escatológico; pero ¿cuál es el Cristo real? ¿acaso ese llamado Cristo histórico de la exégesis racionalista que se nos diluye o en un mito o en un átomo social?

Este mismo Harnack, un racionalista protestante, nos dice que el arrianismo o unitarismo habría sido la muerte del cristianismo, reduciéndolo a cosmología y a moral, y que sólo sirvió de puente para llevar a los doctos al catolicismo, es decir, de la razón a la fe. Parécele a este mismo docto historiador de los dogmas, indicación de perverso estado de cosas, el que el hombre Atanasio, que salvó al cristianismo como religión de la comunión viva con Dios, hubiese borrado al Jesús de Nazaret, al histórico, al que no conocieron personalmente ni Pablo ni Atanasio, ni ha conocido Harnack mismo. Entre los protestantes, este Jesús histórico sufre bajo el escalpelo de la crítica mientras vive el Cristo católico, el verdaderamente histórico, el que vive en los siglos garantizando la fe en la inmortalidad y la salvación personales.

Y Atanasio tuvo el valor supremo de la fe, el de afirmar cosas contradictorias entre sí, «la perfecta contradicción que hay en el ομουσιος trajo tras de sí todo un ejército de contradicciones, y más cuanto más avanzó el pensamiento »dice Harnack. Sí, así fué, y así tuvo que ser. «La dogmática se despidió para siempre del pensamiento claro y de los conceptos sostenibles, y se acostumbró a lo contrarracional», añade. Es que se acostó a la vida, que es contrarracional y opuesta al

(1) Para todo esto véase, entre otros, Harnack, *Dogmengeschichte II, Theil I, Buch VII*, cap. 1.

pensamiento claro. Las determinaciones de valor, no sólo no son nunca racionalizables, son antirracionales.

En Nicea vencieron, pues, como más adelante en el Vaticano los idiotas—tomada esta palabra en su recto sentido primitivo y etimológico,—los ingenuos, los obispos cerriles y voluntariosos, representantes del genuino espíritu humano, del popular, del que no quiere morirse, diga lo que quiera la razón, y busca garantía, lo más material posible, a su deseo.

Quid ad aeternitatem? He aquí la pregunta capital. Y acaba el Credo con aquello de *resurrectionem mortuorum et vitam venturi saeculi,* la resurrección de los muertos y la vida venidera. En el cementerio, hoy amortizado, de Mallona, en mi pueblo natal, Bilbao, hay grabada una cuarteta que dice:

> Aunque estamos en polvo convertidos,
> en ti, Señor, nuestra esperanza fía,
> que tornaremos a vivir vestidos
> con la carne y la piel que nos cubría;

o como el Catecismo dice: con los mismos cuerpos y almas que tuvieron. A punto tal, que es doctrina católica ortodoxa la de que la dicha de los bienaventurados no es del todo perfecta hasta que recobran sus cuerpos. Quéjanse en el cielo, y «aquel quejido les nace—dice nuestro Fray Pedro Malón de Chaide, de la Orden de San Agustín, español y vasco (1)—de que no están enteros en el cielo, pues sólo está allá el alma, y aunque no pueden tener pena porque ven a Dios, en quien inefablemente se gozan, con todo eso parece que no están del todo contentos. Estarlo han cuando se vistieren de sus propios cuerpos.»

Y a este dogma central de la resurrección en Cristo y por Cristo corresponde un sacramento central también, el eje de la piedad popular católica, y es el sacramento de la Eucaristía. En él se administra el cuerpo de Cristo, que es pan de inmortalidad.

(1) «Libro de la conversión de la Magdalena», parte IV, cap. IX.

Es el sacramento genuinamente realista, *dinglich,* que se diría en alemán, y que no es gran violencia traducir material, el sacramento más genuinamente *ex opere operato,* sustituído entre los protestantes con el sacramento idealista de la palabra. Trátase, en el fondo, y lo digo con todo el posible respeto, pero sin querer sacrificar la expresividad de la frase, de comerse y beberse a Dios, al Eternizador, de alimentarse de Él. ¿Qué mucho, pues, que nos diga Santa Teresa que cuando estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, comulgando partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz para otra hermana, pensó que no era falta de forma, sino que le quería mortificar «porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas, no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño el pedacito?» Aquí la razón va por un lado, el sentimiento por otro. ¿Y qué importan para este sentimiento las mil y un dificultades que surgen de reflexionar racionalmente en el misterio de ese sacramento? ¿Qué es un cuerpo divino? El cuerpo, en cuanto cuerpo, de Cristo, ¿era divino? ¿Qué es un cuerpo inmortal e inmortalizador? ¿Qué es una sustancia separada de los accidentes? ¿Qué es la sustancia del cuerpo? Hoy hemos afinado mucho en esto de la materialidad y la sustancialidad; pero hasta Padres de la Iglesia hay para los cuales la inmaterialidad de Dios mismo no era una cosa tan definida y clara como para nosotros. Y este sacramento de la Eucaristía es el inmortalizador por excelencia y el eje, por lo tanto, de la piedad popular católica. Y si cabe decirlo, el más específicamente religioso.

Porque lo específico religioso católico es la inmortalización y no la justificación al modo protestante. Esto es más bien ético. Y es en Kant, en quien el protestantismo, mal que pese a los ortodoxos de él, sacó sus penúltimas consecuencias: la religión depende de la moral, y no ésta de aquélla, como en el catolicismo.

No ha sido la preocupación del pecado nunca tan angustio-

sa entre los católicos, o por lo menos, con tanta aparencialidad de angustia. El sacramento de la confesión ayuda a ello. Y tal vez es que persiste aquí más que entre ellos el fondo de la concepción primitiva judaica y pagana del pecado como de algo material e infeccioso y hereditario, que se cura con el bautismo y la absolución. En Adán pecó toda su descendencia, casi materialmente, y se trasmitió su pecado como una enfermedad material se trasmite. Tenía, pues, razón Renán, cuya educación era católica, al revolverse contra el protestante Amiel, que le acusó de no dar la debida importancia al pecado. Y en cambio, el protestantismo, absorto en eso de la justificación, tomada en un sentido más ético que otra cosa, aunque con apariencias religiosas, acaba por neutralizar y casi borrar lo escatológico, abandona la simbólica nicena, cae en la anarquía confesional, en puro individualismo religioso y en vaga religiosidad estética, ética o cultural. La que podríamos llamar «allendidad» *Jenseitigkeit,* se borra poco a poco detrás de la «aquendidad» *Diesseitigkeit.* Y esto, a pesar del mismo Kant, que quiso salvarla, pero arruinándola. La vocación terrenal y la confianza pasiva en Dios dan su ramplonería religiosa al luteranismo, que estuvo a punto de naufragar en la edad de la ilustración, de la *Aufklärung*, y que apenas si el pietismo, imbuyéndole alguna savia religiosa católica, logró galvanizar un poco. Y así resulta muy exacto lo que Oliveira Martins decía en su espléndida *Historia da civilasação iberica,* libro 4.°, cap. III; y es que «el catolicismo dió héroes y el protestantismo sociedades sensatas, felices, ricas, libres, en lo que respecta a las instituciones y a la economía externa, pero incapaces de ninguna acción grandiosa, porque la religión comenzaba por despedazar en el corazón del hombre aquello que le hace susceptible de las audacias y de los nobles sacrificios.» Cojed una Dogmática cualquiera de las producidas por la última disolución protestante, la del ritschleniano Kaftan, por ejemplo, y ved a lo que allí queda reducida la escatología. Y su maestro mismo, Albrecht Ritschl, nos dice:

«El problema de la necesidad de la justificación o remisión de los pecados sólo puede derivarse del concepto de la vida eterna como directa relación de fin de aquella acción divina. Pero si se ha de aplicar ese concepto no más que al estado de la vida de ultratumba, queda su contenido fuera de toda experiencia, y no puede fundar conocimiento alguno que tenga carácter científico. No son, por lo tanto, más claras las esperanzas y los anhelos de la más fuerte certeza subjetiva, y no contienen en sí garantía alguna de la integridad de lo que se espera y anhela. Claridad e integridad de la representación ideal son, sin embargo, las condiciones para la comprensión, esto es, para el conocimiento de la conexión necesaria de la cosa en sí y con sus dados presupuestos. Así es que la confesión evangélica de que la justificación por la fe fundamental lleva consigo la certeza de la vida eterna, es inaplicable teológicamente, mientras no se muestre en la experiencia presente posible esa relación de fin.» *(Rechtfertigung und Versöhnung,* III, cap. VII, 52). Todo esto es muy racional, pero...

En la primera edición de los *Loci communes,* de Melanchthon, la de 1521, la primera obra teológica luterana, omite su autor las especulaciones trinitaria y cristológica, la base dogmática de la escatología. Y el Dr. Hermann, profesor en Marburgo, el autor del libro sobre el comercio del cristiano con Dios (*Der Verkehr des Christen mit Gott*), libro cuyo primer capítulo trata de la oposición entre la mística y la religión cristiana, y que es, en sentir de Harnack, el más perfecto manual luterano, nos dice en otra parte (1), refiriéndose a esa especulación cristológica—o atanasiana,—que «el conocimiento efectivo de Dios y de Cristo en que vive la fe es algo enteramente distinto. No debe hallar lugar en la doctrina cristiana nada que no pueda ayudar al hombre a reconocer sus pecados, lo-

(1) En su exposición de la dogmática protestante en el tomo *Systematische christliche Religion*, Berlín, 1909, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*, publicada por P. Hinneberg.

grar la gracia de Dios y servirle en verdad. Hasta entonces (es decir, hasta Lutero), había pasado en la Iglesia como *doctrina sacra* mucho que no puede en absoluto contribuir a dar a un hombre un corazón libre y una conciencia tranquila». Por mi parte no concibo la libertad de un corazón ni la tranquilidad de una conciencia que no estén seguras de su perdurabilidad después de la muerte. «El deseo de la salvación del alma —prosigue Hermann—debía llevar finalmente a los hombres a conocer y comprender la efectiva doctrina de la salvación.» Y a este eminente doctor en luteranismo, en su libro sobre el comercio del cristiano con Dios, todo se le vuelve hablarnos de confianza en Dios, de paz en la conciencia y de una seguridad en la salvación, que no es precisamente y en rigor la certeza de la vida perdurable, sino más bien de la remisión de los pecados.

Y en un teólogo protestante, en Ernesto Troeltsch, he leído, que lo más alto que el protestantismo ha producido en el orden conceptual, es en el arte de la música, donde le ha dado Bach su más poderosa expresión artística. ¡En eso se disuelve el protestantismo, en música celestial! Y podemos decir, en cambio, que la más alta expresión artística católica, por lo menos española, es en el arte más material, tangible y permanente—pues a los sonidos se los lleva el aire—de la escultura y la pintura, en el Cristo de Velázquez, ¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos vida!

¡Y no es que el catolicismo abandone lo ético, no! No hay religión moderna que pueda soslayarlo. Pero esta nuestra es en su fondo y en gran parte, aunque sus doctores protesten contra esto, un compromiso entre la escatología y la moral; aquélla puesta al servicio de ésta. ¿Qué otra cosa es si no ese horror de las penas eternas del infierno que tan mal se compadece con la apocatastasis pauliniana? Atengámonos a aquello que la *Theologia deutsch*, el manual místico que Lutero leía, hace decir á Dios y es: «Si he de recompensar tu maldad, ten-

go que hacerlo con bien, pues ni soy ni tengo otra cosa.» Y el Cristo dijo: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que se hacen», y no hay hombre que sepa lo que se hace. Pero ha sido menester convertir a la religión, a beneficio del orden social, en policía, y de ahí el infierno. El cristianismo oriental o griego es predominantemente escatológico, predominantemente ético el protestantismo, y el catolicismo un compromiso entre ambas cosas, aunque con predominancia de lo primero. La más genuina moral católica, la ascética monástica, es moral de escatalogía enderezada a la salvación del alma individual más que al mantenimiento de la sociedad. Y en el culto a la virginidad no habrá acaso una cierta oscura idea de que el perpetuarse en otros estorba la propia perpetuación? La moral ascética es una moral negativa. Y en rigor, lo importante es no morirse, péquese ó no. Ni hay que tomar muy a la letra sino como una efusión lírica y más bien retórica, aquello de nuestro célebre soneto

> No me mueve, mi Dios, para quererte
> el cielo que me tienes prometido

y lo que sigue.

El verdadero pecado, acaso el pecado contra el Espíritu Santo que no tiene remisión, es el pecado de herejía, el de pensar por cuenta propia. Ya se ha oído aquí, en nuestra España, que ser liberal, esto es, hereje, es peor que ser asesino, ladrón o adúltero. El pecado más grave es no obedecer a la Iglesia, cuya infalibilidad nos defiende de la razón.

¿Y por qué ha de escandalizar la infalibilidad de un hombre, del Papa? ¿Qué más da que sea infalible un libro: la Biblia, una sociedad de hombres: la Iglesia, o un hombre solo? ¿Cambia por eso la dificultad racional de esencia? Y pues no siendo más racional la infalibilidad de un libro o la de una sociedad que la de un hombre solo, había que asentar este supremo escándalo para el racionalismo.

Es lo vital que se afirma, y para afirmarse crea, sirvién-

dose de lo racional, su enemigo, toda una construcción dogmática, y la Iglesia la defiende contra racionalismo, contra protestantismo y contra modernismo. Defiende la vida. Salió al paso a Galileo, e hizo bien, porque su descubrimiento en un principio, y hasta acomodarlo a la economía de los conocimientos humanos, tendía a quebrantar la creencia antropocéntrica de que el universo ha sido creado para el hombre; se opuso a Darwin, e hizo bien, porque el darwinismo tiende a quebrantar nuestra creencia de que es el hombre un animal de excepción, creado expreso para ser eternizado. Y por último, Pío IX, el primer pontífice declarado infalible, declaróse irreconciliable con la llamada civilización moderna. E hizo bien.

Loisy, el ex-abate católico, dijo: «Digo sencillamente que la Iglesia y la teología no han favorecido el movimiento científico, sino que lo han estorbado más bien en cuanto de ellas dependía, en ciertas ocasiones decisivas; digo, sobre todo, que la enseñanza católica no se ha asociado ni acomodado a ese movimiento. La teología se ha comportado y se comporta todavía, como si poseyese en sí misma una ciencia de la naturaleza y una ciencia de la Historia con la filosofía general de estas cosas que resultan de su conocimiento científico. Diríase que el dominio de la teología y el de la ciencia, distintos en principio y hasta por definición del concilio del Vaticano, no deben serlo en la práctica. Todo pasa poco más o menos como si la teología no tuviese nada que aprender de la ciencia moderna, natural o histórica, y que estuviese en disposición y en derecho de ejercer por sí misma una inspección directa y absoluta sobre todo el trabajo del espíritu humano.» (*Autour d'un petit livre,* pág. 211-212.)

Y así tiene que ser y así es en su lucha con el modernismo de que fué Loisy doctor y caudillo.

La lucha reciente contra el modernismo kantiano y fideísta es una lucha por la vida. ¿Puede acaso la vida, la vida que busca seguridad de la supervivencia, tolerar que un Loisy, sa-

cerdote católico, afirme que la resurrección del Salvador no es un hecho de orden histórico, demostrable y dèmostrado por el sólo testimonio de la Historia? Leed, por otra parte, en la excelente obra de E. Le Roy, *Dogme et Critique,* su exposición del dogma central, el de la resurrección de Jesús, y decidme si queda algo sólido en que apoyar nuestra esperanza. ¿No ven que más que de la vida inmortal del Cristo, reducida acaso a una vida en la conciencia colectiva cristiana, se trata de una garantía de nuestra propia resurrección personal, en alma y también en cuerpo? Esa nueva apologética psicológica apela al milagro moral, y nosotros, como los judíos, queremos señales, algo que se pueda agarrar con todas las potencias del alma y con todos los sentidos del cuerpo. Y con las manos y los pies y la boca, si es posible.

Pero ¡ay! que no lo conseguimos; la razón ataca, y la fe, que no se siente sin ella segura, tiene que pactar con ella. Y de aquí vienen las trágicas contradicciones y las desgarraduras de conciencia. Necesitamos seguridad, certeza, señales, y se va a los *motiva credibilitatis,* a los motivos de credibilidad, para fundar el *rationale obsequium,* y aunque la fe precede a la razón, *fides praecedit rationem,* según San Agustín, este mismo doctor y obispo quería ir por la fe a la inteligencia, *per fidem ad intellectum,* y creer para entender *credo ut intelligam.* Cuán lejos de aquella soberbia expresión de Tertuliano: *et sepultus resurrexit, certum est quia impossibile est!* «y sepultado resucitó; es cierto porque es imposible», y su excelso: *credo quia absurdum!* escándalo de racionalistas. ¡Cuán lejos del *il faut s'abêtir,* de Pascal, y de aquel «la razón humana ama el absurdo», de nuestro Donoso Cortés, que debió de aprenderlo del gran José de Maistre!

Y buscóse como primera piedra de cimiento la autoridad de la tradición y la revelación de la palabra de Dios, y se llegó hasta aquello del consentimiento unánime. *Quod apud multos unum invenitur non est erratum, sed traditum,* dijo Tertuliano, y Lamennais añadió, siglos más tarde, que «la certeza,

principio de la vida y de inteligencia... es, si se me permite la expresión, un producto social» (1). Pero aquí, como en tantas otras cosas, dió la fórmula suprema aquel gran católico del catolicismo popular y vital, el conde José de Maistre, cuando escribió: «no creo que sea posible mostrar una sola opinión universalmente útil que no sea verdadera» (2). Esta es la fija católica: deducir la verdad de un principio de su bondad o utilidad suprema. ¿Y qué más útil, más soberanamente útil, que no morírsenos nunca el alma? «Como todo sea incierto, o hay que creer a todos o a ninguno», decía Lectancio; pero aquel formidable místico y asceta que fué el Beato Enrique Suso, el dominicano, pidióle a la eterna Sabiduría una sola palabra de qué era el amor; y al contestarle: «Todas las criaturas invocan que lo soy», replicó Suso, el servidor: «Ay, Señor, eso no basta para un alma anhelante.» La fe no se siente segura ni con el consentimiento de los demás, ni con la tradición, ni bajo la autoridad. Busca el apoyo de su enemiga la razón.

Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella su criada, la *ancilla theologiae,* la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona. La escolástica, magnífica catedral con todos los problemas de mecánica arquitectónica resueltos por los siglos, pero catedral de adobes, llevó poco a poco a eso que llaman teología natural, y no es sino cristianismo despotencializado. Buscóse apoyar hasta donde fuese posible racionalmente los dogmas; mostrar por lo menos que si bien sobre-racionales, no eran contra-racionales, y se les ha puesto un basamento filosófico de filosofía aristotélico-neoplatónica-estoica del siglo XIII; que tal es el tomismo, recomendado por León XIII. Y ya no se trata de hacer aceptar el dogma, sino su interpretación filosófica medieval y tomista. No basta creer que al tomar la hostia consagrada se toma el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo; hay que pasar por

(1) *Essai sur l'indifférence en matière de religion.* III partie, chap. II.
(2) *Les soirées de Sain-Pétersbourg*, Xe *entretien.*

todo eso de la transustanciación, y la sustancia separada de los accidentes, rompiendo con toda la concepción racional moderna de la sustancialidad.

Pero para eso está la fe implícita, la fe del carbonero, la de los que, como Santa Teresa *(Vida,* cap. XXV, 2), no quieren aprovecharse de teología. «Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder», como se nos hizo aprender en el catecismo. Que para eso, entre otras cosas, se instituyó el sacerdocio, para que la Iglesia docente fuese la depositaria, depósito más que río, *reservoir instead of river,* como dijo Brooks, de los secretos teológicos. «La labor del Niceno—dice Harnack *(Dogmengeschichte,* II, 1, cap. VII, 3)—fué un triunfo del sacerdocio sobre la fe del pueblo cristiano. Ya la doctrina del Logos se había hecho ininteligible para los no teólogos. Con la erección de la fórmula nicenocapadocia como confesión fundamental de la Iglesia, se hizo completamente imposible a los legos católicos el adquirir un conocimiento íntimo de la fe cristiana según la norma de la doctrina eclesiástica. Y arraigóse cada vez más la idea de que el cristianismo era la revelación de lo ininteligible.» Y así es en verdad.

Y ¿por qué fué esto? Porque la fe, esto es: la vida, no se sentía ya segura de sí misma. No le bastaba ni el tradicionalismo ni el positivismo teológico de Duns Escoto; quería racionalizarse. Y buscó a poner su fundamento, no ya contra la razón, que es donde está, sino sobre la razón, es decir, en la razón misma. La posición nominalista o positivista o voluntarista de Escoto, la de que la ley y la verdad dependen, más bien que de la esencia, de la libre e inescudriñable voluntad de Dios, acentuando la irracionalidad suprema de la religión, ponía a ésta en peligro entre los más de los creyentes dotados de razón adulta y no carboneros. De aquí el triunfo del racionalismo teológico tomista. Y ya no basta creer en la existencia de Dios, sino que cae anatema sobre quien, aun creyendo en ella, no cree que esa su existencia sea por razones demos-

trables o que hasta hoy nadie con ellas la ha demostrado irrefutablemente. Aunque aquí acaso quepa decir lo de Pohle: «Si la salvación eterna dependiera de los axiomas matemáticos, habría que contar con que la más odiosa sofistería humana habríase vuelto ya contra su validez universal con la misma fuerza con que ahora contra Dios, el alma y Cristo» (1).

Y es que el catolicismo oscila entre la mística que es experiencia íntima del Dios vivo en Cristo, experiencia intrasmisible, y cuyo peligro es, por otra parte, absorber en Dios la propia personalidad, lo cual no salva nuestro anhelo vital, y entre el racionalismo a que combate (v. Weizsäcker, obra citada), oscila entre ciencia religionizada y religión cientificada. El entusiasmo apocalíptico fué cambiando poco a poco en misticismo neoplatónico, a que la teología hizo arredrar. Temíase los excesos de la fantasía, que suplantaba a la fe creando extravagancias gnósticas. Pero hubo que firmar un cierto pacto con el gnosticismo y con el racionalismo otro; ni la fantasía ni la razón se dejaban vencer del todo. Y así se hizo la dogmática católica un sistema de contradicciones, mejor o peor concordadas. La Trinidad fué un cierto pacto entre el monoteísmo y el politeísmo, y pactaron la humanidad y la divinidad en Cristo, la naturaleza y la gracia, ésta y el libre albedrío, éste con la presciencia divina, etc. Y es que acaso, como dice Hermann *(loco citato)*, «en cuanto se desarrolla un pensamiento religioso en sus consecuencias lógicas, entra en conflicto con otros que pertenecen igualmente a la vida de la religión». Que es lo que le da al catolicismo su profunda dialéctica vital. Pero ¿a qué costa?

A costa, preciso es decirlo, de oprimir las necesidades mentales de los creyentes en uso de razón adulta. Exígeseles que crean o todo o nada, que acepten la entera totalidad de la dogmática, o que se pierda todo mérito si se rechaza la mínima

(1) Joseph Pohle: *Christlich Katolische Dogmatik*, en la *Systematische christliche Religion*. Berlín, 1909, de la colección *Die Kultur dar Gegenwart*.

parte de ella. Y así resulta lo que el gran predicador unitariano Channing decía (1), y es que tenemos en Francia y España multitudes que han pasado de rechazar el papismo al absoluto ateísmo, porque «el hecho es que las doctrinas falsas y absurdas, cuando son expuestas, tienen natural tendencia a engendrar escepticismo en los que sin reflexión las reciben, y no hay quienes estén más prontos a creer demasiado poco que aquellos que empezaron por creer demasiado *(believing too much)*». Aquí está, en efecto, el terrible peligro, en creer demasiado. Aunque no! el terrible peligro está en otra parte, y es en querer creer con la razón y no con la vida.

La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y por lo tanto a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón. Y ésta tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida. No sirve querer forzarse a reconocer sobre-racional lo que claramente se nos aparece contra-racional, ni sirve querer hacerse carbonero el que no lo es. La infalibilidad, noción de origen helénico, es en el fondo una categoría racionalista.

Veamos ahora, pues, la solución, o mejor, disolución racionalista o científica de nuestro problema.

MIGUEL DE UNAMUNO

(1) *Objections to unitarian Christianity considered*, 1819, en *The complete works of William Ellery Channing, D. D.* London, 1884.

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

XLVIII

Primer homicidio presenciado.

Una tarde de verano venía con la escuela repartiendo chicos por las casas, cuando al pasar por la plaza del Castillo vimos un gran corro de gentes en actitud muy agitada; la escuela en pleno se dispersó, a pesar de los gritos y voces del pobre ayo D. José Vivanco. Cada chico, y yo uno de tantos, se dirigió al corro, procurando meter la cabeza por los intersticios del gentío; en tal empeño estaba, cuando de pronto se abrió un ancho portillo en el círculo por el mismo punto por donde yo quería penetrar, quedándome solo, cual piedra miliar en una vía romana.

En el gran espacio del roto círculo, un hombre revolcándose en su sangre; hacia mí, otro descalzo, remangado de piernas y brazos, que huye con un cuchillo sangriento, rompe el círculo con nuevo amago de salir, y al encontrarme en la línea de la huída, pone el puño del arma en mi hombro, me derriba y sigue veloz su carrera.

Tal fue el primer homicidio presenciado. Esto sí que no se olvida como la escritura de las planas; no se olvida ni en sus más ínfimos detalles.

El muerto estaba bien vestido a modo de hombre jaquetón. El matador debía de ser un pescadero, a juzgar por su calzón de lienzo y su camisa despechugada, los brazos y piernas arremangados y el desuso de zapatos. Tengo en los oídos el chapalateo de sus plantas al herir el suelo en la carrera y un *ris* grujiente de sus muslos al rozar entre sí y ladear el cuerpo para salvar el pequeño obstáculo de mi presencia en la línea de su fuga.

Nada tan frecuente por aquellos tiempos como el espectáculo de las peleas con esas terribles armas cortas. Lo trágico tiene sus atractivos, y más para aquellas sociedades que por teatro conocían únicamente la plaza de toros. Así, cualquier pelea de estas formaba *incontinenti* un espeso círculo de ansiosos espectadores. A ninguno se le ocurría apaciguar a los contendientes ni llamar a la guardia, lo primero, por demasiado peligroso; lo segundo, por inútil: la guardia era una, en el cuartel de realistas o de milicianos, y estaba demasiado lejos.

En este particular han variado mucho las costumbres; para ser justos, debe decirse que en mejora y en empeoramiento. En mejoría, porque dichas peleas no son tan frecuentes, porque el público grita al menos para impedirlas, porque hay policía que suele acudir y evitar muchas desgracias. En peoría, porque, en cambio, aquellas luchas, verdaderos desafíos, observaban sus reglas de igualdad y cierta honradez. Luchábase frente a frente, cuerpo a cuerpo, con armas iguales, por más que fueran aleves. Pero consideraban deshonrosa la verdadera alevosía; no atacaban hasta que su adversario no estuviese con su navaja abierta y preparada. Esta ventaja, al menos, no se le puede negar al matonismo. Luego que los tiempos, la policía y la Guardia civil concluyeron con los barateros y matones, vinieron a sustituirlos los *pinchos*, los *madrugadores*, gentecilla cobarde y despreciable que por entonces cuidaban de exterminar a zarpazos los que gozaban plaza de verdaderos valientes.

El suceso no dejó de servirme de lección: desde entonces he

procurado huir de todo sitio y ocasión de peligro, y nada me parece más insensato que arrostrarlo por curiosidad.

Como barbas mayores quitan menores, el susto de ver al homicida sobre mí, el peso de su mano y el cabo del cuchillo que me derribó, apagaron el horror de la sangre ajena.

Ese horror lo experimenté poco tiempo después, hallándome al balcón de mi casa. En la esquina de enfrente se hallaba situada la taberna del Toro, así llamada por uno grande, negro, pintado en la pared sobre fondo de almazarrón.

Era el tabernero un montañés entrado en años y sumamente obeso, cuya circunstancia fue su perdición. Teniendo los montañeses que habérselas a menudo con gente maleante y bebida, no hay que decir si su oficio es peligroso; pero el gremio, por propio instinto, ha discurrido una táctica defensiva y ofensiva particular. El mostrador les sirve de trinchera, y una cachiporra de acebuche de arma la más eficaz contra cuchillo y navaja. Todo consiste en alguna serenidad. El mostrador corta y destruye el medio de proporción que el arma corta necesita para herir, y todo consiste en largar el garrotazo cuando el contrario llega al mostrador. Con esto, descalabradura segura, atontamiento y dejar al enemigo fuera de combate.

La obesidad del montañés, en la ocasión del suceso, diósela al mal parroquiano para acertarle una degolladura, y que por ella se le escaparan sangre y vida. Acudieron al socorro, que fue el socorro de España. En una silla lo sacaron de la tienda, para llevarlo al hospital. Así le vi, con su enorme papada, tan péndula como la de un cerdo y tajada con un boquerón que daba espanto, boquete por el cual salía la sangre a borbotones, sin dar tiempo para que el herido llegase vivo a la esquina opuesta. ¿Quién me hubiera dicho entonces que, andando el tiempo, nada me hubiese sido tan fácil como detener aquella sangre y salvar al moribundo?

De todas suertes, la escena dejó debilitada mi sensibilidad para los espectáculos sangrientos. Al primer herido que tuve necesidad de socorrer, me acometió un desmayo; y el horror a

la sangre no ha influído poco para buscar y obtener los medios de que se pierda la menos posible en las operaciones que ejecuto.

XLIX

Vida y muerte de un notario.

Cuando mi padre me sacaba de paseo, solía llevarme a casa de sus amigos. A la que más me agradaba ir, no sé por qué, era a la del notario R.; tenía aquella casa cierto atractivo, cierta belleza.

Angulo opuesto por el vértice de la escuela de D. Diego, en otra esquina a las calles de Palacios y Nevería, hallábase una ermita que, aun hoy, abandonada, se denuncia por mohosa campanuela durmiendo en mezquina torrecilla de espadaña. Pegada a la ermita existía la casa del notario.

Zaguán empedrado de menudas chinas y vértebras de cordero, dibujando grecas y círculos. Portón sin cordelillo, pero con un postigo enrejado por el que asomaba la punta de la nariz un ama vieja que reconocía prolijamente, antes de abrir, a quien tocase el aldabón. Dentro, antes del patio, un corredor o galería, con dos arcos de ladrillo descansando en una columna central; de frente, otra galería gemela. A uno y otro lado, un arriate corrido, con macetas o tiestos bien cuidados, de claveles y rosales. En el arriate nacidos, troncos de jazmines y otras enredaderas, una de las cuales daba unas a modo de calabacitas, en figura ya de peras, ya como enanas de peregrino. Entre arriates y galerías quedaba el patio casi cuadrado, de buenas proporciones, crujiente de limpio, tan finamente empedrado y dibujado como el zaguán. En el centro del patio, un pozo con brocal y arca de reja, carrillo o polea de hierro y sus correspondientes soga y cubo.

El notario solía recibirnos sentado en un sillón de vaqueta; el ama, a la derecha, a poca distancia, en una silla baja. El, con gorro de seda negra, chaqueta grande y chaleco ne-

gro abotonado hasta el cuello; los pies con zapatos de orillo, sobre una zalea. Ella, con jubón de cúbica y saya oscura de percal, teniendo en la falda un perrito dogo muy gruñón, ladrador y mal criado.

La decoración era bonita, florida, verde, fresca, limpia; contrastaba con la sequedad de la vejez y con el mal humor del doguillo. Lo que puedo decir es que aquello me gustaba. Además, dábanme licencia para que cogiese calabacillas, y hasta me regalaban rosas y claveles para mi madre.

La visita tampoco era enojosa por larga; se reducía a preguntar mi padre por el estado de un negocio o por el resultado de alguna diligencia. Parecía la casa la mansión del sosiego; si no fuese por el miedo que a los ladrones veíase en el ama y en el notario, para gozar de paz, allí mejor que en un convento.

Viejo el escribano, no menos añosa el ama, sucedió lo que había de suceder: murió el ama, y a poco vino una apoplejía a visitar al notario. Del primer empuje quedó sin habla y turulato; pero por una hora readquirió el conocimiento. Sabido el accidente por sus relaciones, acudieron al socorro, y mi padre como el más inmediato conocido. El notario quería hablar, y no podía; quería escribir, y su mano se negaba. Traslucía inquietud y vehemente deseo de decir alguna cosa. Aunque notario, no tenía hecho testamento, y así murió.

Careciendo de familia, por lo mismo que curial, echóse la curia encima; cerraron el protocolo y se inventarió.

—El compañero debía tener dinero, y no parece; sólo se han encontrado seis pesetas en el cajón de la escribanía, y una esportilla con cuartos.

Esto decía un escribano, proponiendo que se levantaran los enladrillados. Ya iban a comenzar, escarbando los arriates, cuando otro escribano que había estado cuidando del enfermo dijo:

—El compañero, cuando no podía hablar ni escribir, señalaba en su fatiga hacia el patio.

A tal idea, todos se asomaron a él, y como en su centro estaba el pozo, a una, la curia entera dijo:

—Que se registre el pozo.

Un viejo alguacil salió a la calle y echó el guante al primero que topó con trazas para el caso.

Hiciéronle bajar por la cuerda del pozo, atada a la cintura, con un martillo y un farol. Fue registrando de arriba a abajo, sonando las paredes con el martillo. A una vara sobre el nivel del agua, el martillo dió en un punto sonido a hueco, lo que le hizo gritar:

—¡Aquí hay una piedra falsa!

—¡Quítela usted y registre!—le contestaron desde arriba.

En efecto, así lo hizo. Metió con ansia la mano, y penetró en un hueco: en él tocó maderas como de cajones; procuró asir uno, pero el peso lo inmovilizaba. Creció la expectación ansiosa, y hasta el Corregidor quería echarse al pozo.

Por fin, con nuevas cuerdas y mayores auxilios, vino arriba el primer cajón. Con general impaciencia, poco tardó en saltar la tapa, mostrando su contenido de duros mexicanos. El segundo cajón encerraba también plata acuñada y algunas monedas de oro. El tercero llevó al colmo la sorpresa: contenía cálices, patenas, vinajeras de oro, un pectoral, una cruz episcopal y una mitra bordada en oro, con perlas y piedras preciosas.

Hasta el segundo cajón, la cosa se explicaba bien: los ahorros de toda la vida del notario. Pero, ¿y el tercero? Aquí las caras se alargaban y las bocas se abrían, sobre el fondo de emoción que los hallazgos producen. Un rostro, entre los demás, variaba, ofreciendo cierta expresión ladina.

Así, pasado el primer momento de sorpresa, exclamó el Corregidor:

—¡Pero, señor! ¿Qué significa esto?

A lo que el viejo alguacil contestó, con sorna:

—Pues nada, señor: *¡el tesoro de Pichardo!*

L

El tesoro de Pichardo.

Pocos quedarán ya sobre la tierra que puedan comprender la contestación del alguacil. Esto obliga a una digresión.

En la calle del Ganado, acera frente a la plaza de abastos del Puerto de Santa María, y un tanto más a la derecha, existía la capilla de un Cristo milagroso: capilla y Cristo han desaparecido.

Yo me asomaba al pasar; más que para rezar al Cristo, por ver el enorme trabuco de *Pichardo,* puesto en la capilla como el más importante de todos los milagros y trofeos.

¿Quién era ese *Pichardo,* y por qué estaba su trabuco en la capilla?

El nombre de *Pichardo* y la circunstancia de poseer un trabuco naranjero, ya habrán dado en la nariz que huele a personaje maleante.

Éralo y mucho. Si no ha pasado al romancero de los *guapos,* es porque no hay justicia en la tierra.

Desde el último tercio del siglo que pasó, hasta los primeros años del presente, *Pichardo* fue el ladrón más *echao palante* que pisó los campos de Andalucía.

Desdeñábase de mandar partida: él solo se bastaba y sobraba para hacer lo que cincuenta de pelo en pecho.

Paraba con su trabuco y desvalijaba diligencias y conductas; echaba boca abajo a una compañía de escopeteros, y obligaba al cabo y cuatro números a que llevasen por delante los objetos robados hasta el sitio que *Pichardo* quería.

Estaba pregonado y vuelto a pregonar. Eso le importaba un bledo, pues así y todo, iba (con su trabuco, por supuesto) a la plaza a ver los toros las veces que le daba la gana, y era padrino de bautismo de cuantos chicos parían sus numerosas comadres.

Andando el tiempo, parecerá inverosímil que un hombre solo pueda burlarse así de la sociedad y de las autoridades, y cometer impunemente tantas fechorías. Hoy no, que aún vemos Ejército y Guardia civil quedar impotentes en la persecución del *Bizco* y tantos otros.

Entre los robos de *Pichardo,* uno hizo más ruido que los otros; no porque denotara mayor valor o atrevimiento, sino por la calidad del desvalijado. Tratábase de una conducta fuertemente custodiada, a quien dió el alto al trasponer el cerro de Buenavista, atando a conductores y custodios, y apoderándose del rico botín. Consistía éste en los caudales y alhajas de un obispo de México, que de Cádiz dirigíase a Madrid. Como cosa sagrada, de la Iglesia, el hecho levantó más polvareda que los de otras ocasiones, recrudeciéndose con ese motivo la ineficaz persecución.

Si solitario, *Pichardo* no lo era tanto como parecía. Desde luego, era corresponsal respetable y respetado de todos los capitanes de bandidos que discurrían más allá de Jerez hasta la corte, incluyendo Extremadura y la sierra de Toledo.

Era la llave maestra de los seguros contra el robo a mano armada. Las grandes maestras de las meretrices gaditanas recibían el dinero por los pases de *Pichardo,* y con tan seguro pasaporte se podía andar por los caminos como se navega sobre una balsa de aceite. Los indianos que volvían a España, al desembarcar en Cádiz, ya lo sabían: así fuesen graves oidores o respetables capitalistas, dejábanse conducir en calesa por las señoras del oficio, e iban a dar gracias en el convento del Carmen, por el feliz arribo; dadas ya gracias a Dios, se entregaban con delicia a los diablillos.

A la verdad, si bien por su dinero, no dejaban de ser tratados a cuerpo de rey, mejor que en las fondas actuales; además, la maestra les proporcionaba, por cantidad convenida, el pasaporte de *Pichardo.*

El Obispo debió ir al palacio del mitrado y no andar en

esos trotes, cayendo de esta suerte bajo el poder del trabuco del bandido.

Pero, al fin, como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, entrando una mañana nuestro *Pichardo* hecho un brazo de mar por la calle del Ganado, con capa terciada y trabuco bajo el brazo, al guarda de la plaza, que había tomado el aguardiente con exceso, le dió la tentación de ser valiente. Y como tuviese en mano su negra escopetucha y viese a doce pasos el contoneo provocativo de *Pichardo* vuelto de espaldas, le hizo la mano, dando gusto al dedo, dejándole atravesado de un balazo.

Por caer allí, frente a la capilla, consideróse asunto milagroso; y, para certificarlo, quedó como testigo el trabuco.

Explíquese el lector ahora el miedo del notario y el ama a los ladrones, y el género de relaciones que entre el héroe y el curial debieron de existir.

LI

«Todo conde o marqués nace hombre.»

A fines del otoño de 1833, fueron invadidas por el cólera varias poblaciones de Andalucía. La estación, bastante adelantada, fue motivo para que si en algunas produjera estragos la epidemia, se escapara medianamente en las más. Pero llegó el verano del 34, y el azote fue severo. Tan estúpido me tenía la escuela, que apenas me impresionó; casi me alegré, porque se cerraron las escuelas y se prolongaron las vacaciones.

Recuerdo el terror de los vecinos, la casa cerrada de los Porras: casa principal, de una familia rica de ese nombre, y que toda pereció.

Recuerdo también la persecución de los médicos, «tan brutos que a ninguno curaban: lo mismo era recetar un *agua blan-*

ca (¡el inocente cocimiento blanco!), que ya estaba el enfermo en el otro mundo».

También resuena todavía en mis oídos la trompeta de la fama que pregonaba las prodigiosas curaciones conseguidas por un *brujo* que, apiadada, la Providencia deparó entonces a los infelices apestados.

Pero, ciertamente, no era nada de esto lo que me preocupaba.

Mi señor padre tenía sus opiniones científicas. En esto de Medicina, siempre fue escéptico. Pero no un escéptico como se quiera, de esos prudentes que se reducen a no creer y sonreirse de los creyentes cándidos, sino un escéptico brioso, acusador y denostador de la doctrina y sus ministros. La Medicina, para él, no era ciencia ni nada; los médicos, unos animales de bellota. En cambio, él hacía sus composiciones de lugar, y hasta inventaba sus teorías, más o menos originales. Poníase colorado, con la fe de un neófito, asegurando que el cólera era una invasión de animalillos que andaban volitando por el aire, los cuales no se veían por ser incoloros y pequeñísimos; que se metían por la boca, anidando en el estómago y los intestinos, produciendo así sus estragos de vómitos, fatigas y diarreas.

A partir de esos principios, discurrió el remedio: no contando con una escoba para barrerlos, parecióle muy pertinente el sistema de Le Roy, con sus vomitivos y purgantes. La medicina se la aconsejaba a todo el mundo; quiso aplicarla a la familia; pero como mi madre se ponía hecha una furia, tuvo que transigir. Cesó en su empeño respecto a mujer e hijos, y se redujo a preservarse a sí mismo, tomando por la mañana un *vomi,* y al día siguiente un buen purgante.

Mientras más arreciaba el cólera, más apretaba su profilaxis; con lo que los intestinos no eran tripas, sino boca de caño, hasta el punto de dudar si, no obstante esa escoba, quedarían bichos por barrer y estaba ya acometido de la epidemia.

Entre sustos y pérdidas, llegó al estado de esqueleto; has-

ta sin medicina vomitaba los alimentos, y le cogieron síncopes tras síncopes. Lloraba mi madre, quería llamar a un médico.

—¡No me traigas esos brutos!—gritaba mi padre.

Pero, al fin, en fuerza de desmayos, perdió hasta la energía contra aquéllos. Vino el viejo D. José Grajales, quien, con mucho trabajo y no menos paciencia, pudo enderezar el carro y sacarlo del atolladero.

Apenas empezó a cundir la alarma epidémica, se marcharon los criados, quedando sola mi buena madre para atender a todo, incluso a las resultas del régimen preventivo.

No había quien fuese a la plaza: mi padre, tambaleándose y hecho un esqueleto; mi madre, desarreglada como quien anda en la cocina y el lavado, cuidando de sus hijos y de la casa; mis hermanas eran pequeñas; yo, aunque el 34 contaba siete años, resultaba el único disponible para salir a la calle y traer el pan, la carne y otros comestibles.

Y a esto voy: a la violencia que me costaba desempeñar tales menesteres.

¿De dónde diantres me vendría aquella repugnancia, aquel orgullo? La verdad, es preciso confesarlo.

Pues no venía de la educación: mi familia era modesta; las circunstancias, humildes. Mi padre solía tararear a menudo el himno de Riego, y aun cantarlo más o menos en voz alta, según las circunstancias; y su copla favorita era la siguiente:

Todo conde o marqués nace hombre,
Los dictados vinieron después;
Por sus prendas al hombre apreciemos,
No tan sólo por conde o marqués.

Sobre lo de la copla, era realmente un demócrata anticipado. En su hermosura distinguida mezclaba simpática llaneza. De mi *impatismo* ya dejo notado el origen páginas atrás; ahora conviene observar el hecho de reproducirse con ocasión de desempeñar un oficio doméstico.

Lo que es canasto al brazo, eso no lo logró mi madre; una talega, y con trabajo. En ella traía el pan, y luego la carne, y después las cosas de tienda o las verduras, prefiriendo hacer varios viajes a uno solo; y no por el peso, sino porque un taleguillo medio vacío resultaba menos indecoroso que transportar un saco lleno. Además, conteniendo poca cosa, me permitía correr con él haciéndole describir círculos a modo de jugueteo.

Lo que más me quemaba, era la maldita alcuza. Había que llevarla con el brazo tieso para que no se derramase; a la vez, su figura cónica descarada, no había medio de disimularla. De modo que es cual si fuese metiendo a todo el mundo por las narices aquella ignominia. Digo que me sentía como si al dios Marte le hubieran puesto una papalina, como D. Diego en verse maestro de instrucción primaria.

¡Bien merece meditar sobre el asunto!

Es dudoso que existan ideas innatas; pero es menos dudoso que existan nociones innatas; y ya no es problemático, sino evidente, que existen sentimientos innatos, como congénitos son los ojos, los oídos y los nervios. Esos sentimientos proceden del modo o aptitud de la sensibilidad subjetiva, y esto se hereda por perfecto atavismo. Desde siglos atrás, los españoles tenemos un atávico sentimiento enfermo acerca del decoro; enfermedad que se manifiesta por muchos síntomas y bajo diversos aspectos, siendo uno de ellos el que origina la creencia de que el trabajo es cosa de esclavos, villanos, pecheros y gente baja. Mientras dure esta enfermedad o preocupación, es imposible que nuestro pueblo sea feliz.

Y si he traído a cuento esta mi observación autógena, no es con otro propósito que con el de llamar la atención de los educadores, para que pongan sus cinco sentidos en corregirla, combatirla y modificarla en los educandos.

Está el vicio tan arraigado en las clases altas como en las más humildes. Así, existe horror al trabajo, no sólo por pereza, sino porque se cree que humilla. Ved a un menestral a

quien favorece la fortuna y se hace rico. Si fue albañil, todo su empeño consistirá en abandonar el oficio y hacer olvidar que hizo mezclas y raspó ladrillos. Si zapatero, dejará la tienda, y procurará hacer entender a todos que es un propietario.

Otro efecto de tan ridícula manía es el de sobrecargar las clases improductoras a expensas de las productoras. No hay lavandera que no suspire por convertir a su hijo en padre cura o empleado o médico, así sea un animal, producto del jolgorio con un soldado.

Apenas el carnicero se ve con un duro sobrante, allá va con su hijo para Bachiller y Doctor *in utroque*. Labrador, ganadero, como no sea sirviente a secas, no vivirá contento si su hijo deja de ir para oficial de artillería o a un empleíto, cuando no otra cosa. Así va resultando una llamada clase media exuberante, improductiva, hambrienta, parladora, rapada de saber, pretendiente y pretenciosa o presumida.

No es justo ni conveniente volver a las cortapisas de antaño, cuando para ser marino o artillero se exigían *pruebas*. Pero el caso es que en mi tiempo se ha pasado de un régimen absurdo, aunque tenía su ponderación y su equilibrio, a otro más racional y justo, pero de cuya libertad se abusa.

La instrucción primaria era, según dejamos advertido páginas atrás, para el uso de la Iglesia: para frailes y sacerdotes. Luego se agregaba algún contingente para golillas, militares y covachuelistas. Los demás no necesitaban letras: si caballeros, por caballeros; si pecheros, por pecheros.

Ya en mi niñez, sin mejorarse la educación y la instrucción en el fondo ni en la forma, fuimos a las primeras letras para pasar a la segunda enseñanza y de ésta a los estudios mayores. Así, en sesenta años del siglo hemos abarrotado a España de abogados, médicos, oficiales de mar y tierra, ingenieros, arquitectos, catedráticos, empleados, etc.; y de tal suerte y en tal número, que constituyen un verdadero conflicto y una crisis social, el proletariado de levita o de uniforme.

LII

Un conciliábulo frailuno.

El cólera cesó en las proximidades del invierno. Llegó la Nochebuena, y me mandaron a Jerez, con gran contentamiento mío, a que pasara el mes de vacaciones.

El lector conoce los vínculos de parentesco que existían entre la familia de D. Ramón de Torres y D. Tomás de Castro; y cómo el último era a la par comandante de realistas y jefe civil de los absolutistas de Jerez.

Tenía dos hijas y un hijo, que contaba mi edad próximamente. Ya éramos amigos, de años antes; cuando yo estaba en Jerez, venían ellos a casa de los Torres a comer y jugar conmigo; y, por mi parte, iba con frecuencia a la de D. Tomás.

A cosa de medio día, enredábamos por corredores y patio según uso y costumbre, cuando por la galería alta asomó don Tomás a imponernos silencio.

Este señor, severo y algo cejijunto con sus hijos, quizá por seguir el antiguo régimen de educación paterna, era conmigo tan indulgente que rayaba en débil; así, cuando las hijas, el hijo y aun la madre querían pedirle alguna cosa me echaban de intermediario. Extrañamos, pues, que nos llamase al orden. Nos quedamos quietos y silenciosos. Como tal situación era anormal en los pocos años, decidimos irnos a jugar a unas habitaciones altas y lejanas; mas, como para ello tuviésemos que pasar por la galería alta, lo hicimos callandito y de puntillas.

Antes de llegar a la línea de la puerta de la sala, vimos que estaba casi entornada y que salía un rumor de voces desconocidas, como el zumbar de las moscas en verano. Curioso como chico, y aún más por idiosincrasia, hice señas a los colegas

para que se detuviesen; hurtándome cuanto fue posible, y agachado, asomé un ojo por la rendija.

¡Lo que vi me puso carne de gallina!

En cada sillón, sentado un fraile reverendo; en el sofá, don Tomás; y a cada lado de él, otro reverendo de marca mayor. Desde el de Santo Domingo, no había cosa que me produjera más miedo que un fraile. ¡Calcúlese el que me daría al ver tantos reunidos!

Separé de la raja la cabeza y la volví para hacer señas de silencio a mis amigos: si bien me embargaba el miedo, todavía el estímulo de la curiosidad llevóme a poner oído.

Hablaban con interés, pero en voz más baja de la natural; y lo que faltaba de entonación, lo suplían con gesticulaciones. Me quedé en ayunas y pasé frente a la estrecha abertura de la puerta deslizándome sin hacer ruido ni ser visto, imitándome los compañeros. Fuera ya de la galería, echamos a correr como quien huye de un peligro.

Como las impresiones hondas que se reciben en la infancia no se borran jamás, aquella escena la he tenido siempre en el recuerdo. No hay más sino que se mantuvo indescifrable y misteriosa para mi inteligencia, hasta que, ya provecto y enterado en la historia política de aquellos tiempos, pude descifrarla.

¡Era, sin duda, un conciliábulo absolutista, de los que prepararon y dieron lugar a la primera y sangrienta *guerra civil!*

LIII

Los amos de España.

De la muerte del Rey Fernando ya he dicho que me acuerdo por la alegría que me produjeron las vacaciones dadas por tan infausto acontecimiento.

Recuerdo también la amnistía de la Reina Gobernadora,

por el contento de mi padre. Y hago memoria de la expulsión de los frailes, que le tuvo preocupado y atareado en el empeño de su influencia para que se fuesen con Dios, salvos y libres de atropellos.

Como quedan tan pocas personas de las que vivieron bajo el régimen aquel, veo con pesar que se ha perdido el concepto verdadero y justo del estado social de España bajo la tutela de los conventos.

Si hombres de Estado como Cánovas y Castelar han contribuído a su restablecimiento, los unos directamente, los otros indirectamente, es porque, muy niños entonces o no nacidos, no pueden apreciar lo peligroso del caso y la responsabilidad moral de su ignorancia.

Nada más peregrino que oir decir como razón de peso que la democracia, reconociendo el derecho de asociación para todos los ciudadanos, no puede prohibir las asociaciones religiosas.

Bueno sería que examináramos antes si los *frailes* son ni pueden ser *ciudadanos*.

El carácter de ciudadano implica condiciones precisas, determinadas y esenciales.

Exige además obligaciones tan sagradas como las de contribuir a los gastos del Estado y defenderlo con las armas, no por gracia, sino por deber.

Si no exige expresamente que mantenga la posibilidad de llegar a cabeza de familia, no puede consentir la imposibilidad de esta mayor jerarquía social.

Y respecto a la libertad de asociación, demás está el decir que el mayor partidario de ella no la entiende como absoluta: tiene sus límites; no hay nadie que deje de imponerlos, ya en la moral, ya en el orden público o en la seguridad del Estado.

Quiero reconocer y no examino los servicios y beneficios que puedan haber prestado y producido las órdenes monásticas (en empresas loables y en los tiempos de sus respectivas fundaciones).

Todavía algunas pudieran desempeñar oficios cristianos y beneficiosos, cual roturar y poner en cultivo tierras incultas, fomentar las buenas costumbres, sanear lugares insalubres, enseñar e introducir industrias nuevas, etc.

Pero de esto a convertir las ciudades en un amasijo de apretados conventos y la sociedad civil en mero asimilado de los mismos, hay una distancia infinita y patente, como la que media entre el uso y el abuso.

La hecatombe que por entonces dió fin en España a las comunidades religiosas, ha borrado sus culpas bajo la mancha de la sangre. Los que al ver la hoja del árbol encuentran su existir dependiente de la ley y no de casualidad, tampoco pueden mirar los hechos de la Historia (cual la creación y extinción de las comunidades religiosas) como producto del capricho ó del acaso.

Respeto los motivos del nacer, pero me parecen más respetables los del morir. Aunque muy niño, tocó en mi tiempo; y algo pude sentir, ya que no apreciar, de esos motivos.

Infinitos frailes provenían de las clases bajas, y tenían los defectos de la mala educación, agrandados por la grosería del dominio.

Infinitos, insensibles al espíritu sutil de la caridad, eran una masa carnosa, con todas sus podredumbres y pasiones.

Si entre tantos, uno por varón piadoso, otro por sabio, otro por humilde, lograban el justo amor y respeto de todo el mundo, tal autoridad moral iba al peculio de la comunidad y de la institución, para que el mayor número de los viciados acreciera sus imposiciones, sus abusos y sus excesos.

Por cada uno despreciador de los bienes terrenales, contábanse diez que, sin perjuicio de pretender el cielo, querían también, codiciosos, los bienes de la tierra.

Así acapararon mucha parte de la propiedad territorial; y la hubieran llegado a poseer toda, sin el límite infranqueable de otras manos muertas: patronatos, hermandades, vínculos y propios de los pueblos.

Ordenes cuyos fines habían caducado, como la redención de cautivos, vivían sin propósito y en el corroimiento de lo que existe sin razón para existir.

El influjo social de las comunidades sobre el medio ambiente no podía ser peor: dominación, casi una casta; licencia envuelta en hipocresía; modelación de la mujer en histérico-beata (replegamiento del espíritu, escrúpulos de conciencia, temor al diablo, a los duendes y maleficios); *pérdida de la autoridad moral de los jefes de familia, sustituida, unas veces de grado y otras mediante imposición, por la de uno u otro reverendo.*

Si hoy se nota el poder que despliega cualquiera sociedad laica poseedora de valores o de considerables propiedades, como las compañías de ferrocarriles, ¡qué poder soñará en igualarse al de aquellas comunidades que, sobre ser dueñas de la mayor parte de la riqueza inmueble del país, constituían una falange sagrada, secular e incontrastable!

Esta hipertrofia de un órgano social se efectuaba, y no podía ser de otro modo, a expensas de la atrofia de los demás organismos de la nación. Así, las ciudades españolas, como todavía puede verse, eran enredijos de conventos, entre cuyas grandes mallas apuntaba alguno que otro caserón solariego y alguna que otra casucha de menestral o de villano.

Independiente cada orden, cerraba su autoridad dentro de sí misma en la jerarquía del generalato, superior siempre de hecho (y en muchas materias, de derecho) al episcopado; teniendo como principal oficio, no el de corregir abusos y excesos de la orden, sino el de velar por su auge, ampararla y defenderla en derecho y contra derecho.

El laico más poderoso de la tierra, así hubiese fundado, dotado y concordado las obligaciones de un convento, así reservase para el patronato cláusulas omnímodas, quedaba su potestad en nada desde el punto y hora en que la comunidad se establecía.

Los condes de Niebla, fundadores, dotadores, propietarios

del convento de San Isidro del Campo, escandalizados de la irregular vida airada y viciosa de la orden, quisieron en vano poner remedio. Tuvieron que apelar al poderío de otra orden religiosa que contrarrestase a la primera, porque ni Gobierno, ni Arzobispos, ni Autoridad de ningún género tenían fuerza contra el poder de aquella orgía monástica; y aun así, pasaron muchos años sin lograr reducirla, a pesar de órdenes y breves del Pontífice.

Si la Inquisición, con todo su poderío, metió mano alguna vez, como en este mismo de San Isidro, en algún convento que otro, sólo fue para expurgar casos de fe.—Casos de escándalos viciosos, de abusos y extorsiones, o no quiso o no pudo castigarlos e impedirlos; contentándose sóla y tímidamente con imponer leve corrección a alguno que otro de los llamados *solicitantes*.

El mismo interés común de mantenerse en la altura del respeto, obligaba a los buenos a disimular y ocultar los defectos de los malos. La impunidad alentaba los excesos; y así crecía la grama, ahogando los sanos propósitos de las mejores instituciones.

Injusto sería medir por un rasero a todos los frailes y a todos los conventos. Los había mejores y peores.

Mas, el día de su hecatombe fue estallido sangriento de la barbarie, que siempre marca la Historia cuando por muchos siglos queda ahogada la Justicia.

Obsérvese cómo han ocurrido los hechos análogos: la muerte de los Templarios, la degollación de los Genízaros, la de los Judíos en la conjura del Arcediano de Niebla.

Elijo exprofeso estos ejemplos, por lo mismo que siendo al parecer incongruentes entre sí, tienen de común un mismo término de violencia ensangrentada.

En cada uno de ellos aparece una causa distinta determinante, pero todos reconocen la misma predisponente.

La opinión condenatoria más unánime se refiere a la bár-

bara degollación de los Judíos. Y, sin embargo, ¡qué superficial aparece la Historia al tiempo de juzgarla!

Que entrara el furor fanático en el hecho, ¿quién podrá negarlo? ¡Como entró el error fanático de creer a los frailes de Madrid envenenadores de las aguas! Pero, ni el fanatismo religioso por sí solo hubiera asesinado a los Judíos, ni el populacho ignorante y fiero de Madrid hubiera dado asenso a la calumnia, si causas predisponentes, actuando con lentitud por muchos años, no hubiesen coincidido con otras coadyuvantes y con la determinante, a pesar de su notoria absurdidad y falsedad.

Supongamos a España mucho más pobre que lo está al presente. Supongamos que en vez de trescientas casas de empeño y de usureros hubiera en Madrid diez mil; y que estos usureros fueran poderosos, y enredando a los afligidos de la miseria, llevasen a la desesperación, un año y ciento, generaciones tras generaciones. Supongamos que no hubiese Autoridad o leyes capaces de impedir ni castigar estos abusos.

Como en la naturaleza viva y fisiológica, igual que en la puramente física, las fuerzas se transforman, pero no se pierden; y como la irritación que produce la violencia moral de cada individuo es una fuerza, y esta fuerza, aunque se reprima y quede inerte al parecer, tampoco se pierde, sino que sólo se transmite—al fin y al cabo, un año tras otro año, llega a estallar en forma de violencia horrible. Los diez mil usureros serían carne y sangre insuficiente para clavar los colmillos y las uñas de la ira acumulada; como lo fueron los Judíos, los Genízaros, los Templarios... y, por más que duela decirlo, también los frailes.

Si las leyes físicas son dignas de respeto, es preciso respetar las leyes biológicas.

También la Sociología tiene sus leyes, aún más dignas de respeto: son las leyes de la Humanidad; y si no las ha establecido el Supremo Hacedor, yo no sé quién haya podido decretarlas.

Ya muy entrado en años, fuí a visitar en Burgos el convento de la Cartuja.

Lo encontré casi derruído: muchos altares, desmantelados; los góticos sepulcros, primor del arte, convertidos en oprobio de España, que así permite el robo y la fractura de tan nobles e inapreciables monumentos.

Allí, entre soledades y entre escombros, barría el helado cierzo la sangre: caía la lluvia, encharcando el desolado piso y calando los pies.

Una sombra blanca aparece en el fondo del claustro, adelanta con lentitud y la cabeza baja: es un resto, un esqueleto vestido de cartujo, pero con la enjuta cara sonrosada.

Cuenta ochenta y ocho años. No quiso abandonar su convento, y sigue entre sus ruinas hasta la muerte; lo mantiene allí la Providencia, como al jaramago el jugo misterioso de los arcos caídos.

Pasó sin mirarme y sin hablar una palabra. Yo tampoco la pronuncié, pero dije para mis adentros: «¡Bendito seas, anciano venerable!»

* * *

Determinados quehaceres me llevaron en cierta ocasión a un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Las mujeres andaluzas tienen un tipo gracioso, franco y simpático que les es común, independientemente de que sean bonitas, regulares o feas.

En las varias poblaciones del partido, chocóme ver un tipo común en sus mujeres, pero enteramente opuesto al de los demás distritos: ya fuesen guapas, feas o medianas, todas caritorcidas, antipáticas y desagradables. Los hombres, sin la movilidad y el desplante de la tierra, más bien socarrones, recelosos y predominando en ellos la gordura.

Daba vueltas en mi cabeza al problema: no veía diferencias de razas; cosa ésta muy común en España, donde es frecuente encontrarse, en el corto espacio de un par de leguas,

dos o tres variedades étnicas perfectamente distintas. Teníame ya al fin por confundido, cuando la casualidad me dió resuelto el problema.

En el distrito, en despoblado, el convento de un Cristo milagroso.

Con la devoción, romerías y abundantes ofrendas. Para recogerlas y mandarlas al cielo, suficiente número de frailes trasconejados, sin regla ni hábito, sin rey ni Roque, pero con omnímoda influencia en los contornos. Muchas comadres, más sobrinos (constituídos en autoridades), y todavía más confesadas y muchos más confesados.

Quiere decirse, que hasta ayer mañana cualquier observador podía estudiar en España lo que eran los frailes, los conventos y su influencia en la población.

Lo mejor y lo peor. Lo mejor: hasta arrancar bendiciones de lo más hondo y puro del corazón. Lo peor: hasta producir execración y asco.

Dominó y se impuso lo segundo a lo primero. Cargóse de ira la atmósfera, cayó un ráyo y estalló el incendio.

LIV

Donde empieza la fuerza concluye el poder.

Andaba por los alrededores de los ocho años. Había venido a serme cada día más enojosa la penitencia del rizado a fuego, el corsé y las composturas. Contra esto arreciaban mis protestas y la energía de las mismas.

Cierto día llegaron a mayores: no me estaba quieto, rabiaba y pataleaba a la colocación de cada *papillote*. Mi pobre madre trató de reducirme a la obediencia con amonestaciones que no me produjeron efecto; luego, con amenazas, y menos todavía. Eché a correr; mi madre corrió también para sujetarme, lo cual no era fácil por mi infantil ligereza. Viéndose des-

obedecida y burlada, montó en cólera y me tiró una bota, con tan mala suerte, que el tacón, dándome en la cabeza, produjo una descalabradura.

Ver mi buena madre correr la sangre y llenarse de angustia, fue todo uno. Tuve yo que tranquilizarla, haciendo ver que la herida era leve y no tendría consecuencias.

Pero en este pronto acabóse la compostura. Renunció a ponerme bonito, y salí de la esclavitud de Babilonia: tiré el corsé y me hice cortar el pelo a punta de tijera. Es más: si no abusé del cariño de mi madre fue porque la amaba tiernamente, pero no porque conservase autoridad sobre mí. ¡Estaba desarmada!

La corrección tiene su límite; es necesario no llegar a él, porque entonces se agota su resorte y el educador queda desarmado. Esto lo sienten y comprenden perfectísimamente los niños.

El poder y la fuerza son dos cosas en absoluto antitéticas: donde empieza la fuerza es porque concluye el poder.

LV

Ni golpes ni insultos.

Por dicha mía, el año 1837 vino a establecerse en el Puerto otro maestro de escuela.

De su biografía sé muy poco. Sin embargo, me pareció entender que era gaditano, y que unos señores ricos, de Jerez, procurando un buen maestro para sus hijos, se concertaron para proporcionarle un sueldo regular.

Fueron a Cádiz, y tomados informes, eligieron a D. Domingo Fartos. En efecto; dicho señor admitió el partido, trasladándose a Jerez, en cuya ciudad casó con una señora algo hacendada. Vivió así bastantes años, educando a un corto nú-

mero de niños, hasta que, viudo, tomó tedio a Jerez y trasladóse al Puerto de Santa María.

De los Torres había llevado recomendación para mi padre, y el buen porte de D. Domingo hizo que desde luego me entregaran a él, quitándome, con gran contentamiento mío, de la odiosa escuela de D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.

D. Domingo tomó en arriendo una casa principal en la calle Larga, esquina a la de los Descalzos. Solamente diez o doce niños inauguramos la escuela. Los honorarios, tres duros mensuales; y uno más, si aprendíamos dibujo.

Instaló la clase en la sala principal y en las galerías altas, con luces al patio estas últimas. Aquello estaba bien, cómodo y limpio.

D. Domingo vivía decorosamente. Debía tener ahorrillos, con los cuales y una rentita de mil pesetas, producto del arriendo de un majuelo heredado de su mujer, ayudábale la escuela.

Por otra parte, era un señor original.

Su edad, indescifrable. Representaba al pronto así como unos cuarenta y cinco años. Observado despacio, lo mismo podía tener sesenta que setenta u ochenta. En Jerez solían decir:

—Es más viejo que D. Domingo Fartos.

Lo cierto es que no chocheaba; y que hombre más acicalado y recompuesto no lo he visto en todos los días de mi vida.

Mediano de cuerpo, proporcionado de carnes, dadas las mejillas con su poquito de arrebol, teñido prolijamente el escaso pelo de la cabeza y barba, suplidas ambas deficiencias con una peluca rizada y flamante (de *tupé* a lo Martínez de la Rosa) y patillas postizas (a lo Coradino). Gafas de miope, en fina armadura de oro; dientes blancos, pequeñitos, e iguales en ambas mandíbulas, y tan sin faltas como que eran postizos. Camisa blanca, con gran alfiler de piedras; corbatín rayado, de charol; chaleco amarillo, de gamuza; frac azul con botón dorado; pantalones estrechos, de botín; botas de charol, flamantes: era el

figurín, el currutaco, el lechuguino más completo y pulido que concebirse pueda, sobre un pellejo añoso prolijamente restaurado.

Allí no había disciplinas ni palmetas. Respiré con gozo; a besos hubiera despintado el arrebol de D. Diego y héchole emigrar de su sitio las artificiales patillas.

Luego se acercó muy amable y me preguntó en qué regla escribía. Se lo dije, y me contestó:

—Eso no sirve. Escribirá usted en raya y al dictado. Haga la letra buena o mala, como pueda: procure sólo que sea igual y lleve la misma distancia.

Después me dió a leer en el Iriarte, y me dijo:

—Lee usted sin sentido. Primero lea para sí el primer párrafo; entérese de lo que dice, y luego que lo haya entendido leámelo en voz alta.

Así que examinó el grado en que me hallaba de escritura y lectura, pasó a la gramática, haciéndome una observación que me dejó con tamaña boca abierta, a saber:

«Que ignoraba en la gramática lo que sabía perfectamente desde muchos años atrás. Porque no decía *las hombre* ni *el mujeres*, sino que hablaba correctamente, concordando en género y número los masculinos y femeninos; mientras que por la gramática ignoraba todo esto, al parecer. Añadió que no me apurase, pues con un poco de atención y algo de buena voluntad adelantaría en poco tiempo.»

Efectivamente, yo no sé cómo se las manejó aquel bendito de D. Domingo. Al año justo hizo exámenes públicos en el salón del Ayuntamiento, presididos por el Alcalde, a los cuales asistieron el síndico, los regidores y las familias de los alumnos. ¡Y resulté el héroe de la fiesta! Se me encomendó pronunciar un discurso algo pedante, que aprendí de corrido, a pesar de mi falta de memoria.

Todos los chiquillos salimos muy contentos; diéronme la medalla, y el alcalde me enderezó otro discurso cual el de Je-

rónimo Paturot, diciendo también, entre otras cosas, que los niños aplicados éramos la esperanza de la Patria.

Con esto se dió por terminada mi instrucción primaria, y pasé a la categoría de estudiante de latín.

Digamos la verdad: de la escuela de D. Domingo salí bastante ignorante. Respecto a leer, sí, leía de corrido. En cuanto a escribir, medianamente. Ortografía, insegura y aun escasa. De Aritmética: sumar, restar, multiplicar y partir, con gran trabajo. De Historia: que

> Libre España, feliz e independiente,
> Se abrió al Cartaginés incautamente.

De Geografía: que el mundo tenía cinco partes, y que en Europa estaba España. De Dibujo: copiar hasta caras; y una pícara mano, con un racimo de uvas, que me llevó tres meses.

Pero, al cabo, volví á desentumir mis facultades intelectuales; sentí el estímulo del buen trato, y me coloqué en camino de aprender. ¡Si hubiera tenido la fortuna de tropezar antes con otros maestros cual D. Domingo, atentos y no rutinarios!

LVI

Un general de dos lustros.

A medida que los meses me iban alejando de la escuela de D. Diego, mi espíritu venía desplegándose en la de D. Domingo.

Llegado al punto de entender lo que leía, *motu proprio* leí el *Bertoldo*, que no dejó de hacerme gracia. También leía cuantos romances pregonaban los ciegos. Y a esto se redujo mi primera literatura. Comprendí bien las moralejas de las fábulas de Samaniego, no tanto las de Iriarte. De la Historia de España no hice alto más que en Numancia y en Sagunto, en Viriato, en La Cava y Don Rodrigo.

Con estos materiales y los del medio ambiente, cuya parte

más aguda para mí era la noticia de la guerra civil, despertóse mi cerebro en intensa función imaginativa.

Ya vimos cómo dicha facultad se manifestó años muy atrás, a los tres de mi vida, con motivo de los cuentos de la *abuelita*. Pero entonces el fenómeno ocurría durante el sueño, y mi personalidad poco ponía de su parte: me imaginaba sólo como actor de lo que acababan de contarme, pero no creaba, no producía.

Ahora, esto es, de los diez a los once años, la facultad imaginativa se presenta en toda su amplitud y con todos sus caracteres; no durante el sueño, sino principalmente en esos períodos intermedios del sueño y de la vigilia que se ofrecen entre el acostarse y dormirse, entre el despertar y levantarse por la mañana. También en las ocasiones de reposo y soledad, cuando me echaba a discurrir: un discurrir que sólo consistía en imaginar, crear situaciones, resolver dificultades en pro de mis deseos. ¡Soñar despierto!

Venían estos fenómenos unidos y como evocados por un deseo que, bien puede decirse, declaraba mi vocación: el deseo de moverme, agitarme, correr, volar, combatir y vencer.

Ganábamos una acción a los carlistas, y toda la ciudad se conmovía de contento. Echábanse las campanas a vuelo; el himno de Riego me introducía en el cuerpo el espíritu de un tambor mayor, según cogía el compás, pisaba fuerte y unas carrerillas de calor y frío me soplaban desde el espinazo.

Llegaba la noticia de un desastre; al apocamiento y tristeza de los partes respondían mis emociones con la contracción rígida de los miembros, cual si se prepararan para rechazar y acometer.

Con esto, la imaginación me fingía disponiendo combates: que así picaba de alto, concediéndome, desde luego, el empleo de general en jefe. ¡Y, cosa rara, inventaba recursos para todo! Imaginé una táctica para tener siempre las espaldas cubiertas y defender los flancos, puntos que el mismo instinto me hacía sentir como más débiles.

Discurrí un ataque en forma de cuña, que aún hoy me parece mejor y más racional que el de cabeza de columna y otras muchas cosas que no son pertinentes aquí. Pero que, andando el tiempo y cuando entrado en edad viril, pude dedicarme a la lectura de algunos tratados militares, vi con sorpresa que poco de lo que decían me era nuevo; porque en mi ardor infantil imaginativo ya lo tenía discurrido y aun algo más, por esa especie de visión misteriosa y loca con que la imaginación suele adelantarse.

LVII

«Yo trovador, yo pobre y sin fortuna.»

No sé cómo, repentinamente, de la noche a la mañana, ocurrió en la sociedad portuense un trastorno singular: de solitaria, triste e incomunicativa (excepto los días de toros), se hizo sociable, tertuliana y callejera. El fenómeno fue más visible en las mujeres que en los hombres.

Antes, apenas si salían ellas de sus casas, excepto los domingos para oir misa. Ahora veíaseles ir y venir a casa y de casa de sus amiguitas, a la Alameda por las tardes y al emparrado de la Victoria por las noches. El teatro, que antes apenas se abría de higos a brevas, y quedaba vacío de señoras, por considerarlo cosa de pecado, llenábase entonces de bote en bote, desde la concha del apuntador hasta la cazuela. La *cazuela* se decía a lo que después se ha dado los nombres de *gallinero*, *ignominia, paraíso*, etc. En varias casas particulares se formaron tertulias: se bailaba el rigodón lánguidamente, se recitaban versos y aun, en algunas, se representaba la *Marcela* o algún drama novísimo.

Las mujeres cambiaron los huecadores y el moño alto (a semejanza del retrato de la Reina Gobernadora) por trajes negros, bucles lacios y mal rizados, procurando tomar un aspecto doliente, enfermizo y sentimental. Los hombres se dejaron

crecer el pelo hasta los hombros, sustituyeron el sombrero de copa por chambergo en el invierno y sombrero de paja en el verano.

Ellas tomaban vinagre para empalidecer, y comían poco para ponerse espirituales. Ellos se dieron, del «no hacer nada» andaluz, a pegarse a la guitarra y aprender a cantar, no jaleos ni boleros, sino unas coplas lamento-gemidoras que solían terminar:

«O la muerte o la muerte o tu amor;
»O la muerte o la muerte o tu amor;
»O la muerte o la muerte o tu amor.»

Así, repitiendo tres veces, para que se diesen todos por enterados y nadie pecara de ignorancia.

Pero el caso era que la amenaza la tomaban tan por lo serio las mujeres, que apenas cualquiera del sexo feo (a la sazón más afeado por las greñas y lo melancólico del semblante) tenía con los ojos una escaramuza con cualquiera dama, ya creía ella que estaba a punto de matarse o morirse el trovador, si no le concedía sus favores.

En una palabra: cada hombre era un trovador; cada mujer, una dama mal lograda. Para todo evento, llevaban pendiente del cuello con una cinta negra un pomito de cristal que no contenía nada, pero que debiera contener veneno.

Las solteras se quejaban de la tiranía paterna; las casadas, y esto era peor, de la tiranía de los maridos. Y todo, porque ponían reparos a que la moda de trovadores y románticas no llegase a lo vivo.

Realmente, aquello fue un contagio de histeromanía. Ignoro los grados que alcanzara en el resto de España; pero lo que es en el Puerto y en Cádiz, a juzgar por lo que aun pude observar años después, el fenómeno no pudo ser más curioso, más hondo y trascendental.

No sólo influyó en los trajes y costumbres, sino que modificó la afectividad. Los deslices sexuales, antes anatematizados

y seguidos del conjuro social, ahora eran motivo de general compasión. A la denuncia de alguna travesura del dios vendado, respondíase a coro:

—¡Hija (o hijo), Dios le libre de una pasión!

Lances de amor no satisfacían si no se rodeaban de dificultades familiares: el rapto, lo ideal; el conflicto de un duelo entre dos trovadores, o entre un trovador y un hermano o un marido tiránico, el colmo de la apoteosis pasional.

Hasta el tono de la voz sufrió su cambio; y no hay qué decir, los temas de conversación.

Me parece que acaba de ocurrir. Estoy en el paseo nocturno de la Victoria. La tibia luz de la luna sólo basta para hacer más visibles las espesas sombras de los naranjales y emparrados. Por sus estrechas calles pasan lánguidas señoritas espirituales. Las mamás, so pena de incurrir en nota de tiranía, quedan sentadas en los bancos de piedra. Los trovadores no suelen ir con las amadas: perdería el amor su prestigio con las facilidades de la aproximación. Allí, entre los árboles, al final o a la cabeza del paseo, allí está el galán enamorado para aprovechar una furtiva seña o deslizar un billete, en verso a ser posible.

Un trovador asendereado (como que viene todas las noches de Jerez con su laúd) se sienta en un taburete (vulgo silla), debajo de un naranjo. Cual el ruiseñor, en lo más oscuro y en lo más espeso, con voz temblona y entonación que todavía recuerdan los tenores de arietas, canta:

«Yo trovador, yo pobre sin fortuna,
sufro de amor, desdenes y esquivez.»

Pero, en fin, este trovador trashumante no resultaba demasiado peligroso.

No sucedía así con otro que había hecho de Cádiz teatro de sus aventuras, y que de cuando en cuando venía al Puerto a hacer conquistas.

En efecto, era guapo: alto, delgado, pelinegro, pálido y

ojos interesantes, al decir de las mujeres. El caso es que las noches que aparecía se alborotaba el gallinero, y todos los demás trovadores y románticos se daban al diablo.

Aumentaba el interés lo misterioso del personaje, que no era gaditano ni se sabía de dónde había venido. Podíase colegir que era rico, puesto que tomaba los mejores cuartos de las fondas; tenía un criado-escudero y un perrillo americano que le traían y llevaban los billetes amorosos; no se le conocía oficio ni beneficio, y sólo se ocupaba en ser romántico. Tanto, que nadie poseía el secreto de su nombre: todos le conocían por «el romántico», y *El Romántico* se firmaba, por antonomasia.

Para que nada le faltase, era altivo con el sexo fuerte y había acogotado a algún marido prosaico y a más de un galán romantiquillo de tres al cuarto.

Con tales antecedentes, no es necesario decir las apasionadas que tendría, para quedar luego con el derecho de hacerse las víctimas y pretender tomar veneno.

No sé lo que fue de aquel Tenorio de época; probablemente se moriría de fastidio.

Mas no hay que tomarlo en broma. Aquella socioneurastenia, aquella enfermedad del espíritu y la carne, produjo un aire ambiente, un medio externo, que hasta en mí, aunque sólo contaba unos diez años, produjo ulteriores efectos.

LVIII

Mi Pegaso-Rocinante.

Con motivo de la brillantez de mis públicos exámenes, no sólo me dejaron ir a Jerez a pasar la canícula, sino que mi tío Manuel me regaló una peseta, y mi padrino dos.

El viaje a Jerez lo hacía de este modo:

A las cuatro de la tarde en verano, y a las dos en invierno,

salía el ordinario de Jerez para conducir cartas y encargos. Correo oficial, aun en poblaciones tan cercanas, no lo había diariamente.

Mi padre, a la hora señalada, conducíame a la casa del ordinario, el cual me montaba en un borrico; y por materia de ocho reales, cuatro por el burro y cuatro por mi encargo, me dejaba en la casa de los señores de Torres.

Esta vez, contando mi padre con mi formalidad y edad adelantada, no me condujo en persona; me entregó las dos pesetas, para que por propia autoridad fuese a casa del conductor y me montase en el burro.

Mas fue el caso que, por el mismo deseo, adelanté las horas, que aquel día me parecieron retardadas y perezosas. No había llegado aún el ordinario, le esperé impaciente. Salí a la calle, mirando en una y otra dirección por si venía. En una de éstas me fijo, sobre un portón de cuadra, en un escudo con la corona real, en medio un caballo pintado, y haciendo círculo un letrero que decía: *Real casa de Postas. Se alquilan caballos.*

Quedé pensativo delante del escudo. Un mozo viejo barría la cuadra perezosamente, como andaluz y viejo y en siesta de verano.

Un pensamiento atrevido me pasó por la frente, hice cierto esfuerzo para desecharlo y salí con precipitación a casa del cosario. No había llegado aún: aunque en realidad no eran las cuatro todavía, el reloj de mi impaciencia señalaba las cinco.

La idea se puso entre ceja y ceja con mayor energía. El viejo continuaba dando sus escobazos, con tres minutos de intervalo. Al fin no me pude contener.

—¿Se alquilan caballos?—pregunté al barrendero.

—Se alquilan—me contestó, como si sintiera pereza hasta para hablar.

—¿Cuánto cuesta un caballo para Jerez?

—Un duro.

Yo tenía la mano metida ya en el bolsillo del pantalón,

tocando las cinco pesetas de mi caudal: las dos que me dió mi padre para el cosario, y las tres de los agasajos.

Mi respuesta consistió en sacarlas y ponerlas en la mano del interrogado. Guardóselas éste, me miró con indiferencia; y a un caballote muy alto, escaparate de huesos, que estaba ensillado, apretóle la cincha, le puso un bocado y lo arrastró a la calle por la brida.

Mi buena madre, si había desistido de apretarme los entresijos con el corsé y de rizarme el pelo, no así en lo de componerme. Para enviarme a Jerez, había puesto los cinco sentidos. Dormán de paño verde oscuro, con tres hileras de botones de cabeza de turco; cuello blanco, de finos pliegues; gorra de fuelle, con larga borla de seda en la flotante punta; pantalón bombacho y botitos de charol abotonados de azabache: tal era mi indumentaria.

El caballote estaba dispuesto en medio del arroyo, y yo pugnaba inútilmente por encaramarme; el mozo hubo de comprender la necesidad de su auxilio; y echándome un puñado a los fondillos, me dejó perniabierto sobre la silla.

Sentirse el jamelgo con montura y echarse a pasitrote, fue en un punto. Tomó a la izquierda, embocando por la calle Larga, y la siguió toda al mismo aire, para tomar por su propia cuenta el arrecife de la Victoria.

Ni aun tiempo tuve para estimar mis extrañezas. Jinete ya y buen jinete en el borrico pío, al sentir la tentación de hacer un viaje a caballo por mi propia cuenta, entendía que de burro a caballo no iba mucha cosa. ¡Ahí era nada lo del ojo! Desde la primera reacción del jaco, salté media vara de la silla; y al caer no caí equilibrado, sino tan fuera de centro, que gracias si pude agarrarme al borrén delantero para no ir a tierra. Con el respingar del cuerpo, la malhadada gorra de fuelle desarrollaba una fuerza excéntrica, que ya fue milagro no perderla al primer paso; tuve que echarme el barboquejo con una mano, mientras con la otra seguía agarrado adonde podía. No teniendo más manos, perdí las bridas, que cayeron al

suelo; en él fueron pisadas y rotas por las patas del rocín. La vaqueta de la vieja silla, encaracolada por las faldas, estaba lustrosa y resbaladiza en el asiento, más que si untada de jabón. Los estribos no hubo tiempo de proporcionarlos a la longitud de mis piernas, de manera que pendulaban sueltos, cochando los ijares y arreando automáticamente al caballote.

Así iba, con los atávicos recursos de mico caballero para no caer; y todavía hay que mirar en esto cosa de milagro, pues tan pronto me veía montado en el pescuezo como en la grupa, tan pronto descentrado a la izquierda como a la derecha. El animal, por voluntad propia, tomó el camino de la trocha; y, sin dejar su endemoniado trote de posta, entró en Jerez a la hora de salir del Puerto.

Eso sí, ¡la entrada fue triunfal!

Atravesamos (o, con más propiedad, atravesó el Rocinante) por los espesos grupos de *gansos* jerezanos, que, esperando ajuste de trabajo, llenaban la amplia plaza del Arenal. Como viesen tan mal caballo y tan peor jinete, rompieron en una salva tan nutrida y resonante de silbidos y vocal trompetería, que ni la que tanto provocó la *impatuosidad* de D. Antonio.

Mi Pegaso no se dió por aludido. Siguió su trote como si tal cosa, llegó a la calle Larga, colóse en la posada de la Consolación; sin dejar el mismo aire, entró en la cuadra, a pique de estrellarme los sesos contra el dintel de la achatada puerta; gracias que advertí el peligro y me cosí al pescuezo, formando una sola pieza caballo y caballero. En el pesebre, allí paró. Me deslicé, cayendo de pie al suelo; pero tan agarrotado, maltrecho y dolorido de agujetas, que apenas podía andar.

Así salí de la posada, dirigiéndome a la calle de Piernas: a pesar de lo molido, sintiendo cierto orgullo y satisfacción interior por haber hecho un viaje... ¡solo!... ¡y a caballo!

LIX

Hago mis segundas armas.

Si no recuerdo mal, 486 era el número de la casa propia y morada de D. Ramón de Torres. A la izquierda seguía el número 485, también propiedad de D. Ramón, aunque dada en alquiler. Esta, de aspecto antiguo; con trazas solariegas, a juzgar por las dos columnas toscas que limitaban la portada, y el carcomido escudo de mampostería que mediaba el dintel.

Las casas solariegas españolas tienen una cierta elocuencia. Parece que están recitando la sabida copla que dice:

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer a hoy;
Ayer maravilla fuí
Y hoy sombra mía no soy.

Efectivamente, su aspecto triste, lo sucio y desconchado de sus paredes, lo despintado y desvencijado de puertas y ventanas, contrastando con cierto aire de severa antigüedad, con voces mudas declaran lo inestable de la grandeza humana.

Añádase que tales caserones, no teniendo nobles e hijosdalgo que los habiten, se encuentran relegados a la ínfima clase de viviendas de vecindad. Tal era el tipo del número 485.

Poca renta debía producir. La planta baja tenía cuatro puertas a la calle: la del portal ya descrita; a la derecha una, correspondiente a accesoria, barbería a veces, zapatería ahora (en el día a que me refiero); a la izquierda, haciendo esquina, otra accesoria con dos puertas, una a la calle de Piernas, otra a la de Sevilla (dicha accesoria, más constante de arriendo y uso, carnicería la más veces, puesto de frutas y hortalizas las menos).

En las vacaciones de verano del año 37 frisaba ya en los diez de mi edad.

Durante el que pasé en la escuela de D. Domingo, dejo dicho que la inteligencia y el carácter se me habían desentumido. También el cuerpo había experimentado esponje y esperezo; había crecido mucho y embarnecido algo; más parecía de doce, que de diez años.

No cohibido, sentíame inclinado, puede que por natural reacción, a atrevimientos y a diabluras, a ser curioso, con algún tanto de malicia; y, si llegaba el caso, a salir de apuros faltando a la verdad.

En la calle, frente a casa o poco distante, jugaba al toro con otros chicos del barrio, mal educados; corría la varilla, saltaba la mula, jugaba a la patuca y al hoyuelo, y me daba de pescozones con los pilletes cuando llegaba la ocasión.

También hacía mis excursiones por la vecindad. El almacenero de enfrente me regalaba pasas, almendras y castañas pilongas; el zapatero de la accesoria me recibía con consideración.

Un día fuí a hacerle una visita. Había salido a tomar medidas a un parroquiano, y sólo estaba el aprendiz, muchachuelo de catorce años, desvencijado y mal lucido, como suelen los que pasan la juventud sentados, a oscuras casi, oliendo curtidos viejos y cerote.

La curiosidad me llevaba a examinar las cosas inmediatamente, a tentarlas y cogerlas con las manos. Esto es muy común en las criaturas; más común el que se considere como un vicio infantil y se les reprenda diciendo:

—Las cosas no se tocan; se miran y nada más.

La reprensión no es justa ni es discreta. Lo que debe encargárseles bien es que cuiden de no romperlas, de examinarlas con esmero y de volverlas a dejar como estaban y en su propio sitio.

Ello es que yo comencé por mirar y remirar las leznas, el pie de cabra, los hierros y demás chismes que había en la ban-

quilla, cogiendo ora uno, ora otro y palpando sus superficies.

El aprendiz me dijo con malos modos:

—¡A ver si dejas eso!

Y yo le repliqué:

—¿Me voy a comer algún pedazo?

Él entonces, con peores humos, contestó:

—Lo que te digo es que si vuelves a tocar, te bailo un *zapateao* en la barriga.

A esa amenaza, señalándole la puerta de la calle en són de desafío, prorrumpí:

—¡Vamos a verlo!

Salimos, en efecto; y, ya en la acera, comenzamos a darnos de cachetes. Aunque de mayor edad, por desmedrado y mal pergeñado, eran sus moquetes menos duros que los míos; al probar su impotencia, entróse en la tienda y cogió una chabeta, partiendo sobre mí.

Los múltiples y encontrados impulsos que sentí yo en aquellos momentos brevísimos fueron tantos, tan varios y tan complejos, que sólo se pueden concebir dada la velocidad del pensamiento. Entrañan datos de importancia que se relacionan con la psicología de la criminalidad, y creo interesante darlos a conocer y analizarlos. Mas para no cortar el relato diré ahora que, al verle yo trasponer la puerta de la accesoria, di un salto a la derecha, tomé el portal de la casa, y le dejé libre el campo, entrando disimulado a conversar con la familia del señor Felipe Cos.

LX

¿Huída vil o retirada honrosa?

Al ver al zapaterillo echar mano a la chabeta, la primera emoción fue de miedo, acentuado por el recuerdo de los cuadros del pescadero y el muerto, del borracho y el degollado

montañés. Sin intermedio de tiempo apreciable por el reloj, sentí otra emoción poderosísima que no borraba el miedo, pero que se sobreponía a él. Era una cosa indefinible, la cual sólo puedo expresar diciendo que de no seguirla arruinaba todo mi ideal, todo el edificio de lo que yo entendía por vergüenza, honor, valer, estimación, dignidad y capacidad para hacerme llegar a altos hechos, merecedores de alabanza y del aplauso de las gentes. Sentía el honor y el pundonor a la manera y en el grado como se aprecian y sienten en los romances.

En este punto miré al suelo, por si en derredor mío había alguna piedra. Por entonces, pocas calles estaban empedradas en Jerez; la de Piernas hallábase terriza, convertida en fangal en los inviernos y en polvera en los veranos.

Por otra parte, yo no sentía saña, ira ni aun malquerencia contra el aprendiz; y, aun hallada la piedra, hubiérame dolido hacerle demasiado daño.

Quedar quieto para sufrir el ataque sin defensa me parecía absurdo, y sobre todo no satisfacía mi ideal romancesco; porque en este paso honroso la lucha no resultaba útil, satisfactoria y gloriosa si no venía acompañada necesariamente de la victoria. En este caso particular y afortunadamente, como no pasaba nadie por la calle, me pareció que la vergüenza de huir quedaba circunscrita a un acto sin testigos, del que sólo yo podía absolverme o reprocharme. Con esto me decidí y di el salto, que tanto pudo ser de huída como de discreta, ya que no honrosa retirada.

LXI

De la gimnasia psíquica.

Siendo ley universal la lucha por la existencia, quizá no haya cosa que en mi juicio merezca más atención de parte de la pedagogía que observar y estudiar las manifestaciones de esta ley en los niños educandos.

Algo se trata de hacer sobre este punto, por medio de lo que respecta a la gimnasia, pero me parece algo indirecto y poco suficiente. Bien es verdad que hay conjunción entre el cuerpo y el espíritu: a cuerpo robusto y ágil suele corresponder un ánimo resuelto; pero, ni esto es constante, ni es para olvidar que *tripas llevan piernas,* esto es, que hay en todo categorías y que el hombre acciona más del espíritu al cuerpo que del cuerpo al espíritu, aunque el segundo influye y debe influir sobre el primero.

De las observaciones que he podido hacer en mis sociedades infantiles, en las de adolescentes, en los colegios, de jóvenes en los estudios superiores y de hombres en la edad viril, corriendo por el mundo, he podido notar que el mando y el imperio no recaen por necesidad en los más musculosos y forzudos; es más, paréceme que ni en los más talentosos o cuando menos en los más sabedores.

Resulta ser una *facultad,* según mi parecer, *efecto* de cierta particular combinación a modo de receta en que entran varias drogas. Una de ellas es el elemento ideal, que puede ser muy vario, pero que necesita ser predominante: ya religioso, ya histórico, ya de mero y aun vano entusiasmo, ya ambicioso, ya de pasión y hasta, si se quiere, de aberrada extravagancia. Después interviene otro factor muy importante, y que consiste en una fuerte dosis de carácter, más significado por la constancia en su tensión que por la energía de la misma; a lo cual hay que añadir cierto instinto discreto para manejar esa fuerza con un tira y afloja parecido al que se emplea con la cuerda y el arpón en la pesca de los cetáceos. En tercer lugar, viene como droga el talento; pero está tan en tercer lugar, que el hombre del mayor, más claro y general que he conocido, cuya memoria guardo con respeto y cariño, resulta en mis notas de observación el más desheredado de facultades directrices (1). En cuarto término, viene la instrucción. Y en quin-

(1) No creo deslustrar su nombre, antes puede servirle para que la

to, cierta salud y determinadas fuerzas de resistencia física.

Dedúcese del análisis, que, andando el tiempo, se ha de establecer una gimnasia educativa para desenvolver, equilibrar y armonizar las drogas de la anterior receta.

De presente, sólo advierto dos órdenes en que más o menos empíricamente se haya hecho aplicación práctica de las ideas que acabo de enunciar: la milicia, en sus ordenanzas sapientísimas; y las órdenes religiosas, en sus reglas.

Pero, la educación laica y civil necesita no abandonar este punto; antes bien, a ella compete reducirlo a principios científicos, primero por la observación y por el análisis, después por la síntesis.

«Es preciso educar la voluntad, para la acción en todos sus incontables órdenes.»

Como la verdad se impone aun antes de ser conocida, a modo de necesidad, es innegable que uno de los propósitos tácitos de la educativa se dirige a promover esa especie de temple y de fuerza del espíritu. Pero, esta rama de la Pedagogía se halla aún confusa, algo caótica, sofocada por el elemento instructivo y por el elemento moral.

El asunto que indico se ve ya descollar en la Historia, dando carácter a algunos de sus períodos, pero con la inconstancia del empirismo y a modo de fulguraciones. Esparta concedió a tal elemento y de esa manera empírica un culto exclusivo sobre los demás, en desproporcionada educación. Por lo mismo, sus frutos fueron efímeros.

Igual observación puede hacerse respecto a los Estoicos.

Nada constituye las monstruosidades que no esté en la naturaleza. Poned dos cabezas sobre una sola columna vertebral, y resultará un monstruo. Poned un cuerpo educativo dominando y atrofiando a los demás, y resultará un macrocéfa-

---

Historia le juzgue con justicia y le conceda indulgencia: me refiero a don Estanislao Figueras.

lo: una sociedad como la de Esparta o una filosofía rígida, triste e impasible como la estoica.

Pero tanto el hecho histórico como el pensamiento filosófico señalados, muestran de una manera evidente que el tema indicado tiene esa grandísima importancia por mí concedida párrafos atrás, y que merece detenido, profundo y científico estudio. En una palabra: a la gimnasia física hay que agregar una gimnasia psíquica.

LXII

¡Si hay piedras o testigos!

Descartado ya de la necesidad que sentía de exponer las anteriores indicaciones, por si algo pueden influir más adelante en las meditaciones de los pedagogos, sigo otra vez el hilo de mi deslucida lucha con el aprendiz de zapatero.

La lucha por la existencia se observa tanto en el microbio como en el hombre más perfecto, moral y civilizado. Claro está que el microfito no lucha con las mismas armas que el león, pero en la esencia luchan lo mismo y para lo mismo; en cuanto a su poder, más terrible resulta para el hombre el bacilo tisiógeno que el colmillo y la ponzoña de la serpiente de cascabel.

Puesto que es ley de la Naturaleza y no podemos sustraernos de ella, tenemos que educarnos para luchar y vencer. Esto apareja con el natural instinto, pues no sería lógica la Creación si, dándonos la necesidad, no nos diese los medios de satisfacerla. Tiene, pues, el niño el instinto y la inclinación de la lucha, destruir, vencer, dominar; y tiene el deber de estar apercibido, de guardarse, de rechazar y pretender dominar a todo aquello que pueda amenazarle, perjudicarle, destruirle, vencerle y dominarle.

Tan brutales inclinaciones no pueden ni deben extinguirse, pero la sociedad humana siempre ha procurado y procura y deberá procurar encauzarlas, modificarlas y dirigirlas. He aquí el

problema. Nos llevaría muy lejos la materia: es el problema eterno de la lucha humana, la lucha entre el odio y el amor.

Por lo que toca directamente a mi relato, digo que no entraron por nada las consideraciones de la ley ni de la penalidad criminal. Niño, no la conocía, ni, menos, la sentía.

Obré según lo hice por los motivos que dejo referidos, pero no por temor a la pena judicial. Sin embargo, algo me pasó por el pensamiento, la idea del disgusto, la reprensión y aun el castigo que, de llegar a mayores, pudieran haberme sobrevenido por parte de mi familia.

Pero, ¡que hubiese dispuesto de una piedra, de un palo o de otra arma; que hubiese transitado por la calle alguna gente, algunos testigos de la escena, y es posible y aun probable que hubiera ocurrido una lesión, una herida y hasta un homicidio, un delito, un crimen!

No juzgo inoportuno que, así como los naturalistas estudian en los seres embrionarios los órganos y funciones en embrión, para entender, comprender y explicarse mejor los organismos y las funciones superiores, así también el pedagogo y el criminalista escudriñen y estudien las peleas de los niños, sus móviles y concausas, para poder entender y apreciar mejor la culpabilidad en los delitos.

Tal es el motivo que me ha impulsado en las presentes páginas a dar cuenta de los móviles y factores de mi primera lucha con un pajarraco y de mi segunda con el aprendiz de zapatero.

LXIII

El señó Felipe y la señá Antonia.

Puesto que de un salto he ganado la *casa puerta* (que así se llaman los zaguanes en Andalucía) del *señó* Felipe Cos, entremos en relación con este mi conocido.

El *señó* Felipe era el inquilino de la planta baja de la casa número 485 de la calle de Piernas.

Su edad, de cuarenta a cuarenta y cinco años; estatura, entre alto y mediano; de carnes, enjuto sin ser flaco; rostro oval, bien afeitado; nariz aguileña. Sombrero de cubilete, echado hacia la frente; cabeza tocada con un pañuelo de seda rojo y amarillo, anudado a la nuca, flotando los picos bajo ella; chaquetilla de tezado, bordada en seda verde, con mangas independientes articuladas al hombro con enrejado de cordón; chaleco de pana verde oscuro con botones de plata, en forma de cascabeles, sujetos por patas de muletilla; camisa de chorreras; calzón a la rodilla, del mismo género y color que el chaleco, sujeto en *arzapón* a la cintura por tres medios duros columnarios empatados de muletilla y que hacen de botones; dos hileras de éstos, formados por monedas de veintiuno y cuartillo, corren una a cada lado, desde la cadera a la rodilla; faja de seda roja; botines blancos, de becerro, bordados en seda grana y verde; zapatos semejantes a los botines terminan la indumentaria de la persona.

Al mirarle tan majo y tan bien *jateado*, cualquiera esperará que salga ahora un hombre de jácara y de rumbo, que eche mano a la guitarra y se entone con una copla. Pues nada menos que eso. En primer lugar, las vestiduras llamativas y pintorescas son como las flores, que se marchitan a las tres posturas, del cuerpo aquéllas, del sol éstas. Así el *señó* Felipe resultaba algo *chafado* desde el sombrero a los zapatos, quedando sólo reluciente el monetario que usaba por botonadura.

Como por fuera, así debía de estar por dentro. Siempre le vi sentado, en la misma posición, excepto cuando se levantaba perezosamente, por entregas, para ir a la cuadra a echar el pienso a su jaca. Fuera de esos instantes, estábase el *señó* Felipe en una silla alta, con los talones en el travesaño delantero, el cuerpo encorvado, los codos sobre los muslos y las mandíbulas descansando en las palmas de las manos. No dormía, y no me era fácil colegir si estaba cansado, triste o pensativo;

puede que más lo primero, algo lo segundo y poco menos lo tercero. En cuanto a hablar, no hablaba; al menos era el hombre de más pocas palabras que he conocido en mi vida.

Una semana entera se pasaba en esta disposición. Al llegar la noche del domingo, el *señó* Felipe hacía con el tronco tres oscilaciones sobre el asiento de la silla. En la primera, bajaba los brazos y las piernas; en la segunda, se enderezaba; en la tercera, levantábase del asiento. Después descolgaba un albardón, con muchos caireles, de una palomilla colocada en el testero de la sala, iba a la cuadra y aparejaba su caballería. Volvía por una manta y una alforja valenciana, un retaco y un cabezón; saliendo a poco, tirando por éste de su jaca, huesuda y de pescuezo oblicuo.

Ya en el patio, de par en par abierto el portón, aquel hombre, que durante una semana parecía la estatua de la pereza, en media vuelta, de un salto tan fácil y limpio como pudiera darlo el mejor titiritero, quedaba sentado en el caballo; el cual, al sentir al dueño encima, sin correr, salía a paso tan veloz que caballo y jinete desaparecían como la fulguración de un relámpago.

El *señó* Felipe era contrabandista de tabaco y sedas: de tabaco, por su cuenta; de sedas, por comisión de honrados y respetables comerciantes.

Una semana empleaba en ir a Gibraltar, hacer sus compras y volver; otra, en descansar de tan ruda y azarosa faena. No he visto condición como la que origina Andalucía: o una energía febril, o una pereza apática cual la de los adoradores extáticos del Budismo.

Porque no huelga, completemos el cuadro de la familia. La *señá* Antonia, mujer del *señó* Felipe, era una arrogante moza cuando se componía: treinta y cuatro a treinta y seis años, alta y bien metida en carnes, blanca y de facciones correctas, a pesar de los hoyos de viruelas. Con su pañolón de espumilla blanco o rojo, su mantilla de tira o su velo de encaje, daba la hora.

Pero, el atavío era excepcional. Lo corriente, verla de trapillo, sentada en su silla baja, rodeada del enjambre que le había deparado su fecundidad. Se reproducía todos los años, y a veces por gemelos; tenía siempre al pecho algún crío y algún chiquitín entre las rodillas; otros a los lados, el uno que se revuelca, el otro que llora, éste que pide pan, aquél que ya lo roe, sazonado con sus velas de moco. Madre y prole mal vestidas, ellos churretosos, ella oliendo a leche agria y orinas infantiles.

Destacaba del cuadro, a modo de azucena en jardín descuidado, María Josefa, niña de doce años, hija mayor, fina de naturaleza como un coral, limpia como una patena y más bonita que el capullo de una rosa.

LXIV

«¡Yo seré más!»

El lance del zapaterillo no bastó a enseñarme que no era tan fácil como yo me figuraba el ser un personaje de romance. Seguía soñando y gozando con mis pensamientos de valentías y sucesos gloriosos; y mi natural impaciencia se acrecentaba con la tardanza de los cuatro o cinco años que me parecía necesitar para salir de niño.

En esa especie de tensión se encontraba mi ánimo, cuando dió la pícara casualidad, estando de sobremesa la familia Torres, de que llegase una carta.

Era de una prima suya, casada con un brigadier, en que les daba cuenta de cómo a su hijo Fernando le habían concedido el empleo de comandante, por su bravo comportamiento en las últimas operaciones de la campaña.

Como es muy natural, la carta llenó de júbilo a la familia, comenzando unos tras otros a dedicar justas alabanzas al sobrino. La conversación me parecía que no iba a concluirse

nunca; todos escuchaban con deleite. Tomó la palabra por cuarta vez el *Caballero*, y añadió:

—Hay personas de buena estrella, y Fernando es un ejemplo: hijo de un Brigadier, rico por su madre, guapo, arrogante, ha hecho la campaña sin recibir una herida; entró de cadete en el regimiento de su padre, no tiene veinticuatro años y ya es comandante...

Iba a proseguir, cuando, saliéndoseme involuntariamente el flato de mi espíritu, le corté la palabra poniéndome en pie:

—¡Más seré yo!

Imposible me será pintar el cuadro, ni dar remota idea del efecto que produjo en la familia tan singular exabrupto. Todos a una, desde el indulgente y pacífico D. Ramón hasta la *Abuela* a pesar de su ternura, y no hay que decir del *Caballero*, de Joaquín y de la hermana, estallaron en indignación e ira contra mí.

—¡Botarate! ¡Mocoso! ¡Atrevido! ¡Insolente! Los niños, cuando hablan los mayores se meten la lengua en el bolsillo. ¿Qué has de ser tú, badulaque? ¡Habráse visto el malcriado! ¡Vaya con el necio!

Qué sé yo la rociada que se me vino encima, hasta que me arrojaron del comedor, con unánime grito de:

—¡Vaya usted enhoramala!

Salí, en efecto, turbado y corrido, bajo el embate de muchos sentimientos y de ideas contrarias. No podía entonces calcular, lo que no se aprende sino en larga experiencia de la vida, ciertos resortes íntimos del corazón humano. Allí, en medio de aquella expansión de sobremesa, fundada en justa satisfacción de orgullo por los triunfos y adelantos de un próximo pariente, ¡interrumpir el gozo, rebajándolo y anulándolo por boca de un chiquillo!

Una cosa saqué en claro: que había cometido una imprudencia, y que antes de hablar debía pensar lo que decía.

De todas suertes, desde el punto de vista de la pedagogía y de la educación, conviene no echar en saco roto las indis-

creciones e inconveniencias de los niños; antes, sin dejar de reprenderlas, se deben analizar con calma e inquirir a qué clase y género de ideas, pasiones o movimientos de ánimo responden.

Si, en el caso presente, después de reprendido con más calma y menos ira, me hubiesen preguntado por qué decía aquello, yo hubiera respondido que porque desde que la *Abuelita* me contaba, para dormirme, los cuentos del Infante de la Estrella, soñaba con heroicidades, empresas y aventuras. Que los romances de los Doce Pares de Francia, del Cid y del guapo Francisco Esteban, absorbían mi sér, embargándolo todo. Que el himno de Riego y la guerra civil eran mi resorte y mi preocupación. Y, de ahondar más, habrían advertido que todos mis juguetes consistían en soldados de plomo y cañoncitos de metal, en vez de los altaritos, candeleros y casullas de papel con que jugaban otros niños.

A poco inquirir, hubieran descubierto que estaba ya en plena edad de ambiciones e ilusiones, y que, efectivamente, tenía aptitud y vocación para ser un buen soldado, así como que no era mi ideal el general de gruesas charreteras, tricornio, banda y zapatos de paño, con juanetes, sino el de los héroes de la historia o de la leyenda. Descubría, en fin, que, recortando cuanto se quisiera por la realidad en la práctica de la vida y por la enseñanza de sucesos cual el del zapaterillo, todavía guardaba el niño en su interior lo suficiente para ser utilizable.

LXV

«¡Ay, sorongo, sorongo, sorongo!»

Terminadas las vacaciones de verano, regresé al Puerto. Acababa de cumplir diez años, y mi padre creyó que debía empezar el latín, matriculándome para el efecto en las Escuelas Pías de la Aurora.

¿Qué eran estas escuelas? Yo no lo sabía. ¿Qué era esta de la Aurora? Eso es largo de contar: el lector, poco a poco, se podrá ir enterando.

Si estuvo la Aurora en algún tiempo bajo la dirección de los Padres Escolapios, lo ignoro. En Octubre del 37 y siguientes, correspondía a una especie de patronato adscripto a la iglesia parroquial. Lindante y pegado a su antiguo cementerio estaba y está hoy el edificio de la escuela, escueto y deshabitado entonces como al presente.

El señor teniente cura era el preceptor universal de aquella casa, que no sé si llamarla casa a secas. Escuela de instrucción primaria, no. De latín, tampoco; porque el padre Galán, que ese era el apellido del señor teniente cura, nos daba las lecciones en su domicilio, dos puertas más allá de la Aurora. Y sin embargo, hasta el año 1857, en que (si no equivoco la fecha) apareció una ley de instrucción pública, ordenando los estudios universitarios y académicos, la denominada escuela de la Aurora, por no sé qué bulas y privilegios, tenía facultades para dar válidos títulos de latinidad y filosofía.

Declaro que al verme elevado a la categoría de estudiante de latín, salté de gozo e hice los propósitos más firmes de estudiar y cumplir mis deberes. El primer día trabé conocimiento con el profesor y mis siete u ocho condiscípulos: el primero, el padre Galán, que ya sabemos; los segundos, jóvenes de once a trece años, todos de la clase media.

El padre Galán, más obeso que D. Ramón de Torres y algo más alto, más tranquilo aún y de más acentuada *bonhomie,* me gustó. Aunque sus ojos eran pequeños y estaban enterrados en la grosura de sus párpados, tenían una mirada alegre e indulgente. Nos habló a todos, uno por uno, y nos dió palmaditas en la cara. Díjome que conocía a mis padres y que fue amigo de mi abuelo. Nos encargó que al día siguiente trajéramos el *Arte de Nebrija,* para señalarnos lección, y nos despidió.

Faltóme tiempo para pedir el *Arte* a mi padre, y no le dejé

a sol ni a sombra hasta que le hice abandonar sus ocupaciones y salir conmigo para comprar el libro. Dueño de él ya, leí su portada, que entendí; después, la primera hoja, que no entendí, y me quedé triste y pensativo.

Llegado el otro día, a las nueve en punto estaba ya en el Colegío de la Aurora, quiero decir, en casa de D. Juan Galán. Uno a uno fueron llegando los demás alumnos; a las diez entró el Padre. Nos hizo sentar en las sillas de su despacho; él también tomó asiento en un fuerte y ancho sillón, proporcionado a su peso y volumen, detrás de una mesa.

—¿Traéis el libro?

Unos lo habían traído, otros no: los primeros enseñamos el *Arte* y los segundos dieron sus disculpas, prometiendo hacerlo para el día siguiente.

Fué mirando los libros, que pusimos sobre la mesa, y escribiendo en la primera hoja el nombre de su respectivo dueño, agregando la rúbrica.

Terminada esta operación, nos dirigió la palabra, y dijo:

«Las declinaciones de los nombres, son cinco. La primera, en *æ,* diptongo, como *musa, musae.* La segunda, en *i,* como *dominus, domini,* etcétera.

Y así concluyó con la última.

Mas como quiera que dijo de palabra lo mismo que decía el *Arte* en letras de molde, resultó que así comprendí lo dicho como entendí lo leído. Con esto, púseme más triste, dudé de mi inteligencia y me abismé en un mar de confusiones.

Así estaba, cuando nos fué llamando por el orden en que nos hallábamos colocados los provistos del *Arte.* Haciendo una rayita por bajo de la primera declinación, nos fué diciendo:

«Hasta aquí traéis aprendida la lección para mañana.»

A los otros niños volvió a encargarles que no dejaran de traer el libro, para que no se retrasasen en las lecciones, y con esto se acabó la que se daba.

Salí a la calle y abrí el *Arte.* Andando, leía: «Las declinaciones de los nombres, son cinco: la primera, en *æ,* dipton-

go, etc.» Y, nada, no entendía. «La primera, en *æ*, diptongo...» Pero, señor, ¿qué será *diptongo?* ¡Diptongo, sorongo!... Sorongo es un baile:

«¡Ay, sorongo, sorongo, sorongo!
Como me puso mi madre me pongo,»

Esto había oído cantar. Pero ese *sorongo* no podía tener nada que ver con *diptongo*, y no me daba luz.

En fin; mareado a fuerza de inútiles cavilaciones, cerré el libro y entré en mi casa.

Después de un rato volví a abrirlo, y dije para mí: «por el hilo se saca el ovillo; quizá, leyendo más adelante, me entere de algo, y ponga en claro lo que esto quiere decir. Vamos a ver: «La segunda, en *i*, como *dominus, domini*.» Pero, señor, ¿quién es *dominus* y qué es *domini?*

Un mareo a los ojos, acompañado de aturdimiento de cabeza, me dejó alelado largo rato. Después, una inquietud interior me obligó a echar a andar por el corredor o galería, con el libro cerrado debajo del brazo. Algo calmado con el movimiento, hice esta reflexión:

«Lo que pide el Padre es que lleve aprendida la lección, que le repita lo que dice el libro , desde aquí hasta la raya. Pues aprendiéndolo, aunque no lo entienda, cumplo.»

Entonces, comencé a leer y repetir: «Las declinaciones son cinco: la primera en *æ* diptogo, como *musa, musae*.—Las declinaciones son cinco: la primera en *æ* diptongo, como *musa, musae*.» Y así repetía y repetía en voz alta la cantinela, hasta el cansancio; después hacía la repetición mentalmente. Dejaba pasar un rato, para ver si se quedaba grabada en la memoria y seguir la tarabilla. Pero, como la palabra *diptongo* y la palabra *musa* no tenían sentido ni representación ideal para mí, quedaba cortado el párrafo ya en *diptongo*, ya en *musa*. En este batallar, sobrevino el cansancio, y arrojé el libro para no volverlo a abrir.

Al día siguiente, el padre Galán comenzó a tomarnos la

lección. Me coloqué de los últimos, para ver cómo la daban los primeros. Unos la dieron a lo papagayo; otros, tropezando y a empujones; yo, a tropezones, empujones y sudores. El Padre no se impacientó cuando me detenía en la palabra del tropiezo. El apuntaba *dipt...*, entonces agregaba yo ...*ongo*; y salía del atolladero.

Una vez concluída la lección, el buen teniente cura recitaba despacio la lección siguiente por vía de explicación; luego señalaba con una raya lo que habíamos de traer para el día inmediato, y así en lo sucesivo.

Los muchachos que podían fijar en su memoria palabras sin sentido se pusieron por delante de todos, los menos aptos detrás, y yo quedé el último de los últimos.

Desapareció mi primer buen deseo de aprender, siendo reemplazado por enemiga a los libros y al estudio. Perdí todo estímulo y emulación. Sintiéndome el último en el aula, reaccionó mi espíritu hacia el lado torcido de los estudiantes desaplicados: a ser el primero en travesuras y osadías. Bien comprendo que el lector habrá dicho para sí, al recorrer este capítulo:

«Pues bien torpe resultabas, criaturita, no entendiendo ni las primeras líneas del clarísimo *Arte de Nebrija*. Allí mismo, pegadito, dice lo que es diptongo (*œ*): dos vocales conjugadas. De modo que si no lo entendías, no era porque no estuviese claro, sino porque debías de ser un niño obtuso. Además, la palabra *diptongo* debía serte ya conocida por la gramática castellana; y su significado, no tan extraño como para que se te ocurriese buscar su similitud y analogía con el baile del *sorongo*.»

Confieso que lo objetado está muy bien, y que yo mismo me he hecho estas observaciones a los veinte años de edad.

Nada más llano y sencillo que comprender las cosas cuando se saben; pero nada más difícil que entenderlas cuando se ignoran; y este es el pecado original de esos métodos de enseñanza. En castellano no hay diptongos propiamente dichos.

¡Saber la gramática! ¡Ahí es nada! No conozco nada más necio que pretender que un niño sea gramático. La gramática es la exteriorización del alma de la humanidad: cosa tan honda que ni los académicos, ni las Academias, ni los autores de Diccionarios, ni los políglotas, ni todos los filósofos y sabios juntos (y conjugados como las vocales de un diptongo) saben ni sabrán jamás. Contentémonos con irla sabiendo poco a poco, para permanecer sin saberse del todo y bien cuando concluya el mundo.

El *musa, musæ*, aun agregada la traducción castellana (o sea la misma palabra musa), era para mí cosa nueva e ininteligible. No había estudiado Mitología, ni tenido ocasión de conocer á esas señoras. Quedaban, pues, dos vacíos por donde no podía saltar mi inteligencia, y que en balde procuraba supliese una memoria que, si bastante para servir a mi razón como criada, jamás pude lograr que me valiese como dueña.

El método del benigno sacerdote era el San Machaca: repetir y repetir las frases, aprenderlas fonéticamente, y no ocuparse ni preocuparse de lo demás.

La recomendación de que aprendiésemos la lección no podía ser más absurda. Para eso, para eso se va a las aulas: para aprenderlas allí, bajo la dirección del maestro; no para aprenderla a solas en las letras del libro.

Hubiérame enseñado a «aprender latín» y, de seguro, sabiendo yo esto, al cabo hubiera sabido latín. Pretendió «enseñarme latín» de buenas a primeras: no pasé ni la primera página, tomé tedio al estudio; y, como llovía sobre lo mojado de la instrucción primaria deficiente, quedé perdido para siempre como estudiante.

Reducido al triste papel del último y más bruto de la clase, no me avenía a serlo también de la sociedad estudiantil. Fuera de uno o dos condiscípulos que tendrían mi misma edad, los demás eran mayores. Cotera y Majarón, zangones ya: grandullón, pero linfático el primero; forzudo y robusto el segundo, éste se imponía por sus fuerzas. Palau, mayor, por su edad y

memoria; el otro hermano, por memoria y vivacidad; Toro, por su aplicación, su seso y el serio continente.

Antes de entrar en clase y al salir de ella, enredábamos, jugábamos y corríamos por la contigua plaza de la Iglesia. A pocos juegos, ya, como en la decuria, cada cual tenía su puesto; desde Toro, que hacía de cabeza, hasta mí, que formaba la última vértebra del rabo, en las calles y plazuelas tenía su lugar cada cual. Al principio, la cabeza resultó tricéfala: componíanla Majarón, Cotera y yo.

Cotera fue, a poco, convirtiéndose en pescuezo: le sobraba fuerza, pero le faltaba osadía. Después, de propio grado, por afecto, y no sé por qué, Majarón se convirtió en mi teniente. Yo quedé solo, de cabeza de motín.

Así, mi primera sociedad escolástica y civil vino a ser el símbolo y figura de la serpiente que se muerde la cola. El primero del aula, el último en la calle; el primero en la calle, el último del aula. Total igual: por reflejo de la improcedente educación, el peor estudiante, el más atrevido y el más pillete.

LXVI

Hoy se hace rabona.

Joaquín Toro hubiera llegado a ser hombre de provecho, si la muerte no le hubiese sorprendido al comienzo de su juventud.

Haremos conocimiento con Pepe Majarón y Ramón Cotera, ya que sería prolijo historiar a los demás en lo tocante a hechos relacionados con sus educaciones respectivas. Muéveme también a la preferencia la circunstancia de que pude seguir más de cerca la vida de ambos.

Majarón tendría entonces quince años, y Cotera diez y seis.

Hijo el primero del boticario de la calle de Pozuelo, y

huérfano de madre al nacer, se había criado al constante calor de su padre y de un tío a quien la exclaustración había convertido en mancebo de botica y ama seca del sobrino.

Es de ver cómo las viudas con hijos toman fortaleza varonil para criarlos y sacarlos adelante; y cómo los viudos, en iguales circunstancias, se suavizan y dulcifican para educar a la prole que perdió el regazo maternal.

Padre y tío, desde dar la papilla hasta lavar y vestir al niño, no había menester que no lo hiciesen: cuando el uno en la botica, el otro con el niño; cuando el uno mecía la cuna, el otro despachando las recetas o sosteniendo la tertulia en la rebotica.

Ellos mismos, para que el Pepito no se pervirtiera, le enseñaron las letras, leer y escribir, las cuentas y la doctrina, en la propia casa; así como la Gramática castellana, su poquito de Historia y algunas añadiduras de Geografía.

De esa manera cumplió Majarón los quince años, sin conocer más que el círculo de la farmacia y las calles del Puerto, en los paseos que le daba el tío Manuel, llevándolo de la mano, los domingos par la tarde.

Pero el exclaustrado no se atrevió con el magisterio de latinidad; y, como era preciso que Pepito siguiese una carrera, no hubo más remedio que llevarlo a la Aurora.

El tío lo llevaba y lo recogía de la clase; pero, como Pepito era de los más crecidos y zangones, esto daba ocasión a la rechifla de los estudiantillos. Amostazóse el tío, se avergonzó el sobrino; y en consejo de familia determinaron que Pepe fuese como los demás a la Aurora, sin conductor.

Muchacho más inocente y mejor criado, a este respecto, no lo he visto jamás. Pero peor educado, tampoco. Y no que fuese grosero, ni mostrase malas inclinaciones; antes al contrario, era noblote, cándido, más que sencillo; carecía de toda iniciativa, y sin embargo, resultaba voluntarioso como niño mimado; impetuoso con desigualdad, por igual motivo; forzudo, por su propia naturaleza y estructura.

La estancia en una clase reducida a lo que sabe el lector, a repetir y repetir palabras para mí inconexas, érame enojosa.

Verdad que D. Juan Galán era modelo de paciente indulgencia, y que, a pesar de ver que no llevaba aprendida la lección, ni me reprendía siquiera; limitándose a decirme:

—Fulanito, es preciso que estudies y te apliques.

Pero, también es verdad que yo sudaba y sentía mil apuros al llegarme el turno de decir la lección; abochornábame la vergüenza.

Con esto vino por su propio peso el deseo de faltar a clase: «hacer rabona», como se dice en lenguaje escolar. La primera vez hice solitariamente la birria, mas el tiempo resultó aburrido y sin saber en qué emplearlo. No podía ir por la calle, no fuese que topara con mi padre o con alguien conocido, que había de ver mi condición de prófugo. También por su propio peso surgió el remedio.

Ya acostumbrábamos a reunirnos antes y después de clase, en el ángulo entrante que forma la iglesia con la pared del edificio de la Aurora, Ya ejercía yo una especie de dictadura sobre los compañeros, y a modo de orden grité un día:

—Hoy se hace rabona.

Majarón, hambriento de libertad por la misma tutela por partida doble en que vivía, acogió la disposición con entusiasmo; Cotera, por no ser menos, siendo el mayor en edad y saber, aunque a su pesar no le fuese en gobierno. Alguno más tímido se resistía; pero a la imprecación de «¡Marica!» y bajo la amenaza de algunos soplamocos, entraron en la subordinación de la insubordinación.

—¡Al campo!—dije.

Y tomando por la calle de Santa Lucía, salimos a la Plaza de Toros. Entre sus alrededores y el Campo de San Francisco, allí diableamos, jugamos al marro y a la mula, y estuvimos sumamente divertidos.

Las rabonas comenzaron por una vez a la semana; luego

dos; más tarde, tres; y temporadas hubo en que todo el monte se convertía en orégano.

LXVII

Crisálida de un perfecto conservador.

De Cotera poco queda por decir. Educado en libertad y más crecido, tenía trato de gentes; era el más y mejor educado de la cuadrilla; su talento, claro sin ser muy penetrante.

Con estas condiciones superiores a las de los demás, sentíase celoso de Toro en el aula, y de verse pospuesto por un monicaco en la calle. Dependía de que Toro era más sesudo y aplicado, y que para atrevimiento no lo había criado Dios.

Su vida no había sido inquieta. El padre, médico, gozaba bienestar y desahogo para asegurar existencia tranquila a la familia. Todo ello hacía que Ramón, si robusto, resultase por fuera algo linfático, y por dentro *la crisálida de un perfecto conservador*.

Y porque no está demás para conocer la época, referiré aquí lo que por fidedignas referencias supe acerca de la modesta holgura del padre de Ramón.

Que del ejercicio de la medicina no vino, nadie lo podrá dudar, tratándose de tiempos en que por dos reales la visita se daban los doctores con un canto.

El caso fue que la fortuna nos favoreció en Bailén, según sabe todo el mundo. En las capitulaciones entraban que los jefes vencidos saliesen de España con sus equipajes. Verdaderamente, resultaban demasiados bultos; y el *populacho*, que por todo hato entiende lo que se lía en un pañuelo, no podía comprender cómo salían tantos carros y carretas. Desde Andalucía la alta iban las gentes protestando detrás de la conducta.

—¡Eso—decían—es lo que nos han robado los pícaros franceses!

Si unos se cansaban de ir a la husma, otros se agregaban en los pueblos de tránsito; y así el cordón engrosaba o disminuía, poniendo en aprieto a veces a la escolta. Al paso por Jerez, como ciudad populosa, crecieron las protestas y los amagos de meter mano al botín, pero la fuerza armada pudo sobreponerse.

Al llegar al Puerto, punto del embarque, crecieron las ansias, la gente y su empuje, de tal modo, que la tropa a duras penas podía contenerlo.

Quiso el diablo que al descargar un carro en el muelle cayese al suelo un cajón, que reventó del golpe y dejó salir rodando unos cálices y otras alhajas religiosas. ¡No fue preciso más! Un rugido tormentoso, de esos que sólo del pulmón popular salen, vibró de uno a otro extremo de la muchedumbre; al punto mismo que soldados y carros, acémilas y gentes, carretas y carreteros, cajones y baúles, todo quedó arremolinado y confundido en apretada piña, dentro de la cual se establecían vórtices mayores o menores, conforme la asfixia de unos, la codicia de otros y el poderoso esfuerzo de los soldados hacían plaza, para cerrarse apenas hecha.

Tranquilamente había ido a la pescadería el padre de Cotera, según costumbre, cuando se encontró inmediato al alboroto. Una carreta de la conducta se hallaba no distante de él, fuera del corazón del remolino. Lo mismo él que dos pescaderos, a quienes iba a preguntar el precio de la libra, movidos por un mismo pensamiento, se abalanzan a ella. La carreta contiene varias cajas; Cotera coge una más pequeña, con la que podía cargar; los pescaderos otra mayor, que entre ambos apenas pueden conducir. Iban a romperla, y el médico, que ya escapaba trabajosamente con la suya, les dió ejemplo para no detenerse; tomáronlo con tanto más motivo, cuanto que ya venían como alanos hacia la carreta otros asaltantes.

El médico llegó a su casa felizmente. Según el rumor público, su caja contenía de ocho a diez mil duros en monedas de oro, fortuna pingüe para aquellos tiempos de penuria.

No fueron tan felices los pescaderos. Jadeantes, arrastrando su cajón, iban ya a desembocar de la plaza del Castillo, en la calle de Santo Domingo, cuando les salió de manos a boca el Alguacil mayor del Ayuntamiento, D. Pedro Giribón.

Nadie extrañe la rimbombancia del apellido. Para ser entonces *Alguacil Mayor de la Muy Noble, Muy Ilustre y Muy Leal Ciudad y Gran Puerto de Santa María*, era condición indispensable ser noble por todos cuatro costados. Que Giribón lo era, no hay más que atenerse a cómo suena en los oídos.

Era, pues, muy noble, lo cual no quita para que dejara de ser tan cuco, solapado y ladino como autoritario.

Giribón, hallándose en el Ayuntamiento, tuvo noticia del desorden y, cual agente principal de la Autoridad que era, dirigióse armado de su bastón al lugar del suceso. Verle los pescaderos y quedarse fríos, notarlo Giribón y echar una mirada a la carga, no fue tan pronto como decirles:

—¿Qué lleváis ahí?

—No lo sabemos—contestaron turbados.

—¡A ver, a ver! Metámonos en este portal.

Y en el primero de la calle entraron; Giribón entornó la puerta, para no ser vistos ni interrumpidos, dejando entreabierta una raja, suficiente no más para no quedar completamente a oscuras.

—¡A ver, muchachos, vamos a ver qué viene ahí!—dijo con tono amable, aunque de superioridad.

El mismo sacó un puñal, que siempre llevaba por si fuese necesario mantener la autoridad, y levantó la tapa del cajón. Hallábase repleto de pesos duros. Entonces, tomando uno, dióselo á un pescadero, diciéndole:

—Como hermanitos, tomemos uno tú y otro yo—guardándoselo en el bolsillo.

Y seguidamente, tomando el tercer duro, se lo dió al segundo pescadero, repitiendo la frase:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo.

Así fueron llenando los bolsillos.

Como los de los pescaderos no eran tan numerosos ni tan amplios como los del señor alguacil, pronto rebosaron. Entonces Giribón les hizo poner los sombreros entre las manos, a modo de esportilla, echando los duros allí en la misma forma:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo; uno tú y otro yo.

Al cabo, también se llenaron los bolsillos de D. Pedro, así del chaleco como de los pantalones y faldones del levitón; por lo cual, y a su vez, habilitó de espuerta su mayúsculo sombrero de copa alta.

Como todo tiene fin en este mundo, también lo tuvo el reparto; y cada cual se marchó por su lado.

Por la noche se reunieron en la taberna los de la pescadería para celebrar el alboroque, y un compañero dijo al otro:

—¿Sabes que me parece que D. Pedro se llevó más duros que nosotros?

—¡Hombre, no puede ser! ¿No viste que decía: «*uno tú y otro yo?*»

—Sí; pero él, teniendo más bolsillos que nosotros, los llevaba llenos; y en la castora, también.

—¡Hombre, hombre, pues es claro! ¡Habráse visto pillo! Se llevó el solo lo que nosotros dos juntos.

—¡Mañana mismo le pego una *puñalá*...!

No hay qué decir que todo fue un desahogo y nada más. Redújose el caso a que D. Pedro Giribón hiciera la vista gorda cuando corrían el peso, y fuese indulgente con ellos cuando vendían podridas las pescadillas.

LXVIII

El Galán y la Aurora.

En el Colegio de la Aurora, no se vaya a creer que se estudiaba latín solamente: enseñábase de todo; y por un plan de estudios tan liberal, que más no podía ser.

El catedrático disponía las cosas según su leal saber y entender. Distribuía las asignaturas, las daba cuando, como y donde le era voluntad; sus certificados de aprobación valían legalmente ante el Papa y el Rey.

No hay más sino que el magisterio se componía de la ubicua y exclusiva persona del teniente cura, D. Juan Galán y Moreno: él latín, él lógica, él física, él ética, y hasta un poquito de historia natural; todo revuelto, y como pan de la inteligencia distribuído a canteros y zoquetes entre sus amados discípulos.

Pasado el primer trimestre, unos días, los más, le tocaba latín; otros, un ratito de latín y otro de lógica; otros, física *experimental;* y así sucesivamente.

Jamás he visto demostrar más ingenio que el que sacaba nuestro bondadoso catedrático para explicar la física «acompañada de *experimentos*».

Servíale de ayudante su sobrina Aurora, joven guapa, modesta y silenciosa.

—¡Aurora! Tráeme un vaso y un jarro de agua—decía llamándola con fuerte voz, para que oyera desde el interior de la casa.

Acudía la sobrina con dichos menesteres y los colocaba sobre la mesa.

D. Juan sacaba del bolsillo una bolsita de cuero, con los avíos de encender. Llenaba de agua el vaso, vertiéndola del jarro con gran cuidado hasta casi a punto de rebosar. Miraba de través la superficie, añadía una gotita si no estaba a su gusto, y en estándolo enderezaba el tronco con satisfacción. Seguidamente, abría la bolsa y sacaba el eslabón de acero entre los dedos, al mismo tiempo que decía:

—La impenetrabilidad es la propiedad general que tienen todos los cuerpos de no dejar ocupar su lugar por otros cuerpos.

Esto dicho, dejaba caer el eslabón dentro del vaso.

Yo, que no atendía al latín, atendí al experimento; y como atreviduelo que me venía haciendo, dije:

—Pues, D. Juan, el eslabón ha penetrado.·

Entonces él, más ufano aún, me contestó:

—Sí, pero ya ves cómo una parte del agua se ha salido y véla aquí mojando la mesa; prueba evidente de que para entrar el eslabón ha vertido igual sitio del agua.

Y con esta contestación, me quedé convencido.

Otro día nos explicó la gravedad, *experimentalmente* también.

—La gravedad—dijo—es la propiedad que tienen todos los cuerpos de descender al «centro de la tierra».

Apenas acabada la oración, echó mano a la mota o borrilla del solideo y, extendiendo el brazo lo dejó caer, exclamando:

—¡Ved la gravedad!

Como estaba tan obeso que no podía bajarse a recoger el cuerpo grave, todos los alumnos, a cual más solícito, nos arrojamos a levantar el solideo; pero, chocando los unos con los otros, resultó otro efecto experimental de la gravedad, pues tropezamos en la mesa y salieron rodando libros y tintero.

Cuando le tocó su turno a la elasticidad, llamó a Aurora para que le trajese las ballenas del corsé; y, provisto del aparato, nos demostró la tendencia de las partículas de los cuerpos a volver a ocupar sus posiciones respectivas.

Si yo hubiese sabido de antemano los días en que iba a explicar física, lógica, ética, historia natural, *y no latín*, tengo por cierto que no hubiera hecho tantísimas rabonas.

LXIX

Aquí había espectadores.

Bien mirado, cada vez iba a más el elemento picaresco y maligno de tales escapatorias.

Vistas hoy, retrospectivamente, desde la helada sierra de la vejez, me parece que responden a una necesidad educativa

insatisfecha; al deseo de libertad, al apetito del goce de la vida, al correr por los campos, al ver lugares nuevos, al conocer el mundo.

Para que mi predisposición fuese más acentuada, agregábase la impaciencia de mi carácter, ya natural, ya exasperada con la quietud desde la amiga hasta la escuela y con las composturas con que mi buena madre me había oprimido.

Uníase también el placer del dominio. En aquella relajación de autoridad y disciplina, sin saber por qué, yo resultaba obedecido e imperante. En cierta dosis, experimentaba otra satisfacción mal definida, vaga, y por eso mismo atractiva; el placer de la aventura, de lo vedado y peligroso.

Verme asaltando una arboleda, para hurtar la fruta; oir al perro que ladra; sentir que el dueño lo advierte; trepar, no obstante, al peral o a la higuera; expoliarlos, llenando precipitadamente los bolsillos; correr, saltar la tapia o el vallado al tiempo que se sienten los pasos y las amenazas del jayán; verlo burlado, y ser recibido como un heroe por el círculo de zangones y chicuelos tímidos—es un placer maligno, que merece parar en *la casilla,* pero al cabo es un placer.

¿Y ver el mundo? Limitaba la satisfacción del deseo la necesidad de atemperarlo a dos o tres horas que, a lo sumo, podían disimularse las ausencias de casa: una para ir, otra para volver; media, para arreglar el semblante y quitar el polvo de zapatos y ropas.

No se crea, sin embargo, que es tan fácil mantener la autoridad en una compañía de chiquillos. Nobleza obliga: pide el cargo ser el primero a las duras y el último a las maduras, para que vean cierto valor y cierta generosidad; exige maña, previsión, y cuando no hay otro remedio, jugarse el todo por el todo.

La verdad, y para no engañarnos: en el fondo, yo era el más medroso. Pero, amigo, los romances me hacían considerar el miedo como la mayor de las deshonras; y lo disimulaba y hacía de tripas corazón.

He referido que Cotera, por varias superioridades y circonstancias, llevaba a mal mi autoridad. Grandote y casi hombre, resultaba yo para él lo que un eral a un toro hecho. Valíame el que, más forzudo Majarón y constituído por propia voluntad en mi lugarteniente, daba a mi poder moral su indispensable base de la fuerza física.

Conocedor de la deficiencia, había ingeniado, procurando suplir con la maña lo que me faltaba de fuerza; y así, en la lucha cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, daba un tumbo al mismo Majarón.

Tales eran mis títulos para gozar el puesto de capitán de banda de chicos mal criados.

Habíamos salido de pedrea, y aquel día no vinieron a provocarnos ni a admitir el combate los chiquillos del barrio alto.

Dormíamos sobre nuestros laureles, sentados alrededor de la cruz de San Sebastián, frente al Cementerio, comentando la no presentación del enemigo.

—¡Para lo que tú haces!—dijo Cotera, encarándoseme.—Tiras las piedras como las mujeres, y no alcanzan a tres varas.

Así era, la verdad; como también era cierto que él las tiraba bien y con tan certera puntería, que le vi descalabrar a más de un contrario.

—Yo no tiro piedras—le repliqué;—pero cuando algún zangón, como tú el otro día, se encuentra acorralado y hecho un trapo, me meto con mi palo corto en medio de los del barrio alto y le saco del apuro.

Ramón se avergonzó, pero no pasiva, sino arrebatadamente, encendiéndosele el rostro. Los compañeros estaban muy atentos, como pesándonos en una mano a mí, y en otra a Ramón.

—Y tú, ¿qué hiciste luego sino huir como un cochino?—replicó más arrebatado.

—¿Y qué había de hacer yo más que librarte y abrirme paso, grandísimo collón? Y a lo de que huí como un cochino,

¡ten la contestación!—dije, acompañando a la palabra un revés.

No hay nada tan desigual como el valor. El tímido habitual llega un momento en que se convierte en una fiera. El héroe de cien combates, sorprendido un instante, queda inerte.

Aquella naturaleza apática sufrió un cambio súbito: la sangre toda se le fué a la cabeza; y al arrojarse sobre mí, viendo yo que tenía los peldaños detrás, aproveché el momento, contrarresté con mi impulso el suyo, derribándole, y fué a caer al otro lado de la cruz.

Los espectadores pusieron la cara de asombro que los Israelitas al ver por el suelo a Goliat.

No creí generoso castigarle caído, y pensé que agradecido cesara su porfía; pero, lejos de eso, levantándose sin impedimento por mi parte, más iracundo aún, echó mano al bolsillo y sacó una navaja de las de cabo de marfil, muy suficiente para cualquiera fechoría.

Aquí había espectadores, y de tal naturaleza, que no era posible huir. Sentí miedo e impulsos de correr, trocándolos con la velocidad del mismo rayo en saltar el espacio que mediaba entre nosotros: Ramón iba a descargar al golpe, a dos varas de distancia, y se encontró con su enemigo cosido a la barriga.

Con la acción ganada, me fue fácil echarle la zancadilla y arrojarle al suelo. Le quité la navaja y la tiré por cima de la tapia del convento, diciéndole:

—No te rajo la cara, para que veas que no es verdad que soy un cochino.

Lo levanté del suelo, y esta vez se le había pasado ya la ira. Quedamos amigos y no volvió a protestar contra la dominación.

FEDERICO RUBIO

(*Continuará.*)

LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Un viaje a Francia en 1792.

(Continuación.)

En efecto; cinco días duró la estancia de Moratín en Bayona, desde el 12 al 17 de Mayo de 1792, y todos ellos los pasó junto a la parentela del fundador del Banco de San Carlos y agasajado en su casa nativa o en las de sus allegados. Las anotaciones del diario no dejan lugar a duda: «Día 13, á casa de M. Cabarrús; paseo; a la Catedral...—Día 14: a casa de Bailac; paseo, a comer en casa de Cabarrús...—Día 15: aquí Cabarrús, a casa de Bailac para comer...—Día 16: a casa de Bailac y de Cabarrús; por la tarde a correr calles; Cabarrús aquí; *Teresita en un convento...*» Habían empezado, sin duda, los disgustos serios entre la joven marquesa de Fontenay y su marido; habían empezado también las persecuciones y riesgos para los privilegiados del antiguo régimen. Aristócratas, titulares de la vieja magistratura, *ci-devants* de todo linaje procuraban hacerse olvidar bajo apellidos oscuros y democráticos, viviendo en la campiña o acogiéndose a algún techo amigo y no sospechoso de contrarrevolución, mientras sus mujeres se sepultaban interinamente en algún monasterio o casa de retiro, según costumbre mundana de la época. En vano el «salón» de Teresa Cabarrús, en la calle de Saint-Louis-en-l'Isle, se ha-

bía visto frecuentado, desde los primeros días de su matrimonio, por la flor y nata del partido *feuillant* o constitucional monárquico, por no pocas figuras que habían de señalarse después en los bancos de la Gironda y de la Montaña, por los ingenios más salientes en las letras y en el periodismo, como Florian, Chamfort y Rivarol. «El tono dominante en la casa corresponde al liberalismo y las reformas.» Recibíalo de los grandes señores conversos del nuevo espíritu: Montmorency, La Rochefoucauld, los hermanos Lameth, el marqués de Lafayette, ídolo de las muchedumbres. Esta popularidad, empero, debía declinar muy pronto. La fuga de la familia real y su detención en Varennes determinaron y precipitaron la segunda fase de la Revolución: el período de las desconfianzas feroces, de los delirios persecutorios, de la «fiebre obsidional», las alarmas continuas y *la patrie en denger*. La desbandada fué completa, y no había quien no pensase en ponerse en salvo, por más pruebas de civismo que tuviera dadas y por más *membresse* del club de 1789 que hubiera sido, como nuestra bella Teresita (1). Hospedada ahora en un convento; divorciada, antes de un año, bajo los auspicios de la flamante ley, y detenida después en Burdeos, camino de España, debía encontrar allí la novela de sus amores con Tallien, durante la misión proconsular de que los bordeleses guardarán eterna y execrable memoria.

A los cinco días de su llegada, colmado de atenciones y repuesto de las primeras fatigas del viaje, Moratín, siempre acompañado del incógnito Chabot, toma de nuevo la diligencia y sale de la ciudad bearnesa con dirección a Burdeos, otra de las plazas comerciales a que se extendían los negocios de Cabarrús, y en la cual su hijo mayor, Teodoro, acababa de fundar, o debía hacerlo luego, la casa *Cabarrús fils et C.ie* (2).

(1) Carta firmada: *Cabarrus, femme Fontenay,* en el núm. 14 del *Journal de la Ville.*

(2) Sonolet: *Madame Tallien*, París, 1909, pág. 31.

Esta vez no habla nuestro poeta, como en su viaje de 1787, del asedio que padeció en Bayona por parte de los judíos, y en especial de un señor Olivera, a quien llama «el más pesado y corrumpente individuo de la plebe de Israel» (1), y que parece haber trasladado a París su campo de operaciones, puesto que allí hemos de encontrarle dentro de poco. Dedicábase, como casi todos sus correligionarios de aquella ciudad, al cambio de monedas, a los servicios de mediador o cicerone y a la venta de baratijas, sonando su apellido no sólo en las cartas y apuntes de Moratín, sino en los de cuantos pasaban la frontera o escribían relaciones de viajes (2). Libres, pues, del «obstinadísimo sordo» y de sus porfías, salieron el día 17, a las seis de la mañana; comieron en Majeux, cenaron y durmieron en la casa de postas de La Harie; volvieron a partir de madrugada, sufriendo, cerca de Belin, el tradicional e imprescindible vuelco de cabriolé, que dejó a Chabot algo estropeado; comieron en Hospitaley, y el mismo día, que era el 18, a las nueve de la noche, llegaron a Burdeos, apeándose en la fonda del *Grand Soleid*.

Renuncio a transcribir literalmente las apuntaciones de nuestro viajero durante su permanencia en *Burdegalia,* según escribe con insistente macarronismo. Hasta dos meses y días se prolongó su detención en aquella ciudad, por las circunstancias que veremos muy pronto; y el diario auténtico había de resultar aquí sumamente pesado. Baste saber que la primera visita, luego que salió de la fonda, fué para M. Batbedat, primo hermano de Cabarrús, y probablemente su socio o comisionado mercantil, a quien Moratín ya conocía por sus frecuentes viajes a España y las temporadas que había pasado en Madrid. Batbedat acababa de sufrir los efectos de la prevención general contra los franceses que la Revolución iba le-

(1) Carta a Cean Bermúdez, fechada en Auch, el 3 de Octubre de 1787.

(2) Véase, por ejemplo, Viera y Clavijo: *Viaje a Francia y Flandes* (1777 y 1778). Tenerife, 1849; y Moret-Fatio: *Études,* 2.ª serie, páginas 385 y 386.

vantando y excitando en la Península, y de la cual el proceso de Cabarrús, aunque nacido de pretextos interiores, era reflejo en gran parte. La servidumbre del arbitrista bayonés fué expulsada de España cuando él se vió reducido a prisión; y su primo, que se hallaba entonces en la corte, fué también encarcelado temporalmente (Setiembre de 1790), motivando una protesta de M. Puyabry (1), encargado de negocios de Francia durante el retraimiento forzoso del duque de Lavauguyon, acreditado de la monarquía absoluta a quien únicamente quería reconocer la corte de España como embajador, pero cuyos poderes no habían sido ratificados por el Gobierno revolucionario. Es probable que con Batbedat residiera entonces en Burdeos el hijo menor de Cabarrús, y que fuera éste el Paquito a quien se refiere Moratín, en carta al abate Melón, escrita desde Londres el 25 de Diciembre del mismo año 92: «Sujeta bien a Paquito; hazle que estudie y que se esté quieto en casa, que harto suelto y libre anduvo este verano, y harto me dió que sentir *por las calles de Burdegalia*» (2). No vaya a creerse, sin embargo, que la austeridad de nuestro Arcade fuera entonces incorruptible. En el diario de su estancia en Burdeos regístranse desde el primer día, veladas bajo frases medio latinas, medio francesas, no pocas frecuentaciones por este estilo: «Día 22, con Chabot a ver unas *catins.*» «Día 23, a casa *quædam meretrix;* por la noche a visitar una *mima ex Variétés*»; más tarde «a casa de *quædam venusta femina*» o de la «*meretrix parisina*». Con tales extravíos de una juventud celibataria, próxima ya a la madurez, alternaban otras visitas y relaciones ciertamente más decorosas y útiles. Acude a la Bolsa para observar el tráfico habitual, a la Casa de Moneda, al Jardín público, al café más entretenido, a la biblioteca de la Academia de Ciencias. Batbedat le obsequia con excursiones al molino de la Cartuja, con comidas urbanas y campestres,

(1) Geoffroy de Grandmaison: *L'ambassade française en Espagne pendant la Revolution*, pág. 52.

(2) *Obras póstumas*, t. II, pág. 127 y 128.

con paseos, con espectáculos nuevos para él, como el *concierto* y las *carreras de caballos* a la inglesa. Va casi diariamente al teatro, su diversión favorita, la causa oculta y primordial de su viaje. Es objeto de convites en la casa de campo de M. de la Sablonière; recorre los establecimientos de lujo, las tiendas de moda, la tipografía de Racle, y, acordándose de su antiguo oficio, frecuenta una platería por amor al arte o a la *tendera pulchra* que le recibe allí, como unos meses después, en Londres, ha de marearle cierta *esplieguera* o herbolaria muy de su agrado.

Seguramente, el primer propósito de Moratín era el de pasar tan sólo unos diez o doce días en la capital de la Gironda. Comprueba esta presunción el hecho de verle acudir, el 31 de Mayo, a la casa del Ayuntamiento para obtener pasaporte. El día 3 de Junio, Chabot y M. Pontoi—una de las personas con quienes se había relacionado íntimamente desde su llegada a Burdeos—salen para Noitron, según nota del diario manuscrito, que añade la siguiente confidencia: «*Ego, propter metu, nolui Lutetiam petere.*» ¿Cuál sería la causa inmediata de ese miedo que no le dejaba llegar a París? Observemos ahora que el insigne literato madrileño parece haber emprendido su viaje a Francia con pleno descuido, con absoluta inconsciencia respecto de la verdadera situación de aquel país. Había dado fe, sin duda, a las esperanzas universales de redención, dejándose convencer y deslumbrar por la fraseología revolucionaria, por los relatos idílicos y las declamaciones solemnes que llamaban a participar de la libertad, en el seno de una nación feliz y generosa, a todos los oprimidos de la tierra. Como dos años antes, la Constituyente había presenciado ya un espectáculo conmovedor: «Las puertas de la Asamblea se »abren: una legión de ingleses, de prusianos, de sicilianos, de »holandeses, de rusos, de polacos, de alemanes, de suecos, de »italianos, de españoles, de brabantinos, de aviñonenses, de »ginebrinos, de indios, de árabes, de caldeos, es al instante »introducida en la sala. Estos extranjeros vienen guiados por

»la estrella de la Libertad, como otros Reyes Magos, a adorar »la Revolución en su misma cuna... Los peregrinos, a la ca»beza de los cuales se presenta el orador Clootz, piden el favor »de ser admitidos a la fiesta de la Federación, en el Campo de »Marte, por el aniversario del 14 de Julio. «La trompeta que »anuncia la resurrección de un gran pueblo, dice Clootz, ha »resonado en los últimos confines del mundo, y los cantos de »veinte millones de hombres libres han logrado despertar a las »naciones sumidas en larga esclavitud» (1). Desde este momento, los espíritus exaltados de todos los países, las víctimas imaginarias o reales de todas las tiranías, los descontentos de todos los poderes, saludaron con transportes de júbilo la aurora de la libertad y vieron en París la sede apostólica de la nueva redención y la patria común del género humano. *Orador del género humano* y fundador de la República universal se llamó ese Anacarsis Clootz, en torno de quien se movió de continuo el bando extranjero, el partido de los advenedizos y refugiados que iban a buscar en Francia el aire vital de la fraternidad, y que muy pronto debían sobrepasar, por su furor demagógico y sanguinario, los mismos delirios homicidas de Hébert y de *L'Ami du Peuple*. Leídas en los discursos de Brissot, en los manifiestos de Condorcet, en los himnos de José Chénier puestos en música por Gossec o Méhul, estas invitaciones a la comunión de los pueblos en el festín eucarístico de la Francia regenerada, habían de electrizar a los desprevenidos é incautos que, desde lejanas tierras, suspiraban en silencio por un mundo mejor, por ese mundo que el astro rey empezaba ya a iluminar en la primera fiesta del 14 de Julio (2):

Que les fers soient brisés! Que la terre respire!
Que la raison des lois, parlant aux nations,

(1) Esquiros, *Histoire des Montagnards*, edición Garnier, páginas 147 y 148.

(2) J. Tiersot, *Les fêtes et les chants de la Revolution français*, Paris, 1908, págs. 39 y siguientes.

Dans l'univers charmé fonde un nouvel empire
Qui dure autant que tes rayons!
Que des siècles trompés le long crime s'expie!
Le ciel pour être libre a fait l'humanité.
Ainsi que le tyran, l'esclave est un impie
Rebelle à la Divinité...

Antes de tres años, un espejismo tan maravilloso se habrá disuelto en sangre y horror. Aquel grupo de extranjeros estará diezmado y poco menos que extinguido. Los «embajadores del universo», los «oradores del género humano», los reyes de Oriente que fueron a Lutecia guiados por la estrella de la Libertad, en busca del nuevo Mesías; prusianos, ingleses y belgas, daneses, italianos y españoles: los Clootz, los Proly, los Pereyra, los Frey, los Deisderischen, los Buonaroti, los Lazousky, los Guzmán, habrán apurado todos los rigores de la persecución, se habrán devorado unos a otros, habrán dejado su cabeza en la guillotina. Cuantos compatriotas nuestros allí se dieron cita, por rebeldes al yugo de nuestro despotismo o intolerancia española: el viejo Olavide, comprador de bienes nacionales en Orleáns; Marchena, siguiendo en su proscripción a los fugitivos de la Gironda y esperando con ellos la hora del patíbulo, al cual escapó por milagro; el general Miranda, después del desastre de Nerwinde, todos, sin excepción alguna, sufrieron riesgos, zozobras y ultrajes que bien pudieran rehabilitar la inquisición religiosa de cualquier país por contraste con la inquisición revolucionaria de la Francia libre. Y la misma Teresa Cabarrús que, al saber la detención de su padre en España, corre al encuentro de Lafayette, tan luego como aparece en su salón, y le pide nada menos que un ejército para aniquilar el despotismo de nuestra vieja monarquía, detenida a su vez en Burdeos, encerrada en el castillo de Hâ, no logra verse libre más que prostituyéndose al emisario de la Convención, ni unos meses después podrá salir de la Petite-Force, sino acelerando el golpe de los termidorianos contra los feroces triumviros.

*
* *

Tales fueron, en suma, el proceso y la suerte de las primeras ilusiones revolucionarias y de los españoles más tempranamente iludidos por ellas. ¿Hasta qué punto pudieron alcanzar a Moratín? Uno de sus contemporáneos y amigos predilectos nos dice que «vivió y murió perteneciendo a aquel pequeño »número de hombres ilustrados y de corazón sano y justo que »así desechan los errores envejecidos como las novedades de»sastrosas». ¿Quién no reconoce en tales rasgos los que hubieron de distinguir, andando el tiempo, a los afrancesados españoles, desde el mismo Moratín hasta Meléndez, Lista y Reinoso? Pudieron deleitarse, como *Inarco*, con los epigramas de una incredulidad de gabinete, abominar de la Inquisición, traducir el *Cándido*, comentar con deliciosa ironía el *Auto de fe* de Logroño, poner en solfa la casuística de los definidores o los prodigios de las brujas en el aquelarre de Zugarramurdi; mas la violencia y el trastorno, la anarquía y la efusión de sangre en que vino a resolverse casi en seguida el idilio de 1789, aterrorizaron para siempre su alma espantadiza y llena de candorosa buena fe.

No tenía, pues, Moratín vocación alguna de político militante. Los problemas de la gobernación, de la soberanía, de la libertad religiosa y civil, apreciábalos tan sólo por sus relaciones o trascendencia con y sobre la cultura. Era un verdadero literato, es decir, un espíritu sin ardor, todo cordura, suavidad y confianza. Hay motivos para afirmar fundadamente que hasta quince o veinte días después de haber llegado a Francia o de hallarse en Burdeos, o sea hasta el 25 de Mayo o 1.° de Junio, no comenzó a darse cuenta de la situación real de aquel país, de la fermentación de los ánimos, del terrible avispero en que se había metido incautamente, creyendo volar al centro mismo de las gracias y las musas. Por las conversaciones de sus amigos, por la lectura de los papeles, por el aire de tempestad que agitaba la atmósfera, comprendió demasiado tarde que se había equivocado: las musas se convertían en bacantes, las gracias en euménides y gorgonas. Deja que Chabot

y Pontoi, como queda dicho, emprendan un nuevo viaje; a causa del miedo que le sobrecoge, acuerda permanecer en Burdeos a la expectativa; instálase como pupilo en casa de un Redon, *traiteur,* y pasa de esta manera todo el mes de Junio y gran parte de Julio, hasta el día 20, en que prosigue su expedición después de dos meses cumplidos de estancia en dicha capital. Recordemos sucintamente el estado de la nación vecina en aquellos instantes. «La primera tentativa hecha por los »demagogos para proclamar la soberanía de la calle, inaugu»rar el reino del motín y cuartear los más hondos cimientos »del viejo edificio monárquico, estuvo muy hábilmente condu»cida.» Dicho ensayo no fué otra que el indulto y la glorificación de los cuarenta suízos de Châteauvieux, condenados a galeras por indiciplina, asesinato y robo de la caja regimental, y es considerado por Mortimer-Ternaux (1), como la inauguración ostensible de la anarquía jacobina. Los galeotes fueron conducidos en triunfo a París, paseados desde la Municipalidad al Club de los Jacobinos, y desde el Club de los Jacobinos a la Asamblea, cuyo envilecimiento y sumisión a la chusma no pueden ya disimularse. Los diputados tienen que sufrir la presencia de los asesinos del teniente Desilles en el mismo local en que su busto ocupaba el sitio de honor, debido a un mártir de la ley y de la patria; tienen que transigir con la apoteosis de unos presidiarios, cubiertos ahora de laureles y envueltos en una nube de incienso, entre la soez elocuencia de Collot d'Herbois y los versos cantábiles de Chénier el joven. De vengar a la humanidad escarnecida se encargó muy pronto su hermano el divino Andrés, en uno de aquellos *yambos* inmortales que volarán eternamente a través de los siglos. El generoso arrebato que le movió a cantar la inolvidable escena del Juego de Pelota, se ha convertido, antes de tres años, en sarcástica y fulminante indignación. Su lira melodiosa, sus versos de láctea dulcedumbre, preludian desde este momento el nuevo tono

(1) *Histoire de la Terreur*, 3.ª edición, t. I, págs. 53 y siguientes.

que sublimará en las estancias impecables de su oda a Carlota Corday, y lo ensaya, noblemente enfurecido, contra los glorificadores y contra los glorificados de Châteauvieux:

Ces héros que, jadis, sur un banc de galères
Assit un arrêt outrageant
Et qui n'ont égorgé que trés-peu de nos frères
Et volé que trés-peu d'argent!

Mientras tanto, la escasez de trigo y su carestía son causa de frecuentes tumultos en muchos pueblos de la proximidad de París; y el ocurrido en Étampes, que costó la vida al alcalde Simoneau por defender el orden y el respeto a la ley, da la medida de cuánto puede esperarse del partido demagógico. La fiesta de desagravio consagrada oficialmente a la memoria del heroico funcionario municipal, transcurre entre la indiferencia, cuando no entre la rechifla y el cínico sarcasmo de los clubs populares, sobre los cuales se acentúa el ascendiente de Robespierre. Les reveses del ejército, achacados a traición; la existencia del pretendido *comité austriaco;* las acusaciones del periodista Carra contra los ex-ministros constitucionales Montmorin y Bertrand de Molleville, suspectos de conspiración realista; la infame predicación sanginaria de Marat en *L'Ami du Peuple,* iban irritando ferozmente los ánimos y preparando las futuras hecatombes septembrinas, con la impunidad de la pluma inviolable y de la idea que no delinque. Después de tres meses de poder, Dumouriez, adicto ahora a la corte, va de un lado en el ministerio, y de otro, la fracción girondina no resellada: Roland, Servan y Clavière, qne exigen a todas horas de Luis XVI, repetidos y humillantes testimonios de lealtad constitucional o revolucionaria. Y la última de semejantes humillaciones es la disolución de la guardia del rey (29 de Mayo) que entrega inerme la monarquía a los escarnios del 20 de Junio y a la jornada final del 10 de Agosto, mientras se adoptan también los decretos de expulsión de los clérigos refractarios y formación de un campamento de

20.000 hombres en París, salvaguardia de la Asamblea contra los manejos de la reacción.

Sin duda tales noticias, llegando a Burdeos, como a toda Francia, exageradas por el nerviosismo en que vivía la nación, hicieron creer en la inminencia de grandes trastornos y detuvieron la marcha de Moratín a París que, como he dicho, contaba emprenderla allá por el 3 de Junio. Desde este momento verémosle seguir una vida de dulce vagancia, de apacible monotonía. Pasa su tiempo, por la mañana, con un M. Le Roi, o en la farmacia de M. Cazalet; por la tarde pasea a lo largo del Jardín público o siguiendo la ribera del río, y asiste casi todas las noches a la Comedia. Desde la misma botica de Cazalet contempla, el día 7 de Junio, el paso de la procesión del Corpus, con su obispo, sus canónigos y sus sacerdotes constitucionales o juramentados; con su mescolanza de culto tradicional y de manifestación revolucionaria y cívica. Es el último acto externo de un rito expirante: un acto que ya anuncia las fiestas de la Razón, y en el cual se confunden los símbolos y ornamentos de la liturgia romana con la escarapela tricolor, con la pica y el gorro frigio de los sansculotes. Aquellos himnos eucarísticos serán, dentro de un año, el *ci devant* o SALUTARIS, el *ci devant* TANTUM ERGO, cuando por sacrílego azar figuren incluídos en el programa de las solemnidades jacobinas. Por esas mismas calles de Burdeos y ante el propio gentío que ahora reverencia el ostensorio, aun elevado por manos cismáticas, pasará dentro de unos meses la carroza del procónsul Tallien, ofreciendo a la admiración de las multitudes la figura arrogante de Teresa Cabarrús: aquella *Teresita* de Moratín, tantas veces requebrada de niña por el tranquilo poeta madrileño cuando no pudo pensar que el destino la reservase para Minerva de la Revolución, así como la pintan las memorias de los contemporáneos: la mano derecha sosteniendo una lanza, y el brazo izquierdo ceñido al busto del terrible convencional, tigre amansado y conquistado por la belleza española.

Pero la relativa calma provincial de Burdeos no había de ser tampoco muy duradera, y empiezan a hacerse ostensibles los signos precursores de aquella tempestad que la convirtió, junto con Lyón, Tolón ó Marsella, en una de las ciudades víctimas del gran trastorno (1). Vanamente se esfuerza Moratín en aparecer sereno, en sostener la actitud expectante y semideportiva de ciertos viajeros ingleses cuyas impresiones han llegado hasta nosotros, como, por ejemplo, las *Lettres d'un témoin de la Révolution française,* que Taine publicó y tradujo. Vanamente disfraza de estoicismo e impasibilidad sus diarias anotaciones. El suelo de Francia trepida bajo sus pies. El Encelado aprisionado bajo la débil corteza de la isla de Tinacria—para seguir la imagen de Carlyle en su portentoso libro,—ruge y se agita para hacer saltar aquella superficie y derramar lo de dentro sobre lo de fuera en un diluvio de lava, de incendio y de anarquía. Aquellas personas con quienes departe diariamente el autor de *La comedia nueva;* aquel M. Le Roi, aquel M. Pontoi, aquel Cazalet, ilustre químico y profesor de la Escuela central de la Gironda, que prepara su *Théorie de la nature,* que ensaya en grande la fabricación del azúcar de remolacha, que investiga pacientemente el origen de la hidrofobia (2), no tardarán a sufrir, con un motivo u otro, las durezas de la fuga, de la expoliación o la cárcel, bien como sospechosos de realismo a la manera de este último, bien como hacendados o indiferentes. El rigor de la estación estival no se apaga con el baño diario que Moratín acude a tomar en el río, desde el 8 de Julio, con sus buenos amigos bordeleses; el ardor de las pasiones políticas tampoco. El día 14 suspende ese baño, sin duda para presenciar en el Jardín público la fiesta de la Federación, con motivo del tercer aniversario de la toma de la Bastilla. ¡Qué cambio desde la primera Federación en Julio de 1790! La ilusión generosa, la divina embriaguez, la espe-

(1) Véase la interesante obra de Aureliano Vivie, *La Terreur à Bordeaux.*

(2) *Nouvelle Biographie Générale,* del Dr. Hoefer.

ranza universal que se respiraban en aquella fecha, vémoslas convertidas en marea rugiente, en hosco y amenazador bramido.

El segundo aniversario (1791) quedó sin celebrar por la fuga de Varennes y sus interminables y dolorosas incidencias, y no tuvo otra repercusión que la sangrienta del Campo de Marte, el día 17, con motivo de suscribirse allí la petición de *dechéance* del Rey; la bandera roja del alcalde Bailly proclamando la ley marcial, los fusiles de Lafayette, ahogaron en sangre el movimiento sedicioso y mancharon con ella las gradas mismas del altar de la Patria, desde donde un año antes el obispo de Autun, Talleyrand, asistido de cien sacerdotes, pontificó gloriosamente, entre coros y salvas de artillería, para el juramento del Rey, del Ejército y de la Asamblea, ante un concurso de seiscientos mil franceses electrizados por la venida de la Libertad sobre la tierra. El tercer aniversario, el que se celebra ahora, llega ya después del 20 de Junio, preñado de odio, de amenaza siniestra, de salvaje rencor. Las turbas han desfilado por las Tullerías, vociferando contra el veto, sujetando a mil oprobios a Luis XVI y a toda la familia real, imponiendo al ungido del Señor la irrisión del cetro de caña y de la corona de espinas, en el balcón de un nuevo Pretorio que anuncia también la trágica proximidad del Calvario.

En vano resisten los departamentos a la impulsión de la capital, queriendo mantener a la Revolución dentro de límites constitucionales y legalistas. El frenesí acaba por invadirlos y conquistarlos también, en uno u otro sentido; y los espectáculos de sangre que tanto temió Moratín encontrar en medio del tumulto parisiense, vinieron a sorprenderle en la calma relativa de Burdeos, a que se había acogido esperando la normalidad. El día 15, que era domingo y siguió a la fiesta de la Federación, almuerza confiadamente con Chabot y Pontoi; toma su baño en el río, asiste a la Comedia. Pero, al salir, viene a sacarle de su divagación literaria un encuentro por demás lúgubre y espantoso: dos sacerdotes, para quienes ha comen-

zado ya la persecución diocleciánica del Terror, han sido asesinados, y la más vil escoria de Burdeos pasea sus cabezas ensangrentadas y lívidas en el horror fantástico de la noche. Moratín corre a su albergue, toma su cuaderno y apunta con mano agitada la efeméride roja que acaba de presenciar: «*Décapitation de deux prêtres. Têtes por las calles. Obstupui*»; esto es, «quedé pasmado». Ha visto por primera vez la cara del monstruo y no podrá olvidarla nunca. He aquí la versión oficiosa del hecho, que publicará dentro de algunos días el órgano gubernamental:

«*De Bordeaux, le 16 Juillet.*—Cette ville, connue par le patriotisme de ses habitants, avait su, au milieu des orages de la révolution, conserver cette tranquilité, ce calme si néceçaire à la prospérité du commerce. Ce calme hereux vient d'être troublé par une affreuse catastrophe.—Une patrouille de la municipalité de Cauderan conduisait au directoire de ce district trois ecclésiastiques, arrêtés le matin dans cette commune, et parmi lesquels était M. Langoiran, ci-devant vicaire-general.—Une multitude irritée se presente à leur passage sur la place Dauphine et les demande à grands cris. Les volontaires de Cauderan `opposent une vigoureuse résistance; mais ils sont forcés de céder à l'impétuosité d'un peuple égaré... furieux, il est vrai, contre l'un de ces prêtres, qui agite et tourmente le canton sans que la loit ait pu réprimer sou audace contre-révolutionnaire. Deux victimes sont immolées. Leurs têtes sont promenées dans les rues. A la nouvelle de cet événement un cri d'horreur parcourt la ville, les citoyens sont consternés. Le peuple au desespoir s'ecrie: Que la loi punisse donc les factieux qui veulet nous perdre au nom du Ciel!» (1).

Desde este momento ya no vacila. No hay razón para diferir su viaje a la capital y prolongar una *villeggiatura* que va resultando tan poco idílica, puesto que la provincia se adelanta a los temidos excesos de París y acaba de ofrecerle una visión anticipada de los días apocalípticos que se acercan. Casi en seguida acude a casa del Vicecónsul para poner en regla su documentación; el 19 del mismo mes de Julio pide su pasaporte

(1) *Moniteur*, reimpresión, t. XIII, pág. 222.

a la Municipalidad, y el 20 toma la diligencia, despidiéndose de Burdeos, donde se ha hecho la ilusión de veranear como un sibarita, por espacio de dos meses, en el seno de un país dichoso y acabado de redimir. Entrañan estas despedidas una emoción inefable, que Moratín no dejaría de experimentar entonces al salir de la capital de la Gironda, empujado por la marea revolucionaria: «¿Me alejo para siempre de este lugar o volveré a pisarlo algún día? ¿Cuándo, en qué circunstancias, bajo qué influencias del destino?» Veintinueve años después, el 11 de Octubre de 1821, a eso de las cinco de la mañana, descendía en el parador de la *malle-poste*, de la misma ciudad de Burdeos, un viajero achacoso y envejecido. Era el propio D. Leandro Melitón Fernández de Moratín (1). Seis lustros han pasado sobre él, sobre Francia, sobre Europa. La humanidad parece haber vivido siglos en esos seis lustros. Una oleada colosal ha rodado por todos los países de la tierra, con réplicas y contrarréplicas formidables. Anarquía delirante del Terror, anarquía mansa del Directorio, Consulado, Imperio, guerra universal, invasión de España, reinado del rey José, restauración pasajera de las viejas dinastías en los viejos solios vacilantes: todo esto ha presenciado el viajero español en sus treinta años de ausencia. La pleamar de la Revolución arrebatóle de Burdeos en 1792, paseándole, mal de su grado, a través de todas las borrascas de su época; y a Burdeos vuelve a arrojarle, allá por 1821, cuando llega el descenso de las aguas, pobre juguete de la conmoción universal, convertido ahora en emigrado político, con los demás secuaces y hechuras del rey José, en la silenciosa tragedia de la expatriación.

*
* *

Cinco días invirtió en su viaje a París, por Angulema, Poitiers, Tours, Blois, Orleans, Etampes. De este itinerario hago gracia al lector, por no ofrecer nada saliente. El día 25

(1) Carta de Moratín a Melón, *Obras póstumas*, t. II, páginas 377 y 378.

de Julio (1792), a las doce de la mañana, llegó a la capital de Francia, que ya solía llamar *chef-lieu de l'Univers* el estrafalario Anacársis Clootz, fundador del cosmopolitismo a la moderna. Y de la estancia de Moratín en la alborotada Lutecia—o *Lodosa*, como escribía alguna vez festivamente,—sí que voy a dar por extenso, traducido de sus abreviaturas políglotas, el dietario que conserva el ms. de la Biblioteca Nacional:

Día 25 de Julio. A las cuatro salir [de Etampes]; a las doce en PARÍS. A casa del hermano de Chabot; comer. | Con él a correr calles; por los boulevares.

26. Por la mañana a correr calles; Palais-Royal. | Con Chabot *vi el Banquete cívico de la plaza de la Bastilla.* Por los boulevares; Palais-Royal; por las calles.

27. A casa de Olivera. A casa del Dr. Pinel. | Con Chabot a la Comedia; volvimos en coche.

28. Al Palais-Royal; por las calles. | A casa de Olivera; a las Tullerías; al Palais-Royal; por las calles.

29 (domingo). Por la tarde al boulevard, a la Comedia.

30. Por las calles; al Palais Royal. | *A Santa Genoveva*; otra vez al Palais-Royal, por las calles. *Duhamel asesinado.*

31. Por las calles; al Palais-Royal. | A casa de Olivera. Con Chabot a la Comedia.

Día 1.º de Agosto. Al boulevard. Con Chabot y su esposa a casa del cura de Saint-Marceau; comer. | En fiacre con ellos.

2. Por las calles. | Palais-Royal.

3. Por las calles. | Al boulevard; calles; Palais-Royal.

4. A casa de Iriarte; no estaba. Por las calles; Palais-Royal. En coche con Chabot otra vez a casa de Iriarte. | Cenar con la esposa de Chabot y una vecina; por el boulevard; *al café Corazza.*

5 (domingo). Al boulevard. | Con Chabot por el boulevard; al café Corazza. Con el mismo *a la sección des* ENFANTS ROUGES.

7. Por la tarde a casa de Iriarte; por el boulevard.

8. A casa de Iriarte; a recorrer las librerías. | Aquí a comer, M. Guerin, etc. Con ellos al boulevard.

9. A casa de Iriarte para comer, pero me llevé chasco. Comer en el Palais-Royal. | A la Comedia. Por la noche *toque de rebato; sublevación del pueblo.*

10. *Ataque a las Tullerías—matanza de los suízos—gran pa-*

vor. | Con Chabot por la calle de San Antonio; *cabezas paseadas en picas*; *pavor.* Al café.

11. Por la mañana *aquí, sin salir.* | Comer; con Chabot al boulevard.

12 (domingo). A casa de Iriarte. *A las Tullerías: vi las habitaciones saqueadas, las estatuas de Luis XIV y Luis XV derruídas.* Antes había ido a casa de Olivera. Con Chabot al boulevard.

13. A casa de Olivera; no le hallé. Por las calles. | Con Chabot al boulevard. *Vi la traslación del Rey al Temple.*

14. Con Chabot por las calles. A casa de Mme. de Beaumont; entregué la carta de Cruoero. | Con Chabot por las calles y al Palais-Royal.

15. A casa de Olivera; a correr calles. | A casa de Pellicer; con Chabot al boulevard; café Corazza.

16. *A la sección por pasaporte.* A casa de Olivera; con él a casa de Couteulx; a la Sección. | *Con Chabot al Hôtel de Ville por pasaporte.* En coche hasta la barrera de Passy.

17. A casa de Pellicer y de Iriarte. | A casa de M. Le Grand por letra; a casa de Pellicer; a la Comedia.

18. A casa de Pellicer, *al despacho de la diligencia.* | Con Chabot a la Comedia.

19 (domingo). A correr calles. | Café; con Chabot a la Comedia.

20. A corres calles; con Chabot a casa del cura de Saint-Marceau, el mismo del día 1.°, para comer. | *A la Sección des* Gobelins des Portes.

21. A casa de Pellicer; no estaba. | A casa de Olivera; tampoco estaba. Por las calles a la Comedia.

22. Al despacho de la diligencia. | Al café; por las calles; á casa de Olivera.

23. A la diligencia; salir a las doce; a las nueve en Clermont...

Y sigue la enumeración de sus etapas por Amiens, Abbeville y Boulogne hasta Calais, y de Calais a Duvres y Londres.— Cuando Moratín llegó a París, el 25 de Julio, hallábase la Revolución en su momento culminante. ¡Qué otros *grandes anales de quince días* hubiera podido legar a la posteridad española extendiendo las anotaciones contenidas en su diario! Lo que ocurrió a la vista de D. Leandro en el transcurso de aquellas semanas llena hoy, con centenares de volúmenes, los estantes de las bibliotecas. Contarlo de nuevo o resumirlo siquie-

ra, había de constituir petulante redundancia. Últimos esfuerzos desesperados del partido constitucional para salvar al rey y a la Monarquía; intento de Lafayette para sustraer la Asamblea al tiránico influjo de los jacobinos; engañosas ilusiones de reconciliación, el 7 de Julio, con el *beso Lamourette* y la presencia de Luis XVI en la Cámara; suspensión del Alcalde de París, Petion, y del procurador síndico de la Municipalidad, Manuel, a causa de los sucesos del 20 de Junio, aprobada por el rey y levantada por el Parlamento; desastres de los ejércitos en la frontera; retirada de Luckner; proclamación de «la patria en peligro»; el Poder real bloqueado entre constitucionales y girondinos, y espiados y excitados estos últimos por los *montagnards*, con toda la implacable obstinación de las desconfianzas demagógicas... ¿cómo guiar al lector, mediante unas breves líneas, por el dédalo inextricable de tantos sucesos, intrigas, facciones, personas y fatalidades como se entrelazan y chocan sin cesar, atropellada y confusamente?

El mismo día, casi a la misma hora en que nuestro compatriota pone el pie en París y se quita en casa de Chabot el polvo del camino, otro Chabot, el excapuchino y miembro de la Asamblea, pide en ésta, sin más demora, el examen de la conducta del rey, para ir derecho a su exoneración, que es lo que imponen los clubs, los arrabales, los «federados» venidos de provincia y la chusma vociferante de las tribunas. La autoridad presidencial, que había llamado al orden al innoble *defroqué,* vese humillada y escarnecida por la mayoría, la cual desaprueba su resolución, amonestándole, a su turno, públicamente. Guadet lee el proyecto de carta-ultimátum que debe ser dirigida al rey, pidiéndole, «por la postrera vez», que se reúna decididamente al pueblo para defender la Constitución y el Trono contra las conspiraciones de dentro y contra la amenaza de invasión extranjera. La fermentación en la sala del *Manège* o Picadero, en la vía pública, en las secciones y en las sociedades patrióticas, ha llegado a su mayor intensidad. Y en este momento, para siempre memorable, sale a la calle Mora-

tín, no bien acabado de comer, en compañía del hermano de Chabot, que parece hospedarle en su domicilio.

El primer cuidado de nuestro compatriota había sido proveerse de la escarapela o *cocarde* tricolor, que así nacionales como extranjeros están obligados a ostentar todo el tiempo que dure la declaración de *la patrie en danger* (1). ¡Ay de quien la olvide en medio de esa capital devorada por la sospecha, ferozmente idólatra del símbolo y del cintajo! De tal suerte empenachado nuestro *citoyen*, nadie le reconociera por el tímido y apacible contertulio de la celda de Estala, por el devoto de los Basilios y de la bóveda de San Ginés. Husmea en el aire el acre olor de la fiebre colectiva. Francia, París, han perdido en cinco años, desde su primer viaje, aquel encanto suyo tradicional de una dulzura que hechizaba a extranjeros, peregrinos y huérfanos de patria. La cortesía, el buen trato, las maneras agradables, la ligereza espiritual y afectuosa, parecen cosas pretéritas, lejanas, remotísimas. Una ruptura violenta que Michelet, con su fuerza asombrosa de intuición, señalara el primero, se ha producido en el carácter nacional, desfigurándolo para siempre. El jacobinismo ha secado los sentimientos generosos, ha endurecido los corazones, ha teñido de lividez y ferocidad sombría los rostros y las almas. La psicología, el traje, el tono del idioma, el aspecto de la población, todo ha cambiado. Demoliciones en el espíritu, demoliciones en las calles y plazas, bienes nacionales para alquilar o vender, monumentos del viejo despotismo arrasados y destruídos, armas y blasones borrados de dondequiera, y dondequiera también sansculotes con pica y gorro frigio, mujeres con aspecto de furias o ménadas, con los ojos inyectados y la boca espumeante. Esa remota descendencia de los galos, a la vuelta de tantas centurias, ha hecho buena la expresión de Tito Livio: *Gens nata ad vanos tumultus*. Irritabilidad, efervescencia, entusiasmos in-

(1) Mortimer-Ternaux: *Histoire de la Terreur*, t. II (2.ª edición), página 29.

fundados y tornadizos, he aquí la historia del accidentado quinquenio. Sus huellas adviértense en todos lados: en la cara del transeúnte y en las piedras de los edificios, antes risueños y acariciadores, que parecen haberse transfigurado, adquiriendo el matiz y la sugestión de la tragedia. El extranjero reconoce los lugares y escucha horripilado las anécdotas. «Esta fué la fábrica de Réveillon y el sitio del motín famoso; por esta calle exhaló el último suspiro De Launay, arrastrado después de la toma de la Bastilla; aquí cayó Fleselles, el preboste de los comerciantes; ahí sucumbieron Foulon o Berthier...» Ennegrecido todo por el incendio, mellado por los proyectiles, profanado por la efusión de sangre, la ciudad de la ligereza y del placer diríase haberse cubierto de una gasa fatídica. Y el viandante no se atreve a levantar los ojos al reverbero o *lanterne* de las esquinas, símbolo un día del esplendor urbano de París, que ahora, con su brazo siniestro, substituye el horror de las visiones medievales cifrado en la almena expiatoria de los viejos castillos.

*
* *

El día siguiente (26 de Julio), repuesto del viaje y del no dormir, entrégase *Inarco* a la delicia de sus paseos sin rumbo. Chabot, que hacía los honores de la ciudad al forastero, se creería obligado también a hacerle los honores de la Revolución y de sus espectáculos, y por la tarde le conduce a presenciar el *banquete cívico* en la plaza que ocupó la Bastilla. Los federados de las provincias que vinieron para las fiestas del 14 de Julio han sido mañosamente retenidos en París—no obstante las órdenes de concentrarse en Soissons,—para servir de combustible a la sublevación general que se prepara. Un «buen patriota y mediano arquitecto», como le juzga el *Moniteur* (1), el ciudadano Palloi, se ha apoderado de las ruinas y del solar de la ex-fortaleza, montando con ellos una lucrati-

(1) *Ibidem*, pág. 246.

va industria de civismo. De sus piedras hizo labrar ochenta y tres reducciones de la Bastilla, colocándolas a buen precio en los ochenta y tres departamentos de Francia; especuló con el «artículo patriótico»; se erigió en contratista, ó, por mejor decir, en beneficiario de las demoliciones y de los adornos para festejos. Como David en los grandes aparatos y manifestaciones, como Sarrette en la música de la Guardia nacional, como José Chenier satisfaciendo las necesidades poéticas del día, Palloi fué una de las columnas artísticas de la Revolución; y lo mismo sirvió para arrasar una maldita cárcel de Estado que para reforzar otra, la del Temple, y ceñirla de un muro exterior cuando fué destinada a recibir la familia real prisionera. No habían sido quitados por completo los adornos con que engalanó la plaza de la Bastilla para el día 14, y ya fué necesario arreglarla de nuevo para el ágape del día 26. Cubrióse de mesas la explanada; federados y parisienses comparecieron en número crecidísimo a ocuparlas, llevando cada cual su provisión en un alarde de frugalidad más o menos espartana. No volverá a repetirse el caso de un pueblo que se redime Plutarco en mano, con los textos griegos y latinos a la vista, con la intención consciente de reproducir los grandes hechos y las grandes escenas de la antigüedad. Jamás se presenció ni volverá a presenciarse un fenómeno igual de intoxicación literaria: veinte millones de hombres, a los cuales la continua ingestión de clasicismo ha turbado la cabeza, sumiéndoles en aquel estado delirante que pudo observar Moratín en los partícipes del banquete. ¿Qué extraña mezcla de asombro y repugnancia no había de sentir un temperamento como el suyo, antipopular por excelencia, refinado, turri-eburnista, como diríamos ahora, y que no menos que su maestro Horacio abominaba del tumulto de la plaza pública y de todo roce con lo vulgar y profano?

Vió el festín, los brazos fraternales, las lágrimas patrióticas corriendo por los rostros conmovidos y amenazadores; pero acaso ignoró que mientras la muchedumbre celebraba en torno de

las mesas interminables su Pentecostés de la nueva religión, allí, en frente, en la taberna del *Soleil d'or,* que miraba a la execrada fortaleza desde la entrada del arrabal de San Antonio, una oscura rebotica sirvió de refugio a la conspiración, para producir aquella misma noche el cataclismo, que no llegó sino quince días más tarde. Allí estaban Santerre, Lazowski, Fournier el Americano, el periodista Carra y otros demagogos y agitadores más oscuros; allí las rojas banderas preparadas, con sus lemas de «Resistencia a la opresión; ley marcial del pueblo soberano...» Pero el intento abortó por aquella vez. Santerre mostróse vacilante, los arrabales no respondieron. Según costumbre, jamás alterada hasta la fecha, los periódicos sectarios culparon de la agitación a la víctima por ella escogida de antemano, o sea la corte. Y el «virtuoso Pétion» repitió sus equilibrios pilatescos del 20 de Junio, arengando al buen pueblo, «que es excelente y generoso, aunque puedan extraviarlo accidentalmente los manejos de sus enemigos», etc., etc.

Como en Burdeos, esfuérzase en París D. Leandro para hacerse la ilusión de vivir en plena normalidad. Mañana y tarde vaga por los boulevares o por el corazón de la urbe, y se interna una y otra vez en la zumbante colmena del Palais-Royal, «cuna de la Revolución», principio y fin de todas sus correrías. Rueda al azar pos las arcadas, se extasía ante las tiendas, husmea en la provisión de los *bouquinistes,* adivina los garitos y timbas, lee los pasquines políticos, atraviesa los jardines y busca la sombra de los castaños y acacias que en el trance solemne de la Bastilla se deshojaron para ofrecer á Camilo Desmoulins y su frenético auditorio un signo de alianza y redención. «Todo afluye a ese centro de la actividad parisi»na. A los ojos de Francia y de Europa, París es el Palais»Royal. Ningún extranjero llega a la capital sin que sus pa»sos se dirijan inmediatamente hacia la inmensa feria. Por»que, ¿qué otra cosa sino una feria es esta vastísima parada »en que todo se vende, todo se compra o todo se cambia? Para »la política, he aquí los libreros con sus *pamplhets*, sus opúscu-

»los, sus publicaciones del día; para los gastrónomos, he aquí »las mesas a punto en casa de Véry, de Beauvillers, de los her- »manos Provenzales; para los libertinos, he aquí el enjambre »alborotado de las meretrices, la voluptuosidad guiando su »impúdico cortejo por las galerías llenas de rumores...» (1). Tal es el vistoso laberinto urbano en que ha venido a convertirse la mansión cardenalicia de Richelieu, que antes de dos meses tomará el nombre de Palacio-*Igualdad*, como su actual propietario y explotador, Felipe de Orleáns el regicida.

Pero, a juzgar por las apuntaciones del diario, los ardores eróticos de Moratín, han cedido a la preocupación absorbente de las circunstancias. Nada de ofrendas a Venus, nada de entrevistas sospechosas como en la ciudad de Montaigne. El miedo aplaca los sentidos, si es que no obedece la continencia de ahora a resabios de sus aventuras bordelesas, según pudiera deducirse, extremando la malicia de una carta suya posterior (2), y de su visita del día 27 al Dr. Pinel. ¿Sería tan sólo el afán de conocer a una eminencia lo que le llevara a casa del ilustre frenópata, entonces en plena nombradía por su reciente *Traité médico-philosofique de l'aliénation mentale*? Resulta muy curioso que un literato, tan exclusivamente literato como nuestro viajero, no visitara a ningún escritor durante aquellos veinte días de su estancia en París, ni viese a otro hombre notable que el reformador de Bicêtre y la Salpêtrière, el libertador de los orates, por quien las redenciones revolucionarias penetraron en la ciencia, que extendió la declaración de los Derechos del Hombre hasta las mazmorras de los antiguos manicomios (3), y en cuya casa debía encontrar un refugio

(1) H. Fleischmann: *Les filles publiques sous la Terreur*, páginas 113 y 114.

(2) «Yo no sé a quién deberemos los buenos informes de que me hablas: gente hay ahí aptísima para chismes y embrollos de viejas. No tengo bubas, ni las he tenido jamás, ni cosa que se le parezca...»—Carta a Melón: *Obras póstumas*, t. II, pág. 161.

(3) *Éloge* de Pinel por Couvier, *Mémoires de l'Académie de Sciences*, IX.

Condorcet, antes de quitarse la vida para ahorrar trabajo a Sanson y al Comité de Salud pública. Lo cierto es que ni Saint-Pierre, ni Laharpe, ni Barthélémy, ni Beaumarchais, ni siquiera el hispanista Florian, suenan para nada en los apuntes, no obstante lo ofrecido a Forner por Moratín en su carta de despedida. La gente de letras andaba como azorada y en dispersión, atraídos los más por la fiebre política, procurando los otros hacerse olvidar en la sombra y el silencio. Es posible que Florian residiera en Sceaux, de cuya Guardia nacional la Revolución había dado la jefatura al antiguo paje del duque de Penthièvre, al lindo *Floriannet*, consagrado por la imposición, de manos de Voltaire. Olvidado de su Cervantes y de su Gonzalo de Córdoba, flirteó tímidamente con la Montaña, trocando un momento el tirso bucólico de *Galatea* o de *Estela y Nemorín* por la pica republicana. Una de tantas compilaciones o cancioneros patrióticos como aparecieron entonces, las *Muses sans-culottides* (1), recogen una *carmagnole* de nuestro poeta, que comienza de este modo:

Sur ma guitare assez longtemps *(bis)*
J'ai chanté les tendres amants *(bis)*
Chantons la liberté,
La sainte égalité,
Et le doux nom de frères;
Soyons unis, soyons unis.
Et le doux nom de frères;
Soyons unis,
Mes amis.

De nada le sirvieron, no obstante, estos escarceos revolucionarios. A su condición de noble iba emparejada la sospecha; a su timidez de literato, el odio de los ultrapatriotas. Sufrió persecuciones, dió con sus huesos en la cárcel, y de ella vino a sacarle, como a tantos otros, el 9 thermidor, si bien el

(1) Cuaderno 8.°, 30 germinal, año II.

pobre Clariseo sobrevivió pocas semanas a la fecha de su libertad, ahogándose como un anacronismo, en el mar de sangre del Terror, su canto débil, dulzón y de pastaflora.—Pero, volviendo á Moratín, no menos extraña que esta ausencia de relaciones literarias a que me refiero (explicable, en parte, por lo azaroso de aquellos días), es también su falta de curiosidad política. Ni una vez acude a la Asamblea para gozar el espectáculo de una sesión, con todo y ser entonces tan emocionantes y dramáticas, acaso por esto mismo. Ni una vez a los Jacobinos, cuya terrible puerta se contentaría con observar pasando por la calle de San Honorato; ni una vez a los *Cordeliers*. ¿Era temor, repugnancia, desprecio? Imposible precisarlo, careciendo de toda explicación auténtica. Por ventura apreciaba todo aquello como un inmenso delirio, como una estupenda insensatez, que no hacía más que aguarle la fiesta de su viaje, de sus estudios literarios, de su vocación teatral. «*¡Si los franceses no estuvieran locos*—escribirá malhumorado, desde Londres, al abate Melón—*no hubiera yo venido a ver las inmortales obras de Shakespeare!*» (1) No le interesaba el fondo de esa locura, ni puso ningún empeño en llegar a los clubs y a la sala del *Manège,* donde se forjaba el rayo de las iras populares. Limítase a ver la superficie, las exterioridades, los alrededores de la tragedia, sin penetrar en sus lóbregos subterráneos. Llega hasta las Tullerías, como el día 28; discurre por la terraza de los Feuillants, oye las vociferaciones de la gente contra *Madame Veto* y las amenazas que suben hasta los regios balcones. Resolviendo interinamente la disputa, un lazo tricolor ha bastado en los jardines para separar la parte pública de la parte reservada al «representante hereditario de la Nación», para distinguir «el territorio nacional del territorio austriaco», como escribirá malignamente *Le Patriote français*. «La cólera del pueblo pende de una cinta; la corona del rey pende de un hilo»: esto reza uno de los papeles

(1) *Obras póstumas,* t. II, pág. 132.

injuriosos diariamente fijados al cordón. La cabeza de Luis—añadirá la Historia—pende ya de un cabello.

Así, pues, se contenta D. Leandro con sus paseos de costumbre, con su vieja manía de correr calles, con su inspección de edificios y reformas urbanas. El día 30, por la tarde, dirige sus pasos a Santa Genoveva, convertida en Panteón de los grandes hombres de la nueva Francia. La cúpula que debía abrigar la imagen de la Santa pastora velando sobre París, servirá en adelante para cobijar las cenizas de donde surgiera el Fénix de la Revolución. El acato fúnebre de esta visita, no sería sin duda para el primer ocupante de dicho templo de la gloria: Mirabeau; sino para el segundo: Voltaire, genio y expresión de su siglo. He aquí a un joven representante de la España de los *autos de fe* y de los autos sacramentales de Calderón deponiendo su ofrenda sobre el ara votiva del gran oráculo, del autor de *Zaïre* y *Mahomet,* del árbitro de la escena y sus cánones y unidades sacratísimas. Bañado en la sombra funeral del patriarca, impregnado de la confidencia de los sepulcros, gana otra vez la calle y vuelve a sus correrías, a sus boulevares, a su Palais-Royal. Es la hora suprema de la animación y del vocerío: las atracciones, las salas de variedades y sombras chinescas, los gabinetes de figuras de cera, como el de Curtius; los *tripots* elegantes, como el del número 50, tenido por la Sainte-Amaranthe y el hijo de Sartine; los cafés y horchaterías, bullen y pululan de curiosos, de extranjeros, de rameras de todo país y categoría, entre las cuales no es difícil al español distinguir alguna Soledad malagueña, alguna Amparo valenciana (1). Don Leandro vuelve a sumergirse en esa movilidad incesante y vistosa; se siente vivir en el propio co-

(1) Véase, por ejemplo, en los «infiernillos» de la pornografía este impreso, que se vendía entonces por las arcadas del Palais-Royal: *Almanach des adresses des demoiselles de Paris, de tout genre et de toutes classes, ou Calendrier du plaisir... suivi de recherches profondes sur les filles anglaises,* ESPAGNOLES, *italiennes et allemandes, pour l'année 1792.*

razón del mundo y se olvida momentáneamente de los furores y peligros revolucionarios. Mas, a continuación de tales visitas y paseos, vese constreñido a añadir en sus apuntes esta lacónica indicación: *Duhamel asesinado.* Y es que se empeña en volver la cara a la Revolución, en cerrar los ojos a la tragedia que avanza desmelenada, mientras la casualidad parece complacerse desplegando a su vista las imágenes más sangrientas y atormentadoras.

El día anterior (29) habían llegado a las puertas de la capital los famosos marselleses: quinientos federados que las sociedades patrióticas del Mediodía enviaban a París, ruidosamente, para dar enérgico impulso a la Revolución, mejor dicho, a la violencia y la ferocidad. «Marineros o campesinos de »Provenza, los unos; gente áspera y sin miedo ni piedad», como dice Michelet; «más dañinos los otros todavía, mancebos »de clase algo elevada, en su primer acceso de furor y fanatis»mo; extrañas criaturas, perturbadas y tempestuosas desde su »cuna y como no se ven iguales más que bajo aquel violento »clima», los quinientos marselleses de Rebecqui y Barbaroux que venían a apoyar e imponer la deposición del rey, constituían, más que una falange patriótica, una horda de forajidos, con toda la exaltación mística de los viejos albigenses o catharos y toda la sequedad de entrañas de los almogávares de saco y cuerda. El himno que llevaba su nombre (1), perdía en boca suya el acento del heroísmo y la generosidad para tomar una expresión feroz, de degollina y barbarie, que ponía espanto.

Su entrada triunfal en París fué dispuesta para el día 30. Debían pasar a lo largo del arrabal de San Antonio, reunirse con los cuarenta mil patriotas armados que había ofrecido Santerre; dirigirse a las Tullerías y obtener de una vez, sin soltar de mano a la Asamblea, el decreto de deposición. Pero esta tentativa del 30 falló como había fallado la del 26. Halla-

(1) Llamábasele entonces: «la canción de los marselleses».

ron una gran muchedumbre estacionada para verlos pasar, mas no para seguirles; y después de un simple desfile por las calles, se dirigieron a los Campos Elíseos, en una de cuyas tabernas les ofrecían un banquete espartano los más ardientes jacobinos de París. No bien entrados en ella los marselleses, salían del cercano restaurant Dubertier los granaderos del batallón de las Hijas de Santo Tomás, que acababan de celebrar una fiesta de cuerpo. Malquisto de los demagogos este batallón, entre todos los de la Guardia Nacional, por su adhesión al orden y a los principios constitucionales, la presencia de sus individuos fué recibida a gritos, a manotadas de lodo, a pedradas, por la chusma que acababa de acompañar a los héroes de Marsella. Queriendo evitar una lucha desigual y estéril, los granaderos trataron de escabullirse por pequeños grupos. Sonó un redoble de tambor; algunos provocadores gritaron: «á mí, los marselleses»; y saliendo éstos, sable en mano, por las puertas o por las ventanas de su taberna, cayeron sobre los asombrados guardias nacionales. Uno de ellos, Duhamel, joven agente de cambio que gozaba de general estima, trató de tener a raya a sus perseguidores, apuntándoles una pistola; mas esto redobla la furia de los marselleses, los cuales le acosan hasta el interior de un café de la calle de San Florentino, donde sucumbe cubierto de heridas, mientras otros quince guardias nacionales quedan gravemente maltrechos. Tal es la primera hazaña de los patriotas del Mediodía, que Moratín califica inmediatamente de *asesinato,* al anotar la misma noche el resumen de su jornada, y que, como de costumbre, será cínicamente defendida en la Asamblea por los *enragés*, presentando como víctimas de una celada a los propios verdugos.

MIGUEL S. OLIVER

(Concluirá.)

LA AMÉRICA MODERNA

La significación económica y política del canal de Panamá. Los precursores españoles de la canalización del Istmo. La acción de los Estados Unidos en Panamá. La futura crisis económica que originará el canal. Suerte probable de Cuba. El influjo norteamericano en Asia y la corriente inmigratoria del Japón y China en la América central. La japonización del mar de las Antillas.—Tendencias unionistas de Centro y Sur-América. Sueños y profecías de Bolívar. El Istmo simbólico en poder de Sam.—La organización de la «Unión Pan-Americana» en Wáshington. El panamericanismo norteamericano y el pacifismo. Visión de un Congreso de la Paz. Fantasía y realidad.

Dentro de dos años y medio se abrirá a la navegación interoceánica el canal de Panamá. En doce horas, los buques menos rápidos salvarán la distancia que separa dos Océanos, aun invirtiendo tres horas en el cruce de las esclusas. El coste total de la magna obra será de 375 millones de dollars. Los cañones de los Estados Unidos guardarán el canal. Esta obra, al parecer puramente económica, tiene una significación política y social de gran trascendencia, no solamente para los países americanos, sino también para Europa y Asia. A medida que potentes máquinas cortan las montañas del Istmo, va adquiriéndose conciencia más clara sobre la transformación de las relaciones entre grandes pueblos; se vislumbran los beneficios de la colosal empresa y se sospechan las crisis que se producirán una vez acabada. El canal de Panamá producirá modifi-

caciones más trascendentales que el canal de Suez provocó en el comercio mundial; pues mientras éste tiene una significación predominantemente comercial, Panamá conmueve una serie de esferas de la vida internacional que afectan a muy variados y distintos pueblos. América será el centro de gravitación de un nuevo sistema de fuerzas internacionales.

No han sido los franceses, ni los ingleses, ni los norteamericanos, los únicos que se preocuparon de realizar tan soberana empresa. Los precursores fueron los españoles, en la época en que a los alientos de España las obras de cíclopes no eran extrañas. Como mis afirmaciones pudieran aparecer dictadas por la pasión españolista, dejo que hable por mí un cubano ilustre: el Dr. F. Carrera Jústiz, profesor de la Universidad de la Habana. Dice en un reciente libro suyo, que es la mejor contribución al estudio de la cuestión panameña (1):

«Fué el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, quien desde Valladolid, el año 1523, ordenó a Hernán Cortés, en México, que escogiera cuidadosamente el paraje más apropiado para conectar las costas orientales con las occidentales del Nuevo Mundo, acortando así en dos terceras partes la ruta desde Cádiz á Catay, que es hoy el Japón.

»Ya antes, con análogos fines de comunicación, aunque sin pensar en ruta marítima, Fernando el Católico había ordenado a Balboa construir un camino a través del istmo. Fueron con este motivo fundadas, en 1517, por Pedrarias, la ciudad del Panamá, en el Pacífico, y la de Nombre de Dios, en el Atlántico, como términos respectivos de camino pavimentado, que seguidamente quedó hecho, con un trabajo de cíclopes, entre florestas vírgenes, ríos, pantanos, abismos y montañas, y del cual dice el historiador Pedro Martyr que daba amplio acceso a dos carruajes. Esa fué la primera vía normal interoceánica que ha sido establecida en América; dando tan colosal impulso

(1) Carrera Jústiz: *Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá.*—Habana, 1911.

a la vieja Panamá, que era acaso la ciudad más rica del mundo en 1585, y siguió opulenta hasta 1671, en que el pirata Henry Morgan, con sus robos, la destruyó completamente, y en 21 de Octubre de 1673, a seis millas de esas solemnes ruinas, fundó la nueva ciudad, que lleva actualmente ese nombre, el Gobernador Fernández de Córdova.

»Si Felipe II de España, hijo y sucesor de Carlos I, no hubiese considerado, por razones políticas, que el istmo de Panamá, con sus tremendas cordilleras, era un valladar de montañas a la codicia con que anhelaban los tesoros del Perú y las minas del Potosí sus rivales envidiosos, es indudable que desde entonces hubiéramos comunicado con dos mares; que, en verdad, ello no hubiera sido empresa superior, ni al poder, tremendo entonces, de aquellos Reyes de España, ni a los bríos legendarios de Cortés, de Balboa, de Pizarro y de esa pléyade que en América realizaba homéricas proezas.

»Esa razón política, históricamente razonada (y no el pretexto ocasionalmente aducido, de encontrar un obstáculo religioso en el versículo bíblico de que «el hombre no debe separar lo que Dios quiso unir»), apartó a España de ulteriores empeños sobre un cauce en el istmo; pero la idea estaba concebida, y la orden del Emperador a Cortés está documentada desde entonces y sin precedente posible.

»La divisa de Cortés (soberbia, como suya) fué encontrar un estrecho o hacerlo, convencido de la conveniencia y de la practicabilidad de la obra. Y tanta importancia le reconocía, que en 1524 escribió al Emperador diciéndole que obtener la comunicación de los dos mares sería «el más grande servicio que podría rendirle». A esa altura estaba ya disipado el secreto del Estrecho.

»Alvaro de Saavedra Cerón, primo de Hernán Cortés, interesado desde 1517 en el secreto del Estrecho, y que, bajo el gobierno de Balboa, había residido largo tiempo en el istmo de Panamá, preparó, antes que nadie, en 1529 (según refiere el historiador Galvano), los planos para la construcción allí

de un canal, sorprendiéndole la muerte cuando se disponía a presentárselos al Rey de España.

»Galvano y Gomara concuerdan en que, de no haber fallecido entonces Alvaro de Saavedra, «se habría abierto la tierra de Castilla de Oro y de Nueva España, desde mar a mar»; y es curioso ver cómo esos historiadores, desde el siglo XVI, determinan, sobre el asunto, las mismas cuatro rutas del golfo de Darién, Panamá, Nicaragua y Tehuantepec, que son las mismas hasta nuestros tiempos disputadas.

»Simultáneamente que Saavedra planeaba un canal por Panamá, Pedrarias encargaba a su teniente Estete que hiciese las medidas para un canal por Nicaragua, o sea las dos rutas rivales hasta el último momento.

»También, en 1534, Carlos V ordenó a Andagoya, Gobernador de Costa Firme, hacer las medidas del valle del río Chagres, para encontrar la ruta más practicable de un canal. Y Felipe II, en 1567, había mandado medir la ruta de Nicaragua al mismo ingeniero Juan Bautista Antonelli, que después tuvo a su cargo, en 1588, la construcción en la Habana de los castillos de la Punta y del Morro.

»El genio latino, desde hace cuatrocientos años, había concebido la obra en toda su importancia, no abordándola por motivos políticos. Estaba también hecho el estudio, en principio. Y corroborando este aserto, nada más propio que extractar las hermosas palabras del historiador Gomara, en su *Historia de las Indias,* dirigidas al Emperador Carlos V, en 1551, reconociendo las dificultades de la obra, pero sin aceptarlas como insuperables: «Hay montañas, pero también hay manos. Déseme la autorización, y la obra será realizada. Si no falta la resolución, no faltan medios; las Indias, a las cuales se hace camino, los proveerán. Para un Rey de España, buscando las riquezas del comercio indiano, eso es posible y es también fácil.» He ahí, en espíritu, la España grande del siglo XVI.»

El pensamiento de la apertura del canal no volvió a rena-

cer hasta que Lesseps dió fin a la obra de Suez. Pero la Compañía francesa fracasó de la manera tan ruidosa que se conoce por todos, y entonces los Estados Unidos se subrogaron en los derechos de la Compañía Francesa del Canal de Panamá. Los norteamericanos necesitaban limpiar de obstáculos el istmo, y para ello iban descartando toda influencia ajena a ellos. Le tocó el turno a Colombia, y Colombia se quedó sin el Panamá. Surgió la microscópica República del Panamá merced al *fiat* omnipotente de los Estados Unidos, e inmediatamente buscaron darle un ropaje jurídico (que parecía una página de Anatole France sobre la Isla de los Pingüinos fabulosa) al interés de la República norteamericana.

Había sido designada una comisión compuesta por el Ministro del Panamá, Bunau Barilla, y los Sres. Amador, Boyd y Arosemena, para convenir, sin pérdida de tiempo, con los Estados Unidos, un tratado sobre el canal. Y considerando ya suficientemente conocida la materia, firmóse, sobre análogas bases de lo antes discutido con Colombia, el tratado Hay-Bunau Barilla, con fecha 18 de Noviembre de 1903, el cual fué oportunamente ratificado.

Por el artículo I de ese tratado, los Estados Unidos garantizan y mantienen la República del Panamá.

Por el art. II, la República del Panamá cede a los Estados Unidos, en perpetuidad, una zona de tierra de diez millas de ancho, desde mar a mar, para la construcción, operación y mantenimiento de un canal, más tres millas marinas sobre el Pacífico, y otras tantas sobre el mar Caribe, excluyendo las ciudades de Panamá y Colón, que quedan dentro de esa zona; y además se extiende la cesión a los terrenos limítrofes que los Estados Unidos *puedan necesitar* para futuras operaciones del canal, y se ceden, también a perpetuidad, todas las islas comprendidas en ambas zonas marítimas y los *grupos de islas* de la Bahía de Panamá, nombrados Perico, Naos, Culebra y Flamenco.

Por el art. III, la República de Panamá concede á los Es-

tados Unidos todo derecho, poder y autoridad en dicha zona, en sus posibles adiciones y en los grupos de islas referidas.

En el art. IV, Panamá cede a los Estados Unidos los ríos, corrientes, lagos y todas las aguas dentro de los expresados límites, en tanto que se necesitare para el canal y sus accesorios.

Por el art. V otorga Panamá a los Estados Unidos un perpetuo monopolio para un sistema de comunicaciones por ferrocarril, a través de los territorios entre el mar Caribe y el Pacífico.

El art. VI nombra una comisión mixta para las cuestiones que ocurran por daño a la propiedad privada, durante la construcción del canal, indemnizando los Estados Unidos.

El art. VII deja perpetuamente a los Estados Unidos intervenir en la sanidad y el orden público, en las ciudades de Colón y Panamá, inmediatos a los términos del canal, en el Atlántico y en el Pacífico, respectivamente, siendo esos los dos centros urbanos importantes de la nueva República, y Panamá es la capital del Estado.

Los artículos siguientes no revisten tanta importancia, excepto el XIV, que acuerda, como compensación, el pago por los Estados Unidos a Panamá, de diez millones de pesos al contado, más doscientos cincuenta mil pesos anuales en los nueve años siguientes; y el XVIII, estableciendo la neutralidad del canal, con obligada referencia a las estipulaciones del tratado entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, fecha 18 de Noviembre de 1901.

Merece una especial mención el art. XXIII, estableciendo que los Estados Unidos, a su discreción, usarán sus fuerzas de mar y tierra, o *fortificarán el canal*, para la seguridad y protección de éste o de los barcos allí usados, o de los ferrocarriles y obras auxiliares del canal.

Los norteamericanos han perseguido el comunicar los dos mares con el menor tiempo posible. El canal se ha construído conforme á un sistema de esclusas y de lagos artificiales, resultando una obra predominantemente militar.

Dada la posición relativa de la ruta interoceánica respecto de América y Europa, el trastorno de rutas ha de ser de enorme significación. La crisis económica comercial se hará patente en tres grandes continentes: América, Europa y Asia.

Panamá ocupa un punto casi al medio de ambas Américas, o sea a la mitad de la inmensa costa del Pacífico, calculado desde Alaska al Norte, junto al estrecho de Bhering hasta el cabo de Hornos, al Sur, próximo al estrecho de Magallanes. Y todo el Continente americano, casi desde el polo Norte al polo Sur, se interpone entre Europa y Asia.

Dividir, pues, las Américas por un pasaje navegable, en su justo medio, Panamá, es abreviar en enormes proporciones las distancias entre Asia y Europa, como también entre Europa y los puertos americanos del Pacífico, entre Asia y los puertos americanos del Atlántico, y entre los puertos que existen de un lado y del otro del Nuevo Mundo, desde el Ecuador hacia el Norte.

De New York a San Francisco de California, por la vía de Magallanes, hay 13.090 millas. Y abierto Panamá, se ahorrarán 7.790 millas, lo cual reduciría el tiempo, de sesenta días, a sólo dos semanas.

Desde New York al Japón, por Suez, hay 13.000 millas, que es hoy la ruta más corta. Y por Panamá se ahorrarán 3.000 millas, que equivale a ocho días de viaje próximamente, en vapores que corran 16 millas por hora.

De New York a los puertos del Pacífico de los Estados Unidos y de la América Central se acortarán, en promedio, 8.415 millas; y a los puertos de la América del Sur, en el Pacífico, el ahorro será en promedio 4.700 millas, partiendo de un máximum de 8.415 junto a Panamá, y de 1.004 en Punta Arenas, al extremo Sur de Chile.

Las costas del Pacífico de ambas Américas y los puertos europeos, se acercarán en términos de ahorrar un promedio de 1.046 millas desde Londres, Liverpool, Amberes ó Hamburgo, a Panamá, en el Pacífico.

En los puertos al Sur de Panamá, ese máximum de 6.046 millas se irá reduciendo hasta cero, entre Punta Arenas y el Coronel, que es el puerto industrial más al Sur que hay en Chile.

El promedio de acortamiento entre Liverpool y los puertos de la América del Sur, en el Pacífico, viene a ser como de 2.600 millas. Y el comercio británico llegará a Nueva Zelandia y a las otras tres grandes islas del Pacífico y Oceanía, con 1.503 millas menos que por la ruta de Suez y 2.400 millas más cerca que por la de Buena Esperanza.

New York hará una victoriosa competencia a su gran rival, Liverpool, porque todos los puertos americanos del Pacífico quedarán 2.759 millas más cerca de New York que de Liverpool. Y hoy sucede a la inversa por la ruta de Suez.

En general, puede decirse que las distancias entre el Este y Oeste de los Estados Unidos (que por Magallanes son 13.000 millas) el canal de Panamá las acortará en ocho o nueve mil millas, que es la distancia precisa para bordear toda la América del Sur, lo cual entraña un enorme acortamiento en tiempo y gastos.

El canal de Panamá pondrá a la Rusia asiática, al Japón, a China, a Filipinas y a Australia más cerca de New York, Boston, Filadelfia, Baltimore, New Orleáns y todo el Este de los Estados Unidos, que de Europa.

En América, en Asia y en Oceanía se acrecentará la influencia norteamericana en concurrencia con la de Europa. En la actualidad está más cerca Europa de los países americanos situados abajo de la línea ecuatorial que los Estados Unidos. Los primeros países que serán hondamente influídos por la apertura del canal en la América del Sur, han de ser Perú, Ecuador, Bolivia y Chile. La lucha comenzará a librarse en el comercio. En 1910, la Gran Bretaña vendió á la América latina 220 millones de pesos; Alemania, 108, y los Estados Unidos, 201. Una vez abierto el canal, se modificarán estas relaciones de manera bien sensible.

La reducción de las distancias equivale a una rebaja de las tarifas de transporte y, por lo tanto, a una mayor intensidad de la concurrencia por el aumento en la fuerza y en el número de los concurrentes. La concurrencia agrícola ultramarina en Europa fué precisamente determinada por la rebaja de los fletes entre Europa y América. Gráficamente ha demostrado estas transformaciones el profesor E. Reyer en un libro notable, en el que estudia la importancia del desenvolvimiento de las fuerzas materiales y morales en el poderío de los Estados (1).

No obstante, los efectos de la apertura del canal no serán trascendentales en la América del Sur, con ser de importancia, como los cree el profesor Carrera. La absorción de estos países, el monopolio de su comercio por los Estados Unidos, tiene obstáculos y no pequeños en la potencialidad comercial de Europa. El viejo continente hará más intensas sus relaciones con la América del Sur con el proyectado ferrocarril de la costa occidental de Africa, que acortará en gran manera las distancias entre ambos territorios.

En donde influirá profundamente la acción de los Estados Unidos será en Asia, en donde más tarde o más temprano ha de tropezarse con un Monroe japonés.

De todos los países hispano-americanos, ninguno será tan influído por el nuevo estado de cosas que acarreará la apertura del canal de Panamá como Cuba. El profesor Carrera así lo reconoce, y señala junto a las ventajas el peligro que ello envuelve para el pueblo cubano. Así lo expresa:

«En tres conceptos necesitamos considerar los efectos que en Cuba ha de producir el canal de Panamá:

»Primero. En cuanto el istmo de Panamá, nuestro inmediato vecino por el Sur (de Cienfuegos al istmo, hay sólo 780 millas), se transforma, de eterna barrera colombiana, casi

(1) E. Reyer: *Kraft das ist animalische, mechanische, soziale Energien und deren Bedeutung für die Machtentfaltung der Staaten.* Leipzig, 1909.

desapercibida para nosotros, en vía de comunicación, la más frecuentada del Universo y bajo la soberanía de los Estados Unidos.

»Segundo. En cuanto al uso de esa nueva vía, nos aproxima á países poderosísimos, con prodigiosas riquezas, de los cuales estábamos inmensamente distanciados, hasta el extremo de no darnos cuenta casi de su existencia.

»Y tercero. En cuanto por la situación geográfica de Cuba, ésta se encuentra al alcance de ese movimiento colosal e incesante que se determinará a través de la nueva comunicación interoceánica.

»El primer punto (o sea la transformación que va a operarse en nuestro próximo vecino del Sur) hace observar que las 780 millas interpuestas entre Cuba y la zona del istmo de Panamá sólo requieren un viaje de pocas horas.

»Esa zona del istmo es hoy la Gran República de los Estados Unidos de Norte América. Y aún algo más que eso. Es, en lo político, en lo militar y en lo económico, el sitio hoy más importante de los Estados Unidos.

»Sentado así, venimos a la conclusión forzosa de que esa transformación del istmo de Panamá determina, por acción catalíptica, una variación fundamental en las futuras orientaciones de nuestra política exterior, y modifica a fondo el valor absoluto y relativo de nuestras costas del Sur.

»Por lo pronto, resultará que todo el Sur de Cuba cambia esencialmente su perspectiva político-geográfica. Ya no tendremos casi a la vista sólo a Yucatán, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Colombia, con quienes hace cuatrocientos años estamos enfrentándonos con mutuo resultado negativo. Ahora por ese Sur tenemos a los Estados Unidos, cuya presencia jamás puede pasar desapercibida.

»Esa zona del canal de Panamá, que ya contiene 25 poblaciones, será muy pronto un centro inmenso de cultura, de riqueza y de movimiento, siendo también una posición inexpugnable, fortificado en prevención tal vez de grandes cosas.

»No tardará en levantarse allí ciudades como New-York, Chicago; San Louis o San Francisco, que junto a su grandeza material contendrán el tremendo espíritu de la raza del Norte.

»Cienfuegos, Trinidad, Santa Cruz, Manzanillo, Santiago, Guantánamo y todos nuestros puertos del Sur tienen, con esa nueva perspectiva, serio asunto de estudio y la oportunidad de que esos municipios trabajen cada uno su propio destino.

»Esa transformación de Panamá le da al mar Caribe la misma clasificación política que cabe darle al golfo de México, o sea aguas dominadas por los Estados Unidos.

»Y véase el mapa para fijar entonces bien la posición de Cuba, rodeada ahora en pleno, por la influencia de la Gran República, con Key West, por el Norte, Guantánamo por el Este y la zona del Panamá por el Sur.

»Caer un país, así, dentro de la zona de otro país, no implica la pérdida de su soberanía o independencia; pero sí complica en mil aspectos su política interior y exterior.

»Tanta importancia internacional tienen estas consideraciones, que uno de los principales motivos para la actual intervención de España en Marruecos fué la perspectiva de que, anticipándose en ello Francia, quedaría España cogida entre la influencia francesa por el Norte y por el Sur. Y claro está, que no por eso habría perdido España su independencia ni su soberanía, pero se complicaba su política.

»Algo análogo que a Cuba le acontece a las Repúblicas de Haití y Santo Domingo, para quienes (con consecuencias ya hoy evidentes) Key West, Puerto Rico y Panamá completan el triángulo de fuerza en que resultan comprendidas.

»Con una zona militar de los Estados Unidos en el istmo de Panamá; siendo Guantánamo (que si no lo es ya, lo será) formidable, y con una base de operaciones navales en Key West, queda Cuba en el centro de una gran esfera de acción de los Estados Unidos y, en más o en menos, nos alcanzarán todos los movimientos que, según las circunstancias, convenga

a la Gran República realizar para sus propios fines, siquiera sean meramente preventivos.

»Lo hecho hasta ahora es lo requerido por la sola perspectiva de comunicarse ambos Océanos. Luego de comunicados, entre sus consecuencias primeras habrá una tremenda actividad política, militar y naval de los Estados Unidos, comprendidos nosotros en esos amplios movimientos, y esto refluirá a fondo en nuestro orden interior más intensamente cada vez, y hasta en la calidad de las personas elegidas para nuestro Gobierno, que con mucho más motivo *necesitará mostrarse fuerte y responsable.*»

Cuba está llamada a presenciar hechos trascendentales. Así como los Estados Unidos se acercarán por el canal al Asia, el Asia se acercará también a los Estados Unidos y al resto de América. Los conflictos a que esto puede dar lugar saltan a la vista. Pero a parte de los conflictos que las rivalidades internacionales y la oposición de intereses entre los Estados asiáticos y los de Norte América hacen surgir, se avecina un nuevo peligro para algunas repúblicas hispano-americanas, peligro que pudiéramos llamar de *asiatización*. El llamado peligro amarillo no hay que concebirle como una invasión armada precisamente, sino como una influencia social de los elementos asiáticos que, mediante la pacífica emigración a los territorios hispano-americanos, transformen y consigan, en algunos casos, modificar o borrar el primitivo carácter de los países invadidos. Cuando el país que recibe la inmigración de los asiáticos es tan grande y tan poblado como los Estados Unidos, el peligro disminuye en significación, porque la corriente de sangre asiática viene a ser lo que una gota de agua en el mar; pero tratándose de las repúblicas hispano-americanas, algunas de ellas de extenso territorio y escasa población, la avalancha de chinos y de japoneses constituyen un serio peligro. El canal de Panamá es una esclusa para el Imperio japonés, que cuenta con 49,7 millones de habitantes, que, sumados a los de sus posesiones, constituyen una masa de población

de 53,3 millones de población absoluta, con una densidad en la metrópoli de 130 habitantes por kilómetro cuadrado y de 118 en el Imperio. China, con sus 330 millones de habitantes, dará un contingente a la inmigración en los países hispanoamericanos como le ha dado a los Estados Unidos. Sobre las consecuencias que esto pueda traer, basta recordar la repugnancia con que fué acogida en la Argentina la idea de una posible inmigración de elementos japoneses. Por elevado que se ponga el pensamiento de fraternidad humana, no se debe llegar a confundir la simpatía con la renunciación a los caracteres distintivos de la propia personalidad. Y el peligro de la pérdida de la propia personalidad es el que se trasluce en la temida y posible, más que posible, probable, inmigración de elementos asiáticos en la América latina. Para países que se encuentran en período de desenvolvimiento, que necesitan de una cierta cohesión, la infusión de sangre tan distinta como la asiática, de costumbres e ideales tan separados, constituye una perturbación de trascendencia suma.

Cuba será cogida entre dos fuegos: la influencia norteamericana, por una parte; por otra, la asiática... No participo de los optimismos del profesor Carreras, cuando escribe: «Veremos en Cuba—como hoy se ve en Haway, en el Oeste de los Estados Unidos y en el de México—miles de chinos, y coolíes, y filipinos, y japoneses, etc., infiltrando en el agregado cubano inmensidad de nuevos elementos y creando grandes fuerzas sociales que, en su constante trabajo, lento y secreto, pero efectivo y hondo, irán poco a poco variando en algo la sociología cubana, ya un tanto modificada por los chinos—a pesar de la distancia inmensa actual—en pueblos tan importantes como Jovellanos, Colón y algunos otros, lo cual acontece ya en New-York, San Francisco y otras grandes ciudades americanas, donde hay barrios populosísimos absolutamente chinos.» Esto será un hecho en plazo no lejano, y tal vez también será una realidad el que aparezcan por la boca del Morro, como describe Carreras, los invictos acorazados japoneses, y, aún, que do-

minen el canal de Panamá y atruenen con sus cañones en Cienfuegos y en Santiago de Cuba... Justo es decir que, al llegar a estas sospechas, el profesor Carreras se pone serio; recuerda la raza, la cultura histórica suya, y da un toque de alarma a los políticos cubanos.

***

No es totalmente ajeno el movimiento de unión de Repúblicas hispano-americanas a la sospecha de los peligros comunes que les amenazan. Este movimiento es una confirmación de lo que llevamos dicho respecto de las consecuencias de la apertura del canal de Panamá. El movimiento tiene dos centros: la América central y la del Sur.

En varios órganos de la prensa sudamericana apareció la noticia, y largos comentarios acerca de ella, respecto a la proposición, de parte del Gobierno del Ecuador al de Venezuela, a fin de que ésta, como hija primogénita del genio de Bolívar, iniciara el pensamiento de que las actuales Repúblicas de Venezuela, Colombia y el Ecuador, que en un tiempo formaron la gran Colombia, reanuden sus vínculos de familia, fusionen sus intereses, para volver un día, confundiendo sus destinos, a reaparecer como una sola entidad política.

El Gabinete de Caracas acogió con entusiasmo tan patriótica iniciativa, ampliándola por su parte con la idea de hacer extensiva la invitación a todas las naciones cuya emancipación se debió a la accion del libertador, es decir, al Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela, cinco pueblos hermanos de idéntico origen, de iguales condiciones y de análoga historia, que, por leyes sociológicas ineludibles, han de correr la misma suerte en lo porvenir.

La noticia y los comentarios a que hemos hecho referencia nos han interesado tanto más, cuanto que en ellos vemos la manifestación del problema unionista que allá se inicia ahora, y que los centroamericanos tienen planteado desde el año 1842,

desde que Morazán purificó con su sangre ese ideal regenerador. El pensamiento es el mismo: las razones que existen para su realización (razones teóricas y de conveniencia) son exactamente iguales. Los hombres pensadores de aquellas cinco Repúblicas, como los de éstas, lo mismo que los cinco pueblos, están de acuerdo en considerar la unión como un medio salvador para la vida interna, y una seguridad para la soberanía e independencia en las relaciones internacionales de dichas Repúblicas.

En Sud-América juegan ya trascendentalísimos intereses políticos, a los que el *jus gentium* sirve de salvaguardia. Háblase allá de hegemonía y de equilibrio sudamericanos como si se tratase de un mundo aparte, y con el mismo o mayor interés con que se tratan esos asuntos entre las naciones del viejo continente, o con relación a los de la América entera. La *entente* que de hecho se manifiesta entre los tres países principales (Argentina, Brasil y Chile), que ha dado margen a que se crea en la alianza A B C, como generalmente se la llama, influye de manera decisiva en la solución de todo género de asuntos de importancia internacional, y a esa *entente* atribúyense muchos resultados benéficos, tales como el de evitar un choque armado entre Chile y el Perú por la vieja y enojosa cuestión de Tacna y Arica; un conflicto entre la Argentina y Bolivia con motivo de las manifestaciones hostiles de parte de Bolivia, a causa del laudo arbitral argentino sobre límites entre Bolivia y el Perú, y el encauzamiento de procederes y la *fraternización* de ideales entre los delegados de la Cuarta Conferencia Pan-Americana, reunida en Buenos Aires, de cuyo seno, a no haberse puesto en accion la influencia combinada de los tres países mencionados, pudo resultar un rompimiento y un desconcierto general.

Ante esa fuerza moral innegable, que no es sino una consecuencia natural de la magnitud de las cuestiones que se ventilan, y de las inevitables afinidades internacionales que se desarrollan, los cinco países septentrionales de la América del

Sur, que por su posición geográfica, por sus tendencias, y más que todo por sus afinidades históricas, necesitan constituirse en verdadera unión, ya que la solidaridad de intereses, por otra parte, les compele a ello en presencia de amenazas y peligros comunes.

«Ha llegado para la América el momento de hacer frente al avance imperialista, acordando los medios para no hacer negatorios los esfuerzos de una raza que aspira con legítimo derecho a disputar a Europa su secular poderío, y a colmar con la exuberancia de su naturaleza, pródiga y generosa, las aspiraciones del mundo.» Estas elocuentes palabras de un diario costarricense traducen las aspiraciones de los países latinoamericanos, cuyo primordial y más legítimo derecho es el de la independencia y la estabilidad, con todos los atributos de las naciones libres.

Las cinco Repúblicas sudamericanas que ahora manifiestan tendencias unionistas tienen, como las de Centro-América, antecedentes y recuerdos inolvidables que, como a éstas también, las llaman a la unión. Esos antecedentes y recuerdos se remontan a su origen, a aquella época en que Simón Bolívar, con asombro del mundo, rompió con su espada las cadenas que ligaran a varios millones de hombres para restituirlos a la vida de la libertad y del derecho. Desde esos días de trascendentales acontecimientos, en que el Libertador, después de emancipar a Venezuela, emancipó a Nueva Granada, hízolo invocando el ideal de la unión de los pueblos de Hispano-América. «Granadinos—dijo en la primera de sus proclamas,—la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una república, es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana»... Y cuando, tres meses después, vencedor de Nueva Granada, se presentó al Congreso de Angostura para deponer ante él su mando de guerrero; cuando, «apenas puede la victoria alcanzar al vencedor», según lo dijo Francisco Antonio Zea, Presidente de dicho Congreso, Bolívar no tuvo otra petición que hacer que

la siguiente: «Decretad la unión política de los dos Estados, y habréis satisfecho mi más ardiente deseo, y recompensado ampliamente al ejército por sus servicios.» La propaganda unionista del Libertador fué tenaz, persistente, convirtiendo su anhelo en el tema favorito de sus conversaciones. A sus íntimos amigos les decía: «El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad, deseo verlo realizado porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de ese modo erigiremos un monumento que testifique nuestra gratitud. Llamando a nuestra República *Colombia*, y denominando su capital *Las Casas*, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la Humanidad: Colón y Las Casas pertenecen a la América. Honrémonos perpetuando sus glorias.»

La voluntad de Bolívar prevaleció en el Congreso de Angostura, y el 17 de Diciembre de 1819 este alto cuerpo firmó la ley fundamental de la República, formándola con los Estados de Venezuela y Nueva Granada, y consagrándola con el nombre de *Colombia*.

Realizada la unión de Venezuela y Nueva Granada, el Libertador pidió autorización para marchar a Quito, y someter al Ecuador a la misma ley de unión. En el Ecuador, y después de su célebre entrevista con el general San Martín, libertador de Chile y protector del Perú, éste solicitó de Bolívar auxilios en pro de su libertad, empresa que no se vió coronada sino después de la batalla de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

El 7 del propio mes llegó Bolívar a Lima. «La muchedumbre, en su alborozo delirante, arrebató a Bolívar de su caballo y lo llevó en triunfo a su alojamiento...»

Aquella misma tarde acudió a su mente la obsesión de toda su vida: la idea de la unión de los pueblos de América, y dió forma a la circular en que invitó a los Gobiernos para la reunión del Congreso de Panamá.

Ya en 1815, proscrito y arrojado a las playas de Jamaica, había externado por primera vez su pensamiento de realizar una gran federación de todos los países de Hispano-América. «Es una idea grandiosa—escribía a un amigo—pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un mismo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarla... ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las Repúblicas, Reinos e Imperios para, tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo!...»

Al dirigirse a los Gobiernos, el 7 de Diciembre de 1824, se expresó de manera más concreta sobre el pensamiento esbozado en el párrafo que dejamos transcrito, dando principio a la circular en los siguientes términos:

«Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantías que en paz y en guerra sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes Colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.» Y más adelante: «Con respecto al tiempo de la instalación de la asamblea, me atrevo

a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exijan los preparativos ministeriales y las distancias que median entre las capitales de cada Estado y el punto central de reunión...»

»Si el mundo hubiera de elegir su capital, el istmo de Panamá parece el punto indicado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el Africa y la Europa. El istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin por los tratados existentes. El istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podrá ser el lugar provisional de la primera asamblea de los confederados...» «El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá?...»

Al Congreso de Panamá concurrieron los plenipotenciarios de Colombia, Centro-América, Perú y México, y el 15 de Julio de 1826 fué firmado el tratado de *Unión, Liga y Confederación,* que ya hemos publicado en estas páginas, en que se realizó en parte el ideal por tantos años acariciado por el Libertador. Este, todavía el día de su muerte—17 de Diciembre de 1830,—según lo refieren testigos presenciales, repetía a los amigos que lo rodeaban: «*Unión, unión, o la anarquía os devorará*», ultima y sabia profecía de aquel gran carácter.

En el Congreso Boliviano de la Paz, celebrado en Caracas en Julio de 1911, fracasaron las negociaciones encaminadas a

conseguir la unión que nos ocupa. El Sr. Maurtua, Ministro del Perú, declaró que su país no aceptaría una *entente cordiale* con el Ecuador y Colombia. El representante del Ecuador, señor Peralta, declaró que, en vista de esas declaraciones, la idea de una unión política y de que reine la armonía entre esas naciones fracasaría; que aunque el Ecuador desea paz y armonía a toda costa, al encontrar obstáculos tan serios, no podía entrar en ningún convenio. Declaró, además, que muchos estadistas peruanos habían declarado que el arbitraje, en lugar de cimentar la paz, provocaría la guerra, y terminó negando su voto a la unión y al arbitraje.

Bolivia, Colombia y Venezuela apoyaron la actitud del Ecuador, apareciendo el Perú en minoría.»

A última hora, por el *Diario de Centro-América*, nos enteramos de las bases del protocolo propuesto por el Gobierno de Venezuela, y firmado, según asegura dicho periódico, por algunos de los Ministros diplomáticos de las Repúblicas mencionadas. Por esas bases, los países signatarios se habían comprometido a lo siguiente:

«A dirimir entre sí sus controversias y disidencias actuales y futuras;

A no recurrir nunca a la guerra;

A ir unidos a los Congresos internacionales;

A enlazar sus líneas telegráficas;

A impedir que en un Estado se preparen revoluciones contra otro;

A facilitar la extradición de reos;

A reconocerse recíprocamente los grados académicos;

A reducir el porte de la correspondencia;

A no hacer la guerra a nadie;

A no solicitar la intervención extranjera, ni aceptarla, para el arreglo de sus diferencias;

A no enajenar en ningún caso su territorio, y

A no conceder a ninguna nación la administración de sus rentas.»

* * *

La literatura pan-americanista cuenta con un nuevo libro, titulado *La Unión Pan-americana: Paz, Amistad, Comercio.* Aún no ha sido traducido del inglés; su autor es el honorable John Barret, Director de la Unión Pan-americana. La obra, dice el autor que ha sido escrita con el propósito de «responder de una vez, y en forma de libro artísticamente ilustrado, al creciente número de pedidos de informes y datos sobre: *a)* la población, el área, el comercio y el progreso de las veinte Repúblicas latino-americanas; *b)* sobre la Unión Pan-americana, su labor práctica y su historia; *c)* sobre el suntuoso palacio que ocupa; *d)* sobre los discursos de algunos preeminentes estadistas; y *e)* sobre lo que las Américas han hecho en pro de la paz y del arbitraje».

El autor ha dividido el libro en cinco capítulos. El primero, titulado *Pan-American To Day*, contiene una descripción predominantemente económica de los países latino-americanos; y al estudiar las revoluciones en ellos, afirma que se tiene sobre este asunto una idea exagerada, y si alguna vez se realizán, dice Barret, «son un siglo de progreso; no de retroceso».

En este capítulo aparece una parte en que figuran las impresiones personales recibidas por el autor en su viaje como Ministro de los Estados Unidos de América a Bogotá, y de allí á Quito, capitales de Colombia y el Ecuador, respectivamente; lo mismo que sus impresiones en Buenos Aires, donde también estuvo con igual carácter oficial. De modo, pues, que las observaciones, comentarios, etc., merecen toda fe, desde luego que descansan en el conocimiento directo de los lugares y cosas.

Termina el capítulo con una breve síntesis de los datos estadísticos actuales de las veinte Repúblicas latino-americanas, respecto a comercio, población, extensión territorial, etc., figurando intercalados en el texto magníficos fotograbados, representativos de edificios, calles y monumentos de las expresadas Repúblicas.

El segundo capítulo—*The Pan-American Unión*—da una

idea completa de lo que es y cuáles son las funciones de la organización internacional denominada «Unión Pan-Americana» (antes *Bureau* de las Repúblicas americanas), cuya definición la condensa así: *Es una organización y una Oficina sostenida voluntariamente por las veintiuna Repúblicas americanas, controlada por un Comité directivo, compuesto de los representantes diplomáticos en Wáshington, de las otras naciones americanas y del Secretario de Estado de los Estados Unidos, administrada por un Director general y un Subdirector, nombrados por el Comité y asistidos por un Cuerpo de empleados: editores, estadísticos, compiladores, peritos, comerciales, traductores, bibliotecarios, dependientes y estenógrafos, y atenta al desenvolvimiento y conservación del comercio, fraternal intercambio y al ensanche de las buenas relaciones de todas las Repúblicas americanas.*»

Hace en seguida la historia de la institución, presentándola en sus varias fases evolutivas, y consignando los nombres de su creador—Mr. James G. Blaine,—como Presidente de la primera Conferencia Pan-Americana, y los de sus sucesivos directores, hasta llegar al actual, Sr. Barret, que ha logrado el gran desarrollo que la «Unión» alcanza, y de manera especialísima el nombre de Mr. Andrew Carnegie, conocido filántropo americano, quien dió en pesos 750.000 dollars para la construcción del nuevo edificio de la «Unión», cuyo estreno tuvo lugar el 26 de Abril de 1910.

Especifica también algunos de los trabajos concretos de la Institución, tales como la publicación de boletines, folletos y el establecimiento de la gran biblioteca «Colón»; de cámaras de comercio, de conferencias, de exhibiciones, etc., etc., terminando por hacer presente el decidido apoyo que los veintiún Gobiernos prestan á aquélla, con el pago de sus cuotas, y otros actos de marcada deferencia.

El tercer capítulo—*Pan-America's New Building*—da los detalles técnicos del soberbio palacio, hogar común de los países del Nuevo Mundo, erigido en monumento de paz y confra-

ternidad para honra y gloria del espíritu de nuestra época.

El Sr. Barret, que intervino en todos los trabajos llevados a cabo para levantar el nuevo edificio de la «Unión», hace de ellos prolijo relato; explana el pensamiento arquitectónico que predominó en todos, y describe cada una de las manifestaciones de ese pensamiento en las varias partes del grandioso edificio, dándolas a conocer con todo detenimiento y propiedad.

En verdad, el nuevo edificio de la «Unión Pan-Americana» es una de las maravillas del arte y simbolismo de la capital norteamericana: las fachadas, las galerías, los grupos históricos, los bajorrelieves, las fuentes, los salones, los gabinetes de trabajo, reproducidos por magníficos fotograbados, presentan un conjunto único por su grandiosidad y exquisito buen gusto.

Un millón de dollars costó la soberbia construcción, y para realizarla se contó con el concurso de las voluntades de los primeros dignatarios de la gran República, no menos que con la munificencia de Mr. Carnegie y la actividad e inteligencia del actual director de la «Unión Pan-Americana.»

El cuarto capítulo—*The Pan-America and Peace*—es acaso el más notable de la obra, y trata de los esfuerzos hechos por las principales naciones hacia el ideal de la paz, desde las épocas más remotas. «La paz universal—dice el Sr. Barret—es la meta hacia la cual las naciones del mundo son inevitablemente compelidas.» Y así es la verdad: el pacifismo se ha impuesto en el espíritu moderno con tal fuerza y proporciones tales, que al presente en la política de todos los países están pospuestos los demás intereses a los de la paz. Esta es, ante todo, el principio fundamental de toda política: sin paz no se concibe la marcha de la administración ni el funcionamiento de los partidos.

Desde que el Czar de todas las Rusias, por una de esas antinomias inexplicables, inició—en 1898—el movimiento pacifista con su celebrada iniciativa para la reunión de la primera Conferencia de La Haya, las tendencias se han venido pronunciando

cada vez más, y la justicia y elevación de esas tendencias, como resumen y resultado de esfuerzos hechos en épocas anteriores, han sido reconocidas como innegables y dignas de todo apoyo. En 1904—en notables circulares—el Gobierno de los Estados Unidos de América renovó y amplió las declaraciones pacifistas del Czar, al iniciar la reunión de la segunda Conferencia de La Haya, reunión que por los acontecimientos que se desarrollaron no pudo efectuarse antes del 15 de Junio de 1907; mas las ideas de paz y confraternidad que en el fondo alentaba el pensamiento de convocar tales asambleas se propagaron por el mundo fácilmente, encontrando en todos los países y en todos los sistemas fervorosos adeptos, al grado de que, como dejamos dicho, el pacifismo ha llegado a imponerse, a despecho de toda otra tendencia.

El capítulo cuarto del libro que analizamos hace ver que el movimiento en favor de la paz, al través de los siglos, fué intermitente, y que no es sino desde la última década del siglo XVIII que ese movimiento se volvió firme y persistente, en particular en los países del Nuevo Mundo. Y para comprobar esta afirmación, el Sr. Barret entra a detallar los diferentes esfuerzos hechos en pro de la concordia entre Estados Unidos y la Gran Bretaña en 1794, entre Estados Unidos y España en 1802, y entre los mismos Estados Unidos y la «Santa Alianza» y otras naciones europeas, durante el largo período de la emancipacion política de las Repúblicas hispanoamericanas.

Después de esos esfuerzos, que bien pudieran considerarse embrionarios, refiérese el Sr. Barret al *Primer Congreso Panamericano de la Paz,* como él llama al Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, y reunido en 1825, y al cual concurrió Centro-América como uno de los cuatro países en aquél representados. Continúa relatando la evolución seguida en América por el principio de arbitraje sentado o estipulado por el Congreso de Panamá, especificando los procedimientos de los varios Congresos posteriores, hasta llegar a las actuales Conferencias Pan-americanas, fundadas por Mr. Blaine en 1899.

Trata, además, este importante capítulo de otros puntos congruentes con el tema de la paz en América, tales como el de la organización de sociedades para sostenerla, etc., y concluye con una honrosa alusión a la Conferencia de Paz Centro-Americana, reunida en Wáshington en 1907, de la que dice que fué una Conferencia de La Haya en miniatura; pero que, no obstante esto, sus resultados fueron un triunfo para la causa de la paz, é indica como base principal de ese triunfo la creación de la Corte de Justicia Centro-Americana, a cuyo conocimiento se comprometieron a someter los cinco países signatarios «las controversias o cuestiones que entre ellos puedan sobrevenir, de cualquiera naturaleza que sean y cualquiera que sea su origen».

El quinto y último capítulo—*Pan-American Speeches*—está formado por algunos discursos a que el Sr. Barret atribuye significación histórica, y que se relacionan con los propósitos de confraternidad y armonía pan-americanas, de que se han hecho ostensibles manifestaciones en los últimos tiempos en la capital americana. En la imposibilidad de reproducir todos los discursos pronunciados en tal sentido, el autor expresa que sólo incluye unos pocos, escogiéndolos entre los de mayor importancia por los nombres de los oradores. De estos figuran los de Blaine, Roosevelt, Taft, Nabuco, Root, Knox, de la Barra, Carnegie, cardenal Gibbons y obispo Garding.

El libro termina con una recopilación de los casos de arbitraje entre los países de América desde 1794 a 1910.

Al honorable Mr. Barret le parece de color de rosa la historia de las relaciones internacionales más cercanas a nuestros tiempos. Tal vez, si hubiese reparado un poco más en la acción internacional de los Estados Unidos no lo viera así. Los Congresos de la Paz han aportado escaso influjo a la paz mundial. Estando a disposición de los Estados los árbitros de La Haya, se han provocado guerras tan sangrientas como la ruso-japonesa, despojos comos los llevados a cabo por los Estados Unidos con España, acometidas como la de Italia a la

Tripolitania. Yo recuerdo, entre risas y amarguras, el Congreso de la Paz celebrado en Berlín en 1909. Los delegados se reunieron en el soberbio Palacio del Reichstag y ante la asamblea internacional pronunció un discurso el entonces Canciller del Imperio, von Bülow. El Canciller elogió el buen deseo de los congresistas, habló de las excelencias de la paz, pero... acabó afirmando que Alemania, aleccionada por amargas experiencias, no disminuiría sus armamentos, ni dejaría de cumplir su programa naval ni su programa colonial. Y los asambleístas, ante tan poderosas razones, aplaudían... ¡Y era un Congreso de la Paz! En realidad, se hacía un balance del poderío militar de los distintos países allí representados; parecía más bien un zoco en dónde se estuviesen probando las armas *pacíficamente*.

Cuando salí del Reichstag me pareció que la gigantesca estatua de Bismarck volvía por propio impulso la espalda a los congresistas, con un gesto de sincero desdén, e interrogaba a Moltke, que enfrente se erguía esculpido en el hielo de albos mármoles, duro, hierático, como desprendido de una archivolta bizantina.

Los americanos ya saben lo que significa el pacifismo norteamericano y por qué erizan los Estados Unidos con sus cañones las bocas del canal de Panamá.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La novela en la literatura latina.=Enciclopedia: Reliquias de Tolstoi.=Crítica: El humorismo.=Ciencias naturales: Los sentidos de las plantas.=Anecdótica: Los amores de Dickens.=Impresiones y notas: Gœthe artista.—La letra con sangre entra.—La falsa reputación de la cigarra.—Un bohemio de una pieza.—La cautividad de Napoleón III.—Un alma heroica.

LITERATURA

La novela en la literatura latina.—¿Qué puesto ocupaba en las literaturas clásicas la novela, que hoy lo llena todo? Ninguno casi. Entre los griegos, la novela no aparece sino en el último período de decadencia; entonces florece con abundancia; pero entre tantas historias como han pululado en los siglos II al V, apenas se tropieza con una verdaderamente interesante, como dice en la *Grande Revue*, de París, Renato Pichón. Fuera de la pastoral de *Dafnis y Cloe*, alabada con exceso por algún pasaje gracioso, y de las *Aventuras de Teágenes y Cariclea*, saboreadas por Racine no formado todavía, lo demás es un tejido de invenciones inverosímiles, descripciones fastidiosas y madrigales alambicados, sin valor de fondo ni de forma.

Algo más valen las novelas—llamémoslas así—de la literatura latina: el *Satiricón* de Petronio contiene algún episodio de salpimentado realismo, y las *Metamorfosis* de Ovidio y *El Asno de Oro* de Apuleyo encierran algunos cuentos ingeniosos

y pintorescos; pero sin hablar de la asquerosa obscenidad que en esas obras campea, ninguna de ellas responde al concepto que hoy tenemos de la novela. ¿Es que entonces no existían las necesidades que hoy nos hemos creado? Por lo menos, no eran tan precisas ni tan imperiosas, y la poesía las satisfacía en sustitución de la novela.

Para que el género novelesco aparezca, se necesita que exista cierto público, indiferente a las cuestiones políticas y filosóficas, ansioso de novedades, refinado de gusto y suficientemente ocioso para saborear los primores del género; ese público no existe en Roma sino desde los tiempos de Augusto. El primer poeta que en cierto modo puede llamarse novelista es Virgilio. La *Eneida* es un poema épico; pero ciertos episodios pueden estimarse como novelas, y tal sucede con el relato de amor iniciado en el primer libro y terminado en el cuarto, que podría llamarse «La novela de Dido»; un novelista moderno desarrollaría en medio volumen lo que Virgilio recoge en 50 o 60 versos; pero en el fondo, no añadiría nada esencial. Así se comprende la impresión que la lectura de la *Eneida* causó en San Agustín adolescente, y su profunda simpatía por la heroína virgiliana, que tantas emociones le hizo sentir en sus años escolares, a la manera que la lectura de *Werther* impresionó a los adolescentes del pasado siglo y sigue impresionando a los del presente.

Así como la epopeya se aproxima en la pluma de Virgilio al género novelesco, así la poesía elegíaca manejada por Catulo, tiende también a trocarse en novela comprimida; es expresión de afectos personales, lírica; pero se hace poco a poco análisis de esos afectos, pintura objetiva de la vida sentimental, que es la materia propia de la novela, y esa transformación, que se inicia en Tíbulo, se hace más visible en Propercio, y llega en Ovidio a su pleno desarrollo. El amante contemplando a su bella dormida; el amante que gime a la puerta de su amada; el viaje del enamorado o de su amiga; la llegada de un rival; las tablillas perdidas o encontradas; las escenas de

celos y de reconciliación, etc., son episodios obligados de la vida sentimental, que aparecen, se ensanchan y se fijan cada vez más, y dan el esquema de la novela elegíaca latina. Algunos de ellos están tratados con suma gracia, como *El sueño de Cintia*, de Propercio, y el que podría titularse *El despecho amoroso*, del mismo. A veces, Propercio abandona el campo lírico por completo, y expone, no ya sus devaneos, sino las aventuras de sus amigos. ¿No hay una novelita comprimida que podía titularse *Póntico o el indiferente castigado*, en la elegía que dedica al poeta Póntico que no hace caso de los sufrimientos de Propercio? ¿No es un «Don Juan convertido», aquel Galo, seductor profesional, que al fin de su carrera tropieza con una verdadera pasión?

Menos ardiente que Propercio, y presa cuando más de uno de esos caprichos que dejan la cabeza fría y la voluntad libre, Ovidio se encontraba en mejores condiciones para desarrollar un plan novelesco. Él mismo afirma, al principio de su colección de elegías amorosas, que estaba muy apurado para escribirlas por no sentir amor de corazón, y que entonces Cupido le hizo enamorarse de Corina para tener a quien cantar. Pero como un solo amor le parece poco interesante, estima preferible la situación del hombre enamorado de dos a la vez, y aun pareciéndole eso poco, se proclama enamorado de todas, y sienta la teoría de la inconstancia.

Los resultados de la observación psicológica de Ovidio aparecen recogidos en retratos con perfiles medio dramáticos, medio novelescos. En una elegía de los *Amores* hay un retrato de la intermediaria Dipsas acabado; sus zalamerías con la joven a quien quiere perder; sus esfuerzos para arruinar lo que la queda de pudor o de fidelidad; sus astucias para corromperla, por la coquetería, por el interés o por una cínica profesión de inmoralidad, todo ello es del mayor realismo. *El arte de amar* está lleno de bosquejos excelentes: el enamorado listo que disimula sus apetitos tras una amistad platónica; el amante ya victorioso que, para asegurar mejor su poder, im-

pone a su amada los tormentos de la ausencia; el amante viejo, cuya calma y cordura se oponen a la fogosidad del joven como la llama del heno húmedo a la de la madera seca.

El poemita de los *Remedios de amor* deja ver todavía mejor la habilidad de Ovidio para recoger en rasgos vivos los datos de la psicología amorosa. Ovidio posee el sentido de las realidades exteriores tan aguzado como el de las del corazón humano. En sus elegías se estudia el mundo de las carreras, con las inquietudes de las apuestas y las intrigas galantes que en él se inician y traman; los sitios en que se reúne la buena sociedad; los colores de moda de los trajes y cabellos; la preferencia por los peinados en bandas en las mujeres de cara larga y de las trenzas sobre la frente en las de cara redonda; cada elegía es un documento histórico para la Arqueología, y se explica el gusto con que serían entonces leídos, como hoy se leen con avidez las que describen las costumbres de París, Madrid o Viena.

Las dos fuentes de la novela latina, la épica y la elegíaca, las reúne Ovidio en sus *Heroídas*, prestando a sus dioses y a sus héroes del Olimpo y de los tiempos helénicos el mismo lenguaje y los mismos sentimientos de la sociedad en que el autor vivía. En las *Metamorfosis* todo se baraja, lo épico y lo lírico, las descripciones, la pintura de sentimientos y la narración de hechos; Ovidio sigue desenvolviendo las ideas y sentimientos de su época en boca de Júpiter y de los demás inmortales; pero llega en algunos episodios de amor a la nota profunda y hasta trágica, alejándose del tono superficial y ligero que le es característico. El monólogo de Scila, cuando ve la ciudad de su padre Niso sitiada por su amante Minos; la situación de Medea, enamorada del bello Jasón conquistador del Vellocino de oro, son cuadros de admirable sensibilidad.

Hasta en los mismos *Fastos*, a pesar de su carácter histórico, se ve a Ovidio tratando la historia romana como había tratado la mitología griega, mezclando además en ellos buen número de lo que ahora llamamos novelas cortas, trágicas unas

y ligeras otras. Lo que hoy pedimos al género novelesco, claro es que en otra medida y con otro alcance, los latinos lo encontraban en la poesía épica y elegíaca, siquiera fuese en muy pequeñas dosis y sin el desarrollo que hoy tiene en las descripciones, narraciones y diálogos. Allí están los orígenes de nuestro género novelesco y los primeros ensayos que se han hecho en literatura de análisis de sentimientos y de pasiones sin pretensiones de filosofar.

ENCICLOPEDIA

Reliquias de Tolstoi.—E. Halperine-Kamienski, amigo de Tolstoi, ha publicado parte de la correspondencia inédita del gran escritor ruso en la *Grande Revue*, para contribuir al esclarecimiento de su biografía, especialmente del período poco conocido anterior a su apostolado y a su fama mundial, es decir, al que abarca la que pudiéramos llamar primera época de su vida literaria, desde 1851, en que aparece su primera obra *Infancia*, hasta 1876-77, en cuyo tiempo se opera definitivamente la transformación del autor de *Guerra y Paz* y *Ana Karenina* en el de *Religión y Confesiones*. En esa correspondencia con su tía Alejandrina, con su compañero de armas el príncipe Sergio Urusof y con el filósofo Nicolás Strakof, hay multitud de cosas interesantes para los biógrafos de Tolstoi. Pero nosotros, que no nos proponemos aquí reconstituir una vez más esa biografía, sino espigar en el pensamiento de Tolstoi algunos de sus frutos más curiosos, por unos u otros conceptos, para ofrecerlos a nuestros lectores, entresacamos los párrafos que nos parecen de interés más general en esas cartas, ya para la historia del autor, ya para la historia de la época, como documentos vivos de valor permanente.

Estando en Sebastopol, durante el famoso sitio, escribe el 20 de Noviembre de 1857: «El estado de espíritu de las tropas es indescriptible. En la época de la Grecia antigua no ha-

bía tanto heroísmo. Pasando revista a las fuerzas, en lugar de gritarles: «¡Salud a los muchachos!», Kornilof decía: «¡Hay que morir, muchachos! ¿Moriréis? Y todos respondían: «¡Moriremos! Hurra por el General». Y no era efectismo; se veía en el rostro de cada uno que era real, pues ya veintidós mil habían cumplido su palabra. Un soldado herido, casi moribundo, me contó cómo habían atacado a la 24.ª batería francesa, sin ningun refuerzo. Lloraba, sollozaba. «Una compañía de marinos ha estado a punto de sublevarse, porque querían hacerles salir de la batería en la que han pasado treinta días bajo una lluvia de bombas. Los curas (popes), llevando cruces, dan vuelta a los bastiones, y bajo el estampido de los cañones recitan sus plegarias. El 18, en una brigada, hubo 160 hombres heridos que no han abandonado las filas. ¡Qué días tan maravillosos! No he tenido la fortuna de entrar ni una sola vez en fuego; pero doy gracias a Dios por haber visto estos hombres, y haberlos visto en momentos tan gloriosos».

El 18 de Agosto de 1857 escribe a su tía: «En Dresde he tropezado de manera bien inesperada con la señora Lvof. Era para mí el momento más favorable para enamorarme. Perdía a las cartas; estaba descontento de mí, y me aburría (según mi teoría, el amor viene como una necesidad cuando el hombre quiere olvidarse; por eso aparece casi siempre como el sueño, cuando el hombre no está contento de sí mismo o es desgraciado). La señora Lvof es una hermosa, inteligente, honrada y encantadora naturaleza. Yo quería con toda mi alma enamorarme de ella; la veía con frecuencia, y sin embargo, ¡nada! Por amor de Dios, decidme: ¿Soy un monstruo o me falta algo? Yo creo que me falta un granito de fatuidad. Me parece que en la mayor parte de los enamorados, las cosas pasan así: se ven con frecuencia, los dos flirtean, y por último, se persuaden de que están enamorados uno de otro; y luego, como en recompensa de este amor imaginario, se ponen a quererse de verdad. Pero yo, que observo atentamente la mujer con la que empiezo a flirtear, ¿cómo he de poder, viendo la repugnancia que la ins-

piro por toda mi persona, dejarme prender en sus encantadores embustes? Pero ¿a qué santo viene todo esto? Quizá ya es tiempo de no pensar en el postre, de no pensar en platitos de dulce, cuando tiene uno ya los cabellos grises. Doy gracias a Dios por haberme dado lo principal, es decir, la capacidad de amar, aunque, según vuestra opinión, esas sean paradojas, pero esa es la idea que de ello tengo.»

En Abril de 1858 escribe desde Jasnaia Poliana: «¡La primavera! ¡Qué gusto da vivir sobre tierra a las buenas gentes, y aun a gentes como yo! La naturaleza, el aire, todo está saturado de esperanza, de porvenir, de maravilloso porvenir. A veces se equivoca uno, y se piensa que no es solo la naturalezo quien tiene el porvenir, la dicha, sino que también uno espera algo, y se es feliz. Eso es lo que me pasa en este instante, y con mi egoísmo habitual, me apresuro a hablaros de cosas que no interesan a nadie más que a mí. Bien sé, cuando reflexiono sanamente, que soy una vieja patata helada y podrida, y hasta aderezada en salsa; pero la primavera tiene en mí tal influencia, que a veces me sorprendo a punto de soñar que soy una planta que se ha desarrollado hace un momento con las demás, y que crecerá sencillamente, tranquila y alegremente en la tierra de Dios. En esta ocasión pasa en mí tal fermentación interior, una purificación, una coordinación que no se podría imaginar ese sentimiento si no se ha experimentado. Todo lo que está gastado desaparece: las conveniencias del mundo, la pereza, el egoísmo, todos los vicios, todos los lazos vagos y enredados, los disgustos, hasta los remordimientos, todo se borra. ¡Paso a la planta maravillosa que hincha sus yemas y se desarrolla con la primavera!»

Los más interesantes párrafos son los de esta carta, dirigida a su tía el 1.° de Mayo de 1858, y en la que vuelve a tocarse el tema de la primavera, de la anterior: «La primavera llega; se hace bien de rogar, pero llega: por la noche se producen milagros, y cada día hay un milagro nuevo; la víspera no habrá más que una rama seca; de pronto, la rama se cubre de

hojas, y no se sabe cómo. Por el suelo bullen cositas amarillas, azules, verdes, sin que se sepa por qué. Toda clase de insectos vuelan alocados de rama en rama y silban con todas sus fuerzas, sin saberse el motivo. ¡Es maravilloso! En este mismo minuto, unos ruiseñores arman un estrépito de todos los diablos debajo precisamente de mi ventana. Estoy haciendo experimentos con ellos, y figuraos que consigo atraerlos bajo mi ventana haciendo escalas en el piano. Por casualidad he hecho este descubrimiento. Estos días, según mi costumbre, golpeaba la sonata de Haydn en que hay también escalas; de pronto, oigo fuera y en la habitación de mi tía (tiene un canario) un silbido, unos pío-pío y trinos; dejo de tocar, y todo cesa; vuelvo a empezar, y empiezan de nuevo. Pasé tres horas en esta ocupación, con el balcón abierto, la noche templada, las ranas en sus ocupaciones y el vigilante nocturno en las suyas. ¡Es maravilloso!

«Ayer fuí al bosque que he comprado, y que estoy a punto de mandar cortar. En él he visto las hojas de los abedules abrirse y a los ruiseñores volar, sin querer sospechar que estos árboles no pertenecen ya al Estado, sino a mí, y que los van a cortar. Los cortarán, pero retoñarán como antes sin preocuparse de nada. Yo no sé cómo explicar este sentimiento: está uno confuso ante la pretendida dignidad del hombre y la omnipotencia de que tanto se envanece, omnipotencia que traza límites imaginarios, y que, sin embargo, no tiene el poder de transformar el menor grano de arena, y eso en ninguna parte, ni siquiera en sí mismo. En todo hay leyes, leyes que no se comprenden, y dondequiera se siente este freno, dondequiera: *Él*.

»Y aquí llegamos al punto de nuestro desacuerdo respecto a mi relato. Hacéis mal en examinarlo desde el punto de vista cristiano. Mi idea era ésta: tres seres han muerto, una señora, un labriego y un árbol (se trata de *Tres muertos*, publicado en 1859). La dama era indigna y lamentable, porque ha estado mintiendo toda su vida, y miente en el momento de su muer-

te. El cristianismo, tal como ella lo comprende, no resuelve para ella el problema de la vida y de la muerte. ¿Por qué morir cuando se quiere vivir? Ella cree en la promesa de otra vida por la imaginación y por el espíritu, mientras todo su sér se subleva porque no conoce, fuera de su falso cristianismo, otro consuelo. Por eso es indigna y da lástima.

»El labriego muere en paz, y precisamente porque no es cristiano. Su religión es otra, aunque por costumbre observe el culto cristiano; pero su religión es la naturaleza en medio de la cual vive. Con sus propias manos corta los árboles, siega las espigas, guadaña la hierba, mata unos carneros y cría otros, como los niños vienen al mundo, y los viejos se mueren; conoce esta ley de la naturaleza, y jamás se ha apartado de ella como la señora; él la mira sencillamente cara a cara. «¡Un bruto!» decís. ¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo en ello? Un bruto es la belleza y la felicidad, la armonía con todo el universo, y no una disonancia como la señora.

»El árbol muere con calma, franqueza y belleza; con belleza, porque no miente, no hace muecas, no teme, no se lamenta. He ahí mi pensamiento, con el que seguramente no estáis conforme, pero que no se puede discutir. Está en vuestra alma como en la mía. No os desesperéis por eso, abuela. Siento en mí el sentimiento cristiano en el más alto grado; lo siento y me es muy grato sentirlo. Es el sentimiento de la verdad y de la belleza, mientras el otro es un sentimiento personal, el del amor y la paz.»

CRÍTICA

El humorismo.—*La Revue*, de París, ha tenido la buena idea de averiguar lo que es el *humour*, ese «problema más angustioso que el de la gravitación universal»; verdadero «cuadrado de la hipotenusa de los críticos literarios», y para ello se le ha ocurrido consultar a los más célebres humoristas de Francia, Alemania e Inglaterra.

Ante algunos resultados de esta información, no puedo menos de recordar aquel redactor del *Diario Universal*, de Madrid, que hace años visitó al embajador de Francia en esta corte para obtener de él algunas noticias, y que nos dió el fruto de su conferencia nada menos que en un folletín, para fijar bien la atención del público. ¡Qué conferencia y qué visita! ¡La plancha de las planchas! El embajador dió bonitamente con la puerta en las narices al periodista sin decirle nada ni hacerle el menor caso, y el periodista hilvanó su artículo y nos lo hizo tragar con la mayor frescura. Tres o cuatro columnas de amazacotada prosa para no decir nada; ¡peor todavía!, para poner al descubierto su falta de tacto y diplomacia, pues había ido por uvas y volvía sin ellas.

Algo de esto le ha ocurrido a *La Revue* con algunos consultados. Pero, ¡vamos!, otros han estrujado el ingenio, y algo ha salido de provecho en conjunto, aunque no tanto como fuera de desear, pues entre las calladas por respuesta de unos, las respuestas negativas de otros, las evasivas de éstos y las incongruencias de aquéllos, nos quedamos casi peor que estábamos antes de la información. Porque antes sabíamos por Taine que el humorismo es «la broma del hombre, que al bromear conserva la gravedad de su rostro», y ahora, ahora, ¡vean ustedes si hay que alambicar para reconstituir, con los datos aportados por unos y otros humoristas, lo que es el humorismo!

Jorge Bernardo Shaw, el hombre más representativo de la literatura inglesa contemporánea, dice sencillamente que «el *humour* no puede definirse; es una sustancia primaria que nos hace reir»; añadiendo que «tanto valdría tratar de probar un dogma». ¿Eh? y el periodista se traga la píldora y nos la pasa para que la digiramos, haciéndose la ilusión de que la respuesta tiene miga y no suena a hueco.

El segundo de los consultados, Jerónimo K. Jerónimo, que ha sido maestro de escuela, actor, periodista, director del *Idler*, del *To-Day*, y por último, novelista (en todas partes cuecen habas), y que hoy es uno de los profesionales del *humour* más

queridos en Inglaterra, como si dijéramos un fabricante de gracia, que es el avatar democrático del bufón de las antiguas cortes, se descuelga con esta contestación: «No pienso que el humor pueda ser explicado». Luego recapacita, y añade: «Yo lo definiría de buena gana... lo que nos choca por su gracia.» ¡Algo es algo!

Otro prójimo, que tiene por misión hacer reir a los espectadores londoneses, Carton, toma en serio no sólo la consulta, sino su oficio mismo de cosquillero, y nos endilga una filosófica perorata sobre el humorismo, «que crea y alimenta la hilaridad del mundo»; sobre lo que sería nuestra existencia sin la risa, que es el mejor desinfectante contra el suicidio, y sobre su única ambición, la de ostentar en su pecho la cruz de la Legión de Honor. ¡Ese Carton es un guasón!

Israel Zanwill, el célebre profesor periodista, ha confiado al telégrafo su respuesta, no sabemos si por afán de laconismo o por temor de no llegar a tiempo a la información, y ha soltado la definición siguiente: «El *humour* es la sonrisa en la mirada de la cordura» (*sagesse* ,dice el original, tómenlo ustedes en el sentido de *cordura*, o en el de *prudencia*, *sabiduría* u otro semejante). El redactor consultante califica la respuesta de «elocuente y verdadera».

Pett-Ridge dice que no acierta a definir el humorismo, y que, entre ellos, el método más moderno consiste en burlarse de los héroes de novela más bien que en reirse con ellos, y que el *humour*, o va derecho al fin o se queda completamente sin efecto. La cosa, como se ve, es oscura, y lo único claro es que cada país tiene su humorismo especial.

Anstey Guthrie, otro maestro en la materia, da sin confianza la definición de que el *humour* es «una deliciosa concepción de lo incongruo», y duda que cada país sepa apreciar bien el humorismo de otro país.

Courtney se pone grave y demuestra condiciones de analista no despreciable. «Se ha sostenido—dice—que la gracia (el *esprit*) es característica de las razas latinas y el *humour* de

las nórdicas (anglo-sajonas o escandinavas), y eso no es exacto.» La gracia es la efervescencia de un carácter ligero, el florecimiento de una cultura refinada; el *humour* es propio de un temperamento más moroso, a veces más profundo; es una concepción de la tragedia del universo que, tragedia para el que siente, tiene su lado de comedia para el que piensa.

Owen Seaman, el director del famoso *Punch*, estaba llamado a dar su opinión, y la da diciendo: «El *humour* se basa en el contraste, en la incongruencia del espíritu o en un sentido bastante subjetivo de la superioridad. Hay el *humour* de los hechos o de las ideas, común a todos los pueblos, y el de la forma o expresión, que difiere según las razas. En América se caracteriza por tres tendencias: 1.ª La exageración. 2.ª La supresión de uno de los elementos en el encadenamiento de los hechos. 3.ª La riqueza pintoresca de las metáforas. En Inglaterra se caracteriza por el empleo de lo sobreentendido, y como medio de expresión por lo grotesco.

Alberto Engstrom dice que el *humour* es una cualidad del espíritu, que no tiene necesidad de expresión visible o tangible. El humorista está siempre contento de la existencia, y por lo tanto, no puede ser pesimista. En la sátira y en la ironía puede haber *humour*, pero en el *humour* no hay sátira ni ironía.

Tomás Mann, alemán, dice que «la palabra *humour* significa lo contrario de *sequedad*», y que se la honra mucho ateniéndose a esta definición. El conde de Baudissin, alemán también, dice que sin sátira no hay *humour*, pues el *humour* sin sátira se convierte en chiste inofensivo, y la sátira sin *humour* no es más que una caricatura. No cree que el humorismo haga carrera en Alemania, porque Alemania sigue siendo el país de los filósofos, más admirados cuanto menos se les comprende. El alemán, en el dominio espiritual, adora también la carne salada y la *choucroute*.

Los humoristas franceses, sometidos a la consulta, no están más de acuerdo que los ingleses. Alfredo Capus dice que

la risa francesa tiene más profundidad que lo que parece, y no es la risa de una raza particular, sino «de cierto piso de la especie humana». Tiene su fuente en la ironía y la amargura, y fluye en Rabelais y en Molière como cosa natural.

El *humour*, dice Julio Claretie, es la fantasía; en el extranjero se dice que es el ingenio. Es una especie particular de ingenio, algo extrañamente guasón, amargo, alado y a veces barroco. El *humour* es el humor, es decir, el buen humor, regado, no con vino claro, sino con whysky o cerveza.

Emilio Faguet ha creído saber que el *humour* era el arte de decir cosas cómicas con imperturbable sangre fría. Pero desde que ha leído muchos gruesos volúmenes ingleses sobre el *humour*, se ha quedado sin saber lo que es. Siempre pasa lo mismo. Cuando piensa uno quedarse sin saber lo que es una cosa, no hay sino estudiarla.

«La ironía es la base del *humour* — contesta Roberto de Flers.—En lugar de enfadarnos, tratamos con ironía; es nuestra manera de poner a cada cual en su sitio y de hacer comprender cómo juzgamos su conducta.»

Cuando hayamos dicho que el *humour* es el arte de las antítesis cómicas, el del símbolo en la ironía, de la alegría en la seriedad, de la gravedad en la sonrisa, de la poesía en la farsa, de la pirueta en la filosofía; cuando hayamos dicho también que es un elegante derroche de observación en que se pone el juego burlesco y socarrón de las palabras al servicio de un pensamiento melancólico, estoico y a veces justiciero; cuando hayamos agregado que no es la sonrisa, ni la gravedad, ni el estoicismo, ni nada semejante, siendo, sin embargo, algo particularísimo muy perceptible, ¡bastante habremos adelantado! ¡Saboreemos el *humour* y no nos metamos a escrutar su química! Y así habla Kistemaeckers.

El humorista es en el fondo un melancólico que sonríe. Eso es lo que puede sacarse de la media página que dedica Enrique Maret a decir que le ponen en grave apuro con la pregunta.

Max Nordau lo toma en otro tono que nos deja sumidos

en la mar de confusiones: «El *humour,* dice —y quiero citarlo textualmente, pues Max Nordau se nos pone muy grave tratando del humorismo,— ve y muestra todas los debilidades y todos los desfallecimientos de que la carne es heredera; pero siente los dolores y los cuidados que juzga mezquinos atendiendo a la eternidad, y que pueden parecerle chuscos estimándolos fútiles. Es la forma más elevada de la concepción artística, porque apreciamos en él la gloriosa victoria del espíritu sobre la materia, de la comprensión sobre la sensación. Rendimos homenaje, en el humorista, al alma heroica que tiene la fuerza de observar con sangre fría su propio sufrimiento, de evaluar en su flaco valor su propio destino caduco y evanescente, y de sonreir como con mueca de polichinela de la contracción involuntaria de su propio rostro en su propio dolor.» ¡Y nada más! ¿Eh? No sabe uno si Max Nordau está hablando a lo San Simeón Stilita o a lo Mark Twain. Pero, por lo menos, hemos sacado de su parrafito el adjetivo *evanescente;* ¡me ha gustado la palabrilla!

Un escritor que se llama Tristán de nombre y Bernardo de apellido, estaba predestinado a ser humorista. Y así ha sido; y en su respuesta encontramos una de las más acertadas observaciones, no decimos definiciones, sobre el humor. «Desde mi infancia—dice, aunque lo pone en boca de un amigo—me acostumbré a contar sencillamente lo que veía, sin reticencias, y a pensar libremente, sin prejuicios. No podía figurarme que fuera a dar que reir a las gentes; creía ser sincero, y nada más, pero parece que resultaba gracioso. Estuve creyendo mucho tiempo que se burlaban de mi, mientras ellos creían que era yo quien me burlaba de ellos. Caí en la cuenta, y, naturalmente, me aproveché de la situación; las circunstancias me imponían la carrera de la guasa, y obedecí á las circunstancias. Había sido gracioso sin pretenderlo, y traté de seguir siéndolo; pero no he tenido en esto tanta fortuna: la gente reía menos. He vuelto a mi ingenuidad primera, y ahí está el secreto del *humour.*»

Al articulista de *La Revue* no se le ha ocurrido consultar ni a Tartarin, ni a Panurgo, ni siquiera a un andaluz cualquiera de Sevilla o Málaga. ¡Es lástima! ¡Es mucha lástima que los escritores franceses actuales, por su afán de exotismo, se empeñen en hacer tragar a su público, y, lo que es peor, a los papanatas del público cosmopolita que les oye, un día a Nietzsche, otro a Ibsen y otro a los humanistas ingleses, tocando el bombo y golpeando los platillos hasta llamar la atención y distraer a la clientela propia para llevarla a la tienda del vecino. ¡El *humour* inglés! ¡Como si no hubiera más *humour* en Paul de Kock o en Daudet que en todas las novelas inglesas juntas! ¡Las ocurrencias de Mark Twain! ¡Como si en cualquier mesa de café del barrio latino, de la Cannebière, de la Puerta del Sol o de la calle de las Sierpes no se derrochara más gracia que en todas las obras del gracioso yanki! ¿Qué es el *humour,* en definitiva, sino la guasa andaluza diluída en la bruma pesada del Támesis? ¿Qué es sino el *Jerez* convertido en *Sherry* y regando macizos trozos de sanguinolentos *beefsteaks* transformados en *bisteks* delicados?

CIENCIAS NATURALES

Los sentidos de las plantas.—Por poco que se trate a las plantas con el microscopio—dice Enrique Coupin en *La Revue,*—pronto se convence uno de que gozan de verdadera vida sensorial, imperfecta desde luego, pero no inferior a la de los pólipos y los amibios. Tomad, por ejemplo, la elodea del Canadá, planta corriente de agua dulce de nuestros acuarios, donde vive hasta sin raíces; quitadle una hoja delicadamente con unas pinzas, y examinad al microscopio en una gota de agua; veréis células algo alargadas, en las que hay numerosos cuerpos verdes redondeados, los granos de clorofila. Todo está inmóvil; pero a los cinco, a los diez, a los quince minutos cuando más, todo se pone en movimiento, lento al principio y acele-

rado después: los granitos parecen deslizarse en fila a lo largo de la pared, volviendo, a los dos minutos primero y a un minuto después, a su punto de partida. Es un espectáculo curioso el de todos los granos girando en cada célula, sin sincronismo entre los de unas células y otras, unos yendo a la derecha, otros a la izquierda; éstos con rapidez, aquéllos con lentitud. Es un desorden completo: el protoplasma (la parte activa de la célula, la que impulsa los granos) parece enloquecido por la amputación sufrida por la hoja; ha *sentido* la herida y expresa el dolor a su manera. Esta sensibilidad permite a las plantas apreciar en cierto modo el mundo exterior, y no otra cosa hacen los sentidos en la más amplia acepción de la palabra.

El sentido más desarrollado, según Coupin, es el de la *vista,* que les permite percibir la luz, pero no los objetos, como sucede a los gusanos, las ostras y el coral. El heliotropismo lo demuestra: la planta reacciona a la luz, luego percibe la luz. Y es más: hasta la raíz tiene esa sensibilidad, sólo que en sentido opuesto, pues si el tronco busca el lado de la luz, la rama huye de él. Por la noche las hojas duermen, es decir, cambian de posición; por el día se disponen a recibir los rayos luminosos perpendicularmente a su posición, y por la noche al contrario, como puede verse en las capuchinas. Tómese, por ejemplo, agua verdosa de un arroyo, y échese en un tubo de cristal recubierto de negro de humo; quítese el humo en cualquier sitio, escribiendo, por ejemplo, un nombre, y póngase el tubo al sol; a las pocas horas, límpiese por fuera el tubo, quitándole todo el negro, y se verá el nombre que se dibujó, escrito en letras verdes en el interior: son las algas, que han ido buscando la luz, aglomerándose donde la había y dejando trazado el dibujo con su propia aglomeración.

Otro sentido no menos desarrollado en las plantas es el del *tacto,* siendo el caso más conocido y evidente el de la sensitiva; se ha supuesto que el agua, al contacto, se retira hacia el tronco y produce la depresión de los órganos foliares; puede ser, pero el hecho es que la planta ha sentido el contacto, y

eso es lo que se llama tacto en los animales. Otra planta, también muy sensible, es la dionea atrapamoscas; en ella el sentido del tacto está más localizado que en la sensitiva, pues reside en uno de los tres pelos del centro de la doble hojita en que queda cogida la mosca al tocarlos. Véase, por otra parte, el zarcillo de las vides y de los melones; mientras no tropiezan con nada, van derechos; pero en cuanto tropiezan con algo, con una rama ó una cuerda, se arrollan en espiral a ella; el contacto les produce ese efecto. En las flores se observan también multitud de fenómenos táctiles: tóquese con la punta de un alfiler un estambre de parietaria, y se verá cómo en el acto los estambres se estiran como un resorte, lanzando su polen en derredor.

El mismo sentido del *gusto* existe positivamente en ciertas plantas, como en las algas, por ejemplo. Si en el agua en que viven se echan, por ejemplo, partículas de diversas especies, se verá que sólo se asimilan algunas, pasándose a su superficie, y abandonando todas las demás. ¿Qué es el gusto sino la capacidad de percibir el sabor de los alimentos y la facultad consiguiente de elegir los más adecuados? Si en una hoja de drósera se pone un insecto o una pizquita de carne, los tentáculos de la hoja palpan y se agitan, lo que no sucede si se pone un cuerpo mineral.

Otro sentido, en fin, especial de las plantas es el de la *dirección en el espacio,* que los fisiólogos llaman *geotropismo.* Colóquese una raíz tendida en el suelo, y se la verá dirigirse hacia tierra; hágase lo mismo con un tronco, y se verá que se dirige hacia el cielo; cada parte busca su posición natural.

ANECDÓTICA

Los amores de Dickens.—Los biógrafos de Dickens no han hablado de sus amores. ¿No los tuvo? Hervier, en el *Mercure de France,* dice que sí, y hace remontar nada menos que a la

edad de cinco años los primeros. Entonces tenía Dickens de compañera de juego una linda niña rubia, Lucía, de magnífica cabellera de oro. Esta niña impresionó de tal modo al futuro escritor que jamás llegó a olvidarla, haciéndola figurar con sus rubios cabellos en cinco de sus novelas. Más tarde tuvo por amigo a un empleado de Banco, Kolle, que tenía relaciones con la hija de un banquero; otro amigo era novio de otra hija del mismo, y Dickens estaba tan desconsolado con su soledad, que los dos amigos le presentaron en casa del banquero, donde se enamoró de la tercera hermana, María Breadnell.

El profesor Jorge Pierce Baker, de la Universidad de Harvard, ha publicado un folleto en el que figura parte de la correspondencia de los dos enamorados; de ella se deduce que *David Copperfield* es una verdadera autobiografía, y que la Dora Spenlow de esa novela y la Flora Finchig de *La niña Dorrit* están inspiradas en María Beadnell; ésta tenía diez y nueve años y Dickens diez y ocho; María era ligera y coquetilla y, aunque prestaba oídos a Dickens, no le quería realmente; la familia tampoco le aceptaba al verle sin colocación, y los novios tuvieron qne romper. María fué enviada a París para completar su educación y, tras algunas cartas que todavía se cruzaron, la ruptura fue definitiva, cuando Dickens se convenció, por lo frío de una de las respuestas que recibió, de que era inútil seguir aquellas relaciones.

En 1836, Dickens, que era reporter escenógrafo de la *Evening Chronicle*, se casa con la mayor de las tres hijas del redactor jefe, Hogarth. Ya empezaba a tener renombre, gracias a sus *Sketches* del *The old monthly Magazine* y de la *Evening Chronicle*, pero su reputación llegó al éxito con la publicación de su primera novela *Pickwick*. El matrimonio se había llevado a la más pequeña de las tres hermanas Hogarth, María, una adolescente cuyo carácter se armonizaba perfectamente con el de Dickens; María era su confidente, su musa, su consuelo; con ella hablaba de sus sueños y de su porvenir; era ella el corazón que todo escritor necesita a su lado para desahogarse y ser

comprendido, y a ella, mejor que a su mujer, confiaba sus planes y consultaba sus trabajos. Pero una noche, el 7 de Mayo de 1837, fueron al teatro, y a la vuelta, la pobre joven, de diez y siete años, se sintió enferma y murió a las pocas horas. Dickens no se consoló nunca de aquella desgracia; era la alegría de su vida que se alejaba, un amor puro, desinteresado, formado por la armonía de dos caracteres, el que se iba; María Hogarth es la pequeña Neil que figura en el *Almacén de antigüedades*. El interesante *Pickwick*, que salía por entregas, quedó en suspenso varias semanas, a pesar de las protestas de los lectores. Todavía pasados cinco años era tan vivo el recuerdo de la difunta que, estando Dickens para marcharse a América, tuvo que asistir a los funerales de su cuñado y acompañar su cuerpo al cementerio para que le enterraran en la tumba de familia, al lado de su hermana, y fue tal la impresión que recibió, que dice: «No puedo expresar el dolor que sentí a la idea de que otro y no yo fuera llamado a compartir la tumba de María; habría querido desenterrarla y esconderla en los meandros de las catacumbas, donde nadie más que yo hubiera podido encontrarla; el deseo de ser enterrado junto a ella es todavía vivísimo en mí, después de cinco años de intervalo, y sé que este deseo subsistirá siempre, porque nadie podría describir el afecto que tenía a esta niña. ¡Oh! Si fuera posible, quisiera hacerla sacar de allí, aunque comprendo que sus hermanos, sus hermanas y su madre tienen más derecho que yo a dormir junto a ella.»

La otra María, la Beadnell, se había casado nueve años después que Dickens en 1845, con Enrique Luis Winter. Diez años después, cuando Dickens era célebre, recibió una carta suya que le causó gran placer; contestó con cierta pasión, recomendándola que leyera *David Copperfield*, donde podría reconocerse en Dora, y con este motivo siguió adelante la correspondencia, hasta que llegaron a verse de nuevo. ¡Qué desencanto! Aquí de Campoamor:

—¡Dios mío! ¿Y éste es aquél?
—¡Santo Dios! ¿Y ésta es aquélla?

Dickens cuenta la impresión en *La niña Dorrit*, haciendo Flora de María: «Flora, que había sido siempre esbelta, se había puesto gorda, demasiado gorda, inmensa... Pero no era eso todo; Flora, que él había dejado bella como un lirio, se parecía ahora a una peonza... Pero no era esto todo; Flora, que en otros tiempos parecía siempre inspirada en sus palabras y en sus pensamientos, era ahora confusa y estúpida. Eso era algo; pero Flora, frívola e ingenua de joven, quería seguir siendo ingenua y frívola pasados los cuarenta; y eso fué un golpe fatal.» Tan fatal, que cuando María volvió a escribir a Dickens éste le contestó con frialdad y acabó por no contestarla.

¿Con quién sustituir a su cuñadita María? Con otra cuñada, la segunda de las hermanas, Jorgina, pues con Kate, su mujer, no congeniaba. Era una buena esposa y una buena madre, pero vivía en otro mundo que el novelista; eran caracteres que no podían entenderse, y Dickens, como todo escritor, necesitaba a su lado alguien que le comprendiera. La incompatibilidad llegó al extremo de la separación: en 1858 Dickens quería fijarse en Gad's Hill, porque decía que en Londres no podía trabajar, y la señora se opuso resueltamente, diciendo que estaba demasiado encariñada con Londres para irse a vivir al campo. Dickens se fué a Gad's Hill con su hija y su cuñada. Y así siguieron hasta que Dickens murió en 1870, siendo sus últimas palabras para Jorgina, a quien nombró su ejecutora testamentaria, dejándola un legado de 200.000 francos, todas las joyas y todo el mobiliario de su casa. A pesar de esto, todos cuantos han conocido a Dickens reconocen que fué un hombre honestísimo, y que su amor a sus cuñadas fué un afecto puro y casto.

IMPRESIONES Y NOTAS

GŒTHE, ARTISTA.—Pocos saben que el autor del *Fausto*, del *Zorro* y de *Werther* era también algo más que un simple aficionado a las Bellas Artes. Gœthe, desde niño, cultivó el dibujo, y más tarde, durante el período de sus estudios universitarios, procuró compartir sus trabajos de clase con las sesiones de la Academia de Pintura; tal era su afición, que, según dice G. Raphael, en *L'Art et les Artistes*, llegó a vacilar algún tiempo entre la Literatura y la Pintura. Al fin venció la primera, pero no sin que Gœthe dejara por completo la segunda, como lo demuestran numerosos trabajos, piadosamente recogidos por sus admiradores en la *Gœthe-Haus*, de Weimar.

Gœthe, aunque educado en los principios del arte clásico y académico, se sentía atraído por la pintura holandesa, buscando en sus cuadros, ante todo, el detalle íntimo y pintoresco; gustaba del paisaje, pero animándolo siempre con una habitación, con un personaje cualquiera que le diera animación y vida, pues la naturaleza muerta no le seducía. Más tarde, después de visitar Italia, tuvo otra orientación, trabajando con empeño y regularidad, como si realmente hubiera pensado en hacerse pintor de profesión, y regresando a Weimar encantado con el clasicismo.

Nunca, sin embargo, se entregó de lleno a la Pintura, convencido, sin duda, de no poder dominarla hasta el punto de llegar a ser en ella lo que era en Literatura. Su afición, no obstante, era grande, y en su vejez llegó a fundar una revista, *Arte y Antigüedad*, que dirigió hasta su muerte, publicando, además, en 1821, un álbum con los mejores trabajos suyos de este último período. En él se ve la seguridad de mano y la habilidad técnica que poseía, y que quizá le hubieran hecho llegar a ser un gran artista si se hubiera consagrado exclusivamente al cultivo de estas aficiones.

*
* *

La letra con sangre entra.—Este antiguo refrán, que ninguno de los jóvenes de la actual generación conoce más que de oídas, es todavía una realidad, y constituye parte integrante del sistema de enseñanza de... ¿de dónde había de ser? de la culta, de la civilizada, de la humanitaria, pero también de la tradicional y práctica Inglaterra.

Según dice en *La Revue* L. Chevalier, en las escuelas de Londres no sólo no se han suprimido los castigos corporales, sino que han sido perfeccionados. En algunos establecimientos de enseñanza de primer orden se utiliza al efecto, para aplicar la pena de azotes, un látigo mecánico que golpea al paciente con más o menos fuerza, según la gravedad de la falta, gracias a un ingenioso mecanismo. Lo más curioso es que a este azotador automático va unido un fonógrafo que, durante el castigo, pronuncia con voz terrible versículos de la Biblia y máximas morales, con el doble objeto de hacer comprender al paciente sus deberes y de ahogar sus gritos y quejas.

Si esto no es poner la civilización al servicio de la barbarie, que venga Dios y lo vea. Sólo falta al aparatito educador, un último perfeccionamiento: el de lanzar chispas eléctricas entre estallidos de truenos, como si fuera el propio Jehová desde la altura del Sinaí el que hablara a la criatura castigada; el recuerdo sería indeleble. Si en España hiciéramos algo semejante, ¿qué se diría de este país de la Inquisición y de los toros? Pero «unos cardan la lana y otros llevan la fama», que dice otro de nuestros refranes.

***

La falsa reputación de la cigarra.—Las *Costumbres de los insectos,* del ilustre naturalista Fabre, están llenas de observaciones tan curiosas como exactas; literato y hombre de ciencia, le sublevan las imágenes falsas, las leyendas sin fundamento, las reputaciones caprichosamente formadas, las calumnias lanzadas por el vulgo o por los poetas contra los po-

bres insectos. ¿Quién no conoce la deliciosa fábula de La Fontaine *La Cigarra y la Hormiga*? Nada hay en ella de verdad: ni la cigarra es una cantarina imprevisora, ni pide nada a la hormiga.

«La cigarra—dice Fabre—sufrirá siempre hambre cuando vengan los fríos, aunque no haya cigarras en invierno; pedirá siempre la limosna de algunos granos de trigo, alimento incompatible con su delicado chupador; como una mendiga, irá siempre pidiendo moscas y gusanos, cosa que no come nunca. La verdad rechaza como invención insensata todo lo que nos cuenta el fabulista. Que a veces haya relaciones entre la cigarra y la hormiga, nada más cierto; sólo que esas relaciones son precisamente al revés de como nos las cuentan. En ningún tiempo va la cigarra a quejarse de hambre a las puertas de los hormigueros, prometiendo lealmente devolver el capital con sus réditos; todo lo contrario, la hormiga es la que, apremiada por la necesidad, implora a la cantante, ¡qué digo implora!, empeñarse y devolver no entran en las costumbres de la ladrona, explota a la cigarra, la desvalija descaradamente. En Julio, en las sofocantes horas de la siesta, cuando la plebe insectil trata en vano de aplacar su sed en las flores medio secas, la cigarra se ríe de la carestía general. Con su pico, fina barrena, agujerea una pieza de su bodega inagotable; establecida siempre cantando, en una rama de arbusto, agujerea la corteza firme y lisa, hinchada por una savia madurada al sol; con el chupador metido en el orificio de salida, la cigarra bebe deliciosamente, inmóvil, recogida, entregada por completo a los encantos del jarabe y de la canción. Entonces acuden en tropel las sedientas, avispas, moscas, forfículas, esfex, pompilios, cetonias y hormigas sobre todo; todas vienen a chupar el líquido extravasado; y pronto las hormigas acometen a la cigarra, obligándola a dejarlas el campo libre. El pedingon sin delicadezas que no retrocede ante la rapiña, es la hormiga; el artesano industrioso que reparte gustoso lo que tiene con el que sufre, es la cigarra.

¡Una leyenda más desmoronada! Pero ¿qué harán ahora los *Cigaliers*, que habían adoptado precisamente su nombre de cantores haraganes e imprevisores, fundados en la reputación fabulosa de la cigarra?

***

Un bohemio de una pieza.—Hay bohemios de nacimiento como los gitanos, bohemios de circunstancias como los desafortunados, bohemios de ocasión como los golfos, y bohemios de vocación como ciertos poetas a lo Verlaine. Uno de estos bohemios fué el poeta Alfredo Poussin, un «pobre diablo» como él mismo se llamaba, famélico sempiterno que tuvo cien ocasiones de poder aceptar una vida regular, y que prefirió siempre vivir al día sin tener que comer, por pereza de voluntad invencible.

En *L'Intermédiaire* encontramos una de las pruebas de ese estado de alma bohemia, que demuestra a la vez el ingenio del poeta y su despego por todo plan de vida regular. Son dos cartas: una de Poussin al gobernador de París, Poubelle, su paisano, y la respuesta de éste. Helas aquí:

«París, 29 Setiembre 1892.—Sr. Prefecto: Había una vez un pobre poeta normando (del Liceo de Caen) que poseía por toda fortuna cien ejemplares de un volumen de versos que acababa de publicar.—El soñador se dijo una mañana: «Tratemos de sacar partido de ellos; hagamos como el tendero de la esquina, que después de haber fabricado su mostaza, busca colocación para ella. Sus amigos, por de pronto, le compraron sus versos, y algunos fueron hasta bastante generosos, lo que le permitió pagar su cuarto y comer casi como todo el mundo. Había sufrido mucho el pobre diablo; testigo, estos cuatro versos:

He vivido siempre al azar
sin un cuarto, con la boca abierta,
encerrado en las calles del lugar
sin hallar tras de mí ninguna puerta (1).

(1) J'ai vecu longtemps au hasard—sans un sou, bayant à la nue;—ne pouvant entrer nulle part,—j'étais prisonnier dans la rue.

»Un día que ya no tenía nada que llevarse a la boca y no conocía ya a nadie a quien dirigirse, se le ocurrió enviar su obra a varios compatriotas suyos que ocupaban alta posición en la ciudad, y eligiendo un ejemplar de sus *versiculitos*, escribió en el sobre el nombre siguiente: «Sr. Poubelle, Prefecto del Sena.» Llevó su libro a la dirección, y hecho esto, esperó con confianza: *Habent sua fata libelli*. Dignaos aceptar, Sr. Prefecto, el homenaje de mi profundo respeto.—*Alfredo Poussin.*

A los ocho días recibió la respuesta siguiente: «Muy señor mío: He recibido con su carta el volumen de versos que se ha dignado usted ofrecerme, y que le agradezco. Los versos me han gustado: su arrogante acento y su dolorosa sinceridad me agradan. Sin embargo, celebraría mucho poder ayudar a usted a dirigir sus sueños por regiones menos desoladas; me parece que el poeta que hay en usted no perdería nada con poder bajar a tierra, por lo menos a las horas de comer. Permita usted que me inscriba de antemano entre los suscritores de su próxima colección, y le dé pruebas menos fugitivas del interés que me inspira. Reciba usted mis más afectuosos cumplimientos.—*Poubelle.*

A pesar de tan afectuosa carta, Poussin no dió un paso siquiera para utilizar los ofrecimientos de Poubelle. Quería, sin duda, y lo comprendemos, que se le buscara, que se le impusiera la aceptación del favor. Era un bohemio de vocación.

Esta carta nos recuerda otra, mucho más delicada, de un poeta más equilibrado, Pedro Dupont. Llegó de Lyón a París, y se presentó en casa de Víctor Hugo; el gran poeta, atareadísimo, no pudo recibirle; Dupont emborronó una hoja de su cuaderno de apuntaciones, y la pasó al autor de *Los miserables*. La hoja decía así:

Si tú vieras una anémona
secarse, pronta a morir,
pedirte una gota de agua
de limosna por vivir;

o bien una golondrina
en tarde de invierno ir
a tu vidriera pidiendo
asilo donde dormir...
flor y pájaro hallarían,
agua y asilo feliz.
¿Por qué no ser yo ¡oh poeta!
pájaro o flor para ti? (1)

Los versos del desconocido Dupont impresionaron a Víctor Hugo, que contestó con otros no menos delicados, y Dupont fué amigo del grande hombre.

***

La cautividad de Napoleón III.—El barón Verli, coronel de los Cien-Guardias, había dado a conocer, en sus *Recuerdos,* algunos pormenores sobre la cautividad de Napoleón III en el castillo de Wilhemshohe, después de la catástrofe de Sedán; con ellos había despertado el apetito a los aficionados a este género de estudios, sin satisfacerlo por lo escaso de sus noticias. El general, conde de Mons, gobernador de Cassel y *carcelero* del Emperador en Wilhemshohe, ha publicado a su vez otros *Recuerdos,* en los que cuenta día por día toda la historia de la cautividad, con gran contento de los historiógrafos.

De ellos sacamos un recuerdo que revela hasta qué punto se hacía Napoleón la ilusión de volver a ocupar el trono, suponiendo que Prusia había de tratar, no con el Gobierno del 4 de Setiembre, sino con él, Napoleón, emperador siempre, aunque vencido, destronado y prisionero.

(1) Si tu voyais une anémone—languissante et prête à mourir—te demander comme une aumône—une goutte d'eau pour fleurir;—si tu voyais une hirondelle—un jour d'hiver te supplier,—á ta vitre battre de l'aile—demander place à ton foyer—l'hirondelle aurait sa retraite—l'anémone sa goutte d'eau.—Pour toi, que ne suis je ¡oh poète!—ou l'humble fleur ou l'humble oiseau?

Era durante el invierno de 1870 á 71 cuando los prusianos tenían sitiado a París, y el Emperador, cautivo con los personajes de su séquito, llevaba la mejor vida posible dentro de su situación. El Emperador escribía y fumaba, y de sobremesa, tras una comida «regiamente servida», bromeaba sobre las ratas «soberbiamente aderezadas» con que los parisienses sitiados tenían que regalarse. Hablando de las dificultades en que se encontraba el rey Amadeo en España, el prisionero del rey de Prusia decía: «No quisiera yo estar en su lugar.» ¿Le parecería preferible su situación?

Otro recuerdo curioso se refiere al mariscal Bazaine. Algunos días después de la llegada de Bazaine cautivo a Cassel, se reunió con él su mujer con sus dos hijos; la mariscala no tardó en dar a luz, y a fin de que el nuevo vástago no quedara privado ni aun en la cautividad de la ventaja de nacer en tierra francesa, Bazaine hizo llevar de Francia a Cassel varios sacos de tierra que se echó debajo de la cama de la parturienta, así como debajo de la cuna del niño.

***

Un alma heroica.—Con este título ha publicado Pedro Berton, en *La Revue*, sus memorias, en las que tropezamos con unas páginas conmovedoras sobre el matrimonio y los últimos años de Glatigny. Ese matrimonio se verificó el 11 de Febrero de 1871; en Junio del mismo año acababa de instalarse Berton en París, después de la tormenta de la invasión, cuando una mañana le sorprendió Glatigny con su visita.

«Cuando me hube desprendido de su abrazo, dice, vi tras él de pie, tranquila, sonriente, esperando a ser presentada, una joven sencillamente vestida, pero con gusto, en quien adiviné, a la primera ojeada, la «queridísima Emma». Iba, pues, a poder satisfacer mi curiosidad, a juzgar a la señora Glatigny en lo moral y en lo físico, a conocer, en fin, la génesis, la ocasión, los motivos determinantes de aquel extravagante matri-

monio. Pronto estuve al corriente. ¡Ah, qué hermoso y sencillo era!—Alberto ha estado tan enfermo este invierno terrible, me dijo ella, que comprendí que estaba perdido, y pregunté al médico cuánto podría vivir todavía. ¡Dos años, señor, dos años nada más! ¡Y encima, desgraciado, careciendo de todo! Pero yo había tenido una pequeña herencia, cinco mil francos. Con lo que él pueda ganar, es bastante para que no carezca de nada durante esos dos años. Y entonces me dije: Me voy a casar con él, y mientras todavía pueda vivir, será feliz como no lo ha sido nunca.»

Podrá pensarse que se trataba del impulso de un alma generosa y loca, desconocedora de las consecuencias de sus actos. Pero no, era una resolución consciente; ella conocía su porvenir, y eso es lo más admirable de todo. «Yo la miraba, sigue diciendo Berton: muy linda no, pero completamente encantadora, fresca y rosada, con ojos azules profundos y límpidos y cabellos castaño claro, graciosa y bien formada; en suma, muy digna de amor. Su estatura, su reserva, su hablar discreto, su calma inalterable, su aire de salud campesina, formaban el más perfecto contraste con la larga persona de Glatigny, su incesante movilidad, su voz alborotadora y su rostro marchito. Pero lo que me sorprendía más en ella, era su sonrisa, aquella sonrisa amable, dulce y persistente, que parecía, a medias con su mirada tranquila, dejaros adivinar cosas que no decía; aquella sonrisa que no la abandonaba nunca, ni aun hablando de los sufrimientos de sus amigos, de su muerte próxima e inevitable, y que tan bien se explicaba al ver la alegría agradecida del pobre enfermo. Porque se veía aquel moribundo y olvidaba sus sufrimientos, sus miserias y las amenazas de la muerte; y aquella asombrosa alegría era obra de ella; ella era quien le había transfigurado así; por ella se dilataba su corazón, y ella contaba con embriagarle de ternura hasta su último aliento. ¿No tenía el derecho de estar orgullosa de aquel milagro de amor? Pero ¡qué hermosa sencillez en su triunfo, qué serenidad en aquella prueba! Nada de grandes frases, de

lágrimas visibles, de quejas vanas; nada dramático ni forzado. Jamás se ha visto más tranquila resolución; ella se había trazado su camino; sabía sus ásperas revueltas, sus fatigas, sus peligros; conocía sobre todo su inevitable término, y, sin embargo, entraba en él con paso tranquilo, sonriendo.

Mientras ella se alejaba con paso discreto, he ahí a Glatigny que coge los brazos a Berton, y oprimiéndolos con energía, le dice a media voz: «Usted no sabe, Pedro, lo que ella es para mí, y lo que ha hecho por mí. No tengo que decirle a usted, ¿no es verdad?, todo lo que mi enfermedad tiene de horrible y de repugnante; que paso días enteros escupiendo mis tripas y vomitando sangre, y que me da horror de mí mismo por la fetidez que de mí se exhala. Pues bien, sus besos son tan tiernos como en nuestros mejores días. Nada la cansa ni nada la hace retroceder para cuidarme y aliviarme. Durante la noche me dan sudores helados tan violentos, que hay que cambiarme las sábanas tres y cuatro veces. ¿Sabéis dónde paso yo esas noches horribles? En sus brazos, amigo mío; en sus brazos, que me envuelven y oprimen contra su pecho. Mientras yo la inundo con ese sudor de cadáver, su cuerpo se enlaza con el mío para darle su calor y su vida.»

Alberto Glatigny murió el 16 de Abril de 1873, y su viuda el 26 de Febrero siguiente. No pudiendo curarle de su enfermedad, había querido morir de ella, y lo logró. El recuerdo de Emma María Dionisia Hermosa Dennie, merece ser conservado en toda alma generosa y agradecida.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il nuovo diritto internazionale e gli odierni congressi, conferenze, società e leghe per la pace, l'arbitrato e il disarmo, pel prof. Eduardo Cimbali. Roma, Bernardo Lux, editore, 1910.—186 páginas en 8.° mayor, con 67 más de apéndice, 5 liras.

Veinticinco años hace ya que este autor viene laborando, con una larga serie de publicaciones, por el abandono del actual derecho internacional, fundado en la violencia y la conquista, y por su sustitución con otro derecho que represente, según Cimbali, un verdadero orden público, de paz, cooperación y confianza mutua entre los Estados, y no un orden de prepotencia, en el que los Estados más fuertes oprimen a los más débiles. Cimbali quiere que sólo haya Estados-patrias, que son los Estados verdaderamente libres, suprimiéndose los Estados-prisiones, subyugados por otros Estados. Para él, todos deben ser absolutamente iguales, sean bárbaros o civilizados, y las relaciones entre los mismos deben ser por completo análogas a las que en el orden interno de un Estado mantienen los ciudadanos del mismo, amparados todos por las mismas leyes y gozando todos de los mismos derechos y prerrogativas.

Muy bien. Sólo que esto requiere—podrá decirse—la constitución del Estado internacional, del que resulten siendo simples miembros los Estados nacionales actuales, y la existencia de leyes y poderes superiores a las de todos éstos, lo que,

hoy por hoy, todavía no pasa de ser una aspiración. A lo que Cimbali observa que efectivamente es así, y que, dada la actual situación de cosas, pero sobre todo las erróneas enseñanzas de los internacionalistas, no puede esperarse que esa situación, por ellos defendida como jurídica, aun siendo lo contrario, vaya a cambiar mucho. Pero que los hombres de ciencia comiencen a condenar y execrar la conquista y demás formas de violencia internacional, y a no rendir pleitesía sino al derecho, y el derecho internacional será una realidad bien pronto. «Yo no soy, ni he sido, ahora ni nunca—escribe el autor,—tan infantilmente ingenuo que vaya a admitir como posible una verdadera actuación del derecho penal internacional que yo propugno, sin que antes el mundo de los pueblos y de los Estados salga del salvaje y anárquico estado del dominante arbitrio internacional, para entrar dignamente en el civil y jurídico estado de universal organización que constituye el programa y el ideal de la nueva dirección de derecho y de política internacional. Pero, por otra parte, es mi gloria y mi orgullo el no pertenecer a la infeliz turba de los desheredados de toda elemental enseñanza histórica, la cual nos muestra constantemente cómo no es jamás posible que ningún orden jurídico se torne *real,* si ante todo y sobre todo no es *ideal.* Créese y enséñese el derecho penal internacional *idealmente* y *científicamente*, y no estará lejana la era jurídica y civil, en la que se tendrá el perenne y universal beneficio de un derecho penal internacional *práctico* y *real.*»

He aquí otros párrafos de la misma obra que darán al lector una idea suficientemente clara sobre la índole de ésta:

«La única razón por la que el derecho internacional, lejos de ser *redentor* y *pacificador,* como deberá serlo absolutamente, no es, en cambio, sino *opresor y guerrero*, es que los escritores y los enseñantes, en lugar de combatir contra la dominante realidad de la política internacional *opresiva* y *guerrera* de las grandes potencias, y combatirla valerosa e incesantemente, no hacen otra cosa sino inclinarse servil y constantemente ante

ella, elevándola a la dignidad de *ciencia jurídica*, al sistematizarla y propagarla con las obras y con la enseñanza.»

«El derecho es la abolición absoluta y universal de la conquista y de las guerras de conquista, no la consagración y la sistematización de tales brutales y antijurídicas *violencias* internacionales.»

«Un individuo, sea cualquiera el punto de la tierra donde se encuentre, desde el momento en que se vea lesionado en uno cualquiera de sus derechos de hombre, encontrará siempre un Código que invocar y un Tribunal que lo reintegre en los derechos en los cuales haya sido injustamente ofendido. Por el contrario, un pueblo, si tiene la desgracia de ser simpáticamente débil—sea civilizado o bárbaro, europeo o africano, americano o asiático,—puede ser invadido, despedazado, despojado, oprimido y aun suprimido, sin que haya ningún Código que lo proteja ni ningún Tribunal adonde apelar... Y la culpa de ello es de los escritores y de los enseñantes de derecho internacional, así de Europa como de fuera de Europa...»

«No habría sido jamás concebible *paz pública interna,* si los escritores y enseñantes de derecho público y privado interno hubiesen propugnado y enseñado el culto y la admiración del robo y del homicidio con fines de robo. No será tampoco concebible nunca *paz pública internacional* mientras subsista la barbarie y la vergüenza de escritores y enseñantes de derecho público y privado internacional, los cuales no creen todavía deshonrarse y deshonrar a la humanidad entera cuando defienden y enseñan el culto al robo de la conquista y al homicidio de las guerras de conquista. Si el robar y el matar a un individuo es delito, que se persigue y castiga incluso con la muerte, es enormemente increíble que en el décimo año del siglo xx existan escritores y enseñantes de derecho internacional que llamen aún «gloria» el robar y el matar a centenares de miles y millones de hombres...»

«Contra los delitos de los Estados, en el lugar de una gloria usurpada y absolutamente inadmisible, debe levantarse el

derecho penal internacional; investido de la indispensable misión de perseguirlos y castigarlos.»

«Jamás mi desdén se hace tan intenso e irrefrenable como cuando oigo pronunciar la sagrada y santa palabra de *paz* por gentes cuya obra de escritores y enseñantes no es sino una brutal justificación de conquistas y de guerras de conquista, y la más escandalosa glorificación de Estados de todo tiempo y lugar, los cuales, más que otro alguno, se han distinguido en el delito y en el deshonor de conquistas y de guerras de conquista.»

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Buenos Aires, por Adolfo Posada..... 5

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, por Miguel de Unamuno..... 32

Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud, por el Dr. D. Federico Rubio..... 51

Los españoles en la Revolución francesa, por Miguel S. Oliver.... 115

La América Moderna, por Vicente Gay..... 143

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 169

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 198

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)....	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.....	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5

N.º del Catál.º		Pesetas
447	**Bredif.**— La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
505-526	**Bryce.** —La República Norteamericana, tomos I y II.....	13
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución...	4
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*...	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa (*tres tomos*).....	24
393	— Pasado y presente....	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte..	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*).....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad..	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeins.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)...	6
22	— La Evangelista.....	3
38	— El sitio de París.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
326	**Emerson.**— La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5

N.º del Catál.º		Pesetas
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias....	5
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.** — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.** — Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5

N.º del Catál.º		Pesetas
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas	3
41	**Heine.**—Memorias	3
314	— Alemania	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea	8
412	— Historia del Pueblo Español	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín	2,50
322	**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca	3
220	**Lange.**—Luis Vives	2,50
454	**Larcher y Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato	5
221	**Laveleye.** — Economía política	7
369	— El Socialismo contemporáneo	8
319	**Lemcke.**—Estética	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán)	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización	7
434	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos	8
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*)	15
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos	6
294	— La Educación	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*)	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo	3
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos)	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra	8
410	**Martín.**— La Moral en China	4
481	**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho Procesal Civil	10
173	**Maupassant.**—Emilio Zola	1
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
298	— Origen y desarrollo de la religión	7
366	— Hist. de las religiones	8
455	— La Mitología comparada	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa	1
152	— Núñez de Arce	1
284	**Meneval.** —María Estuardo	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*)	12
392	— Ontología	10
427	— Criteriología general	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses	2
118	**Merimée.**—Colomba	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merkel.**—Derecho penal	10
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano	12

N.º del Catál.º		Pesetas
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
398	**Mouton.** — El deber de castigar.....	4
170	**Molins.** — Bretón de los Herreros.....	1
492	**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres.....	5
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
490	**Nisard.** — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano.....	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
497	**Nourrison.**—Maquiavelo	3
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
483	**Perrot.**—Derecho público de Atenas,.....	4
161	**Picón.**—Ayala.....	1
417	**Potapenko.**—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	**Prevost Paradol.** — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16

N.º del Catál.º		Pesetas
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	—**Ricci.** Derecho civil (*veinte tomos*).....	140
285	**Rod.**—El silencio.....	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas.....	8
415	**Roosevelt.**—New-York.	4
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva.....	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios.....	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*).....	13
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres.....	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional.....	9
518	**Sarcey.**—Crónica del Sitio de París.....	6
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*).....	30
241	— Fundamentos de la moral.....	5
465	— Ensayos sobre Religión, Estética.....	4
464	— La nigromancia.....	3
458	— Estudios de Historia filosófica.....	4
448	— Eudemonología.....	5
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....	4

N.° del Catál.°		Pe
511	**Schuré.** — Historia del drama musical.....	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano.....	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy.....	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256	**Spencer.** — De las leyes en general.....	8
247	— La moral.....	7
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	8
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	4
246	— La justicia.....	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)....	
250	— Las instituciones sociales.....	7
343	— Las instituciones profesionales.....	12
351	— Las instituciones industriales.....	4
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*).....	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	10
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	5
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	12
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)..	9
475	**Strafforello.** — Después de la muerte.....	15
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión.....	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	4
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	3,50
		7

N.° del Catál.°		Pesetas
264	— La guerra según el Derecho internacional.	4
266	— Las instituciones primitivas.....	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
403	**Suttner.**—High-Life...	3
106	**Taine.**—Florencia.....	3
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura inglesa (*cinco tomos*).....	34
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
310	— Notas sobre París....	6
104-105	— Roma (*dos tomos*).	6
107	— Venecia.....	3
334-468-476-482-487	—Los orígenes de la Francia contemporánea (*cinco tomos*).....	36
359	— Los filósofos del siglo XIX.....	6
521	— Tito Livio.....	4
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político.....	3
273	— La criminalidad comparada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
500-506	— Filosofía penal (*dos tomos*).....	14
339-360	**Todd.**— El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*).....	15
400	**Tehekhof.**—Un Duelo..	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia.....	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones.....	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3

AP
60
E8
año 24
no.277-79

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY